

# JO NESBØ

SERIE HARRY HOLE

## El muñeco de nieve



se



Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Ha caído la primera nevada del año. En mitad de la noche un muchacho llamado Jonas se desvela y va a buscar a su madre, pero ha desaparecido. El único rastro que queda de ella es su bufanda rosa colgada alrededor del cuello del misterioso muñeco de nieve que alguien ha hecho en el jardín.

Cuando el comisario Harry Hole y su equipo empiezan a investigar, descubren que en los últimos años se han registrado otros caso similares. Las peores sospechas de Harry no tardan en confirmarse: se enfrentan a un despiadado asesino en serie.

Si el comisario quiere atraparlo, deberá dejar a un lado sus demonios personales y aceptar el siniestro desafío.

**Pronto caerán las primeras nieves. Y entonces él reaparecerá. Y cuando la nieve se haya fundido, se habrá llevado a alguien más.**

«La maldad no es una cosa, no se instala. Al contrario es la ausencia de algo, la ausencia de bondad. Lo único que uno puede temer es a sí mismo».

**L≡LIBROS**

Jo Nesbø

**El muñeco de nieve**  
**Harry Hole - 7**



## PRIMERA PARTE

Miércoles 5. Noviembre de 1980

El muñeco de nieve

Fue el día que llegó la nieve. A las once de la mañana empezaron a caer los copos densamente y sin previo aviso desde un cielo incoloro, y como un ejército espacial, conquistaron los campos, los jardines y los prados de Romerike. A las dos, las quitanieves ya estaban funcionando en Lillestrøm y, cuando a las dos y media, Sara Kvinesland conducía con cautela su Toyota Corolla SR5 por entre los chalés de la calle Kolloveien, la nieve de noviembre ya se había extendido como un edredón por el paisaje ondulado.

Le parecía que las casas tenían un aspecto diferente a la luz del día. Tan diferente que estuvo a punto de pasarse la entrada del garaje. El coche patinó al frenar y oyó un suspiro desde el asiento trasero. En el retrovisor vio la cara de desagrado de su hijo.

—No voy a tardar mucho, cariño —dijo.

Delante del garaje se distinguía un amplio espacio negro de asfalto en la blancura, y supo que allí había estado aparcado el camión de la mudanza. Se le hizo un nudo en la garganta. Esperaba no haber llegado tarde.

—¿Quién vive aquí? —oyó preguntar desde el asiento trasero.

—Nadie, un conocido mío —dijo Sara comprobando con un gesto automático en el retrovisor si llevaba bien el pelo—. Diez minutos, mi vida. Dejo la llave en el contacto para que puedas oír la radio.

Se alejó sin esperar respuesta y fue de puntillas, procurando no resbalarse, hasta la puerta que tantas veces había cruzado, aunque nunca como en ese momento, nunca a pleno día, a la vista de las miradas curiosas de los vecinos del barrio. No es que las visitas nocturnas fueran más inocentes pero, de algún modo, le parecía más apropiado cometer esa clase de actos al amparo de la oscuridad de la noche.

Oyó el zumbido del timbre en el interior, como el de un abejorro atrapado en un tarro de mermelada. Mientras esperaba sintió crecer su desesperación, y miró hacia las ventanas del vecino. No dejaban ver nada, solo le devolvían el reflejo de unos manzanos desnudos y negros, el cielo gris y un paisaje lechoso. Al fin, oyó pasos tras la puerta y respiró aliviada. Un segundo después estaba dentro y en sus brazos.

—No te vayas, mi amor —dijo, notando cómo el llanto le atenazaba las cuerdas vocales.

—Tengo que hacerlo —dijo él como entonando un estribillo del que ya estuviera harto. Sus manos buscaron aquellos caminos tan conocidos, unos

caminos de los que nunca se cansaba.

—No, no tienes por qué —le susurró ella al oído—. Pero quieres hacerlo. No te atreves a seguir.

—Esto no tiene nada que ver con nosotros.

Ella se dio cuenta de que la irritación empezaba a empañarle la voz al mismo tiempo que la mano, esa mano fuerte pero suave, bajaba por la piel de la espalda y se adentraba por la cinturilla de la falda y los leotardos. Eran como una pareja de baile bien entrenada que conocía el menor movimiento del otro, los pasos, la respiración, el ritmo. Primero la pasión blanca. La buena. Luego la negra. El dolor.

Le pasó la mano por el abrigo, buscándole los pezones por debajo de la gruesa tela. Siempre le fascinaron sus pezones, siempre volvía a ellos. Quizá porque él no los tenía.

—¿Has aparcado delante del garaje? —preguntó él, pellizcándola con fuerza.

Ella asintió, y notó que el dolor le salía disparado como una flecha de deseo y se le clavaba en el cerebro. Tenía el sexo preparado para recibir sus dedos, que no tardarían en adentrarse en él.

—El niño me está esperando en el coche.

La mano se paró de repente.

—No sabe nada —jadeó ella, al notar que él dudaba.

—¿Y tu marido? ¿Dónde está?

—¿Tú qué crees? Trabajando, naturalmente.

Ahora era ella quien parecía irritada. Tanto porque hubiera mencionado a su marido como por lo difícil que le resultaba aludir a él sin irritarse. Y porque su cuerpo exigía poseerlo ya, inmediatamente. Sara Kvinesland le bajó la bragueta.

—No... —empezó a decir él, sujetándole la muñeca. Ella le soltó una sonora bofetada con la otra mano. La miró sorprendido mientras se le enrojecía el pómulos. Ella sonrió, le agarró el pelo abundante y negro y lo atrajo hacia sí.

—Dejaré que te vayas —siseó—. Pero antes me vas a follar. ¿Lo has entendido?

Ella notó su respiración en la cara. Empezaba a jadear intensa y entrecortadamente. Le dio otra bofetada y sintió cómo la polla le crecía en la mano.

Él empezó a empujar otra vez, más fuerte a cada embestida, pero ya se había acabado todo. Ella se quedó rígida. La magia había desaparecido, se relajó la tensión y solo quedó la angustia. Lo había perdido. Allí mismo, mientras estaba tumbada, lo había perdido. Tantos años como llevaba esperando, tantas lágrimas como había derramado, las locuras que había hecho por él. Sin recibir nada a cambio. Salvo esa única cosa.

Él se puso a los pies de la cama y la penetró con los ojos cerrados. Sara le miró el pecho. Al principio le resultaba extraño, pero con el tiempo le empezó a



gustar la piel blanca intacta de los pectorales. Le recordaba a las estatuas antiguas en las que no tallaban los pezones por respeto al pudor de la gente.

Él empezó a jadear con más ímpetu. Sara sabía que pronto vendría el grito. Ese grito que tanto le había llegado a gustar. La expresión siempre sorprendida, extática, casi doliente, como si cada orgasmo superase sus mayores expectativas. Ya solo quedaba ese último grito, un rugido de adiós en aquel cubo frío que tenía por dormitorio, sin cuadros ni cortinas ni alfombras. Luego se vestiría y se marcharía a otra parte del país donde, según él, le habían ofrecido un puesto que no podía rechazar. Pero eso sí que lo podía rechazar. Eso. Y aun así, gritaría de placer.

Ella cerró los ojos. Pero no hubo grito. Él se había parado.

—¿Qué pasa? —preguntó ella abriendo los ojos.

Efectivamente, él tenía el rostro distorsionado, pero no de placer.

—Una cara —susurró.

Ella se estremeció.

—¿Dónde?

—En la ventana.

La ventana estaba a la altura del cabecero de la cama, justo encima de la cabeza de ella. Se dio la vuelta, notó cómo él se salía, ya flácido. La ventana quedaba demasiado alta en la pared como para que ella pudiera mirar hacia fuera. Y como para que alguien pudiera ver desde fuera el interior.

Puesto que la luz diurna ya estaba desapareciendo, solo podía ser el reflejo de la lámpara del techo en doble exposición.

—Eras tú —le dijo ella con tono quejoso.

—Eso es lo primero que he pensado —dijo sin apartar la vista de la ventana.

Sara se puso de rodillas para incorporarse y miró al jardín. Y allí estaba, allí estaba la cara.

Rio aliviada. Era una cara blanca, con los ojos y la boca formados con piedras de grava negra, probablemente de la entrada. Y los brazos eran dos ramas de manzano.

—Pero, por Dios —suspiró—. Si solo es un muñeco de nieve.

Y la risa se convirtió en llanto, en sollozos de impotencia hasta que notó que él la abrazaba.

—Tengo que irme —gimió.

—Quédate un poco más —dijo él.

Ella se quedó un poco más.

Cuando Sara volvía al garaje, vio que habían pasado casi cuarenta minutos.

Él le prometió que la llamaría. Siempre había sido muy bueno mintiendo y, por una vez, se alegró de ello. Incluso antes de llegar al coche vio la cara pálida del niño mirándola desde el asiento trasero. Fue a abrir la puerta y notó sorprendida que tenía puesto el seguro. Lo miró a través de los cristales

empaños. Pero el niño no le abrió hasta que ella no golpeó la ventanilla.

Se sentó en el asiento del conductor. La radio estaba apagada y el interior del coche, helado. Vio la llave en el asiento del copiloto. Se volvió hacia él. El niño estaba blanco y le temblaba el labio.

—¿Te ha pasado algo? —preguntó ella.

—Sí —dijo él—. Lo he visto.

Le oyó en la voz un débil tono estridente como de miedo, un tono que no recordaba haberle oído desde que era pequeño, cuando se acurrucaba entre los dos en el sofá delante del televisor y se tapaba los ojos con las manos. Y ahora le estaba cambiando la voz, había dejado de darle el abrazo de buenas noches y empezaba a interesarse por los motores y las chicas. Y un buen día, se subiría a un coche con una de ellas y él también la dejaría.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, metió la llave en el contacto y la giró.

—El muñeco de nieve...

El motor no respondió y el pánico se apoderó de ella de pronto. No sabía exactamente de qué tenía miedo. Miró al parabrisas y giró la llave otra vez. ¿Se le habría agotado la batería?

—¿Y cómo era el muñeco de nieve? —preguntó, pisando el acelerador a fondo y girando la llave con tal desesperación que creyó que la iba a partir. El niño respondió, pero sus palabras se confundieron con el rugido del motor al arrancar.

Sara pisó el acelerador y soltó el embrague como si de repente tuviese prisa por alejarse de allí. Las ruedas patinaron en la nieve recién caída, blanda y pastosa. Pisó más a fondo, pero seguían sin moverse, mientras la parte trasera del coche se deslizaba lateralmente. Por fin, los neumáticos se agarraron al asfalto y el coche salió rápido hacia delante derrapando hasta la carretera.

—Papá nos está esperando —dijo ella—. Tenemos que darnos prisa.

Puso la radio, subió el volumen para llenar el aire gélido con sonidos distintos a los de su propia voz. Un locutor dijo por enésima vez que esa noche Ronald Reagan había ganado a Jimmy Carter en las elecciones presidenciales norteamericanas.

El niño volvió a decir algo, y ella miró al retrovisor.

—¿Qué has dicho? —preguntó levantando la voz.

Él lo repitió, pero ella seguía sin oírlo. Bajó el volumen de la radio mientras conducía en dirección a la carretera principal y al río, que discurrían por el paisaje como dos cintas negras de luto. Y se sobresaltó cuando se dio cuenta de que él se había inclinado entre los asientos. El niño le susurró secamente al oído. Como si fuera importante que nadie más los oyera:

—Vamos a morir.

Noviembre de 2004. Día 1

Los ojos de grava

Harry Hole se llevó un sobresalto y abrió los ojos. Hacía un frío del demonio y, en la oscuridad, se oía la voz que lo había despertado. Anunciaba que el pueblo norteamericano iba a decidir ese día si George Walker Bush sería su presidente durante los próximos cuatro años. Noviembre. Harry pensó que, claramente, estaba empezando el periodo más oscuro del año. Apartó el edredón y puso los pies en el suelo. El linóleo estaba tan frío que escocía. Dejó las noticias sonando en la radio del despertador y fue al cuarto de baño. Se miró en el espejo. También allí era noviembre: demacrado y pálido y nublado. Tenía los ojos enrojecidos como de costumbre y los poros de la nariz eran cráteres grandes y oscuros. Las ojeras que subrayaban sus ojos azules, con el iris aclarado por el alcohol, desaparecerían cuando se hubiera lavado la cara con agua caliente y después de desayunar. O eso suponía él. Harry no estaba del todo seguro de qué pinta tendría su cara a lo largo del día ahora que ya había cumplido los cuarenta. Si se le alisarían las arrugas y la paz se extendería sobre aquella expresión estresada con la que se despertaba tras cada pesadilla. La expresión que tenía después de casi todas las noches. Porque iba evitando los espejos cuando salió del apartamento de mobiliario espartano donde vivía, en la calle Sofie, para asumir su papel de comisario en el grupo de Delitos Violentos de la Comisaría General de Oslo. Allí se dedicaba a mirar las caras de los demás para detectar su dolor, su talón de Aquiles, sus pesadillas, sus motivos y sus razones para traicionarse, mientras él oía aquellas mentiras tediosas y trataba de encontrar sentido a lo que hacía: encerrar a personas que llevaban mucho tiempo encerradas en sí mismas. En cárceles de odio y de autodesprecio que él conocía más que de sobra. Se pasó la mano por el pelo rubio, recio y cortado al cepillo, que le crecía exactamente a 193 centímetros de las plantas de los pies, ahora congeladas. La clavícula le sobresalía como una percha por debajo de la piel. Había entrenado mucho después del último caso. Frenéticamente, decían algunos. Además de hacer bicicleta, había empezado a levantar pesas en el gimnasio del sótano de la comisaría. Le gustaba el dolor, cómo le quemaba e inhibía los pensamientos. A pesar de todo, seguía perdiendo peso. La grasa desaparecía y los músculos se le quedaban como varillas entre el esqueleto y la piel. Así como antes tenía la espalda ancha y, como decía Rakel, era de porte atlético, ahora empezaba a parecerse a un oso polar despellejado que había visto en fotos; un animal salvaje, musculoso, pero de una delgadez chocante. En otras palabras, estaba empezando a desaparecer. Y, en realidad, no importaba. Harry suspiró. Noviembre. Los días

iban a ser más oscuros todavía.

Fue a la cocina, se tomó un vaso de agua para el dolor de cabeza y miró sorprendido hacia la ventana. El tejado del edificio que se alzaba al otro lado de la calle Sofie estaba blanco y la luz se reflejaba intensamente y le molestaba. Esa noche había caído la primera nevada. Estaba pensando en la carta. Recibía cartas como aquella de vez en cuando, pero en esta ocasión era diferente. Hablaba de Toowoomba.

En la radio acababa de empezar un programa sobre naturaleza y un locutor entusiasmado describía la vida de las focas. « En verano, las focas Berhaus se reúnen en el estrecho de Bering para aparearse. Puesto que los machos son mayoría, la lucha por una hembra es tan dura que los que lo logran se quedan con su pareja hasta que la cría nace y se hace independiente. No por amor a la hembra, sino por amor a sus propios genes. Según la teoría de Darwin, eso significa que la razón de que las focas Berhaus sean monógamas es la selección natural en la lucha por la supervivencia, y no la moral » .

« Qué cosas » , pensó Harry.

La voz de la radio casi sonó en falsete de entusiasmo. « Pero antes de que las focas se marchen del estrecho de Bering para buscar alimento en mar abierto, el macho intentará matar a la hembra. ¿Por qué? ¡Porque una hembra Berhaus nunca se apareará dos veces con el mismo macho! Para ella, se trata de una diversificación del riesgo biológico del material genético, exactamente igual que en el mercado de valores. Para ella la promiscuidad es biológicamente racional, y el macho lo sabe. Matándola, pretende evitar que otras crías de foca compitan con su prole por el mismo alimento » .

« A nosotros también nos afecta la lógica darwinista así que, ¿por qué el hombre no actúa como esas focas? » , dijo otra voz.

« Pero ¡si es lo que hacemos! Nuestra sociedad no es en absoluto tan monógama como parece, y nunca lo ha sido. Según una investigación sueca reciente, entre el quince y el veinte por ciento de todos los hijos tienen un padre distinto del que ellos creen, y, por lo demás, distinto de quien cree ser el padre. ¡El veinte por ciento! ¡Eso es uno de cada cinco! Unos hijos que viven en la mentira. Y que contribuyen a la variedad biológica » .

Harry giró el sintonizador en busca de una emisora con música soportable. Se detuvo en una versión de *Desperado* que grabó Johnny Cash en sus últimos años.

Llamaron con fuerza a la puerta.

Harry entró en el dormitorio, se puso los vaqueros, volvió al pasillo y abrió la puerta.

—¿Harry Hole? —El muchacho llevaba un mono azul y miraba a Harry desde detrás de unas gafas de gruesos cristales. Tenía los ojos claros como los de un niño.

Harry asintió.

—¿Tienes hongos? —El muchacho hizo la pregunta con una sonrisa. Un mechón del flequillo le cruzaba la frente de lado a lado. Debajo del brazo llevaba una carpeta de plástico y encima una hoja llena de anotaciones cogida con una pinza.

Harry esperaba que continuara con una explicación que no se produjo. El muchacho seguía allí con esa mirada clara y directa.

—Me parece que eso es estrictamente personal —dijo Harry.

El hombre esbozó una sonrisa como si fuera un chiste del que ya estuviera harto.

—Hongos en el apartamento. Moho.

—No tengo ninguna razón para sospechar que haya hongos —dijo Harry.

—Eso es lo que pasa con el moho. Rara vez se da uno cuenta de que lo tiene.

—El hombre se pasaba la lengua por los dientes y se balanceaba sobre los talones.

—¿Pero? —dijo Harry finalmente.

—Pero lo tienes.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Tu vecino los tiene.

—¿Ah, sí? ¿Y crees que puede haberse propagado?

—El hongo que produce el moho no se propaga. El hongo de la madera, sí.

—¿Y entonces?

—Hay un fallo estructural en el sistema de ventilación que recorre las paredes del edificio. Facilita las condiciones de crecimiento del hongo. ¿Puedo echarle un vistazo a la cocina?

Harry se apartó. El joven se encaminó a la cocina y aplicó a la pared un aparato naranja parecido a un secador de pelo. Pitó dos veces.

—Un medidor de humedad —dijo, y miró algo que debía de ser un indicador—. Justo lo que yo creía. ¿Estás seguro de que no has olido ni has visto nada extraño?

Harry no tenía ni idea de lo que podía ser.

—Una capa como la que aparece en el pan de varios días —dijo el hombre—. Un olor a podrido.

Harry negó con la cabeza.

—¿Te han dolido los ojos? —preguntó el joven—. ¿Te has sentido cansado? ¿Has tenido dolor de cabeza?

Harry se encogió de hombros.

—Por supuesto. Desde que me alcanza la memoria.

—¿Quieres decir desde que vives aquí?

—Puede ser. Oye...

Pero el joven no lo oía, había sacado una navaja del cinturón. Harry guardó silencio y se quedó mirando la mano que sostenía la navaja, que el joven levantó

y clavó con fuerza. Cuando atravesó la placa de yeso que cubría el papel pintado, sonó como un suspiro. Extrajo la navaja, volvió a clavarla y sacó un trozo de yeso medio pulverizado que dejó un agujero negro en la pared. Cogió un bolígrafo fino con linterna e iluminó el agujero. Frunció el ceño y se le dibujó una profunda arruga entre los gruesos cristales de las gafas. Pegó la nariz al agujero y olisqueó.

—Eso es —dijo—. Hola, chicos.

—¿A quién le dices hola? —preguntó Harry acercándose.

—Son *Aspergillus* —dijo el hombre—. De la familia del moho. Hay de trescientas a cuatrocientas especies diferentes entre las que elegir y resulta difícil decir con seguridad a cuál pertenece este, porque en este tipo de superficies duras crece en capas tan finas que es casi invisible. Pero el olor es inequívoco.

—¿Y eso supone un problema? —preguntó Harry tratando de recordar cuánto le quedaba en la cuenta corriente después de, a medias con su padre, pagarle un viaje a España a Søs, su hermana pequeña, que según sus propias palabras, sufría «un toque de síndrome de Down».

—No es como el auténtico hongo de la madera, no va a destruir el edificio —dijo el joven—. Pero a lo mejor a ti sí.

—¿A mí?

—Si tienes predisposición. Hay quien enferma al respirar un aire contaminado por el moho. Esas personas pueden pasarse años sintiéndose indispuestas y, por supuesto, las acusan de hipocondriacas, puesto que ningún médico encuentra la causa y los demás habitantes del edificio están sanos. Y además, esos bichitos se comen el papel pintado y las planchas de yeso.

—Ya. ¿Y qué me sugieres?

—Acabar con la plaga, por supuesto.

—Y de paso con mi economía, ¿no?

—Lo cubre el seguro del edificio, así que no te va a costar ni una corona. Todo lo que necesito es tener acceso al apartamento durante los próximos días.

Harry cogió la copia de las llaves que tenía en el cajón de la cocina y se la dio al muchacho.

—Vendré yo solo —dijo—. Te lo digo porque pasan muchas cosas raras.

—¿De verdad? —Harry sonrió con tristeza, y miró por la ventana.

—¿Cómo?

—Nada —dijo Harry—. De todas formas, aquí no hay nada que robar. Tengo que irme.

El sol de la mañana brillaba a media altura en todas las ventanas de la comisaría, el cuartel general del Distrito Policial de Oslo, que llevaba cerca de treinta años en el mismo lugar, en la cima de la colina de Grønlandsleiret. Desde allí —y sin

que esa fuera la intención— la policía se encontraba cerca de los focos de mayor criminalidad de la zona este, al mismo tiempo que tenía por vecino más próximo el «Bayern», la cárcel de Oslo. Rodeaba la Comisaría General un prado de césped marchito, arces y tilos que, en el transcurso de la noche, se habían cubierto de una fina capa de nieve grisácea, y el parque parecía el ajuar de una herencia bajo las sábanas.

Harry subió por el camino de negro asfalto que conducía a la puerta principal y entró en el vestíbulo, donde los surtidores de agua de los murales de porcelana, obra de Kari Christensen, susurraban eternamente sus secretos. Saludó al guardia de seguridad de la recepción y cogió el ascensor hasta el grupo de Delitos Violentos, en el sexto piso. A pesar de que hacía casi medio año desde que le asignaron el nuevo despacho en la zona roja, estuvo a punto de entrar en el cuchitril sin ventana que había compartido con el policía Jack Halvorsen. Ahora era el policía Magnus Skarre el que lo ocupaba. Y Jack Halvorsen yacía bajo tierra en el cementerio de Vestre Aker. Al principio, los padres de Halvorsen querían enterrar a su hijo en Steinkjer, su ciudad natal, puesto que Jack y Beate Lønn, jefe de la sección de la Policía Científica, no estaban casados y ni siquiera vivían juntos. Sin embargo, cuando supieron que Beate estaba embarazada y que el hijo de Jack nacería en verano, acordaron que la tumba debía estar en Oslo.

Harry entró en su nuevo despacho, que para él siempre sería nuevo, igual que el campo de fútbol del Barcelona, que tenía cincuenta años, y que seguía llamándose Camp Nou. Se desplomó en la silla y puso la radio mientras saludaba a las fotos que tenía en la estantería, apoyadas en la pared, y que algún día, en un futuro ignoto, cuando se acordara de comprar chinchetas, podría colgar. Ellen Gjeltén y Jack Halvorsen y Bjarne Møller. Así estaban colocados, en orden cronológico. El Club de los Policías Muertos.

En la radio, los políticos y los sociólogos noruegos opinaban sobre las elecciones presidenciales norteamericanas. Harry reconoció la voz de Arve Støp, el propietario de la exitosa revista *Liberal*, conocido como uno de los creadores de opinión más informados, arrogantes y entretenidos del país. Harry subió el volumen hasta que las voces retumbaron en las paredes y cogió las esposas Peerless, que tenía encima de la mesa. Hacía prácticas de cómo esposar a la gente con rapidez, practicaba con la pata de la mesa, que ya estaba astillada debido a esa mala costumbre que había adquirido en Chicago, en un curso del FBI, y que había perfeccionado durante las noches solitarias en un apartamento putrefacto de Cabrini Green, con las peleas de los vecinos y Jim Beam como única compañía. La idea era colocar el grillete abierto en la muñeca del detenido y, con la misma mano, hacer un giro alrededor de la muñeca hasta que el cierre hiciera clic. Con la precisión y la fuerza adecuadas, y un simple movimiento, era posible esposar a un detenido antes de que pudiera reaccionar. Harry no había tenido ocasión de utilizar esta táctica estando de servicio, y al otro procedimiento

que había aprendido allí, cómo capturar a un asesino en serie, solo había recurrido en una ocasión. Las esposas se cerraron en torno a la pata de la mesa y la voz de la radio emitió un zumbido.

«Arve Støp, ¿a qué crees que se debe el escepticismo que George Bush inspira a los noruegos?».

«A que somos un país sobreprotegido que, en realidad, nunca ha participado en ninguna guerra, sino que se ha limitado a permitir que otros lo hagan por él. Inglaterra, la Unión Soviética y Estados Unidos. Sí, llevamos desde las guerras napoleónicas resguardándonos detrás de nuestros hermanos mayores. Noruega ha basado su seguridad en que otros se responsabilicen cuando las cosas se ponen difíciles. Y lleva ocurriendo tanto tiempo que hemos perdido el sentido de la realidad y creemos que el mundo, en el fondo, está poblado de personas que nos quieren bien a nosotros, el país más rico del mundo. Noruega, una rubia con la cabeza hueca que dice sandeces y se ha perdido en un callejón del Bronx, y que ahora se indigna cuando el guardaespaldas trata a sus atacantes con brutalidad».

Harry marcó el número de Rakel. Aparte del Søs, era el único que se sabía de memoria. Cuando era joven e inexperto, creía que la mala memoria era una desventaja para un investigador. Ahora sabía que no.

«¿Y el guardaespaldas son Bush y Estados Unidos?», preguntó el moderador.

«Sí. Lyndon B. Johnson dijo en una ocasión que no era un papel que Estados Unidos hubiera elegido, pero que ningún otro país podía asumirlo, y tenía razón. Nuestro guardaespaldas es un cristiano nuevo con complejo paternal, problemas con el alcohol y una capacidad intelectual limitada, y sin los arrestos suficientes como para hacer el servicio militar de forma honrosa. En resumen, debemos estar contentos de que hoy reelijan a este tío como presidente de Estados Unidos».

«Doy por hecho que lo dices irónicamente».

«En absoluto. Un presidente débil hace caso de sus consejeros, y la Casa Blanca tiene los mejores. Créeme. A pesar de que en esa ridícula serie de televisión sobre el despacho oval puede dar la impresión de que los demócratas tienen el monopolio de la inteligencia, por sorprendente que pueda parecer, resulta que los cerebros más brillantes se encuentran en el ala derecha de los republicanos. La seguridad de Noruega está en las mejores manos».

—Una amiga de una amiga se ha acostado contigo.

—¿En serio? —dijo Harry.

—Contigo no —dijo Rakel—. Estoy hablándole al otro. A Støp.

—Sorry —dijo Harry y bajó el volumen de la radio.

—Después de una conferencia en Trondheim. La invitó a su habitación. Ella estaba interesada, pero le contó que le habían quitado un pecho. Él dijo que se lo pensaría y se fue al bar. Y volvió por ella y se fueron juntos.

—Ya. Espero que estuviese a la altura de sus expectativas.



—Nada está a la altura de las expectativas.

—No —dijo Harry preguntándose de qué estaban hablando.

—¿Cómo quedamos esta noche? —preguntó Rakel.

—A las ocho en el Palace Grill me parece bien. ¿Pero qué tonterías son esas de que no se puede reservar?

—Le da al local un toque de elegancia, supongo.

Acordaron verse en la barra. Cuando colgaron, Harry se quedó pensando. Rakel parecía contenta. O despreocupada. Animada. Trató de decidir si podía alegrarse por ella, porque la mujer a la que tanto quería fuera feliz con otro hombre. Rakel y él tuvieron sus momentos. Y él tuvo sus oportunidades. Y las había agotado todas. Así que, ¿por qué no alegrarse de que ella estuviera bien? ¿Por qué no abandonar la idea de que las cosas podrían haber sido diferentes, y seguir con su vida? Se prometió que lo intentaría con más empeño.

La reunión matutina terminó muy rápido. Gunnar Hagen, comisario jefe y responsable del grupo de Delitos Violentos, repasaba los casos en los que estaban trabajando. Que no eran gran cosa, porque de momento no tenían ningún nuevo caso de homicidio que investigar y los homicidios eran lo único que aceleraba el pulso del grupo. Participó Thomas Helle, un policía del grupo de Personas Desaparecidas del turno de guardia, que informó de que una mujer llevaba un año faltando de su domicilio. No había indicios de violencia, no había ni rastro de un asesino y no había ni rastro de ella. Era ama de casa y la vieron por última vez cuando fue a llevar a sus hijos a la guardería una mañana. El marido y las personas de su entorno tenían coartada y estaban fuera de toda sospecha. Acordaron que el grupo de Delitos Violentos examinaría el caso.

Magnus Skarre les dio recuerdos de Ståle Aune, el psicólogo adscrito a Delitos Violentos, al que había visitado en el hospital de Ullevål. Harry notó una punzada de remordimientos. Ståle Aune no era solo su asesor en asuntos criminales, sino su mejor apoyo en la lucha contra el alcohol y lo más parecido que tenía a un amigo. Aune llevaba más de una semana ingresado con un diagnóstico poco claro, pero Harry todavía no había logrado superar su aversión a los hospitales. El miércoles, pensó. O el jueves.

—Tenemos un nuevo oficial de policía —dijo Gunnar Hagen—. Katrine Bratt.

Una mujer joven de la primera fila se levantó sin que se le pidieran, y sin una sonrisa. Era muy guapa. Guapa sin intentar aparentarlo, pensó Harry. El pelo fino, casi ralo, le caía sin vida a ambos lados de una cara bien perfilada, pálida, con una expresión seria, tristonca, que Harry había observado en otras mujeres guapísimas, tan acostumbradas a que las miraran que ya les era indiferente. Katrine Bratt llevaba un traje azul que realzaba su feminidad, pero ahuyentaba las posibles sospechas de que quisiera sacar partido de ello con unas medias,

gruesas y negras, que se veían por debajo de la falda, y unos botines cómodos. Se quedó de pie y paseó la mirada por los allí reunidos, como si se hubiese levantado para verlos, y no al revés. Harry supuso que se había preparado tanto el atuendo como la pequeña representación de su primer día de trabajo en la comisaría.

—Katrine ha estado cuatro años trabajando en la comisaría de Bergen con casos de delitos sexuales, aunque también pasó un periodo en Delitos Violentos y en Personas Desaparecidas —continuó Hagen, mientras echaba un vistazo a un documento que Harry supuso que sería su currículum—. Se licenció en Derecho por la Universidad de Bergen en el 99, cursó estudios en la Escuela Superior de Policía y aquí la tenemos ahora como oficial. De momento no tiene hijos, pero está casada.

Katrine Bratt arqueó casi imperceptiblemente una ceja finísima y, ya sea porque lo vio, ya sea porque a él mismo le pareció que la última parte de la información era superflua, el caso es que Hagen añadió:

—Por si a alguien le interesa...

En el silencio opresor y elocuente que siguió al comentario, Hagen comprendió que no había hecho sino empeorarlo, así que carraspeó sonoramente un par de veces y dijo que aquellos que aún no se hubiesen apuntado a la cena de Navidad, debían hacerlo antes del miércoles.

Resonó el ruido de las sillas al moverse y Harry ya estaba en el pasillo cuando oyó una voz a su espalda:

—Parece que soy tuya.

Harry se volvió y vio la cara de Katrine Bratt. Y se preguntó cómo de guapa sería si se esforzara por serlo.

—O tú mío —añadió enseñando una hilera de dientes uniformes sin que la sonrisa aflorase a los ojos—. Supongo que depende de cómo se mire.

Hablaba con acento de Bergen y con una erre parisina atenuada, y Harry habría apostado cualquier cosa a que era de Fana, de Kalfaret o de cualquier otro barrio de la alta burguesía.

Él siguió andando y ella se apresuró a alcanzarlo.

—Parece que al comisario jefe se le ha olvidado informarte.

Lo dijo pronunciando con énfasis cada una de las sílabas del grado policial de Gunnar Hagen.

—Pero se supone que tienes que enseñarme la comisaría y hacerte cargo de mí los próximos días. Hasta que pueda desenvolverme por mí misma. ¿Crees que serás capaz?

Harry sonrió. Por ahora le gustaba pero, naturalmente, estaba abierto a un cambio de opinión. Harry siempre estaba dispuesto a darle a la gente una segunda oportunidad de acabar en la lista negra.

—No lo sé —dijo, deteniéndose al lado de la máquina de café—. Vamos a

empezar por aquí.

—No tomo café.

—No importa. No hay nada que explicar de la comisaría. Ni de la mayor parte de las cosas que pasan por aquí. ¿Qué piensas del caso de la desaparición?

Harry pulsó el botón de «americano», que en aquella máquina era tan americano como el café de un transbordador noruego.

—¿A qué te refieres? —preguntó Bratt.

—¿Crees que sigue viva? —Harry intentaba decirlo de una forma verosímil, para que no se diese cuenta de que se trataba de una prueba.

—¿Crees que soy tonta? —dijo ella, y miró con asco la máquina que carraspeaba y escupía el líquido negro en el vaso de plástico blanco—. ¿No has oído al comisario jefe? Me he pasado cuatro años trabajando con delitos sexuales.

—Humm —dijo Harry—. ¿Muerta?

—Como un arenque —dijo Katrine Bratt.

Harry levantó el vaso blanco. Vislumbró la posibilidad de tener una colega a la que podría llegar a apreciar.

Cuando Harry se fue a casa aquella tarde, la nieve había desaparecido de calles y aceras, y los leves copos que se arremolinaban en el aire se esfumaban engullidos por el asfalto mojado en cuanto tocaban el suelo. Entró en su tienda de discos favorita, en la calle Akersgata, y compró el último disco de Neil Young, a pesar de que tenía la sospecha de que sería una porquería.

Al entrar en el apartamento notó algo diferente. Que sonaba distinto. O a lo mejor era que olía distinto. Se paró en seco en el umbral de la cocina. Una de las paredes había desaparecido. Es decir, que donde aquella mañana había dejado unas placas de yeso cubiertas de un papel estampado de flores claras, ahora había ladrillos rojos, mortero gris y una armazón amarillenta con los agujeros que le habían dejado los clavos. Vio en el suelo la caja de herramientas del tío de los hongos y, en la mesa de la cocina, una nota que decía que volvería al día siguiente.

Se fue a la sala de estar y puso el cedé de Neil Young en el reproductor. Deprimido, lo quitó un cuarto de hora después y puso uno de Ryan Adams. No se explicaba de dónde le había venido la idea de tomarse una copa. Cerró los ojos y se concentró en aquel dibujo danzante de sangre y ceguera negra. Volvió a pensar en la carta. La primera nieve. Toowoomba.

El sonido del teléfono partió en dos *Shakedown on 9th Street* de Ryan Adams.

Una voz de mujer se presentó como Oda, dijo que llamaba de la redacción de *Bosse* y le dio las gracias por atenderlos. Harry no la recordaba, pero sí se acordaba del programa de televisión. Fue la primavera anterior, y querían contar

con él para que hablara de asesinos en serie, puesto que era el único policía noruego que había estado en el FBI para estudiar ese tipo de asesinos en particular y, además, el único que había atrapado a uno. Y Harry fue lo bastante tonto como para aceptar. Se había convencido de que lo hacía para decir algo importante y más o menos autorizado sobre las personas que matan, no para que lo vieran en el programa de televisión más popular del país. *A posteriori*, ya no estaba tan seguro. Pero eso no fue lo peor. Lo peor fue que se había tomado una copa antes de la emisión. Harry estaba seguro de que solo fue una. Pero en el programa parecía que se hubiera tomado cinco. Habló con una dicción clara, como siempre, pero tenía la mirada perdida, hizo un análisis poco consistente y nunca llegó a las conclusiones, porque el presentador tuvo que dar paso al siguiente invitado, el último campeón europeo de decoración floral. Harry no dijo nada, pero sus gestos indicaban claramente qué opinión le merecía el debate floral. Cuando el presentador preguntó sonriendo a medias qué relación tenía un investigador de asesinatos con la decoración floral noruega, Harry contestó que al menos las coronas de los entierros mantenían alto el listón noruego en el ámbito internacional. A lo mejor fue el estilo algo achispado y desenfadado de Harry, que cosechó las carcajadas del público presente en el estudio y las palmaditas aprobatorias de los responsables del programa después de la emisión. Dijeron que había «cumplido con las expectativas». Se fue con unos cuantos al restaurante Kunstneres Hus, ellos se encargaron de la cuenta, y al día siguiente, cuando se despertó, todas las fibras de su cuerpo exigían, necesitaban, vociferaban pidiendo más. Era sábado y siguió bebiendo hasta el domingo por la noche. Estuvo en el Schröder pidiendo cerveza a gritos mientras las luces parpadeaban indicando que era la hora de cierre, y Rita, la camarera, se le acercó y le dijo que le negarían la entrada la próxima vez si no se marchaba y, preferiblemente, se metía en la cama. La mañana siguiente, Harry se presentó en el trabajo a las ocho en punto. Como investigador, resultó inútil, vomitó en el lavabo después de la reunión matinal, se quedó pegado a la silla del despacho, bebió café, fumó y volvió a vomitar, esta vez en el retrete. Y esa fue la última recaída, no había probado ni una gota de alcohol desde abril.

Y ahora querían que volviese a la pantalla.

La mujer le explicó que el tema era el terrorismo en los países árabes y lo que llevaba a personas de clase media con estudios superiores a convertirse en máquinas de matar. Harry la interrumpió antes de que terminara.

—No.

—Pero es que tenemos muchas ganas de volver a tenerte con nosotros, eres tan... tan... ¡total! —se rio con un entusiasmo cuya autenticidad Harry no pudo determinar, pero entonces reconoció su voz. Estuvo en el Kunstneres Hus aquella noche. Era guapa de una manera joven y aburrida, hablaba de una manera joven y aburrida, y había mirado a Harry con apetito voraz, como si

fuese un plato exótico y no pudiera decidir si le parecía exótico en exceso.

—Llama a otra persona —dijo Harry y colgó. Luego cerró los ojos y oyó a Ryan Adams preguntar: « *Oh, baby, why do I miss you like I do?* » .

El chico levantó la vista hacia el hombre que estaba a su lado, delante de la encimera de la cocina. La luz del jardín cubierto de nieve iluminaba la piel sin cabello y tensa alrededor del cráneo compacto del padre. Su madre decía que su padre tenía la cabeza tan grande porque era todo cerebro. Él le preguntó una vez por qué decía que era cerebro y no que tenía cerebro, y entonces ella se echó a reír y le pasó la mano por la frente diciendo que eso les ocurría a menudo a los profesores de física. En ese momento, el cerebro estaba lavando patatas debajo del grifo y metiéndolas en una olla.

—¿No vas a pelar las patatas, papá? Mamá normalmente...

—Tu madre no está aquí, Jonas. Así que lo hacemos a mi manera.

No levantó la voz pero, aun así, tenía un tono de irritación que hizo que el niño se encogiera en la silla. Nunca entendía del todo qué hacía que su padre se enfadara. Y, a veces, ni siquiera sabía si estaba enfadado. Hasta que veía que a su madre se le pintaba en las comisuras de los labios aquella expresión angustiada, con la que solo conseguía irritar a su padre todavía más. Esperaba que su madre llegase pronto.

—¡Esos no son los platos planos que usamos, papá!

El padre cerró la puerta del armario con fuerza, y Jonas se mordió el labio. El padre bajó la cabeza y puso la cara a la altura de la suya. Podía ver las chispas a través de los finísimos cristales cuadrados de las gafas.

—No se dice « plato plano », sino « plato llano ». ¿Cuántas veces te lo tengo que decir, Jonas?

—Pero mamá dice...

—Mamá no habla correctamente. ¿Lo entiendes? Mamá viene de un lugar y de una familia donde no se preocupan mucho por la lengua. —El aliento del padre olía a algas saladas y podridas.

Alguien entró por la puerta principal.

—Hola —se oyó desde el pasillo la voz cantarina de la madre, y Jonas estuvo a punto de salir corriendo a su encuentro, pero el padre lo retuvo señalando la mesa sin poner.

—¡Qué aplicados sois!

Jonas pudo percibir a su espalda la sonrisa en la voz de su madre, que hablaba sin aliento desde el umbral, mientras él se apresuraba a poner los cubiertos y los vasos tan rápido como podía.

—¡Y qué muñeco de nieve tan grande y tan bonito habéis hecho!

Jonas se volvió extrañado hacia su madre, que se había desabrochado el

abrigo. Era muy guapa. Tenía la piel y el pelo morenos, igual que él, y era suave, con una suavidad que casi siempre se manifestaba en los ojos. Casi siempre. No estaba tan delgada como en las fotos de cuando ella y su padre se casaron, pero el niño se había dado cuenta de que los hombres la miraban cuando los dos iban al centro a dar un paseo y pasarlo bien.

—No hemos hecho ningún muñeco de nieve —dijo Jonas.

—¿No? —La madre arrugó la frente mientras se desenrollaba la bufanda grande y rosa que él le había regalado por Navidad.

El padre se acercó a la ventana.

—Habrán sido los chicos del vecino —dijo.

Jonas se subió a una de las sillas de la cocina y miró por la ventana. Y, en efecto, allí, en el césped, había un muñeco de nieve. Era como había dicho su madre: grande. Le habían hecho los ojos y la boca con piedras y la nariz era una zanahoria. El muñeco de nieve no tenía sombrero, ni gorro ni bufanda, y solo un brazo, una ramita delgada que Jonas supuso que procedía del seto. Pero había algo extraño en aquel muñeco. Estaba mal colocado. No sabía por qué, pero debería mirar hacia la calle, hacia el espacio abierto.

—¿Por qué...? —empezó a decir Jonas, pero su padre lo interrumpió.

—Voy a hablar con ellos.

—¿Por qué? —dijo la madre desde la entrada mientras Jonas oía cómo se bajaba la cremallera de las botas altas de piel negra—. Si da igual.

—No quiero que esa gente se meta en nuestro jardín. Me encargaré cuando vuelva.

—¿Por qué no mira hacia fuera? —preguntó Jonas.

La madre suspiró desde la entrada.

—¿Y cuándo vuelves, cariño?

—Mañana.

—¿A qué hora?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Tienes alguna cita? —La frialdad del tono de voz del padre hizo que Jonas se estremeciera.

—Es para tener lista la cena —dijo la madre, que en ese momento entró en la cocina, miró lo que había en las cacerolas y subió la temperatura de dos de los fuegos.

—Tú tenla lista —dijo el padre y se volvió hacia la pila de periódicos que había sobre la encimera—. Ya llegaré.

—De acuerdo. —Ella se le acercó y lo abrazó por la espalda—. ¿Pero de verdad tienes que ir a Bergen esta noche?

—La conferencia de profesor visitante es mañana a las ocho —dijo el padre—. Tardo una hora en llegar desde el aeropuerto a la universidad, así que no me daría tiempo aunque tomase el primer avión de la mañana.

Por los músculos de la nuca de su padre, Jonas advirtió que se estaba

relajando; que, una vez más, su madre había logrado escoger las palabras adecuadas.

—¿Por qué está mirando el muñeco de nieve hacia nuestra casa? —preguntó Jonas.

—Ve a lavarte las manos —dijo la madre.

Comieron en silencio, solo interrumpidos por las preguntas de la madre sobre cómo le había ido el día en el colegio, y las respuestas breves y ambiguas de Jonas. Sabía que unas respuestas demasiado detalladas podían incitar a su padre a hacerle preguntas muy molestas sobre lo que aprendían o dejaban de aprender en aquel « triste colegio ». O rápidos interrogatorios sobre el niño con el que Jonas hubiera estado jugando ese día, a qué se dedicaban sus padres y de dónde eran. Preguntas a las que Jonas nunca era capaz de contestar satisfactoriamente, según su padre.

Cuando Jonas se fue a la cama, oyó a los padres despedirse en el piso de abajo. La puerta se cerró y el coche arrancó antes de alejarse. Estaban solos otra vez. La madre encendió la tele. Pensó en algo que le había preguntado. Por qué y a casi nunca traía amigos a casa. No supo qué contestarle, porque no quería que se pusiera triste. Pero ahora, el que se puso triste fue él. Se mordió el interior de la mejilla, notó un dolor bueno y malo a la vez que le irradiaba hacia los oídos, miró los tubos metálicos del carillón que colgaba del techo junto a la puerta. Se levantó y se acercó a la ventana.

La nieve del jardín reflejaba suficiente luz como para distinguir desde allí el muñeco de nieve. Parecía tan solitario... Alguien debería ponerle una gorra y una bufanda. Y tal vez el palo de una escoba para que se sujetara. En ese momento, la luna salió de detrás de las nubes. Jonas vio la dentadura negra. Y los ojos. Inspiró aire como por un acto reflejo y dio unos pasos hacia atrás. Se apreciaba un brillo tenue en los ojos de piedra. No miraban solo a la fachada de la casa, miraban hacia arriba. Hacia él. Jonas echó las cortinas y se metió en la cama.

Día 1  
Cochinilla

Harry se sentó en uno de los taburetes de la barra del Palace Grill mientras leía las plaquitas de los ruegos que amablemente hacían a los clientes del bar: «No pidas que te fie», «No disparen al pianista» y «*Be Good Or Be Gone*». Todavía era temprano y los únicos clientes del bar eran dos chicas sentadas a una mesa, cada una tecleando en su móvil, y dos chicos que jugaban a los dardos con una elegancia muy estudiada en cuanto a la pose y a cómo apuntar, pero con pésimos resultados. Dolly Parton, que según tenía entendido, volvía a contar con la aprobación de los jueces del buen gusto de la música *country*, cantaba por los altavoces con un acento sureño y nasal. Harry miró el reloj otra vez y se apostó consigo mismo que Rakel Fauke aparecería por el umbral de la puerta a las ocho y siete minutos. Notaba el crepitar de la tensión que siempre sentía cuando iba a volver a verla. Se dijo que solo era un reflejo condicionado, como el de los perros de Pavlov, que empezaban a salivar al oír la señal que anunciaba la comida, aunque no se les diera de comer. Y esa noche no habría comida. Es decir, solo iban a comer. Y mantener una agradable conversación sobre la vida que llevaban ahora. O mejor dicho, sobre la vida que ella llevaba ahora. Y sobre Oleg, el hijo que ella había tenido con su exmarido ruso cuando trabajaba en la embajada noruega de Moscú. Aquel niño de carácter sensible y ensimismado al que Harry había logrado acercarse y con el que, andando el tiempo, había establecido una relación más estrecha en muchos aspectos que la que había tenido con su padre. Y cuando, al final, Rakel no aguantó más y lo dejó, él no supo cuál de las dos pérdidas le resultaba más dolorosa. Pero ahora lo sabía. Porque eran las ocho y siete minutos, y ella estaba en el umbral de la puerta, con ese porte erguido, la espalda sinuosa cuyo tacto aún podía sentir en las manos y los pómulos altos bajo una piel ardiente que todavía notaba en la suya. Había abrigado la esperanza de que no tuviera tan buen aspecto. Que no pareciera tan feliz.

Ella se le acercó y sus mejillas se rozaron. Él procuró apartarse primero.

—¿Qué miras?—preguntó Rakel desabrochándose el abrigo.

—Ya lo sabes—dijo Harry, y sintió que debería haberse aclarado la voz antes de hablar.

Ella dejó escapar una risa suave que surtió en él el mismo efecto que el primer sorbo de un Jim Beam; sintió calor y paz.

—No—dijo ella.

Sabía perfectamente lo que significaba ese «no». No empieces, no lo hagas



embarazoso, no vamos a ir por ese camino. Lo dijo bajito, con voz casi imperceptible, y aun así, a él le sentó como una sonora bofetada.

—Estás más delgado —dijo ella.

—Eso dicen.

—¿Y la mesa...?

—El camarero vendrá a avisarnos.

Se sentó en un taburete enfrente de él y pidió un aperitivo. Un Campari, por supuesto. Harry solía llamarla «Cochinilla» por el pigmento natural que le daba a esa bebida su color característico. Porque le gustaba vestirse con ropa de un rojo intenso. Rakel insistía en que lo utilizaba como color de advertencia, como los animales emplean colores fuertes para avisar de que hay que guardar cierta distancia.

Harry pidió otro refresco.

—¿Por qué has adelgazado tanto? —preguntó ella.

—Por los hongos.

—¿Cómo?

—Parece que me están devorando. El cerebro, los ojos, los pulmones, la concentración. Absorben los colores y la memoria. El hongo crece. Yo desaparezco. Él se convierte en mí, y yo en él.

—¿De qué tontería estás hablando? —soltó ella con una mueca que pretendía ser de asco, pero Harry advirtió la sonrisa en sus ojos. A ella le gustaba oírlo contar historias, incluso cuando no eran más que sandeces. Le contó lo de la invasión de hongos en el apartamento.

—¿Qué tal vais? —preguntó Harry.

—Bien. Yo estoy bien. Oleg está bien. Pero te echa de menos.

—¿Te lo ha dicho?

—Tú sabes que es verdad. Deberías dedicarle un poco más de tiempo.

—¿Yo? —Harry la miró asombrado—. Esto no lo he elegido yo.

—¿Y qué? —dijo ella cogiendo la copa que le ofrecía el camarero—. Que tú y yo ya no seamos pareja no significa que Oleg y tú no tengáis una relación importante. Para ambos. Ninguno de los dos tenéis facilidad para entablar relación con otras personas, así que deberíais cuidar las que habéis conseguido fraguar.

Harry tomó un sorbo de refresco.

—¿Qué tal se lleva Oleg con tu médico?

—Se llama Mathias —dijo Rakel con un suspiro—. Están en ello. Son... diferentes. Mathias quiere que funcione, pero Oleg no se lo pone fácil.

Harry notó una punzada dulce de satisfacción.

—Y Mathias trabaja mucho también.

—Pensé que no te gustaba que tu pareja trabajara demasiado —dijo Harry y se arrepintió en el mismo momento en que lo dijo. Pero en vez de enfadarse,

Rakel suspiró con tristeza.

—No se trataba de que trabajaras mucho, Harry, es que estabas poseído. Eres tu trabajo, y lo que te hace funcionar no es el amor o el sentido de la responsabilidad. O de la solidaridad. O el deseo de venganza. Ni siquiera son ambiciones personales. Es la ira. Y la necesidad de venganza. Y eso no está bien, Harry, no puede ser. Tú sabes lo que pasó.

«Sí —pensó Harry—. Permití que la enfermedad entrase también en tu casa».

Carraspeó:

—Pero tu médico sí tiene las motivaciones adecuadas, ¿verdad?

—Mathias sigue haciendo guardias nocturnas en urgencias. De forma voluntaria. Y además da clases a jornada completa en el Anatómico Forense.

—Y dona sangre y es miembro de Amnistía Internacional.

Ella suspiró.

—El B negativo es un tipo de sangre muy poco frecuente, Harry. Y tú también apoyas a Amnistía Internacional, lo sé.

Ella removió el contenido del vaso con un agitador naranja de plástico rematado por un caballo. El líquido rojo daba vueltas alrededor de los cubitos de hielo. Cochinilla.

—¿Harry? —dijo ella.

Percibió un timbre en su tono de voz y se puso tenso.

—Mathias y yo vamos a vivir juntos. Después de Navidades.

—¿Tan pronto? —Harry se pasó la lengua por el paladar en busca de algo húmedo—. Solo hace un año que os conocéis.

—Un año y medio. Pensamos casarnos este verano.

Magnus Skarre observaba cómo el agua caliente le caía en las manos y de ahí en el desagüe del lavabo. Por donde desaparecía. No. Nada desaparecía, solo se iba a otro lugar. Como ocurría con esas personas sobre las que se había pasado las últimas semanas recabando información. Porque Harry se lo había pedido. Porque Harry le había dicho que ahí podía haber algo. Y que quería un informe antes del fin de semana. Lo que significaba que Magnus tendría que trabajar horas extra. Aunque sabía que Harry les encargaba ese tipo de tareas para mantenerlos activos en aquellos tiempos en que se pasaban los días con los pies encima de la mesa. El pequeño grupo de Personas Desaparecidas, formado por tres agentes, se negaba a hurgar en asuntos antiguos, tenían de sobra con los nuevos.

Mientras volvía por el pasillo desierto, Magnus observó que la puerta de su despacho estaba entreabierta. Él sabía que la había cerrado y eran más de las nueve, así que los de la limpieza habían terminado hacía rato. Dos años antes

habían sufrido varios robos en los despachos. Magnus Skarre abrió la puerta con determinación.

Allí estaba Katrine Bratt, que se volvió enarcando las cejas, como si fuera él quien hubiese entrado en el despacho de ella. Le volvió a dar la espalda.

—Solo quería verlo —dijo ella, paseando la mirada por las paredes.

—¿Ver el qué? —Skarre miró a su alrededor. Su despacho era igual que todos los demás, con la única diferencia de que no tenía ventana.

—Este era su despacho, ¿verdad?

Skarre frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A Hole. Este fue su despacho durante muchos años. ¿También cuando investigaba los asesinatos en serie de Australia?

Skarre se encogió de hombros.

—Eso creo. ¿Por qué lo preguntas?

Katrine Bratt deslizó una mano por la superficie de la mesa.

—¿Por qué cambió de despacho?

Magnus pasó a su lado y se sentó en la silla.

—Este no tiene ventana. Y además ascendió a comisario.

—Y lo compartió primero con Ellen Gjeltén y luego con Jack Halvorsen —dijo Katrine Bratt—. Y a ambos los asesinaron.

Magnus Skarre cruzó las manos detrás de la cabeza. La nueva policía tenía clase. Un escalón o dos por encima de él. Apostaría a que su marido era jefe de algo y tenía dinero. El traje que llevaba parecía caro. Pero cuando la miró más detenidamente, fue como si percibiera un fallo en algún sitio. Un pequeño defecto que no conseguía localizar.

—¿Crees que oiría sus voces? ¿Que por eso cambió de despacho? —preguntó Bratt mientras observaba el mapa de Noruega que colgaba de la pared, en el que Skarre había rodeado con un círculo los lugares de residencia de todas las personas desaparecidas en el área de Østlandet desde 1980.

Skarre se rio sin contestar. Tenía la cintura estrecha y la espalda arqueada. Sabía que Katrine era consciente de que la estaba mirando.

—¿Cómo es Hole? —preguntó.

—¿Por qué lo quieres saber?

—Cualquiera que tuviera un nuevo jefe querría saberlo, ¿no?

Tenía razón. Era solo que él nunca había pensado en Harry Hole como en un jefe, no de esa manera. Sí, les asignaba tareas y llevaba la investigación pero, aparte de eso, lo único que exigía era que no se cruzaran en su camino.

—Como sabrás, tiene bastante mala fama —dijo Skarre.

Ella se encogió de hombros.

—He oído que abusaba del alcohol, sí. Y que ha denunciado a colegas. Que todos los jefes querían que lo echaran, pero que el anterior comisario jefe lo

protegía.

—Se llamaba Bjarne Møller —dijo Skarre mirando el círculo alrededor de Bergen en el mapa. Allí fue donde vieron a Møller por última vez, antes de que desapareciera.

—Y que en esta casa hay colegas a los que no les gusta que la prensa lo haya convertido en una especie de estrella del pop.

Skarre se mordió el labio.

—Es un investigador cojonudo. Eso me basta.

—¿Te gusta?

Skarre se echó a reír. Ella se dio la vuelta y lo miró.

—Bueno, gustarme, lo que se dice gustarme, no sé —dijo—. Ni me gusta ni me deja de gustar.

Echó la silla hacia atrás, puso las piernas encima de la mesa, se estiró y logró fingir un bostezo:

—Y a ti, ¿qué te tiene ocupada tan tarde?

Fue un intento de recuperar la ventaja. Al fin y al cabo, ella no era más que una oficial de policía. Y nueva.

Pero Katrine Bratt solo sonrió como si hubiese dicho algo gracioso, salió por la puerta y desapareció.

Desapareció. A propósito. Skarre soltó un taco, se enderezó en la silla y encendió el ordenador, otra vez.

Harry se despertó y se quedó tumbado boca arriba en la cama mirando al techo. ¿Cuánto tiempo llevaba durmiendo? Se volvió y miró el reloj de la mesita de noche. Las cuatro menos cuarto. La cena fue un tormento. Se la pasó observando la boca de Rakel, cómo hablaba, bebía vino, masticaba la carne y lo devoraba a él mientras le contaba que ella y Mathias habían pensado irse un par de años a Botsuana, donde el gobierno iba a poner en marcha un proyecto excelente para la lucha contra el sida, y necesitaban médicos. Ella le preguntó si salía con alguien. Y él respondió que se veía con sus amigos de la infancia, Øystein y Tresko. El primero era un taxista alcohólico y un friqui de la informática. El otro era un jugador alcohólico que habría sido campeón mundial de póquer si hubiese sabido mantener cara de póquer con la misma maestría con que era capaz de interpretar la expresión de la cara de los demás. Incluso empezó a contarle lo de la trágica derrota de Tresko en el campeonato de Las Vegas antes de recordar que ya se lo había contado. Y no era verdad que saliera con ellos. No salía con nadie.

Vio que el camarero servía bebidas alcohólicas en las copas de la mesa de al lado y, en un momento de locura, estuvo a punto de arrancarle la botella y llevársela a la boca. Pero en lugar de hacerlo, aceptó acompañar a Oleg a un

concierto al que llevaba tiempo suplicándole a Rakel que lo dejase ir. Slipknot. Harry no le contó a Rakel a qué tipo de grupo estaba a punto de exponer a su hijo, ya que él mismo tenía ganas de ver a Slipknot. Aunque normalmente los grupos con acompañamiento de los estertores de rigor, de símbolos satánicos y bajos acelerados le daban risa, Slipknot le parecía interesante.

Harry apartó el edredón y fue a la cocina, dejó correr el agua del grifo hasta que salió fría y bebió de la mano. Siempre le había parecido que el agua sabía mejor así, bebida de la propia mano, de la piel misma. De pronto, dejó caer el agua en el fregadero y se quedó mirando fijamente la pared negra. ¿Había visto algo? ¿Algo que se movía? No, no era nada, solo el movimiento en sí, como la onda que, invisible, acaricia bajo la superficie del agua las algas marinas. Hilos muertos, dedos tan finos que no se distinguen, esporas que se levantan al menor movimiento de aire y se asientan en lugares nuevos, donde empiezan a alimentarse, a chupar. Harry encendió la radio de la sala de estar. Ya era un hecho. George Bush había conseguido una nueva legislatura en la Casa Blanca.

Harry volvió a la cama y se tapó la cabeza con el edredón.

Jonas se despertó al oír un ruido y se apartó el edredón de la cara. Al menos creía que había sido un ruido. Un crujido, como el de la nieve dura bajo las botas en el silencio de una mañana de domingo entre los chalés. Habría sido una ensoñación. Pero el sueño no quiso regresar, a pesar de que cerró los ojos. En cambio, sí le venían a la memoria fragmentos de lo soñado. Su padre, quieto y en silencio frente a él, con ese reflejo en los cristales de las gafas que les confería el aspecto de una superficie impenetrable y helada.

Debió de ser una pesadilla, porque Jonas tenía miedo. Volvió a abrir los ojos y vio que los tubos de metal del carillón se movían. Se levantó de un salto, abrió la puerta y salió corriendo por el pasillo. Consiguió no mirar hacia abajo, a la oscuridad de la escalera por la que bajaba, y no paró hasta que llegó a la puerta del dormitorio de sus padres y bajó el picaporte con muchísimo cuidado. De repente se acordó de que su padre estaba de viaje y pensó que entonces despertaría a su madre. Se coló en la habitación. Un cuadrado blanco de luz de luna se vertía sobre el suelo y se extendía hasta la cama de matrimonio sin deshacer. Los números del despertador dirigían hacia él su brillo. 01.11. Jonas se quedó confuso un momento.

Luego volvió a salir al pasillo. Se dirigió a la escalera. La oscuridad en que estaba sumida se encontraba allí esperándolo sin más, como una boca grande y abierta. Abajo no se oía ningún sonido.

—¡Mamá!

Se arrepintió en cuanto oyó su propio miedo en aquel eco corto y duro. Porque ahora también lo sabía ella. La oscuridad.

No hubo respuesta.

Jonas tragó saliva y empezó a bajar la escalera.

En el tercer peldaño notó algo húmedo en la planta del pie. Lo mismo ocurrió en el sexto. Y en el octavo. Como si alguien los hubiese subido con los zapatos mojados. O con los pies mojados.

La luz del salón estaba encendida, pero su madre no se encontraba allí. Se acercó a la ventana para echar una ojeada a la casa de los Bendiksen, ya que a veces su madre iba a ver a Ebba. Pero no había luz en ninguna ventana.

Se dirigió a la cocina, hasta el teléfono, y logró no pensar, no dejar paso a la oscuridad. Marcó el número del móvil de su madre. Y notó la alegría que le estallaba por dentro al oír su voz suave. Pero era un mensaje que le pedía que dejara el número y que le deseaba que pasara un buen día.

Solo que no era de día, era de noche.

Fue a la entrada y metió los pies en un par de zapatos enormes de su padre, se puso el anorak de plumas encima del pijama y salió a la calle. Su madre le había dicho que la nieve desaparecería otra vez al día siguiente, pero seguía haciendo frío, y el soplo de un viento ligero susurraba y murmuraba desde el roble que había junto a la verja. De la casa de los Bendiksen no lo separaban más de cien metros y, por suerte, había dos farolas en la calle. Tenía que estar allí. Miró a derecha e izquierda para asegurarse de que no hubiera nadie que pudiera detenerlo. Entonces vio al muñeco de nieve. Estaba como antes, inmóvil, mirando hacia la casa, bañado por la luz fría de la luna. Pero advirtió en él algo que le parecía diferente, algo casi humano, algo conocido. Jonas miró hacia la casa de los Bendiksen. Decidió echar a correr. Pero no lo hizo. Se quedó allí plantado y notó cómo lo atravesaba el viento cauto y frío. Se volvió otra vez despacio hacia el muñeco de nieve. Porque entonces se dio cuenta de por qué le resultaba tan familiar. Le habían puesto una bufanda. La bufanda que Jonas le había regalado a su madre por Navidad.

## Día 2

## La desaparición

A mediodía la nieve se había derretido en el centro de Oslo. Pero en Hoff seguían quedando montículos en los jardines a ambos lados de la calle por la que circulaban Harry Hole y Katrine Bratt. En la radio, Michael Stipe cantaba sobre la sensación de saber lo que va a pasar, sobre algo que ha salido mal y sobre un chico que estaba en el pozo. En el ambiente apacible de los chalés de una calle más apacible aún, Harry señaló un Toyota Corolla gris plata que estaba aparcado cerca de la valla.

—El coche de Skarre. Aparca detrás.

El chalé era grande y amarillo. Demasiado grande para una familia de tres, pensó Harry mientras enfilaban el camino de grava. El aire goteaba como suspirando a su alrededor. En el jardín había un muñeco de nieve ligeramente escorado y con pocas expectativas de futuro.

Fue Skarre quien abrió la puerta. Harry se inclinó y miró la cerradura.

—No hay indicios de que la hayan forzado —dijo Skarre.

Los condujo a la sala de estar, donde un niño les daba la espalda sentado en el suelo mientras veía en la tele un canal de dibujos animados. Una mujer se levantó del sofá, le dio la mano a Harry y se presentó como Ebba Bendiksen, la vecina.

—Birte nunca ha hecho una cosa así antes —dijo—. Por lo menos desde que la conozco.

—¿Y desde cuándo es eso? —preguntó Harry mirando a su alrededor. Delante de la tele había muebles de piel grandes y recios, y una mesa octogonal de cristal ahumado. Las sillas de tubos de acero que rodeaban la mesa de comedor de color claro eran ligeras y elegantes, del estilo que sabía que le gustaba a Rakel. En las paredes colgaban dos cuadros, ambos de hombres con aspecto de directores de banco, que lo miraban con todo el peso de su autoridad. Y al lado, arte moderno y abstracto de ese estilo que había llegado a pasar de moda para luego volverse muy moderno otra vez.

—Diez años —dijo Ebba Bendiksen—. Nos mudamos a la casa de la acera de enfrente justo cuando nació Jonas.

Hizo un gesto con la cabeza señalando al chico, que seguía inmóvil viendo cómo el Correccaminos huía veloz mientras el Coyote explotaba.

—¿Así que fuiste tú quien llamó a la policía anoche?

—Sí.

—El niño llamó a la puerta sobre la una y cuarto —dijo Skarre consultando

sus anotaciones—. La Judicial de guardia recibió la llamada a las cero uno treinta horas.

—Mi marido y yo volvimos primero a la casa con Jonas para buscarla —explicó Ebba Bendiksen.

—¿Dónde buscasteis? —preguntó Harry.

—En el sótano. En los cuartos de baño. En el garaje. En todas partes. Es muy raro que alguien se largue de esa manera.

—¿Que se largue?

—Que desaparezca. Que se pierda. El agente de policía con el que hablé por teléfono preguntó si podíamos hacernos cargo de Jonas, y dijo que deberíamos llamar a todas las personas que conocía Birte y con las que hubiera podido reunirse. O si no, esperar al día siguiente para averiguar si había acudido al trabajo. Me explicó que en ocho de cada diez casos como este, la persona aparecía al cabo de unas horas. Intentamos dar con Filip...

—El marido —la interrumpió Skarre—. Estaba en Bergen dando una conferencia. Es profesor de algo.

—De física. —Ebba Bendiksen sonrió—. De todos modos, tenía el móvil apagado. Y no sabíamos en qué hotel se alojaba.

—Nos pusimos en contacto con él en Bergen esta mañana —dijo Skarre—. Llegará pronto.

—Sí, menos mal —dijo Ebba—. Así que llamamos al trabajo de Birte esta mañana, y como no se había presentado a la hora de costumbre, volvimos a llamaros a vosotros.

Skarre lo confirmó con un movimiento de cabeza. Harry le indicó con un gesto que podía continuar la conversación con Ebba Bendiksen, se fue hasta el televisor y se sentó en el suelo al lado del chico. En la pantalla, el Coyote estaba encendiendo la mecha de un cartucho de dinamita.

—Hola, Jonas. Me llamo Harry. ¿Te ha contado el otro policía que este tipo de casos casi siempre termina bien? ¿Que los que desaparecen aparecen otra vez?

El chico negó con la cabeza.

—Pues así es —dijo Harry—. Si tuvieses que adivinar, ¿dónde crees que estaría tu madre ahora?

El chico se encogió de hombros.

—No sé dónde está.

—Sé que no lo sabes, Jonas, ahora mismo ninguno de nosotros lo sabe. ¿Pero cuál es el primer sitio que se te ocurre, si no está aquí o en el trabajo? No pienses en si es probable o no.

El chico no contestó, solo se quedó mirando fijamente al Coyote, que en vano intentaba deshacerse del cartucho de dinamita, que se le había pegado a la mano.

—¿Hay alguna cabaña o algo así a la que vayáis?

Jonas negó con la cabeza.



—¿Algún lugar especial al que acostumbre a ir cuando quiere estar sola?

—No quería estar sola —dijo Jonas—. Quería estar conmigo.

—¿Solo contigo?

El chico se volvió y miró a Harry. Jonas tenía los ojos castaños, igual que Oleg. Y, en el color castaño de aquellos ojos, Harry vio el miedo que esperaba ver, y una ira totalmente inesperada.

—¿Por qué desaparecen? —preguntó el chico—. Me refiero a los que vuelven.

Los mismos ojos, pensó Harry. Las mismas preguntas. Las importantes.

—Por toda clase de razones —dijo Harry—. Algunos se pierden. Como sabes, hay diferentes formas de perderse. Y otros solo necesitan un descanso y se esconden buscando un poco de paz.

La puerta de la entrada se abrió y el chico se llevó un sobresalto.

En ese mismo momento, la dinamita explotó en la mano del Coyote y se abrió la puerta de la sala de estar.

—Buenos días —dijo la voz a su espalda. Severa y contenida al mismo tiempo—. ¿Cuál es la situación?

Harry se dio la vuelta justo a tiempo de ver que un hombre enchaquetado que rondaba los cincuenta se acercaba a la mesa del salón, cogía el mando a distancia y, un segundo después, la imagen del televisor se comprimía hasta convertirse en un punto blanco al mismo tiempo que el aparato emitía un siseo de protesta.

—Ya sabes lo que te tengo dicho de ver la tele a mediodía, Jonas —dijo con tono de resignación, como para transmitirle al resto de los presentes lo difícil que era el trabajo de un educador en aquellos días.

Harry se levantó y se presentó a sí mismo, a Magnus Skarre y a Katrine Bratt, que hasta el momento no había hecho otra cosa que observar desde la puerta.

—Filip Becker —dijo el hombre subiéndose las gafas a pesar de que ya las tenía ajustadas a la nariz. Harry intentó captarle la mirada, forjarse esa primera impresión tan importante acerca de un sospechoso potencial, llegado el caso. Pero el reflejo de los cristales de las gafas le ocultaba los ojos.

—He estado llamando a todos aquellos con los que podría haber contactado, pero nadie sabe nada —dijo Filip Becker—. ¿Qué sabéis vosotros?

—Nada —dijo Harry—. Pero, para empezar, podrías ayudarnos a averiguar si han desaparecido maletas, mochilas o ropa, así nos haremos una idea. —Harry observó a Becker antes de continuar—. De si la desaparición es espontánea o premeditada.

Becker le sostuvo a Harry aquella mirada escrutadora antes de asentir con la cabeza, y subió a la segunda planta.

Harry se acuclilló al lado de Jonas, que seguía mirando la pantalla negra de la

tele.

—¿Así que te gusta el Correcaminos? —dijo Harry.

El chico negó con la cabeza, pero no dijo nada.

—¿Por qué no?

Jonas respondió con un susurro apenas audible.

—Me da pena el Coyote.

Cinco minutos más tarde, Becker volvió a bajar y dijo que no faltaba nada, ni bolsos de viaje ni ropa, aparte de lo que llevaba puesto cuando él se fue, además del abrigo, las botas y una bufanda.

Harry se rascó la barbilla sin afeitarse y miró a Ebba Bendiksen.

—¿Puedes venir conmigo a la cocina, Becker?

Becker iba primero y Harry le indicó a Katrine que los siguiera. Una vez en la cocina, el profesor empezó enseguida a poner café en un filtro de papel y agua en la cafetera. Katrine se quedó al lado de la puerta, mientras Harry se acercó a la ventana y miró al jardín. Al muñeco de nieve se le había hundido la cabeza entre los hombros.

—¿A qué hora saliste de casa anoche y en qué vuelo te fuiste a Bergen?

—Salí de aquí sobre las nueve y media —dijo Becker sin titubeos—. El vuelo era a las once y cinco.

—¿Hablaste con Birte después de salir de casa?

—No.

—¿Qué crees que puede haber pasado?

—No tengo ni idea, comisario. De verdad que no tengo ni idea.

—Humm. —Harry miró hacia la calle. No había oído pasar ningún coche desde que llegaron. Un vecindario realmente tranquilo. Seguro que solo la calma, en aquella parte de la ciudad, costaba un par de millones de coronas—. ¿Cómo os van las cosas a ti y a tu mujer?

Harry oyó que Filip Becker dejaba lo que estaba haciendo, y añadió:

—Tengo que preguntarlo porque a veces los cónyuges simplemente desaparecen.

Filip Becker carraspeó.

—Te puedo asegurar que mi mujer y yo tenemos una relación estupenda.

—Aun así, ¿te has planteado la posibilidad de que ella tuviera una relación de la que tú no supieses nada?

—Eso es imposible.

—«Imposible» es una palabra bastante fuerte, Becker. Y las relaciones extramatrimoniales son bastante frecuentes.

Filip Becker sonrió levemente.

—No soy ningún ingenuo, comisario. Birte es una mujer atractiva y bastante más joven que yo. Y procede de una familia relativamente frívola, todo hay que decirlo. Pero ella no es ese tipo de mujer. Y yo estoy bastante al tanto de lo que

hace y deja de hacer.

Se oyó un gorgoteo admonitorio procedente de la cafetera en el momento en que Harry abrió la boca con la intención de seguir abundando en el asunto. Cambió de opinión.

—¿Has advertido en ella últimamente cambios de humor?

—Birte no es depresiva, comisario. No se ha ido al bosque para ahorcarse ni se ha tirado al mar. Está por ahí, en alguna parte, y está viva. Sé, porque lo he leído, que la gente desaparece continuamente, luego vuelve a aparecer y todo tiene una explicación lógica y bastante banal. ¿No es así?

Harry asintió lentamente con la cabeza.

—¿Te importa que dé una vuelta por la casa?

—¿Para qué?

En la pregunta de Filip Becker resonó un tono de aspereza, y Harry pensó que era un hombre acostumbrado a llevar las riendas. A que le dieran explicaciones. Y lo contrariaba el hecho de que su mujer se hubiera ido sin avisar. Lo cual Harry ya había descartado en su fuero interno. Una madre y esposa sana y bien atendida no deja solo a su hijo de diez años en mitad de la noche. Y luego estaba lo otro. Normalmente, en los primeros momentos de un caso de desaparición, utilizaban el mínimo de recursos, a no ser que se diese alguna circunstancia que indicara que podía tratarse de un acto delictivo o de algún otro hecho dramático. Y por esa razón había ido a Hoff personalmente.

—A veces uno no sabe lo que busca hasta que lo encuentra —contestó Harry—. Es un método de trabajo.

Y entonces logró conectar con la mirada de Becker, más allá de los cristales de las gafas. Al contrario que el hijo, tenía los ojos de color azul claro, con un brillo intenso y luminoso.

—Faltaría más —dijo Becker—. Adelante.

El dormitorio olía a fresco y estaba ordenado. Una colcha de ganchillo cubría la cama de matrimonio. En una de las mesitas de noche había una foto de una mujer mayor. El parecido hizo suponer a Harry que ese era el lado de Filip Becker. En la otra mesita de noche había una foto de Jonas. Se percibía un suave aroma a perfume en el armario lleno de ropa de mujer. Harry se dio cuenta de que las perchas colgaban a una distancia idéntica unas de otras, como si nadie las hubiera tocado durante un tiempo. Vestidos negros con raja, jerséis cortos con dibujos de color rosa y con brillos. Dentro del armario había una cajonera. Abrió el primer cajón. Ropa interior. Negra y roja. El siguiente cajón. Fajas y medias. Tercer cajón. Joyas colocadas en una bandeja de fieltro rojo. Se fijó en un anillo grande y aparatoso con piedras que despedían destellos chillones. Todo lo que había allí dentro recordaba un poco a Las Vegas. No quedaba ningún hueco vacío

en la bandeja de fieltro.

El dormitorio tenía una puerta que daba directamente a un baño recién renovado con ducha de vapor y dos lavabos de acero.

En la habitación de Jonas, Harry se sentó en la sillita, junto a un pupitre pequeño. Encima había una calculadora con muchas funciones matemáticas avanzadas. Parecía nueva y poco usada. En la pared, sobre el pupitre, colgaba un póster con la imagen de siete delfines envueltos en una ola y un almanaque de todo el año. Algunas fechas estaban marcadas con un círculo y unas notas. Harry leyó: el cumpleaños de mamá y del abuelo, vacaciones en Dinamarca, dentista a las diez y dos fechas de julio con la palabra «médico» escrita encima. Pero Harry no vio ningún partido de fútbol, ni cine, ni cumpleaños. Vio una bufanda rosa encima de la cama. Un color que ningún chico de la edad de Jonas llevaría jamás. Harry cogió la bufanda. Estaba húmeda pero aun así podía notar el leve olor de la piel, el pelo y el perfume de una mujer. El mismo perfume que en el armario.

Volvió a bajar las escaleras. Se detuvo al lado de la cocina y oyó a Skarre contar cuál era el procedimiento habitual en un caso de desaparición. También se oía el tintineo de unas tazas de café. El sofá del salón parecía enorme, quizá debido a lo menuda que era la figura que estaba allí ojeando un libro. Harry se acercó y vio una foto de Charles Chaplin con la típica vestimenta. Harry se sentó a su lado.

—¿Sabías que Chaplin era caballero británico? —dijo Harry—. Sir Charles.

Jonas asintió con la cabeza.

—Pero lo echaron de Estados Unidos.

Jonas pasaba las páginas.

—¿Estuviste enfermo el verano pasado, Jonas?

—No.

—Pero fuiste al médico. Dos veces.

—Mamá solo quería que me hicieran un reconocimiento. Mamá... —Le falló la voz de repente.

—Ya verás como vuelve pronto —dijo Harry poniéndole una mano sobre el hombro escuálido—. Puesto que no se ha llevado la bufanda. La rosa que está en tu habitación.

—Alguien la había puesto alrededor del cuello del muñeco de nieve —dijo Jonas—. Me la he traído a casa.

—Supongo que tu madre no quería que pasara frío.

—Nunca le habría puesto al muñeco de nieve su bufanda preferida.

—Entonces habrá sido tu padre.

—No, lo hizo alguien después de que él se fuera. Anoche. El que se ha llevado a mamá.

Harry asintió despacio.

—¿Quién ha hecho ese muñeco de nieve, Jonas?

—No lo sé.

Harry miró hacia la ventana y al jardín. Esa era la razón por la que había venido. De pronto, notó una corriente helada que atravesaba la pared y el aire de la habitación.

Harry y Katrine bajaban en el coche por la calle Sørkedalsveien en dirección al barrio de Majorstua.

—¿Qué ha sido lo primero que te ha llamado la atención al entrar? —preguntó Harry.

—Que quienes comparten aquel hogar no son precisamente almas gemelas —dijo Katrine, y pasó por el peaje sin frenar—. Que a lo mejor es un matrimonio desgraciado. Y en ese caso, es ella la que sufre más.

—Humm. ¿Qué te hace pensar eso?

—Es evidente, ¿no? —sonrió Katrine—. La diferencia en los gustos.

—Explicate.

—¿No te has fijado en ese sofá horrible y la mesa de salón? Propio de los años ochenta, una compra típica de los hombres de los noventa. Pero es ella quien ha elegido la mesa de comedor de roble tratado con aceite blanco y estructura de aluminio. Y las Vitra.

—¿Las Vitra?

—Las sillas del comedor. Suizas. Caras. Tan caras que con lo que habrían ahorrado comprando unas imitaciones algo más baratas podrían haber cambiado el salón entero. Es acojonante lo feo que es.

Harry tomó nota de que, en boca de Katrine Bratt, la palabra «acojonante» no sonaba como un taco vulgar, sino como un contrapunto lingüístico que no hacía más que subrayar la clase a la que pertenecía.

—¿Y eso?

—Con esa casa tan grande y en esa zona de Oslo, el problema no es el dinero. Él no le ha dado permiso para cambiar su sofá y su mesa. Y cuando un hombre sin gusto y con un desinterés tan manifiesto por la decoración hace una cosa así, es fácil deducir quién domina a quién.

Harry asintió con la cabeza, pero más que nada para sí mismo. La primera impresión no había sido desacertada. Katrine Bratt era buena.

—Pero cuéntame lo que opinas tú —dijo ella—. Se supone que soy yo la que tiene que aprender de ti.

Harry miró por la ventana, hacia el viejo restaurante Lepsvik, rico en tradiciones pero nunca especialmente digno.

—No creo que Birte Becker se haya ido de la casa voluntariamente —dijo él.

—¿Y eso? No hay señales de violencia.

—Porque estaba bien planeado.

—Entonces, ¿quién es el culpable? ¿El marido? Siempre es el marido, ¿verdad?

—Sí —dijo Harry. Se le venían a la cabeza un montón de ideas—. Siempre es el marido.

—Solo que este estaba en Bergen.

—Sí, eso parece.

—En el último vuelo, así que no ha podido volver y llegar luego a tiempo a la primera conferencia. —Katrine pisó el acelerador y pasó en ámbar el cruce de Majorstua—. Y si Filip Becker fuese culpable, habría mordido tu anzuelo.

—¿Anzuelo?

—Sí. Lo de que si ella tenía cambios de humor. Le has insinuado a Becker que sospechabas que podría tratarse de un suicidio.

—¿Y?

Ella se rio.

—Venga Harry. Todos, incluido Becker, saben que la policía emplea el mínimo de recursos en los casos de suicidio probable. Para abreviar, tú le has dado la posibilidad de apoyar una teoría que, en el caso de que fuera culpable, habría solucionado la mayoría de sus problemas. Pero, en vez de eso, él te dice que su mujer estaba más feliz que una perdiz.

—Ya. Así que opinas que la pregunta era una prueba, ¿no?

—Tú te pasas la vida poniendo a prueba a todo el mundo, Harry. Y yo no soy una excepción.

Harry no contestó hasta que hubieron bajado un buen tramo de la calle Bogstadveien.

—Muchas veces, la gente es más lista de lo que uno cree —dijo entonces, y no añadió nada más hasta que llegaron al garaje de la Comisaría General.

—Tengo que trabajar solo el resto del día.

Y lo dijo porque había estado pensando en la bufanda rosa y había tomado una decisión. Que era urgente revisar el material de Skarre sobre personas desaparecidas, que era urgente confirmar aquella sospecha que lo corroía. Y si las cosas resultaban ser como se temía, tendría que ir a ver al comisario Gunnar Hagen con la carta. La puta carta.

4 de noviembre de 1992

El tótem

Cuando William Jefferson Blyth III vino al mundo el 19 de agosto de 1946 en la pequeña ciudad de Hope, Arkansas, habían pasado exactamente tres meses desde que su padre murió en un accidente de tráfico. Cuatro años más tarde, la madre de William se volvió a casar, y William adoptó el apellido del nuevo padre. Y aquella noche de noviembre de 1992, cuarenta y ocho años después, cayó del cielo sobre las calles de Hope una lluvia de confeti blanco como la nieve para celebrar que habían elegido cuadragésimo segundo presidente de Estados Unidos a la persona en la que tenían cifradas sus esperanzas, a su conciudadano William —o solo Bill— Clinton. Como siempre, la nieve que caía esa misma noche sobre Bergen alcanzó las calles después de haberse transformado en una lluvia que duchó la ciudad tal y como venía haciéndolo desde septiembre. Pero al llegar el día, las cimas de las siete colinas que la custodian aparecían cubiertas de una preciosa manta de polvo de azúcar. Y el inspector Gert Rafto ya se había personado en la cima de la colina de Ulriken, la más alta de todas. Aspiró tiritando el aire de las alturas y encogió los hombros en torno a su cabezota y a esa cara tan surcada de pliegues que parecía que se la hubieran pinchado.

El teleférico amarillo en el que él y sus tres colegas de la Científica de la comisaría de Bergen habían subido los 642 metros sobre la ciudad esperaba balanceándose ligeramente colgado de unos recios cables de acero. Lo habían cerrado esa mañana, en cuanto los primeros turistas que llegaron a la famosa cima informaron a la policía.

—Anda y jódete, hombre —soltó uno de los técnicos de la Científica.

La expresión se había convertido en una parodia del dialecto de Bergen por parte de los foráneos, hasta tal punto que los propios habitantes de Bergen casi habían dejado de utilizarla. Pero en situaciones en las que el miedo o el horror eran excesivos, el vocabulario más interiorizado se hacía con el control.

—Sí, anda y jódete, hombre —repitió Rafto sarcásticamente, con los ojos brillándole entre la torre de tortitas que parecían formar las arrugas.

El cuerpo de la mujer que yacía ante ellos en la nieve presentaba tantos cortes que solo pudieron determinar su sexo por el seno que tenía desnudo. El resto le recordaba a Rafto más que nada al accidente de tráfico en el cabo de Eidsvåg del año anterior, en el que un camión que transportaba perfiles de aluminio perdió la carga en una curva cerrada y, literalmente, trocó un coche que venía de frente.

—El asesino la ha matado y la ha descuartizado aquí mismo —dijo uno de los

técnicos.

Aquella información se le antojó a Rafto bastante superflua, ya que la nieve que había alrededor del cuerpo estaba salpicada de sangre, y las líneas rojas y alargadas que salían de los lados indicaban que le habían seccionado como mínimo una arteria mientras aún le latía el corazón. Se dijo que tenía que averiguar cuándo había dejado de nevar esa noche. El último teleférico había partido a las cinco de la tarde. Naturalmente, la víctima y el asesino podían haber llegado allí por tierra, siguiendo el sendero que ascendía serpeando debajo del teleférico. O podían haber cogido el funicular de Fløyen hasta la cima más próxima y luego haber ido caminando desde allí. Pero el trecho era muy largo, y él se inclinaba por el teleférico.

En la nieve había huellas de dos personas. Las pequeñas eran sin duda de la mujer, aunque no habían encontrado sus zapatos. Las otras serían necesariamente del asesino. Se dirigían hacia el sendero.

—Botas grandes —dijo el joven técnico, que tenía la cara cenceña típica de Sotra—. Por lo menos un cuarenta y ocho. Un tío grande, seguro.

—No necesariamente —dijo Rafto olfateando el aire—. La huella es irregular incluso aquí arriba, en llano. Indicio de que los zapatos le están grandes. A lo mejor quiere engañarnos.

Rafto se dio cuenta de cómo lo miraban los demás. Sabía lo que pensaban. Que allí estaba la estrella de antaño, el favorito de los periódicos, intentando brillar otra vez; con una resolución a juego con lo bocazas que era y con la cara que tenía. En definitiva, un hombre nacido para los titulares. Pero llegó un momento en que empezó a resultarles demasiado grande a todos, a la prensa y a sus colegas. Gert Rafto empezó a recibir indirectas sobre el hecho de que solo pensara en sí mismo y en mantener su posición ante las cámaras, que con su egoísmo pisaba a demasiados colegas y pasaba por encima de demasiados cadáveres. Pero él no hizo caso. No podían acusarlo de nada. O al menos, no de mucho. Había desaparecido algún que otro objeto de valor de los escenarios de los asesinatos. Una joya, un reloj que había pertenecido a la víctima, cosas que se podía suponer que nadie echaría en falta. Pero un día, uno de los colegas de Rafto abrió un cajón de su escritorio porque necesitaba un bolígrafo. Por lo menos, eso fue lo que dijo. Y encontró tres anillos. El comisario llamó a Rafto, este se explicó, y le dijeron que mantuviese la boca cerrada y que no se metiera en lo que no le importaba. Eso era todo. Pero empezaron a circular los rumores. Incluso llegó a oídos de algunos periodistas. Así que probablemente no fuera una sorpresa que, unos años atrás, cuando empezaron a llegar a la comisaría las acusaciones de violencia policial, encontraran enseguida pruebas concretas contra un hombre. El hombre que había nacido para los titulares.

Gert Rafto era culpable de lo que se lo acusaba, nadie dudaba de eso. Pero todo el mundo sabía que el comisario había servido de chivo expiatorio de un



espíritu que llevaba muchos años impregnando la comisaría. Solamente porque había firmado algunos de los informes sobre los detenidos, la mayoría pederastas y traficantes, que se habían caído por la vieja escalera que bajaba hasta los calabozos y se habían hecho unos cuantos cardenales.

Los periódicos no se ensañaron con él. Rafto el de Hierro, el apodo con que lo habían bautizado, no era original, precisamente, pero sí muy acertado. Y ahora adquiriría un nuevo significado. Los periodistas habían entrevistado a varios de sus viejos enemigos a ambos lados de la ley que, naturalmente, aprovecharon la ocasión para tomarse la revancha. Así que cuando la hija de Rafto volvió del colegio llorando y diciendo que la habían llamado «escalera de hierro», su mujer le dijo que ya estaba bien, que no podía pretender que ella se quedara sentada viendo cómo arrastraba con él a la deshonra a toda la familia. Como tantas veces antes, él perdió los estribos. Después, ella se llevó a la hija, y esa vez no volvió.

Fueron tiempos difíciles, aunque él nunca olvidó quién era. Era Rafto el de Hierro. Y cuando se terminó la cuarentena, lo apostó todo, trabajó día y noche para recuperar los enclaves perdidos. Pero nadie lo había olvidado, las heridas eran demasiado profundas y notaba la animosidad interna ante la idea de que lo fuese a lograr. Naturalmente, no querían que él volviera a brillar y les recordara tanto a ellos como a los medios aquello que tan desesperadamente intentaban dejar atrás. Pero ya les enseñaría él. Les enseñaría que Gert Rafto era un hombre que no se dejaba enterrar antes de tiempo. Que la ciudad que se extendía a sus pies le pertenecía a él y no a los asistentes sociales, ni a los pusilánimes, a esos guantes de seda que se pasaban los días sentados en la oficina, con la lengua tan larga que llegaba tanto a los concejales como al ano flojo de los periodistas del *Socialistisk Venstreparti*.

—Saca algunas fotos y procura darme la identificación —dijo Rafto al técnico de la cámara.

—¿Y quién va a poder identificar eso?

El joven señalaba el cadáver de la mujer. A Rafto no le gustó el tono.

—Alguien habrá denunciado su desaparición. O lo hará pronto. Tú ponte manos a la obra, muchacho.

Rafto subió hasta la cima y volvió la vista hacia lo que en el dialecto de Bergen llamaban «la altiplanicie». Su mirada barrió el paisaje y se detuvo en una colina, en lo que parecía una persona exactamente en la cumbre. Pero estaba completamente inmóvil. ¿Sería un poste? Rafto entornó los ojos. Había estado allí cientos de veces con su mujer y su hija, pero no se acordaba de ese poste. Bajó hasta el teleférico, habló con el conductor y le pidió prestados los prismáticos. Quince segundos más tarde confirmó que no era un poste, sino tres grandes bolas de nieve que alguien tenía que haber puesto una encima de otra.

A Rafto no le gustaba el barrio de Fjellsiden, con aquellas casas torcidas, que todos calificaban de pintorescas, sin aislamiento para el invierno, con escaleras y sótanos en callejones en los que nunca entraba la luz, pero donde los hijos de papá a la última estaban dispuestos a pagar millones por algo auténtico de Bergen, para renovarlo hasta que no quedara ni una astilla de lo original. Ya no se oía allí el corretear de pies infantiles por los adoquines, hacía tiempo que los precios habían ahuyentado al típico golfillo de Bergen y a las familias con niños a los suburbios del otro lado de las colinas. Por el contrario, el barrio estaba silencioso y vacío, como una zona comercial estéril. Aun así, tuvo la sensación de que lo estuvieran observando mientras llamaba a la puerta desde la escalera de piedra.

La puerta se abrió al cabo de unos instantes y tras ella apareció una cara de mujer pálida y angustiada que lo miraba con extrañeza.

—¿Onny Hetland? —preguntó Rafto al tiempo que le mostraba la identificación—. Vengo por una amiga tuya, Laila Aasen.

Era un apartamento pequeñísimo de distribución incomprensible, con el baño al otro lado de la cocina, entre el dormitorio y la sala de estar. En medio del estampado color borgoña del papel pintado del salón, Onny Hetland había encajado a duras penas un sofá y un sillón verde y naranja, y en el poco espacio que quedaba libre en el suelo había montones de revistas, pilas de libros y unos cedés. Rafto pasó por encima de un barreño volcado y de un gato para acceder al sofá. Onny Hetland se sentó en el sillón sin dejar de toquetearse el collar. La piedra verde del colgante tenía una hendidura negra. Sería un defecto. O a lo mejor era así.

La pareja de Laila, Bastian, había informado a Onny Hetland de la muerte de su amiga aquella mañana temprano. Pero aun así, la expresión de la mujer sufría cambios dramáticos mientras Rafto le narraba todos los detalles sin piedad.

—Horrible —susurró Onny Hetland—. Bastian no me ha dicho nada de eso.

—Porque no queremos que todo el mundo lo sepa —dijo Rafto—. Bastian me dijo que eras la mejor amiga de Laila, ¿no?

Onny asintió.

—¿Sabes qué hacía Laila en Ulriken? Su pareja no lo sabía, él y los niños estuvieron ayer en Florø, visitando a la abuela.

Onny negó con un gesto de la cabeza. Era un gesto firme. Uno de esos que no debería dejar lugar a dudas. No era el gesto en sí lo que suponía un problema. Fue la centésima de segundo que vaciló antes de hacerlo. Y esa centésima era todo lo que Gert Rafto necesitaba.

—Este es un caso de homicidio, señorita Hetland. Espero que comprendas la gravedad del asunto y el riesgo que corres si no me cuentas todo lo que sabes.

Ella miró desconcertada a aquel policía de cara de bulldog. Rafto olía el rastro de la presa en el aire.

—Si piensas que estás protegiendo a su familia te equivocas. Esas cosas saldrán a la luz de todas formas.

La mujer tragó saliva. Parecía asustada. Se lo había parecido ya cuando abrió la puerta. Y él le dio el último empujoncito, esa amenaza tan simple pero tan extrañamente eficaz ya fuera con inocentes o con culpables.

—Puedes contármelo ahora o acompañarme para que te interroguen en comisaría.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y una voz casi inaudible le surgió del fondo de la garganta.

—Había quedado allí con alguien.

—¿Con quién?

Onny Hetland respiró temblando.

—Laila solo me dijo el nombre de pila y la profesión. Y que era un secreto, que nadie debía saber nada. Y se refería sobre todo a Bastian.

Rafto miró el bloc de notas para ocultar su entusiasmo.

—¿Y cuáles son el nombre de pila y la profesión?

Anotó lo que le dijo Onny. Miró el bloc de notas. Era un nombre relativamente corriente. Y una ocupación relativamente corriente. Pero puesto que Bergen era una ciudad relativamente pequeña, pensó que con eso bastaría. Todo él tenía la certeza de ir en la dirección correcta. Y con ese « todo él », Geft Rafto se refería a sus treinta años de experiencia policial y a su conocimiento del ser humano, que se basaba en una misantropía general.

—Tienes que prometerme una cosa —dijo Rafto—. Que no le dirás a nadie lo que me acabas de contar. A nadie de la familia. Ni a la prensa. Ni siquiera a los demás policías con los que hables. ¿Lo entiendes?

—¿A los policías tampoco...?

—Desde luego que no. Esta investigación la dirijo yo y debo tener un control absoluto sobre quiénes poseen esta información. Mientras no te diga lo contrario, tú no sabes nada.

Por fin, pensó Rafto otra vez en la escalera. Vio el reflejo de un cristal al abrirse una ventana más abajo, en el callejón, y otra vez tuvo la sensación de que lo observaban. ¿Y qué? Aquella era su revancha. Solo suya. Gert Rafto se abotonó el abrigo y apenas notó que llovía mientras avanzaba hacia el centro en silenciosa marcha triunfal por las calles resbaladizas.

Eran ya las cinco de la tarde y la lluvia caía sobre Bergen desde un cielo con las juntas defectuosas. Gert Rafto tenía encima del escritorio una lista de nombres que le habían enviado del sindicato del sector. Había empezado por buscar a los candidatos con el nombre de pila correcto. Tres, hasta ahora. Hacía tan solo dos horas que había salido de casa de Onny Hetland y Rafto pensaba que pronto

sabría quién había matado a Laila Aasen. Caso resuelto en menos de doce horas. Y nadie podría arrebatárselo, nadie se llevaría los honores, nadie, solo él. Porque informaría a la prensa personalmente. La prensa de la capital ya había acudido sobrevolando la colina, asediando todas las comisarias. El comisario jefe había dicho que no debían dar a conocer los detalles acerca del cadáver, pero los buitres habían oído la sangre.

—Tiene que haber sido una fuga de información —dijo el comisario jefe mirando a Rafto, que no contestó; y tampoco soltó esa risa que pugnaba por asomar a la superficie. Porque ahora estaban sentados allí fuera, listos para informar. Y Gert Rafto pronto sería el rey de la comisaría de Bergen.

Bajó el volumen de la radio, en la que Whitney Houston se había pasado todo el otoño insistiendo en que siempre te iba a querer, pero antes de que le diera tiempo a levantar el auricular, sonó el teléfono.

—Aquí Rafto —dijo irritado, impaciente por empezar.

—Me estás buscando a mí.

Lo que hizo que el agente degradado comprendiera de inmediato que no se trataba de una broma o de alguien desequilibrado fue la voz. Sonaba fría y contenida, con una dicción clara y serena que excluía a los locos y borrachos de siempre. Pero había algo más en aquella voz, algo que se le escapaba.

Rafto carraspeó sonoramente un par de veces. Se tomó su tiempo. Como para demostrar que no había logrado inquietarlo.

—¿Con quién hablo?

—Ya lo sabes.

Rafto cerró los ojos y maldijo para sus adentros. Mierda, mierda, el asesino estaba a punto de entregarse. Y eso no tendría ni de lejos el mismo efecto que si él, Rafto, lo detenía.

—¿Qué te hace pensar que voy a por ti? —dijo entre dientes.

—Lo sé —dijo la voz—. Y si lo hacemos a mi manera, conseguirás lo que quieres.

—¿Y qué es lo que quiero?

—Detenerme. Y te dejaré que lo hagas. Solo. ¿Me oyes, Rafto?

El agente de policía hizo un gesto de asentimiento antes de pronunciar la palabra « sí ».

—Reúnete conmigo en el tótem del Nordenesparken —dijo la voz—. Dentro de diez minutos exactamente.

Rafto trató de pensar. El Nordenesparken estaba al lado del acuario, llegaría allí en menos de diez minutos. ¿Pero por qué verse allí, en un parque situado al final de un istmo?

—Para que yo pueda comprobar que vienes solo —dijo la voz, respondiendo a sus pensamientos—. Si veo a otros policías o si llegas tarde, desaparezco. Para siempre.

El cerebro de Rafto procesó los datos, hizo sus cálculos y llegó a una conclusión. No le daría tiempo a organizar un equipo para una detención. Era perfecto.

—De acuerdo —dijo Rafto—. ¿Y luego qué pasará?

—Te lo contaré todo y te daré las condiciones para mi entrega.

—¿Qué clase de condiciones?

—Que no quiero llevar esposas durante el juicio. Que la prensa no tendrá acceso. Que cumpliré la pena en un lugar donde no tenga que relacionarme con otros presos.

Rafto estaba a punto de toser.

—De acuerdo —dijo mirando el reloj.

—Espera, hay más condiciones. Una tele en la habitación, todos los libros que quiera.

—Eso lo arreglaremos —dijo Rafto.

—Cuando hayas firmado el acuerdo con mis condiciones, me iré contigo.

—Y si... —empezó Rafto, pero el pitido intermitente le indicó que habían colgado.

Rafto aparcó al lado del astillero. No era el camino más corto, pero tendría mejor perspectiva general del parque al entrar. Era grande y estaba en un terreno accidentado, con senderos y colinas de hierba amarilla y marchita. Los árboles apuntaban con dedos negros de hueso hacia las pesadas nubes que entraban desde el mar por detrás de Askøy. Un hombre caminaba deprisa detrás de un *rottweiler* nervioso con la cadena muy tensa. Rafto se tocó el Smith & Wesson que llevaba en el bolsillo del abrigo mientras pasaba junto a los baños de Nordnes, y la piscina vacía pintada de blanco le pareció una bañera gigantesca a la orilla del mar.

Detrás de la curva pudo vislumbrar el tótem de diez metros de altura, un regalo de dos toneladas de la ciudad de Seattle, con ocasión del noveno centenario de Bergen. Podía oír su propia respiración y el chasquido de las hojas mojadas en las suelas de los zapatos. Empezó a llover. Unas gotas pequeñas y penetrantes le salpicaron la cara.

Una persona solitaria esperaba junto al tótem, de cara a Rafto, como si supiera que iba a llegar exactamente desde allí y no desde el otro lado.

Rafto apretó el revólver mientras recorría los últimos pasos. Se detuvo a dos metros de la persona. La lluvia lo obligaba a guiñar los ojos. No podía ser verdad.

—¿Sorprendido? —dijo la voz que hasta ahora no había podido reconocer.

Rafto no contestó. El cerebro volvía a procesar datos.

—Creías que me conocías —dijo la voz—. Pero soy yo quien te conoce a ti. Por eso sabía que te prestarías a hacer esto solo.

Rafto se quedó mirando fijamente.

—Esto es un juego.

Rafto carraspeó.

—¿Un juego?

—Sí. Y a ti te gusta jugar.

Rafto cerró la mano alrededor de la empuñadura del revólver, lo sujetó de forma que no se le enganchara en el bolsillo del abrigo en caso de que tuviera que sacarlo rápidamente.

—¿Por qué yo?

—Porque eres el mejor. Solo juego contra los mejores.

—Es una locura —susurró Rafto, y en ese mismo instante se arrepintió.

—Precisamente de eso no hay duda —dijo la otra persona con una breve sonrisa—. Pero tú también estás loco, querido. Todos estamos locos. Somos espectros inquietos que no encuentran el camino a casa. Siempre ha sido así. ¿Sabes por qué hacían los indios cosas como esta?

La persona que Rafto tenía delante golpeó con el nudillo del dedo índice el tronco con figuras talladas en cuclillas, una encima de la otra, que miraban hacia el fiordo con grandes ojos negros y ciegos.

—Para retener las almas —prosiguió—. Para que no se perdiesen. Pero un tótem de madera se pudre. Y debe pudrirse, es parte de su razón de ser. Cuando desaparezca, el alma tendrá que buscar una nueva morada. Quizá en una máscara. En un espejo. O en un niño recién nacido.

Se oían chillidos roncós de aves procedentes del recinto de los pingüinos en el acuario.

—¿Quieres contarme por qué la mataste? —dijo Rafto, y se dio cuenta de que él también tenía la voz ronca.

—Es una pena que se haya acabado el juego, Rafto. Me lo he pasado bien.

—¿Y cómo te diste cuenta de que te tenía en el punto de mira?

La otra persona levantó la mano y Rafto dio automáticamente un paso atrás. Tenía algo que le colgaba de la mano. Un collar. Con una piedra verde en forma de lágrima y una hendidura negra. Rafto notó el ritmo plomizo de las pulsaciones de su propio corazón.

—Al principio Onny Hetland no quería decir nada. Pero se dejó... ¿cómo lo llamaríamos... persuadir?

—Mientes —dijo Rafto jadeante y sin convicción.

—Me contó que tú le habías impuesto no decir nada a tus colegas. Entonces comprendí que aceptarías mi oferta de venir solo. Porque creías que yo iba a ser la nueva morada de tu alma, tu resurrección. ¿No es verdad?

La lluvia fría y fina se le posaba en la cara como una capa de sudor. Tenía el dedo en el gatillo del revólver y se concentró en hablar despacio y midiendo las palabras.

—Has escogido el lugar equivocado. Estás de espaldas al mar y hay coches de policía en todas las carreteras que parten de esta zona. De aquí no se escapa nadie.

La persona que tenía delante olfateó el aire.

—¿No lo hueles, Gert?

—¿El qué?

—El miedo. La adrenalina tiene un olor particular. Pero tú ya lo sabes todo sobre ese tema. Seguro que lo notabas en los detenidos a los que maltratabas. Laila también olía así. Sobre todo cuando vio las herramientas que iba a utilizar. Y el de Onny era más intenso todavía. Probablemente, porque le habías hablado de Laila, así que supo lo que iba a pasar en cuanto me vio. Es un olor de lo más excitante, ¿no te parece? He leído que es el que utilizan algunos animales salvajes para localizar a sus presas. Imagínate la presa tratando de esconderse, temblorosa, aunque ya sabe que lo que la matará es el olor de su propio miedo.

Rafto miró las manos enguantadas de la otra persona, lánguidas a ambos lados del cuerpo, vacías. Era pleno día, un lugar céntrico de la segunda ciudad más grande de Noruega. A pesar de su edad, y después de haber pasado los últimos años sin beber alcohol, estaba en bastante buena forma física. Era rápido de reflejos y su técnica de combate había permanecido relativamente inalterada. Tardaría una fracción de segundo en sacar el revólver. Así que, ¿por qué le castañeteaban de miedo los dientes?

Día 2  
*Cellular phone*

El policía Magnus Skarre se echó hacia atrás en la silla y cerró los ojos. Enseguida se le apareció una imagen con traje de chaqueta que le daba la espalda. Volvió a abrir los ojos rápidamente, miró el reloj. Las seis. Decidió que se merecía un descanso, puesto que había terminado con los procedimientos habituales de búsqueda de personas desaparecidas. Había llamado a todos los hospitales para saber si Birte Becker había ingresado en alguno. Había llamado a Norgestaxi y a Oslotaxi para comprobar los servicios realizados la noche anterior cerca de la dirección de Hoff. Había hablado con su banco, donde confirmaron que no sacó cantidades importantes de su cuenta antes de desaparecer, ni había constancia de que hubiera sacado dinero la noche anterior ni ese mismo día. La policía del aeropuerto de Oslo había podido consultar las listas de pasajeros de la noche anterior, pero entre los pasajeros del vuelo a Bergen, el único con el apellido Becker era el marido, Filip. Skarre también había hablado con las compañías de los transbordadores que iban a Dinamarca e Inglaterra, aunque era poco probable que viajase al extranjero, ya que el marido les había enseñado su pasaporte, que tenía en casa. El policía, que era un hombre ambicioso, había enviado el consabido fax a todos los hoteles de Oslo y Akershus y, por último, había despachado una orden de búsqueda a todas las unidades operativas, incluidos los coches patrulla de Oslo.

Lo único que quedaba era la consulta relativa al móvil.

Magnus llamó a Harry y lo informó de la situación. Al comisario le costaba respirar y al fondo se oía el gorjeo colérico de los pájaros. Harry le preguntó un par de cosas relacionadas con el móvil antes de colgar. Skarre se levantó y salió al pasillo. La puerta del despacho de Katrine Bratt estaba abierta y la luz encendida, pero no había nadie. Subió la escalera hasta la cantina, que estaba en la planta de arriba.

El servicio de comidas estaba cerrado, pero había café tibio en una cafetera, y galletas y mermelada en un carrito. Solo quedaban cuatro personas en la sala, pero una de ellas era Katrine Bratt, sentada a una mesa que había junto a la pared. Estaba leyendo los documentos de un archivador. Delante tenía un vaso de agua y una bolsa con dos rebanadas de pan. Llevaba gafas. Montura fina, cristales delgados, casi se le perdían en la cara. Skarre se sirvió un café y se acercó a la mesa.

—¿Tenías pensado hacer horas extra? —dijo él, y se sentó a su lado.

Magnus Skarre creyó oír un suspiro antes de que ella levantase la vista del



papel.

—¿Que cómo lo sé? —preguntó sonriendo—. Por la bolsa de comida casera. Sabías antes de salir que nuestra cantina cierra a las cinco y que te ibas a quedar hasta más tarde. Lo siento, los investigadores terminamos siendo así.

—¿De verdad? —dijo ella sin inmutarse, y volvió a mirar las páginas del archivador.

—Sí —dijo Skarre, que tomó un sorbo de café y aprovechó la ocasión para observarla. Estaba echada hacia delante de manera que podía verle el escote de la blusa y el encaje de un sujetador blanco—. Por ejemplo, piensa en el caso de desaparición de hoy. No sé nada que no sepan los demás. Aun así, aquí me tienes, preguntándome si esa mujer no estará todavía en Hoff. Si no estará bajo la nieve o debajo de un montón de hojarasca en algún sitio. O puede que en alguno de los pequeños lagos y arroyos que hay por la zona.

Katrine Bratt no contestó.

—¿Y sabes por qué me lo pregunto?

—No —dijo ella inexpresiva, sin levantar la vista del archivador.

Skarre alargó el brazo y dejó un móvil delante de ella, encima de la mesa. Katrine levantó la vista con gesto de frustración.

—Esto que ves aquí es un teléfono móvil —dijo él—. Puede que creas que es un invento bastante reciente. Pero el padre del móvil, Martin Cooper, realizó la primera llamada por móvil a su mujer en abril de 1973. Y como es lógico, entonces él no sabía que el invento iba a convertirse en uno de los mejores recursos de la policía para encontrar a personas desaparecidas. Para ser un investigador eficaz, debes escuchar y aprender estas cosas, Bratt.

Katrine se quitó las gafas y miró a Skarre con una sonrisita que le gustó, pero que no fue del todo capaz de interpretar.

—Soy toda oídos, agente.

—Bien —dijo Skarre—. Porque Birte Becker es propietaria de un móvil. Y los móviles envían señales que captan los repetidores del área en la que se encuentran. No solo cuando llamas, sino simplemente con que lo tengas encendido. Esa es la razón por la que los norteamericanos empezaron a llamarlo *cellular phone*. Porque la cobertura la proporcionan pequeños repetidores o estaciones, células. Lo he comprobado con Telenor y el repetidor que cubre la zona de Hoff sigue recibiendo señales del móvil de Birte. Sin embargo, hemos registrado toda la casa y allí no hay ningún móvil. Y es poco probable que lo haya perdido cerca de la casa, sería demasiada casualidad. Así que... —Skarre levantó las manos como un mago al hacer un truco—, después de tomarme el café me pondré en contacto con la central de operaciones y enviaré un equipo de búsqueda.

—Buena suerte —dijo Katrine, le dio el móvil y pasó la página.

—Ese es uno de los casos antiguos de Hole, ¿verdad? —dijo Skarre.

—Sí, eso es.

—Ya, él creía que se trataba de un asesino en serie.

—Lo sé.

—¿De verdad? Entonces también sabrás que se equivocó. Y que no era la primera vez. El interés de Hole por los asesinos en serie es enfermizo, se ha creído que estamos en Estados Unidos. Pero hasta ahora no ha encontrado en este país al asesino en serie que busca.

—Hay más asesinos en serie en Suecia. Thomas Quick, John Asonius, Tore Hedin...

Magnus Skarre se rio.

—Has hecho los deberes. Pero si te apetece aprender un par de cosas sobre la investigación de verdad, propongo que tú y yo nos vayamos de aquí y nos tomemos una cerveza.

—Gracias, pero no estoy ...

—Y algo de comer. Lo que has traído no es gran cosa.

Finalmente, Skarre consiguió que levantara la vista y captar su atención. Tenía un brillo curioso en la mirada, como de un fuego sin llama que ardiese en lo más profundo. Nunca había visto un brillo semejante. Y pensó que lo había conseguido, que él había encendido ese fuego, que a lo largo de la conversación había ascendido a su división.

—Puedes considerarlo... —Empezó, intentando encontrar la palabra—. Formación.

Ella sonrió. Una sonrisa amplia.

Skarre notó cómo se le aceleraba el pulso, se acaloraba y casi podía sentir su cuerpo, sentir en las yemas de los dedos la rodilla bajo la media, el sonido áspero de la mano al subir.

—¿Qué quieres, Skarre? ¿Ligar con la tía nueva del grupo? —Ella sonrió todavía más ampliamente y con un brillo aún más nítido en los ojos—. ¿Follártela cuanto antes, como los chicos que, en los cumpleaños, escupen en los trozos más grandes del pastel para poder quedárselos?

Magnus Skarre creyó notar que se le descolgaba la mandíbula.

—Permíteme que te dé unos consejos de amiga, Skarre. Mantente alejado de las tías en el trabajo. No vayas a la cantina a tomar café si crees que tienes una pista importante. Y no intentes hacerme creer que eres tú quien llama a la central de operaciones. Tú llamas al comisario Hole, y él decide si hay que iniciar una búsqueda. Y entonces él llamará al Centro de Coordinación de Rescates, donde hay gente preparada, y no a un equipo de los nuestros.

Katrine arrugó la bolsa de la comida y la tiró a la papelera que había detrás de Skarre, que no tuvo que darse la vuelta para saber que había acertado. Ella cerró el archivador y se levantó, pero para entonces Skarre había logrado recuperarse más o menos.

—No sé qué te habrás creído, Bratt. Seguramente eres una tía casada, en casa no te dan lo que necesitas y por eso esperas que un tío como yo tenga ganas de... tenga ganas de... —No encontraba las palabras. Mierda, no encontraba las palabras—. Solo quería enseñarte un par de cosas, so puta.

Algo sucedió en la cara de Katrine, como si se descorriera una cortina y él pudiera ver las llamas directamente. Por un momento, creyó que le iba a pegar. Pero no pasó nada. Y cuando ella volvió a hablar, Skarre se dio cuenta de que todo había ocurrido únicamente en la mirada, que no había movido un dedo y que su voz sonaba totalmente equilibrada.

—Te pido disculpas si te he entendido mal —dijo sin que su expresión facial indicase que pudiera ser así—. Por lo demás, Martin Cooper no hizo la primera llamada de móvil a su mujer, sino a su rival, Joel Engel, de Bell Laboratories. ¿Querías enseñarme un par de cosas, Skarre? ¿O fardar?

Skarre le miró según se alejaba, vio cómo se le pegaba la falda al culo al contonearse hacia la salida de la cantina. ¡Mierda, aquella tía estaba loca! Le entraron ganas de levantarse y tirarle algo. Pero sabía que no daría en el blanco. Además, mejor haría en quedarse sentado, temía que todavía se le notase la erección.

Harry sintió que los pulmones le oprimían las costillas. La respiración empezaba a cobrar un ritmo pausado. Pero el corazón le corría en el pecho como una liebre. La ropa de deporte le pesaba empapada de sudor mientras iba por el lindero del bosque, cerca del restaurante de Ekeberg. Hubo un tiempo en que aquel restaurante de estilo funcionalista del periodo de entreguerras fue el orgullo de Oslo, erguido sobre la ciudad, en la empinada ladera de la colina, orientado al este. Pero con el tiempo los clientes dejaron de recorrer el largo camino desde el centro hasta el bosque. El local ya no era rentable, se había deteriorado y se convirtió en una casucha desconchada para galanes trasnochados de la pista de baile, bebedores de mediana edad y almas solitarias que buscaban otras almas solitarias. Al final, cerraron el restaurante. A Harry le gustaba conducir hasta allí, por encima de la capa de polución amarilla, y correr por aquel terreno empinado y los innumerables senderos que tanto trabajo le costaba subir y que le hacían sentir el ácido láctico ardiéndole en los músculos. Le gustaba pararse en aquel restaurante de belleza malograda, sentarse en la terraza, mojada por la lluvia, llena de malas hierbas, y contemplar la ciudad que una vez fue suya, pero que ahora era un bien traspasado por embargo, una antigua novia que ya estaba con otro.

La ciudad estaba en un valle ribeteado de colinas que la rodeaban por todos lados, con el fiordo como única posibilidad de retirada. Los geólogos decían que Oslo era un volcán extinguido. Y en noches como aquella, Harry se imaginaba a

veces que las luces de la ciudad eran perforaciones de la corteza terrestre bajo la que brillaba la lava incandescente. Tomando como referencia el Salto de Holmenkollen, que parecía una coma blanca iluminada en la colina del lado opuesto de la ciudad, intentó calcular dónde se encontraba la casa de Rakel.

Pensó en la carta. Y en la llamada de Skarre que acababa de recibir sobre las señales del móvil desaparecido de Birte. El corazón le latía ya más lentamente, bombeaba la sangre y le enviaba señales serenas y regulares al cerebro, anunciándole que aún había vida. Como un móvil a un repetidor. El corazón, pensó Harry. La señal. La carta. Era un pensamiento propio de un enfermo. Así que, ¿por qué no lo había descartado ya? ¿Por qué se dedicaba a calcular cuánto tiempo tardaría en llegar al coche corriendo, conducir hasta Hoff y comprobar quién estaba más loco?

Rakel estaba junto a la ventana de la cocina mirando más allá de la parcela, hacia los abetos, que tapaban la vista al vecindario. En una reunión de vecinos propuso que se talaran algunos árboles para dejar entrar algo más de luz, pero acogieron la propuesta con una animosidad silenciosa tan elocuente que ni siquiera pidió una votación. Los abetos impedían que se pudiese ver el interior de las viviendas, y así querían que fuesen las cosas en la colina de Holmenkollen. Todavía quedaba nieve allí arriba, por encima de la ciudad, donde los BMW y los Volvo se afanaban sigilosamente por las cuestas llenas de curvas de camino hacia sus casas, con puertas de garaje eléctricas, comida preparada por esposas delgadas a base de horas de gimnasio y años sabáticos en el trabajo, con la sola ayuda de las *au pairs*.

Incluso a través de los gruesos muros del chalé de madera que había heredado de su padre, Rakel podía oír la música proveniente del cuarto de Oleg, en el segundo piso. Led Zeppelin y The Who. Cuando ella tenía doce años no se le habría ocurrido escuchar una música tan vieja como sus padres. Pero Harry le había regalado esos discos y Oleg los escuchaba con verdadera devoción.

Pensó en cuánto había adelgazado Harry, parecía haber encogido. Igual que su recuerdo de él. Casi daba miedo lo rápido que podía palidecer y desaparecer el recuerdo de una persona a la que había estado tan íntimamente ligada. O quizá fuera por eso. Era tal el vínculo que después, cuando dejaba de existir, parecía irreal, como un sueño que se olvida rápidamente, porque solo ha tenido lugar en la cabeza. A lo mejor era por eso por lo que la había impresionado tanto volver a verlo. Abrazarlo, sentir su olor, oír la voz en vivo, no solo por teléfono, sino saliendo de aquella boca de labios extrañamente suaves que se movía en una cara dura y cada día más arrugada. Mirar esos ojos azules, cuyo brillo aumentaba o disminuía en intensidad mientras él hablaba. Exactamente como antes.

Pero aun así, se alegraba de que se hubiese terminado, de haberlo dejado atrás. Porque aquel hombre era una persona con la que no podía compartir el futuro, una persona cuya sucia realidad no debía entrar en sus vidas.

Ahora estaba mucho mejor. Mucho mejor. Miró el reloj. No tardaría en llegar. Porque él, al contrario que Harry, solía ser puntual.

Mathias había aparecido de repente un día del verano anterior. En una fiesta organizada por la Asociación de Vecinos de Holmenkollen. Ni siquiera vivía en el barrio, lo habían invitado unos amigos, y él y Rakel estuvieron hablando toda la velada. Más que nada de ella, a decir verdad. Y él la escuchó muy atento y le pareció que mostraba interés, un poco en plan médico. Pero luego la llamó dos días más tarde para preguntarle si quería ir a ver la exposición del Centro Henie-Onstad, en Høvikodden. Y que sería estupendo que Oleg los acompañase, porque había una exposición también para niños. Hizo mal tiempo, las obras eran mediocres y Oleg, difícil. Pero Mathias logró mejorar el ambiente con su buen humor y frases sarcásticas sobre el talento del artista. Y, después, los llevó a casa, les pidió perdón por haber tenido aquella idea y, con una sonrisa, les prometió que nunca más los llevaría a nada. A no ser que ellos se lo pidiesen, claro. Después, Mathias estuvo una semana en Botsuana. Y la llamó la misma noche que regresó, para preguntarle si podía volver a verla.

Rakel oyó el sonido de un coche que reducía la marcha para subir el acceso empinado hasta la casa. Un Honda Accord que ya tenía unos años. No sabía por qué, pero le gustaba. Aparcaba delante del garaje, nunca dentro. Y eso también le gustaba. Le gustaba que trajera una muda y un neceser en una bolsa que se llevaba a su casa la mañana siguiente, que le preguntara cuándo querría volver a verlo, que no diera nada por hecho. Por supuesto, eso podía cambiar ahora, pero ella estaba preparada.

Él salió del coche. Era alto, casi tan alto como Harry, y sonrió hacia la ventana de la cocina con aquella expresión juvenil de franqueza, a pesar de que tenía que estar agotado después de una guardia inhumanamente larga. Sí, se sentía preparada para eso. Para un hombre que estuviera presente, que la quisiera y que diera prioridad a su pequeño triunvirato ante todo lo demás. Oyó cómo giraba una llave en la puerta de entrada. La llave que ella le había dado la semana anterior. Al principio, a Mathias se le dibujó una interrogación en la cara, como un niño al que le acabaran de regalar una entrada para la fábrica de chocolate.

Se abrió la puerta, él entró y enseguida la tuvo en sus brazos. Hasta le gustó el olor del abrigo de lana. Notó el agradable frescor otoñal en la mejilla, pero la seguridad y el calor que irradiaba ya se abrían camino hacia ella.

—¿Qué pasa? —rió Mathias con la cara entre su melena.

—Llevo mucho tiempo esperándote —susurró ella.

Rakel cerró los ojos y se quedaron así un rato.

Luego se apartó y le sonrió mirándolo a la cara. Era un hombre guapo. Más guapo que Harry.

Él se soltó, se desabrochó el abrigo, lo colgó y fue hacia el fregadero para lavarse las manos. Siempre lo hacía cuando llegaba del Anatómico Forense, donde tocaban cadáveres de verdad durante las clases. Como Harry, que se lavaba las manos cuando llegaba directamente de un caso de homicidio. Mathias abrió el armario de debajo del fregadero, echó en la pila unas patatas de una bolsa y abrió el grifo.

—¿Qué tal te ha ido el día, cariño?

Ella pensó que muchos hombres habrían preguntado por la noche anterior y a que, al fin y al cabo, sabía que se había visto con Harry. Y le gustaba por eso también. Le contestó sin apartar la vista de la ventana. Paseó la mirada por los abedules, hacia la ciudad que se extendía allá abajo, en la que las luces ya habían empezado a encenderse. En aquellos momentos, él estaría ahí, en algún lugar. A la caza desesperada de algo de lo que carecía y que no iba a encontrar. Le daba lástima. La compasión era todo lo que quedaba. En realidad, hubo un momento la noche anterior, mientras estaban en silencio, en que sus miradas se cruzaron y no se apartaron inmediatamente. Lo había sentido como una pequeña descarga eléctrica, pero se pasó en un instante. Y por completo. Nada de magia duradera. Había decidido que así sería. Se colocó detrás de Mathias, lo rodeó con los brazos y apoyó la cabeza en la espalda.

Podía notar los músculos y los tendones moviéndose bajo la camisa mientras pelaba las patatas y las metía en la olla.

—Quizá necesitemos algunas más —dijo él.

Ella se percató de un movimiento cerca de la puerta de la cocina y se volvió.

Oleg estaba allí, mirándolos a los dos.

—¿Te importaría ir al sótano por unas patatas? —dijo ella, y vio cómo los ojos oscuros de Oleg se oscurecían aún más.

Mathias se dio la vuelta. Oleg seguía sin moverse.

—Puedo ir yo —dijo Mathias, y sacó el cubo vacío del fregadero.

—No —dijo Oleg y avanzó dos pasos—. Voy yo.

Le quitó el cubo a Mathias, se dio la vuelta y desapareció por la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó Mathias.

—Que tiene un poco de miedo a la oscuridad —susurró Rakel.

—Eso ya lo sé pero ¿por qué ha querido ir de todas formas?

—Porque Harry le ha dicho que lo haga.

—¿Que haga el qué?

Rakel meneó la cabeza.

—Las cosas que le dan miedo. Y que no quiere que le den miedo. Cuando Harry estaba aquí solía mandar a Oleg al sótano todo el tiempo.

Mathias arrugó la frente.

Rakel sonrió con tristeza.

—Ya sé que Harry no es psicólogo infantil. Y, además, Oleg no me hacía caso a mí si él ya le había dicho algo. Por otro lado, tampoco es que haya monstruos ahí abajo.

Mathias giró el mando del fogón y dijo en voz baja:

—¿Cómo podéis estar seguros de eso?

—¿Tú? —rió Rakel—. ¿Que tú tenías miedo a la oscuridad?

—¿Quién ha dicho que lo tenía? —dijo Mathias con una sonrisa torcida.

Sí, le gustaba. Esto era mejor. Una vida mejor. Le gustaba, le gustaba.

Harry detuvo el coche en la calle, delante de la casa de los Becker. Se quedó sentado dentro, mirando hacia la luz amarilla de las ventanas que daban al jardín. El muñeco de nieve había encogido hasta volverse enano. Pero aun así, su sombra se proyectaba entre los árboles, alcanzando la valla.

Harry salió del coche. Hizo una mueca al oír el resonar quejumbroso del hierro de la verja. Sabía que debía llamar al timbre, que el jardín era una propiedad privada, tanto como una casa. Pero no tenía paciencia ni ganas de discutir con el profesor Becker.

La superficie mojada cedió ligeramente bajo sus pies. Se puso en cuclillas. La luz se reflejaba en el muñeco de nieve como si estuviera hecho de cristal mate. Con el deshielo del día, los pequeños cristales de nieve se habían engarzado unos con otros, formando cristales más grandes; pero ahora que la temperatura había bajado otra vez, el vapor condensado había vuelto a helarse y se había pegado a otros cristales. El resultado era que la nieve, tan fina, blanca y ligera por la mañana, había adquirido un color gris blancuzco y una consistencia gruesa y compacta.

Harry levantó la mano derecha. Cerró el puño. Y lo golpeó.

La cabeza destrozada del muñeco de nieve cayó rodando desde los hombros hasta la hierba marrón.

Harry lo golpeó otra vez, ahora desde arriba y en el hueco del cuello. Sus dedos, en forma de garra, perforaron la nieve y encontraron lo que buscaban.

Sacó la mano y la levantó triunfal delante del muñeco de nieve, como Bruce Lee le enseñaba a su adversario el corazón que acababa de arrancarle del pecho.

Era un móvil Nokia rojo y plateado. Todavía encendido.

Pero la sensación de triunfo se extinguió enseguida. Porque sabía que aquello no suponía ningún avance en la investigación, que solo era un entreacto en una función de marionetas de las que alguien tiraba con hilos invisibles. Había sido demasiado sencillo. La intención era que lo encontrasen.

Harry fue a la puerta de entrada y llamó al timbre. Le abrió Filip Becker. Estaba despeinado y tenía la corbata torcida. Guiñó los ojos varias veces, como si

acabara de despertarse.

—Sí —contestó a la pregunta de Harry—. Tiene un móvil como ese.

—¿Podrías llamar a su número?

Filip Becker entró en la casa y Harry se quedó esperando. De repente la cara de Jonas apareció en la entrada. Harry iba a decirle hola, pero justo en ese momento, empezó a sonar una melodía infantil en el móvil rojo. «Blåmann, Blåmann, mi chivo querido». Y Harry se acordó del resto de la frase del libro de canciones del colegio. «Piensa en tu tierno cabritillo».

Y vio cómo se iluminaba la cara de Jonas. Vio que razonaba a toda velocidad, que aquella alegría espontánea y desconcertante al reconocer el tono de llamada se borraba y la sustituía un temor blanco y desnudo. Harry tragó saliva. Era un temor que conocía demasiado bien.

Cuando Harry abrió la puerta del apartamento, notó el olor a yeso y a serrín. Habían retirado el revestimiento de madera de las paredes del pasillo, que ahora estaba en una pila, en el suelo. La superficie de debajo tenía unas manchas de color claro. Harry pasó un dedo por la capa blanca, que cayó al parqué. Se chupó la yema del dedo. Sabía salado. ¿Sería ese el sabor del hongo del moho? ¿O era solamente una cristalización salina, el sudor de la cimentación? Harry encendió un mechero y lo acercó a la pared. Ningún olor. Nada que ver.

Cuando se acostó, mientras observaba la oscuridad enlatada del dormitorio, pensó en Jonas.

Y en su propia madre. En el olor a enfermedad y en su cara, que fue desapareciendo lentamente en la blancura de la almohada. Aquellos días, aquellas semanas las pasó jugando con Søs, y su padre no hablaba y todo el mundo trataba de fingir que no pasaba nada. Y él tenía la sensación de que podía oír un débil chisporroteo en el pasillo. Como de hilos invisibles de marionetas que crecían, se estiraban, daban vueltas de puntillas mientras la oscuridad iba consumiéndose y daba paso a una luz tenue y resplandeciente que vibraba con un leve aleteo.



Día 3  
Cifra negra

La luz débil de la mañana se filtraba por las persianas del despacho del comisario jefe y se extendía como una capa gris cubriendo el rostro de los dos hombres. El jefe de grupo Hagen escuchaba a Harry con una arruga pensativa entre las cejas negras, espesas y asilvestradas, que se habían unido formando una sola, larga y continua. Sobre un pequeño pedestal que había encima del escritorio enorme, se veía un hueso blanco de un dedo meñique que, según la inscripción, había pertenecido al jefe de batallón Yoshito Yasuda. Durante sus años en la Academia Militar, Hagen daba conferencias sobre ese dedo meñique que Yasuda, en su desesperación, se había cortado delante de sus hombres durante la retirada de Birmania en 1944. Hacía solo un año que Hagen había vuelto a su antiguo puesto en la policía como jefe de Delitos Violentos y, dado que había llovido mucho desde entonces, escuchaba con cierta paciencia mientras su experto comisario le hablaba de «desaparecidos».

—Solo en Oslo se denuncia la desaparición de más de seiscientas personas al año. Pasadas unas horas, únicamente unas cuantas siguen sin aparecer. Casi nadie permanece desaparecido más de un par de días.

Hagen se pasó un dedo por los pelos que unían las dos cejas sobre la nariz. Tenía que preparar la reunión presupuestaria en el despacho del comisario jefe. El tema, los recortes que les habían impuesto.

—La mayoría de los desaparecidos proceden de instituciones psiquiátricas o son ancianos con demencia senil —continuó Harry—. Pero a las personas relativamente lúcidas que se han pirado a Copenhague para suicidarse las encontramos. Están en una lista de pasajeros, sacan dinero de un cajero o aparecen ahogados en una playa.

—¿Adónde quieres ir a parar? —dijo Gunnar Hagen mirando el reloj.

—Mira —dijo Harry, y soltó una carpeta amarilla que aterrizó con un chasquido en la mesa del comisario jefe.

Hagen se inclinó hacia delante y empezó a pasar las hojas grapadas.

—Vaya, Harry. No eres un modelo a la hora de redactar informes.

—Esto es cosa de Skarre —dijo Harry secamente—. Pero la conclusión es mía, y te la daré oralmente aquí y ahora.

—Sé breve, por favor.

Harry se miró las manos, que tenía en el regazo. Había estirado las largas piernas delante de la silla. Tomó aire. Sabía que cuando lo hubiera dicho en voz alta, ya no habría vuelta atrás.

—Hay demasiados desaparecidos —dijo Harry.

Hagen enarcó la mitad derecha de la ceja.

—Explicate.

—Lo tienes en la página seis. El informe sobre mujeres desaparecidas de entre veinticinco y cincuenta años a las que nunca se ha encontrado. He hablado con el grupo de Personas Desaparecidas y están de acuerdo. Simplemente, son demasiadas.

—¿Demasiadas en comparación con qué?

—En comparación con las que había antes. En comparación con Dinamarca y Suecia. Y en comparación con otros grupos demográficos. Hay demasiados casos de mujeres desaparecidas que están casadas o viviendo en pareja.

—Las mujeres son más independientes que antes —dijo Hagen—. Habrá algunas que se larguen, corten con la familia, se vayan con un hombre al extranjero. Eso influye en las estadísticas. ¿Y qué?

—Se han vuelto más independientes en Dinamarca y Suecia también. Allí las encuentran.

Hagen suspiró.

—Si, como dices, las cifras no encajan con la norma, ¿por qué nadie se ha dado cuenta hasta ahora?

—Porque los números de Skarre abarcan todo el país y, normalmente, la policía solo tiene en cuenta a los desaparecidos en su distrito. Es cierto que la Judicial Central de KRIPOS tiene un registro nacional de desaparecidos con dieciocho mil nombres, pero es un archivo de los últimos cincuenta años, e incluye también a las personas desaparecidas en naufragios y accidentes de envergadura, como el hundimiento de la plataforma petrolífera *Alexander Kielland*. El caso es que nadie ha buscado un patrón para todo el país. Hasta ahora.

—Ya, pero nuestra responsabilidad no es todo el país, Harry. Es el distrito policial de Oslo. —Hagen dio con ambas palmas en la mesa para señalar que la audiencia se había acabado.

—El problema —dijo Harry frotándose el mentón—, es que eso ha llegado a Oslo.

—¿Y qué es « eso » ?

—Ayer por la tarde encontré el móvil de Birte Becker dentro de un muñeco de nieve. No sé exactamente lo que es « eso », jefe. Pero creo que es importante averiguarlo. Y rápido.

—Las estadísticas son interesantes —dijo Hagen mientras cogía el hueso del meñique del jefe de batallón Yasuda y le clavaba la uña del pulgar con gesto ausente—. Y comprendo también que esta última desaparición sea para preocuparse. Pero no es suficiente. Así que dime, ¿qué fue lo que te movió a encargarle el informe a Skarre?

Harry miró a Hagen. Sacó un sobre arrugado del bolsillo y se lo entregó.

—Me encontré esto en el buzón justo después de salir en ese programa de televisión a principios de septiembre. Hasta ahora pensaba que se trataba simplemente de un loco.

Hagen sacó la carta y después de haber leído seis frases miró a Harry sacudiendo la cabeza:

—¿Muñeco de nieve? ¿Y qué es *The Murri*?

—Pues precisamente —dijo Harry—. Que me temo que es « eso ».

El jefe lo miró sin comprender.

—Espero estar equivocándome —dijo Harry—. Pero creo que estamos a punto de enfrentarnos a unos tiempos muy oscuros.

El jefe suspiró.

—¿Qué es lo que quieres, Harry?

—Quiero un grupo de investigación.

Hagen miró a Harry. Como casi todos los de la Comisaría, pensaba que Harry Hole era obstinado, arrogante, peleón, inestable y alcohólico. Aun así, se alegraba de que estuviesen en el mismo equipo y de no ser él quien lo tuviera pisándole los talones.

—¿Cuántos? —preguntó finalmente—. ¿Y durante cuánto tiempo?

—Diez personas. Dos meses.

—¿Dos semanas? —dijo Magnus Skarre—. ¿Y cuatro personas? ¿Se supone que eso es una investigación de homicidio?

Miró con reprobación a su alrededor, a los otros tres que se habían reunido en el despacho de Harry: Katrine Bratt, Harry Hole y Bjørn Holm, de la Científica.

—Es lo que me ha dado Hagen —dijo Harry retrepándose en la silla—. Y no es un caso de homicidio. De momento.

—¿Y qué es? —preguntó Katrine Bratt—. ¿De momento?

—Un caso de desaparición —dijo Harry—. Aunque presenta cierta similitud con otros casos de los últimos años.

—¿Mujeres casadas que desaparecen de repente un día de otoño? —preguntó Bjørn Holm, con un resto del acento de la región de Toten, que se había traído en la mudanza cuando se fue de Skreia, junto con la colección de vinilos de Elvis, de música *hardcore hillbilly*, de los Sex Pistols y de Jason & The Scorchers, además de tres trajes hechos a mano en Nashville, una biblia americana, un sofá cama demasiado pequeño y unos muebles de comedor que habían sobrevivido a tres generaciones de Holms. Todo ello amontonado en un remolque y trasladado a la capital con el último modelo de Amazon que salió de la fábrica de Volvo en 1970. Bjørn Holm había comprado el Amazon por doce mil, pero ni siquiera entonces sabía nadie los kilómetros que tenía, ya que el contador solo llegaba a cien mil.

Sin embargo, el coche expresaba todo lo que era y todo aquello en lo que creía Bjørn Holm, y además olía mejor que cualquier cosa que uno se pudiera imaginar, a una mezcla de escay, hojalata, aceite de motor, repisa para sombreros descolorida por el sol, fábrica de Volvo y respaldo de asiento impregnado de un sudor muy personal que, según Bjørn Holm explicaba, no era sudor corporal corriente, sino la combinación de un noble barniz del alma con el karma, las costumbres alimenticias y el estilo de vida de los propietarios anteriores. Los dados que colgaban del retrovisor eran dados originales Fuzzy Dice, que expresaban con precisión la mezcla perfecta de amor verdadero y distanciamiento irónico de una cultura y una estética americana trasnochadas, que le venían como anillo al dedo al hijo de un campesino noruego que había escuchado a Jim Reeves por un oído y a los Ramones por el otro, pero que los adoraba a todos. Ahora estaba sentado en el despacho de Harry con un gorro rasta con el que más parecía un agente infiltrado para vigilar narcotraficantes que un técnico criminalista. Por el gorro asomaban unas patillas enormes de color rojo intenso con forma de chuleta, que enmarcaban la cara redonda y agradable de Bjørn Holm, y unos ojos saltones que le daban un aspecto de pez en estado de asombro permanente. Él era la única persona que Harry había insistido en incluir en su pequeño grupo de investigación.

—Hay una cosa más —dijo Harry, extendiendo la mano para encender el proyector que había entre los montones de papeles de su escritorio.

Magnus Skarre soltó un taco y se hizo sombra con las manos cuando el texto desenfocado se le plasmó de repente en la cara. Se cambió de sitio y la voz de Harry sonó desde detrás del proyector.

—Hace exactamente dos meses, encontré esta carta en el buzón. Sin remitente, con matasellos de Oslo. Impresa con una impresora de tinta estándar.

Antes de que Harry tuviese tiempo de decirlo, Katrine Bratt pulsó el interruptor de la luz que había junto a la puerta, de manera que la habitación se quedó a oscuras y el cuadrado de luz pudo distinguirse claramente en la pared blanca. Leyeron en silencio.

Pronto llegarán las primeras nieves. Y entonces volverá a aparecer: el muñeco de nieve. Y cuando la nieve haya desaparecido, otra vez se habrá llevado consigo a alguien. Lo que tienes que preguntarte es: ¿Quién ha hecho el muñeco de nieve? ¿Quién hace muñecos de nieve? ¿Quién dio a luz a *The Murri*? Porque el muñeco de nieve no lo sabe.

—Qué poético —murmuró Bjørn Holm.

—¿Qué es *The Murri*? —preguntó Skarre.

No hubo más respuesta que el monótono zumbido que emitía el ventilador del proyector.

—Lo interesante es averiguar quién es el muñeco de nieve —dijo Katrine Bratt.

—Obviamente, uno que necesita que le ajusten la cabeza —dijo Bjørn Holm. La risa solitaria de Skarre cesó de pronto.

—*The Murri* era el apodo de una persona que ahora está muerta —dijo Harry desde la oscuridad—. Un *murri* es un aborigen de Queensland, Australia. Cuando este *murri* vivía, mató a varias mujeres en diferentes zonas de Australia. Nadie conoce el número exacto. Su verdadero nombre era Robin Toowoomba.

El ventilador seguía siseando.

—El asesino en serie —dijo Bjørn Holm—. El que tú mataste.

Harry asintió.

—¿Quieres decir que crees que ahora nos enfrentamos a otro asesino en serie?

—Con semejante misiva, no es una hipótesis que podamos descartar.

—¡Bueno, bueno, para el carro! —dijo Skarre con las manos en alto—. ¿Cuántas veces has gritado «que viene el lobo» desde que te hiciste famoso con ese asunto de Australia, Harry?

—Tres —dijo Harry—. Por lo menos.

—Y todavía no hemos visto ni un asesino en serie en Noruega. —Skarre echó una mirada a Bratt, como para asegurarse de que se estaba enterando—. ¿No será por el cursillo ese sobre asesinos en serie que hiciste con el FBI? ¿No será esa la razón de que los veas por todas partes?

—Quién sabe —dijo Harry.

—Permíteme que te recuerde que, aparte de aquel enfermero que les puso inyecciones letales a unos viejos que, de todos modos, estaban a punto de morir, en Noruega no hemos tenido un solo asesino en serie. Nunca. Esos tipos existen en Estados Unidos e incluso allí, se dan más que nada en las películas.

—Falso —dijo Katrine Bratt.

Los demás se volvieron hacia ella y la vieron ahogar un bostezo.

—Suecia, Francia, Bélgica, Alemania, Inglaterra, Italia, Holanda, Dinamarca, Rusia y Finlandia. Y estamos hablando solo de casos resueltos. Nadie habla de la cifra negra de las estadísticas de delincuencia.

Harry no podía ver el color rojo de la cara de Skarre en la oscuridad, solo el perfil del mentón, que había adelantado agresivamente en dirección a Katrine Bratt.

—Ni siquiera tenemos cadáver, y te puedo enseñar un cajón lleno de cartas como esa. Hay gente mucho más loca que este... este... tío de nieve.

—La diferencia —dijo Harry, que se levantó y se dirigió a la ventana—, es que este loco ha hecho un buen trabajo. El nombre *The Murri* no se mencionó

entonces en ningún periódico. Pero era el apodo que Robin Toowoomba usaba cuando era boxeador de una compañía de feriantes.

La última luz diurna se filtraba por una rendija a través de la capa de nubes. Miró el reloj. Oleg había insistido en llegar pronto para ver también a Slayer.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Bjørn Holm.

—¿Qué? —dijo Skarre.

—¿Por dónde empezamos? —repitió Holm, articulando exageradamente.

Harry volvió al escritorio.

—Holm repasará el piso y el jardín de Becker como si fuera el escenario de un crimen. Mira bien el móvil y esa bufanda. Skarre, tú haz una lista de personas condenadas por homicidio, violadores, sospechosos de...

—... asuntos parecidos y otra basura que esté en libertad —terminó Skarre.

—Bratt, tú siéntate con los informes de personas desaparecidas y empieza a buscar algún patrón.

Harry esperaba la pregunta inevitable: ¿Qué clase de patrón? Pero no. Katrine Bratt solo hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo —dijo Harry—. Manos a la obra.

—¿Y tú? —preguntó Bratt.

—Yo me voy a un concierto —dijo Harry.

Cuando los demás salieron del despacho, miró el bloc de notas. Las únicas palabras que había escrito. Cifra negra.

Sylvia corría lo más rápido que podía. Se dirigió hacia donde se adensaba el bosque, hacia donde nacía la oscuridad. Corría para salvar la vida.

No se había atado las botas y ahora las tenía llenas de nieve. Iba blandiendo un hacha pequeña mientras atravesaba las capas de ramas bajas y desnudas. La hoja del hacha estaba roja y resbaladiza por la sangre.

Sabía que la nieve caída el día anterior ya se había derretido en la ciudad pero que, aunque el pueblo de Sollihøgda estaba a menos de media hora en coche, la nieve aguantaría allí arriba hasta la primavera. Y en esos momentos deseó que no se hubiesen mudado nunca a aquel lugar dejado de la mano de Dios, a ese terruño yermo cercano a la ciudad. Deseó poder correr por el asfalto negro, donde no dejaría huellas, en una ciudad cuyo ruido ahogaría los sonidos de la huida y donde ella podría esconderse entre la muchedumbre, densa y oscura. Allí, en cambio, se encontraba totalmente sola.

No.

No del todo.

Día 3  
Cuello de cisne

Sylvia corrió hasta adentrarse en el bosque. Ya se acercaba la oscuridad. Normalmente, odiaba esa negrura repentina que traía noviembre, pero hoy le parecía que no llegaba lo bastante rápido. Era la oscuridad lo que buscaba allí donde se espesaba el bosque, la oscuridad podría borrar las huellas en la nieve y ocultarlas. Conocía el terreno como la palma de su mano, podía orientarse para no volver a la granja, a caer en los brazos de... aquello. El problema era que la nieve había cambiado el paisaje durante la noche, había cubierto los senderos y las piedras conocidas, y había desdibujado los contornos. Y al atardecer... todo estaba distorsionado y desvirtuado por el crepúsculo. Y por su propio pánico.

Se paró y aguzó el oído. Los silbidos que emitía al respirar agrietaban el silencio, sonaba como cuando tiraba del papel con el que envolvía los bocadillos de las niñas para el colegio. Consiguió calmar la respiración. Todo lo que oía era la sangre que le latía en los oídos y el suave gorgotear de un arroyo. ¡El arroyo! Solían seguir el arroyo cuando iban a recoger bayas, a montar trampas o a buscar gallinas que, en realidad, sabían que había cogido un zorro. El arroyo conducía hasta el camino de grava por el que, tarde o temprano, pasaría un coche.

Ya no oía otros pasos. Ni ramas al partirse, ni crujidos en la nieve. ¿Habría podido escapar? Se encogió temerosa, atenta al lugar del que procedía el gorgoteo.

El arroyo parecía correr por encima de una sábana blanca a través de una hondonada en el bosque.

Sylvia se adentró un paso en el arroyo. El agua, que le llegaba a media pantorrilla, le caló enseguida los botines. Estaba tan fría que le paralizó la musculatura de media pierna. Y empezó a correr otra vez. En la misma dirección en la que fluía el agua. Chapoteaba ruidosamente mientras levantaba las piernas y daba pasos largos con los que iba ganando terreno. Ni una huella, pensó triunfante. Y le bajó el pulso a pesar de la carrera.

Sería por las horas que había pasado aquel año con la cinta de correr en el gimnasio. Había adelgazado seis kilos y se atrevería a afirmar que estaba en mejores condiciones físicas que la mayoría de las mujeres de treinta y cinco años. Por lo menos, eso decía Yngve, a quien había conocido el año anterior en las llamadas «jornadas de inspiración». Dios mío, si pudiera retroceder en el tiempo. Retroceder ocho años. ¡Todo lo haría de otra forma! No se habría casado con Rolf. Y habría abortado. Claro, era imposible pensarlo siquiera después de

que las gemelas hubieran venido al mundo. Antes de que naciesen, antes de haber visto a las pequeñas Emma y Olga, habría podido ser, y ella no se habría visto en aquella cárcel que tan meticulosamente se había construido.

Apartó las ramas que colgaban por encima del arroyo y vio algo con el raballo del ojo, un animal que saltó y se esfumó en la oscuridad gris del bosque.

Pensó que debería tener cuidado al balancear los brazos para no cortarse el pie con el hacha. Habían sido solo unos minutos, pero le parecía que había pasado una eternidad desde la matanza en el granero. Le había cortado la cabeza a dos gallinas y se disponía a coger a la tercera cuando oyó el chirrido de la puerta del granero a su espalda. Se sobresaltó, naturalmente, puesto que estaba sola y no había oído pasos ni ruido de ningún coche fuera. Lo primero que vio fue la extraña herramienta, una cinta metálica muy fina sujeta a un asa. Se parecía a las trampas que usaban para atrapar zorros. Y cuando la persona que sujetaba aquella herramienta empezó a hablar, cayó en la cuenta de que ella era la presa, la que iba a morir.

Le había explicado por qué.

Y había podido oír esa lógica enfermiza y, a la vez, cristalina mientras la sangre le fluía por las venas a trompicones, como si estuviese a punto de coagularse. Y le explicó cómo. Con detalle. Y el lazo empezó a calentarse, primero se puso rojo y luego blanco. Y entonces, presa del pánico, adelantó el brazo con fuerza y notó que la hoja recién afilada del hacha rasgaba la tela justo por debajo del brazo levantado de la otra persona, y vio que la chaqueta y el jersey se abrían como si estuviese subiendo una cremallera y el acero dibujaba rayas rojas en la piel desnuda. Y mientras la otra persona se tambaleaba hacia atrás y caía en los tablones del suelo, resbaladizo por la sangre de gallina, salió corriendo hacia la puerta trasera del granero, la que daba al bosque. Hacia la oscuridad.

La parálisis le llegaba a las rodillas y tenía la ropa empapada hasta el ombligo. Pero sabía que pronto llegaría al camino de grava. Y desde allí tardaría un cuarto de hora en alcanzar corriendo la granja más cercana. El arroyo se curvó de pronto. Con el pie izquierdo le dio una patada a algo que sobresalía un poco del agua. Sonó un ruido, tuvo la sensación de que alguien la cogía del pie y, un segundo después, Sylvia Ottersen cayó al suelo. Aterrizó de bruces, tragó agua que sabía a tierra y hojas podridas, logró meter los brazos por debajo del cuerpo y ponerse de rodillas. Cuando comprendió que seguía sola y una vez que remitió el pánico inicial, se dio cuenta de que aún tenía el pie izquierdo atrapado. Palpó con la mano por debajo del agua y supuso que serían unas raíces de árbol enredadas alrededor de la pantorrilla, pero tocó algo liso y duro con los dedos. Metal. Un aro de metal. Sylvia escrutó con la mirada para ver qué era. Y allí, sobre la nieve que cubría la orilla, lo vio. Tenía ojos, plumas y una cresta de color rojo pálido. Notó que el pánico volvía a apoderarse de ella. Era la cabeza cortada



de una gallina. No una de las que ella acababa de sacrificar, sino una de las que utilizaba Rolf. Como cebo. Después de aportar pruebas de que un zorro había atrapado dieciséis gallinas el año anterior, el ayuntamiento les dio permiso para poner una cantidad limitada de trampas, las llamadas de «cuello de cisne», en un radio determinado alrededor de la granja y alejadas de los senderos que se suponía que frecuentaba la gente. La mejor forma de esconder las trampas era colocándolas bajo el agua, con el cebo asomando por encima. Cuando el zorro retiraba el cebo, la trampa se cerraba y le partía el cuello al animal, que moría instantáneamente. Por lo menos en teoría. Tanteó la trampa con la mano. Cuando las compraron en la tienda Jakdepotet de Drammen, les dijeron que los muelles estaban tensados con tanta fuerza que los aros podían fracturarle el peroné a una persona adulta, pero ella no sentía ningún dolor en el pie congelado. Los dedos dieron con el fino cable de acero sujeto al cuello de cisne. No lograría forzar la trampa sin el tensor que tenía en la granja, con las herramientas; y además, solían atar el cuello de cisne a un árbol con un cable de acero para evitar que ningún zorro moribundo ni ningún otro animal se llevase el costoso equipo. Siguió con la mano el cable de acero a través del agua hasta la orilla. Allí estaba la placa metálica con su nombre, como exigía la normativa de etiquetado.

Se puso tensa. ¿Había oído partirse una rama a lo lejos? Sintió que el corazón empezaba a latirle otra vez mientras miraba fijamente el suave atardecer.

Con dedos entumecidos fue tanteando el cable a través de la nieve mientras se arrastraba gateando hasta la orilla del arroyo. El cable estaba sujeto a un abedul joven pero sólido. Buscó y encontró el nudo debajo de la nieve. El metal se había congelado formando una maraña tiesa e imposible de deshacer. Tenía que conseguirlo y continuar.

Se partió otra rama. Más cerca esta vez.

Se sentó con la espalda apoyada en un tronco, mirando al lado opuesto al lugar del que venía el sonido. Intentó convencerse de que no debía caer presa del pánico, de que el nudo se deshacería si seguía tirando de él un rato, de que tenía el peroné intacto, de que los ruidos que oía cada vez más próximos eran de un corzo. Trató de sacar un cabo del nudo y no hizo caso del dolor cuando se le partió una uña por la mitad. Pero lo logró. Se agachó y le crujieron los dientes al morder el acero. ¡Mierda! Oyó unos pasos ligeros y tranquilos en la nieve y contuvo la respiración. Los pasos se detuvieron en algún lugar, al otro lado del árbol. Quizá fueran imaginaciones suyas, pero le pareció que podía oír cómo olfateaba, cómo aspiraba el olor. Permaneció totalmente inmóvil. Y aquello empezó a andar otra vez. El sonido se volvía más tenue. Se estaba alejando.

Tomó aire sin dejar de temblar. Ahora debería poder soltarse. Tenía la ropa empapada y seguramente moriría de frío cuando llegase la noche si nadie la encontraba. En ese momento se acordó. ¡El hacha! Se había olvidado del hacha. El cable era fino. Si lo ponía encima de una piedra y le daba un par de golpes

bien dados, estaría libre. El hacha se le habría caído en el arroyo, seguro. Se metió en él de puntillas, hundió las manos en el agua oscura y tanteó el fondo pedregoso.

Nada.

Cayó de rodillas, angustiada, mientras examinaba la nieve que cubría ambas orillas. Vio sobresalir del agua negra la hoja del hacha a unos dos metros. Y lo supo; antes de notar el tirón del cable, antes de echarse en el arroyo todo lo larga que era, mientras el agua del deshielo borboteaba y le corría por encima tan fría que pensó que iba a parársele el corazón, y de estirarse como un mendigo desesperado hacia el hacha: le faltaba medio metro. Se le quedaron los dedos agarrando el aire a cincuenta centímetros del mango. El llanto quería abrirse paso, pero logró contenerlo; y a lloraría después.

—¿Es esto lo que quieres?

No había oído ni visto nada. Pero delante de ella, en el arroyo, había una figura sentada en cuclillas. Allí estaba. Sylvia retrocedió gateando, pero la figura la siguió con el hacha extendida hacia ella.

—Cógela.

Sylvia se puso de rodillas y cogió el hacha.

—¿Qué quieres hacer con ella?

Sylvia notó que la embargaba la furia, la misma que siempre sucede al miedo, y el resultado fue de lo más violento. Se lanzó hacia delante blandiendo el hacha a poca altura, con el brazo extendido. Hasta que el cable tiró de ella, el hacha solo hendió la oscuridad, y un segundo después, yacía otra vez en el agua.

La voz ríe entre dientes.

Sylvia se puso de lado.

—Vete —masculló, escupiendo grava.

—Quiero que comas nieve —dijo la figura, que se levantó y se sujetó un momento el lado de la chaqueta donde tenía los cortes.

—¿Qué? —preguntó Sylvia.

—Quiero que comas nieve hasta que te mees encima. —La figura se detuvo fuera del radio del cable por donde Sylvia podía moverse. Ladeó la cabeza y la observó—. Hasta que se te enfrie tanto el estómago que ya no pueda derretir más nieve. Hasta que tengas hielo por dentro. Hasta que seas tú de verdad. Algo que no siente nada.

El cerebro de Sylvia comprendía las palabras, pero no conseguía entender el significado.

—¡Nunca! —gritó.

La figura emitió un sonido que se confundió con el borboteo del arroyo.

—Ya puedes gritar, querida Sylvia. Porque nadie volverá a oírte. Jamás.

Sylvia vio que sostenía algo en la mano. Algo que se encendía. El lazo dibujaba el contorno de una gota candente en la oscuridad. Cuando entró en

contacto con la superficie del agua, chisporroteó y empezó a soltar humo.

—Querrás comer nieve. Créeme.

Con una certeza paralizante, Sylvia se dio cuenta de que le había llegado su hora. Solo quedaba una alternativa. La oscuridad se había impuesto rápidamente durante los últimos minutos, pero intentó enfocar la vista en la figura que se erguía entre los árboles mientras sopesaba el hacha en la mano. Sentía los pinchazos del retorno del flujo sanguíneo, como si también la sangre comprendiera que esta era la última oportunidad. Ella y las gemelas lo habían practicado. En la pared del granero. Y cada vez que lanzaba el hacha y una de ellas la sacaba de la diana, pintada en forma de zorro, gritaban triunfales: « ¡Has matado a la bestia, mamá! ¡Has matado a la bestia!» . Sylvia adelantó un pie ligeramente. Dio un solo paso al frente, lo necesario para conseguir la combinación perfecta de fuerza y precisión.

—Estás como una cabra —susurró.

—De eso no hay duda.

El hacha giró en la oscuridad, tan compacta como un tejido, con un sonido tenue y cantarín. Sylvia estaba en perfecto equilibrio, con el brazo derecho apuntando directo al frente, y siguió el arma mortal con la mirada. La vio volar por entre los árboles. Oyó cómo cortaba una rama delgada. Vio cómo desaparecía en la oscuridad y percibió un sonido sordo cuando el hacha se hundió bajo la nieve, en algún lugar.

Con la espalda pegada al tronco del árbol, se desplomó despacio en el suelo. Notó que el llanto volvía a inundarle los ojos y esta vez no intentó frenarlo. Porque ahora lo sabía. Sabía que no habría un después.

—¿Empezamos? —dijo la voz suavemente.

Día 3

El agujero

—Ha molado, ¿eh?

La voz entusiasmada de Oleg se oía por encima del chisporroteo de la mantequilla en el bar de *kebabs* abarrotado de gente que salía del concierto en el Oslo Spektrum. Harry le hizo un gesto de asentimiento a Oleg, que llevaba una chaqueta con capucha y seguía sudando y saltando mientras nombraba a los integrantes del grupo Slipknot, nombres que Harry desconocía, ya que los cedés de Slipknot contenían poca información en cuanto a datos personales, y las revistas musicales serias como *MOJO* y *Uncut* no escribían sobre esa clase de grupos. Harry pidió unas hamburguesas y miró el reloj. Rakel había dicho que los esperaría a la salida, a las diez. Harry volvió a mirar a Oleg. Hablaba sin parar. ¿Cuándo había ocurrido? ¿Cuándo había cumplido doce años y había decidido que le gustaba la música que trataba sobre distintos estadios de la muerte, la alienación, la frialdad y la perdición en general? Harry tal vez debiera preocuparse, pero no. Era un punto de partida, una curiosidad que satisfacer, un estilo de vestimenta en el que comprobar si encajaba. Ya vendrían otras cosas. Y cosas peores.

—A ti también te ha gustado, ¿verdad, Harry?

Harry asintió con la cabeza. No tenía valor para decirle que el concierto le había resultado un poco decepcionante. Tampoco era capaz de explicar exactamente a qué se debía, tal vez no fuera su noche. En cuanto se adentraron entre la multitud del Spektrum, experimentó la paranoia que normalmente seguía a la borrachera, pero que durante el último año también se había presentado cuando estaba sobrio. Y en vez de conectar con el ambiente, tuvo la sensación de que lo observaban y se quedó de pie, mirando a su alrededor. Examinando la pared de rostros que los rodeaba.

—Slipknot son la caña —dijo Oleg—. Las máscaras eran superchulas. Especialmente la de la nariz larga y puntiaguda. Se parecía a uno... uno de esos...

Harry atendía medio ausente, con la esperanza de que Rakel llegase pronto. El aire del bar de *kebabs* le resultó de repente denso y asfixiante, como una capa fina de grasa que se le posara en la piel y en la boca. Intentó dar forma al siguiente pensamiento. Pero estaba en camino, ya había dado la vuelta a la esquina. Pensar en una copa.

—Es una máscara india de la muerte —dijo una voz de mujer a su espalda—. Y los Slayer han estado mejor que Slipknot.

Harry se volvió sorprendido.

—Slipknot son pura pose, ¿verdad? —continuó la mujer—. Ideas recicladas y gestos vacíos.

Llevaba un abrigo negro largo y brillante, abotonado hasta el cuello. Lo único que se le veía debajo eran unas botas negras. Tenía la cara pálida y los ojos maquillados.

—Jamás habría imaginado que te gustara esa clase de música —dijo Harry.

Katrine Bratt sonrió.

—Supongo que yo debería decir lo contrario.

No le dio ninguna explicación y le pidió con gestos al hombre del mostrador una botella de agua con gas Farris.

—Slayer son una mierda —dijo Oleg en tono casi inaudible.

Katrine se volvió hacia él.

—Tú tienes que ser Oleg.

—Sí —dijo Oleg con tono arisco, mientras se tiraba de los pantalones de camuflaje, como si la atención de la mujer le gustara y le disgustara al mismo tiempo—. ¿Cómo lo sabes?

Katrine sonrió.

—Ajá, así que hablas con ese acento... En realidad, tú que vives en Holmenkollåsen deberías hablar con el acento de Oslo, ¿no? ¿Es Harry el que te ha enseñado a hablar como los de la parte este de la ciudad?

A Oleg se le fue toda la sangre a las mejillas.

Katrine rio por lo bajo y le dio a Oleg un toquecito en el hombro.

—Lo siento, solo era curiosidad.

El color de la cara del chico pasó a ser de un rojo tan intenso que le brillaba el blanco de los ojos.

—Yo también tengo curiosidad —dijo Harry dándole un *kebab* a Oleg—. Supongo que has encontrado el patrón que te pedí, Bratt. Ya que tienes tiempo para ir de conciertos.

Harry notó que había comprendido la advertencia: « No jodas al chico» .

—Algo he encontrado —dijo Katrine, mientras le quitaba el tapón de plástico a la botella de Farris—. Pero estás ocupado, así que lo hablamos mañana.

—No estoy tan ocupado —dijo Harry, olvidándose de la capa de grasa y de la sensación de asfixia.

—Es confidencial y esto está lleno de gente —dijo Katrine—. Pero puedo susurrarte unas palabras clave.

Se inclinó hacia él, y, mezclado con el olor de la mantequilla, Harry notó el de un perfume casi masculino y su respiración caliente en la oreja.

—Un Volkswagen Passat plateado acaba de llegar a la acera. Apuesto a que es la madre de Oleg...

Harry se levantó y miró por el ventanal hacia el coche. Rakel había bajado la

ventanilla y los estaba mirando.

—No manches nada —dijo Rakel cuando Oleg se metió de un salto en el asiento trasero con el *kebab* en la mano.

Harry se acercó a la ventanilla abierta. Ella llevaba un sencillo jersey celeste. Conocía bien ese jersey. Sabía cómo olía, el tacto que tenía, en la palma de la mano y en la mejilla.

—¿Ha estado bien el concierto? —preguntó ella.

—Pregúntale a Oleg.

—Pero ¿qué tipo de grupo era? —Miró a Oleg por el retrovisor—. La gente que hay por la calle lleva una ropa un poco rara, ¿no?

—Canciones lentas de amor y esas cosas —dijo Oleg guiñándole un ojo a Harry cuando Rakel apartó la vista del retrovisor.

—Gracias, Harry —dijo ella.

—No hay de qué. Conduce con cuidado.

—¿Quién era esa mujer que estaba ahí dentro?

—Una colega del trabajo. Es nueva.

—¿Ah, sí? Parecía que ya os conocíais bien.

—¿Por qué lo dices?

—Estabais... —Se calló de repente. Y luego hizo un gesto lento de negación con la cabeza y se rio. Con una risa profunda pero clara, que nacía del fondo de la garganta. La misma risa que una vez tanto lo enamoró—. Lo siento, Harry. Buenas noches.

Subió la ventanilla y el coche plateado se alejó de la acera. Harry se fue por la calle Brugata, un pasaje entre bares por cuyas puertas abiertas salía música. Pensó en tomar un café en el Teddys Softbar pero sabía que sería una mala idea. Así que decidió pasarse por allí.

—¿Café? —repitió incrédulo el tío de detrás de la barra.

En la gramola del Teddys sonaba Johnny Cash, y Harry se pasó un dedo por el bigote.

—¿Tienes alguna propuesta mejor? —Harry oyó resonar en la suya otra voz, conocida y desconocida a la vez.

—Claro —dijo el tío, y se alisó hacia atrás el pelo grasiento—. El café no está recién hecho precisamente, así que ¿qué me dices de una cerveza recién sacada del barril?

Johnny Cash cantaba sobre Dios, el bautismo y las nuevas promesas.

—Bueno —dijo Harry.

El hombre de detrás de la barra sonrió ampliamente.

En ese momento, Harry notó que el móvil le vibraba en el bolsillo. Lo cogió rápido y con avidez, como si hubiera estado esperando aquella llamada.

Era Skarre.

—Acabamos de recibir una denuncia de una desaparición que concuerda. Mujer casada con hijos. No estaba en casa cuando el marido y los hijos llegaron hace unas horas. Viven en el bosque, en Solihøgda, ninguno de los vecinos la ha visto y no se ha ido con el coche, porque lo tiene el marido. Y no hay rastro de pisadas en la carretera.

—¿Rastro de pisadas?

—Allí arriba todavía hay nieve.

El vaso de cerveza apareció delante de Harry con un golpe.

—¿Harry? ¿Estás ahí?

—Sí. Estoy pensando.

—¿En qué?

—¿Hay un muñeco de nieve en el lugar?

—¿Cómo?

—Un muñeco de nieve.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Entonces iremos allí a ver si lo averiguamos. Métete en el coche y recógeme enfrente de la tienda Gunerius, en la calle Storgata.

—¿No podemos dejarlo para mañana, Harry? Me había prometido follar un poco esta noche, y esta mujer solo está desaparecida así que, de momento, no hay prisa.

Harry observó el hilo de espuma que bajaba retorciéndose como una serpiente por el exterior del vaso de cerveza.

—En realidad —dijo Harry—, hay una prisa acojonante.

El camarero miró sorprendido el vaso de cerveza intacto, el billete de cincuenta que había sobre el mostrador y los anchos hombros que se alejaban por la puerta en el momento en que Johnny Cash enmudecía.

—Sylvia no se iría nunca así, sin más —dijo Rolf Ottersen.

Rolf Ottersen era delgado. O, más exactamente, era un esqueleto. Llevaba una camisa de franela abotonada hasta arriba y de ella salía un cuello largo y flaco, con una cabeza que a Harry le recordó a un ave zancuda. De las mangas de la camisa salían unas manos estrechas de dedos largos y finos que el hombre doblaba, torcía, retorció y se frotaba sin cesar. Tenía las uñas de la mano derecha limadas, largas y puntiagudas como garras. Los ojos parecían grandes detrás de los gruesos cristales, engarzados en una montura de acero sencilla y redonda, del estilo que había sido popular entre los radicales de los años setenta. Un póster en la pared de color mostaza mostraba a unos indios con una anaconda. Harry

reconoció la imagen de la portada de un álbum de Joni Mitchell, de la prehistoria *hippy*. Al lado colgaba una reproducción de uno de los conocidos autorretratos de Frida Kahlo. «Una mujer que sufre», pensó Harry. Un cuadro elegido por una mujer. El suelo era de pino sin tratar y la habitación estaba iluminada por una mezcla de lámparas de parafina antiguas y lámparas de barro que muy bien podrían ser artesanales. En la esquina, apoyada en la pared, había una guitarra de cuerdas de nailon que, según supuso Harry, sería la explicación de las uñas limadas de Rolf Ottersen.

—¿Qué quieres decir con que ella nunca se iría? —preguntó Harry.

Delante de él, encima de la mesa de comedor, Rolf Ottersen había dejado una foto de su mujer con sus dos hijas gemelas, Olga y Emma, de diez años. Sylvia Ottersen tenía los ojos grandes y somnolientos, como los de alguien que ha usado gafas toda la vida y acaba de empezar a llevar lentillas o que se ha operado con láser para corregir la vista. Las gemelas tenían los ojos de la madre.

—Lo habría dicho —dijo Rolf Ottersen—. Habría dejado una nota. Tiene que haber pasado algo.

A pesar de la desesperación, hablaba con voz baja y suave. Rolf Ottersen sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y se lo llevó a la cara. La nariz parecía anómalamente grande en aquella cara delgada y pálida. Se sonó con un único toque de trompeta.

Skarre asomó la cabeza por la puerta.

—Acaba de llegar la unidad canina. Traen un perro rastreador de cadáveres.

—Que empiecen —dijo Harry—. ¿Has hablado con todos los vecinos?

—Sí. Nada todavía.

Skarre cerró la puerta y Harry notó que los ojos de Ottersen se habían vuelto más grandes detrás de los cristales.

—¿Un perro rastreador de cadáveres? —susurró Ottersen.

—Solo es una forma de hablar —dijo Harry y tomó nota de que debía darle a Skarre un par de ideas sobre cómo expresarse.

—¿Así que también los utilizáis para buscar personas vivas? —La voz del marido tenía un tono suplicante.

—Claro que sí. —Mintió Harry, en lugar de contarle que los perros detectores de cadáveres señalan los lugares donde ha habido personas muertas. Que no se pueden utilizar para buscar drogas, objetos perdidos ni personas vivas. Que se utilizan para lo muerto. Punto.

—Así que la has visto por última vez hoy a las cuatro —dijo Harry mirando sus anotaciones—. Antes de ir con las niñas a la ciudad. ¿Qué habéis hecho allí?

—Encargarme de la tienda mientras ellas tenían clase de violín.

—¿La tienda?

—Tenemos una pequeña tienda en Majorstua, de objetos africanos hechos a mano. Arte, muebles, manteles, ropa, de todo un poco. Los importamos



directamente de las personas que los hacen y les pagamos un precio decente. Por lo general, es Sylvia quien se encarga, pero los jueves cerramos más tarde, ella vuelve a casa con el coche y yo me voy con las niñas. Yo me quedo en la tienda y ellas reciben clases de violín en la academia Barratt Due, de cinco a siete. Después, las recogí y volvimos a casa. Llegamos pasadas la siete y media.

—Humm, ¿quién más trabaja en la tienda?

—Nadie.

—¿Eso quiere decir que cerraréis la tienda un rato los jueves? ¿Más o menos una hora?

Rolf Ottersen sonrió sin entusiasmo.

—Es una tienda muy pequeña. No tenemos muchos clientes. Para serte sincero, casi ninguno, si no es por Navidad.

—¿Cómo...?

—NORAD, la agencia noruega para la cooperación y el desarrollo, apoya la tienda y a nuestros proveedores, es un programa gubernamental de comercio con países del Tercer Mundo. —Carraspeó suavemente—. El efecto de enviar señales positivas es más importante que el dinero y unas ganancias miopes, ¿no?

Harry hizo un gesto de asentimiento, a pesar de que no pensaba en la ayuda y el comercio justo en África, sino en la hora y el trayecto entre Oslo y los alrededores. Desde la cocina, donde las gemelas estaban cenando, le llegaba el sonido de una radio. No había visto ninguna televisión en la casa.

—Gracias. —Harry se levantó y salió fuera.

Había tres coches aparcados en la puerta. Uno era el Volvo Amazon de Bjørn Holm, pintado de negro y con una franja de cuadros blancos y negros, como las de las carreras, que cruzaba el techo y el maletero. Harry miró hacia el cielo limpio y estrellado que se extendía sobre la pequeña granja del claro del bosque. Aspiró el aire. Olía a abetos y a calefacción de leña. Desde el lindero del bosque se oía el jadeo de un perro y al agente de policía que lo azuzaba en la búsqueda.

Para llegar hasta el granero, Harry avanzó dibujando un arco, como habían acordado para no estropear las posibles huellas que pudieran serles útiles. Por la puerta abierta salían voces. Se puso en cuclillas y miró detenidamente las huellas en la nieve, a la luz de la lámpara que había encima de la puerta. Luego se levantó, se apoyó en el marco y sacó el paquete de tabaco.

—Parece el escenario de un homicidio —dijo—. Sangre, cadáveres y muebles volcados.

Bjørn Holm y Magnus Skarre no dijeron nada, se dieron la vuelta y siguieron la mirada de Harry. El espacio grande y abierto estaba iluminado por una única bombilla que pendía de un cable desde una de las vigas. En un lado había un torno delante de un tablero, del que colgaban herramientas: martillos, sierras, alicates, taladros. Ningún chisme eléctrico. En el otro lado había una zona cercada con una malla de alambre con algunas gallinas sentadas en unos tablones, mientras

que otras se pavoneaban caminando por la paja. En medio, sobre unas tablas de madera gris sin tratar y manchadas de sangre, había tres gallinas sin cabeza. Al lado del tajo volcado, tres cabezas. Harry se puso en los labios un cigarrillo sin encender, entró procurando no pisar la sangre y se puso en cuclillas al lado del tajo para observar las cabezas de gallina. La luz de la linterna iluminaba débilmente los ojos negros. Primero, levantó una pluma blanca cortada que parecía tener los bordes quemados, luego observó la superficie lisa del corte del pescuezo de las gallinas. La sangre se había coagulado y se veía negra. Sabía que era un proceso rápido, no mucho más de media hora.

—¿Ves algo interesante? —preguntó Bjørn Holm.

—Mi cerebro sufre deformación profesional, Holm. Ahora mismo está analizando cadáveres de gallinas.

Skarre se rio en voz alta e hizo un gesto en el aire como indicando unos titulares.

—« Grave asesinato triple de gallinas. Vudú en el campo. Harry Hole al frente del caso » .

—Es más interesante lo que no veo —dijo Harry.

Bjørn Holm enarcó las cejas, miró a su alrededor y asintió despacio.

Skarre los miró con desconfianza.

—¿Y qué es lo que no ves?

—El arma homicida —dijo Harry.

—Un hacha —dijo Holm—. La única forma sensata de matar gallinas.

Skarre resopló.

—Si es la tía quien las matado, habrá dejado el hacha en su sitio. Estos campesinos son gente muy ordenada.

—Estoy de acuerdo con eso —dijo Harry consciente del cacareo que parecía venir de todos lados—. Por eso es interesante que el tajo esté volcado y los cadáveres de las gallinas esparcidos. Y que el hacha no esté en su sitio.

—¿Su sitio? —Skarre miró a Holm con cara de desesperación.

—Si te apetece, echa un vistazo por aquí, Skarre —dijo Harry sin moverse.

Skarre seguía mirando a Holm, que señaló con un gesto la tabla de detrás del torno.

—Coño —dijo Skarre.

En el hueco vacío entre un martillo y una sierra oxidada estaba dibujado el contorno de un hacha pequeña.

Fuera se oían ladridos de perro, gimoteos y, después, el grito colérico del policía, que ya no sonaba alentador.

Harry se frotó el mentón.

—Hemos buscado por todo el granero, así que de momento parece que Sylvia Ottersen dejó el lugar en plena matanza y que se llevó el hacha. Holm, ¿puedes tomarles la temperatura a esas gallinas y determinar la hora aproximada

de la muerte?

—Sí.

—¿Y eso? —dijo Skarre.

—Quiero saber cuándo se fue de aquí —dijo Harry—. ¿Has sacado algo de las huellas de fuera, Holm?

El técnico negó con la cabeza.

—Hay demasiadas pisadas y necesito más luz. Encontré varias huellas de las botas de Rolf Ottersen. Además de otras que iban hasta el granero, pero ninguna que saliera desde allí. A lo mejor la llevaron en brazos desde el granero.

—Humm, en ese caso habría huellas más profundas de la persona que la llevó. Es una pena que nadie haya pisado en la sangre. —Harry miró las paredes oscuras que estaban fuera del alcance de la bombilla. Desde el patio se oía el aullido lastimero de un perro y los juramentos furiosos del policía.

—Sal a ver qué pasa, Skarre —dijo Harry.

Skarre obedeció. Harry volvió a encender la linterna y se acercó a la pared. Pasó la mano por las tablas sin pintar.

—¿Qué estás...? —empezó Holm, pero se detuvo cuando la bota de Harry dio un golpe seco en la pared.

Apareció el cielo estrellado.

—Una puerta trasera —dijo Harry mirando el bosque negro y la silueta de abetos en la cúpula de luz de color amarillo sucio que era la ciudad allá a lo lejos.

Luego dirigió el foco de la linterna hacia la nieve. El haz de luz encontró las huellas enseguida.

—Dos personas —dijo Harry.

—Es el perro —dijo Skarre, que había regresado—, que no quiere.

—¿Que no quiere? —Harry siguió las pisadas con la linterna. La nieve reflejaba la luz, pero las huellas desaparecían allí donde los árboles guardaban la oscuridad de la noche.

—El guía del animal no entiende nada. Dice que parece que tiene mucho miedo. El caso es que se niega a entrar en el bosque.

—A lo mejor ha rastreado a los zorros —dijo Holm—. En este bosque hay muchos.

—¿Zorros? —resopló Skarre—. Un perro tan grande no puede temerle a un zorro.

—A lo mejor nunca ha visto ninguno —dijo Harry—, pero sabe detectar el rastro de un animal salvaje. Es racional tener miedo de lo que uno no conoce. El que no lo tiene no sobrevive mucho tiempo.

Harry notó que el corazón empezaba a latirle más rápido. Y sabía por qué. El bosque. La oscuridad. Ese tipo de miedo que no es racional. El que había que vencer.

—Hasta nuevo aviso hay que considerar este lugar como la escena de un

crimen —dijo Harry—. Empieza a trabajar. Yo voy a ver adónde llevan estas huellas.

—De acuerdo.

Harry tragó saliva antes de salir por la puerta trasera. Ya habían pasado veinticinco años. Y aun así, su cuerpo se resistía.

Fue en casa de su abuelo en Åndalsnes, durante las vacaciones de otoño. La granja se hallaba en una ladera, con las formidables montañas de Romsdal elevándose al fondo. Harry tenía diez años y se había adentrado un poco en el bosque para ver si encontraba la vaca que buscaba el abuelo. Quería encontrarla antes que el abuelo, antes que nadie. Así que se apresuró. Corrió como un poseso por montecillos cubiertos de blandos arbustos de arándanos y abedules enanos que se retorcián con formas divertidas. Los senderos aparecían y se esfumaban mientras él corría derecho hacia el cencerro que creía haber oído entre los árboles. Y lo volvió a oír, ahora un poco más a la derecha. Saltó un arroyo, se agachó al pasar bajo un árbol y chapoteó con las botas al cruzar corriendo una ciénaga cuando vio que se acercaba un chaparrón. Distinguía el velo de agua bajo la nube que rociaba la ladera escarpada de la montaña.

Y era tan agradable que no se dio cuenta de que lo estaba envolviendo la oscuridad, que surgía del agua de la ciénaga, que se acercaba de puntillas por entre los árboles, se vertía como pintura negra por las sombras de las laderas, para acumularse en el fondo del valle. Pero alzó la vista hacia una gran ave que lo sobrevolaba describiendo enormes círculos allá arriba, a una altura espectacular, pues la montaña se veía detrás. Y entonces se le quedó atrapada una de las botas y se cayó. Boca abajo y sin tiempo de amortiguar la caída con las manos. Y todo se volvió negro, y la nariz y la boca se le llenaron del sabor a ciénaga, a muerte, a descomposición y a oscuridad. Pudo «saborear» la oscuridad los pocos segundos que estuvo en el suelo. Cuando se incorporó, se dio cuenta de que la luz había desaparecido. Se había marchado cruzando la montaña, que ahora veía suspendida sobre él con un poderío silencioso y pesado, susurrándole que no sabía dónde se encontraba, que hacía mucho que no lo sabía. Se levantó y echó a correr sin reparar en la bota. Seguro que no tardaría en ver algo que le resultara familiar. Pero el paisaje estaba embrujado; las piedras eran cabezas de seres que emergían de la tierra; los arbustos de arándanos, dedos que le arañaban las pantorrillas; y los abedules enanos, brujas que le señalaban el camino retorciéndose de risa: hacia aquí o hacia allí, el camino a casa o el camino a la perdición, el camino a la casa de la abuela o el camino al Agujero. Porque los mayores hablaban del Agujero. El lugar donde la ciénaga no tenía fondo, donde animales, personas y carros enteros desaparecían para nunca más volver.

Era casi de noche cuando Harry entró tambaleándose en la cocina, y la abuela lo abrazó y le dijo que su padre, el abuelo y los mayores de las granjas vecinas estaban buscándolo. ¿Dónde había estado?

En el bosque.

Pero ¿no había oído sus gritos? Gritaban « ¡Harry, Harry! », ella los estuvo oyendo todo el tiempo.

Él no se acordaba, pero después le contaron muchas veces que se quedó allí temblando de frío, sentado en el cajón de la leña, delante de la estufa, con la mirada perdida y apática, y que contestó:

—Creía que no eran ellos quienes gritaban.

—¿Y quién creías que era?

—Los otros. La oscuridad tiene sabor, ¿lo sabías, abuela?

Harry se adentró unos metros en el bosque hasta que se hizo un profundo silencio, casi anormal. Mantenía el haz de luz enfocando el suelo justo a sus pies, porque cada vez que la luz barría el bosque, las sombras corrían como seres asustados entre la oscuridad de los árboles. Verse aislado de la oscuridad dentro de una burbuja de luz no daba seguridad alguna. Todo lo contrario. Saber que él era lo más visible que se movía por el bosque lo convertía en un ser desnudo, desprotegido. Las ramas le arañaban la cara, como los dedos de un ciego que trata de reconocer a un extraño.

Las huellas conducían hasta un arroyo que ahogaba con su borboteo el sonido de la respiración algo agitada de Harry. Allí se perdía uno de los pares de huellas, mientras que el otro seguía el arroyo hacia un terreno más bajo.

Siguió adelante. El arroyo discurría sin orden ni concierto, pero no temía perder el rumbo, no tendría más que seguir las huellas en sentido inverso, desandando el camino.

Resonó el ulular de un búho cercano. El verde fosforescente de los números del reloj de pulsera le indicó que llevaba más de un cuarto de hora caminando. Había llegado el momento de dar la vuelta y enviar a un equipo con la indumentaria y el calzado adecuados, y un perro que no tuviera miedo de los zorros.

A Harry se le paró el corazón.

Sucedió allí mismo, delante de sus narices. Sin un sonido y tan rápido que no vio nada. Pero se lo reveló la presión del aire. Harry oyó el rumor de plumas al forcejear en la nieve y el chillido lastimero de un pequeño roedor que acababa de convertirse en presa.

Soltó lentamente el aire de los pulmones. Barrió una última vez con la linterna el bosque que se extendía ante él y se dio la vuelta para regresar. Dio un paso, pero se detuvo. Quería dar otro, y otro, volver. Pero hizo lo que tenía que hacer.

Se volvió con la linterna. Y allí estaba, otra vez. Un brillo, un reflejo luminoso que no debía estar allí, en medio del bosque. Se acercó.

Miró hacia atrás intentando grabar el lugar en la memoria. Estaba aproximadamente a quince metros del arroyo. Se puso en cuclillas. El acero era lo único que sobresalía, pero no tuvo que quitar la nieve para ver qué era. Un hacha. Un hacha pequeña. Los restos de sangre que hubiera tenido después de matar gallinas habían desaparecido. No había huellas de pisadas cerca del hacha. Harry la iluminó y, en la nieve, a unos metros de distancia, vio una rama cortada. Alguien debía de haber lanzado el hacha con mucha fuerza.

En ese momento, volvió a notarlo. La misma sensación que había tenido en el Spektrum aquella tarde. La sensación de que lo observaban. El instinto lo impulsó a apagar la linterna y la oscuridad cayó sobre él como una manta. Contuvo la respiración y aguzó el oído. «No —pensó—. Debo evitar que me ocurra. La maldad no es una cosa, no se instala. Al contrario, es la ausencia de algo, la ausencia de bondad. Lo único que uno puede temer es a sí mismo».

Pero la sensación se negaba a desaparecer. Alguien lo estaba observando. Algo. Los otros. Y en un claro del bosque, al lado del río iluminado por la luz de la luna, vio lo que podía ser el contorno de una persona.

Harry encendió la linterna y la enfocó en esa dirección.

Era ella. Erguida e inmóvil entre los árboles, mirándolo sin pestañear, con los mismos ojos grandes y soñolientos de la foto. Lo primero que se le ocurrió fue que estaba vestida de novia, de blanco, como delante de un altar erigido en medio del bosque. Resplandecía en la oscuridad. Harry tomó aire temblando y sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta. Bjørn Holm contestó al segundo tono de llamada.

—Acordona toda la zona —dijo Harry. Notaba la garganta seca, resquebrajada—. Voy a pedir refuerzos.

—¿Qué ha pasado?

—Aquí hay un muñeco de nieve.

—¿Y qué?

Harry se lo explicó.

—No he entendido lo último —gritó Holm—. Aquí no hay muy buena cobertura...

—Tiene la cabeza de Sylvia Ottersen —repitió Harry.

Hubo un silencio al otro lado.

Harry le pidió a Holm que siguiese su rastro y colgó.

Luego se sentó en cuclillas con la espalda apoyada en un árbol, se abotonó el abrigo hasta arriba y apagó la linterna para no gastar pilas mientras esperaba. Y pensó que casi se le había olvidado el sabor de la oscuridad.

## SEGUNDA PARTE

Día 4

Tiza

Eran las tres y media de la mañana. Harry estaba muerto de sueño cuando por fin entró en su apartamento. Se desvistió y se fue directamente a la ducha. Intentó no pensar mientras dejaba que el chorro de agua ardiendo le paralizase la piel, que actuara como un masaje para los músculos entumecidos, que le calentase el cuerpo aterido. Habían estado hablando con Rolf Ottersen, pero tendrían que dejar los interrogatorios para el día siguiente. En Sollighøgda ya habían terminado de recabar información entre los vecinos hacía un buen rato, no había tantos a los que preguntar, pero los técnicos y los perros seguían trabajando y continuarían toda la noche. Tenían un tiempo limitado antes de que las huellas se contaminaran, las cubriera la nieve o desaparecieran. Cerró el grifo de la ducha. El aire se había vuelto gris mezclado con el vapor y, cuando limpió el espejo, no tardó en formarse enseguida otra capa de vaho, que le distorsionaba la cara y desdibujaba el contorno del cuerpo desnudo.

Se estaba cepillando los dientes cuando sonó el móvil.

—Aquí Harry.

—Stormann. El de los hongos.

—Llamas tarde —dijo Harry, sorprendido.

—Contaba con que estarías trabajando.

—¿Y eso?

—Lo he visto en las noticias de la noche. La mujer de Sollighøgda. Se te veía al fondo. Ya tengo los resultados.

—¿Y?

—Tienes hongos. Un cabrón muy hambriento, además. El *Versicolor*.

—¿Y eso qué significa?

—Que puede tener cualquier color. Siempre y cuando se vea. Aparte de eso, significa que tengo que echar abajo más pared.

—Ya. —Harry tenía la ligera sensación de que debería interesarse más o, por lo menos, preguntar más. Pero no tenía ganas. Esa noche no—. Pues adelante.

Harry colgó y cerró los ojos a la espera de los fantasmas, inevitables mientras no tomara la única medicina que sabía que funcionaba contra aquellas apariciones. A lo mejor aquella noche se presentaba un nuevo conocido. Esperaba que ella saliese del bosque, andando hacia él con un cuerpo grande y blanco sin piernas, como un bolo, con cabeza, cuencas negras que picoteaban las urracas buscando los últimos restos del ojo, y con los dientes al descubierto después de que el zorro le hubiera devorado los labios. Imposible saberlo, el



subconsciente es impredecible. Tanto que, cuando Harry se durmió, soñó que estaba en una bañera con la cabeza bajo el agua y oía el rumor grave de las burbujas mezclado con risas de mujeres. En el esmalte crecían algas que se estiraban hacia él como dedos verdes de una mano blanca que buscara la suya.

La luz de la mañana proyectaba rectángulos resplandecientes sobre los periódicos que había en la mesa del comisario jefe Gunnar Hagen. También iluminaba la sonrisa de Sylvia Ottersen en las primeras páginas, y los titulares. «Asesinada y degollada», «Degollada en el bosque», y el más corto y probablemente el mejor: «Degollada».

Harry llevaba desde que se despertó con dolor de cabeza. Ahora se la sujetaba entre las manos pensando que, visto lo visto, bien podría haber bebido por la noche, la cosa no habría podido ser peor. Tenía ganas de cerrar los ojos, pero Hagen lo estaba mirando. Harry se dio cuenta de que Hagen seguía abriendo la boca, torciéndola y cerrándola, es decir, que formulaba palabras que Harry recibía en una frecuencia que no lograba sintonizar bien.

—La conclusión —dijo Hagen, y Harry comprendió que ahora debía aguzar el oído— es que este asunto tiene desde ahora la máxima prioridad. Eso significa que ampliamos tu grupo de investigación inmediatamente, y...

—Disiento —dijo Harry, notando cómo con solo articular esa palabra sentía que iba a reventarle el cráneo—, podemos solicitar la ayuda que vayamos necesitando sobre la marcha, según vaya surgiendo pero, de momento, no quiero a nadie más en las reuniones. Solamente nosotros cuatro.

Gunnar Hagen parecía muy sorprendido. En los casos de homicidio, los grupos de investigación solían constar de una docena de personas como mínimo.

—El pensamiento libre funciona mejor en grupos reducidos —añadió Harry.

—¡Pensamiento! —exclamó Hagen—. ¿Y qué pasa con el trabajo policial de toda la vida? ¿El seguimiento de las pistas técnicas, los interrogatorios, la verificación de soplos? ¿Y la coordinación de la información? Un grupo unido...

Harry levantó una mano para detener aquel torrente de palabras.

—Exacto. No quiero ahogarme en todo eso.

—¿Ahogarte? —Hagen lo miró incrédulo—. Entonces será mejor que le dé el caso a alguien que sepa nadar.

Harry se frotó ligeramente las sienes. Sabía que Hagen sabía que, salvo el comisario Hole, en aquellos momentos no había en el grupo de Delitos Violentos nadie que pudiera encargarse de un caso de homicidio de aquellas características. Harry sabía, además, que pasar el caso a la Policía Judicial Central supondría para el nuevo jefe del grupo una pérdida de prestigio de tal magnitud que preferiría sacrificar su hirsuto brazo derecho antes de hacerlo.

Harry suspiró.

—Los grupos de investigación normales luchan por mantenerse a flote en el flujo de datos. Y eso cuando tienen un caso normal. Con una decapitación en primera página... —Harry hizo un gesto de negación con la cabeza—... La gente se vuelve loca. Recibimos más de cien llamadas solo después del reportaje de anoche en las noticias. Ya sabes, borrachos farfullando y los locos de siempre, más algunos nuevos. Gente que te puede contar que el homicidio aparece descrito en el Libro de las Revelaciones y esas cosas. Hasta ahora nos han llamado doscientas personas. Y ya verás cuando se sepa que puede haber más cadáveres. Lo que quiere decir que habrá que poner a veinte personas a trabajar para que gestionen la información. Para comprobarla y redactar informes. Lo que quiere decir que el responsable de la investigación tendrá que emplear dos horas diarias en leer toda la información que nos llegue, dos para organizarla y dos para reunir al grupo, tenerlo al corriente y contestar preguntas, y media hora para cribar la información que se quiere llevar a la rueda de prensa. Que durará tres cuartos de hora. Lo peor es...

Harry se apretó con el dedo índice las articulaciones doloridas de la mandíbula e hizo una mueca.

—... Que en un caso de homicidio normal esa es probablemente una forma adecuada de utilizar los recursos. Porque siempre habrá gente ahí fuera que sepa algo, que haya visto u oído algo. Piezas que podamos unir laboriosamente o que por arte de magia puedan resolver todo el caso.

—Exactamente —dijo Hagen—, por eso...

—El problema es —siguió Harry— que este no es un caso así. Tampoco es ese tipo de asesino. Esta persona no se ha confiado a un amigo, ni se la ha visto cerca de la escena del crimen. Nadie en la calle sabe nada, así que la información que nos está llegando no nos ayudará, solo nos retrasará. Y algunas de las pistas técnicas patentes las han colocado para confundirnos. En pocas palabras, se trata de otra clase de juego.

Hagen se había retrepado en la silla, juntó las yemas de los dedos y observaba a Harry, pensativo. Parpadeó una vez, como un lagarto amodorrado al sol, antes de preguntar:

—Así que lo ves como un juego, ¿no?

Harry se preguntaba adónde querría llegar Hagen mientras asentía lentamente con la cabeza.

—¿Qué tipo de juego? ¿Ajedrez?

—Bueno —dijo Harry—. Ajedrez a ciegas, quizá.

Hagen asintió con la cabeza.

—Así que te imaginas a un asesino en serie clásico, un asesino frío con una inteligencia superior al que le gustan los juegos y los retos.

Harry ya empezaba a imaginarse adónde quería ir a parar.

—¿Un hombre sacado directamente de los perfiles de asesinos en serie que

diseñasteis en el curso del FBI? ¿Uno como aquel que encontraste en Australia? Un asesino... —El jefe de grupo chasqueó la lengua como si estuviera degustando las palabras—... que resulte un contrario digno de alguien con tu historial, ni más ni menos.

Harry suspiró.

—Yo no lo veo así, jefe.

—¿Ah, no? Recuerda que he dado clases en la Academia Militar, Harry. ¿Con qué crees que sueñan los aspirantes a generales cuando les hablo de los militares que han cambiado personalmente la Historia? ¿Con esperar sentados tranquilamente a que llegue la paz, con contarles a sus nietos que estuvieron allí, sin más? ¿Que nadie supo nunca lo que habrían podido dar de sí en tiempos de guerra? Puede que no lo digan, Harry, pero por dentro sueñan. Con una única oportunidad. Es una necesidad acuciante de las personas, sentirse necesitadas, Harry. Es la razón por la que los generales del Pentágono nos pintan al mismísimo diablo en cuanto explota un petardo en algún lugar del mundo. Creo que quieres que este caso sea especial, Harry. Tanto que ves al mismísimo diablo.

—El muñeco de nieve, jefe, ¿te acuerdas de la carta que te enseñé?

Hagen suspiró.

—Recuerdo la carta de un loco, Harry.

Harry sabía que debía dejarlo. Proponerle el pacto que tenía pensado. Concederle a Hagen esa pequeña victoria. Pero se encogió de hombros.

—Quiero el grupo como está, jefe.

El rostro de Hagen se volvió duro y hermético.

—No puedo permitirlo, Harry.

—¿No puedes?

Hagen le sostuvo la mirada, pero entonces lo vio. Un atisbo, un desliz. Solo una milésima de segundo, pero fue suficiente.

—Hay cosas que debemos tener en cuenta —dijo Hagen.

Harry intentaba mantener la expresión de inocencia mientras le daba una vuelta más a la tuerca.

—¿Qué tipo de cosas, jefe?

Hagen se miró las manos.

—¿Tú qué crees? Jefes. Prensa. Políticos. Cuando, después de tres meses, sigamos sin tener al asesino, ¿quién tendrá que responder a las preguntas sobre las prioridades del grupo? ¿Quién va a explicar que pusimos a cuatro personas a trabajar en este asunto porque los grupos pequeños son más aptos para...? —Hagen escupía las palabras como si fuesen gambas en mal estado—, ¿...El pensamiento libre y para jugar al ajedrez? ¿Has pensado en eso, Harry?

—No —dijo Harry cruzándose de brazos—. He pensado en cómo vamos a coger a ese tío, no en cómo voy a explicar que no lo hayamos cogido.

Harry sabía que era un argumento barato, pero las palabras dieron en el

blanco. Hagen parpadeó. Abrió la boca y la volvió a cerrar, y de repente, Harry se sintió avergonzado. ¿Por qué tenía siempre que provocar esos concursos infantiles de «a ver quién mea más lejos» que no significaban nada, solo por la satisfacción de meterse con alguien, la persona que fuera? Rakel le dijo una vez que a él le habría gustado nacer con un dedo índice extra que mantener tieso todo el tiempo.

—Hay un tío en la Judicial Central que se llama Espen Lepsvik—dijo Harry—. Es muy bueno dirigiendo grandes investigaciones. Puedo hablar con él, pedirle que organice un grupo que me tenga informado. Los grupos trabajarán de forma paralela e independiente. Tú y el comisario jefe de la Judicial os haréis cargo de las ruedas de prensa. ¿Qué te parece, jefe?

Harry no tuvo que esperar la respuesta. Vio la gratitud en los ojos de Hagen. Y supo que había conseguido mear más lejos.

Lo primero que hizo cuando volvió a su despacho fue llamar a Bjørn Holm.

—Hagen ha dicho que sí, se hará como yo quiero. Reunión en mi despacho dentro de media hora. Tú llamas a Skarre y a Bratt, ¿vale?

Colgó. Pensó en lo que había dicho Hagen sobre los halcones que querían su guerra. Y abrió el cajón para buscar en vano un analgésico.

—Aparte de las huellas de zapatos no hemos encontrado rastros del autor en el supuesto escenario del crimen —dijo Magnus Skarre—. Más difícil de comprender resulta el hecho de que tampoco hayamos detectado rastros del cadáver. Al fin y al cabo, le cortó la cabeza a la mujer, lo que debería dejar bastantes rastros. Pero no hallamos nada. ¡Los perros ni siquiera reaccionaron! Es un misterio.

—La mató y le cortó la cabeza en el arroyo —dijo Katrine.

—Las huellas de la mujer se perdían en el arroyo, más arriba, ¿no? Decidió correr por el agua para no dejar huellas, pero él la alcanzó.

—¿Qué utilizó? —preguntó Harry.

—Un hacha o una sierra, ¿qué otra cosa podría ser?

—¿Y qué pasa con las marcas de quemaduras alrededor de la zona del corte?

Katrine miró a Skarre y ambos se encogieron de hombros.

—De acuerdo, ya lo comprobará Holm —dijo Harry—. ¿Y después?

—Después puede que la llevara en brazos por el arroyo hasta la carretera —dijo Skarre. Había dormido dos horas y llevaba el jersey al revés, pero nadie tuvo valor para decírselo—. Tal vez por eso no encontramos ni una mierda. Y deberíamos haber encontrado algo. Una mancha de sangre en un tronco de árbol, una fibra muscular o un trozo de tela desgarrada. Pero encontramos las huellas de sus zapatos en el tramo en que el arroyo pasa por debajo de la carretera. Y al lado, en la nieve, se veía la impresión de lo que podría ser un cuerpo que hubiera

estado allí tendido. Pero solo los dioses lo saben, porque los perros tampoco lo detectaron. ¡Ni siquiera ese puto perro rastreador de cadáveres! Es un...

—Misterio —atajó Harry frotándose la barbilla—. ¿No es muy poco práctico cortarle la cabeza estando de pie en el arroyo? Solo es un riachuelo, no hay suficiente espacio para maniobrar. ¿Por qué?

—Es evidente —dijo Skarre—. Los rastros se van con el agua.

—No tan evidente —replicó Harry—. Dejé la cabeza, no le preocupaban los rastros que dejara la víctima. La razón de que no haya rastros de ella camino a la carretera...

—¡Una bolsa para cadáveres! —dijo Katrine—. Justo estaba pensando en cómo habría conseguido llevarla tan lejos por ese terreno. En Irak utilizaban esas bolsas con correas para llevarlas como una mochila.

—Ya —dijo Harry—. Eso explicaría que el perro no detectara nada junto a la carretera.

—Y que pudiera arriesgarse a dejarla allí —dijo Katrine.

—¿A dejarla allí? —dijo Skarre.

—Sí, la impresión del cuerpo en la nieve. La dejó allí mientras iba a buscar el coche. Que probablemente tendría aparcado en algún lugar próximo a la granja de Ottersen. Tardaría media hora más o menos, ¿no?

Skarre murmuró a regañadientes:

—Algo así.

—Esas bolsas son negras, a alguien que pasara en coche le parecería una bolsa de basura corriente.

—No pasó ningún coche —dijo Skarre con acritud, y ahogó un bostezo—, hemos hablado de ese puto bosque con todo el mundo.

Harry asintió.

—¿Y qué hay de lo que nos contó Rolf Ottersen, lo de que él estuvo en la tienda entre las cinco y las siete?

—Esa coartada no vale una mierda mientras no haya pasado por allí algún cliente —dijo Skarre.

—Podría haberle dado tiempo de ir y volver mientras las gemelas estaban en clase de violín —dijo Katrine.

—Pero no da el tipo —dijo Skarre, retrepándose en la silla y aprobando su propia conclusión con un gesto.

A Harry le entraron ganas de hacer algún comentario general sobre la idea que tenían los agentes de policía de su capacidad de determinar quién es un homicida, pero se encontraban en la fase en la que todo el mundo podía decir lo que pensaba sin demasiadas reservas. La experiencia demostraba que las mejores ideas salían de pensar esto y aquello, de las reflexiones poco ponderadas y de las conclusiones directamente erróneas.

Se abrió la puerta.

—*Howdy!* —canturreó Bjørn Holm—. Lo siento muchísimo, pero estaba siguiéndole la pista al arma homicida.

Se quitó el chaquetón impermeable y lo colgó en el perchero de Harry, que se inclinó peligrosamente. Debajo llevaba una camisa de color lila con bordados amarillos y en la espalda una leyenda que proclamaba que, a pesar del certificado de defunción del invierno de 1953, Hank Williams estaba vivo. Se desplomó en la única silla libre y miró las caras de los demás, que lo observaban expectantes.

—¿Qué pasa? —dijo sonriendo, y Harry esperó el chiste favorito de Holm. Que llegó por fin—. ¿Se ha muerto alguien?

—El arma homicida —dijo Harry—. Venga.

Holm soltó una risa burlona:

—Naturalmente, me preguntaba de dónde habían salido las cauterizaciones del cuello de Sylvia Ottersen. La forense no tenía ni idea. Según ella, le habían cauterizado las arteriolas igual que se hace en los casos de amputación para detener la hemorragia. Antes de serrar la pierna. Y cuando dijo eso de serrar, me vino una cosa a la cabeza. Yo me críe en una granja...

Bjørn Holm se inclinó hacia delante con un brillo de entusiasmo en los ojos, y a Harry le recordó a un padre a punto de abrir la maqueta de tren que le ha comprado a su hijo recién nacido por Navidad.

—Cuando una vaca iba a parir y el ternero ya estaba muerto, podía ocurrir que el cadáver fuera tan grande que la vaca no lograra expulsarlo por sí misma. Y si, además, estaba mal colocado, no podíamos sacarlo sin arriesgarnos a lastimar a la vaca. Entonces tenía que venir el veterinario con la sierra.

Skarre hizo una mueca.

—Es un artilugio con una hoja delgadísima y flexible. Se coloca en el interior de la vaca y alrededor del ternero, como un lazo. Y luego se mueve la hoja de la sierra adelante y atrás, y se atraviesa el cadáver...

Holm lo fue describiendo con las manos.

—Hasta que se corta en dos trozos y puedes sacar medio cuerpo. Y, normalmente, se resuelve el problema. Normalmente. Porque puede ocurrir que al mover la hoja de la sierra también cortes a la madre, y entonces se desangra. Así que hace unos años, los granjeros franceses inventaron una cosa muy práctica para solucionarlo. Un cauterizador de hilo incandescente en forma de lazo. Consta de un solo asidero de plástico con un hilo metálico delgadísimo y muy resistente sujeto a ambos lados del asa, formando un lazo que puedes colocar alrededor de lo que quieras cortar. Lo enciendes, y se calienta. En quince segundos el hilo de metal está incandescente, aprietas un botón que hay en el asa y el lazo empieza a tensarse y atraviesa el cadáver. No hay ningún movimiento de lado a lado y, por lo tanto, menos posibilidades de herir a la madre. Y si ocurriese, a pesar de todo, tiene otras dos ventajas...

—¿Estás intentando vendernos esa herramienta o qué? —preguntó Skarre riéndose, mientras buscaba con la mirada la reacción de Harry.

—Debido a la temperatura, el hilo metálico está totalmente esterilizado —continuó Holm—. No transmite bacterias ni sangre tóxica del cadáver. Y el calor cauteriza las arteriolas y reduce la hemorragia.

—De acuerdo —dijo Harry—. ¿Sabes con seguridad que utilizó ese tipo de herramienta?

—No —dijo Holm—. Lo podría haber comprobado si hubiese conseguido uno, pero el veterinario con quien hablé dijo que el cauterizador de lazo no está homologado por el Departamento de Agricultura noruego.

Miró a Harry con una expresión de disculpa auténtica y profunda.

—Bueno —dijo Harry—. Si no es el arma homicida, por lo menos explicaría cómo pudo cortarle la cabeza estando de pie en ese arroyo. ¿Qué decís vosotros?

—Francia... —dijo Katrine Bratt—, primero la guillotina y ahora esto.

Skarre hizo una mueca y meneó la cabeza.

—Suenan demasiado rebuscado. ¿Dónde iba a encontrar uno de esos chismes? Si no está homologado, quiero decir.

—Podemos empezar por ahí —dijo Harry—. ¿Lo compruebas tú, Skarre?

—He dicho que no me creo lo del chisme ese.

—Siento haberme expresado de esa forma —dijo Harry—. Quería decir: eso lo compruebas tú, Skarre. ¿Algo más, Holm?

—No. Debería haber habido mucha sangre en la escena del crimen, pero la única que encontramos en el granero era de las gallinas muertas. A propósito de las gallinas, la temperatura corporal y la temperatura ambiental indicaban que las sacrificaron sobre las seis y media. No es seguro del todo porque una de las gallinas estaba más caliente que las otras dos.

—A lo mejor tenía fiebre —rio Skarre.

—¿Y el muñeco de nieve? —preguntó Harry.

—En un montón de cristales de nieve que cambian de forma de una hora para otra no se encuentran huellas dactilares, pero deberían encontrarse restos de piel de las manos, ya que los cristales de nieve son incisivos. Posiblemente, fibras de guantes o manoplas, si es que los utilizó. Pero no encontramos nada de eso.

—Guantes de goma —dijo Katrine.

—No había nada de nada —dijo Holm.

—Bueno. Por lo menos tenemos una cabeza. ¿Habéis mirado si en los dientes...?

Holm puso cara de reproche y distrajo a Harry.

—¿... Tenía adheridos restos de algo que pudiera haber mordido? ¿De pelo, quizá? ¿Marcas de dedos en el cuello? ¿Otros rastros en los que no hayan pensado los técnicos?

Harry hizo un gesto de disculpa y miró el reloj.

—Skarre, aunque Rolf Ottersen no dé el tipo, en tu opinión, averigua dónde se encontraba y lo que estaba haciendo cuando desapareció Birte Becker. Yo voy a hablar con Filip Becker. Katrine, tú te coges todos los casos de desaparición, incluidos estos dos, y buscas similitudes.

—De acuerdo —dijo ella.

—Compruébalo todo —dijo Harry—: la hora en que se cometió el homicidio, la fase lunar, qué ponían en la tele, el color de pelo de las víctimas, si habían sacado el mismo libro de la biblioteca, si habían participado en el mismo seminario, las sumas de sus números de teléfono. Tenemos que saber cómo las elige.

—Espera un poco —dijo Skarre—. ¿Ya hemos decidido que existe un vínculo? ¿No deberíamos estar abiertos a todas las posibilidades?

—Puedes estar tan abierto como te salga de los cojones —dijo Harry, se levantó y comprobó que tenía las llaves del coche en el bolsillo—... Mientras hagas lo que te dice tu jefe. El último, que apague la luz.

Harry estaba esperando el ascensor cuando oyó que se acercaba alguien. Los pasos se detuvieron justo detrás de él.

—Esta mañana hablé con una de las gemelas en el colegio durante el recreo.

—¿Y qué? —Harry se dio la vuelta y contempló a Katrine Bratt.

—Le pregunté qué habían hecho antes de ayer.

—¿Antes de ayer?

—El día que Birte desapareció.

—Sí, eso es.

—Ella, su hermana y su madre estuvieron en la ciudad todo el día. Se acordaba porque estuvieron en el Museo Kon-Tiki después de ir al médico. Y pasaron la noche con su tía mientras su madre visitaba a una amiga. El padre se quedó cuidando la casa. Solo.

Estaba tan cerca que Harry podía oler su perfume. Era un olor que nunca había percibido en una mujer. Fuertemente condimentado y completamente desprovisto de dulzura.

—Ya. ¿Con cuál de las gemelas hablaste?

Katrine Bratt le sostuvo la mirada.

—No tengo ni idea. ¿Importa?

Un ding dong avisó a Harry de que el ascensor había llegado.

Jonas estaba dibujando un muñeco de nieve. La idea era que sonriera y cantara, que fuera un muñeco de nieve contento. Pero no le salía. Desde el folio, el monigote le devolvía una mirada inexpresiva. En la clase reinaba un silencio casi total, solo se oía el sonido de la tiza de su padre, que raspaba la pizarra y, de vez en cuando, le daba golpecitos, y el rumor de los bolígrafos de los alumnos sobre



el papel. No le gustaban los bolígrafos. Si utilizabas bolígrafo, no podías borrar, no podías cambiar nada y entonces el dibujo se quedaba así para siempre. Hoy se había despertado pensando que mamá había vuelto, que todo estaba bien, y salió corriendo hacia el dormitorio. Pero allí solo estaba su padre. Se estaba vistiendo y le dijo a Jonas que se vistiera también, que iba a ir con él a la universidad. Cogió un bolígrafo. El aula estaba en pendiente y se inclinaba hacia donde se encontraba su padre, y parecía un teatro. Su padre no dijo una sola palabra a los estudiantes, ni siquiera cuando él y Jonas entraron. Solo los saludó con un gesto y le señaló a Jonas dónde tenía que sentarse, se dirigió a la pizarra y empezó a escribir. Era como si los estudiantes estuvieran acostumbrados a eso, porque empezaron a escribir enseguida. Las pizarras se llenaron de números y letras pequeñas y de extraños garabatos cuyo significado Jonas desconocía. Su padre le había explicado una vez que era un lenguaje propio que se llamaba física, que él utilizaba para crear relatos. Cuando Jonas le preguntó si eran fábulas, el padre se rio y dijo que la física solo se podía utilizar para relatar lo que era verdad, era un lenguaje con el que no se podía fabular por mucho que uno lo intentara.

Algunos de los garabatos eran divertidos. Y bastante bonitos.

La tiza le caía a su padre en los hombros. Una fina capa blanca se posaba como nieve sobre el tejido de la chaqueta. Jonas observaba la espalda de su padre e intentaba dibujarla. Pero tampoco esta vez le salió un muñeco de nieve contento. Y de repente se produjo un silencio total en la sala. Cesó por completo el susurrar de los bolígrafos. Porque el trozo de tiza se había detenido. Estaba inmóvil en la parte superior de la pizarra, tan alto que su padre tuvo que estirar el brazo por encima de la cabeza para llegar hasta allí. Y ahora parecía que el trozo de tiza se hubiera atascado y que el padre estuviera colgado de la pizarra, como el Coyote cuando se queda colgado de una rama pequeña en un precipicio y la distancia hasta abajo es grande, grandísima. Y al padre empezaron a temblarle los hombros, y Jonas pensó que estaba intentando desatascar la tiza, hacer que volviera a correr por la pizarra, pero que se resistía. Un rumor recorrió el aula, como si todos abriesen la boca a la vez tomando aire. Finalmente, el padre logró soltar la tiza, fue hacia la puerta sin darse la vuelta y salió. « Va a buscar una tiza nueva », pensó Jonas. El zumbido de las voces de los estudiantes subía poco a poco. Pudo entender dos palabras. « Esposa » y « desaparecida ». Miró la pizarra casi llena de signos. El padre había intentado escribir que ella estaba muerta, pero la tiza solo podía escribir lo que era verdad, y se había quedado pegada. Jonas pasó la goma de borrar por el muñeco de nieve. A su alrededor, todos empezaban ya a recoger sus cosas y los asientos plegables resonaban con un golpe cuando se levantaban antes de marcharse.

Una sombra cubrió el malogrado muñeco de nieve en la hoja de papel y Jonas levantó la vista.

Era el policía, el de la cara fea y los ojos de buena persona.

—¿Te vienes conmigo a ver si encontramos a tu padre? —le preguntó.

Harry golpeó discretamente la puerta del despacho en cuya placa se leía « Prof. Filip Becker» .

Como nadie respondía, abrió.

El hombre de detrás del escritorio levantó la cabeza, que tenía apoyada en las manos.

—¿He dicho « adelante» ?

Se calló cuando vio a Harry. Y bajó la mirada hacia el chico que estaba a su lado.

—¡Jonas! —dijo Filip Becker con una mezcla de desconcierto y amonestación. Tenía los ojos enrojecidos—. ¿No te he dicho que no te movieras de allí?

—Lo he traído yo —dijo Harry.

—Ah —Becker miró el reloj y se levantó.

—Tus alumnos se han ido —dijo Harry.

—¿Ah, sí? —Becker volvió a desplomarse en la silla otra vez—. Yo... y o solo pretendía darles un descanso.

—Yo también he pasado por eso —dijo Harry.

—¿Ah, sí? ¿Por qué...?

—Todos necesitamos un descanso alguna vez. ¿Podemos hablar?

—No quiero que vaya al colegio —explicó Becker después de haber mandado a Jonas a la sala de profesores y decirle que esperase allí—. Todas esas preguntas, tantas especulaciones... Sencillamente, no quiero. Seguro que lo entiendes.

—Bueno. —Harry sacó un paquete de tabaco, miró inquisitivamente a Becker y volvió a guardarlo cuando el profesor negó firmemente con la cabeza—. Desde luego, es más fácil de entender que lo que había en la pizarra.

—Era física cuántica.

—Suena tenebroso.

—El mundo de los átomos es tenebroso.

—¿En qué sentido?

—Infringen nuestras leyes físicas más básicas. Como esa de que una cosa no puede estar en dos sitios a la vez. Niels Bohr dijo una vez que si la física cuántica no te asusta, es que no la has entendido.

—¿Y tú la entiendes?

—No, ¿estás loco? Es un completo caos. Pero prefiero ese caos a este caos.

—¿A cuál?

Becker suspiró.

—Esta generación de adultos se ha convertido en los sirvientes y secretarias

de sus hijos. Birte también, desgraciadamente. Hay tantas citas y cumpleaños y comidas favoritas y entrenamientos de fútbol que me vuelvo loco. Hoy han llamado de una consulta médica de Bygdøy porque Jonas no había ido a la cita. Y esta tarde tiene entrenamiento de fútbol, y yo no tengo ni idea de dónde es. Y su generación no ha oído hablar nunca de que se puede coger un autobús.

—¿Qué le pasa a Jonas? —Harry sacó el bloc de notas en el que nunca anotaba nada pero que, según su experiencia, despertaba la memoria y la conciencia de la gente.

—Nada. Un reconocimiento médico normal, supongo. —Becker agitó la mano irritado—. Sospecho que tu visita se debe a otra cosa, ¿no?

—Sí —dijo Harry—. Quiero saber dónde estuviste ayer por la tarde y por la noche.

—¿Cómo?

—Es una pregunta rutinaria, Becker.

—¿Tiene algo que ver con... con...? —Becker señaló con la cabeza en dirección al periódico *Dagbladet*, que estaba encima de uno de los montones de papeles.

—No lo sabemos —dijo Harry—. Pero contesta, por favor.

—Pero bueno, ¿estáis locos, o qué?

Harry miró el reloj sin decir nada.

Becker suspiró profundamente.

—De acuerdo, claro que quiero cooperar. Anoche estuve aquí, trabajando en un artículo sobre la longitud de onda del hidrógeno que espero que me publiquen.

—¿Hay algún colega que pueda confirmar que estuviste aquí?

—La razón de que las aportaciones de los académicos noruegos al mundo de la investigación sean tan marginales es que padecen un engreimiento que solo su pereza puede ensombrear. Estuve completamente solo, como de costumbre.

—¿Y Jonas?

—Se preparó algo de comer y estuvo viendo la tele hasta que yo llegué.

—¿Y a qué hora fue eso?

—Creo que fue poco después de las nueve.

—Ya. —Harry fingió anotar—. ¿Has repasado las cosas de Birte?

—Sí.

—¿Has encontrado algo?

Filip Becker se pasó un dedo por la comisura de los labios y negó con la cabeza. Harry le sostuvo la mirada. Utilizó el silencio como palanca, pero Becker no pensaba decir más.

—Gracias por tu ayuda —dijo Harry, metió el bloc de notas en el bolsillo de la chaqueta y se levantó—. Le diré a Jonas que puede venir.

—Dame un poco de tiempo, por favor.

Harry encontró a Jonas dibujando en la sala de profesores, con la punta de la

lengua asomando por la comisura de los labios. Se puso al lado del chico y contempló la hoja de papel en la que de momento solo había dos círculos irregulares.

—Un muñeco de nieve.

—Sí —dijo Jonas mirándolo—. ¿Cómo lo sabes?

—¿Por qué iba a llevarte mamá al médico, Jonas?

—No lo sé. —Jonas dibujó la cabeza del muñeco de nieve.

—¿Cómo se llama el médico?

—No lo sé.

—¿Dónde tiene la consulta?

—No podía decirselo a nadie. Ni siquiera a papá. —Jonas se inclinó sobre la hoja de papel y empezó a dibujar pelo en la cabeza del muñeco. Pelo largo.

—Yo soy policía, Jonas. Y estoy tratando de encontrar a tu madre.

El lápiz raspaba la superficie del papel cada vez con más fuerza, y el pelo se volvía cada vez más negro.

—No sé cómo se llama ese sitio.

—¿Te acuerdas de algo que estuviera cerca?

—Las vacas del rey.

—¿Las vacas del rey?

Jonas asintió.

—La de recepción se llama Borghild. Me dio una piruleta porque le dejé que me sacara sangre con una jeringuilla de esas.

—¿Estás dibujando a alguien en particular? —preguntó Harry.

—No —dijo Jonas, y se concentró en las pestañas.

Filip Becker estaba junto a la ventana y vio cómo Harry Hole cruzaba el aparcamiento. Lo miraba pensativo y se daba golpecitos en la palma de la mano con la pequeña libreta negra. Se preguntaba si el comisario lo habría creído cuando quiso dar la impresión de no saber que había estado presente durante su clase. O cuando le dijo que había estado trabajando en un artículo la noche anterior. O que no había encontrado nada entre las cosas de Birte. La libreta negra estaba en el cajón de su escritorio, ni siquiera se había esforzado por esconderla. Y lo que decía allí...

Casi tuvo que reírse. Qué mujer más ingenua, mira que creer que podría engañarlo.

## Día 4

## Máscara de la muerte

Katrine Bratt estaba inclinada sobre el ordenador cuando Harry asomó la cabeza.

—¿Has encontrado alguna similitud?

—No muchas —dijo Katrine—. Todas las mujeres tenían los ojos azules, aparte de eso, son completamente distintas en lo que al aspecto se refiere. Todas tenían marido e hijos.

—Tengo un sitio por el que podemos empezar —dijo Harry—. Birte Becker ha llevado a Jonas al médico en un lugar cerca de Las vacas del rey. Tiene que ser la residencia real de Bygdøy. Y tú dijiste que las gemelas fueron al Museo Kon-Tiki después de una visita al médico. También en Bygdøy. Filip Becker no sabía nada del médico, pero puede que Rolf Ottersen sepa algo.

—Lo llamaré.

—Y luego vienes a verme.

Ya en el despacho, Harry cogió las esposas, se puso uno de los grilletos y empezó a golpear la pata de la mesa con el otro mientras oía el contestador automático. Rakel decía que Oleg llevaría a un amigo a patinar a las pistas de Valle Hovin. Era un mensaje innecesario y él sabía que era, además, un recordatorio disimulado, por si Harry se hubiese olvidado del asunto. Hasta la fecha, Harry nunca había olvidado una cita con Oleg, pero aceptaba esos pequeños mensajes que otros tal vez hubiesen considerado declaraciones de desconfianza. Incluso le gustaban. Porque decían qué clase de madre era ella. Y porque camuflaba el recordatorio para no ofenderlo.

Katrine entró sin llamar.

—Es rarillo —dijo señalando la pata de la mesa con la cabeza—. Pero me gusta.

—*Speedcuffitig*, esposar con rapidez, con una mano —sonrió Harry—. Una tontería que aprendí en Estados Unidos.

—Deberías probar las nuevas esposas *speedcuff* de Hiatts. No tienes que pensar si golpeas desde la derecha o desde la izquierda, las esposas se ajustarán a la muñeca de todas formas si aciertas. Y además, deberías entrenarte con dos pares de esposas, uno en cada muñeca, así tienes dos intentos para acertar.

—Ya. —Harry abrió las esposas—. ¿Qué se te ofrece?

—Rolf Ottersen no sabía nada ni de citas ni de médicos en Bygdøy. Al contrario, su médico de cabecera está en Bærum. Puedo preguntarles a las gemelas si alguna de ellas recuerda al médico, o podemos llamar a las consultas de Bygdøy y comprobarlo nosotros mismos. Solo hay cuatro. Toma.

Dejó un papelito amarillo en su escritorio.

—No les está permitido divulgar los nombres de los pacientes —dijo él.

—Hablaré con las gemelas cuando salgan del colegio.

—Espera —dijo Harry, cogió el auricular y marcó el primer número.

Una voz nasal contestó con el nombre de la consulta.

—¿Borghild? —preguntó Harry.

No había ninguna Borghild.

En el segundo número un contestador con una voz igual de nasal lo informó de que la consulta solo tenía dos horas de atención telefónica, y que ya era tarde.

En el cuarto, una voz cantarina y risueña contestó por fin lo que esperaba:

—Sí. Soy yo.

—Hola Borghild, soy el comisario Harry Hole, adscrito al distrito policial de Oslo.

—¿Fecha de nacimiento?

—Por primavera, pero yo llamaba por un caso de homicidio. Supongo que has leído el periódico de hoy. Lo que quiero saber es si has visto a Sylvia Ottersen durante esta última semana.

Hubo un silencio al otro lado del auricular.

—Un momento —respondió la mujer.

Harry oyó cómo se levantaba y esperó. Volvió.

—Lo siento, señor Hole. El secreto profesional prohíbe facilitar información relativa a los pacientes. Y creo que eso ya lo sabe la policía.

—Lo sabemos. Pero si no me equivoco, las pacientes son sus hijas, no Sylvia.

—Da lo mismo. Está pidiendo información que indirectamente puede revelar quién es paciente nuestro.

—Te recuerdo que se trata de un caso de homicidio.

—Y yo le recuerdo que puede volver con una orden judicial. Probablemente seamos más restrictivos que la media en cuanto a la información sobre los pacientes, pero se debe a la naturaleza del asunto.

—¿Naturaleza?

—Nuestras especialidades.

—¿Que son?

—Cirugía plástica e intervenciones especiales. Consulte nuestra página web: «kirklmkn».

—Gracias, pero creo que de momento tengo suficiente información.

—Si usted lo cree...

La mujer colgó.

—¿Qué? —preguntó Katrine.

—Jonas y las gemelas han ido a ver al mismo médico —dijo Harry echándose hacia atrás en la silla—. Y eso significa que vamos por buen camino.

Harry notó el subidón, el temblor que experimentaba siempre que sentía el

olor de la bestia. Y después del subidón, venía La Gran Obsesión. Que era todo a la vez: enamoramiento y droga, ceguera y clarividencia, razón y locura. Sus colegas hablaban de vez en cuando de la excitación, pero esto era otra cosa, algo más. Nunca había hablado con nadie de la Obsesión ni había hecho ningún intento de analizarla. No se había atrevido. Lo único que sabía era que le ayudaba, lo impulsaba. Era el combustible que necesitaba para el trabajo que le habían encomendado. No le interesaba saber nada más. De verdad que no.

—¿Y ahora qué? —dijo Katrine.

Harry abrió los ojos y saltó de la silla.

—Ahora nos vamos de compras.

La tienda Taste of Africa estaba cerca de la calle comercial más concurrida de Majorstua, en la calle Bogstadveien. Por desgracia, al estar situada a unos catorce metros de la entrada de una bocacalle tenía, a pesar de todo, una situación periférica.

Cuando Harry y Katrine entraron sonó una campanita. A la luz tenue, o mejor, casi inexistente, vieron mantas de colores vivos toscamente tejidas, trozos de tela que parecían pareos, almohadones grandes con estampados del África occidental, mesitas de salón que parecían taladas directamente de la selva tropical, figuras de madera altas y esbeltas que representaban masáis, y una selección de los animales más conocidos de la sabana. Todo parecía meticulosamente planeado y ejecutado; no había ninguna etiqueta con el precio visible, los colores estaban bien combinados y los objetos colocados por parejas, como en el Arca de Noé. En pocas palabras, parecía más una exposición que una tienda. Una exposición ligeramente polvorienta. El silencio casi anormal que se adueñó del lugar cuando se cerró la puerta y enmudeció la campanilla acentuó aquella impresión.

—¿Hola? —gritó una voz desde el interior de la tienda.

Harry siguió el sonido. En la oscuridad del fondo del local, detrás de una jirafa enorme de madera e iluminada por un solo foco, vio la espalda de una mujer subida a una silla. Estaba colgando en la pared una máscara negra y llorosa.

—¿Sí, qué era? —dijo sin volverse.

Como si pensara que podía ser cualquier cosa menos clientes.

—Somos de la policía.

—Ah, sí. —La mujer se dio media vuelta, el foco le iluminó la cara y Harry sintió que se le paraba el corazón, y automáticamente dio un paso atrás. Era Sylvia Ottersen.

—¿Pasa algo? —preguntó ella, y se le formó una arruga entre los cristales de las gafas.

—¿Quién... eres tú?

—Ane Pedersen —dijo, y en ese momento comprendió el motivo de la expresión perpleja de Harry—. Soy la hermana de Sylvia. Somos gemelas.

Harry empezó a toser.

—Este es el comisario Harry Hole —oyó decir a Katrine a su espalda—. Y yo soy Katrine Bratt. Esperábamos encontrar aquí a Rolf.

—Está en la funeraria. —Ane Pedersen se calló, y todos supieron lo que pensaban los demás: «¿Cómo se entierra una cabeza?».

—Y tú has venido a echar una mano, ¿verdad? —sugirió Katrine.

Ane Pedersen sonrió tímidamente.

—Sí.

Bajó de la silla con cuidado, todavía con la máscara de madera en la mano.

—¿Es una máscara de celebración o una máscara de espíritus? —preguntó Katrine.

—De celebración —contestó—. Hutu. Congo Oriental.

Harry miró el reloj.

—¿A qué hora vuelve?

—No lo sé.

—¿No tienes idea?

—Ya te digo, no sé...

—Es una máscara muy bonita —la interrumpió Katrine—. La has comprado en el Congo tú misma, ¿verdad?

Ane la miró sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

—He visto que la sujetas procurando no tapar los ojos ni la boca. Respetas a los espíritus.

—¿Te interesan las máscaras?

—Un poco —dijo Katrine y señaló una máscara negra con unos brazos minúsculos a los lados y unas piernas que colgaban. El rostro era mitad humano, mitad animal—. Eso tiene que ser una máscara Kpelie.

—Sí. De Costa de Marfil. Senufo.

—¿Una máscara de juez? —Katrine pasó la mano por las cerdas de animal, grasientas y tiesas, que sobresalían de la corteza de coco, en la parte superior de la máscara.

—Vaya, sabes mucho —sonrió Ane.

—¿Qué es una máscara de juez? —preguntó Harry.

—Exactamente lo que parece —dijo Ane—. En África, esta clase de máscaras no son solo símbolos vacíos. A una persona que lleva una máscara de estas en la sociedad Lo, se le concede automáticamente todo el poder ejecutivo y judicial. Nadie cuestiona la autoridad del portador, la máscara otorga poder por sí misma.



—He visto que, junto a la puerta, hay colgadas dos máscaras de la muerte —dijo Katrine—. Realmente impresionantes.

Ane sonrió como respuesta.

—Tengo más. Son de Lesoto.

—¿Puedo verlas?

—Por supuesto. Espera un momento.

Se fue y Harry miró a Katrine.

—Es que creo que puede valer la pena hablar un poco con ella —dijo Katrine, en respuesta a la pregunta que veía en la cara de Harry—. A ver si hay algunos secretos de familia, ¿comprendes?

—Comprendo. Y eso lo haces mejor sola.

—¿No tenías que hacer ningún recado?

—Estaré en la oficina. Si aparece Rolf Ottersen, acuérdate de conseguir una declaración que anule el secreto médico profesional.

Antes de salir, Harry echó un vistazo a los rostros humanos reducidos y como de cuero que había junto a la puerta y cuya expresión era la de un grito. Supuso que serían imitaciones.

Eli Kvale llevaba un carrito por los pasillos del supermercado ICA cercano al Ullevaal Stadion. Era un establecimiento grande. Un poco más caro que otros, pero con una selección de artículos mucho mejor. Y esa noche, su hijo mayor, Trygve, volvía de Estados Unidos. Estudiaba el tercer año de Economía en Montana, pero ese otoño no tenía ningún examen y se iba a quedar estudiando en casa hasta enero. Andreas iría directamente desde la oficina parroquial a recogerlo en el aeropuerto de Gardermoen. Y ella sabía que cuando llegaran a casa ya estarían enfrascados hablando de la pesca con mosca y de excursiones de piragüismo.

Se inclinó sobre el mostrador de los congelados y notó el frío que subía al mismo tiempo que una sombra pasaba de largo a su lado. Y sin mirar, supo que era la misma persona. La misma sombra que se deslizó junto a ella cuando estaba en el mostrador de productos frescos y en el aparcamiento, cuando cerró el coche con llave. No significaba nada. Solo era algo antiguo que emergía a la superficie. Se había hecho a la idea de que el miedo nunca desaparecería del todo, a pesar de que ya hacía de aquello varias décadas. Una vez en la caja, escogió la cola más larga, que según su experiencia era la que casi siempre iba más rápida. Al menos, eso creía ella. Andreas opinaba que estaba equivocada. Alguien se puso detrás en la cola. Así que había más gente que se equivocaba, pensó. No se volvió a mirar, solo pensó que aquella persona debía de llevar muchos productos congelados, porque podía notar el frío en la espalda.

Pero cuando por fin se dio la vuelta, no vio a nadie detrás. Pensó en buscar

con la mirada en las otras colas. « No empieces —se dijo—. No empieces otra vez» .

Cuando salió a la calle, se obligó a sí misma a caminar despacio hacia el coche sin mirar a su alrededor, solo abrir con la llave, meter la compra, sentarse y arrancar. Y cuando el Toyota subía las largas cuestas hacia la casa adosada en el barrio de Nordberg donde vivía, solo pensaba en Trygve y en la comida, que estaría lista cuando él entrara por la puerta.

Harry oía a Espen Lepsvik por el teléfono mientras miraba las fotos de sus colegas muertos. Lepsvik ya tenía organizado el grupo y le pidió a Harry acceso a toda la información relevante.

—Nuestro jefe del departamento de informática te dará una contraseña —dijo Harry—. Entonces entras en la carpeta « Muñeco de Nieve» en el área común del grupo de Delitos Violentos.

—¿Muñeco de Nieve?

—De alguna manera hay que llamarlo.

—Vale. Gracias Hole. ¿Cada cuánto quieres que te entregue un informe?

—Solo cuando tengas algo. Y, Lepsvik...

—¿Sí?

—Procura pisar solo alrededor y por fuera del arriate.

—Y, exactamente, ¿qué es el arriate?

—Concéntrate en comprobar la información del público, los testigos y la relativa a personas con antecedentes a las que se pueda considerar posibles asesinos en serie. Ahí es donde está la parte más importante del trabajo.

Harry sabía lo que pensaba el experimentado investigador de la Judicial Central: trabajo coñazo.

Lepsvik carraspeó.

—¿Así que estamos de acuerdo en que hay una conexión entre las desapariciones?

—No tenemos por qué estar de acuerdo. Haz lo que creas que debes hacer.

—Bueno.

Harry colgó y miró la pantalla del ordenador. Había entrado en la página que Borghild le había recomendado y vio fotos de chicas guapas y hombres guapos, como modelos, con la cara y el cuerpo puntuados de rayas que insinuaban que aquel aspecto perfecto podría ser objeto de algunos ajustes, si lo deseaban. Idar Vetlesen en persona le sonreía desde una foto, y se lo podía confundir fácilmente con sus propios modelos.

Debajo de la foto de Idar Vetlesen había una lista de diplomas y cursillos de largos nombres en francés e inglés que, por lo que Harry sabía, podían completarse en dos meses, pero que otorgaban el derecho a añadir nuevas

abreviaturas latinas al título de doctor. Buscó el nombre de Idar Vetlesen en Google, aparecieron listas de resultados de algo que comprendió que eran campeonatos de *curling*, además de una página antigua relacionada con uno de sus anteriores puestos de trabajo, la Clínica Marienlyst. Y cuando vio el nombre que había junto al de Idar Vetlesen, pensó que probablemente era verdad: que Noruega es un país tan pequeño que todo el mundo conoce a alguien que conoce a un conocido.

Katrine Bratt entró y se desplomó en la silla delante de Harry con un profundo suspiro. Cruzó las piernas.

—¿Crees que es verdad que las personas guapas se preocupan más por la belleza que las feas? —preguntó Harry—. ¿Y que por eso las guapas se retocan?

—No lo sé —dijo Katrine—. Pero supongo que tiene cierta lógica. Las personas con un coeficiente intelectual alto se interesan tanto por el coeficiente intelectual que fundan sus propias asociaciones, ¿no? Supongo que uno centra su interés en lo que tiene. Apuesto a que tú estás bastante orgulloso de tu talento para investigar.

—¿Te refieres al gen del cazador de ratas? ¿A esa capacidad innata de conseguir que encierran a personas con enfermedades mentales, problemas con las drogas, un intelecto muy por debajo de la media y una infancia mucho más horrible que la media?

—¿Así que solo somos cazadores de ratas?

—Eso es. Y por eso nos ponemos tan contentos las poquísimas veces que tenemos un caso como este encima de la mesa. La posibilidad de atrapar un ejemplar de caza mayor, de disparar a un león, un elefante, un puto dinosaurio.

Katrine no se rio, al contrario, asintió muy seria.

—¿Qué se contaba la gemela de Sylvia?

—He corrido el riesgo de convertirme en amiga suya. —Katrine suspiró y juntó las manos sobre la rodilla, que protegían unas medias.

—Cuéntame.

—Bueno —empezó, y Harry reparó en cómo sonaba su «bueno» característico en boca de ella—. Ane me contó que, cuando empezaron a salir, tanto Sylvia como Rolf opinaban que el afortunado era Rolf. Mientras que todos los demás de su entorno opinaban lo contrario. Rolf acababa de terminar la carrera de ingeniero en la Escuela Superior Técnica de Bergen y se había mudado a Oslo, a trabajar en Kværner. Sylvia era, por lo visto, el tipo de persona que se despierta cada mañana con una idea nueva de lo que quiere hacer. Tenía media docena de cursos universitarios de dos semestres y nunca conservó el mismo puesto de trabajo más de medio año. Era intransigente, vehemente y malcriada, socialista confesa, y le atraían las teorías que declaraban la aniquilación del ego. Manipulaba a las pocas amigas que tenía, y los hombres con los que se enrollaba la dejaban rápidamente porque no la soportaban. La

hermana opina que Rolf se enamoró tan profundamente porque Sylvia era su opuesto, ya que él había seguido los pasos de su padre, se hizo ingeniero y venía de una familia que creía en la mano invisible y benigna del capitalismo y la felicidad burguesa. Sylvia opinaba que nosotros, miembros de la civilización occidental, somos materialistas y estamos corrompidos como seres humanos, que hemos olvidado nuestra verdadera identidad y fuente de bienestar. Y que no sé qué rey etíope era la encarnación del Mesías.

—Haile Selassie —dijo Harry—. La creencia rastafari.

—Cuánto sabes.

—Por los discos de Bob Marley. Bueno, quizá eso explique la conexión con África.

—Es posible. —Katrine cambió de postura en la silla, cruzó la pierna izquierda sobre la derecha y Harry desvió la mirada a otro lado—. Como quiera que fuese, Rolf y Sylvia se tomaron un año sabático y viajaron por el África occidental. Fue un viaje iniciático para los dos. Rolf se dio cuenta de que su vocación era ayudar a África a levantarse de nuevo. Sylvia, que llevaba un tatuaje enorme de una bandera de Etiopía en la espalda, descubrió que todas las personas se preocupan en primer lugar por sí mismas, también en África. Así que abrieron Taste of Africa. Rolf, para ayudar a un continente pobre. Sylvia, porque la combinación de la importación barata y la subvención estatal era un dinero fácil. Igual que cuando la pillaron en la aduana de Fornebu con una mochila llena de marihuana al llegar de Lagos.

—Vaya.

—Le impusieron una condena condicional breve porque consiguió que pareciera probable que no sabía lo que contenía la mochila, que le estaba haciendo un favor a una familia nigeriana que le había pedido que se la llevara a un compatriota que vivía en Noruega.

—Ya. ¿Qué más?

—A Ane le cae bien Rolf. Es buena persona, considerado y quiere muchísimo a las niñas. Pero, por lo visto, está totalmente ciego cuando se trata de Sylvia. Ella se enamoró de otro hombre en dos ocasiones y dejó a Rolf y a las niñas. Pero esos hombres la dejaron a ella, y Rolf le permitió de buena gana que volviera las dos veces.

—¿Cómo crees que fue capaz de retenerlo?

Katrine Bratt esbozó una sonrisa casi triste y miró al infinito mientras se pasaba la mano por el dobladillo de la falda.

—Lo de siempre, supongo. Nadie es capaz de dejar a una persona con la que le va bien en la cama. Pueden intentarlo, pero siempre vuelven. En ese terreno somos muy simples, ¿no?

Harry asintió despacio.

—¿Y qué pasa con los hombres que la dejaron y no volvieron?

—Los hombres son diferentes. Con el tiempo, a algunos les entra miedo de no poder cumplir.

Harry la miró. Y decidió no seguir con el tema.

—¿Viste a Rolf Ottersen?

—Sí, llegó diez minutos después de que te fueras —dijo Katrine—. Y tenía mejor aspecto que la última vez. Nunca había oído hablar de la clínica de Bygdøy, pero firmó la declaración para dispensar al médico del secreto profesional. —Dejó una hoja doblada en el escritorio de Harry.

Un viento gélido soplabla por las primeras gradas de Valle Hovin, desde donde Harry observaba a los patinadores que se deslizaban por la pista. Oleg había adquirido una técnica más suave y eficaz el último año. Cada vez que su amigo aumentaba la velocidad e intentaba rebasarlo, Oleg doblaba más las rodillas, aplicaba un poco más de fuerza en el impulso y se alejaba tranquilamente otra vez.

Harry llamó a Espen Lepsvik y los dos se pusieron al día. Harry se enteró de que, la noche en que Birte desapareció, vieron un sedán oscuro entrando muy tarde en la calle Hoffsveien. Y que el vehículo volvió por el mismo camino un poco más tarde.

—Un sedán oscuro —Harry se estremeció—. Bien entrada la noche.

—Ya sé que no es gran cosa —suspiró Lepsvik.

Harry se estaba metiendo el teléfono en el bolsillo de la chaqueta cuando se dio cuenta de que algo le hacía sombra a uno de los reflectores.

—Siento llegar tarde.

Levantó la vista y vio la cara sonriente y jovial de Mathias Lund-Helgesen. El emisario de Rakel se sentó.

—¿Te gustan los deportes de invierno, Harry?

Harry pensó que Mathias tenía esa mirada directa que te veía de verdad y una expresión facial tan intensa que daba la sensación de estar escuchando incluso cuando era él el que hablaba.

—No especialmente. Un poco el patinaje. ¿Y a ti?

Mathias negó con la cabeza.

—Pero he decidido que el día que haya dado fin a la obra de mi vida y esté tan enfermo que no quiera vivir más, cogeré el ascensor hasta lo más alto de la torre, hasta aquel salto de allí.

Señaló con el pulgar por encima del hombro. Harry no tuvo que volverse. El Salto de Holmenkollen, el monumento más apreciado de Oslo y el trampolín más peligroso, que podía verse desde cualquier lugar de la ciudad.

—Y voy a saltar. No con los esquís, sino desde la torre.

—Dramático —dijo Harry.

Mathias sonrió.

—Cuarenta metros de caída libre. Todo habrá terminado en unos segundos.

—Nada que vaya a ocurrir próximamente, espero.

—Con el nivel de anti-SCL-70 que tengo en la sangre, nunca se sabe —rio Mathias con un punto de amargura.

—¿Anti-SCL-70?

—Bueno, los anticuerpos son beneficiosos, pero uno siempre debe desconfiar cuando aparecen. Por alguna razón están ahí.

—Ya. Creía que el suicidio era un pensamiento herético para un médico.

—Nadie sabe mejor que un médico lo que puede traer consigo una enfermedad. Yo me baso en el estoico Zenón, que opinaba que el suicidio es un acto respetable cuando la enfermedad hace la muerte más atractiva que la vida. Cuando tenía noventa y ocho años se le dislocó el dedo gordo del pie. Eso lo perturbó tanto que se fue a su casa y se ahorcó.

—Ya, ¿y por qué no ahorcarse en vez de tomarse la molestia de subir al Salto de Holmenkollen?

—Bueno, supuestamente, la muerte tiene que ser un homenaje a la vida. Además, tengo que admitir que me gusta la idea de la publicidad que eso conllevaría. Me temo que mi estudio necesita un poco de atención. —El sonido de los patines al deslizarse rápidamente cortó la risa jovial de Mathias—. Siento haberle comprado unos patines de carrera nuevos a Oleg. Rakel me contó después que tú habías pensado regalarle unos para su cumpleaños.

—No pasa nada.

—Él habría preferido que se los regalaras tú, ¿sabes?

Harry no contestó.

—Te envidio Harry. Tú puedes leer el periódico, llamar por el móvil, hablar con otras personas, para él es suficiente el simple hecho de que estés aquí. En cambio yo, que lo vitoreo, le doy consejos y que hago todo lo que debe hacer un padre bueno y responsable según el manual, solo consigo irritarlo. ¿Sabías que afila esos patines todos los días porque sabe que es lo que hacías tú? Y hasta que Rakel le ordenó que los guardara dentro, él insistía en que tenían que estar fuera, en el porche, porque tú le dijiste una vez que el acero de los patines siempre hay que mantenerlo frío. Eres su modelo, Harry.

Aquella idea le provocó escalofríos. Pero en lo más hondo de su ser, o bueno, no tan hondo, se alegró de oírlo. Porque era un mezquino y un celoso que le había echado una pequeña maldición al intento de Mathias de ganarse a Oleg.

Mathias se toqueteaba un botón del abrigo.

—Es extraño lo de los niños en estos tiempos de divorcios, lo conscientes que son de quiénes son sus padres. Y cómo un padre nuevo nunca puede reemplazar al verdadero.

—El verdadero padre de Oleg vive en Rusia —dijo Harry.

—Sí, sobre el papel —replicó Mathias con una sonrisa amarga—. Pero en la realidad no es así, Harry.

Oleg pasó por delante y los saludó con la mano. Mathias le devolvió el saludo.

—Has trabajado con un médico que se llama Idar Vetlesen —dijo Harry.

Mathias lo miró sorprendido.

—Idar, sí. En la Clínica Marienlyst. Vaya, ¿lo conoces?

—No, lo busqué en Google y salió una página antigua con nombres de médicos que trabajaban en la clínica. Y el tuyo estaba entre ellos.

—Hace ya algunos años, pero nos lo pasábamos bien en la Clínica Marienlyst. Empezó a funcionar en un momento en que todo el mundo creía que lo único que podían hacer las empresas sanitarias era ganar mucho dinero. Y cerraron cuando se dieron cuenta de que no era así.

—¿Quebrasteis?

—«Cese de actividad», creo que fueron las palabras que se utilizaron. ¿Eres paciente de Idar?

—No, su nombre salió en relación con un caso. ¿Puedes decirme qué clase de persona es?

—¿Idar Vetlesen? —Mathias rio—. Sí, puedo decir bastante. Estudiamos juntos y fuimos de la misma pandilla durante muchos años.

—¿Significa eso que ya no mantenéis el contacto?

Mathias se encogió de hombros.

—Supongo que éramos bastante diferentes, Idar y yo. La mayoría del grupo consideraba que ser médico era como... bueno, como una vocación. Menos Idar. Él decía sin tapujos que estudiaba medicina porque era la profesión mejor considerada. Por lo menos admiro su sinceridad.

—¿Así que a Idar Vetlesen le importa que lo respeten?

—También era una cuestión de dinero, por supuesto. Nadie se sorprendió cuando Idar empezó a dedicarse a la cirugía plástica. Ni que terminase con una clínica para clientes elegidos entre los ricos y famosos. Siempre le atrajo esa clase de personas. Quería ser como ellos, moverse en su ambiente. El problema es que Idar siempre se esfuerza un poco de más. Me imagino a esos famosos, cuando estén cara a cara con él le sonreirán, pero por detrás lo tacharán de gilipollas entrometido y pretencioso.

—¿Dirías que es la clase de persona que está dispuesta a lo que sea para conseguir sus metas?

Mathias reflexionó un poco.

—Idar siempre ha buscado un medio de alcanzar la fama. Su problema no es la falta de determinación, sino que nunca ha encontrado su gran proyecto. La última vez que hablé con él parecía frustrado, casi deprimido.

—¿Te parece probable que pueda encontrar un proyecto que le dé fama? ¿Algo fuera de la medicina, por ejemplo?

—No se me había ocurrido, pero podría ser. No se puede decir que sea un médico nato, precisamente.

—¿En qué sentido?

—Del mismo modo que admira a los triunfadores, también desprecia a los débiles y a los enfermos. No es el único médico que piensa así, pero es el único que lo dice. —Mathias se rio—. Los demás del círculo de amistades comenzamos jactándonos de ser unos idealistas, pero en algún punto del trayecto empezamos a interesarnos más por el puesto de jefe de servicio, por pagar el nuevo garaje y por la remuneración de las horas extra. Idar, por lo menos, no ha traicionado ningún ideal, era así desde el principio.

Idar Vetlesen soltó una risotada.

—¿De verdad que Mathias ha dicho eso? ¿Que no he traicionado ningún ideal?

Tenía una cara hermosa, casi femenina, con unas cejas tan finas que se podía sospechar que las llevara depiladas y unos dientes tan blancos y uniformes que parecían postizos. La piel tenía un aspecto suave, como si se la hubiera retocado, y el cabello espeso le ondeaba con vitalidad. En pocas palabras, aparentaba bastante menos de los treinta y siete que tenía.

—No sé a qué se refería con eso —mintió Harry.

Estaban sentados cada uno en un sillón, en la biblioteca de un gran chalé blanco de estilo antiguo y respetable de Bygdøy. La casa de sus padres, le explicó Idar Vetlesen mientras guiaba a Harry a través de dos grandes salones oscuros hasta una habitación con las paredes cubiertas de libros. Mikkel Fønhus, Kjell Aukrust. *El delegado*, de Einar Gerhardsen. Literatura general y popular y biografías de políticos. Una estantería entera de ediciones amarillentas de la versión noruega de *Reader's Digest*, la colección *Det Beste*. Harry no veía un solo título publicado después del año 1970.

—Ah, yo sí sé a qué se refería —rio Idar.

Harry ya se imaginaba lo que había querido decir Mathias cuando contó que ellos dos se lo pasaban muy bien en la Clínica Marienlyst. Probablemente competían a ver quién se reía más.

—Mathias, ese cabrón desgraciado. Quiero decir, afortunado. No, joder, quiero decir ambas cosas. —La risa de Idar Vetlesen retumbaba en la habitación—. Dicen que no creen en Dios, pero los pasmarotes de mis colegas son unos cultivadores de la moral que acumulan horrorizados un repertorio de buenas acciones porque, en el fondo de sus corazones, sienten pavor ante la idea de arder en el infierno.

—¿Y tú no? —preguntó Harry.

Idar enarcó una ceja perfecta y miró a Harry con interés. Llevaba unos zapatos suaves para andar por casa, de color azul claro y con los cordones



suelos, vaqueros y un polo blanco con un jinete en el lado izquierdo del pecho. Harry no se acordaba de cómo se llamaba la marca pero, por alguna razón, la relacionaba con gente aburrida.

—En mi familia somos prácticos por naturaleza, comisario. Mi padre era taxista. Creemos en lo que vemos.

—Ya. Una casa impresionante para un taxista.

—Era propietario de tres licencias. Pero aquí en Bygdøy, un conductor de taxis siempre será un sirviente, un plebeyo.

Harry miró al médico, intentando decidir si había tomado anfetaminas u otra sustancia. Vetlesen estaba retrepado en el sillón con una pose de relajación casi exagerada, como si quisiera ocultar sus nervios o su inquietud. Harry tuvo la misma impresión cuando lo llamó para explicarle que la policía quería hacerle algunas preguntas e Idar Vetlesen lo invitó a su casa con gran efusividad.

—Pero tú no querías ser taxista —dijo Harry—. Tú querías poner guapa a la gente, ¿no?

Vetlesen sonrió.

—Se puede decir que ofrezco mis servicios en el mercado de la vanidad. O que arreglo el aspecto externo de la persona para paliar su dolor interno. Lo que prefieras. A mí me importa una mierda. —Vetlesen se rio como si hubiese contado con que Harry fuera a escandalizarse. Al ver que no fue así, adoptó una expresión más seria—. Me considero un escultor. No tengo ninguna vocación. Me gusta cambiar la apariencia, dar forma a los rostros. Siempre me ha gustado. Soy bueno haciéndolo y la gente me paga por ello. Eso es todo.

—Ya.

—Pero eso no quiere decir que no tenga principios. Y el secreto profesional es uno de ellos.

Harry no contestó.

—He hablado con Borghild —dijo—. Sé lo que buscas, comisario. Y comprendo que esto es un asunto muy serio. Pero no te puedo ayudar. Me lo impide el secreto profesional.

—Ya no. —Harry sacó una hoja de papel doblada del bolsillo interior y la dejó encima de la mesa—. Te exime esta declaración firmada por el padre de las gemelas.

Idar negó con la cabeza.

—Eso no cambia las cosas.

Harry frunció el entrecejo, sorprendido.

—¿Ah, no?

—No puedo decir quién ha estado en mi consulta, ni lo que dijo, pero puedo afirmar, en general, que los que vienen con sus niños a la consulta de un médico están protegidos por el secreto profesional incluso respecto a su cónyuge, si así lo desean.

—¿Por qué iba a querer Sylvia Ottersen ocultarle a su marido que estuvo aquí con las gemelas?

—Nuestras normas pueden parecer rígidas, pero piensa que muchos de nuestros clientes son personas famosas que están expuestas a habladurías y comentarios no deseados. Vete al restaurante Kunsternes Hus un viernes por la noche y echa un vistazo. No te puedes hacer una idea de a cuántos de ellos he retocado un poquito por aquí y por allá en la clínica. Y se desmayarían solo de pensar que se supiera que han estado allí. Nuestro buen nombre se basa en la discreción. Si llegara a trascender que no somos cuidadosos con la información relativa a los pacientes, las consecuencias serían catastróficas para la clínica. Estoy seguro de que lo entiendes.

—Tenemos dos víctimas de homicidio y una sola coincidencia —dijo Harry—. Que ambas han estado en tu clínica.

—Ni quiero ni puedo confirmarlo. Pero vamos a suponer, en plan hipotético, que ese es el caso. —Vetlesen agitó una mano en el aire—. ¿Y qué? Noruega es un país con pocos habitantes y menos médicos. ¿Sabes cuántos apretones de mano nos separan a unos de otros? La casualidad de que el mismo médico haya visto a esas dos personas no es más asombrosa que si se hubiesen encontrado en el mismo tranvía en un momento dado. ¿Alguna vez te has encontrado con amigos en el tranvía?

Harry no podía recordar una sola vez. Sobre todo, porque no cogía el tranvía muy a menudo.

—He recorrido muchos kilómetros para que ahora me digas que no me vas a contar nada —dijo Harry.

—Lo siento. Te propuse que vinieras porque pensé que la alternativa sería presentarme en la comisaría. En estos momentos, la prensa hace guardia allí las veinticuatro horas, para ver quién va y viene. Y no, gracias, conozco a esa gente...

—¿Sabrás que puedo obtener una orden que te releve del secreto profesional?

—Pero a mí eso me da lo mismo —dijo Vetlesen—. Porque en ese caso no se puede culpar a la clínica. Pero hasta entonces... —Se cerró la boca con una cremallera.

Harry se removió en la silla. Sabía que Idar sabía que él lo sabía. Que conseguir que el juzgado lo relevase del secreto profesional, incluso en un caso de homicidio, requería indicios claros de que la información del médico sería decisiva. ¿Y qué tenían ellos? Como dijo el propio Vetlesen, un encuentro fortuito en el tranvía. Harry sentía la necesidad de hacer algo. Tomar una copa. O levantar pesas. Muchas y durante mucho rato. Tomó aire.

—De todas formas, tengo que preguntarte dónde estuviste el tres y el cinco de noviembre por la noche.

—Contaba con eso. —Vetlesen sonrió—. Así que lo he pensado. Estuve con...

anda, mira, aquí está.

Una mujer mayor con el pelo de un rubio grisáceo que le colgaba como una cortina alrededor de la cabeza entró en la habitación con paso breve y una bandeja de plata con dos tazas de café que vibraban peligrosamente. A juzgar por la expresión de la cara, se diría que llevara una cruz sobre los hombros y una corona de espinas en la cabeza. Echó una mirada a su hijo, que se levantó repentinamente y le cogió la bandeja.

—Gracias, mamá.

—Átate los cordones de los zapatos. —Se volvió a medias hacia Harry—. ¿Alguien me va a informar de quién se pasea por mi casa?

—Es el comisario Hole, mamá. Quiere saber dónde estuve anoche y hace tres días.

Harry se levantó y le dio la mano.

—Por supuesto, me acuerdo muy bien —dijo con una expresión de frustración, al tiempo que le ofrecía a Harry una mano huesuda y llena de pecas—. Ayer vimos ese programa de debate donde participaba tu amigo, el del *curling*. Y no me gustó lo que dijo de la Casa Real. ¿Cómo se llama?

—Arve Støp —suspiró Idar.

La anciana se inclinó hacia Harry.

—Dijo que debíamos abolir la monarquía. ¿Cómo puede decir nadie algo tan terrible? ¿Dónde estaríamos hoy de no haber sido por la actuación de la Familia Real durante la guerra?

—Justo donde estamos —dijo Idar—. Rara vez habrá importado mucho en una guerra el jefe del Estado. También dijo que el gran apoyo del que goza la monarquía es la prueba definitiva de que la mayoría de la gente cree en los gnomos y los elfos.

—¿No es horrible?

—Pero es verdad, mamá —dijo Idar sonriendo y poniéndole la mano en el hombro y, en ese preciso momento, pareció percatarse del reloj, un Breitling que resultaba grande y tosco en aquella muñeca tan delgada—. ¡Vaya! Me tengo que ir, Hole. Habrá que darse prisa con ese café.

Harry negó con un gesto y le sonrió a la señora Vetlesen.

—Seguro que está muy bueno, pero lo dejamos para otra ocasión.

Ella murmuró algo inaudible, cogió la bandeja con un suspiro y se fue.

Ya en el pasillo, Harry se volvió hacia Idar.

—¿Qué querías decir con «afortunado»?

—¿Perdón?

—Dijiste que Mathias Lund-Helgesen no solo era un cabrón desgraciado, sino también afortunado, ¿por qué?

—¡Ah, eso! Solo mira la tía con la que está. Normalmente, Mathias es bastante corto para esas cosas, pero parece que ella ha estado con un par de tíos

complicados. Supongo que necesitaba un pasmarote como él. Bueno, no le digas a Mathias que te he dicho eso. O mejor, díselo si quieres.

—Por cierto, ¿sabes lo que es el anti-SCL-70?

—Es un anticuerpo de la sangre. Puede deberse a una esclerodermia. ¿Conoces a alguien que lo padezca?

—Ni siquiera sé lo que es la esclerodermia. —Harry sabía que debía dejarlo pasar. Quería dejarlo pasar. Pero no fue capaz—. ¿Así que Mathias dice que ella ha estado con hombres problemáticos?

—Es mi interpretación. «San Mathias» no utiliza palabras como «problemático» cuando habla de las personas. Según él, las personas solo tienen potencial de mejora. —La risa de Idar Vetlesen rebotó y resonó como un eco en el interior de los salones oscuros.

En la escalinata de la entrada, después de haberle dado las gracias y de haberse puesto las botas, se volvió y, cuando se cerraba la puerta, vio a Idar agachado, atándose los cordones de los zapatos. Durante el camino de vuelta, Harry llamó a Skarre y le pidió que imprimiese la foto de Vetlesen de la página web de la clínica y que fuera al grupo de Estupefacientes para averiguar si alguien lo había visto comprar anfetaminas.

—¿En la calle? —preguntó Skarre—. ¿No tienen todos los médicos esas cosas en su botiquín?

—Sí, pero los procedimientos informativos sobre las existencias de drogas son ahora tan estrictos que un médico preferiría comprarle las anfet a un camello de la calle Skippergata.

Después de colgar, Harry llamó a Katrine a la oficina.

—Nada, de momento —dijo ella—. Me voy ya. ¿Tú vuelves a casa?

—Sí. —Harry vaciló un instante—. ¿Qué opinas de la posibilidad de obtener una orden que releve a Vetlesen del secreto profesional?

—¿Con lo que tenemos? Bueno, podría ponerme una falda muy corta, darme una vuelta por el juzgado y buscar a un juez de la edad adecuada. Pero sinceramente, creo que lo podemos olvidar.

—De acuerdo.

Harry puso rumbo a Bislett. Pensó en el apartamento, vacío y medio derribado. Miró el reloj. Cambió de opinión y torció hacia la calle Pilestredet, en dirección a la Comisaría General.

Eran las dos de la madrugada cuando Harry volvió a hablar por teléfono con Katrine, que respondió adormilada.

—¿Qué pasa ahora? —dijo ella.

—Estoy en la oficina y le he echado un vistazo a lo que has encontrado. Dijiste que todas las mujeres desaparecidas tenían marido e hijos. Creo que puede haber algo ahí.

—¿El qué?

—No tengo ni idea, solo tenía que oírme a mí mismo decirse en voz alta a alguien, para poder decidir si suena idiota.

—¿Y cómo suena?

—Idiota. Buenas noches.

Eli Kvale estaba tumbada, con los ojos como platos. A su lado, Andreas respiraba despreocupada y profundamente. Un rayo de luna que se filtraba por las cortinas incidía en la pared, en el crucifijo que ella había comprado en Roma durante el viaje de novios. ¿Qué la habría despertado? ¿Sería Trygve? ¿Estaría levantado? La cena y la noche habían transcurrido como ella esperaba. Estuvo observando las caras alegres y radiantes al resplandor de las velas, mientras todos hablaban a la vez, ¡tenían tanto que contarse! Y Trygve más que ninguno. Y mientras hablaba de Montana, de los estudios y de los amigos que tenía allí, ella se quedó en silencio, mirando a aquel muchacho, aquel joven que estaba a punto de ser adulto, de ser lo que quería ser, de elegir cómo vivir su vida. Eso era lo que más alegría le daba, que él pudiese elegir. Abierta y libremente. No como ella. No a escondidas. En secreto.

Oyó cómo crujía la casa, cómo se hablaban las paredes.

Pero había otro sonido, un sonido extraño. Un sonido del exterior.

Se levantó de la cama, se acercó a la ventana y retiró un poco la cortina. Había nevado. Las ramas de los manzanos parecían cubiertas de vello y la luz de la luna se reflejaba en la fina capa blanca del suelo, y revelaba todos los detalles del jardín. Su mirada se deslizó desde la verja hasta el garaje, sin saber muy bien lo que buscaba. Se detuvo. Tomó aire, sorprendida y horrorizada. « No empieces otra vez », se dijo. Tenía que ser Trygve. Sería el consabido desfase horario, no podría dormir y habría salido. Las pisadas iban desde la verja hasta debajo de su ventana. Como una línea de puntos negros sobre la fina capa de nieve. Una pausa calculada antes del título de la película.

No había pisadas de retorno.

## Día 7

## La conversación

—Uno de los *estupas* lo ha reconocido —dijo Skarre—. Cuando le enseñé la foto de Vetlesen, el agente dijo que lo había visto varias veces en el cruce de las calles Skippergata y Tollbugata.

—¿Qué hay en ese cruce? —preguntó Gunnar Hagen, que había insistido en participar en la reunión de los lunes en el despacho de Harry.

Skarre miró a Hagen un poco inseguro, como si quisiera comprobar si el comisario jefe del grupo estaba bromeando.

—Camellos, putas..., sus clientes... —dijo—. Es su nuevo emplazamiento desde que los echamos de Plata.

—¿Solo allí? —dijo Hagen estirando el cuello—. Me han contado que ahora están más dispersos.

—Bueno, ese es el centro de operaciones —dijo Skarre—. Pero claro, también los encuentran bajando hacia el edificio de la Bolsa y más arriba, donde está el Norges Bank. Por el museo Astrup Fearnly, el edificio Gamle Logen y la cafetería de Bymisjonen... —Harry bostezó sonoramente y Skarre guardó silencio.

—*Sorry* —dijo Harry con tono inocente—. Ha sido un fin de semana muy duro. Continúa.

—El agente no recordaba haberlo visto comprando droga. Cree que Vetlesen es cliente habitual del Hotel Leon.

En ese momento entró por la puerta Katrine Bratt. Estaba despeinada, pálida y con los ojos medio cerrados, pero soltó un alegre «buenos días» con acento de Bergen mientras buscaba una silla. Bjørn Holm se levantó de un salto, le indicó con la mano que se sentara en la suya y fue a buscar otra.

—¿El Hotel Leon, el de la calle Skippergata? —dijo Hagen—. ¿Ahí venden droga?

—Podría ser —dijo Skarre—. Yo he visto entrar allí a más de una puta, todas negras, así que será lo que llaman «una casa de masajes».

—No creo —dijo Katrine Bratt, que estaba de espaldas a ellos colgando el abrigo en el perchero—. Las casas de masaje constituyen el mercado de interior, ahora las llevan los vietnamitas. Se instalan en las afueras, en áreas residenciales discretas, se abastecen de mujeres asiáticas y evitan el territorio del mercado de exterior de los africanos.

—Creo que he visto un cartel anunciando habitaciones baratas en la fachada de ese lugar —dijo Harry.

—Cuatrocientas coronas la noche.

—Exactamente —dijo Katrine—. Tienen habitaciones pequeñas que, sobre el papel, se alquilan por días pero que en realidad están disponibles por horas. Dinero negro, los clientes no exigen factura. Y mujeres negras. Y proxenetas negros. Pero el dueño del hotel, que es el que más gana, es blanco.

—Pues sí que está puesta —le dijo Skarre a Hagen—. Un poco extraño que el grupo de Delitos Sexuales de Bergen sepa tanto de las casas de putas de Oslo.

—Se parecen bastante en todas partes —dijo Katrine—. ¿Te apuestas algo a que lo que acabo de decir es verdad?

—El dueño es paquistaní —dijo Skarre—. Doscientas coronas.

—Hecho.

—Bueno —dijo Harry juntando las manos—. ¿Qué hacemos aquí sentados?

El propietario del Hotel Leon se llamaba Børre Hansen, era de Solor y tenía una piel tan blanca y grisácea como el aguanieve que los clientes traían al entrar y dejaban en el parqué desgastado delante del mostrador, que tenía un letrero donde se leía RECPECIÓN en letras negras. Ya que ni la clientela ni Børre estaban especialmente preocupados por la ortografía, el letrero llevaba cuatro años sin corregirse, desde que Børre empezó a regentarlo. Hasta entonces se había dedicado a viajar por toda Suecia vendiendo coches, había probado con el comercio fronterizo de películas porno antiguas en Svinesund y había adquirido un acento que sonaba a una mezcla entre músico de verbenas y predicador. Fue en Svinesund donde conoció a Natacha, una bailarina erótica rusa, de cuyo representante, también ruso, escaparon por los pelos. Natacha se había cambiado el nombre y ahora vivía con Børre en Oslo. Él se hizo cargo del Leon cuando los tres serbios que lo regentaban tuvieron que marcharse del país por diversas razones, y continuó donde ellos lo dejaron, ya que no vio ningún motivo para cambiar el concepto; alquiler de habitaciones por un tiempo breve, casi siempre muy breve. Los ingresos llegaban sobre todo al contado, y los clientes no eran muy exigentes en lo que a la calidad de los servicios o al mantenimiento se refería. Un negocio redondo. Un negocio que no tenía ningún interés en perder. Por eso le disgustaba todo lo relacionado con las dos personas que tenía delante y, más que nada, con sus tarjetas de identificación.

El hombre alto que tenía el pelo de punta puso una foto encima del mostrador.

—¿Has visto a este tío?

Børre Hansen negó con la cabeza, contento pese a todo de que no fuera a él a quien buscaban.

—¿Seguro? —dijo el hombre, que puso los codos en el mostrador y se inclinó hacia delante.

Børre miró la foto otra vez y pensó que debería haber observado con más

detenimiento la tarjeta de identificación. Aquel tío se parecía más a los drogatas que pululaban por las calles de la zona que a un agente de policía. Y la chica que estaba detrás de él tampoco parecía policía. Si se hubiese agenciado a un chulo que no le robara, podría haber multiplicado sus ingresos por cinco, como mínimo.

—Sabemos que regentas una casa de putas —dijo el agente de policía.

—Llevo un hotel, tengo licencia y todos los papeles en orden. ¿Queréis comprobarlo? —Børre señaló la pequeña oficina que había justo detrás de la recepción.

El agente de policía negó con la cabeza.

—Les alquilas habitaciones a las putas y a sus clientes. Eso está prohibido por la ley.

—Mira —dijo Børre tragando saliva. La conversación se había desviado en la dirección que él temía—. Yo no me meto en lo que hagan mis clientes mientras paguen.

—Pero yo sí me meto —dijo el policía en voz baja—. Mira la foto con más atención.

Børre miró. La foto debía de tener varios años, porque parecía muy joven. Joven y despreocupado, sin señales de desesperación.

—La última vez que lo consulté, la prostitución no era ilegal en Noruega —dijo Børre Hansen.

—No —dijo la agente—. Pero regentar un burdel sí lo es.

Børre Hansen hizo lo que pudo para poner cara de indignación.

—Como sabes, la policía tiene la obligación de comprobar regularmente que se cumplen las disposiciones hoteleras —dijo el policía.

—Por ejemplo, si hay salidas de incendios para todas las habitaciones.

—Un mantenimiento adecuado de las fichas de registro de los clientes extranjeros —añadió la agente.

—Un fax para recibir las solicitudes de la policía relativas a los clientes.

—La contabilidad de los impuestos.

Estaban llegando a lo importante. Fue el policía quien dio la estocada final.

—Estamos considerando la posibilidad de decirles a los del grupo de Delitos Económicos que vengán a repasar todas las facturas de las personas que nuestros agentes han visto ir y venir durante las últimas semanas.

Børre Hansen sintió náuseas. Natacha. La hipoteca. Y un pánico incipiente al pensar en las noches de invierno negras y frías que tendría que pasar en escaleras extrañas con la Biblia debajo del brazo.

—Claro que podemos no hacerlo —dijo el policía—. En realidad, es una cuestión de prioridades. De los recursos tan limitados con que cuenta la policía. ¿Verdad, Bratt?

La agente asintió.

—Alquila una habitación dos veces por semana —dijo Børre Hansen—.



Siempre la misma habitación. Se queda hasta tarde.

—¿Hasta tarde?

—Recibe varias visitas.

—¿Blancas o negras? —preguntó la mujer.

—Negras. Solo negras.

—¿Cuántas?

—No lo sé. Varía. Ocho. Doce.

—¿Al mismo tiempo? —preguntó la agente.

—No, cambian. Algunas vienen de dos en dos. Por la calle también van casi siempre en pareja.

—Vaya —dijo el policía.

Børre Hansen asintió con la cabeza.

—¿Con qué nombre se registra?

—No me acuerdo.

—Pero lo encontraremos en el libro de clientes, ¿no? Y en la contabilidad...

Debajo de la flamante chaqueta, Børre Hansen tenía la espalda de la camisa blanca empapada de sudor.

—Lo llaman «Doctor White». Las señoras que preguntan por él, quiero decir.

—¿Doctor?

—Yo qué sé. Él... —Børre Hansen titubeó. No quería decir más de lo necesario. Pero por otro lado, quería mostrar su voluntad de colaborar. Y aquel era ya un cliente perdido—. Trae un maletín grande de médico. Y siempre pide... toallas extra.

—Vaya —dijo la mujer—. Eso suena un tanto rarillo. ¿Has visto sangre cuando limpias la habitación?

Børre no contestó.

—Si es que limpias la habitación —apostilló el agente de policía—. Responde.

Børre suspiró.

—No mucha, pero más de... —se calló.

—¿De lo normal? —preguntó la mujer sarcásticamente.

—No creo que les haga daño... —se apresuró a decir Børre Hansen, y enseguida se arrepintió.

—¿Por qué no? —dijo el policía.

Børre se encogió de hombros.

—Supongo que en ese caso no habrían vuelto.

—¿Y solo son mujeres?

Børre asintió. Pero, al parecer, el policía se percató de algo. Una tensión en la musculatura del cuello, un pequeño tirón en la membrana mucosa y enrojecida del ojo...

—¿Hombres?

Børre negó con la cabeza.

—¿Muchachos? —preguntó la policía que, obviamente, se imaginaba lo mismo que su compañero.

Børre Hansen volvió a negar con la cabeza, pero con ese pequeño retraso casi imperceptible que se produce cuando el cerebro tiene que elegir entre dos alternativas.

—Niños —dijo el agente de policía bajando la frente, como si fuese a darle una cornada—. ¿Ha recibido a niños?

—¡No! —exclamó Børre y notó que el sudor le chorreaba por todos los poros—. ¡Nunca! Hay límites. Solo han sido dos veces... ¡Y no los dejé entrar, los eché directamente a la calle!

—¿Africanos? —preguntó el hombre.

—Sí.

—¿Chicos o chicas?

—Las dos cosas.

—¿Venían solos? —preguntó Katrine.

—No, con mujeres. Las madres, supongo. Pero ya os digo que no los dejé entrar en su habitación.

—Has dicho que viene dos veces por semana. ¿Tiene horario fijo?

—Lunes y jueves. De ocho a once. Y siempre es puntual.

—O sea, que le toca venir esta noche, ¿no? —dijo el hombre, y miró a su colega—. Bueno, pues gracias.

Børre dejó salir el aire de los pulmones y se dio cuenta de que le dolían las piernas, porque se había pasado todo el rato de puntillas.

—Un placer —dijo sonriendo.

Los policías se encaminaron a la puerta. Børre sabía que debía callarse, pero también que aquella noche no podría dormir si no se lo confirmaban.

—Pero... —les dijo—. Pero, tenemos un trato, ¿verdad?

El policía se volvió y enarcó una ceja, lleno de asombro.

—¿Sobre qué?

Børre tragó saliva.

—Sobre lo de esas... inspecciones.

El policía se frotó la barbilla.

—¿Estás insinuando que tienes algo que ocultar?

Børre parpadeó perplejo. Y oyó resonar su propia risa nerviosa mientras decía:

—¡No, por supuesto que no! ¡Ja, ja! Aquí está todo en orden.

—Bueno, entonces no tienes nada que temer cuando vengan. Las inspecciones no son mi negociado.

Se marcharon. Y Børre abrió la boca, quería protestar, decir algo, pero no sabía qué.

El teléfono sonó dándole la bienvenida a Harry cuando llegó al despacho.

Era Rakel, que le quería devolver una película que le había prestado.

—¿*Las reglas del juego*? —repitió Harry asombrado—. ¿La tienes tú?

—Dijiste que estaba en esa lista tuya de las películas más infravaloradas de todos los tiempos.

—Sí, pero a ti nunca te gustan esas películas.

—Eso no es verdad.

—*Starship Troopers* no te gustó.

—Eso es porque era una película mala y machista.

—Es una sátira —dijo Harry.

—¿Sobre qué?

—El fascismo innato de la sociedad norteamericana. Una mezcla de los Hardy y las juventudes hitlerianas.

—Venga, Harry. ¿Una guerra contra insectos gigantes en un planeta lejano?

—Xenofobia.

—Pero me gusta esa película tuya de los años setenta, esa de las escuchas...

—*La conversación* —suspiró Harry—. La mejor de Coppola.

—Eso es. Estoy de acuerdo en que esa está infravalorada.

—No está infravalorada. —Volvió a suspirar Harry—. Solo olvidada. Ganó un Oscar a la mejor película.

—Voy a cenar con unas amigas esta noche. Puedo llevártela al volver a casa. ¿Estarás levantado alrededor de las doce?

—Puede ser. ¿Por qué no te pasas antes de la cena mejor?

—Iré más justa de tiempo, pero puedo intentarlo.

Su respuesta fue muy rápida. Pero no tan rápida como para que Harry no se diera cuenta.

—Ya —dijo—. De todas formas, no puedo dormir. Tengo un hongo en casa que me roba el aire.

—¿Sabes qué? Te la dejo en el buzón y así no te tienes que levantar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Colgaron. Harry vio que la mano le temblaba ligeramente. Llegó a la conclusión de que se debía a la falta de nicotina. Y se dirigió al ascensor.

Katrine salió de su despacho como si hubiera sabido que era él quien venía dando zapatazos.

—He estado hablando con Espen Lepsvik. Nos prestan a uno de los suyos para el trabajo de esta noche.

—Estupendo.

—¿Buenas noticias?

—¿Por?  
—Estás sonriendo.  
—¿Ah, sí? Será que lo espero con ansiedad.  
—¿El qué?  
Se tocó el bolsillo.  
—Fumar.

Eli Kvale estaba sentada a la mesa de la cocina tomando una taza de té, mirando al jardín y oyendo el sonido tranquilizador del lavavajillas. El teléfono negro estaba en la encimera. El auricular llegó a calentarse de lo fuerte que lo había apretado, pero no era más que alguien que se había equivocado de número. A Trygve le gustó el gratinado de pescado, dijo que era su plato favorito. Pero eso lo decía de casi todos. Era un buen chico.

La hierba se extendía fuera ocre e inerte, no había rastro de la nieve de aquella noche. ¿Y quién sabe?, tal vez lo hubiera soñado todo.

Estaba hojeando una revista. Se había tomado libres los primeros días de la llegada de Trygve, para poder estar con él un rato. Hablar con franqueza, ellos dos solos. Ahora, en cambio, él estaba con Andreas en el salón, haciendo aquello para lo que ella se había tomado unos días libres. Le parecía bien, ellos tenían más de qué hablar. Se parecían tanto. Y, a decir verdad, la idea de hablar con franqueza siempre le había gustado más que hacerlo en realidad. Porque esa conversación siempre terminaría necesariamente en un punto. Delante de una pared enorme e infranqueable.

Naturalmente, aceptó ponerle al niño el nombre del padre de Andreas. Así tendría algo de él, por lo menos el nombre. Estuvo a punto de contarle todo justo antes de dar a luz. Hablar del aparcamiento vacío, de la oscuridad, de las pisadas negras en la nieve. Del cuchillo pegado a la piel de la garganta y aquella respiración sin rostro en la mejilla. Camino a casa, con el semen chorreándole en las bragas, le pidió a Dios que siguiera fluyendo hasta que no quedara una gota. Pero Dios no atendió sus plegarias.

Después de aquello se preguntó en más de una ocasión cómo habrían sido las cosas si Andreas no hubiera sido pastor ni hubiera tenido una postura tan intransigente con respecto al aborto; y si ella no hubiera sido tan cobarde. Si Trygve no hubiera nacido. Pero para entonces, la pared ya estaba construida, un muro inamovible de cosas no dichas.

Que Trygve y Andreas se pareciesen tanto era una bendición dentro de la maldición. Incluso le encendió la tenue llama de la esperanza, así que fue a una consulta médica donde nadie la conocía y les llevó dos cabellos que había cogido de sus respectivas almohadas. Porque había leído que con eso bastaba para hallar el código de algo que se llamaba ADN, una especie de huella dactilar genética.

Del consultorio enviaron los cabellos al laboratorio forense del Rikshospitalet, que utilizaba ese nuevo método en casos de paternidad. Y al cabo de dos meses, ya tenía la respuesta. Que no había sido un sueño: el aparcamiento, las pisadas negras, la respiración acelerada, el dolor.

Volvió a mirar el teléfono. Por supuesto, se habían equivocado de número. La respiración que oyó en el auricular era de una persona que se había quedado algo perpleja al oír una voz desconocida y no sabía si colgar o decir algo. Así era.

Harry salió al pasillo y cogió el teléfono del portero automático.

—¿Quién es? —gritó para ahogar la música de Franz Ferdinand, que resonaba en el estéreo del salón.

No hubo respuesta, solo el zumbido de un coche en la calle Sofie.

—¿Quién es?

—¡Hola! Soy Rakel. ¿Estabas acostado?

Se le notaba en la voz que había bebido. No mucho, pero lo suficiente para que le sonara una octava más alta y la risa, aquella risa tan maravillosa y profunda, salpicara sus palabras.

—No —dijo él—. ¿Lo has pasado bien?

—Bastante.

—Solo son las once.

—Las chicas se querían ir pronto a casa. Por el trabajo y esas cosas.

—Ya.

Harry se la imaginaba. La mirada burlona, el brillo del alcohol en los ojos.

—Tengo la película —dijo ella—. Si quieres que la deje en el buzón, ábreme la puerta.

—Claro.

Levantó el dedo para apretar el botón que abría la puerta. Esperó. Sabía que ese era el margen de tiempo. Los dos segundos que tenían a su disposición. De momento contaban con todas las posibilidades de retirada. Le gustaban las posibilidades de retirada. Y sabía perfectamente que no quería que ocurriera. Era demasiado incontrolable, demasiado doloroso para pasar por ello otra vez. Entonces, ¿por qué sentía los latidos en el pecho como si tuviera dos corazones? ¿Por qué no apretaba el botón que podía enviarla fuera de la casa y de su cabeza? «Ahora», pensó y puso el dedo índice en el plástico duro del botón.

—Bueno —dijo ella—, también puedo subirme el DVD.

Harry ya sabía antes de hablar que la voz le sonaría rara.

—No hace falta —dijo—. Mi buzón es el que no tiene nombre. Buenas noches.

—Buenas noches.

Apretó el botón. Fue al salón, subió el volumen de Franz Ferdinand, intentó

ahuyentar los pensamientos, olvidar ese nerviosismo estúpido, y solo absorber el sonido, el rasgueo de las guitarras. Enfadadas, débiles. Tocaban con mediocridad. Cantaban en inglés. Pero en la sucesión de acordes febriles se mezclaba otro sonido.

Harry bajó el volumen de la música. Aguzó el oído. Iba a volver a subir el volumen cuando oyó un ruido. Como de papel de lija en la madera. O de un arrastrar de zapatos por el suelo. Fue al pasillo y vio una figura detrás del cristal rugoso de la puerta.

Abrió.

—He llamado —dijo Rakel disculpándose con la mirada.

—¿Ah, sí?

Agitaba en la mano la funda de la película.

—No cabía en el buzón.

Estuvo a punto de decir algo, quería decir algo. Pero ya había alargado el brazo, ya la había cogido, la abrazó, la oía jadear mientras la apretaba con fuerza. Vio cómo abría la boca, y la lengua, roja y burlona, iba al encuentro de la suya. Y realmente no había nada que decir.

Ella se pegó a él, la notó suave y caliente.

—Dios mío... —susurró.

Él la besó en la frente.

El sudor era una capa fina que los separaba y los unía a la vez.

Fue exactamente como él sabía que iba a ser. Como la primera vez, solo que sin nervios, sin las dudas, sin las preguntas no formuladas. Como la última vez, sin anestesia, sin su llanto de después. Uno puede dejar a una persona con la que le va bien en la cama. Pero Katrine tenía razón, siempre se vuelve. Sin embargo, Harry comprendió que había algo más. Que para Rakel aquello era una última visita necesaria a viejos lugares, un adiós a lo que ambos una vez llamaron «el gran amor de su vida». Antes de que ella diera el paso para entrar en una nueva etapa. ¿A un amor no tan grande? Quizá, pero a un amor soportable.

Rakel murmuraba un leve ronroneo mientras le acariciaba la barriga. Pero aun así, él le notó la tensión en el cuerpo. Podía ponérselo difícil o fácil. Se decidió por lo último.

—¿Remordimientos? —preguntó, notando cómo ella se sobresaltaba.

—No quiero hablar de eso —respondió Rakel. Él tampoco quería hablar de eso. Quería tumbarse, totalmente inmóvil, oír su respiración y notar la mano de Rakel en la barriga. Pero Harry sabía lo que ella tenía que hacer, y no quería más aplazamientos—. Te está esperando, Rakel.

—No —dijo ella—. Está con el técnico de autopsias preparando un cadáver para las clases de mañana a primera hora en el Instituto Forense. Y le tengo dicho que no venga a verme después de haber tocado un cadáver. Dormiré en su casa.

—¿Y yo qué? —dijo Harry sonriendo en la oscuridad, y pensó que lo había planeado, que sabía que iba a ocurrir—. ¿Cómo sabes que yo no he tocado un cadáver?

—¿Has tocado un cadáver?

—No —dijo Harry, recordando el paquete de tabaco que tenía en el cajón de la mesilla de noche—. Nosotros no tenemos cadáveres.

Guardaron silencio. Ella le hacía círculos cada vez más grandes en la barriga.

—Tengo la sensación de que alguien se me ha metido dentro —dijo él de repente.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé exactamente, solo tengo la sensación de que alguien me está observando todo el tiempo, de que me está viendo ahora. De que ha concebido un plan para mí. ¿Comprendes?

—No. —Ella se pegó un poco más.

—Es este caso en el que estoy trabajando. Es como si yo estuviera involucrado.

—Cállate. —Rakel le mordió la oreja—. Siempre estás involucrado, Harry, ese es tu problema. Relájate.

Le rodeó el miembro, aún flácido; él cerró los ojos, la oyó susurrar y enseguida notó la erección.

A las tres de la madrugada Rakel se levantó de la cama. Contempló su espalda a la luz de las farolas de la calle, que entraba por la ventana. La espalda sinuosa y la sombra de la columna vertebral. Y pensó en algo que Katrine había mencionado, que Sylvia Ottersen tenía la bandera de Etiopía tatuada en la espalda; que tendría que acordarse de que eso se incluyera en la orden de búsqueda. Y que Rakel tenía razón, nunca dejaba de pensar en los casos, siempre estaba involucrado.

La acompañó hasta la puerta. Ella lo besó rápidamente en la boca y se alejó escaleras abajo. No había nada que decir. Estaba a punto de cerrar cuando vio huellas húmedas de unas botas justo delante de la puerta. Las siguió según iban desapareciendo en la oscuridad de la escalera. Serían de Rakel, de cuando había subido antes. Y pensó en la foca Berhaus, en la hembra que se apareaba con un macho en el periodo de celo, y que nunca volvía a aparearse con el mismo macho otra vez. Porque no era biológicamente racional. Y pensó que las focas Berhaus debían de ser animales muy sabios.

Día 8

Papel

Eran las nueve y media y el sol brillaba sobre un coche solitario en la rotonda de Sjølyst. Siguió por la carretera de Bygdøy, que los condujo hasta la idílica península campestre situada a solo cinco minutos de la plaza de Rådhusplassen. Todo estaba tranquilo, apenas había tráfico, ni se veían vacas ni caballos en los campos de la Granja del Rey, y las estrechas aceras por donde la gente transitaba en verano para ir a la playa estaban vacías.

Harry conducía el coche por las curvas mientras escuchaba a Katrine.

—Nieve —dijo Katrine.

—¿Nieve?

—Hice lo que me dijiste. Seleccioné las desapariciones de mujeres casadas y con hijos. Y luego empecé a mirar las fechas. La mayoría se produjeron en noviembre y diciembre. Las aislé y observé la dispersión geográfica. Casi todas tuvieron lugar en Oslo, algunas en otras partes del país. De repente, me acordé de la carta que habías recibido. La que decía que el muñeco de nieve volvería a aparecer con la primera nevada. Y el día que estuvimos en la calle Hoffsvæien fue el primer día que nevó en Oslo.

—¿Sí?

—Pedí al Instituto de Meteorología que verificase las fechas y los lugares. ¿Y sabes qué?

Harry ya sabía qué. Y que lo debía haber sabido hacía mucho.

—La primera nieve —dijo—. Las coge el día que cae la primera nieve.

—Exactamente.

Harry le dio un puñetazo al volante.

—Mierda, lo teníamos en letras grandes. ¿De cuántas desapariciones estamos hablando?

—Once. Una cada año.

—Y dos este año. No ha seguido el patrón.

—Hubo un asesinato doble el primer día que nevó en Bergen en 1992. Creo que debemos empezar por ahí.

—¿Por qué?

—Porque una de las víctimas era una mujer casada con hijos. La otra era su amiga. Y además tenemos dos cadáveres, una escena del crimen e informes de la investigación. Y, por si fuera poco, un sospechoso que desapareció y del que nunca más se supo.

—¿Quién?



—Un agente de policía. Gert Rafto.

Harry la miró fugazmente.

—Ah, sí, aquel asunto. ¿No era el que robaba cosas del escenario del crimen?

—Por lo menos eso decían los rumores. Hay testigos que vieron a Rafto entrar en el apartamento de una de las mujeres, Onny Hetland, unas horas antes de que la encontraran muerta. Además, fue imposible localizarlo cuando empezaron a buscarlo.

Harry contemplaba la carretera, los árboles desnudos a lo largo de la avenida Huk que conducía al mar y a los museos de lo que los noruegos consideraban los mayores logros de la nación: un viaje por el Pacífico en una embarcación de juncos y un intento fallido de alcanzar el Polo Norte.

—¿Y qué crees? ¿Que puede ser que no esté tan desaparecido después de todo? —dijo—. ¿Que reaparece todos los años cuando cae la primera nieve?

Katrine se encogió de hombros.

—Me parece que vale la pena emplear algunos recursos para averiguar lo que pasó.

—Ya. Empezaremos pidiendo ayuda a Bergen.

—Yo no haría eso —dijo ella escuetamente.

—¿Ah, no?

—El tema de Rafto le resulta todavía extremadamente bochornoso a la policía de Bergen. Las actuaciones relacionadas con aquel asunto fueron principalmente para tapar, no para investigar. Estaban muertos de miedo pensando en lo que pudieran encontrarse. Y mientras ese tipo hubiera desaparecido por voluntad propia... —Ella dibujó una gran equis en el aire.

—Comprendo. ¿Qué sugieres?

—Que tú y yo nos vayamos a Bergen y averigüemos un poco por nuestra cuenta. De todos modos, ahora forma parte de un caso de homicidio en Oslo.

Harry aparcó delante de la dirección que llevaba anotada, un edificio de ladrillo visto de cuatro plantas junto al mar, rodeado de un muelle. Apagó el motor, pero se quedó sentado mirando la cala de Frognerkilen, hacia el muelle de Filipstad.

—¿Cómo fue a parar a tu lista el caso de Rafto? —preguntó—. En primer lugar, ocurrió mucho antes de los acontecimientos que te pedí que comprobaras. En segundo lugar, no es un caso de desaparición, sino de homicidio.

Se volvió hacia Katrine. Ella lo miraba a los ojos sin pestañear.

—El caso de Rafto es bastante conocido en Bergen —dijo ella—. Y había una foto.

—¿Una foto?

—Sí. La mostraban a todos los policías de prácticas en la comisaría de Bergen. Era una foto del lugar de los hechos, en la cima de Ulrikken, y la usaban como una especie de bautismo de fuego. Creo que la mayoría se asustaba tanto

con los detalles del primer plano que nunca reparaban en el trasfondo. O a lo mejor nunca habían subido a Ulrikken. De todas formas, había algo allí que no encajaba, una elevación del terreno algo más atrás. Cuando lo amplias se ve bastante bien lo que es.

—¿Y qué es?

—Un muñeco de nieve.

Harry asintió lentamente con la cabeza.

—A propósito de fotos —dijo Katrine, y sacó del bolso un sobre de tamaño A4, que le arrojó a Harry en el regazo.

La clínica estaba en el tercer piso y tenía una sala de espera amueblada y decorada con mucho primor y con mucho dinero, con un sofá italiano, una mesa de centro a ras del suelo, igual que un Ferrari, esculturas de cristal de Nico Widerberg y una litografía auténtica de Roy Lichtenstein que representaba una pistola humeante.

En lugar de la consabida recepción con pared de cristal de las consultas médicas había una mujer sentada detrás de un escritorio antiguo y bellissimo, colocado en medio de la habitación. Llevaba una bata blanca abierta encima del traje de chaqueta azul y les dio la bienvenida con una sonrisa. Una sonrisa que no se alteró mucho cuando Harry se presentó y le dijo lo que querían, y que suponía que ella era Borghild.

—¿Podéis esperar un poco? —dijo señalando el sofá con la misma elegancia ensayada con que las azafatas señalan las salidas de emergencia. Harry declinó la oferta tanto de un café solo como de té y de agua, y se sentaron.

Tomó nota de que las revistas que estaban a su disposición eran recientes, abrió un ejemplar de *Liberal* y le dio tiempo a leer el editorial, en el que Arve Støp opinaba que la voluntad de los políticos de participar en programas de entretenimiento para «hablar de sí mismos» y hacer el payaso era la victoria final de las clases populares, con el pueblo en el trono y el político como bufón.

Se abrió por fin la puerta en cuya placa se leía «Dr. Idar Vetlesen» y por ella salió una mujer que cruzó rápidamente la habitación, le dijo a Borghild un breve «hasta luego» y se alejó sin mirar ni a derecha ni a izquierda.

Katrine la siguió con la mirada.

—¿No era la de las noticias de TV2?

En ese mismo momento, Borghild anunció que Vetlesen estaba listo para recibirlos, se acercó a la puerta y la sujetó para que pasaran.

El despacho de Idar Vetlesen era tamaño director general, con vistas al fiordo de Oslo. La pared de detrás del escritorio estaba cubierta de diplomas enmarcados.

—Un momento —dijo Vetlesen, tecleando en un ordenador sin apartar la

vista de la pantalla. Puso un punto final con aire de triunfo y giró la silla a la vez que se quitaba las gafas.

—¿Un *lifting*, Hole? ¿Un alargamiento de pene? ¿Una liposucción?

—Gracias —dijo Harry—. Te presento a la agente Bratt. Venimos para pedirte una vez más que nos ayudes facilitándonos información sobre Ottersen y Becker.

Idar Vetlesen suspiró y empezó a limpiarse las gafas con un pañuelo.

—¿Cómo te lo voy a explicar para que lo entiendas, Hole? Incluso para una persona como yo, que tengo un deseo sincero y ardiente de ayudar a la policía y que me paso los principios por el forro con mucha frecuencia, existen algunas cosas que son sagradas. —Levantó el dedo índice—. En todos los años que llevo ejerciendo la medicina, nunca, nunca... —El dedo índice empezó a marcar el ritmo al son de sus palabras—... Nunca he quebrantado el secreto profesional que como médico se me impone. Y no pienso empezar ahora.

Siguió un largo silencio durante el cual Vetlesen se limitó a mirarlos, claramente satisfecho con el efecto causado.

Harry carraspeó.

—Bueno, puede que, de todos modos, podamos colmar tu ferviente deseo de ayudarnos, Vetlesen. Estamos investigando un caso de posible prostitución infantil en un hotel de Oslo, el Leon. Anoche, dos de nuestros hombres, que vigilaban desde un coche aparcado delante de ese hotel, estuvieron sacando fotos de todos los que entraban y salían.

Harry abrió el sobre marrón que le había dado Katrine, se inclinó y se lo puso al médico delante.

—Este eres tú, ¿verdad?

Vetlesen puso cara de que se le hubiera atascado algo en el esófago, los ojos se le salían de las órbitas y se le habían hinchado las venas del cuello.

—Yo... —balbuceó—. Yo... no he hecho nada malo ni ilegal.

—No, por supuesto que no —dijo Harry—. Solo estamos sopesando la posibilidad de llamarte como testigo. Un testigo que puede contar lo que ocurre allí dentro. De todos es sabido que el Leon es un nido para las prostitutas y sus clientes, la novedad es que también van niños. Y al contrario de lo que ocurre con otros tipos de prostitución, la prostitución infantil, como sabrás, es ilegal. Solo queríamos informarte antes de pasar todo el asunto a la prensa.

Vetlesen se quedó mirando la foto fijamente. Se frotó la cara con desesperación.

—Por cierto, hemos visto salir a esa tía de las noticias de TV2 —dijo Harry—. ¿Cómo se llama?

Vetlesen no contestó. Era como si, allí mismo, le hubiesen succionado del cuerpo toda la juventud intacta que irradiaba, como si le envejeciera la cara a medida que transcurrían los segundos.

—Llámanos si encuentras algún hueco para lo del secreto profesional —dijo Harry.

Harry y Katrine no habían llegado ni a medio camino de la puerta cuando Vetlesen los detuvo.

—Vinieron para hacerse un reconocimiento —dijo—. Eso es todo.

—¿De qué? —preguntó Harry.

—De una enfermedad.

—¿La misma enfermedad? ¿Cuál?

—No es relevante.

—Bueno —dijo Harry yendo hacia la puerta—. Míralo de esta manera, cuando te llamen para testificar, tampoco será relevante, ya que no hemos encontrado nada ilegal.

—¡Espera!

Harry se volvió. Vetlesen tenía los codos apoyados en la mesa y se cubría la cara con las dos manos.

—El síndrome de Fahr.

—¿El síndrome de Fahr<sup>[1]</sup>?

—Fahr. Con hache. Una enfermedad hereditaria rara que se parece un poco al Alzheimer. Vas perdiendo facultades, sobre todo en las áreas cognitivas, y se pierde motricidad. En la mayoría de los casos, la enfermedad se manifiesta después de cumplir los treinta, pero también se ha detectado en niños.

—Ya. ¿Y Birte y Sylvia sabían que sus hijos padecían esa enfermedad?

—Cuando llegaron a mi consulta solo era una sospecha. El Fahr es difícil de diagnosticar, y Birte Becker y Sylvia Ottersen habían visitado a muchos médicos, pero ninguno les dio un diagnóstico. Quiero recordar que ambas habían buscado en Internet, teclearon los síntomas y encontraron una descripción del síndrome de Fahr que coincidía con una exactitud alarmante.

—¿Y se pusieron en contacto contigo? ¿Un especialista en cirugía plástica?

—Da la casualidad de que estoy especializado en el síndrome de Fahr.

—¿La casualidad?

—Solo hay unos dieciocho mil médicos en Noruega. ¿Sabes cuántas enfermedades conocidas existen en el mundo? —Vetlesen hizo un gesto con la cabeza hacia la pared donde colgaban los diplomas.

—Casualmente, la enfermedad de Fahr formaba parte de un curso sobre el sistema nervioso que seguí en Suiza. Lo poco que aprendí bastó para convertirme en especialista en Noruega.

—¿Qué nos puedes contar sobre Birte Becker y Sylvia Ottersen?

Vetlesen se encogió de hombros.

—Venían aquí con sus hijos una vez al año. Yo los exploraba, y no detectaba ninguna agudización de los síntomas y, aparte de eso, no sé nada de sus vidas. Y tampoco... —se echó el flequillo hacia atrás—... de sus muertes.

—¿Tú crees que dice la verdad? —preguntó Harry mientras conducía a lo largo de los campos vacíos.

—No del todo —dijo Katrine.

—Yo tampoco —dijo Harry—. Creo que debemos concentrarnos en esto y dejar Bergen de momento.

—No —dijo Katrine.

—¿No?

—Hay una conexión por ahí, en algún sitio.

—Cuéntame.

—No lo sé. Entiendo que puede parecer una locura, pero es posible que exista una conexión entre Rafto y Vetlesen. Puede que sea así como Rafto ha conseguido esconderse durante todos estos años.

—¿A qué te refieres?

—A que, simplemente, se hizo con una máscara. Una máscara auténtica. Una operación facial.

—¿En la clínica de Vetlesen?

—Eso explicaría la coincidencia de que ambas víctimas hayan llevado a sus hijos al mismo médico. Puede que fuera allí, en la clínica, donde Rafto vio a Birte y a Sylvia, y allí las eligió como víctimas.

—Has llegado a esa conclusión demasiado rápido —dijo Harry.

—¿Demasiado rápido?

—Este tipo de investigación de homicidios es como hacer un rompecabezas. En la fase inicial juntamos las piezas, las vamos probando aquí y allá, y le echamos paciencia. Lo que estás haciendo tú es apresurarte a forzar las piezas para que encajen.

—Solo trato de decírselo a alguien en voz alta, para oír si suena demasiado idiota.

—Y suena totalmente idiota.

—Este no es el camino de la Comisaría General —dijo ella.

Harry le notó una vibración extraña en la voz y la miró, pero la expresión de su cara no delataba nada de particular.

—Quiero comprobar algunas de las cosas que ha dicho Vetlesen con alguien que conozco —dijo él—. Y que lo conoce a él.

Mathias llevaba una bata blanca y unos guantes amarillos de fregar los platos cuando recibió a Harry y a Katrine en el garaje del Preclínico, que era la forma habitual de llamar al edificio marrón de aquella parte del hospital de Gaustad que daba a la autopista Ring 3.

Los guío para que aparcaran en su propia plaza, que no utilizaba.

—Intento venir en bicicleta lo más a menudo posible —explicó Mathias, mientras abría con una tarjeta la puerta que llevaba del garaje al pasillo del sótano del Anatómico Forense—. Es práctico disponer de un acceso como este para andar metiendo y sacando cadáveres. Me gustaría invitaros a un café, pero acabo de terminar con un grupo de estudiantes y el próximo llegará pronto.

—Siento darte la lata, supongo que hoy estás cansado.

Mathias lo miró inquisitivamente.

—Rakel y yo hablamos por teléfono, me dijo que ayer estuviste trabajando hasta muy tarde —añadió Harry mientras maldecía para sus adentros, con la esperanza de que no se le notase nada en la cara.

—Ya, Rakel. —Mathias hizo un gesto de negación con la cabeza—. Ella también estuvo ocupada hasta tarde. Salí con unas amigas y hoy ha tenido que tomarse el día libre en el trabajo. Pero la he llamado hace un rato y resulta que había empezado a hacer limpieza general en la casa. Mujeres. ¿Qué te parece?

Harry sonrió algo forzosamente y se preguntó si existía alguna respuesta estándar a esa pregunta.

Un hombre con el uniforme verde del hospital empujaba una camilla hacia la puerta del garaje.

—¿Un nuevo envío para la Universidad de Tromsø? —preguntó Mathias.

—Despidete de Kjeldsen —dijo el del uniforme verde. Tenía una apretada hilera de aros diminutos en una oreja, más o menos como las mujeres masái llevan los anillos del cuello, con la diferencia de que estos le creaban en la cara una asimetría molesta.

—¿Kjeldsen? —exclamó Mathias y se detuvo—. ¿En serio?

—Trece años en el servicio. Ahora le tocará a Tromsø rajarlo.

Mathias levantó la manta. Harry vio la cara del cadáver: la piel tirante cubría el cráneo, alisando las arrugas de un viejo de rostro asexuado, blanco como una máscara de yeso. Harry sabía que lo habían preparado, es decir, que le habían inyectado en las venas una mezcla de formalina, glicerol y alcohol, para que no se pudriese por dentro. Tenía en la oreja una chapa de metal con tres cifras grabadas. Mathias siguió con la mirada al técnico de autopsias que llevaba a Kjeldsen hacia la puerta del garaje. Y luego volvió otra vez en sí.

—Lo siento. Pero Kjeldsen llevaba tanto tiempo con nosotros... Era catedrático del Anatómico Forense cuando la unidad se encontraba en el centro. Un forense brillante. Con una musculatura definida. Vamos a echarlo de menos.

—No te robaremos mucho tiempo —dijo Harry—. Nos preguntamos si puedes contarnos algo de las relaciones de Idar con sus pacientes femeninas. Y con los hijos de estas.

Mathias levantó la cabeza y miró a Harry sorprendido, luego a Katrine y después otra vez a Harry.

—¿Estás preguntando lo que creo que estás preguntando?

Harry asintió.

Mathias abrió otra puerta cerrada con llave y entraron en una habitación con ocho mesas de acero y una pizarra a un lado. Las mesas tenían una lámpara y un fregadero. En todas había algo alargado envuelto en una toalla blanca. A juzgar por la forma y el tamaño, Harry apostó a que el tema del día se encontraba en algún lugar entre la cadera y la planta del pie. Había un suave olor a cloruro de calcio, pero no tan intenso como el que Harry sabía que era habitual en la sala de autopsias del Anatómico Forense. Mathias se sentó en una silla y Harry se sentó en el borde de la mesa. Katrine se dirigió a una de las mesas y se quedó mirando tres corazones, aunque era imposible distinguir si eran de verdad o modelos.

Mathias se quedó pensando un buen rato antes de contestar.

—Nunca he notado ni he oído a nadie insinuar que pudiera haber algo así entre Idar y ninguna de sus pacientes.

El énfasis que puso al pronunciar la palabra «pacientes» sorprendió a Harry.

—¿Y qué pasa con las que no son pacientes?

—No conozco a Idar lo bastante bien para poder pronunciarle al respecto. Pero sí lo suficiente para preferir no hacerlo.

Sonrió algo inseguro.

—Si no os importa...

—Por supuesto. Me preguntaba otra cosa. ¿Conoces la enfermedad de Fahr?

—Solo superficialmente. Una enfermedad horrible y por desgracia, hereditaria.

—¿Sabes de algún especialista noruego?

Mathias reflexionó un instante.

—Nadie que se me ocurra en este momento.

Harry se rascó la nuca.

—Bueno, pues gracias, Mathias.

—De nada, no ha sido gran cosa. Si quieres saber más sobre la enfermedad de Fahr, llámame esta noche, que tendré unos libros a mano.

Harry se levantó. Fue hasta donde estaba Katrine, que había abierto la tapa de una de las grandes cajas de metal, y miró por encima de su hombro. Empezó a picarle la lengua y todo su organismo reaccionó. No al espectáculo de los miembros sumergidos en el alcohol transparente, que parecían piezas de carne de un matadero, sino al olor del alcohol. Cuarenta grados.

—Empiezan más o menos enteros —dijo Mathias—. Luego los vamos cortando a medida que vamos necesitando partes concretas.

Harry miró la cara de Katrine. Se la veía impasible. En ese momento se abrió la puerta que tenían a su espalda. Entraron los primeros estudiantes, que empezaron a ponerse unas batas azules y guantes blancos de látex.

Mathias los acompañó hasta el garaje. En la puerta de salida, cogió a Harry

ligeramente del brazo, reteniéndolo.

—Solo hay una cosa que te quería comentar, Harry. O no. No estoy del todo seguro.

—Desembucha —dijo Harry, pensando que ahora se lo diría, que se habría dado cuenta por cómo se comportaba Rakel.

—Tengo un pequeño dilema. Se trata de Idar.

—¿Ah, sí? —dijo Harry con más decepción que alivio, para su sorpresa.

—Probablemente no signifique nada, pero he pensado que no me toca a mí decidirlo. Y que no se puede anteponer la lealtad en un caso tan horrible como este. En fin, la cuestión es que el año pasado, cuando todavía trabajaba en urgencias, un colega que también conoce a Idar y yo nos fuimos a desayunar al Postkafen después de una guardia. Es un sitio que abre pronto y sirve cerveza, así que muchos madrugadores sedientos se reúnen allí. Entre otros desgraciados.

—Conozco el sitio —dijo Harry.

—Pues allí, para nuestra sorpresa, nos encontramos con Idar. Sentado a una mesa con un chiquillo mugriento que estaba tomándose una sopa. Al vernos, Idar se levantó de golpe sobresaltado y nos dio algo así como una explicación de su presencia en ese lugar. Yo no pensé más en aquello. Es decir, no había vuelto a pensar en aquello. Hasta que me has preguntado antes... Y recuerdo lo que pensé entonces. Que a lo mejor... bueno, tú y a me entiendes.

—Entiendo —dijo Harry. Y añadió al ver la expresión compungida del otro —: Has hecho lo correcto.

—Gracias. —Mathias hizo un esfuerzo por sonreír—. Pero me siento como un Judas.

Harry trató de pensar en algo sensato que decirle, pero lo único que se le ocurrió fue tenderle la mano y murmurar un «gracias». Y se estremeció al estrechar el guante frío de Mathias.

Judas. El beso de Judas. Bajaban por la calle Slemdalsveien con el coche mientras Harry recordaba la lengua hambrienta de Rakel en su boca, los lánguidos suspiros y el resonar de los jadeos, el dolor en la cadera al empujar una y otra vez contra la de Rakel, sus gritos de frustración cuando él se detenía de repente porque quería prolongarlo más. Porque lo que ella quería no era que durase más. Ella quería ahuyentar a los demonios, purificar el cuerpo antes de volver a casa a purificar el alma. Y ponerse a limpiar. Cuanto antes mejor.

—Marca el número de la clínica —dijo Harry.

Oyó el tenue clic de los dedos raudos de Katrine sobre las teclas. Ella le dio el móvil.

Borghild contestó con una mezcla estudiada de suavidad y eficacia.

—Soy Harry Hole. Dime, ¿a quién debo dirigirme si padezco la enfermedad



de Fahr?

Pausa.

—Depende... —contestó Borghild vacilando.

—¿De qué?

—Pues de la enfermedad que tenga tu padre, claro.

—Vale. ¿Está Vetlesen?

—Se ha ido ya.

—¿Tan pronto?

—Juega al *curling*. Inténtalo otro día.

Parecía impaciente. Harry supuso que ella también estaba a punto de irse.

—¿El club de *curling* de Bygdøy?

—El privado. El que está más abajo de Gimle.

—Gracias. Que tengas un buen fin de semana.

Harry le devolvió el teléfono a Katrine.

—Ya lo tenemos —dijo.

—¿A quién?

—Al especialista que tiene una enfermera que no ha oído hablar de la enfermedad de la que es especialista.

Después de preguntar, encontraron Villa Grande, una propiedad señorial que, durante la Segunda Guerra Mundial, perteneció a un noruego cuyo nombre, a diferencia de lo que ocurría con el del navegante que construyó con cañas su embarcación y con el del explorador del Polo Norte, era ampliamente conocido también fuera de Noruega: Quisling, el traidor a la patria.

Al final de la pendiente, en la parte sur de la propiedad, había una casa de madera alargada que parecía un antiguo barracón militar. Notaron el frío nada más entrar por la puerta que daba al pasillo, en un extremo del edificio. Y al otro lado de la puerta siguiente la temperatura era más baja aún.

En la pista de hielo había cuatro hombres. Sus gritos retumbaban entre las paredes de madera y ninguno se percató de la llegada de Harry y Katrine. La destinataria de los gritos era una piedra pulida que se deslizaba por la pista. Veinte kilos de granito tipo *ailsite* de la isla escocesa de Ailsa Craig se detuvieron ante el guardián de otras tres piedras situadas delante de los dos círculos dibujados al final de la pista. Los hombres se deslizaban balanceándose sobre un pie mientras se impulsaban con el otro, discutían, se apoyaban en los cepillos y se colocaban en posición, preparándose para una nueva piedra.

—Un deporte de esnoobs... —susurró Katrine—. Míralos.

Harry no contestó. Le gustaba el *curling*. La visión meditativa del lento navegar de la piedra girando en un universo sin fricción aparente, como una de las naves espaciales de la odisea de Kubrick, aunque el acompañamiento no era

de Johann Strauss, sino el murmullo silencioso de la piedra y del rozamiento ronroneante de los cepillos.

Los hombres ya los habían visto. Y Harry reconoció dos de las caras. De haberlas visto en entornos diversos. Uno era Arve Støp.

Idar Vetlesen se les acercó deslizándose por el hielo.

—¿Has venido a jugar, Hole?

Se lo gritó a una gran distancia, como si en realidad se dirigiera a los otros hombres y no a Harry. Y a la pregunta siguió una risa que pretendía ser jovial. Pero lo delataron los músculos que se le marcaban en la mandíbula. Se detuvo delante de ellos, con una nube de vaho blanco en la boca.

—Me temo que se ha terminado el juego —dijo Harry.

—No lo creo —dijo Idar sonriendo.

Harry empezó a notar que el frío del hielo atravesaba las suelas de las botas y le subía por las pantorrillas.

—Nos gustaría que nos acompañaras a la Comisaría General —dijo Harry—. Ahora.

A Vetlesen se le borró la sonrisa.

—¿Por qué?

—Porque nos has mentido. Entre otras cosas, no eres especialista en la enfermedad de Fahr.

—¿Quién ha dicho eso? —dijo Idar echando una mirada a los otros jugadores para constatar que estaban demasiado lejos como para poder oírlos.

—Lo ha dicho tu secretaria, que ni siquiera ha oído hablar de esa enfermedad.

—Oye —dijo Idar con un nuevo timbre en la voz, el timbre de la desesperación—. No podéis venir a buscarme de esta manera. Así delante de...

—¿De tus clientes? —preguntó Harry mirando por encima del hombro de Idar. Arve Støp quitaba el hielo de debajo de una piedra con el cepillo, sin dejar de observar a Katrine.

—No sé lo que queréis —oyó decir a Idar—. Estoy dispuesto a cooperar, pero no lo haré si lo que pretendéis es humillarme y fastidiarme deliberadamente... Estos son mis mejores amigos.

—Vamos a seguir, Vetlesen... —dijo una voz profunda de barítono. Era Arve Støp.

Harry miró al pobre cirujano. Se preguntó qué significaría para él lo de «mejores» amigos. Y pensó que, con que existiera la mínima posibilidad de que, al satisfacer el deseo de Vetlesen, recibieran algo a cambio, merecería la pena.

—Vale —dijo Harry—. Nos vamos. Pero tienes que estar en la Comisaría General de Grønland dentro de una hora exactamente. Si no, vendremos a buscarte con sirenas y trompetas. Y en Bygdøy se oyen perfectamente, ¿verdad?

Vetlesen asintió con la cabeza y por un segundo pareció que, siguiendo su

costumbre, se iba a echar a reír.

Oleg cerró de un portazo, se quitó las botas y subió a zancadas las escaleras hasta el segundo piso. Había un olor fresco a cítricos y a jabón en toda la casa. Entró corriendo en su dormitorio y los tubos de metal que colgaban del techo resonaron mientras él se quitaba los vaqueros y se ponía el chándal. Salió corriendo otra vez, pero cuando cogió la barandilla para bajar de un salto, oyó gritar su nombre desde detrás de la puerta del dormitorio de su madre.

Entró y se encontró a Rakel de rodillas, metiendo una escoba debajo de la cama.

—¿No limpiaste el fin de semana?

—Sí, pero no a fondo —dijo la madre, se levantó y le acarició la frente—. ¿Adónde vas?

—A Gressbanen. A patinar. Karsten me está esperando abajo, en la calle. Volveré a la hora de cenar. —Cogió impulso en el umbral y se deslizó con los calcetines por el parqué hacia la escalera, con el centro de gravedad bajo, como le había enseñado Erik V., uno de los veteranos de las pistas de patinaje de Valle Hovin.

—Espera un poco, jovencito. A propósito de patines...

Oleg se paró. « Vaya —pensó—. Ha encontrado los patines» .

Rakel se apoyó en el marco de la puerta,ladeó la cabeza y se lo quedó mirando.

—¿Qué pasa con los deberes?

—No tengo muchos —dijo él aliviado, y sonrió—. Los haré después de cenar.

Se dio cuenta de que su madre dudaba y añadió rápidamente:

—Qué guapa estás con ese vestido, mamá.

Ella se miró el viejo vestido azul cielo con flores blancas. Luego a Oleg, con una expresión de advertencia pero también con un amago de sonrisa en los labios.

—Cuidado, Oleg, estás hablando como tu padre.

—¿Ah, sí? Creía que él solo hablaba ruso.

No había querido darle ningún sentido especial al comentario, pero algo le sucedió a su madre, como si se hubiera sobresaltado.

Oleg dio unas pataditas de impaciencia.

—¿Puedo irme ya?

—« Vale, puedes irte » ? —la voz de Katrine Bratt retumbó entre las paredes del gimnasio del sótano de la Comisaría General—. No me puedo creer que le hayas dicho eso. No me creo que hayas dejado que Idar Vetlesen se vaya.

Harry levantó la cabeza para verle la cara a Katrine, que se inclinaba sobre el banco de ejercicios en el que estaba tendido. El globo de la lámpara del techo formaba una aureola resplandeciente y amarilla alrededor de la cabeza de su colega. Harry respiraba con dificultad bajo el peso de la barra de hierro que le cruzaba el pecho. Había llegado dispuesto a batir su propio récord de pesas en el banco con noventa y cinco kilos y no había hecho más que levantar la barra del soporte cuando Katrine entró como una exhalación y le fastidió el invento.

—No me ha quedado más remedio —dijo Harry, y consiguió empujar la barra un poco más arriba para apoyársela en el esternón—. Ha venido con su abogado, Johan Krohn.

—¿Y qué?

—Bueno. Krohn empezó preguntando qué tipo de métodos estábamos utilizando para presionar a su cliente; dijo que la compra y venta de sexo es legal en Noruega, y que nuestros métodos de trabajo para hacer que un médico respetado quebrante el secreto profesional también merecerían una primera página en los periódicos.

—¡Pero por Dios! —gritó Katrine con una voz que vibraba de ira—. ¡Se trata de un caso de asesinato!

Harry nunca la había visto perder el control de esa manera y contestó con el tono más suave de que fue capaz:

—Mira, no podemos vincular el asesinato con la enfermedad de los hijos de las víctimas, ni siquiera suponer que exista una relación. Y Krohn lo sabe. Y por lo tanto, no lo puedo retener.

—¡No! Solo puedes... quedarte ahí tumbado... ¡sin hacer nada!

A Harry empezaba a dolerle el esternón y pensó que, en eso, Katrine estaba en lo cierto, desde luego.

Katrine se tapó la cara con las manos.

—Yo... yo... lo siento. Es solo que... Ha sido un día muy raro.

—Vale —suspiró Harry—. ¿Puedes ayudarme a levantar la barra? Estoy a punto de...

—¡El otro lado! —exclamó ella y se apartó las manos de la cara—. Tenemos que empezar en el otro lado... ¡En Bergen!

—No —susurró Harry con el último aire que le quedaba en los pulmones—. Bergen no se puede considerar el otro lado. ¿Puedes...?

La miró. Vio sus ojos oscuros, que se le llenaban de lágrimas.

—Es la regla —susurró ella. Y sonrió. Ocurrió tan rápido que parecía que, de repente, fuera otra persona la que lo contemplaba desde arriba, una persona con un brillo extraño en la mirada y la voz templada—. Y tú puedes morirte, sin más.

Asombrado, oyó cómo se alejaban sus pasos y cómo a él le crujía el esqueleto. Vio unos puntitos rojos que empezaban a bailar delante de los ojos. Soltó un taco, apretó las manos alrededor de la barra de hierro y empujó con un

rugido. La barra no se movía.

Katrine tenía razón, la verdad era que podía morir así. Tenía esa opción. Cómico, pero cierto.

Se volvió, inclinó la barra hacia un lado hasta que oyó que las pesas se deslizaban y caían al suelo con un ruido ensordecedor. La barra cayó al suelo por el otro lado. Se sentó y contempló las pesas que rodaban tambaleándose por la habitación, sin meta ni objetivo.

Harry se duchó, se cambió y subió hasta el sexto piso por las escaleras. Se desplomó en la silla y notó en la musculatura ese dolor tan grato que le avisaba de que al día siguiente tendría agujetas.

Oyó los mensajes del contestador, uno de ellos de Bjørn Holm, que le pedía que lo llamase lo antes posible.

Cuando cogieron el teléfono en casa de Holm, se oyeron unos sollozos desgarradores acompañados de los rasgueos de una *pedal steel*.

—¿Qué es? —preguntó Harry.

—Dwight Yoakam —dijo Holm, y bajó el volumen—. Un cabrón muy atractivo, ¿verdad?

—Quiero decir, ¿qué querías?

—Hemos recibido los resultados de la carta del Muñeco de Nieve.

—¿Y?

—Por lo que al texto se refiere, nada de particular. Impresora láser estándar.

Harry esperó. Sabía que Holm tenía algo.

—Lo interesante es la cuartilla que ha utilizado. Nadie del laboratorio ha visto antes esa clase de papel, por eso hemos tardado un poco más. Está hecha de *mitsumata*, un tipo de rafia japonesa que se parece al papiro. Se supone que puedes reconocer el *mitsumata* por el olor. Se fabrica a mano a partir de una planta y justamente ese tipo de cuartilla es particularmente exquisito. Se llama Kono.

—¿Kono?

—Hay que ir a tiendas especializadas para comprarlo, esos sitios donde venden plumas de diez mil coronas, tinta especial y cuadernos de piel. Ya sabes...

—Pues no.

—Bueno, y o tampoco —reconoció Holm—. Pero solo hay una tienda en Oslo que venda papel de carta Kono. Worse, en la calle Gamle Drammensveien. He hablado con ellos y me dijeron que ese tipo de artículos se vende muy poco hoy en día, así que no creen que lo vayan a volver a pedir. El dueño insistió mucho en que la gente ya no tiene el mismo sentido de la calidad que antes.

—¿Eso quiere decir que...?

—Pues sí, por desgracia, quiere decir que no se acuerda de a quién le vendió papel Kono por última vez.

—Ya. ¿Y esa es la única tienda que lo vende?

—Sí —dijo Holm—. Había una en Bergen, pero dejaron de venderlo hace unos años.

Holm esperaba una respuesta, o más bien una pregunta, mientras Dwight Yoakam, muy bajito, cantaba a la tirolesa en honor de su amada, que estaba en la tumba. Pero Harry no reaccionó.

—¿Harry?

—Sí. Estoy pensando.

—¡Muy bien! —dijo Holm.

Ese humor calmoso de la gente del interior hacía que Harry siguiera riéndose entre dientes incluso sin saber por qué. Pero esta vez no. Harry carraspeó.

—Estaba pensando que es extraño de cojones enviarle una hoja de esas a un investigador de homicidios si te preocupa que el rastro lo conduzca hasta ti. No hay que ver muchas series policiacas en la tele para saber que lo comprobaríamos.

—A lo mejor no sabía que era tan poco usual... —dijo Holm—. A lo mejor no la compró él...

—Por supuesto que es una posibilidad, pero algo me dice que el Muñeco de Nieve no metería la pata de esa manera.

—Pues la verdad es que lo ha hecho.

—Quiero decir que creo que no es una metedura de pata —dijo Harry.

—Quieres decir...

—Sí, quiero decir que su intención era que nos diéramos cuenta.

—¿Por qué?

—Lo clásico. El típico asesino en serie narcisista que escenifica una obra consigo mismo como protagonista, representando el papel del invencible, el poderoso, el que terminará ganando.

—¿Ganando a quién?

—Bueno —dijo Harry, y lo expresó en voz alta por primera vez—. Aun a riesgo de parecer narcisista y o también: a mí.

—¿A ti? ¿Por qué?

—No tengo ni idea. A lo mejor porque sabe que soy el único policía de Noruega que ha atrapado a un asesino en serie, porque me considera un desafío. Es lo que sugiere la carta, alude a Toowoomba. No lo sé, Holm. Ahora que lo pienso, ¿tienes el nombre de esa tienda de Bergen?

—¡Aquí Ingle!

El apellido resonó con el acento y la gravedad propia de Bergen. Es decir, con una «n» breve, una «g» suave y una «e» larga que se quebraba a medio camino. Peter Ingling, el hombre que, por iniciativa propia, pronunciaba su

apellido igual que esa parte tan íntima del cuerpo humano tenía la respiración entrecortada y era chillón y complaciente. Les contó que había vendido todo tipo de pequeños objetos antiguos, pero que se había especializado en pipas, mecheros, plumas, carpetas de piel y accesorios de escritura. Usados o nuevos. La mayoría de sus clientes eran fijos y con una edad media que aumentaba al unísono con la suya.

A la pregunta de Harry sobre el papel de carta Kono, contestó con tono de disculpa que ya no lo vendía. En realidad, hacía varios años que no tenía en el almacén.

—A lo mejor es pedir demasiado —dijo Harry—. Pero ya que la mayoría de tus clientes son fijos, ¿podrías recordar a alguno de los que compraban ese papel de carta?

—Alguno, a lo mejor. Møller. Y Kikkusæn, el de Møllåren. No llevo ningún registro, pero la parienta tiene muy buena memoria.

—A lo mejor podéis anotar el nombre completo, la dirección y la edad aproximada de los que recordéis, y enviar un correo electrónico...

Un chasquido interrumpió a Harry.

—No tenemos ningún correo de esos. Ni pensamos tenerlo. Mejor me das un número de fax.

Harry le dio el de la Comisaría General. Vaciló un instante. Era una corazonada. Pero siempre había una razón para tener una corazonada.

—¿Por casualidad no tendríais hace unos años a un cliente..., un tal Gert Rafto? —dijo Harry.

—¿Rafto el de Hierro? —Peter Ingling se rio.

—¿Has oído hablar de él?

—Toda la ciudad sabía quién era. No, no era cliente nuestro.

El comisario Bjarne Møller solía decir que para determinar lo único posible hay que eliminar todo lo imposible. Y por eso un investigador no debe desesperarse, sino alegrarse cada vez que puede borrar una pista que no conduce a la solución. Además, solo había sido una corazonada.

—Bueno, gracias de todos modos —dijo Harry—. Que tengáis un buen día.

—No era cliente —dijo Ingling—. Era yo el que le compraba.

—¿Ah, sí?

—Sí. Con alguna cosa que otra. Mecheros de plata usados, plumas de oro, cosas así. A veces le compraba algo. Antes de que me enterara de dónde procedían, claro...

—¿Y de dónde procedían?

—¿No estás enterado? Robaba en los escenarios de los crímenes en los que trabajaba.

—¿Y nunca compró nada?

—A Rafto no le hacían falta las cosas que nosotros vendíamos.

—¿Y el papel? Eso le hace falta a todo el mundo.

—Bueno. Un momento, voy a consultárselo a mi mujer.

Tapó el auricular con la mano, pero Harry oía el griterío de fondo, y luego una conversación en voz más baja. Ingling retiró la mano y manifestó triunfal con acento de Bergen:

—Dice que cree que le dimos el resto de las hojas a Rafto cuando dejamos de venderlas. A cambio de un recado de escribir holandés de plata, algo estropeado, según dice. Mi parienta tiene una memoria increíble.

Harry colgó y comprendió que tenía que ir a Bergen. Volver a Bergen.

A las nueve de la noche seguía habiendo luz en el segundo piso del número 6 de la calle Brynsalléen de Oslo. Desde fuera, aquel edificio de seis plantas se parecía a cualquier complejo de negocios con su fachada moderna de ladrillo rojo y acero gris. Y hasta cierto punto, por dentro también, ya que la mayoría de sus más de cuatrocientos empleados eran ingenieros, especialistas en informática, sociólogos, técnicos de laboratorio, fotógrafos y cosas por el estilo. Aun así, aquella era «la unidad nacional de la lucha contra el crimen organizado y otros delitos graves», comúnmente conocida por su antiguo nombre de Policía Judicial Central, o, mejor dicho, por la abreviatura KRIPOS.

Eran las nueve de la noche y Espen Lepsvik acababa de despedirse de sus hombres después de repasar la investigación. Solo quedaba un agente en la sala de reuniones de luz intensa y poco acogedora.

—No es mucho —dijo Harry Hole.

—Bonito circunloquio para decir «nada» —comentó Espen Lepsvik frotándose los párpados con el pulgar y el índice—. ¿Vamos a tomar una cerveza mientras me cuentas lo que habéis conseguido averiguar?

Harry lo fue informando mientras Espen Lepsvik conducía hacia el centro, al restaurante Justisen, que estaba de camino a donde vivían. Cuando Harry terminó, estaban sentados en la mesa del fondo de un local muy bien aprovechado al que iban toda clase de personas, desde estudiantes sedientos de cerveza hasta abogados y oficiales de policía más sedientos aún.

—Estoy pensando en llevarme a Bergen a Katrine Bratt en vez de a Skarre —dijo Harry, bebiendo a sorbitos de la botella de agua con gas—. Comprobé su currículum justo antes de ir a veros. Es bastante novata pero, según los papeles, en Bergen trabajó en dos casos de asesinato y creo recordar que tú te desplazaste hasta allí para hacerte cargo de ellos.

—Bratt, sí, me acuerdo de ella —dijo Espen Lepsvik, sonrió y levantó el dedo índice hacia la barra indicando que quería otra cerveza.

—¿Estabas contento con ella?

—Es cojonuda. Cojonudamente... competente. —Lepsvik le guiñó el ojo a



Harry, que advirtió en el otro la mirada turbia de un hombre cansado con tres cervezas en el cuerpo—. Y si no hubiésemos estado casados ambos, creo que habría intentado ligármela, coño.

Apuró el vaso de cerveza.

—Me preguntaba más bien si te parece que es equilibrada... —dijo Harry.

—¿Equilibrada?

—Sí. Hay algo en ella... no sé cómo explicarlo. Algo extremo.

—Comprendo a qué te refieres. —Espen Lepsvik asintió lentamente con la cabeza mientras, con la mirada, intentaba encontrar un punto de apoyo en la cara de Harry—. Tiene una hoja de servicios impecable. Pero entre tú y yo, oí lo que uno de los chicos de allí contaba de ella y del marido.

Lepsvik buscaba algún indicio de aliento en la expresión de Harry; no encontró ninguno, pero continuó de todos modos:

—Algo de... ya sabes... charol y cuero. Cosas de sado. Parece que iban a ese tipo de clubes. Un poco pervertido.

—Eso no es asunto mío —dijo Harry.

—¡No, no, mío tampoco! —exclamó Lepsvik y agitó los brazos en señal de rechazo—. Solo es un rumor. ¿Y sabes qué? —Lepsvik se rio, se inclinó sobre la mesa y Harry pudo comprobar que el aliento le olía a cerveza—. Yo la habría dejado que me pusiera un collar.

Harry comprendió que debió de notársele algo en la mirada, porque, de repente, Lepsvik puso cara de arrepentirse de su franqueza y se retiró enseguida a su lado de la mesa. Luego continuó en un tono más correcto:

—Una señora muy profesional. Lista. Entregada, diligente. Recuerdo que insistió con cierta vehemencia en que le ayudase con un par de casos archivados. Pero desequilibrada no, más bien todo lo contrario. Más bien un poco hermética y rara. Pero no es la única. Sí, la verdad, creo que vosotros dos podéis ser un equipo perfecto.

Harry sonrió al oír el sarcasmo y se levantó:

—Gracias por la información, Lepsvik

—¿Por qué no me das algo de información tú también? ¿Tú y ella tenéis... algo en marcha?

—La información que puedo darte —dijo Harry arrojando un billete de cien encima de la mesa— es que deberías dejar el coche aquí.

Día 9  
Bergen

A las 08.26 en punto las ruedas de un DY604 procedente de Oslo tocaron el asfalto mojado del aeropuerto de Flesland. Y lo hicieron con la fuerza suficiente como para que, de repente, Harry se despertara del todo.

—¿Has dormido bien? —preguntó Katrine.

Harry asintió, se frotó los ojos y clavó la mirada en el lluvioso amanecer.

—Venías hablando en sueños —dijo ella sonriendo.

—Ya. —Harry no quiso preguntar de qué. Y recapituló rápidamente lo que había soñado. No había sido con Rakel. Esa noche tampoco soñó con ella. La había ahuyentado. La habían ahuyentado juntos. Pero había soñado con Bjarne Møller, su jefe y mentor, que subió a la altiplanicie de Bergen, y lo encontraron dos semanas después en el lago de Revurtjernet. Fue una decisión que Møller tomó porque él, igual que Zenón con aquello del dedo gordo que le dolía, pensó que ya no valía la pena vivir. ¿Habría llegado Gert Rafto a la misma conclusión? ¿O estaría realmente allí, en algún lugar?

—He llamado a la que fue mujer de Rafto —dijo Katrine mientras cruzaban el vestíbulo de llegadas—. Ni ella ni la hija quieren hablar más con la policía, no quieren recordar otra vez toda esa tristeza. Pero no pasa nada, los informes de entonces son más que satisfactorios.

Al salir de la terminal se metieron en un taxi.

—¿Te gusta volver a casa? —preguntó Harry alzando la voz, para hacerse oír pese al tamborileo de la lluvia y el barrido rítmico de los limpiaparabrisas.

Katrine se encogió de hombros.

—Siempre odié la lluvia. Y odiaba a los habitantes de Bergen, que insisten en que aquí no llueve tanto como dicen los del este del país.

Pasaron por la plaza Danmarksplass y Harry miró hacia la cima de Ulrikken. Aparecía cubierta de nieve y se veía el funicular en funcionamiento. Luego atravesaron la madeja de salidas y accesos de Store Lungegårdsvann y llegaron al centro, que siempre constituía una agradable sorpresa para los visitantes después de esa entrada tan deprimente.

Se alojaron en el Hotel SAS, en Bryggen. Harry le había preguntado si quería pasar la noche en casa de sus padres, pero Katrine le contestó que sería demasiado estresante para una sola noche, que ellos harían demasiados preparativos y que en realidad ni siquiera les había dicho que iba.

Les dieron las tarjetas correspondientes a sus habitaciones, y subieron en el ascensor sin decir nada. Katrine miró a Harry y sonrió como si lo del silencio en

los ascensores fuese un chiste sobrentendido. Harry miró al suelo, esperando que su cuerpo no enviara señales falsas. O auténticas.

Finalmente, las puertas del ascensor se abrieron y las caderas de Katrine se contonearon delante de él por el pasillo.

—Dentro de cinco minutos en la recepción —dijo Harry.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Harry seis minutos después, ya en el vestíbulo del hotel.

Katrine se inclinó hacia delante en el sillón enorme y pasó las hojas de su agenda de cuero. Se había puesto un elegante traje de chaqueta gris, perfectamente acorde con la vestimenta de los comerciantes que constituían la mayor parte de la clientela del hotel.

—Tienes una reunión con Knut Müller-Nilsen, el jefe del grupo de Personas Desaparecidas y de Delitos Violentos.

—¿Tú no vienes conmigo?

—Si lo hiciera, tendría que pararme a saludar y a charlar con todo el mundo, y perderíamos mucho tiempo. En realidad, es preferible que no me menciones en absoluto, se molestarían si saben que no he ido a saludarlos. Iré a la calle Øy fjordsveien para hablar con el último testigo que vio a Rafto.

—Ya. ¿Tú dónde fue eso?

—Cerca del astillero. El testigo lo vio aparcar el coche y adentrarse en el parque Nordnesparken. Nadie recogió el vehículo y dragaron la zona, sin resultado.

—¿Qué haremos después? —Harry se pasó el dedo gordo y el índice por la mandíbula pensando que debería haberse afeitado antes de ir a visitar a nadie.

—Tú repasa los informes antiguos con los investigadores que participaron entonces y que todavía siguen en la comisaría. Refréscalas la memoria. Trata de ver las cosas desde otro ángulo.

—No —dijo Harry.

Katrine levantó la vista de los papeles.

—Los investigadores de entonces llegaron a unas conclusiones y lo único que harán será defenderlas —explicó Harry—. Yo prefiero leer los informes en Oslo, tranquilamente. Y aprovechar el tiempo aquí para conocer mejor a Gert Rafto. ¿Están sus pertenencias en algún sitio?

Katrine negó con la cabeza.

—Su familia donó todo lo que tenía al Ejército de Salvación. Por lo visto no había gran cosa. Unos muebles y algo de ropa.

—¿Y hay algún lugar donde viviera o pasara parte de su tiempo?

—Desde el divorcio, vivía solo en un apartamento de Sandviken, pero se vendió hace mucho.

—Ya. ¿Y ninguna casa paterna, casa de campo o cabaña que siga perteneciendo a la familia?

Katrine dudó un instante.

—Los informes mencionan una cabaña en los terrenos que tiene la policía en la isla de Finnøy, en Fedje. En casos como este, esas cabañas se heredan, así que puede que haya algo. Tengo el número de teléfono de la mujer de Rafto, puedo llamarla.

—Creía que no hablaba con nadie de la policía.

Katrine le guiñó un ojo.

A Harry le prestaron en la recepción del hotel un paraguas que se dio la vuelta a las primeras ráfagas de viento, antes de que llegase a la plaza de Fisketorget, y mientras corría encogido hacia la entrada de la comisaría de Bergen, parecía un murciélago apaleado.

Harry estaba esperando al comisario jefe Knut Müller-Nilsen, cuando Katrine lo llamó para informarlo de que la familia de Rafto aún disponía de la cabaña en la isla de Finnøy.

—Pero la mujer lleva desde entonces sin aparecer por allí. Y según cree, la hija tampoco.

—Vamos para allá ahora mismo —dijo Harry—. Terminaré aquí a eso de la una. Nos vemos en el muelle de Zachariasbryggen.

Knut Müller-Nilsen era un oso risueño de ojos alegres y manos como raquetas de tenis. Estaba rodeado de montañas de papeles tan altas que, al sentarse detrás del escritorio, con las raquetas entrelazadas detrás de la cabeza, parecía sitiado por la nieve.

—Rafto... —dijo Müller-Nilsen, después de asegurarle que en Bergen no llovía tanto como pensaban los del este.

—Parece que los agentes de policía tienen tendencia a perderse aquí —dijo Harry, jugueteando con la foto de Gert Rafto que acompañaba a los informes que tenía delante.

—¿A qué te refieres? —Müller-Nilsen miró inquisitivamente a Harry, que había encontrado una silla de madera sin papeles en un rincón del despacho.

—Bjarne Møller —dijo Harry.

—Exacto —dijo Müller-Nilsen, pero el tono inseguro lo delató.

—El que desapareció en Fløyen —dijo Harry.

—¡Ah, sí! —Müller-Nilsen se dio un golpecito en la frente—. Un asunto muy trágico. Estuvo aquí muy poco tiempo, así que apenas tuve... Se supone que se extravió, ¿verdad?

—Eso es lo que hizo —dijo Harry, miró por la ventana y pensó en la trayectoria de Bjarne Møller desde el idealismo hasta la corrupción. En las

buenas intenciones. En los errores trágicos. De los que los demás nunca llegarían a saber nada—. ¿Qué puedes contarme de Gert Rafto?

« Mi alma gemela en Bergen» , pensó Harry después de oír la descripción de Müller-Nilsen: una relación poco saludable con el alcohol, un temperamento difícil, un lobo solitario, de moral dudosa y conducta muy censurada.

—Pero tenía unas capacidades analíticas e intuitivas extraordinarias —dijo Müller-Nilsen—. Y una voluntad de hierro. Parecía seguir un impulso... no sé cómo explicarlo. Rafto era un extremista. Desde luego, eso es evidente, teniendo en cuenta lo que pasó.

—¿Y qué pasó? —preguntó Harry, y descubrió un cenicero entre los montones de papeles.

—Rafto era violento. Y sabemos que estuvo en el piso de Onny Hetland poco antes de que la mataran, y que Hetland posiblemente sabía algo que podía haber revelado quién era el asesino de Laila Aasen, y además desapareció justo después. No sería del todo improbable que se suicidara ahogándose. Y no vimos ninguna razón para iniciar una investigación a gran escala.

—¿Podría haberse fugado al extranjero?

Müller-Nilsen negó sonriendo.

—¿Por qué no?

—Digamos que en este caso teníamos la ventaja de conocer muy bien al sospechoso. Aunque, en teoría, no le habría sido difícil huir de Bergen, no era ese tipo de persona. Así de sencillo.

—¿Y ninguno de sus familiares o amigos ha recibido noticias suyas?

Müller-Nilsen volvió a negar.

—Sus padres ya no viven, y Rafto no tenía muchos amigos. Tenía una relación algo complicada con la que fue su mujer, así que lo más probable es que no se pusiera en contacto con ella de todas formas.

—¿Y la hija?

—Tenían buena relación. Una chica maja y competente. Se las ha arreglado muy bien, al fin y al cabo, teniendo en cuenta la infancia que le tocó vivir.

Harry se dio cuenta de lo que daba a entender aquel « se las ha arreglado muy bien, al fin y al cabo» , una expresión típica de las comisarías pequeñas, donde todos dan por hecho que lo saben casi todo de todo el mundo.

—¿Tenía Rafto una cabaña en la isla de Finnøy? —preguntó Harry.

—Sí, claro, y sería un sitio lógico donde esconderse. Recapacitar y luego... —Müller-Nilsen se pasó una de sus manazas por el cuello—. Registramos la cabaña, peinamos la isla con perros y dragamos las aguas. Nada.

—Pensaba dar una vuelta por allí.

—No hay mucho que ver. Nuestra cabaña está justo encima de la de Rafto el de Hierro y, por desgracia, está muy deteriorada. No me parece bien que la viuda no renuncie a ella, ya que nunca va por allí. —Müller-Nilsen miró el reloj

—. Tengo una reunión, pero uno de los comisarios que participó entonces repasará el informe contigo.

—No hace falta —dijo Harry mirando la foto. La cara le resultó de pronto familiar, como si la hubiese visto recientemente. ¿En una persona disfrazada? ¿Alguien a quien solo había visto de pasada? ¿Alguien que actuaba con un papel secundario y por eso no se había fijado en él, uno de los vigilantes de parquímetros que pululaban por la calle Sofie, un dependiente del Vinmonopolet? Harry se rindió.

—Así que no era Gert, ¿no?

—¿Perdona?

—Lo llamas Rafto el de Hierro. O sea, no lo llamabais Gert a secas, ¿verdad? Müller-Nilsen lo miró algo inseguro, empezó a reírse, pero el intento se quedó a medias.

—No, creo que nunca se nos habría ocurrido.

—Bueno. Gracias.

Cuando salía por la puerta, Harry oyó gritar a Müller-Nilsen y se volvió. El jefe de grupo se había asomado a la puerta del despacho, al final del pasillo, y sus palabras vibraron con un breve eco al rebotar en las paredes:

—Creo que a Rafto tampoco le habría gustado.

Fuera del edificio policial, Harry se quedó mirando a la gente que avanzaba encorvada arrostrando el viento y la lluvia por las aceras. Aquella sensación no desaparecía. La sensación de que allí había algo o alguien, cerca, dentro, visible si lo contemplara como debía, a la luz adecuada.

Katrine recogió a Harry en el muelle, tal y como habían acordado.

—Me lo ha prestado un compañero —dijo mientras manejaban la pequeña embarcación de seis metros de eslora y salían por la estrecha bocana del puerto. Cuando viró a la altura del cabo de Nordneset, un sonido llamó la atención de Harry, que se volvió y vio el tótem. Las bocas abiertas de aquellas caras de madera le gritaban enronquecidas. Un golpe de viento frío barrió el barco.

—Son los leones marinos del acuario —dijo Katrine.

Harry se ajustó el abrigo.

Finnøy era una isla pequeña. Aparte de brezo, la porción de tierra sacudida por la lluvia no presentaba otra vegetación, pero tenía un muelle donde Katrine atracó el barco con suma habilidad. En la zona de las cabañas había un total de sesenta, del tamaño de una casa de muñecas, que a Harry le recordaron a las casas de los mineros que había visto en Soweto.

Katrine llevó a Harry por el sendero de gravilla que se extendía entre las cabañas antes de enfilar hacia una de ellas. Destacaba porque tenía la pintura de las paredes desconchada. En una de las ventanas se apreciaba una grieta. Katrine

se puso de puntillas, sujetó la bombilla que había encima de la puerta y la desenroscó. Algo raspaba en el interior al girar la bombilla, y una nube de insectos muertos salió flotando; además de una llave que ella atrapó en el aire.

—Le he gustado a la mujer —dijo Katrine, y metió la llave en la cerradura de la puerta.

En el interior olía a moho y a madera húmeda. Harry miró fijamente la penumbra, oyó el clic de un interruptor y se encendió la luz.

—Así que tiene suministro de electricidad a pesar de que no la usa —dijo.

—El suministro es de la comunidad —dijo Katrine mirando lentamente a su alrededor—. Lo paga el Estado.

La cabaña tenía veinticinco metros cuadrados y consistía en una sala de estar con cocina americana y un dormitorio. Había botellas vacías de cerveza en la encimera y en la mesa de la sala de estar. Nada en las paredes, ningún adorno en los alféizares ni libros en la estantería.

—También hay un sótano —dijo Katrine señalando una trampilla que se distinguía en el suelo—. Este es tu terreno. ¿Qué hacemos ahora?

—Buscar —dijo Harry.

—¿El qué?

—Lo que menos se nos ocurra.

—¿Por qué?

—Porque es fácil pasar por alto algo importante si estás buscando otra cosa. Vacía el cerebro de expectativas. Y mira, no busques. Comprenderás lo que estás buscando cuando lo veas.

—De acuerdo... —dijo Katrine despacio.

—Tú busca aquí arriba —dijo Harry, se acercó a la trampilla y tiró del aro de hierro, que estaba encajado. Una angosta escalera de madera descendía a la oscuridad. Tenía la esperanza de que ella no hubiese advertido que dudaba.

Mientras bajaba a la húmeda negrura, que olía a tierra seca y a madera podrida, se le fueron pegando a la cara retazos de tela de arañas muertas y reseca. Todo el sótano estaba bajo tierra. Encontró un interruptor al final de la escalera y lo encendió, pero sin resultado. La única luz que había allí abajo era el piloto rojo de la parte superior de un congelador que estaba en la pared más estrecha. Encendió la linterna y el haz de luz fue a dar en la puerta de un trastero.

Las bisagras chirriaron cuando la abrió. Era un cuartito con herramientas de carpintero. Para un hombre que ambicionaba hacer algo que tuviera sentido, pensó Harry. No solo atrapar asesinos.

Pero no parecía que las hubiera utilizado mucho, así que a lo mejor Rafto se dio cuenta de que se podían emplear para otros fines, que él no iba a construir, sino a poner orden. Se oyó un ruido repentino y Harry se dio la vuelta rápidamente. Respiró tranquilo cuando comprendió que era el termostato del congelador, que el ventilador se había puesto en marcha de golpe. Harry se fue

al otro trastero. Una manta cubría todo lo que contenía. La retiró y el olor a humedad le dio en la cara. La luz de la linterna iluminó una sombrilla podrida, una mesa de plástico, una pila de cajones de plástico, sillas de plástico descoloridas y un juego de *croquet*. Eso era todo lo que había en el sótano. Oyó a Katrine trajinar arriba y fue a cerrar la puerta del trastero. Pero uno de los cajones de plástico se había deslizado hasta el marco de la puerta al quitar la manta. Iba a moverlo con el pie cuando se quedó mirándolo. A la luz de la linterna pudo ver la chapa con el letrero que sobresalía en un lateral. Electrolux. Se fue hasta la pared, donde el ventilador del congelador seguía zumbando. Efectivamente, de la marca Electrolux. Tiró del asidero, pero la puerta no cedía. Descubrió la cerradura justo debajo del asidero y comprendió que el congelador estaba cerrado con llave. Se fue al cuartito de las herramientas y cogió el pie de cabra. Cuando volvió, Katrine estaba bajando la escalera.

—Ahí arriba no hay nada —dijo—. Creo que podemos irnos. ¿Qué haces?

—Quebrantar las normas del registro domiciliario —dijo Harry, que había metido el extremo del pie de cabra justo encima de la cerradura de la puerta del congelador. Echó el peso en el otro extremo. No pasó nada. Volvió a sujetarlo, apoyó un pie en la escalera y empujó con fuerza.

—Qué coño...

La puerta se abrió con un sonido seco y Harry se cayó. Oyó el ruido de la linterna al dar contra el suelo de cemento y notó el frío que le llegaba como el aliento de un glaciar. Harry buscó a tientas la linterna a su espalda cuando oyó a Katrine. Era un sonido que penetraba hasta el tuétano, un grito profundo y estentóreo que pasó a ser un sollozo similar a una risa. Luego se hizo el silencio un par de segundos mientras ella respiraba, antes de continuar: el mismo grito, prolongado, como el plañido metódico y ritual de una mujer dando a luz. Pero entonces Harry ya lo había visto y comprendió por qué. Gritaba porque el congelador todavía funcionaba perfectamente después de doce años y la luz interior se había encendido revelando lo que había oprimido allí dentro, con los brazos por delante, las rodillas dobladas y la cabeza apretada contra el lateral del congelador. El cadáver aparecía cubierto de cristales de hielo, como una capa de hongos blancos que lo hubiera estado devorando, y tenía una postura tan retorcida como los gritos de Katrine. Pero no fue por eso por lo que a Harry se le revolvió el estómago. En el momento en que forzó la puerta, el cadáver, que probablemente estaba apoyado en ella, se cayó hacia delante. Y la frente dio contra el borde de la puerta, de manera que los cristales de nieve cayeron al suelo del sótano. De ahí que Harry pudiera asegurar que quien les estaba sonriendo era Gert Rafto. La boca con la que sonreía no era la que tenía cosida con un hilo grueso de cáñamo que iba haciendo zigzag uniendo los labios. La sonrisa continuaba por la barbilla y giraba ascendiendo por la cara, dibujada con una hilera de clavos seguramente clavados con un martillo. En cualquier caso, lo



más llamativo era la nariz. Harry se tragó la bilis por pura fuerza de voluntad. Sin duda, primero le quitaron el hueso nasal y el cartilago. El frío se había comido todo el color de la zanahoria. El muñeco de nieve estaba completo.

## TERCERA PARTE

Día 9

Número ocho

Eran las ocho de la tarde, pero quienes bajaban por Grønlandsleiret podían ver la luz encendida en todas las ventanas del sexto piso de la Comisaria General.

Delante de Harry, en la sala de reuniones K1, estaban Holm y Skarre, Espen Lepsvik, el jefe de la Policía Judicial y Gunnar Hagen. Habían pasado seis horas y media desde que encontraron a Gert Rafto en la isla de Finnøy, y cuatro desde que Harry llamó desde Bergen para convocar una reunión antes de irse hacia el aeropuerto.

Harry informó del hallazgo del cadáver, e incluso el jefe de la Policía Judicial dio un respingo en la silla cuando le enseñó las fotos del lugar de los hechos, que la comisaría de Bergen había enviado por correo electrónico.

—El informe de la autopsia no está listo todavía —dijo Harry—. Pero la causa de la muerte es bastante obvia. Le pusieron un arma en la boca y la bala le atravesó el paladar y le salió por la nuca. Sucedió allí mismo. Los chicos de Bergen encontraron la bala en la pared del trastero.

—¿Sangre y masa cerebral? —preguntó Skarre.

—No —dijo Harry.

—Después de tantos años —dijo Lepsvik—, las ratas, los insectos...

—Podrían haber encontrado rastros —dijo Harry—. Pero he hablado con el médico forense y estamos de acuerdo. Creemos que Rafto contribuyó a que no resultase tan sucio.

—¿Cómo? —dijo Skarre.

—Vaya... —dijo Lepsvik.

Al parecer, Skarre empezaba a caer en la cuenta, y se le distorsionó la cara de asco.

—Joder...

—Perdón —dijo Hagen—. ¿Alguien me puede explicar de qué estáis hablando?

—Es algo que vemos de vez en cuando en casos de suicidio —dijo Harry—. El desgraciado succiona el aire que hay en el cañón antes de pegarse un tiro. Gracias al vacío, hay menos... —buscaba la palabra—. Porquería. Seguramente, lo obligaron a succionar el aire.

Lepsvik movió la cabeza.

—Y un policía como Rafto tenía que saber por qué.

Hagen se puso blanco.

—¿Pero cómo...? ¿Cómo demonios se consigue que un hombre succione...?

—Puede que le dieran a elegir —dijo Harry—. Hay formas peores de morir que de un tiro en la boca. —Se hizo un silencio total. Harry dejó que se aposentara antes de continuar—: Hasta ahora no hemos encontrado los cadáveres de las víctimas. A Rafto también lo escondieron, pero lo habrían encontrado bastante rápido si los familiares no hubiesen evitado ir a la cabaña. Lo que me hace pensar que él no formaba parte del proyecto del asesino.

—Que, en tu opinión, es un asesino en serie, ¿no? —No había ni rastro de provocación en el tono de voz del jefe de la Policía Judicial, solo un deseo de confirmación.

Harry asintió con la cabeza.

—Si no formaba parte de lo que llamas «su proyecto», ¿cuál puede haber sido el motivo entonces?

—No lo sabemos, pero cuando la víctima de asesinato es un investigador de homicidios, es lógico pensar que el asesino lo consideraba un peligro.

Espen Lepsvik carraspeó.

—A veces la forma en que tratan a los cadáveres nos aporta alguna pista sobre el móvil. En este caso, cambiaron la nariz por una zanahoria, por ejemplo. Es decir, una nariz larga.

—¿Para tomaros el pelo? —preguntó Hagen.

—Con lo de la nariz larga, a lo mejor quería decir que era un husmeador —dijo Holm cuidadosamente.

—¡Eso es! —exclamó Hagen—. Una advertencia para que otros curiosos se mantengan alejados.

El jefe de la Policía Judicial inclinó la cabeza y miró a Harry de soslayo.

—¿Y qué pasa con la boca cosida?

—Una advertencia para que mantengan la boca cerrada —dijo Skarre categóricamente.

—¡Exactamente! —exclamó Hagen—. Si Rafto era una manzana podrida, puede ser que él y el homicida fuesen cómplices y Rafto lo amenazara con desenterrarlo.

Todos miraron a Harry que no había comentado ninguna de las propuestas.

—¿Tú qué dices? —gruñó el jefe de la Policía Judicial.

—Naturalmente, podéis tener razón —dijo Harry—. Pero creo que el único mensaje que quiere enviar es que allí estaba el Muñeco de Nieve. Y que le gusta hacer muñecos de nieve. Punto.

Los demás cruzaron una mirada rápida, pero nadie protestó.

—Tenemos otro problema —dijo Harry—. La comisaría de Bergen ha emitido un comunicado de prensa informando de que se ha encontrado un cadáver en la isla de Finnøy, eso es todo. Y les he pedido que, de momento, no revelen otros detalles, así tendremos un par de días para buscar rastros sin que el Muñeco de Nieve sepa que hemos encontrado el cadáver. Por desgracia, no es

demasiado realista pensar que vayamos a disponer de esos dos días, ninguna comisaría es tan hermética.

—La prensa sabrá el nombre de Rafto mañana a primera hora —dijo Espen Lepsvik—. Conozco a los del *Bergens Tidende*, y a los del *Bergensavisen*.

—Error —oyeron decir a su espalda—. En TV2 lo tendrán para la última edición de las noticias de esta noche. No solo el nombre, sino los detalles del escenario del crimen y la conexión con el Muñeco de Nieve.

Se volvieron. Katrine Bratt estaba en el umbral de la puerta. Seguía pálida pero, a pesar de todo, no tanto como cuando Harry la vio alejarse con el barco desde Finnøy, mientras él se quedaba esperando a la policía.

—¿Así que conoces a la gente de TV2? —dijo Espen Lepsvik sonriendo a medias.

—No —dijo Katrine, y se sentó—. Conozco la comisaría de Bergen.

—¿Dónde has estado, Bratt? —preguntó Hagen—. Llevamos varias horas echándote de menos.

Katrine miró a Harry, que asintió imperceptiblemente y carraspeó.

—Katrine ha estado ocupada con un par de cosas que yo le había encargado.

—Sería algo importante. Cuéntanos, Bratt.

—No tenemos por qué hablar de eso ahora —dijo Harry.

—Es que tengo curiosidad —lo apremió Hagen.

«Puto hijo de la Academia Militar —pensó Harry—. Un tío al que le van los relojes y los informes. ¿No la puedes dejar en paz, no entiendes que la chica todavía está conmocionada? Tú mismo te has puesto pálido al ver esas fotos. Se ha ido corriendo a su casa, ha querido escapar de todo. ¿Y qué? Ahora ya ha vuelto. Más valdría que le dieras una palmada en el hombro, en vez de humillarla delante de sus colegas». Harry lo dijo alto y claro para sus adentros mientras intentaba captar la mirada de Hagen, para hacérselo comprender.

—¿Entonces, Bratt?

—He comprobado unas cuantas cosas —dijo Katrine levantando la barbilla.

—Muy bien. ¿Como qué?

—Como que Idar Vetlesen estudiaba medicina cuando asesinaron a Laila Aase y a Onny Hetland y Rafto desapareció.

—¿Y qué importancia tiene eso? —preguntó el jefe de la Policía Judicial.

—Alguna tiene —dijo Katrine—, porque estudió en la Universidad de Bergen. En la sala de reuniones K1 se hizo el silencio.

—¿Un estudiante de medicina? —El jefe de la Policía Judicial miraba a Harry.

—¿Por qué no? —dijo Harry—. Un estudiante que después se especializó en cirugía plástica, y que dice que le gusta modelar a las personas.

—Comprobé dónde pasó el año obligatorio de médico de urgencias, y dónde ha trabajado —dijo Katrine—. No coincide con los lugares donde han

desaparecido las mujeres que creemos que ha secuestrado el Muñeco de Nieve. Pero un médico joven siempre puede justificar los viajes. Conferencias, sustituciones.

—Es un coñazo que el abogado Krohn no nos deje hablar con ese tío.

—Olvidalo —dijo Harry—. Vamos a detener a Vetlesen.

—¿Por qué? —dijo Hagen—. ¿Por haber estudiado en Bergen?

—Por prostitución de menores.

—¿Basándonos en qué? —preguntó el jefe de la Policía Judicial.

—Un testigo. El propietario del Leon. Y tenemos fotos que sitúan a Vetlesen en el lugar.

—Siento tener que decirlo —dijo Espen Lepsvik—. Pero conozco al tío ese del Leon, y no testificaría jamás. El caso no prosperará, vais a tener que soltar a Vetlesen en un plazo de veinticuatro horas, os lo garantizo.

—Lo sé —dijo Harry mirando el reloj, tratando de calcular cuánto tardaría en conducir hasta Bygdøy—. Y resulta increíble lo que la gente es capaz de contar en ese tiempo.

Harry pulsó el timbre de la puerta otra vez y se dijo que era como cuando él era pequeño y llegaban las vacaciones de verano y todo el mundo se iba y él era el único chico que quedaba en Oppsal. Cuando llamaba al timbre de Øystein o de alguno de los otros con la esperanza de que, como por un milagro, alguno estuviera en casa y no con la abuela en Halden, en la cabaña de Son o de acampada en Dinamarca. Apretaba el timbre una y otra vez hasta que se convencía de que solo quedaba una oportunidad. Tresko. Tresko, con quien Øystein y él nunca querían jugar, pero que siempre andaba por allí de todos modos, como una sombra, a la espera de que cambiaran de opinión y lo dejaran participar. Lo más probable es que hubiera elegido a Harry y a Øystein porque ellos tampoco eran de los que más destacaban en popularidad, así que habría calculado que ese era el club donde más posibilidades tenía de que lo admitieran. Y en verano se le presentaba aquella posibilidad, porque él era el único que quedaba y Harry sabía que Tresko siempre estaba en casa, que su familia nunca podía permitirse viajar a ningún sitio, y que él no tenía otros amigos con quien jugar.

Harry oyó el arrastrar de unas pantuflas dentro de la casa y la puerta se abrió un poco. A la mujer se le iluminó la cara. Exactamente igual que a la madre de Tresko cuando veía a Harry. Nunca lo invitaba a pasar, sino que llamaba a Tresko, lo buscaba, le echaba la bronca, lo hacía ponerse aquel anoraktan feo y lo mandaba salir a la escalera, donde se quedaba mirando taciturno a Harry. Y Harry sabía que Tresko sabía. Y notaba su odio mudo mientras bajaban al quiosco. Pero no le importaba. Así se pasaba el rato.

—Lo siento, Idar no está —dijo la señora Vetlesen—. ¿Pero no quiere pasar y esperarlo? Dijo que solo iba a dar una vuelta.

Harry negó con la cabeza y se preguntó si la mujer vería las luces azules que barrían la oscuridad de la noche de Bygdøy, allá abajo, en la calle que se extendía a su espalda. Estaba seguro de que había sido el idiota de Skarre el que las había encendido.

—¿Cuándo se ha ido?

—Poco antes de las cinco.

—Pero de eso ya hace muchas horas —dijo Harry—. ¿Dijo adónde iba?

Ella negó con la cabeza.

—No me cuenta nada. ¿Qué te parece? Ni siquiera quiere mantener informada a su propia madre.

Harry le dio las gracias y dijo que volvería más tarde. Bajó por el camino de gravilla y las escaleras hacia la verja. No habían encontrado a Vetlesen en la clínica ni en el Leon, y la pista de *curling* estaba cerrada y a oscuras. Encajó la verja al salir y se acercó al coche policial. El agente uniformado bajó la ventanilla.

—Apaga las luces de emergencia —dijo Harry dirigiéndose a Skarre, que estaba en el asiento trasero—. Dice que no está en casa, y creo que dice la verdad. Tenéis que esperar aquí a ver si vuelve. Llama a la Judicial de guardia y diles que pueden activar la orden de búsqueda. Pero nada de usar la radio, ¿de acuerdo?

Ya en el coche, de vuelta a la ciudad, Harry llamó a la central de operaciones de Telenor, donde le dijeron que Torkildsen ya se había ido a su casa, y que cualquier solicitud de localización del teléfono móvil de Idar Vetlesen debía llegarles por las vías formales al día siguiente por la mañana. Colgó y subió el volumen de *Vermilion* de Slipknot, pero se dio cuenta de que no lo aguantaba y pulsó el botón para sacar el disco y cambiarlo por uno de Gil Evans que había encontrado en el fondo de la guantera. La radio estatal noruega seguía parloteando mientras él manoseaba la cubierta del cedé.

—La policía busca a un médico de poco más de treinta años, con domicilio en Bygdøy. Se lo relaciona con los homicidios del Muñeco de nieve.

—¡Joder! —gritó Harry estrellando contra el parabrisas a Gil Evans, que estalló en forma de lluvia de fragmentos de plástico. El resto del disco cayó rodando al suelo. Harry piso el acelerador presa de la frustración y adelantó a un camión cisterna que iba por el carril izquierdo. Veinte minutos. Habían tardado veinte minutos. ¿Por qué a los de la Comisaría General no les daban de una vez un micrófono y un horario de emisión en directo?

La cantina de la Comisaría General estaba cerrada y vacía, pero fue allí donde

Harry la encontró. A ella, con unos bocadillos en una mesa para dos. Harry se sentó en la otra silla.

—Gracias por no contar que perdí el control en la isla de Finnøy —dijo ella en voz baja.

Harry asintió con la cabeza.

—¿Dónde te metiste?

—Dejé el hotel y llegué a tiempo de coger el avión de las tres a Oslo. Tenía que irme de allí. —Ella miró la taza de té—. Yo... lo siento.

—No pasa nada —dijo Harry mirándole la nuca esbelta e inclinada, con el pelo recogido, y su mano delicada encima de la mesa. Ahora la veía diferente—. Cuando los duros se desmoronan, se desmoronan de verdad.

—¿Por qué?

—Puede que por falta de experiencia en eso de perder el control.

Katrine asintió, aún con la mirada fija en el fondo de la taza de té, que tenía el logo del Equipo Deportivo de la Policía.

—Tú eres un obseso del control, Harry. ¿Nunca lo pierdes?

Ella levantó la mirada, y Harry pensó que la luz intensa del iris le daba un reflejo azul al blanco de los ojos. Alargó el brazo para coger el paquete de tabaco.

—Yo soy de los que tienen mucha experiencia en perder el control. Casi no me he entrenado en otra cosa que en desmadrarme. Soy cinturón negro en pérdida de control.

Ella sonrió débilmente por toda respuesta.

—Han medido la actividad mental de los boxeadores experimentados —dijo él—. ¿Sabías que pierden el conocimiento varias veces a lo largo de un combate? Un segundo aquí, y otro segundo allá. Pero, de algún modo, consiguen resistir. Como si el cuerpo supiese que es algo transitorio, se hace con el control y los mantiene en pie el tiempo necesario para que vuelva la conciencia. —Harry sacó un cigarro del paquete—. Yo también perdí el control allí, en la cabaña. La diferencia es que después de tantos años, mi cuerpo sabe que vuelve.

—Pero ¿qué haces? —dijo Katrine apartándose un mechón de pelo de la cara—. ¿Qué haces para no venirte abajo enseguida?

—Haz como los boxeadores, sigue el impulso del golpe. No te resistas. Si algo de lo que pasa en el trabajo te afecta, tienes que permitir que te afecte. De todas formas, a la larga no consigues evitarlo. Hazlo paso a paso, déjalo salir, como se deja salir el agua de una presa, no dejes que se acumule hasta que se agriete el muro.

Se puso el cigarrillo sin encender entre los labios.

—Sí, ya, todo esto te lo explicó el psicólogo policial cuando eras estudiante. Ahora viene el punto clave. Incluso aunque lo exteriorices todo lo que puedas, trata de tomar conciencia de lo que provoca en ti. De notar si te destruye.



—De acuerdo —dijo Katrine—. ¿Y qué haces si notas que te destruye?

—Entonces te buscas otro trabajo.

Ella se lo quedó mirando un buen rato.

—¿Y tú qué hiciste, Harry? ¿Qué hiciste cuando notaste que te estaba destruyendo?

Harry mordió el filtro ligeramente, notó la fibra suave y seca del filtro rozándole los dientes. Y pensó que Katrine podría haber sido su hermana o su hija, que estaban hechos del mismo material. Un material duro, rígido y pesado, con grandes grietas.

—Se me olvidó buscar otro trabajo.

Ella sonrió.

—¿Sabes qué? —dijo bajito.

—¿No?

Ella alargó el brazo, le quitó el cigarrillo de la boca y se inclinó sobre la mesa.

—En mi opinión...

La puerta de la cantina se abrió de golpe. Era Holm.

—Ya está en las noticias de TV2 —dijo—. Nombre y fotos tanto de Rafto como de Vetlesen.

Y en ese momento empezó el caos. A pesar de que eran las once de la noche, la recepción de la Comisaría General no tardó ni media hora en llenarse de periodistas y de fotógrafos. Todos esperaban que el jefe de la investigación, Espen Lepsvik, o el jefe de Delitos Violentos, el jefe de la Policía Judicial, el comisario jefe de la comisaría o en realidad, cualquiera, bajara a decir algo. Protestaban murmurando entre sí que la policía debía ser consciente de su responsabilidad de mantener al público informado de un asunto tan serio, tan estremecedor y que tantos ejemplares vendería.

Harry se encontraba junto a la barandilla del patio interior, mirando a los que aguardaban abajo andando en círculos como tiburones inquietos, consultándose los unos a los otros, engañándose mutuamente, ayudándose, soltando faroles e intentando sacar información. ¿Alguien había oído algo? ¿Darian esa misma noche una conferencia de prensa? ¿Aunque fuera una breve e improvisada? ¿Estaba Vetlesen ya camino de Tailandia? Se acercaba la hora de cierre, el *deadline*, algo tenía que ocurrir.

Harry había leído en alguna parte que la palabra *deadline* procedía de los campos de batalla de la guerra civil norteamericana, donde, por falta de un lugar concreto en el que encerrar a los prisioneros, los apiñaban dibujando una línea en el suelo. Esa línea recibió el nombre de *deadline*, y a todo el que pasaba al otro lado, le pegaban un tiro inmediatamente. Y precisamente eso eran aquellos guerreros de las noticias que se habían congregado en la recepción, prisioneros

de guerra mantenidos a raya por un *deadline*.

Harry estaba a punto de entrar en la sala de reuniones para unirse a los demás cuando le sonó el móvil. Era Mathias.

—¿Has oído el mensaje que te dejé en el contestador hace un rato?

—No he tenido tiempo, aquí hay mucho jaleo —dijo Harry—. ¿Podemos hablar más tarde?

—Por supuesto —dijo Mathias—. Pero se trata de Idar. Vi en las noticias que lo busca la policía.

Harry se cambió el auricular a la otra mano.

—Dime.

—Idar me llamó esta mañana temprano. Me preguntó por la carnadrioxida. A veces me llama para preguntarme por algún medicamento, la farmacología no es su fuerte. Así que no le di mayor importancia. Y te llamo porque la carnadrioxida es un medicamento extremadamente peligroso. Pensé que querriais saberlo.

—Claro, claro —dijo Harry buscando en los bolsillos hasta que encontró un lápiz medio mordido y un billete de tranvía—. ¿Carna...?

—Carnadrioxida. Contiene veneno de un caracol marino y se utiliza como paliativo para pacientes con cáncer y sida. Es mil veces más potente que la morfina y, con que te pases solo un poco en la dosis, puedes provocar una parálisis muscular inmediata.

Harry anotaba.

—De acuerdo. ¿Qué más dijo?

—Nada más. Parecía estresado. Solo me dio las gracias y colgó.

—¿Sabes desde dónde llamaba?

—No, pero había algo extraño en la acústica, seguro que no llamó desde la consulta. Sonaba como si estuviese en una iglesia o una cueva, ¿comprendes?

—Comprendo. Gracias, Mathias, te llamaremos si queremos saber algo más.

—Encantado de poder...

Harry no oyó el final, porque pulsó el botón de apagado y se cortó la conexión.

En la sala de reuniones K1 se encontraba el pequeño grupo de investigación al completo con las tazas, una jarra de café recién hecho borboteando en la cafetera y las chaquetas colgadas de las sillas. Skarre acababa de volver de Bygdøy. Contó la conversación que había mantenido con la madre de Idar Vetlesen, que había insistido en que no sabía nada y que debía tratarse de un terrible malentendido.

Katrine había llamado a la secretaria, Borghild Moen, que le había dicho lo mismo.

—Las interrogaremos mañana si hace falta —dijo Harry—. Ahora me temo que tenemos un problema más urgente.

Los otros tres lo miraban perplejos mientras él los ponía al corriente de su conversación con Mathias. Y leyó el dorso del billete de tranvía. «Carnadrioxida».

—¿Crees que es así como las mata? —preguntó Holm—. ¿Con un medicamento paralizante?

—Eso es —interrumpió Skarre—. Por eso tiene que esconder los cadáveres. No quiere que se descubra el fármaco en la autopsia y que el rastro nos lleve hasta él.

—Lo único que sabemos —dijo Harry— es que Idar Vetlesen está fuera de control. Y si él es el Muñeco de Nieve, está rompiendo el patrón.

—La cuestión —intervino Katrine— es quién será el siguiente. Porque alguien va a morir pronto a causa de esa sustancia.

Harry se frotó la nuca.

—¿Te han dado la lista de las llamadas telefónicas de Vetlesen, Katrine?

—Sí. Me dieron los nombres que correspondían a cada número y los repasé con Borghild. La mayoría eran pacientes. Y había dos llamadas, una al abogado Krohn y otra al colega que acabas de mencionar, Lund-Helgesen. Pero además, había un número correspondiente a la editorial Popper.

—No tenemos mucho con lo que trabajar —dijo Harry—. Podemos seguir aquí tomando café, rascándonos estas cabezas huecas. O irnos a casa y volver mañana con las mismas cabezas huecas, solo que descansadas.

Los otros se lo quedaron mirando fijamente.

—No estoy de broma —dijo—. A ver si os vais a casa de una puñetera vez.

Harry se ofreció a llevar a Katrine a la parte de la ciudad conocida como Grønkellet, que, tiempo atrás, fue un barrio obrero, según le indicó ella, y paró delante de uno de los viejos edificios de cuatro plantas de la calle Seilduksgata.

—¿Cuál es tu apartamento? —dijo Harry inclinándose.

—La tercera planta a la izquierda.

Él miró hacia arriba. Todas las ventanas estaban a oscuras. No vio ninguna cortina.

—Parece que tu marido no está en casa. O puede que se haya ido a dormir.

—Puede —dijo ella sin moverse—. ¿Harry...?

Él la miró inquisitivamente.

—Cuando dije que la cuestión era quién sería el siguiente, ¿comprendiste a quién me refería?

—Puede —dijo él.

—Lo que encontramos en la isla de Finnøy no era el homicidio de una

persona cualquiera que sabía demasiado. Estaba planeado mucho antes.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que es probable que, si resultó que Rafto había encontrado una pista, él tuviera planeado que así fuera.

—Katrine...

—Espera. Rafto era el mejor investigador de homicidios de Bergen. Tú eres el mejor de Oslo. Puede que hubiera previsto que tú investigarías estos homicidios, Harry. Por eso recibiste la carta. Solo digo que a lo mejor debes tener algo de cuidado.

—¿Estás intentando asustarme?

Ella se encogió de hombros.

—Si tienes miedo, ¿sabes lo que significa?

—No.

Katrine abrió la puerta del coche.

—Que deberías buscar otro trabajo.

Harry entró en su apartamento, dejó las botas y se paró en el umbral de la sala de estar. La habitación parecía totalmente desmontada, como el montaje de un juego de construcción, pero en el sentido inverso. La luz de la luna iluminaba algo blanco pintado en la pared de hormigón, roja y desnuda. Entró. Era un ocho, dibujado con tiza. Estiró la mano y lo tocó. Tenía que ser el tío de los hongos, ¿pero qué significaba? A lo mejor era una clave que indicaba qué remedio debía utilizar justo allí.

Harry se pasó el resto de la noche dando vueltas en la cama, presa de terribles pesadillas. Soñó que le metían algo en la boca y que tenía que respirar por la abertura para no ahogarse. Que sabía a aceite, a metal y pólvora, y que al final no había más aire allí dentro, solo el vacío. Así que escupió la cosa y descubrió que no había estado respirando por el cañón de una pistola, sino por un número ocho. Un número ocho con un círculo grande debajo y uno más pequeño arriba. El círculo grande, debajo; y el más pequeño, arriba. Poco a poco al ocho se le añadió un tercer círculo más pequeño todavía. Una cabeza. La de Sylvia Ottersen. Ella intentaba gritar, intentaba contar lo que había ocurrido, pero no podía. Le habían cosido la boca.

Cuando se despertó, Harry tenía los ojos pegados, un dolor de cabeza inmenso y, sobre los labios, una capa que sabía a cal y a bilis.

Día 10  
*Curling*

Hacia una mañana desapacible en Bygdøy cuando Asta Johannessen abrió la puerta del club de *curling* a las ocho, como de costumbre. La mujer, una viuda de casi setenta años, limpiaba allí dos días por semana, lo cual era más que suficiente, ya que solo un puñado de hombres utilizaba aquellas instalaciones privadas y, además, no había duchas. Encendió la luz. De los listones de madera de las paredes colgaban trofeos, diplomas, estandartes con leyendas en latín y fotos antiguas en blanco y negro de hombres con bigote, *tweed* y un porte digno. A Asta le parecían cómicos, como esos cazadores de zorros ingleses de las series televisivas sobre la clase alta. Al entrar notó por el frío que se habían olvidado de subir el termostato para el hielo, según solían hacer para ahorrar electricidad. Asta Johannessen encendió la luz y mientras los tubos fluorescentes parpadeaban como debatiéndose entre la posibilidad de encenderse o no, se puso las gafas y comprobó que, efectivamente, el termostato de la refrigeración estaba demasiado bajo, así que lo subió.

La luz brillaba en la superficie de hielo gris. A través de las gafas de cerca distinguió algo al final de la pista, y se las quitó. Poco a poco, logró enfocar bien. ¿Era una persona? Iba a cruzar el hielo, pero se lo pensó un instante. Asta Johannessen no era una mujer asustadiza, pero sí temía caerse un día en el hielo y fracturarse el fémur, y tener que quedarse allí tendida hasta que la encontraran los cazadores de zorros. Cogió uno de los cepillos que había apoyados a lo largo de las paredes para usarlo como bastón y, con pasos breves y tratando de guardar el equilibrio, fue adentrándose en la pista.

El hombre yacía sin vida al final de la manga de la pista, con la cabeza en el centro de los círculos. La luz blanquiazul de los tubos fluorescentes le daba en la cara, que tenía rígida y congelada en una mueca. Le sonaba aquella cara. ¿Sería algún famoso? La mirada quebrada parecía buscar algo lejos, más allá de este mundo. En la mano derecha sujetaba convulsamente una jeringuilla vacía con restos de un líquido rojo.

Asta Johannessen constató sin alterarse que no podía hacer nada por él y se concentró en el camino de vuelta sobre el hielo para dirigirse al teléfono más cercano.

Avisó a la policía y, cuando llegaron, Asta se fue a su casa y se tomó su café de media mañana.

Y no cayó en la cuenta de quién era el hombre al que había encontrado en la pista hasta que volvió a coger el *Aftenposten* para leerlo.

Harry estaba en cucullas, contemplando las botas de Idar Vetlesen.

—¿Qué dice nuestro forense en cuanto a la hora de la muerte? —preguntó a Bjørn Holm, que estaba a su lado con una chaqueta vaquera forrada de borreguito blanco. Las botas de piel de serpiente apenas hacían ruido al pisar el hielo con fuerza. No había pasado ni una hora desde la llamada de Asta Johannessen, pero la pista de *curling* ya estaba llena de periodistas que husmeaban al otro lado de la cinta roja de la policía.

—Dice que es complicado —dijo Holm—. Solo puede hacer una estimación de cuánto baja la temperatura de un cadáver que ha estado tumbado sobre el hielo de una sala cuya temperatura ambiente es mucho más elevada.

—Ya, ¿y ha hecho alguna estimación?

—En algún momento entre las cinco y las siete de la tarde de ayer.

—Ya. Antes de que se difundiera la noticia de que lo estábamos buscando. ¿Has visto la cerradura?

Holm asintió con la cabeza.

—Una cerradura de resorte corriente. Estaba cerrada cuando llegó la señora de la limpieza. Veo que te has fijado en las botas. He cotejado la huella. Estoy bastante seguro de que es idéntica a la huella que tenemos de Sollihøgda.

Harry examinó el perfil de la suela.

—Así que, en tu opinión, este es nuestro hombre, ¿no?

—Me parece que sí.

Harry asintió pensativo con la cabeza.

—¿Sabes si Vetlesen era zurdo?

—Me parece que no. Como ves, tiene la jeringuilla en la mano derecha.

Harry hizo un gesto de asentimiento.

—Tienes razón. Confírmalo, de todas formas.

Harry nunca conseguía sentir verdadera alegría cuando los casos en los que trabajaba se resolvían, concluían, terminaban un buen día, de repente. Mientras el asunto estaba investigándose, esa era su meta; pero cuando la alcanzaba, solo tenía la sensación de no haber llegado. O de que no era allí adonde había pensado que llegaría. O que la meta se había desplazado, que él había cambiado de posición o quién coño sabía qué. El asunto era que se sentía vacío, que el éxito no tenía el sabor prometido, que el hecho de atrapar al culpable siempre venía acompañado de la pregunta: ¿y ahora qué?

Ya eran las siete de la tarde, los testigos habían prestado declaración, los técnicos habían recogido todos los rastros posibles, se había celebrado una conferencia de prensa y en los pasillos de Delitos Violentos se respiraba el

preludio de un ambiente de fiesta. Hagen había encargado tarta y cerveza, y había citado a la gente de Lepsviky a la de Harry para que pudieran felicitarse a sí mismos en la sala de reuniones K1.

Harry estaba en una silla, contemplando el enorme trozo de pastel que le habían dejado en las rodillas. Escuchó el discurso de Hagen, risas y aplausos. Alguien le dio un golpecito en la espalda al pasar, pero la mayoría lo dejó en paz. A su alrededor resonaban las conversaciones.

—Ese cabrón era un mal perdedor. Se rajó cuando supo que lo teníamos.

—Nos ha defraudado.

—¿Nos? ¿Quieres decir que vosotros, el grupo de Lepsvik...?

—Si lo hubiéramos cogido vivo, el juez lo habría declarado enfermo mental y...

—... podemos estar satisfechos, joder, no teníamos ninguna prueba contundente, solo indicios.

La voz de Espen Lepsvik retumbó desde el otro lado de la sala.

—¡Cerrad el pico! Hemos recibido una propuesta y se ha aprobado una reunión en el bar Fenris a las ocho para beber hasta emborracharnos de verdad. Debe considerarse una orden. ¿Entendido?

Alborozo general.

Harry dejó el plato de pastel y se estaba levantando cuando notó una mano en el hombro. Era Holm.

—Lo he comprobado. Lo que yo decía, Vetlesen era diestro.

Se oyó el silbido causado por el anhídrido carbónico de una botella de cerveza al abrirse, y Skarre, que estaba ligeramente ebrio, le pasó a Holm el brazo por el hombro.

—Dicen que los diestros tienen una esperanza de vida mayor que los zurdos. Con Vetlesen no se ha cumplido. ¡Ja, ja!

Skarre desapareció para compartir aquella perla con los demás y Holm miró a Harry con extrañeza.

—¿Te largas?

—Voy a dar una vuelta. A lo mejor nos vemos en el Fenris.

Harry casi había salido por la puerta cuando Hagen le agarró el brazo.

—Estaría bien que no se fuera nadie todavía —dijo en voz baja—. El comisario jefe ha dicho que pensaba venir a pronunciar unas palabras.

Harry miró a Hagen y comprendió que debía tener algo en la mirada, porque Hagen le soltó el brazo como si se hubiera quemado.

—Solo iba un momento a los servicios —dijo Harry.

Hagen sonrió forzosamente y asintió.

Harry entró en su despacho, cogió la chaqueta y bajó las escaleras despacio. Salió de la Comisaría General rumbo a Grønlandsleiret. Los copos de nieve se arremolinaban en el aire, las luces brillaban salpicando la colina de Ekebergåsen,

el sonido de una sirena subía y bajaba como el lejano canto de la ballena. Dos paquistaníes conversaban apaciblemente delante de sus tiendas mientras la nieve se posaba sobre las naranjas y un borracho daba tumbos en la plaza de Grønland entonando una vieja saloma marinera. Harry presentía a las criaturas de la noche olfateando el aire y preguntándose si sería seguro salir de su escondite. Dios mío, cómo amaba aquella ciudad.

—Pero ¿estás aquí?

Eli Kvale miraba sorprendida a su hijo Trygve, que leía una revista sentado a la mesa de la cocina. La radio sonaba de fondo.

Iba a preguntarle por qué no se había ido con su padre a la sala de estar, pero pensó que también era normal que estuviese allí y quisiese hablar con ella. Aunque en realidad no lo era. Se preparó una taza de té, se sentó y lo miró en silencio. Era tan guapo. Creía que cuando creciera le parecería horrendo, pero se había equivocado.

Una voz decía en la radio que el obstáculo para conseguir que las mujeres accedieran a los consejos de administración ya no eran los hombres, sino que las empresas tenían problemas para cubrir la participación femenina fijada por la ley, dado que la mayoría de las mujeres parecían presentar una resistencia crónica a los puestos de trabajo en los que pudieran ser objeto de crítica, en los que se pusieran a prueba sus aptitudes sin poder esconderse detrás de nadie.

«Es como los niños que consiguen el helado verde de pistacho a base de llantos, pero que lo escupen cuando por fin lo tienen en la mano —dijo la voz—. Es bastante molesto. Ya es hora de que las mujeres asuman responsabilidades y muestren un poco de valor».

«Sí —pensó Eli—. Ya es hora».

—Hoy se me ha acercado alguien en el supermercado ICA —dijo Trygve.

—¿Ah, sí? —dijo Eli, notando que se le hacía un nudo en la garganta.

—Me preguntó si tú y papá érais mis padres.

—Vaya —dijo Eli con demasiada ligereza, y se sintió mareada—. ¿Y qué contestaste?

—¿Que qué contesté? —Trygve levantó la mirada de la revista—. Pues que sí, naturalmente.

—¿Y quién era el hombre que te preguntó?

—¿Qué te pasa, mamá?

—¿A qué te refieres?

—Estás totalmente pálida.

—Nada, querido. ¿Quién era?

Trygve volvió a la revista.

—No he dicho que fuese un hombre, ¿no?



Eli se levantó, bajó el volumen de la radio, donde una voz de mujer daba las gracias al ministro de Industria y a Arve Støp por su participación en el debate. Miró hacia la oscuridad en la que unos copos de nieve revoloteaban de un lado a otro sin rumbo aparente y sin voluntad propia, ajenos a la fuerza gravitatoria. Solo querían aterrizar en algún lugar, el azar decidiría. Y luego se derretirían hasta desaparecer. Eso era un consuelo, en cierto modo.

Ella carraspeó.

—¿Cómo? —dijo Trygve.

—Nada —respondió ella—. Parece que he cogido un catarro.

Harry vagaba sin rumbo aparente y sin voluntad propia por las calles de la ciudad. Y no comprendió adónde se dirigía hasta que no se vio delante del Hotel Leon. Las putas y los camellos ya habían tomado sus posiciones en los callejones adyacentes. Era la hora punta. Los clientes preferían comprar sexo y droga antes de media noche.

Entró en el hotel y por la expresión atemorizada de Børre Hansen, vio que lo había reconocido.

—¡Teníamos un trato! —chilló el dueño del hotel con acento de presentador de un programa de éxitos de música sueca, y se secó la frente.

Harry se preguntaba por qué los hombres que vivían de la miseria ajena siempre parecían tener esa película de sudor brillante, como un barniz de falsa vergüenza por su falta de conciencia.

—Dame la llave de la habitación del doctor —dijo Harry—. No vendrá esta noche.

Tres de las paredes de la habitación tenían papel pintado de los años setenta con dibujos psicodélicos en marrón y naranja, pero la pared que daba al baño estaba pintada de negro y presentaba fisuras grises y zonas donde se había caído el yeso. La cama, que era doble, tenía el colchón arqueado. Y cubría el suelo una moqueta de pelo rígido. Hidrófuga y repelente de semen, supuso Harry. Quitó una toalla bastante gastada de la silla que había a los pies de la cama y se sentó. Oyó el ruido expectante de la ciudad y advirtió que los perros habían vuelto. Luchaban por morder, ladraban y tiraban de las cadenas y gritaban «solo una copa, solo una y te dejaremos en paz, nos tumbaremos y seremos obedientes». Harry no tenía ganas de reír, pero se rio de todos modos. Hay que conjurar a los demonios, y que ahogar al dolor. Encendió un cigarrillo. El humo subió hacia la lámpara de papel de arroz.

¿Con qué tipo de demonios habría luchado Idar Vetlesen? ¿Se los llevaba a aquella habitación o tendría allí su refugio? Algunas respuestas sí habían obtenido, pero no todas. Nunca todas. Como la respuesta a la pregunta de si locura y maldad son dos cosas distintas o si, simplemente, habremos decidido llamar

locura a los casos en que no entendemos la finalidad de la destrucción. Somos capaces de entender que alguien suelte una bomba atómica sobre una ciudad llena de civiles inocentes, pero no que otros se dediquen a acuchillar prostitutas portadoras de enfermedades y de decadencia moral en los barrios bajos de Londres. Por eso lo primero recibe el nombre de realismo y lo segundo, el de locura.

Dios mío, cómo necesitaba una copa. Solo una, para limar las aristas del dolor, de aquel día y de su noche.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Sí...! —gritó Harry y se sobresaltó con el sonido iracundo de su propia voz.

La puerta se abrió y apareció una cara negra. Harry la miró de arriba abajo. Debajo de un rostro bello e impactante se veía una chaqueta corta, tan corta que los michelines sobresalían por encima de la cinturilla ajustada del pantalón.

—¿Doctor? —preguntó con tal énfasis en la última sílaba que la palabra resonó con un acento francés.

Él negó con la cabeza. La mujer lo miró. Y desapareció tras cerrar la puerta.

Pasaron unos segundos, Harry se levantó y la abrió. La mujer había llegado al final del pasillo.

—*Please!* —gritó Harry—. *Please, come back.*

Ella se detuvo y lo miró vacilante.

—*Two hundred kroner* —dijo. Con énfasis en la última sílaba.

Harry asintió con la cabeza.

Ella estaba sentada en la cama escuchando con asombro sus preguntas. Sobre «Doctor», aquella persona horrible. Sobre las orgías que se corría con varias mujeres. Sobre los niños que quería que le llevaran a la habitación. Y a cada nueva pregunta ella negaba con la cabeza sin comprender nada. Al final le preguntó si él era *police*.

Harry asintió.

Ella frunció el entrecejo.

—*Why do you ask these questions? Where is Doctor?*

—*Doctor killed people* —dijo Harry.

Ella lo observó desconfiada.

—*Not true* —dijo finalmente.

—*Why not?*

—*Because Doctor is a nice man. He helps us.*

Harry preguntó de qué forma les ayudaba. Y entonces fue él quien se quedó sentado escuchando con sorpresa mientras la mujer negra le contaba que cada martes y jueves «Doctor» se sentaba en esa habitación con su maletín, hablaba con ellas, las mandaba ir al servicio para que le dieran muestras de orina, les

tomaba muestras de sangre, les hacía pruebas para detectar posibles enfermedades venéreas. Les daba pastillas y tratamientos si tenían alguna de las más comunes y la dirección del hospital si tenían la otra, la « Peste ». Si tenían alguna otra enfermedad, a veces les daba pastillas para esa también. Nunca les cobraba nada, y lo único que tenían que hacer era prometer que no le contarían a nadie lo que estaba haciendo, aparte de a sus compañeras de la calle. Algunas de las chicas quisieron llevarle a sus hijos cuando estaban enfermos, pero el propietario del hotel se lo impidió.

Harry fumaba sin dejar de escuchar. ¿Era aquella la penitencia de Vetlesen? ¿La contrapartida del mal, el equilibrio necesario? ¿O solo lo que acentuaba la maldad, lo que la ponía de relieve? Decían que al doctor Mengele le gustaban mucho los niños.

La lengua se le iba hinchando cada vez más en la boca, si no se tomaba un trago pronto, se ahogaría.

La mujer había dejado de hablar. Manoseaba el billete de doscientas.

—*Will Doctor come back?* —preguntó.

Harry abrió la boca para contestarle, pero le estorbaba la lengua. Entonces le sonó el móvil y lo cogió.

—Hole.

—¿Harry? Soy Oda Paulsen. ¿Te acuerdas de mí?

No se acordaba de ella, además, sonaba demasiado joven.

—De la cadena NRK —dijo ella—. Te invité al programa *Bosse*.

La tía aquella, la periodista. La tramposa.

—Nos preguntamos si te apetecería participar otra vez el viernes que viene. Nos gustaría que nos contaras algo más sobre vuestro triunfo con el Muñeco de Nieve. Bueno, ha muerto, pero, aparte de eso, claro. Sobre lo que realmente le pasa por dentro a una persona como él. Si es que se lo puede llamar persona...

—No —dijo Harry.

—¿Cómo dices?

—No quiero ir.

—Te estoy hablando de *Bosse* —dijo Oda Paulsen con verdadera confusión en la voz—. En el canal de NRK TV.

—No.

—Pero, oye, Harry, ¿no sería interesante habl...?

Harry estrelló el móvil contra la pared negra. Y se desprendió un fragmento de yeso.

Apoyó la cabeza en las manos. Tenía que tomar algo. Lo que fuera. Cuando levantó la cabeza estaba solo en la habitación.

A lo mejor podría haberlo evitado si en el Fenris no hubieran servido alcohol. Si

Jim Beam no hubiera estado allí, en la repisa, detrás del camarero, gritándole con voz enronquecida, hablándole de anestesia y amnesia:

«¡Harry! Ven aquí, hablemos de los viejos tiempos. De los fantasmas horrendos que tú y yo espantábamos por las noches, cuando no podíamos dormir».

Aunque por otro lado, puede que no.

Harry apenas prestó atención a sus colegas, ni ellos a él. Cuando entró en el griterio del bar, decorado con muebles de felpa roja, como el interior del transbordador que va a Dinamarca, ellos ya estaban en pleno apogeo, cogidos del brazo, gritando y echándose el aliento queapestaba a alcohol, cantando con Stevie Wonder, que aseguraba que solo llamaba para decir que te quería. Tenían la misma pinta y sonaban igual que un equipo de fútbol que hubiera ganado la final de la Copa. Y en el momento en que Wonder terminaba afirmando que su declaración de amor arrancaba del fondo de su corazón, le pusieron a Harry en la barra el tercer trago.

La primera copa lo paralizó del todo, no podía respirar y pensó que así debía de sentirse uno al meterse la carnadrioxida. La segunda casi le puso el estómago del revés. Pero el cuerpo ya se había recuperado de la primera impresión y comprendió que le habían dado lo que tanto tiempo llevaba pidiendo. Y ahora respondía refunfuñando de placer. El calor le ondeaba por dentro. Aquello era música para el alma.

—¿Bebes?

Era Katrine, que apareció a su lado de repente.

—Esta es la última —dijo Harry y sintió que ya no tenía la lengua tan grande, sino delgada y dúctil. El alcohol no hacía sino mejorar su capacidad para articular las palabras. Y hasta cierto punto, casi nadie podía afirmar por su aspecto que estuviera borracho. Por esa razón había conservado el trabajo.

—No es la última —dijo Katrine—. Es la primera.

—Ese es uno de los dogmas de Alcohólicos Anónimos. —Harry la miró. Los ojos de un azul intenso, las aletas finas de la nariz, los labios carnosos. Dios mío, qué guapa estaba—. ¿Eres alcohólica, Katrine Bratt?

—Mi padre sí lo era.

—Ya. ¿Por eso no querías visitarlos en Bergen?

—¿Es que uno deja de visitar a la gente porque padezca una enfermedad?

—No lo sé. A lo mejor te dio una infancia desgraciada o algo así.

—No llegó a tiempo de hacerme desgraciada. Nací así.

—¿Desgraciada?

—Quizá. ¿Y tú qué?

Harry se encogió de hombros.

—Por supuesto.

Katrine bebía a sorbitos de su copa, una cosa clara. Clara como el vodka, no

gris como la ginebra, calculó Harry.

—¿Y a qué se debe tu infelicidad, Harry?

Le salieron las palabras antes de que le diese tiempo a pensar.

—A que quiero a alguien que me quiere a mí.

Katrine rio.

—Pobrecito. ¿Naciste como un ser armonioso, con un espíritu alegre que luego se malogró? ¿O ya tenías el camino trazado?

Harry observó el líquido marrón y dorado del vaso.

—A veces me lo pregunto. Pero no muy a menudo. Intento pensar en otras cosas.

—¿Como qué?

—Otras cosas.

—¿Piensas alguna vez en mí?

Alguien empujó a Katrine sin querer y se quedó muy cerca. Notó cómo su perfume se mezclaba con el de Jim Beam.

—Nunca —dijo, cogió el vaso y dio un trago. Miró al frente, a la luna de espejo que había detrás de las botellas, en la que Katrine Bratt y Harry Hole se reflejaban demasiado cerca el uno del otro. Ella se inclinó hacia delante.

—Harry, estás mintiendo.

Él se volvió hacia ella. Parecía arderle la mirada, muy despacio, amarillenta y brumosa como los faros de niebla de un coche que viene de frente. Se le habían dilatado las aletas de la nariz y respiraba aceleradamente. Parecía que tenía lima en el vodka.

—Cuéntame con exactitud y detalle lo que tienes ganas de hacer ahora mismo, Harry. —Le sonó la voz como si tuviera la boca llena de gravilla—. Todo. Y esta vez, no mientas.

Se acordó del rumor que Espen Lepsvik había referido sobre las preferencias de Katrine Bratt y su marido. *Bullshit*, no se acordaba, lo había tenido todo el tiempo muy presente en la corteza cerebral. Tomó aire.

—Vale, Katrine. Soy un hombre sencillo con necesidades sencillas.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás, como hacen algunas especies animales para mostrar sumisión. Él levantó el vaso.

—Tengo ganas de beber.

Un colega que iba dando tumbos le dio un buen empujón a Katrine, que se tambaleó hacia Harry. Él evitó que se cayera sujetándola por el costado izquierdo con la mano que tenía libre. Una expresión extraña le cruzó el semblante.

—Perdona —dijo él—. ¿Te duele algo?

Ella se llevó la mano al costado.

—Es por la esgrima. No es nada. Perdona.

Le dio la espalda y se abrió paso entre los colegas. Vio cómo varios de los

chicos la seguían con la mirada. Desapareció en el servicio de señoras. Harry escaneó el local, Lepsvik apartó la mirada cuando se cruzó con la de Harry. No podía quedarse allí. Había otros sitios donde él y Jim podían hablar. Pagó y se preparó para marcharse. Aún quedaba algo de *whisky* en el vaso. Pero Lepsvik y dos colegas lo estaban mirando desde el otro lado de la barra. Se trataba simplemente de un mínimo autocontrol. Harry quería levantar las piernas, pero las tenía pegadas al suelo. Cogió el vaso, se lo llevó a los labios y apuró hasta la última gota.

El aire frío de la noche en la piel ardiente resultaba agradable. Era capaz de besar a aquella ciudad.

Cuando llegó a casa, Harry intentó masturbarse delante del fregadero, pero terminó vomitando y levantó la vista hacia el almanaque que había colgado de un clavo debajo del armario. Se lo había regalado Rakel hacía dos años, por Navidad. Tenía fotos de los tres. Una foto por cada uno de los doce meses que habían pasado juntos. Noviembre. Rakel y Oleg lo miraban sonrientes sobre un fondo de amarillas hojas otoñales y un cielo azul pálido. Tan azul como el vestido que llevaba Rakel, el estampado de florecillas blancas. El vestido que llevaba la primera vez. Y decidió que esa noche visitaría en sueños aquel cielo. Abrió el armario, barrió con la mano las botellas vacías de refresco de cola, que cayeron con gran estrépito y allí, al fondo, allí estaba. La botella intacta de Jim Beam. Harry nunca se atrevió a no tener ni una gota de alcohol en la casa, ni siquiera durante sus periodos de mayor abstinencia. Porque sabía que se le podía ocurrir ir a buscar alcohol si al final se rajaba. Como para retrasar lo inevitable, Harry pasó la mano por la etiqueta. Luego abrió la botella. ¿Cuánto sería suficiente? La jeringuilla que Vetlesen había utilizado contenía una capa roja de veneno, indicio de que la había llenado. Rojo como la cochinilla. Mi querida cochinilla.

Tomó aire y empinó la botella. Se la llevó a la boca, sintió que se le tensaba el cuerpo, como armándose de valor antes de la impresión. Y bebió. Desesperada y ávidamente, como para apurarla de un trago. Entre trago y trago le resonaba en la garganta un sonido como un sollozo.

Día 14

Buenas noticias

Gunnar Hagen cruzó el pasillo con paso rápido.

Era lunes y hacía cuatro días que se había resuelto el caso del Muñeco de Nieve. Deberían haber sido cuatro días agradables. Y de hecho, hubo felicitaciones, jefes sonrientes, menciones positivas por parte de la prensa y hasta solicitudes de los medios extranjeros de que les facilitaran todo el historial del asunto y la investigación, desde el principio hasta el final. Y ahí fue cuando empezaron los problemas. La persona que podía darle a Hagen los detalles de la historia del éxito no estaba presente. Porque también habían pasado cuatro días desde la última vez que tuvieron noticias de Harry Hole. Y la razón era evidente. Los colegas lo habían visto beber en el Fenris. Hagen no lo había comentado con nadie, pero los rumores habían llegado a oídos del jefe de la Policía Judicial que, aquella mañana, llamó a Hagen a su despacho.

—Gunnar, esto no puede seguir así.

Gunnar Hagen le contestó que podía haber otras razones, que Harry no siempre se preocupaba de informar que trabajaba fuera del despacho. Todavía quedaba mucho que investigar en el caso del Muñeco de Nieve, a pesar de que hubiesen dado con el autor de los crímenes.

Pero el jefe de la Policía Judicial ya había tomado una decisión.

—Gunnar, hemos llegado al final del trayecto con Hole.

—Es nuestro mejor investigador, Torleif.

—Y nuestro peor representante. ¿Es que quieres ofrecer a nuestros jóvenes investigadores semejante modelo de conducta, Gunnar? El hombre es alcohólico. Todo el mundo en la comisaría sabe que bebió en el Fenris y que, desde entonces, no se ha presentado en el trabajo. Si lo aceptamos, pondremos el listón tan bajo que los efectos nocivos apenas se podrán remediar.

—¿Pero despedirlo? No podemos...

—Ya se han agotado los avisos. El reglamento relativo a los empleados públicos y el abuso del alcohol es sumamente claro.

Esta conversación seguía resonándole en los oídos al comisario jefe cuando llamó a la puerta del jefe de la Policía Judicial y este le dijo que entrase.

—Lo han visto —dijo Hagen.

—¿A quién?

—A Hole. Li me ha llamado y me ha dicho que lo ha visto entrar en su despacho y cerrar la puerta.

—Vale —dijo el jefe de la Policía Judicial y se levantó—. Entonces vamos a

mantener esa conversación cuanto antes.

Recorrieron el pasillo de la sección roja del grupo de Delitos Violentos, en la sexta planta de la Comisaría General. Y como si la gente se oliese lo que estaba a punto de suceder, todos se acercaron a la puerta de sus despachos, asomaron la cabeza y siguieron con la mirada a los dos hombres que caminaban juntos con gesto huraño.

Cuando llegaron a la puerta 616, se detuvieron. Hagen respiró hondo.

—Torleif... —empezó, pero el jefe de la Policía Judicial ya había puesto la mano en el picaporte y abrió la puerta bruscamente.

Se quedaron en el umbral, observando incrédulos.

—Dios mío —susurró el jefe de la Policía Judicial.

Harry Hole estaba sentado detrás del escritorio, llevaba camiseta, y tenía una cinta de goma atada fuertemente alrededor del antebrazo y la cabeza inclinada hacia delante encima del escritorio. De la piel, justo debajo de la cinta de goma, colgaba una jeringuilla. El contenido era claro e incluso desde la puerta se apreciaban en la piel blanca las marcas rojas de los pinchazos.

—Pero hombre, ¿qué coño estás haciendo? —mascullo el jefe de la Policía Judicial, empujó a Hagen hacia el interior y cerró de un portazo.

Harry levantó la cabeza y los miró ausente. Hagen advirtió que tenía un cronómetro en la mano. Harry se sacó la jeringuilla de repente, miró el contenido que quedaba, la tiró a un lado y anotó algo en una hoja.

—Verdaderamente, esto... esto lo hace más fácil, Hole —tartamudeó el jefe de la Policía Judicial—. Porque tenemos malas noticias.

—Yo sí que tengo malas noticias, señores —dijo Harry, cogió un trocito de algodón de la bolsa que tenía delante y se lo apretó en el antebrazo—. Es imposible que Idar Vetlesen se suicidase. Y supongo que entendéis lo que eso significa.

Gunnar Hagen sintió una extraña necesidad de reír. Aquella situación le parecía tan absurda que al cerebro simplemente no se le ocurría ninguna reacción más adecuada. Y por la cara que puso el jefe de la Policía Judicial vio que él tampoco sabía lo que debía hacer.

Harry miró el reloj y se levantó.

—Venid a la sala de reuniones dentro de una hora exactamente y os diré por qué —aseguró—. Ahora mismo tengo un par de cosas que solucionar.

El comisario pasó por delante de sus dos superiores, que estaban atónitos, abrió la puerta y desapareció por el pasillo con paso largo y lento.

Una hora y cuatro minutos después Gunnar Hagen, acompañado del jefe de la Policía Judicial y del comisario jefe, entró la sala de reuniones K1, donde reinaba el silencio. La sala estaba abarrotada de gente de los grupos de



investigación de Lepsviky Hole, y todo lo que se oía era la voz de Harry Hole. Se quedaron de pie al fondo de la sala. En la pantalla había fotos de Idar Vetlesen tal y como lo encontraron en la pista de *curling*.

—Como veis, Vetlesen tiene la jeringuilla en la mano derecha —dijo Harry Hole—. No es anormal, ya que era diestro. Pero me llamaron la atención las botas. Mirad aquí.

La siguiente foto mostraba un primer plano de las botas.

—En realidad, estas botas son la única prueba técnica que tenemos. Pero es suficiente. Porque la huella coincide con la que encontramos en la nieve en Sollihøgda. Pero mirad los cordones. —Hole señaló con un puntero—. Ayer hice una prueba con mis botas. Para que el nudo quedara así, tuve que atarlo al revés de como suelo hacerlo. Como si fuera zurdo. La otra opción fue ponerme delante de la bota como si se la estuviese atando a otra persona.

Un murmullo de inquietud atravesó la sala.

—Yo soy diestro —era la voz de Espen Lepsvik—. Y me ato los cordones de esa manera.

—Bueno, puede que tengas razón, a lo mejor solo es una coincidencia. Pero este tipo de cosas despiertan cierta... —Hole parecía estar saboreando la palabra antes de elegirla—... intranquilidad. Una intranquilidad que nos impele a hacernos otras preguntas. ¿Son estas realmente las botas de Idar Vetlesen? Ayer le hice una visita a su madre y me dejó ver su colección de zapatos. Todos, sin excepción, son caros. Y tal y como pensaba, él era como todo el mundo, a veces se quitaba los zapatos de una patada sin desatarse los cordones. Por eso puedo decir... —Hole señaló la foto con el puntero—, que sé que Idar Vetlesen no se ataba los cordones de esa manera.

Hagen miró de reojo al jefe de la Policía Judicial, que tenía una profunda arruga en la frente.

—La cuestión que se plantea, pues —dijo Hole—, es si alguien pudo haberle puesto las botas a Idar Vetlesen. El mismo par de botas que esa persona utilizó en Sollihøgda. Naturalmente, para que parezca que Vetlesen era el Muñeco de Nieve.

—¿Un cordón de zapatos y unas botas baratas? —gritó un inspector del grupo de Lepsvik.

—Tenemos a un tío enfermo que se dedica a comprar sexo infantil, al que hemos situado en el lugar del crimen y que conoce a ambas víctimas. Todo lo que tienes tú son especulaciones.

Harry inclinó la cabeza rapada.

—Eso es correcto, hasta cierto punto. Pero ahora es cuando llego a los hechos puros y duros. Apparently, Idar Vetlesen se suicidó inyectándose carnadrioxida en una vena por medio de una jeringuilla con una aguja muy fina. Según el informe de la autopsia, los valores de carnadrioxida eran tan altos que

tuvo que inyectarse veinte mililitros. Eso concuerda también con los sedimentos del interior de la jeringuilla, que mostraban que había estado totalmente llena. La carnadrioxida es, como sabemos, una sustancia paralizante, e incluso en dosis muy pequeñas es letal, ya que paraliza el corazón y el sistema respiratorio de inmediato. Siempre según el forense, y en el caso de una persona adulta, como es el de Idar Vetlesen. Y si se aplica en vena, tarda un máximo de tres segundos. O sea que no concuerda, simplemente.

Hole agitaba una hoja de papel donde Hagen podía ver que había anotado unos números con un lápiz.

—Lo he comprobado en mi propio cuerpo con el mismo tipo de jeringuilla y aguja que usó Vetlesen. Utilicé una solución salina, que es lo mismo que la carnadrioxida, ya que todas esas soluciones contienen al menos un noventa y cinco por ciento de agua. Y he anotado todos los números. Por muy fuerte que empujara el émbolo, con una aguja tan estrecha no consigues inocular veinte mililitros en menos de ocho segundos. *Ergo...*

El comisario esperó, como para que se apercibiesen de la inevitable conclusión, antes de continuar:

—Vetlesen se habría quedado paralizado antes de haberse inyectado un tercio del contenido. En pocas palabras, es imposible que se lo inyectase todo. Sin ayuda.

Hagen tragó saliva. Aquel día estaba a punto de ser peor aún de lo que se había imaginado.

Terminada la reunión, Hagen vio que el comisario jefe le susurraba algo al oído al jefe de la Policía Judicial, y este último se inclinó hacia Hagen.

—Diles a Hole y a su grupo que se presenten en mi despacho. Ahora. Y ponles una mordaza a Lepsvik y a su gente. De todo esto, ni una palabra fuera de aquí. ¿Entendido?

Y Hagen lo entendió. Cinco minutos más tarde estaban sentados en aquel despacho grande y poco acogedor que tenía el jefe de la Policía Judicial.

Katrine Bratt cerró la puerta y se sentó la última. Harry Hole se deslizó en la silla. Estiradas, las piernas le llegaban justo delante del escritorio del jefe de la Policía Judicial.

—Seré breve —dijo, pasándose una mano por la cara, como si frotándose quisiera borrar lo que veía: un grupo de investigación que acababa de volver a la casilla número uno—. ¿Tienes buenas noticias, Hole? Algo que pueda endulzar la amargura del hecho de que nosotros, durante tu extraña ausencia, le hayamos contado a la prensa que el Muñeco de Nieve está muerto, como resultado de nuestro esfuerzo y tesón.

—Bueno. Podemos suponer que Idar Vetlesen sabía algo que no debía saber y

que el asesino descubrió que seguíamos esa pista y por eso eliminó la posibilidad de que lo desenmascarásemos. Y de ser así, sigue siendo verdad que Vetlesen murió a causa de nuestro esfuerzo y tesón.

Al jefe de la Policía Judicial se le pusieron las mejillas de un color rojo intenso.

—No es eso a lo que me refiero cuando hablo de buenas noticias, Hole.

—No, la buena noticia es que nos estamos acercando. Si no, el Muñeco de Nieve no se habría tomado la molestia de amañar la escena para que pareciera que Vetlesen era el hombre al que estábamos buscando. Él quiere que terminemos la investigación y que creamos que hemos resuelto el caso. En pocas palabras, se siente presionado. Y cuando eso ocurre, los asesinos como el Muñeco de Nieve empiezan a cometer errores. Es de esperar que, además, ya no se atreva a seguir con este baño de sangre.

El jefe de la Policía Judicial se pasaba la lengua por los dientes con gesto pensativo.

—Así que eso crees, Hole. ¿O es solo algo que esperas?

—Bueno —dijo Harry Hole rascándose la rodilla por el agujero que tenía en el vaquero—. Has sido tú quien ha pedido buenas noticias, jefe.

Hagen resopló. Miró por la ventana. Estaba nublado. Habían dicho que iba a nevar.

Filip Becker miró a Jonas, que estaba sentado en el suelo de la sala de estar mirando fijamente la pantalla del televisor. Desde que denunciaron la desaparición de Birte, el chiquillo se pasaba las horas allí sentado por las tardes. Como si fuese una ventana a un mundo mejor. Un mundo donde podría encontrarla si buscaba con el ahínco suficiente.

—Jonas.

El chico lo miró obediente, aunque sin interés. Pero se le petrificó la cara de miedo cuando vio el cuchillo.

—¿Me vas a cortar? —preguntó el chico.

Tenía una expresión y un hilo de voz tan cómicos que Filip Becker estuvo a punto de echarse a reír. La luz de la lámpara que colgaba encima de la mesa de la sala de estar le arrancaba destellos al acero. Había comprado la navaja en una ferretería del centro comercial de Storosenteret. Justo después de llamar a Idar Vetlesen.

—Solo un poco, Jonas. Solo un poco.

Y cortó.

Día 15

Vistas

A las dos de la tarde, Camilla Lossius volvía a casa en coche después de su hora de gimnasia. Como siempre, había cruzado la ciudad hasta la parte oeste para acudir al centro deportivo Colosseum Park. No porque allí hubiese unos aparatos de gimnasia distintos a los del centro, que se encontraba justo debajo de su casa en Tveita, sino porque la gente del Colosseum era más parecida a ella. Procedían de la zona oeste de la ciudad. Mudarse a Tveita era una parte del acuerdo matrimonial con Erik. Y ella había tenido que considerar el conjunto. Giró para meterse en la calle en la que vivían. Vio las luces en las ventanas de los vecinos a los que saludaba, pero con los que nunca había hablado. Era la gente de Erik. Empezó a frenar. El suyo no era el único garaje de dos plazas de aquella calle de Tveita, pero sí el único con puerta eléctrica. A Erik le importaban esas cosas, pero a ella le daban igual. Pulsó el mando, la puerta subió, ella pisó el acelerador y entró. Como era de esperar, el coche de Erik no estaba, estaría trabajando. Se inclinó hacia el asiento del copiloto, cogió la bolsa de deporte y la bolsa con la compra del ICA, y por costumbre, se miró de reojo en el retrovisor antes de salir. Tenía buen aspecto, le decían las amigas. Todavía no había cumplido los treinta, y tenía chalé, coche y una casa de veraneo cerca de Niza, decían. Y le preguntaban cómo era vivir en la parte este de la ciudad. Y qué tal les fue a sus padres después de la quiebra. Era curioso cómo sus mentes conectaban automáticamente aquellas dos preguntas.

Camilla miró el retrovisor. Tenían razón. Estaba de buen ver. Y le pareció ver otra cosa, un movimiento en el borde del espejo. Salió del coche y, estaba buscando en el llavero la llave de la puerta por la que se pasaba del garaje a la casa, cuando se acordó de que el móvil seguía en el soporte del manos libres del coche. Camilla se volvió y dejó escapar un grito.

El hombre estaba detrás de ella. Retrocedió asustada y se tapó la boca con una mano. Estuvo a punto de sonreír y pedirle perdón, no porque hubiese nada que perdonar, sino porque no parecía peligroso. Pero en ese momento vio la pistola que tenía en la mano. Le apuntaba a ella. Lo primero que pensó fue que parecía una pistola de juguete.

—Mi nombre es Filip Becker —dijo—. He llamado a la puerta. No había nadie en casa.

—¿Qué quieres? —preguntó Camilla tratando de controlar el temblor de la voz, puesto que el instinto le decía que no debía revelar que estaba aterrada—. ¿De qué va esto?

Con una breve sonrisa dijo:

—Adulterio.

Harry miraba en silencio a Hagen, que había interrumpido la reunión del grupo en el despacho de Harry para repetir la orden del jefe de la Policía Judicial de que «la teoría» sobre el homicidio de Vetlesen no debía filtrarse de ninguna manera, ni siquiera a cónyuges o parejas. La mirada de Hagen se cruzó por fin con la de Harry.

—Bueno, eso era todo —dijo rápidamente, y se marchó.

—Continúa —le dijo Harry a Bjørn Holm, que había estado informando sobre los rastros hallados en la pista de *curling*. O mejor dicho, sobre la falta de rastros.

—Acabábamos de empezar allí cuando se declaró que se trataba de un suicidio. Entonces no recogimos ningún rastro, y ahora el lugar del crimen está extremadamente contaminado ya que lo han vuelto a utilizar. Fui a echar un vistazo esta mañana, y me temo que no hay mucho que recoger allí.

—Ya —dijo Harry—. ¿Katrine?

Katrine consultó sus notas.

—Sí, tu teoría es que Vetlesen y el homicida se vieron en el club de *curling*, y que debieron haberlo acordado de antemano. Lo más probable es que mantuvieran contacto telefónico. Me pediste que comprobase las listas de llamadas.

—Sí —dijo Harry, ahogando un bostezo.

Ella pasó la página.

—He recibido las listas de Telenor, tanto del teléfono móvil como del fijo de la consulta de Vetlesen. Se las llevé a Borghild a su casa.

—¿A su casa? —preguntó Skarre.

—Naturalmente, ya no tiene trabajo al que acudir. Contó que a Idar Vetlesen no lo visitaron más que pacientes durante los dos últimos días. Aquí está la lista.

Sacó una hoja de papel de una carpeta y la dejó en la mesa.

—Como supuse, Borghild sabía todo lo relacionado con los contactos de Vetlesen, tanto los profesionales como los privados. Me ayudó a identificar prácticamente a todas las personas de la lista de llamadas. Aquí tenemos dos listas, una de los contactos profesionales y otra de los privados. Ambas incluyen los números de teléfono, la hora y la fecha de la llamada, si era entrante o saliente y el tiempo que duró.

Las cabezas de los tres colegas se inclinaron hacia el centro cuando se pusieron a examinar las listas. La mano de Katrine rozó la de Harry. Él no vio ninguna señal de turbación en ella. Tal vez la propuesta que le hizo en el Fenris no fue más que un sueño. Solo que Harry no soñaba cuando bebía. Eso era lo que

buscaba en la bebida. Aun así, se despertó la mañana siguiente con una idea que tuvo que haber concebido en algún momento entre el vaciado sistemático de la botella de *whisky* y el cruel despertar. La idea de la cochinilla y de la jeringa de Vetlesen. Y fue esa idea la que lo salvó de entrar corriendo en la tienda del Vinmonopolet de la calle Therese, para meterlo otra vez de lleno en el trabajo. Una droga por otra.

—¿De quién es ese número? —preguntó Harry.

—¿Cuál? —preguntó Katrine inclinándose hacia delante.

Harry señaló un número de la lista de contactos privados.

—¿Por qué te interesa ese en particular? —preguntó Katrine, mirándolo con curiosidad.

—Porque es el contacto privado quien ha llamado a Vetlesen, y no al revés.

Katrine cotejó el número con su lista de nombres.

—*Sorry*, pero justo esa llamada figura en ambas listas, era paciente también.

—Vale, pero tenemos que empezar en algún sitio. ¿Quién es? ¿Mujer u hombre?

Katrine sonrió burlona.

—Desde luego, es un hombre.

—¿Qué quieres decir?

—Que es un macho. Arve Støp.

—¿Arve Støp? —exclamó Holm—. ¿El Arve Støp que me estoy imaginando?

—Ponlo en la lista de personas a las que hay que visitar —dijo Harry.

Cuando terminaron, habían confeccionado una lista de siete llamadas. Tenían los nombres correspondientes a los siete números, menos uno: un teléfono público del centro comercial de Storosenteret, una llamada realizada la mañana del mismo día en que asesinaron a Idar Vetlesen.

—Tenemos la hora exacta —dijo Harry—. ¿Hay alguna cámara de vigilancia cerca de ese teléfono público?

—No lo creo —dijo Skarre—. Pero sé que hay cámaras en todas las entradas. Puedo hablar con las empresas de seguridad a ver si tienen alguna grabación.

—Examina todas las caras, media hora antes y media hora después —dijo Harry.

—Es un trabajo enorme —dijo Skarre.

—Adivina a quién vas a pedirselo —dijo Harry.

—A Beate Lønn —dijo Holm.

—Correcto. Dale recuerdos.

Holm asintió con la cabeza y Harry notó un pinchazo de remordimientos.

El teléfono de Skarre sonó con la canción de The Las, *There She Goes*.

—Es el grupo de Personas Desaparecidas —dijo Skarre, y contestó a la llamada.

Los demás lo observaron mientras él escuchaba. Harry pensó que hacía

mucho que evitaba llamar a Beate. No había ido a verla desde aquella única vez en verano, después del parto. Sabía que ella no lo culpaba porque hubiesen asesinado a Halvorsen mientras estaba de servicio. Pero aquello fue demasiado: ver al bebé de Halvorsen, al mismo bebé que el propio Halvorsen no llegó a conocer, y saber en conciencia que Beate se equivocaba. Él pudo haber salvado a Halvorsen, debió haberlo hecho.

Skarre colgó.

—Una mujer de Tveita, su marido acaba de denunciar su desaparición. Camilla Lossius, veintinueve años, casada, sin hijos. Solo hace un par de horas, pero hay unos cuantos detalles que los intranquilizan. Hay una bolsa de la compra en la encimera de la cocina, no ha metido nada en la nevera. Se ha dejado el móvil en el coche y, según el marido, no va sin él a ninguna parte. Y uno de los vecinos le ha dicho al marido que vio a un hombre merodear por el jardín y el garaje, como si estuviese esperando a alguien. El marido no es capaz de confirmar si falta algo, ni siquiera productos de aseo o maletas. Parece que es de ese tipo de gente que también tiene casa en Niza, así que si desaparece algo no se percatan, ¿comprendes?

—Ya —dijo Harry—. ¿Qué creen ellos?

—Que aparecerá. Solo querían informar.

—De acuerdo —dijo Harry—. Pues seguimos.

Nadie hizo ningún comentario sobre aquella denuncia durante el resto de la reunión. Pero Harry lo notaba en el ambiente, como un trueno lejano que quizá estuviese en camino, quizá no. Después de repartirse los nombres de la lista con los que cada uno debía ponerse en contacto, todos se fueron del despacho.

Harry volvió a acercarse a la ventana y contempló el parque. La oscuridad llegaba cada vez más temprano, casi podía notarlo día a día. Pensó en la madre de Idar Vetlesen cuando le contó que su hijo trataba por las noches y de forma gratuita a prostitutas africanas. Y ella perdió la compostura por primera vez, no por pena, sino por rabia, y gritó que era mentira, que su hijo no tenía nada que ver con putas negras. Quizá hubiera sido mejor mentir. Harry pensó en lo que le había dicho el día anterior al jefe de la Policía Judicial, que el baño de sangre se había acabado por el momento. En la oscuridad que reinaba fuera solo era capaz de vislumbrar lo que quedaba justo debajo de su ventana. El personal de las guarderías solía acudir a aquel parque para que jugaran los niños. Sobre todo cuando había nevado, como la noche anterior. Eso fue precisamente lo que pensó cuando lo vio al llegar al trabajo aquella mañana. Era un muñeco de nieve grande y gris blanquizco.

Encima de los locales de la redacción de la revista *Liberal*, en Aker Brygge, en el último piso y con vistas al fiordo de Oslo, a la fortaleza de Akershus y al istmo de

Nesodden, se encontraban doscientos treinta de los metros cuadrados de propiedad privada más caros de Oslo. Pertenecían al propietario y redactor de *Liberal*, Arve Støp. O solo Arve, como se leía en la puerta a la que Harry llamó. La entrada tenía un estilo funcional y minimalista, pero había sendos jarrones pintados a mano a cada lado de la puerta de roble y Harry se preguntó en cuánto podrían calcularse los beneficios netos de llevarse uno de ellos.

Llamó al timbre una vez y finalmente oyó voces en el interior. Una clara y cantarina, y otra profunda y tranquila. La puerta se abrió y dio paso a una risa de mujer. Llevaba una gorra blanca de piel, de material sintético, supuso Harry, desde donde caía una cascada de pelo largo y rubio.

—¡Me hace mucha ilusión! —dijo, se volvió y entonces vio a Harry.

—Hola —dijo con voz neutral, hasta que lo reconoció y lo cambió por un entusiasta—: ¡Hombre, hola!

—Hola —dijo Harry.

—¿Qué tal estás? —preguntó ella, y Harry se dio cuenta de que acababa de acordarse de su última conversación. La que terminó en la pared del Hotel Leon.

—¿Así que tú y Oda os conocéis? —Arve Støp estaba en la entrada con los brazos cruzados. Iba descalzo y llevaba una camiseta con una marca casi invisible de Louis Vuitton y pantalones de lino verde que en otro hombre habrían resultado femeninos. Porque Arve Støp era casi tan alto y corpulento como Harry, y tenía una cara por la que un candidato a la presidencia de Estados Unidos habría matado: una barbilla firme, una mirada azul de muchacho rodeada de finas arrugas y una tupida cabellera gris.

—De vista —dijo Harry—. Participé una vez en vuestro programa.

—Me tengo que ir —dijo Oda, les lanzó unos besos y se marchó corriendo. Sus pasos resonaban en los peldaños de la escalera como si fuese cuestión de vida o muerte que llegase a tiempo.

—Sí, esta reunión era también por ese puto programa de entrevistas —dijo Støp, invitó a Harry a pasar con un gesto y le dio la mano—. Me temo que mi exhibicionismo está alcanzando los límites de lo patético. Esta vez ni siquiera pregunté de qué tema se trataba antes de decir que sí. Oda había venido a recabar información. Bueno, tú ya has participado así que sabes cómo trabajan.

—Connmigo lo hicieron solo por teléfono —dijo Harry, aún con el calor de la mano de Arve Støp en la piel.

—Parecías muy serio por teléfono, Hole. ¿Qué puede hacer por ti un pobre periodista?

—Se trata de tu médico y compañero de *curling*, Idar Vetlesen.

—¡Ah ya, Vetlesen! Naturalmente. ¿Entramos?

Harry se quitó las botas y siguió a Støp por el pasillo hasta un salón que quedaba dos peldaños más bajo que el resto del apartamento. Una ojeada fue suficiente para darse cuenta de dónde había obtenido Idar la inspiración para su



sala de espera. La luz de la luna cabrilleaba en el fiordo al otro lado de las ventanas.

—Así que estáis haciendo una especie de investigación posterior *a priori* —dijo Støp, sentándose en el mueble más pequeño, una silla de líneas sencillas.

—¿Perdón? —dijo Harry, y se sentó en el sofá.

—Empezáis por la solución, y trabajáis hacia atrás para averiguar lo que pasó.

—¿Eso es lo que significa *a priori*?

—No tengo ni puñetera idea, pero me gusta cómo suena el latín.

—Ya. ¿Y qué te parece nuestra solución? ¿Te lo crees?

—¿Yo? —Støp se rio—. Yo no creo en nada. Pero es mi trabajo. En cuanto algo empieza a parecerse a las verdades establecidas, mi trabajo es argumentar en contra. Eso es el liberalismo.

—¿Y en este caso?

—Bueno. Por ejemplo, no veo qué móvil racional podría tener Vetlesen. Ni tampoco me parece que estuviese loco de una manera que no sea la comúnmente aceptada.

—¿Así que no crees que Vetlesen sea el asesino?

—Argumentar en contra de que la tierra sea redonda no es lo mismo que creer que es plana. Supongo que tenéis pruebas. ¿Una copa? ¿Café?

—Café, gracias.

—Era un farol —sonrió Støp—. Solo tengo agua y vino. Y también sidra de la granja de Abbediengen. Y eso sí que lo tienes que probar, tanto si quieres como si no.

Støp se alejó hacia la cocina y Harry se levantó y miró a su alrededor.

—Vaya piso que tienes, Støp.

—En realidad eran tres apartamentos —gritó Støp desde la cocina—. Uno de los apartamentos pertenecía a un armador de éxito que se ahorcó por puro tedio más o menos donde tú estás sentado ahora. El otro apartamento, donde estoy yo, pertenecía a un corredor de bolsa al que metieron en la trena por tráfico de información privilegiada. En la cárcel abrazó la fe, me vendió el apartamento y le dio todo el dinero a un predicador de la Misión Interior noruega. Pero eso también es una especie de tráfico de información privilegiada, no sé si me explico. Y he oído que el hombre es mucho más feliz ahora, así que, ¿por qué no?

Støp entró en el salón con dos vasos que contenían un líquido amarillo pálido. Le dio uno a Harry.

—El tercer apartamento era de un fontanero de Østensjø que, cuando se proyectó Aker Brygge, decidió que era aquí donde quería vivir. Una especie de ascenso de clase social, supongo. Después de haber ahorrado, o trabajado en negro cobrando precios desorbitados durante diez años, lo compró. Pero fue tan caro que no se pudo permitir pagar una empresa de mudanzas e hizo la mudanza

él mismo con dos amigos. Tenía una caja fuerte que pesaba cuatrocientos kilos, supongo que la necesitaba para todo ese dinero negro. Habían llegado al último rellano y solo les quedaban dieciocho peldaños cuando la puta caja fuerte se le resbaló. El fontanero quedó debajo, se fracturó la columna y se quedó paralítico. Ahora vive en una residencia ubicada en el barrio del que procedía, con vistas al lago de Østensjovannet. —Støp se acercó a la ventana, tomó un sorbo del vaso y contempló el fiordo—. No es el fiordo, es un lago, pero al fin y al cabo, una buena vista.

—Ya... Nos preguntamos cuál es tu vínculo con Idar Vetlesen.

Støp hizo un giro histriónico, con movimientos ágiles, como un veinteañero.

—¿Vínculo? Una palabra bastante fuerte. Era mi médico. Y de vez en cuando jugábamos juntos al *curling*. Es decir, los demás jugábamos al *curling*. Lo que hacía Idar era más bien mover la piedra y limpiar el hielo. —Ilustró lo que decía con un movimiento de la mano—. Sí, sí, sé que está muerto, pero así era.

Harry dejó el vaso con la sidra intacta en la mesa.

—¿De qué hablabais?

—Sobre todo, de mi cuerpo.

—¿Ah, sí?

—Joder, era mi médico.

—¿Y quería hacerle a tu cuerpo algunos cambios?

Arve Støp se rio de buena gana.

—Vaya, eso, precisamente, es algo que nunca he sentido la necesidad de hacer. Sé que Idar realizaba esas operaciones plásticas tan ridículas, liposucción y esas cosas, pero yo recomiendo prevención en vez de reparación *a posteriori*. Yo me entreno, comisario. ¿No te ha gustado la sidra?

—Contiene alcohol —dijo Harry.

—¿De verdad? —dijo Støp mirando su propio vaso—. No lo creo.

—¿Y de qué partes del cuerpo habláis?

—Del codo. Tengo codo de tenista, y me molesta cuando juego al *curling*. Ese idiota me prescribió que tomara analgésicos antes de los entrenamientos. Porque también mitigan las inflamaciones, con lo que muchas veces sobrecargaba la musculatura. Bueno, no tengo que dar ningún aviso a navegantes, dado que estamos hablando de un médico fallecido, pero no hay que tomar pastillas para combatir el dolor. El dolor es una cosa buena, coño, no habríamos sobrevivido sin él. Debemos dar gracias porque exista.

—¿De verdad?

Støp dio unos golpecitos con el dedo índice en el cristal de la ventana, tan grueso que impedía que entrara el sonido de la ciudad.

—Si quieres saber mi opinión, las vistas a una masa de agua dulce no son lo mismo. ¿Tú qué dices, Hole?

—No tengo vistas.

—¿De verdad? Deberías. Tener vistas permite tener visión.

—A propósito de ver. Hemos visto la lista de las llamadas telefónicas de los últimos días de Vetlesen. Nos la ha facilitado Telenor. ¿De qué hablaste con él por teléfono el día antes de que lo mataran?

Støp fijó un ojo inquisitivo en Harry. Echó la cabeza hacia atrás y apuró el vaso de sidra. Luego respiró hondo, con satisfacción.

—Casi había olvidado que estuvimos hablando ese día, pero supongo que fue por el codo.

Fue Tresko quien le explicó una vez que el jugador de póquer que se basa en la intuición para desenmascarar un farol es un perdedor seguro. Es cierto que la mentira se evidencia en la superficie de todo el mundo, pero no hay ninguna posibilidad de desenmascarar a un buen embustero sin una identificación fría y metódica de todos los signos, según Tresko. Harry se inclinaba a pensar que Tresko estaba en lo cierto. Y lo que lo convenció de que Støp mentía no fue la expresión de su cara, ni la voz ni los gestos.

—¿Dónde estuviste entre las cuatro y las ocho del día en que Vetlesen murió? —preguntó Harry.

—¡Vaya! —Støp enarcó una ceja—. Vaya. ¿Hay algo en este asunto que mis lectores y yo debiéramos saber?

—¿Dónde estuviste?

—Eso me hace pensar que no habéis cogido al Muñeco de Nieve después de todo. ¿Es correcto?

—Estaría bien que dejaras que yo hiciera las preguntas, Støp.

—De acuerdo, estuve con...

Arve guardó silencio. Y, de pronto, se le iluminó la cara con una sonrisa jovial.

—Espera un poco. Estás insinuando que puedo tener algo que ver con la muerte de Vetlesen. Y responder sería admitir las premisas de la pregunta.

—Puedo anotar que te niegas a responder, Støp.

Støp levantó el vaso como para brindar.

—Un contraataque muy conocido, Hole. Que nosotros, los de la prensa, utilizamos todos los días. De ahí el nombre de nuestra profesión. Prensa. Gente. Pero recuerda que no me niego a contestar, Hole, solo me abstengo de hacerlo ahora mismo. Lo que quiere decir que me lo estoy pensando.

Støp volvió a acercarse a la ventana, y allí se quedó asintiendo como para sus adentros.

—No me niego, solo que no he decidido si quiero responder ni qué voy a responder. Y mientras tanto, tendrás que esperar.

—No tengo prisa.

Støp se dio la vuelta.

—No tengo intención de malgastar tu tiempo, Hole, pero ya he dicho con

anterioridad que el único capital y medio de producción de *Liberal* es mi integridad personal. Espero que comprendas que yo, como periodista, tengo el deber de aprovechar esta situación.

—¿Aprovechar?

—Coño, entiendo que tengo acceso privilegiado a una noticia que es como una pequeña bomba atómica. Supongo que ningún periódico estará aún al corriente de que hay algo turbio en la muerte de Vetlesen. Si yo te diese ahora una respuesta que me eliminara como sospechoso, ya habría jugado mi carta. Y entonces sería demasiado tarde para pedir información relevante. ¿Tengo razón, Hole?

Harry se imaginaba adonde lo llevaría aquello. E intuía que Støp era un tío mucho más listo de lo que había pensado.

—No necesitas información —dijo Harry—. La información que necesitas es que te pueden acusar de obstaculizar intencionadamente una investigación policial.

—*Touché* —dijo Støp riendo, manifiestamente animado—. Pero, como periodista y liberal, debo tener en cuenta ciertas consideraciones fundamentales. La cuestión en este caso es si yo, como perro guardián abiertamente hostil al sistema, debo ponerme a disposición de los guardianes del orden gubernamental sin condiciones —escupió esas palabras sin ocultar su ironía.

—¿Cuáles serían las condiciones para obtener una respuesta?

—Exclusividad en cuanto a la documentación que pueda necesitar, naturalmente.

—Te puedo dar exclusividad —dijo Harry—. Junto con el condicionante de no facilitar dicha información a nadie más.

—Bueno, bueno, entonces estamos en las mismas. Qué pena. —Støp se metió las manos en los bolsillos del pantalón de lino—. Pero ya tengo suficiente para especular sobre si la policía ha cogido al verdadero culpable.

—Te recomiendo que no.

—Gracias, ya lo has hecho —Støp suspiró—. Pero piensa con quién te enfrentas, Hole. El viernes vamos a celebrar la fiesta del siglo en el Hotel Plaza. Seiscientos invitados celebrarán que *Liberal* cumple veinticinco años. No está mal para una revista que siempre se ha movido por los límites de nuestra libertad de expresión, que ha navegado todos los días en aguas jurídicas sucias. Veinticinco años, Hole, y todavía no hemos perdido ni un caso en los tribunales. Voy a consultar esto con nuestro abogado, Johan Krohn. Supongo que sabes quién es, ¿no, Hole?

Harry asintió sombríamente. Con un movimiento discreto de la mano, Støp señaló la puerta de salida, indicando que daba por terminada la visita.

—Prometo ayudar todo lo que pueda —dijo Støp ya delante de la puerta—. Si vosotros nos ayudáis.

—Sabes muy bien que es imposible para nosotros avenirmos a semejante acuerdo.

—No tienes ni idea de los acuerdos que hemos alcanzado, Hole —dijo Stöp sonriendo y abrió la puerta—. De verdad que no tienes ni idea. Cuento con volver a verte pronto.

—No contaba con volver a verte tan pronto —dijo Harry sujetando la puerta abierta.

Rakel subió los últimos peldaños de la escalera hasta el piso de Harry.

—Sí que contabas con ello —dijo ella, dejándose abrazar. Lo empujó hasta la entrada, cerró la puerta con el tacón, cogió la cabeza entre sus manos y lo besó con avidez.

—Te odio —dijo ella mientras le aflojaba la hebilla del pantalón—. Sabes que esto era lo peor que podía ocurrirme en estos momentos.

—Entonces, vete —dijo Harry desabrochándole el abrigo y luego la blusa. Los pantalones tenían la cremallera en un lado. Se la bajó y deslizó la mano por dentro, espalda abajo, por la tela lisa y fresca de las bragas. Reinaba el silencio en la entrada, solo se oía su respiración y el clac solitario del tacón contra el suelo cuando ella retiró el pie para que él pudiera entrar.

Después, en la cama, mientras compartían un cigarro, Rakel lo acusó de ser un camello.

—¿Es así como lo hacen, no? —dijo ella—. Las primeras dosis son gratis. Hasta que estén enganchados.

—Y tengan que pagar —dijo Harry, y formó con el humo un anillo grande y otro más pequeño que rodaron hacia el techo.

—Y caro —dijo Rakel.

—Estás aquí solo por el sexo, ¿verdad? —dijo Harry—. Solo quiero saberlo.

Rakel le pasó la mano por el pecho.

—Estás tan delgado, Harry...

Él no contestó. Esperó.

—La cosa no va muy bien con Mathias —dijo ella—. Es decir, él funciona bien. Él funciona estupendamente. Soy yo la que no funciona.

—¿Qué es lo que falla?

—Si lo supiera... Miro a Mathias y pienso «ahí tienes al tío ideal». Y me digo que me pone cachonda, y me esfuerzo para que me ponga cachonda, prácticamente lo asalto porque tengo ganas de tener ganas, ¿comprendes? Podría estar tan bien, ser tan perfecto... Pero luego no puedo...

—Ya. El caso es que tengo ciertas dificultades para imaginármelo, pero te escucho.

Ella le tiró fuertemente de la oreja.

—El hecho de que siempre nos deseáramos no era forzosamente un sello de calidad de nuestra relación, Harry.

Harry vio cómo el anillo de humo más pequeño alcanzaba al grande, hasta que formaron un ocho. Si que lo era, pensó.

—He empezado a buscar pretextos —dijo ella—. Por ejemplo, esa peculiaridad física tan divertida que Mathias ha heredado de su padre.

—¿Qué es?

—No es nada excepcional, pero a él le da un poco de vergüenza.

—Venga, cuéntamelo.

—No, no, no es nada, y al principio, su vergüenza me parecía entrañable. Ahora empieza a irritarme. Como si intentara convertir esa menudencia en un punto débil de Mathias, una excusa para..., para... —Se calló.

—Para estar aquí —concluyó Harry.

Ella lo abrazó con fuerza. Y se levantó.

—No pienso volver —dijo ella, e hizo una mueca.

Era cerca de medianoche cuando Rakel se fue de casa de Harry. Una lluvia fina y silenciosa hacía brillar el asfalto bajo las farolas. Fue subiendo por la calle Stensberggata, donde había aparcado el coche. Se sentó dentro e iba a arrancar cuando vio una nota escrita a mano sujeta bajo el limpiaparabrisas. Abrió la puerta un poco, cogió el papel e intentó leer el texto, que la lluvia casi había borrado.

«Vamos a morir, puta».

Rakel se sobrecogió. Miró a su alrededor. Pero estaba sola, rodeada de otros coches aparcados. ¿Habrían dejado una nota en alguno? No vio ninguna. Sería una casualidad, ¿cómo iban a saber que ese era su coche? Bajó la ventanilla un poco, sujetó la nota entre dos dedos y la dejó caer por la rendija de la ventanilla, arrancó y empezó a conducir.

De repente, antes de alcanzar la cima de la pendiente de la calle Ullevålsveien, tuvo la sensación de que alguien la miraba fijamente desde el asiento trasero. Se volvió y vio la cara de un chico. No era la cara de Oleg, sino otra cara desconocida. Frenó de golpe y la goma rechinó contra el asfalto. Luego, el sonido de un claxon iracundo. Tres veces. Miró jadeante al retrovisor. Vio la cara del chico asustado en el asiento trasero. Temblando, volvió a poner el coche en marcha.

Eli Kvale se quedó como clavada al suelo del recibidor. Seguía con el auricular en la mano. No habían sido figuraciones suyas, no, de ninguna manera.

No volvió en sí hasta que Andreas la llamó por segunda vez.

—¿Quién era? —le preguntó.

—Nadie —dijo ella—. Se habían equivocado.

Cuando se acostaron, ella quiso acurrucarse junto a él. Pero no podía. Le costaba hacerlo. Se sentía impura.

« Vamos a morir —había dicho la voz del teléfono—. Vamos a morir, puta» .

Día 16

Tv

Cuando el grupo de investigación se reunió la mañana siguiente, tenían controladas seis de las siete llamadas de la lista de Katrine Bratt donde figuraban las personas con las que Idar Vetlesen había hablado antes de ser asesinado. Solo quedaba un nombre.

—¿Arve Støp?—exclamaron Bjørn Holm y Magnus Skarre al unísono.

Katrine Bratt no dijo nada.

—Bueno —dijo Harry—. Hablé por teléfono con su abogado, el señor Krohn. Dejó bien claro que Støp no quería contestar a la pregunta de si tenía coartada. Ni a otras preguntas. Podemos detener a Støp, pero está en su derecho de no querer declarar. Lo único que conseguiríamos es que todo el mundo se enterase de que el Muñeco de Nieve aún anda suelto. La cuestión es si Støp dice la verdad o si es una puesta en escena.

—Pero un superfamoso como asesino... —dijo Skarre haciendo una mueca—. ¿Dónde se ha visto?

—O.J. Simpson —dijo Holm—. Robert «Baretta» Blake. Phil Spector. El padre de Marvin Gaye.

—¿Quién coño es Phil Spector?

—Prefiero que me contéis lo que pensáis —dijo Harry—. Tal cual, espontáneamente. ¿Tiene Støp algo que ocultar? ¿Holm?

Bjørn Holm se frotó las patillas en forma de chuleta.

—Es sospechoso que se niegue a contestar a algo tan concreto como dónde estaba cuando Vetlesen murió.

—¿Bratt?

—Creo que a Støp le divierte que lo consideren sospechoso. Y no afecta a la imagen de la revista, al contrario, refuerza la imagen de *outsider*. El gran mártir de la contracorriente.

—De acuerdo —dijo Holm—. Cambio de bando. No habría corrido ese riesgo si fuese culpable. Quería esa primicia.

—¿Skarre?—preguntó Harry.

—Está tirándose un farol. Solo son chorradas. ¿O es que alguno de vosotros comprende la relación que existe entre la prensa y los principios?

Ninguno de los tres contestó.

—De acuerdo —dijo Harry—. Suponed que la mayoría tiene razón y que Støp dice la verdad. Entonces deberíamos intentar eliminarlo del caso lo antes posible y seguir adelante. ¿Estaría con alguien a la hora del asesinato?



—Lo dudo —dijo Katrine—. He hablado por teléfono con una chica que conozco y que trabaja en *Liberal*. Dice que, fuera de las horas de oficina, Støp no es muy sociable y que normalmente está solo en su piso de Aker Brygge. Aparte de las visitas femeninas.

Harry miró a Katrine. Le recordaba al estudiante superdiligente que siempre va un semestre por delante del profesor.

—¿Así que mujeres, en plural? —preguntó Skarre.

—Según las palabras de mi amiga, Støp es un cazador de coños notorio. Precisamente después de que ella rechazara sus insinuaciones, le dio a entender que no cumplía con sus expectativas como periodista y que debía considerar la posibilidad de cambiar de ramo.

—Qué cabrón más falso —resopló Skarre.

—Una conclusión que compartís tanto tú como ella —dijo Katrine—. Pero la verdad es que no es muy buena periodista.

Holm y Harry rieron.

—Pregúntale a tu amiga si sabe el nombre de algunas de sus amantes —dijo Harry, y se levantó—. Y después llama a otras personas de la redacción y pregúntales lo mismo. Quiero que note nuestro aliento en el cogote. En marcha.

—¿Y tú qué? —dijo Katrine, que se había quedado sentada.

—¿Yo?

—No nos has contado si crees que lo de Støp es un farol.

—Bueno —dijo Harry sonriendo—. Por lo menos no solo cuenta verdades.

Los otros tres lo miraron.

—Dijo que no recordaba de qué había hablado con Vetlesen en su última conversación telefónica.

—¿Y?

—Si te dicen que un tío con el que estuviste hablando el día anterior es un asesino en serie que se acaba de suicidar, ¿no te pondrías enseguida a cavilar sobre la última conversación que mantuviste con él, a darle vueltas a todo lo que él dijo, a preguntarte si no deberías haberte dado cuenta?

Katrine asintió lentamente con la cabeza.

—Mi otra pregunta —dijo Harry— es por qué el Muñeco de Nieve se pone en contacto conmigo para que lo busque. Y, cuando me acerco, tal y como se supone que tenía previsto que haría, por qué pone tanto empeño en que parezca que fue Vetlesen.

—Quizá fuera esa la intención desde el principio —dijo Katrine—. Quizá tenga algún motivo para señalar precisamente a Vetlesen, algún asunto sin resolver entre ellos dos. Te llevó por ese camino desde el principio.

—O quizá fuera ese su modo de vencerte —propuso Holm—. Inducirte al error. Y luego disfrutar de la victoria en silencio.

—Venga ya —resopló Skarre—. Hacéis que parezca un asunto personal entre

el Muñeco de Nieve y Harry Hole.

Los otros tres miraron a Harry, que guardaba silencio.

Skarre frunció el ceño.

—¿Lo es?

Harry cogió la chaqueta del perchero.

—Katrine, quiero que le hagas otra visita a Borghild. Dile que tenemos autorización para ver los historiales de los pacientes. Yo me como la bronca, si la hubiera. Y mira a ver qué puedes encontrar referente a Arve Støp. ¿Algo más, antes de que me vaya?

—Esa tía de Tveita —dijo Holm—. Camilla Lossius. Sigue desaparecida.

—Échale un vistazo, Holm.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó Skarre.

Harry sonrió.

—Aprender a jugar al póquer.

Cuando Harry se vio delante del apartamento de Tresko, en el séptimo piso del único bloque de la plaza Frogner, experimentó la misma sensación que cuando era niño y llegaban las vacaciones en Oppsal. Que era su última opción, el último recurso desesperado después de haber llamado al timbre de todos los demás. Tresko, o Asbjørn Treschow, que fue el nombre que le dieron en la pila bautismal, abrió y miró taciturno a Harry. Porque lo sabía, ahora igual que entonces. El último recurso.

La puerta de entrada llevaba directamente a una vivienda de treinta metros cuadrados que, con un poco de buena voluntad, podía decirse que constaba de una sala de estar con cocina americana, y sin buena voluntad, de una habitación con un hornillo. El hedor era impresionante. Era el olor a bacterias que vegetaban en los pies sudorosos y el aire viciado, de ahí la expresión, por popular no menos precisa, «te huelen los pies a queso». Tresko había heredado ese olor de pies de su padre. Igual que había heredado el apodo, el Zueco, que le pusieron a su padre porque siempre llevaba ese extraño calzado, convencido de que la madera absorbía el olor.

Lo único positivo que se podía decir del olor de pies de Tresko hijo era que mitigaba el olor de los cacharros sin fregar apilados en el fregadero, de los ceniceros colmados o de las camisetas sudadas puestas a secar en los respaldos. Harry pensó que probablemente sería verdad que fue ese sudor lo que volvió locos a los contrincantes de Tresko cuando llegó a las semifinales del campeonato mundial de póquer de Las Vegas.

—Cuánto tiempo —dijo Tresko.

—Sí. Me alegro de que pudieras recibirme.

Tresko se rio como si Harry hubiese contado un chiste. Y Harry, que no tenía

ningún deseo de pasar más tiempo del necesario en el apartamento, fue directamente al grano.

—Bueno, pues dime, ¿por qué consiste el póquer en la capacidad de detectar cuándo miente el contrincante?

Al parecer, Tresko no tenía nada en contra de saltarse los preliminares.

—La gente cree que el póquer es cuestión de estadísticas, de pronósticos y probabilidades. Pero si juegas a un nivel bastante alto, todos los jugadores se saben las probabilidades de memoria, esa no es la batalla. Lo que determina a los mejores es su capacidad de *leer* a los demás. Antes de irme a Las Vegas, sabía que iba a jugar contra los mejores. Y pude verlos jugar en el canal Gambler's Channel, que recibía a través de la antena parabólica. Los grabé en vídeo y estudié a cada uno de los tíos cada vez que se tiraba un farol. Lo pasaba a cámara lenta, iba tomando nota hasta del mínimo detalle de lo que les pasaba en la cara, lo que decían y hacían, lo que se repetía. Y después de estudiarlos lo suficiente, comprobé que siempre tenían algo, algo que se repetía. Uno se rascaba rápidamente la aleta derecha de la nariz, otro pasaba la mano por el reverso de las cartas. Así que me presenté allí seguro de mi victoria. Por desgracia, resultó que había aún más detalles que me delataban a mí.

La risa bronca de Tresko sonó como una especie de sollozo e hizo que se le agitara el cuerpo grande y amorfo.

—¿Así que si me traen a un tío para que lo interrogue, tú puedes ver si miente?

Tresko negó con la cabeza.

—No es tan sencillo. En primer lugar, necesito tenerlo en vídeo. En segundo lugar tengo que haber visto las cartas para saber cuándo va de farol. Luego puedo rebobinar y analizar lo que hace diferente. Es como cuando se calibra un detector de mentiras, ¿verdad? Antes de la prueba se le pide al tío que diga algo que obviamente es verdad, por ejemplo, cómo se llama. Y luego algo que obviamente es mentira. Y luego se examinan los resultados para tener un mapa con el que orientarse.

—Una verdad obvia —murmuró Harry—. Y una mentira obvia. En un trozo de cinta de vídeo.

—Pero como te dije por teléfono, no garantizo nada.

Harry encontró a Beate en «House of Pain», el cuarto donde pasaba casi todo su tiempo cuando trabajaba en el grupo de Atracos. «House of Pain» era un despacho sin ventanas lleno de aparatos de grabación y reproducción para ver y editar vídeos de atracos, ampliar fotos e identificar personas en imágenes granuladas y voces que sonaban empañadas en los contestadores. Pero ahora era jefe de la Policía Científica de Bryn y además estaba de permiso por

maternidad.

Se oía el zumbido de los aparatos y el calor seco de la habitación le había sonrojado las mejillas casi transparentes y pálidas.

—Hola —dijo Harry, dejando que la puerta de hierro se cerrase a su espalda.

La mujer, menuda y ágil, se levantó y se dieron un abrazo, ambos ligeramente avergonzados.

—Estás muy delgado —dijo ella.

Harry se encogió de hombros.

—¿Cómo va... todo?

—Greger duerme cuando debe, come cuando debe y no llora casi nunca —dijo con una sonrisa—. Y ese es mi mundo por ahora.

Él pensó que debería decir algo sobre Halvorsen. Algo que demostrase que no lo había olvidado. Pero no le venían a la cabeza las palabras adecuadas. Y como si ella lo hubiera comprendido, le preguntó qué tal le iban las cosas a él.

—Bien —dijo desplomándose en la silla—. Bastante bien. Muy mal. Depende de cuándo lo preguntes.

—¿Y hoy? —Ella se volvió hacia el monitor de televisión, pulsó un botón y las personas que había en la pantalla empezaron a correr hacia atrás, hacia la entrada de un centro comercial sobre cuya puerta se leía «STOROSENTERET» en letras grandes.

—Estoy paranoico —dijo Harry—. Tengo la sensación de que trato de atrapar a alguien que me está manipulando, que todo está al revés y que consigue que haga exactamente lo que él quiere. ¿Conoces esa sensación?

—Sí —dijo Beate—. Se llama «Greger». —Ella dejó de rebobinar—. ¿Quieres ver lo que he encontrado?

Harry acercó la silla. No era ningún mito que Beate Lønn tenía un talento muy especial, que tenía el giro fusiforme, la parte del cerebro que almacena e identifica rostros humanos, tan desarrollado y sensible que era un archivo ambulante de delincuentes.

—He repasado las fotos que tenéis de los que están involucrados en el asunto —dijo ella—. Esposos, hijos, testigos y demás. Nuestros viejos conocidos ya sé qué pinta tienen.

Movió la foto hacia delante pasándola fotograma a fotograma.

—Ahí —dijo, y paró.

La imagen se quedó fija y temblorosa y mostraba una selección de personas en granulado blanco y negro, desenfocadas.

—¿Dónde? —dijo Harry, sintiéndose tan tonto como siempre que estudiaba caras con Beate Lønn.

—Ahí. Es la misma persona que en esta otra foto.

Sacó una de las fotos de la carpeta.

—¿Puede ser esta la persona que va detrás de ti, Harry?

Harry miró la foto, sorprendido. Luego asintió lentamente y cogió el teléfono. Katrine Bratt tardó dos segundos en contestar.

—Ponte la chaqueta y reúnete conmigo en el garaje —dijo Harry—. Vamos a dar una vuelta en coche.

Harry condujo el coche por las calles Uranienborgveien y Majorstuveien para evitar los semáforos de la calle Bogstadveien.

—¿De verdad que estaba segura de que era él? —dijo Katrine—. La calidad de la foto de la cámara de vigilancia...

—Créeme —dijo Harry—. Si Beate Lønn dice que es él, lo es. Llama a información telefónica y pregunta por el número de su casa.

—Lo he guardado en el móvil —dijo Katrine y lo sacó.

—¿Guardado? —Harry la miró—. ¿Haces eso con todas las personas que aparecen en los casos con los que trabajas?

—Sí. Los guardo en un grupo aparte. Y luego borro el grupo cuando el caso está resuelto. Deberías probarlo, realmente es una sensación maravillosa cuando pulsas «borrar». Muy... tangible.

Harry detuvo el coche delante de la casa amarilla de Hoff.

Todas las ventanas estaban a oscuras.

—Filip Becker —dijo Katrine—. Quién iba a decirlo...

—Recuerda que solo vamos a charlar con él. Puede haber tenido una razón perfectamente normal para llamar a Vetlesen.

—¿Desde un teléfono público en el centro comercial de Storo?

Harry miró a Katrine. Veía el pulso latiéndole en la delicada piel del cuello. Apartó la vista y miró hacia la ventana del salón de la casa.

—Vamos —dijo. En el momento en que agarraba la manilla para abrir la puerta del coche, le sonó el móvil—. ¿Sí?

La voz al otro lado sonaba alterada, pero informó de todas formas con frases cortas y precisas. Harry interrumpió el flujo de palabras con dos «Hum», un sorprendido «¿Qué?» y un «¿Cuándo?».

Finalmente, se hizo el silencio al otro lado.

—Llama a la central de operaciones —dijo Harry—. Diles que manden dos de los coches patrulla que estén más cerca de la calle Hoffveien. Nada de sirenas, y que pare uno a cada lado de la manzana. ¿Qué? Porque hay un niño ahí dentro y no tenemos ganas de que Becker se ponga más nervioso de lo necesario. ¿Vale?

Al parecer les valía.

—Era Holm. —Harry se inclinó hacia Katrine, abrió la guantera, rebuscó un poco y sacó las esposas—. Su gente ha encontrado unas cuantas huellas dactilares en el coche del garaje de Lossius. Las han cotejado con las otras huellas que

hemos obtenido en este caso.

Harry sacó el llavero del contacto, se inclinó y extrajo una caja de metal de debajo del asiento. Metió una llave en la cerradura, la abrió y sacó un Smith & Wesson negro de cañón corto.

—Una de las huellas halladas en la aleta delantera del coche coincide.

Katrine dibujó una «o» con la boca y lo miró con expresión interrogante, señalando la casa con la cabeza.

—Sí —dijo Harry—. El profesor Filip Becker.

Katrine Bratt lo miraba con los ojos como platos, pero siguió con la misma tranquilidad en la voz.

—Tengo la sensación de que podré pulsar la tecla de «borrar» muy pronto.

—A lo mejor —dijo Harry, revisando el tambor del revólver para asegurarse de que había cartuchos en todas las recámaras—. No existen dos hombres que secuestren mujeres de esa manera.

Ella ladeó la cabeza a un lado y a otro, como si estuviese calentando antes de un combate de boxeo.

—Una suposición razonable.

—Deberíamos haberlo comprendido la primera vez que estuvimos aquí.

Harry la miró y se preguntó por qué no compartía su expectación, por qué no había ni rastro de la sensación de placer embriagador que infunde el momento de la detención. ¿Sería porque sabía que pronto la sustituiría la sensación de vacío que produce haber llegado demasiado tarde, de ser un bombero que recoge las ruinas? Sí, también, pero no era eso. Era otra cosa, ahora lo notaba. Dudaba. Las huellas dactilares y las fotos del centro comercial Storosenteret serían más que suficientes en un juicio, pero había sido demasiado fácil. Ese asesino no era así, no cometía esos errores banales. No era la misma persona que puso la cabeza de Sylvia Ottersen encima de un muñeco de nieve, la que había congelado a un policía en su propio congelador, la que había enviado a Harry una carta que decía: «Lo que tienes que preguntarte es: ¿Quién ha hecho el muñeco de nieve?».

—¿Qué hacemos? —preguntó Katrine—. Lo detenemos nosotros...

Harry no pudo oír por el tono de voz si era una pregunta.

—De momento, vamos a esperar —dijo Harry—. Hasta que lleguen los refuerzos. Entonces llamaremos al timbre.

—¿Y si no está en casa?

—Está en casa.

—Ah. ¿Cómo...?

—Mira la ventana del salón. Mantén la mirada fija un rato.

Ella obedeció. Y cuando vieron que la luz blanca cambiaba detrás de la gran ventana panorámica, se dio cuenta de que Katrine lo había comprendido. Que era la luz de una televisión encendida.

Esperaron en silencio. Reinaba la calma. Se oyó el graznido de un grajo. Y luego, nada. Entonces sonó el móvil de Harry.

Los refuerzos estaban en sus puestos.

Harry les explicó la situación rápidamente. Que no quería ver ningún uniforme a menos que él los llamara o que oyeran disparos o gritos.

—Ponlo en silencio —dijo Katrine cuando él cortó la comunicación.

Harry sonrió, siguió su consejo y le lanzó una mirada furtiva. Pensó en la cara que puso cuando se abrió la puerta del congelador. Pero ahora no revelaba ningún miedo ni nerviosismo, únicamente concentración. Metió el teléfono en el bolsillo de la chaqueta y lo oyó tintinear contra el revólver.

Salieron del coche, cruzaron la calle y abrieron la verja. La grava húmeda de la entrada mordisqueaba con avidez las suelas de sus zapatos. Harry se quedó mirando la ventana panorámica, buscaba sombras en movimiento en el papel blanco de las paredes.

Estaban en la escalera. Katrine miró a Harry, que asintió con la cabeza. Ella llamó al timbre. Se oyó un ding dong grave en el interior.

Esperaron. Ningún paso. Ninguna sombra en el cristal rugoso de la ventana alargada que había junto a la puerta de entrada.

Harry se adelantó y aplicó la oreja al cristal, una forma sencilla y sorprendentemente eficaz de oír lo que ocurría en el interior de una casa. Pero no oía nada, ni siquiera la tele. Retrocedió unos pasos, estiró la mano hacia arriba, hacia el saledizo que cubría la escalinata, consiguió agarrar el canalón con ambas manos y se impulsó hasta que estuvo lo bastante alto como para ver todo el salón por la ventana. De espaldas a él, en el suelo, justo delante de la tele, había una persona sentada, llevaba un abrigo gris y tenía las piernas cruzadas. Unos auriculares enormes le rodeaban el cráneo abollado como una aureola negra. De los auriculares salía un cable que iba hasta la tele.

—No oye nada, tiene los auriculares puestos —dijo Harry y bajó justo a tiempo de ver a Katrine cogiendo el picaporte. Las juntas de goma que rodeaban el marco soltaron la puerta con un chasquido.

—Parece que podemos pasar —dijo Katrine en voz baja, y entró.

Sorprendido y maldiciendo para sus adentros, Harry la siguió. Katrine ya estaba en la puerta del salón. La abrió. Se quedó allí hasta que Harry llegó a su lado. Dio un paso, rozó un pedestal sobre el que un jarrón se tambaleó peligrosamente antes de decidir que se quedaría donde estaba.

Había por lo menos seis metros hasta la persona que seguía sentada de espaldas a ellos.

En la pantalla del televisor, un niño pequeño intentaba mantener el equilibrio mientras se agarraba del dedo índice de una mujer risueña. El piloto azul del reproductor de DVD que se veía debajo del televisor estaba encendido. A Harry le sobrevino un *déjà vu*, una sensación de tragedia a punto de repetirse. Justo así:

el silencio, una grabación de aficionado con imágenes de felicidad familiar, el contraste entre entonces y ahora, la tragedia que ya se ha producido y que solo necesita un desenlace.

Katrine señaló, pero él ya lo había visto.

La pistola estaba en el suelo, detrás de la persona que había sentada, entre un rompecabezas a medio hacer y una Gameboy, y podía confundirse perfectamente con un juguete. Una Glock 21, se apostó Harry, y notó las náuseas cuando el cuerpo cambió de marcha de repente y le inyectó más adrenalina en la sangre.

Podían elegir entre dos opciones. Quedarse allí, al lado de la puerta, gritar el nombre de Becker y correr con las consecuencias de enfrentarse a un hombre armado. O desarmarlo antes de que los descubriese. Harry puso una mano en el hombro de Katrine y la empujó hacia atrás mientras se imaginaba cuánto tardaría Becker en darse la vuelta, coger la pistola, apuntar y disparar. Cuatro pasos largos serían suficientes, y no había detrás de Harry ninguna luz que proyectase su sombra ni la pantalla del televisor irradiaba la luz suficiente como para que se viera su reflejo.

Harry respiró hondo y se puso en movimiento. Fue bajando el pie despacio, para posarlo en el parqué con la mayor suavidad posible. La espalda no se movió. Estaba a mitad de la segunda zancada cuando oyó el ruido a su espalda. Y supo instintivamente que era el jarrón. Vio cómo la persona se volvía deprisa, y vio la expresión atormentada de Filip Becker. Harry se quedó petrificado y los dos se miraron fijamente, y la pantalla del televisor se puso negra. Becker abrió la boca como si quisiera decir algo. Un sinfín de riachuelos rojos le cruzaba el blanco de los ojos, y tenía las mejillas inflamadas como si hubiera estado llorando.

—¡La pistola!

Fue Katrine quien gritó, y Harry levantó la vista automáticamente y vio su reflejo en la pantalla oscura del televisor. Estaba junto a la puerta, con las piernas separadas, los brazos extendidos hacia delante y las manos sujetando el revólver.

El tiempo parecía demorarse, convertirse en una sustancia viscosa y amorfa donde solo los sentidos seguían funcionando al ritmo del tiempo real.

Un policía tan experto como Harry debería haberse tirado al suelo instintivamente y haber sacado el arma. Pero había algo más, algo que era más lento que los instintos, aunque trabajaba con más ahínco. Harry cambiaría de opinión más tarde, pero al principio creía que hizo lo que hizo debido a otro *déjà vu*, la visión de un hombre caído a tierra, muerto por el tiro de un policía, porque sabía que había llegado al final del camino, que no tendría fuerzas para luchar contra más fantasmas.

Harry dio un paso a la derecha y se puso en la línea de fuego de Katrine.

Oyó un clic, un sonido resbaladizo y lubricado a su espalda. El sonido del



percutor de un revólver que se vuelve a bajar, del dedo que afloja la presión aplicada al gatillo.

Becker tenía la mano apoyada en el suelo, al lado de la pistola. Se le habían puesto blancos los dedos y los nudillos de tanto apretar. Lo que significaba que estaba apoyando en ellos todo el peso del cuerpo. Con la otra mano, la derecha, sujetaba el mando a distancia. Si quisiera coger la pistola con la mano derecha, perdería el equilibrio.

—No te muevas —dijo Harry en voz alta.

Lo único que Becker movió fueron los ojos: parpadeó varias veces, como si quisiera apartar a Harry y Katrine de su vista. Harry se le fue acercando con movimientos tranquilos pero eficaces. Se agachó y cogió la pistola, que era sorprendentemente ligera. Tan ligera que pensó que era imposible que contuviese cartuchos en el tambor. Se la guardó en el bolsillo de la chaqueta, junto a su propio revólver, y se quedó en cuclillas. En la pantalla del televisor pudo ver que Katrine seguía apuntándoles; que, intranquila, cambiaba el peso de un pie a otro. Él le tendió una mano a Becker, que retrocedió como un animal esquivo, logró llevarse una mano a los auriculares y se los quitó.

—¿Dónde está Jonas? —preguntó Harry.

Becker miró a Harry como si no entendiese ni la situación ni el idioma.

—¿Jonas? —repitió Harry. Y gritó—. ¡Jonas! ¿Jonas, estás aquí?

—Chist... —dijo Becker—. Está durmiendo. —Tenía la voz como de un sonámbulo, como si se hubiera tomado un tranquilizante. Becker señaló los auriculares—. No se puede despertar.

Harry tragó saliva.

—¿Dónde está?

—¿Dónde? —Becker ladeó la cabeza y miró a Harry como si no lo hubiese reconocido hasta ese momento—. En la cama, naturalmente. Los niños deben dormir en sus camas. —Su entonación subía y bajaba como si estuviera recitando un poema.

Harry metió la mano en el otro bolsillo de la chaqueta y cogió las esposas.

—Dame las manos —dijo.

Becker volvió a pestañear.

—Es por tu propia seguridad —dijo Harry.

Era una frase ensayada, que practicaban en la Escuela Superior de Policía y que, en primera instancia, estaba destinada a tranquilizar a los arrestados. Pero cuando se oyó pronunciarla, comprendió de repente por qué había entrado en la línea de fuego. Y no era a causa de sus fantasmas.

Becker levantó las manos hacia Harry como en una plegaria, y el acero se cerró alrededor de sus muñecas delgadas e hirsutas.

—Siéntate —dijo Harry—. Ella cuidará de ti.

Harry se levantó y se dirigió a la puerta, donde estaba Katrine. Ella había

bajado el revólver y le sonreía con un brillo extraño en los ojos. Como si ardiesen ascuas muy en el fondo.

—¿Estás bien? —preguntó Harry en voz baja—. ¿Katrine?

—Por supuesto —dijo riéndose.

Harry dudó un instante. Luego siguió escaleras arriba. Se acordaba de dónde estaba la habitación de Jonas, pero abrió las otras puertas primero. Como si quisiera retrasarlo. La luz del dormitorio de Becker estaba apagada, pero pudo distinguir la cama doble de matrimonio. Ya no había sábanas en uno de los lados. Como si hubiera asumido que ella no volvería nunca.

Harry estaba ante la puerta de la habitación de Jonas. Vació la cabeza de pensamientos e imágenes antes de abrirla. Unos tonos discordes sonaron frágiles en la oscuridad y, a pesar de no ver nada, sabía que la presión del aire de la puerta había puesto en movimiento unos finos tubos de metal, porque Oleg también tenía un carillón de esos en el techo de su habitación. Entró y vislumbró a alguien o algo bajo el edredón. Aguzó el oído por si oía la respiración. Pero lo único que sonaba era el carillón, que seguía vibrando, negándose a morir. Puso la mano sobre el edredón. Y por un instante, lo petrificó el temor. A pesar de que nada de lo que había en aquella habitación representaba un peligro físico para él, pero Harry sabía de qué tenía miedo. Porque otra persona, su anterior jefe Bjarne Møller, se lo había explicado en una ocasión. Tenía miedo de su condición humana.

Apartó cuidadosamente el edredón, dejando al descubierto el cuerpo que yacía en la cama. Era Jonas. En la oscuridad parecía que estuviera dormido de verdad. De no ser por los ojos, que tenía abiertos y clavados en el techo. Harry se fijó en la tirita que llevaba en el antebrazo. Se inclinó sobre la boca entreabierta del chico al mismo tiempo que le ponía la mano en la frente. Y se sobrecogió al notar la piel caliente y un flujo de aire que le rozaba la oreja. Y una voz amodorrada murmuró:

—¿Mamá...?

Harry no estaba en absoluto preparado para su propia reacción. Quizá porque estaba pensando en Oleg. O porque estaba pensando en sí mismo cuando era pequeño y una vez se despertó creyendo que ella todavía estaba viva, y fue corriendo al dormitorio de sus padres en Oppsal y vio que en un lado de la cama ya no había sábanas.

Como quiera que fuese, Harry no consiguió reprimir las lágrimas que de repente le afloraban a los ojos, que se los colmaron hasta que el rostro de Jonas se desdibujó emborronado, y las lágrimas le rodaban por las mejillas, descendiendo como regueros calientes antes de encontrar las arrugas que las canalizaron hasta las comisuras de los labios, y Harry pudo notar su sabor salado, el sabor a sí mismo.

## CUARTA PARTE

Día 17

Las gafas de sol

Eran las siete de la mañana cuando Harry abrió la celda 23 del calabozo. Becker estaba sentado en el catre completamente vestido y lo miraba inexpresivo. Harry dejó la silla que había traído de la sala de guardia en medio de los cinco metros cuadrados que les asignaban a los que pernoctaban en los calabozos y a los detenidos bajo custodia en la Comisaría General. Se sentó a horcajadas y le ofreció a Becker un cigarrillo de su paquete de Camel arrugado.

—Dudo que esté permitido fumar —dijo Becker.

—Si yo estuviera aquí con expectativas de cadena perpetua —dijo Harry—, creo que correría ese riesgo.

Becker lo miró sin decir nada.

—Venga —dijo Harry—, no encontrarás mejor sitio para fumar a escondidas.

El profesor sonrió torvamente y cogió el cigarrillo que Harry le ofrecía.

—Jonas está bien, dadas las circunstancias —dijo Harry sacando el mechero—. He hablado con los Bendiksen y han dicho que se puede quedar con ellos unos días. Tuve que discutir un poco con los de protección de menores, pero al final cedieron. Y todavía no hemos informado a la prensa de la detención.

—¿Por qué no? —dijo Becker, inhalando con cuidado de no quemarse con la llama del mechero.

—Te lo explicaré más tarde. Pero seguro que comprendes que si no cooperas, no puedo seguir reteniendo la noticia.

—Ya, tú eres el poli bueno. Y el que me interrogó ayer es el malo, ¿verdad?

—Así es, Becker, yo soy el poli bueno. Y me gustaría hacerte unas preguntas *off the record*. Lo que me cuentes ni puede utilizarse ni se utilizará en tu contra. ¿Estás de acuerdo?

Becker se encogió de hombros.

—Espen Lepsvik, el agente que te interrogó ayer, cree que mientes —dijo Harry y sopló el humo azul del cigarrillo hacia el detector de humos del techo.

—¿Sobre qué?

—Cuando dices que solo estuviste hablando con Camilla Lossius en el garaje y luego te fuiste.

—Pues es verdad. ¿Él qué cree?

—Lo que te dijo anoche. Que la has secuestrado, la has asesinado y has ocultado el cadáver.

—¡Eso es de locos! —exclamó Becker—. ¡Solo estuvimos hablando! Es la

verdad.

—Entonces, ¿por qué te niegas a contarnos de qué estuvisteis hablando?

—Ya he dicho que se trata de un asunto privado.

—Y reconoces que llamaste a Idar Vetlesen el día que lo encontraron muerto, y tengo entendido que consideras un asunto privado el tema de vuestra conversación, ¿no es eso?

Becker miró a su alrededor como si le pareciera normal que hubiese un cenicero por allí.

—Mira. No he hecho nada ilegal, pero no quiero contestar a más preguntas sin la presencia de mi abogado. Que vendrá hoy mismo, pero un poco más tarde.

—Anoche te ofrecimos un abogado que podía presentarse enseguida.

—Quiero un buen abogado, no uno de esos... empleados municipales. ¿No es hora de contarme por qué pensáis que le he hecho algo a la mujer de Lossius?

A Harry le sorprendió la formulación. O más exactamente, el tratamiento. La mujer de Lossius.

—Si ha desaparecido, ¿no deberíais detener a Erik Lossius? —continuó Becker—. ¿No se supone que siempre es el marido?

—Sí —dijo Harry—. Pero él tiene una coartada, estaba trabajando cuando desapareció. La razón por la que estás aquí es que creemos que tú eres el Muñeco de Nieve.

Becker se quedó boquiabierto y parpadeó como en la sala de estar de la calle Hoffsveien la noche anterior. Harry señaló el cigarrillo que le colgaba humeante entre la punta de los dedos.

—Tienes que inhalar un poco, o el detector de humos se pondrá en marcha.

—¿El Muñeco de Nieve?! —exclamó Becker—. Pero si era Vetlesen.

—No —dijo Harry—. Sabemos que no era él.

Becker pestañeó asombrado antes de soltar una risa tan seca y amarga que sonó como una tos.

—O sea, que esa es la razón de que no hayáis filtrado nada a la prensa. No deben saber que habéis metido la pata. Y mientras tanto buscáis desesperadamente al verdadero. O al verdadero en potencia.

—Correcto —dijo Harry, y dio una calada—. Y de momento, ese eres tú.

—¿De momento? Creía que tu papel era convencerme de que estás tan seguro que más me vale confesar cuanto antes.

—Pero no estoy seguro —dijo Harry.

Becker cerró un ojo.

—Pero ¿qué es esto? ¿Una artimaña?

Harry se encogió de hombros.

—Solo es una sensación que tengo. Necesito que me convenzas de que eres inocente. El breve interrogatorio de antes no hace más que reforzar la impresión de que eres un hombre que tiene mucho que ocultar.

—No tenía nada que ocultar. Quiero decir, no tengo nada que ocultar. Solo que no veo ninguna razón por la que deba hablaros de asuntos privados cuando no he hecho nada malo.

—Escúchame bien, Becker. Yo no creo que seas el Muñeco de Nieve ni que hayas matado a Camilla Lossius. Y creo que eres una persona racional que entiende que será menos perjudicial para ti hablarme de esos asuntos privados aquí que leer mañana en los periódicos que han detenido al profesor Filip Becker, sospechoso de ser el mayor asesino en serie de la historia de Noruega. Porque sabes que, aunque te declaren inocente y te dejen en libertad pasado mañana, tu nombre siempre se asociará a los artículos de la prensa. Y también el de tu hijo.

Harry vio bailar la nuez de Becker en el cuello sin afeitado. Vio cómo el cerebro sacaba las conclusiones lógicas. Las más sencillas. Y al final habló con una voz tan atormentada que Harry pensó al principio que se debía a que no era fumador habitual:

—Birte, mi mujer, era una puta.

—¿Ah, sí? —Harry intentó ocultar su sorpresa.

Becker dejó el cigarrillo en el suelo de cemento, se inclinó hacia delante y sacó una libreta negra del bolsillo trasero.

—Encontré esto el día después de que desapareciese. Estaba en el cajón de su escritorio, ni siquiera lo había escondido. A primera vista parecía totalmente inocente. Recordatorios cotidianos para sí misma y números de teléfono. Pero cuando me puse en contacto con el servicio de información telefónica para comprobar los números, me enteré de que no existen. Eran claves. Pero me temo que mi mujer no era una gran inventora de claves. No tardé ni un día en descifrarlas todas.

Erik Lossius era el propietario y gerente de Rydd & Flytt, una empresa de mudanzas que se había posicionado en ese sector poco lucrativo gracias a unos precios estandarizados, una comercialización agresiva, mano de obra extranjera y barata y contratos donde se exigía el pago al contado en cuanto la mudanza estuviese en los camiones y antes de partir hacia su destino. Nunca había perdido dinero con un cliente, entre otras razones, porque la letra pequeña del contrato decía que los partes de daños y robos debían entregarse durante los dos primeros días posteriores a la mudanza, algo que, en la práctica, significaba que el noventa por ciento de las frecuentes quejas llegaran demasiado tarde y, por lo tanto, pudieran desestimarse. En cuanto al diez por ciento restante, Erik Lossius había perfeccionado métodos para resultar inaccesible o retrasar los trámites normales, tan agotadores que incluso los propietarios de un piano dañado o de un televisor de plasma extraviado durante la mudanza se daban por vencidos.

Erik Lossius empezó a trabajar en el sector bastante joven, en comparación

con el anterior propietario de Rydd & Flytt, que era amigo del padre de Erik. Y fue el padre quien le consiguió un puesto en la empresa.

—Es un chico demasiado inquieto para seguir estudiando y demasiado listo para convertirse en un delincuente —le dijo el padre al propietario—. ¿Puedes contratarlo?

Erik destacó rápidamente como vendedor por las comisiones que conseguía gracias a su encanto, eficacia y brutalidad. Había heredado los ojos castaños de su madre y el cabello tupido y rizado del padre y tenía una constitución atlética, y sobre todo las mujeres rechazaban cualquier sugerencia de obtener presupuestos de otras empresas de mudanzas y firmaban en el acto. Como además era listo, calculó bien los números y la planificación en las pocas ocasiones en que les pidieron presupuestos para trabajos de más envergadura. Daban presupuestos bajos y subían la franquicia del cliente para daños o pérdidas. Al cabo de cinco años, la empresa obtenía pingües beneficios y Erik se había convertido en la mano derecha del propietario en casi todo lo concerniente al negocio. Pero durante una mudanza relativamente sencilla, poco antes de Navidad, cuando trasladaba una mesa al nuevo despacho de Erik, que se hallaba en el segundo piso, el propietario sufrió un infarto y se desplomó muerto en el suelo. Durante los días siguientes, Erik consoló a la mujer del propietario lo mejor que pudo, y pudo consolarla bastante bien, ya que una semana después del entierro habían acordado una suma de traspaso prácticamente simbólica que correspondía a lo que Erik llamó «un pequeño negocio en un ramo poco lucrativo con márgenes insignificantes». Sin dejar de insistir, eso sí, en que lo más importante para él era que alguien recogiera el testigo de una obra a la que su marido había dedicado toda la vida. Pronunció aquellas palabras con el destello de una lágrima en los ojos castaños, y ella posó una mano trémula sobre la de él y le dijo que, en ese caso, él debería ir a verla personalmente para mantenerla informada. Erik Lossius ya era el propietario de Rydd & Flytt, y lo primero que hizo fue tirar todos los partes de daños y pérdidas a la basura, volver a redactar los contratos y enviar cartas a todos los domicilios de la parte acomodada de Oslo, donde había más mudanzas y donde la gente se preocupa más de los precios.

Con los treinta cumplidos, Erik Lossius podía permitirse dos BMW, una casa de veraneo al norte de Cannes y un chalé de medio millar de metros cuadrados en un lugar de Tveita donde los bloques en los que él se había criado no tapaban el sol. En pocas palabras, podía permitirse a Camilla Sandén.

Camilla pertenecía a una familia bien del sector de la confección, aunque en la actualidad venida a menos, y procedía del barrio de Blommenholm, la parte elegante de la ciudad, un ambiente tan ajeno al hijo de un obrero como el vino francés que Erik Lossius tenía ahora apilado en largas hileras en el sótano en su chalé de Tveita. Pero cuando entró en aquella casa inmensa para hacerles la

mudanza y vio todos los objetos que había que trasladar, tomó conciencia de lo que aún no tenía y debería tener: clase, estilo, prosapia y una superioridad natural que la cortesía y las sonrisas solo podían subrayar. Y todo aquello lo personificaba a la perfección la hija, Camilla, que estaba sentada en el balcón contemplando el fiordo de Oslo a través de unas grandes gafas de sol que, por lo que Erik sabía, bien pudo haber comprado en la gasolinera más cercana, pero que al llevarlas ella, en cualquier caso, parecían de Gucci, Dolce & Gabbana o cualquiera de esas firmas de moda, como quiera que se llamaran.

Ahora y a sabía cómo se llamaban todas las marcas.

Trasladaron sus pertenencias, menos un par de cuadros que pensaban vender, a una casa más pequeña con una dirección menos elegante y nunca recibió ningún parte de extravío de la única cosa que robó de la carga. Ni siquiera cuando vieron a Camilla vestida de novia delante de la iglesia de Tveita, con los bloques de viviendas como testigos mudos, revelaron sus padres ni con un simple gesto que desaprobaban la elección de su hija. Quizá porque comprendieron que Erik y Camilla se complementaban en cierto modo: a él le faltaba estilo y a ella dinero.

Erik trataba a Camilla como a una princesa y ella se dejaba querer. Él le proporcionaba todo lo que quería, la dejaba en paz en el dormitorio cuando ella lo deseaba, y solo le exigía que causara la mejor impresión posible cuando salían o invitaban a cenar a parejas de amigos, es decir, a los amigos de la infancia de Erik. Ella se preguntaba a veces si Erik no la querría de verdad, y empezó poco a poco a alentar un profundo afecto por aquel chico tan resuelto de la parte obrera de la ciudad.

Por su parte, Erik se sentía muy feliz. Había comprendido desde el primer momento que Camilla no era el tipo de mujer ardiente; lo que, a decir verdad, la colocaba a sus ojos en una esfera diferente y más elevada que a las chicas con las que acostumbraba a relacionarse. De todas formas, sus necesidades físicas estaban cubiertas por medio del estrecho contacto que mantenía con los clientes. Erik había llegado a la conclusión de que había algo en la naturaleza de las mudanzas y los cambios que volvía a las personas sentimentales, inquietas y abiertas a nuevas experiencias. Porque la verdad era que se follaba a mujeres solteras, separadas, con pareja y casadas encima de mesas de comedor, en rellanos, sobre colchones envueltos en plástico y suelos de parquet recién fregados, entre cajas de cartón y paredes desnudas donde resonaba el eco, mientras se preguntaba qué le compraría a Camilla la próxima vez.

Lo genial del asunto era que, dadas las circunstancias, se trataba de mujeres que nunca volvería a ver. Se mudarían y desaparecerían. Y eso es lo que hicieron todas. Menos una.

Birte Olsen era morena, guapa y tenía un cuerpo digno de *Penthouse*. Era más joven que él y tenía la voz clara y una forma de expresarse que la hacían



aparentar menos edad aún. Estaba embarazada de dos meses, iba a mudarse al centro de la ciudad, dejaría el barrio para irse a vivir a la calle Hoffsvæien, junto con el padre del bebé, un tío de la parte oeste de la ciudad con quien iba a casarse. Era una mudanza con la que Erik Lossius podía identificarse. Y, después de liarse con ella encima de una simple silla de madera, en medio del salón vacío, no pudo prescindir de la relación.

En pocas palabras, Erik Lossius había encontrado a su semejante.

Sí, porque pensaba en ella como en un hombre, uno que no fingía que quería algo distinto de lo que quería él: follarse a la otra persona hasta perder el juicio. Y de alguna forma, lo consiguieron. Empezaron a verse en apartamentos vacíos que la gente había dejado o estaba a punto de ocupar, por lo menos una vez al mes, y siempre con cierto riesgo de que los descubrieran. Eran rápidos, eficaces; y sus rituales, fijos y sin variación. Aun así, Erik Lossius esperaba cada encuentro con ilusión, como un niño la Nochebuena, es decir, con una expectación sin disimulos ni complicaciones, que se veía reforzada por la seguridad de que todo sería igual, de que se cumplirían las expectativas. Vivían vidas paralelas, tenían realidades paralelas, y parecía que ella estaba tan satisfecha como él. Siguieron viéndose, con tan solo algunas interrupciones: el parto —que, por suerte, fue por cesárea—, unas vacaciones largas y una inocente enfermedad venérea cuyo origen ni podía ni quería conocer. Y ahora, diez años después, un tío alto con el pelo rapado y la voz como un cortacésped le preguntaba si conocía a Birte Becker sentado encima de una caja de cartón en un piso medio vacío de Torshov.

Erik Lossius tragó saliva.

El tío se había presentado como Harry Hole, comisario del grupo de Delitos Violentos, pero se parecía más a uno de sus empleados. Los agentes de policía con los que Erik había tenido contacto después de denunciar la desaparición de Camilla eran del grupo de Personas Desaparecidas. Aun así, cuando el tío le enseñó la placa, lo primero que pensó fue que le traería noticias de Camilla. Y, dado que el agente de policía que tenía delante no lo había llamado por teléfono, sino que había ido a buscarlo allí directamente, temía que pudiera traerle malas noticias. Por eso les dijo a los de la mudanza que se fueran e invitó al comisario a sentarse mientras él sacaba un cigarrillo y trataba de prepararse para lo que se le avecinaba.

—Bueno, ¿qué me dices? —dijo el comisario.

—¿Birte Becker? —repitió Erik Lossius. Intentó encender el cigarrillo y pensar rápidamente al mismo tiempo. No logró hacer ninguna de las dos cosas. Dios mío, ni siquiera lograba pensar despacio.

—Entiendo que necesites reflexionar —dijo el comisario, y sacó un paquete de tabaco—. Así que hazlo.

Erik se lo quedó mirando mientras encendía un Camel, y se sobresaltó cuando extendió la mano hacia Erik con el mechero aún encendido.

—Gracias —murmuró Erik, y aspiró con tanta fuerza que el tabaco protestó. El humo le llenó los pulmones y fue como si la nicotina se le inyectara en la sangre y disolviera el bloqueo. La verdad es que había pensado que esto ocurriría tarde o temprano, que la policía encontraría la conexión entre él y Birte, y que irían a preguntar. Pero entonces solo se preocupó por cómo ocultárselo a Camilla. Ahora todo era diferente. A partir de aquel mismo momento, a decir verdad. Porque hasta ese instante no había caído en la cuenta de que la policía pensaba que podía haber una conexión entre las dos desapariciones.

—El marido de Birte, Filip Becker, encontró una agenda en la que Birte utilizaba una especie de lenguaje en clave relativamente fácil de descifrar —dijo el agente de policía—. Eran números de teléfono, fechas y mensajes muy escuetos. Que no dejaban lugar a dudas sobre el hecho de que Birte había mantenido contacto con otros hombres regularmente.

—¿Otros hombres? —se le escapó a Erik

—Si te sirve de consuelo, según Becker, tú eras el que más visitas recibía. Tengo entendido que en lugares muy diferentes, ¿no?

Erik no contestó, solo se sintió como si se encontrara a bordo de un barco viendo crecer una ola gigante en el horizonte.

—Así que Becker localizó tu dirección, se llevó la pistola de juguete de su hijo, una copia muy buena de una Glock 21, y fue a Tveita para esperar a que llegases a casa. «Quería verte el miedo en los ojos», según dijo. Forzarte para que le contaras lo que sabías, antes de darnos tu nombre. Siguió al coche que entró en el garaje, pero resultó que era tu mujer.

—Y él... él...

—Sí, se lo contó todo.

Erik se levantó de la caja de cartón y se dirigió a la ventana. El piso tenía vistas al Torshovparken y a la ciudad de Oslo, bañada por la palidez del sol matinal. No le gustaban los pisos con vistas en edificios antiguos, significaba que había escaleras. Cuantas más vistas, más escaleras y más caros eran los pisos y por lo tanto, objetos más costosos y más pesados, importes de daños más elevados y más bajas por enfermedad entre los trabajadores. Pero así eran las cosas cuando uno se exponía al riesgo de tener precios económicos fijos, siempre se ganaba el concurso de los peores encargos. Con el tiempo, todo riesgo tiene su precio. Erik seguía fumando. Oyó al policía arrastrar los pies por el parqué. Y sabía que ese policía no iba a dejarse vencer por ninguna estrategia para prolongar el asunto, que aquel era un parte de daños que no podría tirar a la basura. Que Birte Olsen, ahora Becker, iba a ser el primer cliente que le ocasionara pérdidas.

—Así que dijo que había mantenido relaciones con Birte Becker durante diez

años —dijo Harry—. Y la primera vez que se vieron y se acostaron, ella estaba embarazada de su marido.

—Se está embarazada de una niña o de un niño —dijo Rakel, dando golpecitos para aplastar la almohada y verlo mejor—. No del marido.

—Ya —dijo Harry, se apoyó en el codo, alargó el brazo por encima de ella y cogió el paquete de tabaco de la mesita de noche—. Solo ocho de cada diez.

—¿Cómo?

—Lo han dicho en la radio: entre el quince y el veinte por ciento de todos los niños de Escandinavia tienen un padre diferente del que se supone que es el suyo. —Le dio un golpecito al paquete, sacó un cigarro y lo contempló a la luz de la tarde que entraba por debajo del estor—. ¿Lo compartimos?

Rakel asintió. No fumaba pero aquella era una costumbre de cuando eran pareja: después de acostarse, compartían un cigarrillo. La primera vez que Rakel le preguntó si podía dar una calada de su cigarro le dijo que quería sentir lo mismo que él, envenenarse y estimularse como él, estar tan cerca de él como pudiera. Y él pensó en todas las drogas que había conocido, todas las que se habían pinchado por primera vez por la misma razón estúpida, y se lo negó. Pero ella lo convenció y, con el tiempo, se convirtió en un ritual. Y después de amarse lenta y perezosamente durante un buen rato, el cigarro era como una prolongación del amor. Otras veces era como fumar la pipa de la paz después de una discusión.

—Pero él tenía una coartada para la noche en que Birte desapareció —dijo Harry—. Una juerga de amigos en Tveita que empezó a las seis y duró toda la noche. Por lo menos diez testigos, la mayoría totalmente pedo, a decir verdad, pero no lo dejaron irse antes de las seis de la mañana.

—¿Por qué tenéis que mantener en secreto que no se ha atrapado al Muñeco de Nieve?

—Mientras crea que nosotros estamos seguros de haber atrapado al autor de los asesinatos, es de esperar que no llame la atención, que no cometa más homicidios. Y no estará tan alerta si cree que hemos puesto fin a la caza. Y mientras tanto, nosotros podemos trabajar para acercarnos a él, tranquilamente...

—¿Detecto ironía?

—Puede ser —dijo Harry, y le pasó el cigarro.

—¿Así que no te lo crees del todo?

—Creo que la jefatura tiene varias razones para no revelar que tenemos al hombre equivocado. Fueron el comisario jefe de la Policía Judicial y Hagen quienes ofrecieron la conferencia de prensa en la que se felicitaban por haber resuelto el caso...

Rakel suspiró.

—Y aun así, echo de menos la Comisaría General de vez en cuando.

—Humm.

Rakel miró el cigarro.

—¿Has sido infiel alguna vez, Harry?

—Define « infiel ».

—Acostarte con una persona que no sea tu pareja.

—Sí.

—Quiero decir, mientras salías conmigo.

—Sabes que no puedo saberlo con certeza.

—De acuerdo, pero ¿estando sobrio?

—No, nunca.

—Entonces, ¿qué piensas de mí por estar contigo ahora?

—¿Es una pregunta trampa?

—Lo digo en serio, Harry.

—Ya lo sé. Pero no sé si tengo ganas de contestar.

—Entonces no te dejo fumar más.

—Vaya. De acuerdo. Pienso que crees que quieres estar conmigo, pero que te gustaría querer estar con él.

Las palabras se quedaron flotando en el aire, como si las hubieran acuñado en la oscuridad del dormitorio.

—Eres tan... ¡pragmático! —exclamó Rakel, le dio el cigarrillo y se cruzó de brazos.

—Quizá no deberíamos hablar de esto, ¿no? —propuso Harry.

—¡Pero es que tengo que hablar! ¿No lo entiendes? Dios mío, estoy loca, desde luego, mira que estar aquí cuando... —Se subió el edredón hasta la barbilla.

Harry se dio la vuelta y se pegó a ella. Antes de que la tocara, ella ya había cerrado los ojos y, con la cabeza hacia atrás y la boca entreabierta, empezaba a respirar cada vez más rápido. Y Harry pensó: « ¿Cómo lo consigues? ¿Cómo puede pasar de la vergüenza a la excitación en tan poco tiempo? ¿Cómo podía ser tan... pragmática? ».

—¿Tú crees que los remordimientos nos ponen cachondos? —dijo, y vio que Rakel abría los ojos y miraba al techo, sorprendida y frustrada ante la esperanza de un contacto que no se había producido—. ¿Que somos infieles no a pesar de la vergüenza, sino a causa de ella?

Ella pestañeó desconcertada.

—Algo de eso puede haber —dijo finalmente—. Pero eso no lo es todo. Esta vez no.

—¿Esta vez?

—Sí.

—Te pregunté una vez y dijiste...

—Te mentí —dijo ella—. He sido infiel antes.

—Ya.

Se quedaron tumbados en silencio oyendo el lejano murmullo del tráfico de la calle Pilestredet a aquella hora de la tarde. Rakel había ido a su casa directamente después del trabajo, él conocía sus rutinas y las de Oleg, y sabía que pronto tendría que marcharse.

—¿Sabes lo que odio de ti? —dijo al fin, y le tiró de la oreja suavemente—. Que seas tan terriblemente orgulloso y cabezota que eres incapaz de preguntar si te fui infiel a ti.

—Bueno —dijo Harry, cogió el cigarro prácticamente consumido y se quedó mirando su cuerpo desnudo cuando salió de la cama—. ¿Por qué iba a querer saberlo?

—Por la misma razón que el marido de Birte. Por descubrir el secreto. Por poner la verdad sobre la mesa.

—¿Crees que la verdad hará menos desgraciado a Filip Becker?

Se puso un ajustado jersey negro de lana recia directamente sobre la piel suave. Harry pensó que si pudiera sentir celos de alguien, los tendría del jersey.

—¿Sabes qué, señor Hole? Para ser alguien cuyo trabajo consiste en desvelar verdades desagradables, te gustan mucho las mentiras vitales.

—De acuerdo —dijo Harry, y aplastó el cigarrillo en el cenicero—. Cuéntame.

—Fue en Moscú mientras salía con Fiodor. Un noruego, antiguo compañero del curso de prácticas, vino a trabajar a la embajada. Nos enamoramos profundamente.

—¿Y?

—Él también tenía una novia. Cuando habíamos decidido romper con nuestras respectivas parejas, ella se le adelantó y le anunció que estaba embarazada. Y como yo, en general, tengo buen gusto para los hombres... —Torció el labio superior mientras se ponía las botas—. Naturalmente, había elegido a uno que no eludía sus responsabilidades. Él pidió el traslado a Oslo y nunca volvimos a vernos. Y Fiodor y yo nos casamos.

—¿Y enseguida te quedaste embarazada?

—Sí. —Se abrochó el abrigo y lo miró—. Y he llegado a pensar que fue para pasar página. Que Oleg no es fruto del amor, sino del mal de amor. ¿Tú qué crees?

—No lo sé —dijo Harry—. Solo sé que es un buen fruto.

Ella le sonrió agradecida, se inclinó y le besó la frente.

—No volveremos a vernos nunca más, Hole.

—Claro que no —dijo él, y se quedó sentado en la cama mirando la pared desnuda hasta que la pesada puerta de la calle se cerró con un ruido sordo. Fue a la cocina, abrió el grifo y sacó un vaso limpio del armario. Y mientras esperaba a que el agua saliera fría, su mirada se deslizó del almanaque de fotos de Oleg y

Rakel con el vestido azul claro hasta el suelo. Había dos huellas de botas mojadas en el linóleo. Tenían que ser de Rakel.

Se puso una chaqueta y las botas y, cuando estaba a punto de salir, volvió dentro a coger el arma reglamentaria, un revólver Smith & Wesson que tenía encima del armario de la ropa, y se lo metió en el bolsillo del abrigo.

Aún sentía la pulsión del amor en el cuerpo como un bienestar trémulo, como una ligera embriaguez. Ya había alcanzado la verja cuando un sonido, un chasquido, lo hizo volverse y mirar al patio interior, donde la oscuridad era más densa que en la calle. Iba a pasar de largo, y lo habría hecho de no haber sido por las huellas. Las huellas de botas en el linóleo. De modo que entró en el patio interior. La luz amarilla de las ventanas se reflejaba en los restos de nieve que resistía allí donde no llegaba el sol. Estaba junto a la escalera de descenso a los trasteros del sótano. Una figura torva con la cabeza inclinada, ojos de piedra y una sonrisa de grava que se burlaba de él con una risa muda que, rebotando entre las paredes de ladrillo, se transformó en un chillido histérico y, cuando cogió la pala que había junto a la escalera y la blandió con furia desmedida, comprendió que era su propio grito. El borde cortante de la pala dio en la base de la cabeza, la escindió del cuerpo y lanzó la nieve húmeda contra el muro. El siguiente golpe seccionó en dos el torso del muñeco de nieve y el tercero esparció los últimos restos por el asfalto negro del centro del patio. Y allí estaba Harry, jadeando, cuando oyó otro chasquido a su espalda. Como el sonido del martillo de un revólver al levantarse. Se volvió rápidamente, soltó la pala y sacó el revólver negro con un único movimiento.

Al lado de la valla de madera, debajo del viejo abedul, Muhammed y Salma miraban a su vecino paralizados, con el miedo plasmado en unos ojos infantiles, desorbitados. Cada uno llevaba una rama seca en la mano. Unas ramas que podrían haberle servido de brazos al muñeco de nieve, aunque Salma acababa de partir la suya en dos de puro miedo.

—Nuestro... nuestro muñeco de nieve —tartamudeó Muhammed.

Harry se metió el revólver en el bolsillo del abrigo y cerró los ojos. Maldijo para sus adentros mientras tragaba saliva y le ordenaba al cerebro que soltara la empuñadura. Y volvió a abrir los ojos. Los de Salma estaban llenos de lágrimas.

—Perdona —susurró Harry—. Os voy a ayudar a hacer otro.

—Yo quiero irme a casa —dijo Salma llorosa.

Muhammed cogió a su hermana pequeña de la mano y se la llevó dando un rodeo alrededor de Harry.

Él se quedó allí plantado y notó la empuñadura del revólver en la mano. El chasquido. Creyó que era el sonido del martillo de un revolver al levantarse. Pero se había equivocado, esa parte del disparo es silenciosa. Lo que se oye es el sonido del martillo cuando se suelta, el sonido del disparo que no se ha efectuado, el sonido que significa que estás vivo. Volvió a empuñar el arma. Apuntó al suelo

y apretó el gatillo. El martillo se apoyaba en la parte posterior del tambor. Seguía empujando el gatillo. El martillo seguía sin moverse. Solo cuando apretó el gatillo un tercio del recorrido y pensaba que el proyectil saldría disparado en cualquier momento, empezó a levantarse el martillo. Soltó el gatillo. El martillo volvió a caer con un clic metálico. Y reconoció el sonido. Y cayó en la cuenta de que quien aprieta el gatillo hasta que se levanta el martillo tiene la intención de disparar.

Harry miró hacia arriba, a sus ventanas, en la tercera planta. No había luz y de pronto se le ocurrió pensar que no sabía lo que pasaba allí dentro cuando él no estaba.

Erik Lossius estaba en la oficina sin hacer nada mirando por la ventana, asombrado de lo poco que sabía acerca de lo que ocurría tras los ojos castaños de Birte, de que lamentaba más que hubiese habido otros hombres que el hecho de que hubiese desaparecido y posiblemente estuviese muerta. Y asombrado del hecho de que prefiriese perder a Camilla a manos de un asesino que de ese modo. Pero más que nada, Erik Lossius pensó que sin duda había querido a Camilla. Y la seguía queriendo. Llamó a sus padres, pero ellos tampoco habían tenido noticias suyas. Tal vez se hubiese quedado en casa de una de esas amigas de la parte oeste de la ciudad a las que él solo conocía de oídas.

Contempló la oscuridad de la tarde, que se deslizaba morosamente por el valle de Groruddalen, inundándolo y difuminando los detalles. No había nada más que hacer allí, pero no quería irse a su casa, le resultaría demasiado grande y demasiado vacía. Aún no. Había una caja con una selección de botellas en el armario que tenía a su espalda, procedentes de supuestas pérdidas de diversas licorerías durante las mudanzas. Pero nada con lo que mezclarlo. Vertió algo de ginebra en el vaso de café y bebió un sorbito antes de que sonara el teléfono que tenía delante. Reconoció el prefijo nacional de Francia en la pantalla. El número no figuraba en su lista de demandantes, así que lo cogió.

La reconoció por la respiración antes de que llegase a pronunciar una palabra.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—¿Tú qué crees? —su voz sonaba lejana.

—¿Y desde dónde llamas?

—Desde el Casper.

Era el café que estaba a tres kilómetros de su casa de veraneo.

—Camilla, la policía te está buscando.

—¿De verdad?

Daba la impresión de estar dormitando en una hamaca. Aburrida, con interés fingido, con esa displicencia cortés y distanciada de la que se había enamorado

aquella vez en el porche de Blommenholm.

—Yo... —empezó él. Pero se detuvo. En realidad, ¿qué iba a decir?

—Pensé que lo correcto sería llamarte antes de que lo hiciese nuestro abogado —dijo ella.

—¿Nuestro abogado?

—El de mi familia —dijo ella—. Uno de los mejores en asuntos como este, me temo. Va a pedir el reparto de todos los bienes al cincuenta por ciento. Vamos a exigir que se nos entregue la casa y lo vamos a conseguir, aunque no te ocultaré que mi intención es venderla.

Por supuesto, pensó él.

—Volveré a casa dentro de cinco días. Y cuento con que para entonces te hayas mudado.

—Es muy poco margen —dijo él.

—Seguro que te las arreglarás. He oído que nadie hace el trabajo más rápido y más barato que Rydd & Flytt.

El desprecio con el que pronunció aquellas palabras lo hizo encogerse. Igual que se había ido encogiendo desde la conversación con el comisario Hole. Se sentía como una prenda de vestir lavada a temperatura muy alta que se había vuelto demasiado pequeña para ella, inservible. Y, con la misma certeza, sabía que ahora, en ese momento, la amaba más que nunca, y que la había perdido irrevocablemente, que la reconciliación sería imposible. Y cuando ella colgó, se la imaginó contemplando la puesta del sol en la Riviera francesa, con unas gafas que habría comprado por veinte euros, pero que en ella se convertían en unas Gucci o en unas Dolce & Gabbana de tres mil coronas, o en unas... No se acordaba de cómo se llamaban las otras marcas.

Harry condujo hasta la colina de la parte oeste de la ciudad. Dejó el coche en el amplio aparcamiento vacío de las instalaciones deportivas y fue a pie hasta el Salto de Holmenkollen. Una vez allí, se detuvo en el mirador, junto al borde del salto, donde él y unos turistas que se habían equivocado de temporada contemplaban las tribunas vacías a ambos lados del área de aterrizaje de los esquiadores, y al fondo, el lago, que vaciaban durante la temporada de invierno, y la ciudad, que se extendía hacia el fiordo. Aquellas vistas le daban visión de conjunto. No tenían ninguna pista concreta. Había tenido tan cerca al Muñeco de Nieve... Hasta tuvo la sensación de que lo alcanzaría con tan solo alargar el brazo. Pero se había escabullido otra vez fuera de su alcance, como un boxeador astuto y experimentado. El comisario se sentía viejo, abatido y torpe. Uno de los turistas lo observaba. El peso del arma tiraba un poquitín hacia abajo del lado derecho del abrigo. ¿Y los cadáveres? ¿Dónde coño estarían los cadáveres? Incluso los cadáveres enterrados vuelven a aparecer. ¿Habría utilizado ácido?



Harry notó el aliento de la resignación. ¡Pero no, ni de coña! En el cursillo del FBI estudiaron casos que les había llevado más de diez años desentrañar antes de atrapar al asesino. La mayoría de las veces era un pequeño detalle en apariencia fortuito lo que les permitía esclarecer los hechos. Pero lo que en realidad resolvía el caso era no darse por vencidos, aguantar los quince asaltos y, si el contrario aún seguía en pie, exigir a gritos el desempate.

La oscuridad del ocaso ascendía desde la ciudad a sus pies y las farolas ya se encendían a su alrededor.

Tenían que empezar a buscar allí donde había luz. Era una norma de trabajo simple pero crucial. Empezar allí donde hay pistas. En este caso, eso implicaba empezar por la persona menos probable, y aquella era la peor idea y la más disparatada que se le había ocurrido jamás.

Harry dejó escapar un suspiro, sacó el móvil y buscó en la lista de últimas llamadas, empezando por el final. No eran tantas, así que aún seguía almacenada aquella conversación que mantuvo en el Hotel Leon. Pulsó el botón de llamada.

La periodista de investigación de *Bosse*, Oda Paulsen, contestó enseguida, con la voz intensa y cantarina de una persona que considera todas las llamadas como una promesa de algo nuevo y emocionante. Y esta vez tenía razón, hasta cierto punto.

Día 18

La sala de espera

Era la sala de los nervios. Quizá por eso había quienes la llamaban « la sala de espera », como si estuviesen en el dentista. O « la antesala », como si la pesada puerta que conducía al conjunto de sofás del Estudio 1 garantizara el acceso a algo vital e incluso sagrado. Pero en la larga lista de oficinas y despachos que el canal estatal ocupaba en los edificios de Marienlyst de Oslo, aquel espacio se llamaba « Sala de estar Estudio 1 », así de aburrido. A pesar de todo, era la habitación más emocionante de cuantas conocía Oda Paulsen.

Cuatro de los seis invitados que iban a participar aquella noche en la edición del programa *Bosse* habían llegado ya. Como siempre, llegaban primero los menos conocidos y los que menos tiempo permanecerían en el programa. Y allí estaban, aguardando en los sofás, recién maquillados y con las mejillas encendidas por los nervios, hablando y tomando sorbitos de té o de vino tinto y sin poder apartar la mirada del monitor que mostraba una imagen del estudio que había al otro lado de la pared. El público ya había entrado y la realizadora le daba instrucciones de cómo debían aplaudir, reír y gritar de alegría. En la imagen se veían también la silla del presentador del programa y las cuatro sillas de los invitados, vacías hasta que llegaran las personas, los contenidos, el entretenimiento.

Oda adoraba aquellos minutos intensos y llenos de nerviosismo previos a toda emisión en directo. Todos los viernes y durante cuarenta minutos, aquella era la oportunidad de hallarse tan en el centro del mundo como era posible en Noruega. Entre un veinte y un veinticinco por ciento de la población veía el programa, unas cifras de audiencia extraordinarias para un programa de entrevistas. Los invitados no solo estaban donde ocurrían las cosas, sino que ellos mismos eran lo que ocurría. Era el Polo Norte magnético de la atención, hacia lo que todo y todos se sentían atraídos. Y dado que ser el centro de atención es una droga muy adictiva, y que desde el Polo Norte y en línea recta solo hay un punto cardinal que lleva hacia el sur, hacia abajo, todo el mundo se aferraba a sus puestos de trabajo con uñas y dientes. Una profesional libre como Oda se veía obligada a dar el máximo para que le permitiesen continuar en el equipo la siguiente temporada, de ahí su alegría al recibir la llamada la tarde anterior, justo antes de la reunión de redactores. El mismísimo Bosse Eggen le sonrió y le dijo que era una primicia. Su primicia.

Aquella noche, el tema del programa eran los juegos de adultos. Era un tema típico de *Bosse*, de relevancia suficiente aunque sin ser demasiado serio. Un

asunto sobre el que los invitados podían conversar y opinar algo medianamente sensato.

Entre ellos se encontraba una psicóloga, autora de una tesis sobre el tema, pero el invitado principal era Arve Støp, dado que la revista *Liberal* celebraría el sábado su vigésimo quinto aniversario. Cuando Oda se reunió con él en su apartamento para preparar la intervención, Støp no dio la impresión de tener nada en contra de que lo presentara como un adulto juguetero, un *playboy*. Y simplemente se echó a reír cuando ella señaló su parecido con un Hugh Hefner entrado en años, que recibía en batín y fumando en pipa a los invitados a las interminables fiestas que daba en su residencia. Oda se dio perfecta cuenta de que la miraba fijamente, inspeccionándola con curiosidad, hasta que le preguntó si no le habría gustado tener un heredero para su imperio.

—¿Tú tienes hijos? —le había preguntado él.

Y cuando ella contestó que no, advirtió con sorpresa que él perdía de pronto el interés tanto por ella como por su conversación. De modo que se apresuró a darle la información habitual de a qué hora debía presentarse, el asunto del maquillaje, que, a ser posible, no llevase ropa de rayas, y que los temas y los demás invitados podían variar con poca antelación ya que se trataba de un programa de actualidad, etc.

Y allí se encontraba, pues, Arve Støp, en la Sala de estar Estudio 1, recién salido de maquillaje. Con esos ojos de color azul intenso y el espeso cabello gris recién peinado y con el largo justo para que las puntas sobresalieran con la rebeldía justa. Llevaba un sencillo traje gris de los que cuestan un riñón sin que nadie pueda explicar por qué. Y tendía la mano bronceada para saludar a la psicóloga, que estaba sentada en el sofá con unos cacahuetses y una copa de vino tinto.

—No sabía que los psicólogos pudieran ser tan guapos —le dijo a la mujer—. Espero que, además, el público se entere de lo que dices.

Oda se percató de que la psicóloga vacilaba un poco antes de responder con una amplia sonrisa. Y a pesar de que, según parecía, la mujer había entendido que el cumplido de Støp era una broma, Oda se dio cuenta de que se lo había tomado en serio por cómo le brillaban los ojos.

—¡Hola, gracias a todos por venir! —Bosse Eggen entró briosamente en la sala de espera. Empezó con los invitados de la izquierda, los saludó estrechándoles la mano y mirándolos a los ojos, expresó lo contento que estaba de tenerlos allí y les aseguró que podían interrumpirse con comentarios y preguntas, que eso daría más vida a la conversación.

Gubbe, el productor, avisó de que Støp y Bosse debían retirarse a la sala contigua para mantener una pequeña charla sobre lo que sería la entrevista principal y el inicio del programa. Oda miró el reloj. Faltaban ocho minutos y medio para la emisión. Empezaba a preocuparse un poco y estaba pensando en

llamar a la recepción para preguntar si había llegado el verdadero invitado principal. La primicia. Pero en ese momento levantó la vista y allí estaba, acompañado por uno de los asistentes, y Oda sintió que le daba un vuelco el corazón. No podía decirse que fuera guapo, incluso podía decirse que era feo, pero no la avergonzaba admitir que sentía cierta atracción por él. Y que dicha atracción no guardaba relación alguna con el hecho de que fuese el invitado al que ahora quisieran echarle el guante todas las redacciones de televisión de Escandinavia. Porque era el hombre que había atrapado al Muñeco de Nieve, el caso de asesinato más importante de Noruega en años.

—Ya dije que llegaría tarde —se anticipó Harry Hole antes de que ella pudiera hablar.

Oda aspiró para olerle el aliento. La última vez que participó en el programa estaba visiblemente ebrio e indignó a la nación entera. Por lo menos a entre un veinte y un veinticinco por ciento de la misma.

—Nada, nada, estamos encantados de que estés aquí —dijo ella—. Entrarás en segundo lugar. Te quedarás sentado durante el programa, a los demás iremos sustituyéndolos por turnos.

—De acuerdo —dijo él.

—Llévalo directamente a maquillaje —le dijo Oda al asistente—. Con Guri.

Guri no solo era eficaz, sino que además conocía varios trucos sencillos y no tan sencillos para conseguir que una cara ajada por el cansancio resultara presentable ante un público de televisión.

Oda respiró aliviada al ver cómo se alejaban. Verdaderamente adoraba el trajín de aquellos últimos minutos en que todo parecía caótico pero al final encajaba.

Bosse y Støp volvieron de la sala contigua. Ella le deseó suerte a Bosse con un gesto. Oyó los aplausos del público mientras se cerraba la puerta del estudio. Vio en el monitor que Bosse se sentaba en su puesto y supo que la realizadora había empezado la cuenta atrás para la emisión. Apareció el título en el monitor, y ya estaban.

Oda se dio cuenta de que algo no encajaba. Estaban llegando al final del programa y todo había ido sobre ruedas, Støp había estado fantástico y Bosse se lo había pasado en grande. Arve Støp dijo que lo tomaban por elitista porque era elitista. Y que no quería que lo recordaran a menos que protagonizara una o dos meteduras de pata bien sonadas.

—Las buenas historias no tratan nunca del éxito permanente, sino de los fracasos espectaculares —dijo Støp—. Aunque Roald Amundsen ganó al ser el primero en llegar al Polo Sur, fuera de Noruega, todo el mundo recuerda a Robert Scott. Ninguna de las batallas ganadas por Napoleón se recuerda como la

derrota de Waterloo. El orgullo nacional de Serbia se sustenta en la batalla de Kosovo Polje en 1389 contra los turcos, una batalla que los serbios perdieron estrepitosamente. ¡Y fijaos en Jesús! El símbolo de quien, según dicen, venció a la muerte, debería ser un hombre saliendo de la tumba con los brazos en alto. Sin embargo, los cristianos de todos los tiempos han preferido lo espectacular del fracaso: clavado en la cruz y a punto de rendirse. Porque la historia de la derrota es lo que más nos emociona.

—¿Y tú has pensado ser como Jesús?

—No —respondió Støp mirando hacia abajo y sonriendo mientras el público se reía—. Soy un cobarde. Aspiro al éxito que se olvida.

En vez de su célebre arrogancia, Støp había mostrado una faceta inesperada de su personalidad, simpática, casi modesta. Bosse le preguntó si él, que había permanecido soltero durante muchos años, no desearía tener una pareja estable. Y cuando Støp contestó que sí, que era verdad, pero que no la había encontrado, Oda supo que a Støp le llegarían un montón de cartas de admiradoras. El público aplaudió larga y calurosamente. Luego, Bosse hizo una presentación dramática de «El lobo solitario y cazador sempiterno de la policía de Oslo, el investigador Harry Hole», y Oda creyó percibir la sorpresa en la cara de Støp cuando la cámara lo enfocó un segundo.

Obviamente, a Bosse le había gustado la reacción a la pregunta sobre la pareja estable, porque intentó mantener el hilo preguntándole a Harry —que, por lo que él sabía, también era soltero—, si le gustaría tener pareja. Harry sonrió negando con la cabeza. Pero Bosse no quiso darse por vencido y le preguntó si es que estaba esperando a alguien en particular.

—No —dijo Harry escuetamente.

Normalmente, una negativa de este tipo no habría hecho sino incitar a Bosse a presionar más, pero sabía que no debía estropearlo antes de abordar lo verdaderamente importante. El Muñeco de Nieve. Así que le preguntó a Harry si podía comentar el asunto del que hablaba toda Noruega, el primer asesino en serie auténtico del país. Y Harry hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y empezó a hablar. Se retorció en la silla como si le viniera pequeña a su corpachón mientras resumía lo sucedido en frases cortas. Que durante los últimos años se habían producido casos de desapariciones con similitudes evidentes. Todas las mujeres desaparecidas vivían en pareja, tenían hijos y no había ningún rastro del cadáver.

Bosse adoptó una expresión grave, como indicando que aquella era una zona no apta para chistes.

—Este año tenemos a Birte Becker, que desapareció de su domicilio de Hoff, aquí en Oslo, en circunstancias similares —dijo Harry—. Y poco después encontraron a Sylvia Ottersen asesinada en Sollihøgda, cerca de Oslo. Era la primera vez que encontrábamos el cadáver. O por lo menos, partes de un

cadáver.

—Sí, porque encontrasteis la cabeza, ¿verdad? —intercaló Bosse, informando amablemente a los no iniciados, y con un tono de cruento sensacionalismo para los iniciados. Era tan profesional que Oda se regocijaba de placer.

—Y luego encontramos el cuerpo de un policía desaparecido en las afueras de Bergen —continuó Harry sin inmutarse—. Llevaba doce años desaparecido.

—Rafto el de Hierro —dijo Bosse.

—Gert Rafto —lo corrigió Harry—. Hace unos días encontramos el cadáver de Idar Vetlesen en Bygdøy. Son los únicos cadáveres que tenemos.

—¿Qué dirías que ha sido lo peor de este caso? —Oda podía oír la impaciencia en la voz de Bosse, probablemente porque Harry no había seguido abundando en el cebo de la cabeza, ni había descrito los asesinatos tan vivamente como él esperaba.

—Que hayan pasado tantos años antes de que comprendiéramos que había una conexión entre las desapariciones.

Otra respuesta aburrida. La realizadora indicó a Bosse que debía empezar a pensar en pasar al siguiente tema.

Bosse juntó las yemas de los dedos.

—Y ahora el caso está resuelto, y vuelves a ser un héroe, Harry. ¿Cómo te sientes? ¿Recibes cartas de admiradores? —Sonrisa jovial y conciliadora. Habían salido de la zona no apta para chistes.

El comisario asintió lentamente y se humedeció los labios, concentrándose, como si el modo de formular la respuesta fuese importante:

—Bueno. Recibí una este otoño. Pero creo que Støp puede contar más al respecto.

Enfocaron a Støp, que miró a Harry con extrañeza. Siguieron dos segundos de un silencio televisivo infinito. Oda se mordió el labio. ¿Qué quería decir, Harry? Y entró Bosse:

—Sí, Støp recibe naturalmente muchas cartas de admiradores. Y *groupies*. ¿Y tú qué Hole, tú también tienes *groupies*? ¿Hay *groupies* especiales para la policía?

El público se rio con moderación.

Harry Hole negó con la cabeza.

—Venga —dijo Bosse—. ¿Al menos habrá alguna aspirante a policía que te pida clases extra de cacheo?

Ahora el público se rio de verdad. Efusivamente. Bosse rio satisfecho.

Harry Hole ni siquiera hizo un amago de sonrisa, solo parecía frustrado y echó un vistazo hacia la salida. Durante un breve instante de locura, Oda pensó que se levantaría y se marcharía. Pero se volvió hacia Støp, que estaba en la silla contigua:

—¿Qué haces tú, Støp? ¿Qué haces cuando se te acerca una mujer después de una conferencia en Trondheim y te dice que solo tiene un pecho, pero que le

gustaría acostarse contigo. ¿La invitas a pasar unas horas en la habitación del hotel?

El público se quedó callado de repente, y hasta el propio Bosse parecía perplejo.

El único que reaccionó como si la pregunta le pareciese muy graciosa fue Arve Støp.

—No, no hago eso. Y no porque no pueda estar bien tener un solo pecho, sino porque las camas de hotel de Trondheim son muy estrechas.

El público se rio, pero sin fuerza, como si estuviese más bien aliviado de que la situación no resultase bochornosa. Y presentaron a la psicóloga.

Hablaron de los adultos aficionados a los juegos, y Oda se dio cuenta de que Bosse iba bandeando la conversación sin implicar a Harry Hole. Seguramente habría decidido que el imprevisible comisario no estaba en su mejor día. Y por lo tanto, le concedieron más tiempo a Arve Støp que, definitivamente, sí estaba teniendo un buen día.

—¿Y tú a qué juegas, Støp? —preguntó Bosse con una expresión inocente que subrayaba la falta de inocencia de la pregunta. Oda estaba feliz, aquella pregunta era una propuesta suya.

Pero antes de que Støp pudiera contestar, Harry Hole se inclinó hacia él y le preguntó alto y claro:

—¿Haces muñecos de nieve?

Y fue entonces cuando Oda comprendió que algo no iba bien. El tono de voz imperativo y enfadado de Hole, el lenguaje corporal agresivo. Støp, que enarcó una ceja sorprendido al tiempo que se le encogía la cara, se puso tenso. Bosse se detuvo. Oda no entendía lo que pasaba, pero contó cuatro segundos, una eternidad para una emisión en directo. Y se dio cuenta de que Bosse sabía lo que hacía. Porque a pesar de que consideraba su deber crear un buen ambiente en el plató, naturalmente sabía que lo más importante, el cometido principal, era entretener. Y no hay mejor entretenimiento que el que las personas enfadadas pierdan el control, lloren, se derrumben o muestren de alguna otra manera sus sentimientos delante de un gran público y en directo. Así que simplemente soltó las riendas y se dedicó a mirar a Støp.

—Por supuesto que hago muñecos de nieve —dijo Støp cuando pasaron los cuatro segundos—. Los hago en la terraza, en el tejado, junto a la piscina. Los hago con la forma de los miembros de la Familia Real. De ese modo, cuando llega la primavera, puedo alegrarme de que las cosas que no pertenecen a esa estación del año se derritan y desaparezcan.

Por primera vez esa noche, Støp no cosechó ni risas ni aplausos. Oda pensó que Støp debía saber que los comentarios contra la Familia Real nunca los cosechaban.

Bosse cortó el silencio con determinación presentando a la estrella del pop

invitada, que hablaría de su reciente desmayo en el escenario, y cerraría el programa con la canción cuyo lanzamiento radiofónico tendría lugar el lunes.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó Gubbe, el productor, que se encontraba justo detrás de Oda.

—A lo mejor resulta que no está sobrio, después de todo —dijo Oda.

—¡Dios mío, pero si es policía! —dijo Gubbe.

De repente Oda se acordó de que era suyo. Su primicia.

—Pero hay que ver todo lo que aporta —dijo ella.

El productor no contestó.

La estrella del pop habló de los problemas psíquicos, de que eran hereditarios, y Oda miró el reloj. Cuarenta segundos. Eso era demasiado serio para un viernes por la noche. Cuarenta y tres. Bosse cortó después de cuarenta y seis.

—¿Qué me dices de ti, Arve? —Bosse solía pasar al nombre de pila del invitado principal hacia el final de la emisión—. ¿Has tenido alguna relación con la locura u otras enfermedades hereditarias serias?

Stop sonrió.

—No, Bosse, nunca. A menos que la adicción a la libertad total se considere patológica. En realidad, sí..., es una debilidad familiar.

Bosse llegó al final, ahora solo tenía que hacer un comentario rápidamente sobre los otros invitados antes de presentar la canción. Unas últimas palabras de la psicóloga sobre los juegos. Y luego:

—Y ahora que el Muñeco de Nieve ya no está entre nosotros, supongo que tú también tendrás tiempo para pasar un par de días jugando, ¿no, Harry?

—No —dijo Harry. Se había deslizado tanto en la silla que las piernas casi llegaban hasta la estrella del pop—. No hemos atrapado al Muñeco de Nieve.

Bosse enarcó una ceja sonriendo, y esperó la continuación, la frase clave del chiste. Oda rogó a Dios que fuese mejor de lo que prometía el arranque.

—Yo nunca he dicho que Idar Vetlesen fuese el Muñeco de Nieve —dijo Harry Hole—. Al contrario, todo apunta a que el Muñeco de Nieve sigue en libertad.

Bosse soltó una risita. La que utilizaba para paliar el bochorno cuando algún invitado fracasaba en su intento de hacer una gracia.

—Por el sueño de mi mujer, espero que estés bromeando, Harry —dijo Bosse en tono jocosos.

—No —dijo Harry—. No estoy bromeando.

Oda miró el reloj y vio que la realizadora estaba detrás de la cámara dando saltitos y pasándose la mano por el cuello para indicarle a Bosse que estaban excediéndose del tiempo previsto, que tenía que empezar con la canción si querían llegar al primer estribillo antes de los créditos. Pero Bosse era el mejor. Sabía que aquello era más importante que todos los sencillos radiofónicos del mundo. Por esa razón no hizo caso de la batuta y se inclinó hacia delante en la



silla para que hasta los incrédulos comprendieran lo que era aquello. La primicia. La sensación. Allí, en su programa, en el de ellos. Habló con un temblor casi real.

—¿Estás diciendo aquí y ahora que la policía ha mentido, Hole? ¿Que el Muñeco de Nieve sigue por ahí suelto y que puede acabar con más vidas?

—No —dijo Harry—, no hemos mentido. Han surgido nuevos factores en el caso.

Bosse se giró en la silla y Oda casi oyó al productor de imagen gritar « cámara uno », y entonces apareció la cara de Bosse, la mirada fija en ellos.

—Y supongo que nos hablarán más de estos factores en las noticias de la noche. *Bosse* vuelve el próximo viernes. Gracias a todos.

Oda cerró los ojos mientras la banda tocaba el sencillo del lanzamiento.

—Dios mío... —oyó que murmuraban sin aliento a su espalda. Y repitió:

—Dios mío, la hostia.

Oda solo tenía ganas de gritar. Gritar de alegría. « Aquí —pensó—. Aquí, en el Polo Norte. No estamos donde ocurre la noticia. Somos la noticia » .

Día 18  
*Match*

Gunnar Hagen estaba en el Schrøder mirando a su alrededor. Había salido de su casa exactamente treinta y dos minutos y tres conversaciones telefónicas después de los créditos de *Bosse*. No encontró a Harry en su apartamento ni en el restaurante Kunstnernes Hus ni en su despacho. Fue Bjørn Holm quien le indicó que probase en el café fijo de Harry, el Schrøder. Llamaba la atención el contraste entre la clientela joven, guapa y casi famosa del Kunstnernes Hus y los bebedores de cerveza de aspecto disoluto del Schrøder. Junto a la ventana del fondo, en el rincón, estaba Harry sentado a una mesa con un vaso de medio litro de cerveza.

Hagen se le acercó.

—He intentado llamarte, Harry. ¿Has apagado el móvil?

El comisario lo miró con ojos apagados.

—Había demasiado jaleo. Demasiados periodistas que quieren dar conmigo de repente.

—En la cadena NRK me han dicho que la redacción de *Bosse* y los invitados solían ir al Kunstnernes Hus después del programa.

—Los periodistas me estaban esperando fuera, así que me largué. ¿Qué querías, jefe?

Hagen se desplomó en la silla y vio cómo Harry se llevaba el vaso a los labios y el líquido dorado le entraba en la boca.

—He hablado con el jefe de la Policía Judicial —dijo Hagen—. Esto es grave, Harry. Informar de que el Muñeco de Nieve sigue en libertad es una infracción directa del secreto profesional.

—Tienes razón —dijo Harry, y tomó otro sorbo.

—¿Tengo razón? ¿Es todo lo que tienes que decir? Pero por Dios, Harry, ¿por qué?

—El público tiene derecho a saber —dijo Harry—. Nuestra democracia se fundamenta en la franqueza, jefe.

Hagen dio un puñetazo en la mesa, recibió unas miradas de ánimo de las mesas vecinas y una de advertencia de la camarera que pasaba con los brazos llenos de vasos de medio litro.

—No juegues conmigo, Harry. Hemos informado al público de que el asunto está resuelto. Nos has dejado en muy mal lugar, ¿eres consciente de eso?

—Mi trabajo es atrapar a los malos —dijo Harry—. No quedar en buen lugar.

—¡Son dos caras de la misma moneda, Harry! Nuestras condiciones de

trabajo dependen de la opinión pública. ¡La prensa es importante!

Harry hizo un gesto de negación con la cabeza.

—La prensa nunca me ha impedido ni me ha ayudado a resolver ni un solo caso. La prensa solamente es interesante para algunos trepas que quieren destacar. A las personas a las que tú debes informar solo les interesan los resultados concretos en la medida en que les procuran una mención positiva en la prensa. O evitan una negativa. Yo quiero coger al Muñeco de Nieve, y punto.

—Eres un peligro para tu entorno, Harry —dijo Hagen—. ¿Lo sabes?

Harry pareció valorar la afirmación antes de asentir pensativamente, apuró el vaso y le pidió otro a la camarera.

—Esta noche he estado hablando con el jefe de la Policía Judicial y con el comisario jefe superior —dijo Hagen armándose de valor—. Me han pedido que te buscara lo antes posible para «ponerte un bozal». Desde este momento. ¿Entendido?

—Lo que tú digas, jefe.

Hagen parpadeó sorprendido, pero la expresión de Harry no revelaba nada.

—Desde ahora tengo que estar al corriente todo el tiempo —dijo el comisario—. Quiero información continua. Sé que no me la vas a dar, de todas formas, así que he hablado con Katrine Bratt y le he asignado el trabajo. ¿Alguna objeción?

—En absoluto, jefe.

Hagen pensó que Harry debía de estar más bebido de lo que parecía.

—Bratt me ha contado que le pediste que se pusiera directamente en contacto con la secretaria de Idar Vetlesen porque querías leer el historial de Arve Støp. Sin pasar por el fiscal. ¿Qué coño estáis haciendo? ¿No sabes lo que podría pasarnos si Støp llega a enterarse?

Harry levantó la cabeza rápidamente, como un animal alerta.

—¿Qué quieres decir con que si él llega a enterarse?

—Que, por suerte, no había ningún historial a nombre de Støp. La secretaria de Vetlesen dijo que nunca hubo ningún historial relativo a él.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no?

—Cómo lo voy a saber, Harry. Pero me alegro, no necesitamos más problemas ahora mismo. ¡Arve Støp, por Dios! De todas maneras, a partir de este momento Bratt te seguirá a todas partes para poder informarme.

—Ya —dijo Harry, e hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza a la camarera que vino con el vaso—. ¿No se lo habías dicho ya cuando llegó?

—¿Qué quieres decir?

—Tengo entendido que cuando empezó a trabajar le dijiste que yo iba a ser su... —Harry se calló de repente.

—¿Su qué? —dijo Hagen impaciente.

Harry meneó la cabeza.

—¿Pasa algo? ¿Algo va mal?

—Nada —dijo Harry, se bebió la mitad del contenido del vaso de un gran trago y dejó un billete de cien encima de la mesa—. Que pases una buena tarde, jefe.

Hagen se quedó sentado hasta que Harry hubo salido. Y entonces se dio cuenta de que no subían burbujas de anhídrido carbónico hacia la superficie del vaso medio vacío. Miró a su alrededor antes de acercarse el vaso a los labios con cuidado. Sabía ácido, era zumo de manzana.

Harry se encaminó a su casa por las calles silenciosas. Las ventanas de los viejos edificios de pocas plantas refulgían en la noche como ojos felinos de ámbar. Le entraron ganas de llamar a Tresko para saber cómo iba la cosa, pero decidió dejar que aprovechara la noche como habían acordado. Dio la vuelta a la esquina de la calle Sofie. Estaba desierta. Se dirigía a su edificio cuando se percató de un movimiento y un pequeño destello de luz que se reflejaba en unas gafas. Al otro lado de la fila de vehículos pareja a la acera había una persona que parecía tener problemas para abrir con la llave la puerta de un coche. Harry conocía los coches que solían aparcar en esa parte de su calle. Y ese coche, un Volvo C70 azul, no era de esos.

Estaba demasiado oscuro para verle bien la cara, pero Harry se dio cuenta de que la persona mantenía la cabeza en una postura que le permitía observarlo. ¿Un periodista? Harry pasó al lado del coche. En el espejo lateral de uno de los otros vehículos aparcados pudo ver una sombra salir de entre los coches y acercársele por detrás. Harry deslizó la mano por dentro del abrigo sin precipitarse. Notó los pasos acercándose. Y el cabreo. Contó hasta tres. Y se volvió. La persona que lo seguía se quedó clavada en el asfalto.

—¿Me estás buscando a mí? —dijo Harry con voz ronca, se adelantó un paso con el revólver levantado y agarró al hombre por la solapa, tiró de él hacia un lado y lo hizo perder el equilibrio antes de echársele encima, de manera que ambos cayeron sobre el capó de un coche. Harry presionó el cuello del hombre con el antebrazo y aplicó la boca del revólver a uno de los cristales de las gafas.

—¿Me quieres a mí? —le soltó Harry.

La alarma de un coche se activó y ahogó la respuesta. El sonido inundó toda la calle. El hombre intentaba soltarse, pero Harry lo sujetaba con fuerza, y terminó dándose por vencido. La nuca cayó blandamente sobre el capó y la luz de la farola iluminó el rostro del hombre. Harry lo soltó. El hombre se encogió tosiendo.

—Ven —gritó Harry haciéndose oír por encima del insistente aullido. Cogió al hombre por debajo del brazo y cruzó la calle con él. Abrió el portal y lo empujó hacia dentro.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —dijo Harry—. ¿Y cómo es que sabes

dónde vivo?

—Llevo toda la tarde intentando llamar al número que hay en tu tarjeta de visita. Al final llamé a información telefónica y me dieron la dirección.

Harry miró al hombre. Es decir, miró a su fantasma. Incluso en el calabozo, Filip Becker parecía más entero.

—He tenido que apagar el móvil —dijo Harry.

Subió delante de Becker hasta el apartamento, abrió la puerta, se quitó las botas, fue a la cocina y encendió el hervidor de agua.

—Te he visto en *Bosse* —dijo Becker. Lo había seguido hasta la cocina, pero aún llevaba puestos el abrigo y los zapatos. Tenía en la cara una palidez mortecina—. Fue muy valiente por tu parte. Así que pensé que yo también tenía que ser valiente. Te lo debo.

—¿Me lo debes?

—Tú me creíste cuando nadie más lo hizo. Y me salvaste de una humillación pública.

—Ya. —Harry sacó una silla para el profesor, pero este negó con la cabeza.

—Me voy a ir enseguida, solo quiero contarte algo que nadie debe saber jamás. Ni siquiera sé si guarda relación con este asunto, pero se trata de Jonas.

—De acuerdo.

—Le saqué un poco de sangre la misma tarde que fui a ver a Lossius.

Harry se acordaba de la tirita que le había visto a Jonas en el antebrazo.

—Además de una muestra de saliva. Las envié a la sección de Pruebas de Paternidad del Anatómico Forense para que comprobaran el ADN.

—¿Y qué? Yo creía que esas cosas había que hacerlas por medio de un abogado.

—Eso era antes. Ahora cualquier persona puede solicitar la prueba, previo pago. Dos mil ochocientas coronas por cada muestra. Un poco más si quieres una respuesta rápida. Yo escogí esto último. Y la respuesta ha llegado hoy. Jonas... —Becker se paró y tomó aire—. Jonas no es hijo mío.

Harry asintió despacio.

Becker se balanceaba sobre los talones como si tuviese que coger carrerilla.

—Les pedí que lo cotejasen con todas las fichas del banco de datos. Encontraron una coincidencia perfecta.

—¿Perfecta? O sea, ¿el propio Jonas?

—Sí.

Harry recapacitó. Empezó a ver las cosas más claras.

—En otras palabras, alguien había enviado ya una muestra para obtener un perfil de ADN de Jonas —dijo Becker—. Me informaron de que el perfil anterior es de hace siete años.

—¿Y te confirmaron que se trataba de Jonas?

—No, era anónimo. Pero tenían el nombre de quien solicitó el análisis.

—¿Y era?

—Un centro médico que ya no existe. —Harry ya sabía la respuesta antes de que Becker lo dijera—. La Clínica Marienlyst.

—Idar Vetlesen —dijo Harry ladeando la cabeza, como examinando un cuadro para comprobar si estaba torcido o no.

—Correcto —dijo Becker, juntando las palmas de las manos y sonriendo pálidamente—. Eso era todo. Lo que quería decir era que... no tengo ningún hijo.

—Lo siento.

—En realidad, lo presentía desde hace mucho.

—Ya, ¿por qué tanta prisa en contarlo, tanta como para venir aquí?

—No lo sé —dijo Becker.

Harry esperó.

—Yo... yo, es que esta noche tenía que hacer algo como lo que acabo de hacer. Si no, a saber lo que se me habría ocurrido. Yo... —El profesor hizo una pausa antes de continuar—. Ahora estoy solo. Mi vida ya no tiene mucho sentido. Si esa pistola hubiera sido de verdad...

—No —dijo Harry—. No pienses eso. Es una idea cuyo atractivo va en aumento cuanto más la acaricias. Y se te olvida una cosa. Aunque tu vida no tenga valor para ti, lo tiene para otras personas. Para Jonas, por ejemplo.

—¿Jonas? —resopló Becker riéndose amargamente—. ¿Ese niño que no es mío...? Lo de no acariciar la idea, ¿es algo que aprendéis en la Escuela Superior de Policía?

—No —dijo Harry.

Se miraron.

—En fin —dijo Becker—, ahora ya lo sabes.

—Gracias —dijo Harry.

Cuando Becker se fue, Harry seguía intentando averiguar si el cuadro estaba torcido, y no se dio cuenta de que el agua no burbujecía, que el hervor de agua se había apagado y que el pequeño piloto rojo que había debajo del botón de encendido se apagaba y se extinguía lentamente.

Día 19  
Mosaico

Eran las siete de la mañana y las nubes camuflaban un amanecer como de algodón cuando Harry entró en el pasillo del séptimo piso del edificio Frogner. Tresko había dejado la puerta del apartamento entreabierta y, cuando Harry entró, estaba sentado con los pies encima de la mesa verde del salón, el culo en el sofá y el mando a distancia en la mano izquierda. Las imágenes que retrocedían en la pantalla se deshicieron en un mosaico digital.

—¿Así que nada de cerveza? —repitió Tresko cogiendo su botella medio vacía—. Es sábado.

A Harry le parecía poder ver en el aire el gas que producían las bacterias. Los dos ceniceros estaban llenos de colillas.

—No, gracias —dijo Harry, y se sentó—. ¿Y qué, hay algo?

—Solo he tenido esta noche —dijo Tresko, y detuvo el reproductor—, normalmente, tardo un par de días.

—Esta persona no juega profesionalmente al póquer —dijo Harry.

—No digas eso —dijo Tresko chupando la botella—. Es mejor que muchos jugadores de cartas tirándose faroles. Mira, aquí es donde tú le formulas la pregunta acordada, a la que esperas que responda con una mentira, ¿verdad?

Treschow pulsó el botón de reproducción y Harry se vio a sí mismo en el estudio. Llevaba una americana de rayas finas un poco demasiado ajustada, de una marca sueca. Una camiseta negra que le había regalado Rakel. Vaqueros Diesel y botas Dr. Martens. Estaba sentado en una postura extraña e incómoda, como si la silla tuviese clavos en el respaldo. La pregunta resonaba hueca a través de los altavoces:

—¿La invitas a pasar unas horas en la habitación del hotel?

—No, no hago eso —empezó Støp, pero se quedó rígido cuando Tresko pulsó el botón de pausa.

—¿Y ahí sabes que miente? —preguntó Tresko.

—Sí —dijo Harry—, se folló a una amiga de Rakel. Las mujeres no suelen fardar. ¿Tú qué ves?

—Si me hubiese dado tiempo a pasarlo al ordenador, podría haber aumentado los ojos, pero no es necesario. Se ve perfectamente que se le han dilatado las pupilas. —Tresko apuntó a la pantalla con la uña mordida del dedo índice—. Es la señal más clásica de estrés. Y fíjate en las fosas nasales, ¿ves que se le han dilatado un poquitín? Eso lo hacemos cuando estamos estresados y el cerebro necesita más oxígeno. Pero no significa que mienta, hay mucha gente que siente

estrés aunque esté diciendo la verdad. O que no sienten estrés cuando mienten. Por ejemplo, puedes ver que mantiene las manos quietas.

Harry percibió un cambio en la voz de Tresko, no quedaba ni rastro de su chirrido habitual y se había vuelto suave, casi agradable. Miró la pantalla y observó las manos de Støp, que tenía inmóviles en el regazo, la izquierda encima de la derecha.

—Desgraciadamente, no hay ninguna señal fija —dijo Tresko—. Cada jugador de póquer presenta un comportamiento distinto, así que lo que hay que utilizar son las diferencias. Aislar lo que cambia en una persona cuando miente y cuando dice la verdad. Es como un triángulo, se necesitan dos puntos fijos.

—Una mentira y una respuesta verdadera. Parece sencillo.

—Lo de «parece» es correcto. Si suponemos que contesta la verdad cuando habla del inicio de su revista y de por qué desprecia a los políticos, tenemos el otro punto. —Tresko rebobinó y volvió a pasar la cinta—. Mira.

Harry miró. Pero probablemente, no adonde debía. Negó con la cabeza.

—Las manos —dijo Tresko—. Mira las manos.

Harry miró el dorso moreno de las manos de Støp, que descansaban en los reposabrazos.

—Siguen quietas —dijo Harry.

—Sí, pero no las esconde —dijo Tresko—. Es un clásico entre los jugadores de póquer mediocres cuando tienen malas cartas, las esconden muy bien en la mano. Y cuando se tiran un farol, se ponen una mano en la boca, tapándola en plan pensativo, para esconder las expresiones faciales. Los llamamos ocultadores. Otros exageran el farol enderezándose en la silla o moviendo los hombros hacia atrás para parecer más grandes de lo que son. Los llamamos faroleros. Støp es un ocultador.

Harry se inclinó hacia delante.

—¿Has...?

—Sí —dijo Tresko—. Y lo practica todo el tiempo. Cuando miente, baja las manos de los reposabrazos y esconde la derecha, apuesto a que es diestro.

—¿Y cuando le pregunto si hace muñecos de nieve? —Harry no se esforzaba lo más mínimo por ocultar su expectación.

—Miente —dijo Tresko.

—¿En qué parte? ¿En lo de hacer muñecos de nieve o en lo de hacerlo en su propia terraza?

Tresko emitió un gruñido breve que Harry interpretó como una risa.

—Esto no es una ciencia exacta —dijo Tresko—. Como he dicho, no es mal jugador de cartas. Durante los primeros segundos después de que le hicieras la pregunta, mantuvo las manos encima de los reposabrazos como si tuviera intención de decir la verdad. Al mismo tiempo se le dilatan las fosas nasales un poco, como si estuviera estresándose. Pero luego se lo piensa mejor, esconde las



manos y dice una mentira.

—Exactamente —dijo Harry—. Y eso significa que tiene algo que ocultar, ¿verdad?

Tresko apretó los labios con una mueca que indicaba que aquello era un tanto complicado.

—También puede significar que decide contar una mentira, consciente de que todo el mundo la identificará como tal. Para ocultar que también podría estar diciendo la verdad.

—¿Qué quieres decir?

—A veces ocurre que, cuando les reparten una buena mano de cartas, los jugadores profesionales, en lugar de incitar a subir las apuestas, apuestan alto directamente, y al mismo tiempo transmiten pequeñas señales de que se están tirando un farol. Justo lo necesario para hacer creer a los jugadores inexpertos que han desenmascarado al farolero y que pueden apostar tranquilamente. Eso es en realidad lo que parece esto. Farol sobre farol.

Harry asintió lentamente con la cabeza.

—¿Quieres decir que pretende que yo crea que tiene algo que ocultar?

Tresko miró la botella de cerveza vacía, luego la nevera, hizo un tibio esfuerzo por levantar su enorme cuerpo del sofá y lanzó un suspiro.

—Como he dicho, esto no es una ciencia exacta —dijo—. ¿Te importa...?

Harry se levantó y fue hasta la nevera. Maldecía para sus adentros. Cuando llamó a Oda a la redacción de *Bosse*, sabía que iban a aceptar su oferta de participar. Y también sabía que podría formularle a Støp preguntas directas, sin interferencias, ese era el formato del programa. Y que la cámara captaba a los interpelados enfocándolos o con lo que llamaban un plano medio, es decir, la parte superior del cuerpo. Todo era perfecto para el análisis de Tresko. Y aun así, no les había salido bien. Esa era la última oportunidad, el último resquicio de luz en el que buscar. El resto era oscuridad. Y quizá también diez años a tientas confiando en la suerte, en el azar, en una metedura de pata.

Harry miró fijamente las filas de botellas de cerveza Ringnes perfectamente ordenadas en la nevera, un contraste cómico con el caos que reinaba en el apartamento. Dudó. Y cogió dos botellas. Estaban tan frías que le quemaban la palma de la mano. La puerta de la nevera se iba cerrando.

—La única ocasión en que puedo afirmar con seguridad que Støp miente —dijo Tresko desde el sofá— es cuando contesta que en su familia no hay casos de locura ni de enfermedades hereditarias.

A Harry le dio tiempo a meter el pie por dentro de la puerta de la nevera. La luz de la rendija se reflejó en la ventana oscura sin cortinas.

—Repite eso —dijo.

Tresko lo repitió.

Veinticinco segundos después, Harry iba por la mitad de la escalera y Tresko

por la mitad de la botella de cerveza que Harry le había dado.

—Bueno, pues había otra cosa más, Harry —murmuró Tresko para sí—. Bosse te preguntó si estabas esperando a alguien en particular, y tú contestaste que no.

Eructó.

—No te dediques al póquer, Harry.

Harry llamó desde el coche.

Contestaron al otro lado antes de que le diera tiempo a decir su nombre.

—Hola, Harry.

Pensar que Mathias Lund-Helgesen reconocía su número o que lo había añadido a su lista de teléfonos con su nombre lo hizo estremecerse. Podía oír las voces de Rakel y Oleg al fondo. Fin de semana. Familia.

—Tengo una pregunta relacionada con la Clínica Marienlyst. ¿Existen todavía historiales de pacientes de esa clínica?

—Lo dudo —dijo Mathias—. Creo que hay normas que dicen que ese tipo de información debe eliminarse si nadie continúa con la actividad de la empresa. Pero si es importante, lo averiguaré, naturalmente.

—Gracias.

Harry pasó por la parada de metro de Vindern. La visión de un espectro le cruzó la mente revoloteando. Una persecución en coche, una colisión, un colega muerto, un rumor que decía que el conductor era Harry y que le deberían haber realizado una prueba de alcoholemia. Hacía mucho tiempo. Agua pasada bajo el puente. Cicatrices bajo la piel. Versicolor en el alma. Pitiriasis versicolor en el alma.

Mathias le devolvió la llamada a los quince minutos.

—He hablado con Gregersen, era el gerente de la Clínica Marienlyst. Me temo que lo eliminaron todo. Pero creo que algunos facultativos, entre ellos Idar, se llevaron los informes de sus pacientes.

—¿Y tú?

—Yo sabía que no iba a seguir en la privada, así que no me llevé ninguno.

—¿Crees que podrías acordarte de los nombres de algunos de los pacientes de Idar?

—Puede que de algunos. No muchos. De eso hace ya mucho tiempo, Harry.

—Lo sé. Gracias de todos modos.

Harry colgó y siguió el indicador que señalaba el Rikshospitalet. El conjunto de edificios cubría la loma que tenía delante.

Gerda Nelvik era una señora agradable y con una delantera impresionante, de

unos cuarenta y tantos años, y la única empleada presente aquel sábado en la sección de Pruebas de Paternidad del Anatómico Forense del Rikshospitalet. Recibió a Harry y lo invitó a pasar. Apenas había indicios visibles de que aquel fuera un lugar donde se daba caza a los peores delincuentes de la sociedad. Las instalaciones luminosas decoradas con estilo hogareño testimoniaban sobre todo que el personal lo constituían casi exclusivamente mujeres.

Harry ya había estado allí en otras ocasiones y conocía el procedimiento de las pruebas de ADN.

Cualquier día laborable habría visto detrás de las ventanas de los laboratorios a las mujeres con sus batas blancas, gorros y guantes desechables, inclinadas sobre soluciones y aparatos, trabajando con procesos extraños que llamaban miniprep, maxiprep y amplificación que, en última instancia, se plasmarían en un informe breve con una conclusión en forma de valores numéricos de quince marcadores diferentes.

Pasaron por una sala con estanterías llenas de sobres marrones con los nombres de distintas comisarías del país. Harry sabía que contenían prendas de vestir, cabellos, fundas de muebles, sangre y otro material orgánico enviado para su análisis. Todo para extraer el código numérico que representaba los puntos escogidos de aquella guirnalda misteriosa que era el ADN, mediante la cual se identificaba al propietario con el noventa y nueve coma muchos noventa y nueve por ciento de seguridad.

En el despacho de Gerda Nelvik cabían justo las estanterías donde se alineaban las carpetas de anillas y un escritorio con un ordenador, montones de papeles y una foto grande de dos chicos sonrientes con una tabla de *snowboard*.

—¿Tus hijos? —preguntó Harry y se sentó.

—Eso creo —dijo ella sonriendo.

—¿Cómo?

—Un chiste interno. ¿Querías saber algo de alguien que había encargado unos análisis?

—Sí. Me interesa obtener información relativa a todos los análisis de ADN que solicitaron de un lugar específico. Desde hace doce años y hasta hoy. Y las personas a las que analizaron.

—De acuerdo. ¿Cuál es ese lugar?

—La Clínica Marienlyst.

—¿La Clínica Marienlyst? ¿Estás seguro?

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Cuando se trata de casos de paternidad, normalmente son los tribunales o un abogado quien los encarga. O un particular, directamente.

—No se trata de casos de paternidad, sino de casos de confirmación de posible parentesco por el riesgo de enfermedades hereditarias.

—Ya —dijo Gerda—. Entonces los tenemos en la base de datos.

—¿Quieres decir que lo puedes comprobar aquí y ahora?

—Si tienes tiempo y puedes esperar... —Gerda miró el reloj—... treinta segundos.

Harry asintió con la cabeza.

Gerda tecleó en su ordenador mientras se dictaba a sí misma.

—C-l-i-n-i-c-a-M-a-r-i-e-n-l-y-s-t.

Se retrepó en la silla y dejó trabajar al ordenador.

—Qué triste resulta este ambiente otoñal, ¿verdad?

—Sí —dijo Harry con tono ausente, atento al chisporroteo del disco duro, como si pudiese revelar que la respuesta era la que él esperaba.

—Uno se deprime con la oscuridad —dijo ella—. Espero que nieve pronto. Es como si todo se volviese más luminoso.

—Humm —dijo Harry.

El chisporroteo cesó.

—Vaya —dijo ella mirando la pantalla.

Harry respiró hondo.

—Efectivamente, la Clínica Marienlyst era cliente nuestro. Pero hace siete años que no lo es.

Harry intentó reflexionar. ¿Cuándo dejaría Idar Vetlesen de trabajar allí?

Gerda frunció el entrecejo.

—Pero veo que antes hacían muchos encargos.

Dudó un instante. Harry esperaba a que lo dijese. Y lo dijo:

—Una cantidad insólita para un centro médico, diría yo.

Harry lo sabía. Ese era el camino que debían tomar, el que los conduciría fuera del laberinto. O mejor dicho, al interior del laberinto. Al corazón de la oscuridad.

—¿Tenéis los nombres y los datos de las personas analizadas?

Gerda negó con la cabeza.

—Normalmente sí, pero está claro que, en este caso, el centro médico quiso que permaneciesen en el anonimato.

¡Mierda! Harry cerró los ojos y pensó.

—Pero ¿tenéis todavía los resultados de las pruebas? Si la persona es el padre o no, quiero decir.

—Sí —dijo Gerda.

—¿Y qué dicen?

—No puedo contestar a eso igual de rápido, tendré que entrar a mirar cada caso y me llevará algo más de tiempo.

—De acuerdo. ¿Y habéis guardado el perfil de ADN de las personas analizadas?

—Sí.

—¿Y el análisis es igual de amplio que el de los casos criminales?

—Más amplio. Para determinar la paternidad con garantías se necesitan más marcadores, ya que la mitad del material genético pertenece a la madre.

—O sea, me estás diciendo que puedo coger sustancia genética de una persona, enviarla aquí y pedirlos que averigüéis si se corresponde con algo que hayáis analizado para la Clínica Marienlyst, ¿no?

—La respuesta es sí... —dijo Gerda con un tono de voz que indicaba que le gustaría que le diera una explicación.

—Bien —dijo Harry—. Mis colaboradores enviarán muestras de los maridos y de los hijos de las mujeres que han desaparecido durante los últimos años. Comprueba si no es la primera vez que os hacen la consulta. Me encargaré de que se dé la máxima prioridad a este asunto.

De repente, a Gerda se le encendió la bombilla.

—¡Ya sé dónde te había visto! En *Bosse*. Esto está relacionado con...

A pesar de que solo había dos personas allí dentro, ella bajó la voz, como si el nombre que habían dado al monstruo fuese una grosería, una obscenidad, un conjuro que no había que pronunciar en voz alta.

Harry llamó a Katrine y le pidió que se encontrase con él en el Café Java, junto a la colina de St. Hanshaugen. Aparcó a la entrada de un edificio antiguo de viviendas en cuya puerta, por la que como mucho cabría una cortacésped, colgaba un cartel que amenazaba con llamar a la grúa. La calle Ullevålsveien se veía repleta de gente que corría de un lado a otro para hacer las consabidas compras del sábado. Un viento helado del norte bajaba desde St. Hanshaugen camino del cementerio de Vår Frelser para llevarse los sombreros negros de un cortejo fúnebre que desfilaba cabizbajo.

Harry pidió un café solo doble y un cortado, ambos en vasos de papel, y se sentó en una de las sillas de la terraza. En el estanque del parque que había al otro lado de la calle, un cisne blanco se movía solitario y silencioso, formando con el cuello un signo de interrogación. Harry lo contempló y pensó en el nombre de la trampa para zorros. El viento rizaba la superficie del agua.

—¿Sigue caliente ese cortado?

Katrine estaba delante de él con la mano extendida.

Harry le dio el vaso de papel y fueron andando hacia su coche.

—Me alegro de que pudieses trabajar un sábado por la mañana —dijo él.

—Me alegro de que pudieses trabajar un sábado por la mañana —dijo ella.

—Soy soltero —dijo él—. La mañana del sábado no tiene valor para personas como yo. Tú, por el contrario, deberías tener tu vida.

Un hombre mayor miraba el coche con expresión furibunda.

—He llamado a la grúa —dijo.

—Sí, tengo entendido que son muy populares —dijo Harry, abriendo la puerta con la llave—. Parece que el único problema es encontrar dónde aparcarlas.

Entraron en el coche y el hombre dio unos golpecitos en la ventanilla con un nudillo arrugado. Harry la bajó.

—La grúa está en camino —dijo el viejo—. Tiene que quedarse aquí hasta que llegue.

—¿De verdad? —dijo Harry, al tiempo que mostraba su tarjeta de identificación.

El hombre no hizo caso de la tarjeta, pero miró desabrido al reloj.

—Tu verja es demasiado estrecha para que puedas imponer la prohibición de aparcar —dijo Harry—. Voy a mandar a una persona de la sección de Tráfico para que quite esa señal ilegal. Me temo que, además, te pondrán una buena multa.

—¿Cómo?

—Somos de la policía.

El hombre mayor volvió a mirar la tarjeta de identificación, miró a Harry con desconfianza y otra vez la tarjeta y luego a Harry.

—Por esta vez pasa, puedes irte —murmuró el hombre, y le devolvió la tarjeta.

—No pasa —dijo Harry—. Voy a llamar a Tráfico ahora mismo.

El viejo lo miró cabreado.

Harry giró la llave de contacto y dejó que el motor se revolucionara antes de volverse otra vez hacia el viejo.

—Y más vale que te quedes aquí.

Mientras se alejaban, pudieron ver en el retrovisor su expresión de pismo.

Katrine se rio de buena gana.

—¡Pero mira que eres malo! Era un hombre mayor.

Harry la miró de reojo. Tenía una expresión extraña, como si le doliera reírse. Paradójicamente, parecía que tras el episodio en el Fenris su relación con él era más relajada. Quizá fuera una reacción propia de las mujeres guapas, que un rechazo les infundía respeto, que se fiaban más de uno.

Harry sonrió. A saber cómo habría reaccionado si supiera que Harry se había despertado aquella mañana con una erección y con el recuerdo de un sueño en el que se la tiraba mientras estaba sentada con las piernas separadas en el lavabo de los servicios del bar Fenris. Se la folló tanto que hizo crujir las tuberías, los inodoros chapoteaban y los tubos fluorescentes ronroneaban lanzando destellos, mientras él notaba la helada porcelana en las pelotas cada vez que la embestía. El espejo que había detrás de ella vibraba de tal modo que se le desdibujaron las facciones mientras los dos daban con las caderas, las espaldas y los muslos contra grifos, secadores de aire caliente y jaboneras. Hasta que no paró, no vio que la cara del espejo no era la suya, sino la de otra persona.

—¿En qué estás pensando? —preguntó ella.

—En la reproducción —dijo Harry.

—¿Ah, sí?

Harry le dio un paquete que ella abrió. Encima había una hoja de papel con el título « Instrucciones para la prueba de ADN de la mucosa bucal ».

—En cierto modo, esto va de parentescos —dijo Harry—. Pero todavía no sé exactamente cómo o por qué.

—¿Y adónde vamos? —dijo Katrine, sacando un paquete pequeño de bastoncillos.

—A Sollihøgda —dijo Harry—. A recoger material genético de las gemelas.

En los campos que rodeaban la granja retrocedía la nieve. Mojada y gris, cubría el paisaje que aún tenía ocupado como incubándolo.

Rolf Ottersen los recibió en la escalera y les ofreció café. Mientras colgaban la ropa de abrigo, Harry le explicó lo que deseaba. Rolf Ottersen no preguntó por qué, solo asintió con la cabeza.

Las gemelas estaban en el salón haciendo punto.

—¿Qué estáis haciendo? —dijo Katrine.

—Unas bufandas —dijeron las gemelas al unísono—. Nos ha enseñado nuestra tía.

Hicieron un gesto con la cabeza hacia Ane Pedersen, que tejía sentada en la mecedora. Sonrió al reconocer a Katrine.

—Solo quiero que me deis un poco de saliva y mucosidad —dijo Katrine alegremente levantando un bastoncillo—. Abrid la boca.

Las gemelas soltaron una risa sofocada y dejaron la labor a un lado.

Harry siguió a Rolf Ottersen hasta la cocina, donde había una olla en el fuego y olía a café.

—Así que os equivocasteis —dijo Rolf—. Con ese médico.

—Puede ser —dijo Harry—. O a lo mejor tiene algo que ver con el asunto, después de todo. ¿Te parece bien que eche un vistazo al granero otra vez?

Rolf Ottersen lo invitó a salir con un gesto.

—Pero Ane ya lo ha limpiado —dijo—. No hay mucho que ver.

Era verdad que lo había limpiado. Harry recordaba que había sangre espesa y oscura de las gallinas en el suelo cuando Holm tomó las muestras, pero ahora habían fregado el suelo. Los tablones tenían un tono rosáceo allí donde la sangre había penetrado en la madera. Harry se situó junto al tajo, mirando hacia la puerta. Tratava de imaginarse a Sylvia matando gallinas cuando el Muñeco de Nieve entró por la puerta. ¿La habría sorprendido? Ella había matado dos gallinas. No, tres. ¿Por qué pensaba que fueron dos? Dos más una. ¿Por qué más una? Cerró los ojos.

Dos de las gallinas estaban en el suelo, al lado del tajo, la sangre había chorreado hasta el serrín. Así es como se matan las gallinas. Pero la tercera

estaba en el suelo a cierta distancia y había manchado los tablones. De aficionado. Y la sangre se había coagulado en la superficie del corte en el cuello de la tercera gallina. Igual que en el cuello de la cabeza de Sylvia. Se acordaba de cómo lo había explicado Bjørn Holm. Y sabía que la idea no era nueva, que había estado latente bastante tiempo, junto con otras que tenía a medio pensar, a medio masticar, a medio soñar. La idea de que a la tercera gallina la mataron de la misma manera, con un cauterizador de hilo incandescente.

Fue hasta el lugar donde las tablas del suelo habían absorbido la sangre y se puso en cucullas.

Si el Muñeco de Nieve había matado a la última gallina, ¿por qué había utilizado el cauterizador de hilo incandescente y no el hacha? Sencillo. Porque el hacha había desaparecido en la oscuridad del bosque, en algún lugar. Y por lo tanto, eso había ocurrido después del asesinato. Había recorrido todo el camino de vuelta para matar una gallina. ¿Pero por qué? ¿Una especie de ritual vudú? ¿Una ocurrencia repentina? Tonterías, aquella máquina de matar se atenia al plan, seguía el patrón.

Así que existía una razón.

¿Por qué?

—¿Por qué? —preguntó Katrine.

Harry no la había oído venir. Estaba en la puerta del granero, la luz de la bombilla solitaria le daba en la cara. Traía dos bolsitas de plástico con bastoncillos. Harry se estremeció al verla de esa manera otra vez en el umbral, con las manos extendidas hacia él. Igual que en casa de Becker. Aunque ahora había algo más, como la sensación de haberla reconocido.

—Como te decía —murmuró Harry mirando las manchas rosas—, creo que esto va de parentescos. Y de encubrir algunas cosas.

—¿Quién? —preguntó ella acercándose. Los tacones de las botas repiquetearon en los tablones del suelo—. ¿A quién te refieres?

Se puso en cucullas a su lado. Una nube tibia de perfume masculino subió veloz en el aire frío, y pasó junto a él rápidamente.

—Como te decía, no tengo ni idea.

—Esto no es trabajo sistemático, a ti se te ha ocurrido una idea. Tienes una teoría —afirmó, pasando la yema del índice derecho por el serrín.

Harry vaciló un segundo.

—Ni siquiera es una teoría.

—Venga, cuéntamela.

Harry tomó aire.

—Arve Støp.

—¿Qué pasa con él?

—Según él, acudió a Idar Vetlesen para que le tratara el codo de tenista. Pero según Borghild, Vetlesen no tenía ningún historial clínico de Støp. Me pregunto a



qué se debería.

Katrine se encogió de hombros.

—Quizá hubiera algo más, aparte del codo. Quizá Støp temía que quedara constancia de que se retocaba aquí o allá.

—Si Idar Vetlesen hubiera consentido en no llevar historial de ninguno de los pacientes que abrigaran el mismo temor, no habría ninguno en sus archivos. Así que pensé que se trataría de otra cosa, algo que realmente no pudiera salir a la luz.

—¿Como qué?

—Støp mintió en *Bosse*. Dijo que en su familia no había ninguna enfermedad hereditaria ni física ni psíquica.

—¿Y la hay?

—Vamos a suponerlo, según mi teoría.

—¡Esa teoría que apenas es una teoría!

Harry asintió.

—Idar Vetlesen era el experto en el síndrome de Fahr menos conocido de Noruega. Ni siquiera Borghild, su secretaria, lo sabía. Así que, ¿cómo demonios lo encontraron Sylvia Ottersen y Birte Becker?

—¿Cómo?

—Vamos a suponer que la especialidad de Vetlesen no eran las enfermedades hereditarias sino la discreción. Él mismo dijo que todo su negocio se basaba en eso. Y esa es la razón por la que un paciente y amigo va a verlo a él y le dice que tiene la enfermedad de Fahr, un diagnóstico que le ha dado en otro sitio un especialista de verdad. Pero este especialista no posee la máxima competencia en discreción que Vetlesen sí tiene, y se trata de algo que, verdaderamente, hay que mantener en secreto. El paciente insiste, y puede que hasta pague algún dinero extra por ello. Porque es un cliente que puede pagar.

—¿Arve Støp?

—Sí.

—Pero ya le han dado el diagnóstico en otro sitio donde es posible que se filtre.

—Sí, aunque eso no es lo que más le preocupa a Støp. A él le preocupa que se sepa que lleva allí a sus hijos. Unos hijos a los que quiere que sometan a las pruebas para ver si han heredado la enfermedad. Y eso es algo que hay que hacer con el mayor secretismo, porque nadie sabe que son hijos suyos. Como Filip Becker creía que era el padre de Jonas. Y... —Harry señaló con la cabeza en dirección al granero.

—¿Rolf Ottersen? —susurró Katrine sin aliento—. ¿Las gemelas? Quieres decir... —levantó las bolsitas de plástico—, ¿que estas bolsitas pueden contener material genético de Arve Støp?

—Puede ser.

Katrine lo miró.

—Las mujeres desaparecidas... los otros niños...

—Si las pruebas de ADN demuestran que Støp es el padre de Jonas y de las gemelas, empezaremos a tomar muestras de los hijos de las otras mujeres desaparecidas el lunes.

—¿Quieres decir... que Arve Støp ha ido follando por toda Noruega? ¿Preñando a diversas mujeres y luego matándolas después de dar a luz?

Harry se encogió de hombros.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Si tengo razón nos encontramos ante un caso de locura, naturalmente, y de ser así, esto solo serán especulaciones. A menudo hay una lógica bastante clara detrás de la locura. ¿Has oído hablar de la foca Berhaus?

Katrine negó con la cabeza.

—Estamos hablando de un padre asesino, frío y racional —dijo Harry—. Después de que la hembra haya parido a su cachorro y haya sobrevivido el primer periodo crítico, el padre intentará matar a la madre. Porque sabe que ella no querrá aparearse con él otra vez. Y quiere evitar que tenga otras crías que competirían con su propia descendencia.

Katrine parecía tener problemas para entenderlo.

—Sí, eso sí que es locura —dijo—. Pero no sé qué es más absurdo: pensar como una foca o pensar que alguien piensa como una foca.

—Como te decía... —Harry se levantó y oyó perfectamente cómo le crujían las rodillas— apenas es una teoría.

—Mientes —dijo ella mirándolo—. Tú ya estás seguro de que Arve Støp es el padre.

Harry sonrió con malicia.

—Estás tan loco como yo —dijo ella.

Harry se la quedó mirando.

—Vamos. El Anatómico Forense está esperando tus bastoncillos.

—¿Un sábado? —Katrine pasó la mano por encima del serrín, borró lo que había dibujado y se levantó—. ¿No tienen vida privada?

Después de dejar las bolsitas en el Anatómico Forense, donde les prometieron que tendrían la respuesta a lo largo de la tarde o a la mañana siguiente, Harry llevó a Katrine a su apartamento de la calle Seilduksgata.

—No hay luz en las ventanas de tu casa —dijo Harry—. ¿Estás sola?

—¿Una chica tan simpática como yo? —dijo ella sonriendo y agarrando el picaporte—. Nunca estoy sola.

—Humm. ¿Por qué no quisiste que les contara a los colegas de la comisaría de Bergen que estabas allí?

—¿Cómo?

—Pensé que les haría ilusión saber que trabajabas con un caso importante de

asesinato en la capital. Buenas noches.

—Buenas noches.

Harry subió con el coche hacia la calle Sannergata.

No estaba seguro, pero creía haber visto a Katrine ponerse tensa. Últimamente uno no podía estar seguro de casi nada. Ni siquiera del sonido de un chasquido, que uno cree que es el percutor de un revólver, pero que resulta ser una niña que parte una rama presa del miedo. Pero ya no podía fingir más tiempo, no podía fingir que no sabía. Katrine había apuntado el arma reglamentaria a la espalda de Filip Becker esa noche. Y cuando Harry entró en la línea de fuego, oyó ese sonido, el sonido que creyó haber oído cuando Salma partió una rama en el patio trasero. Era el clic aceitoso de un percutor de revólver que volvía a caer. Lo que significaba que ya lo habían levantado, que Katrine había apretado el gatillo más de dos tercios del recorrido, que el tiro podía haberse disparado en cualquier momento. Que ella tenía la intención de dispararle a Becker.

No, no podía fingir. Porque la luz le dio en la cara en el umbral del granero. Y él la había reconocido. Y tal y como él le había dicho, aquello iba de parentescos.

El comisario Knut Müller-Nilsen amaba a Julie Christie.

Tanto que nunca se había atrevido a contarle a su mujer toda la verdad. Pero como sospechaba que ella tenía una aventura extramatrimonial similar con Omar Sharif, no sentía ningún remordimiento por estar sentado a su lado mientras devoraba a Julie Christie con los ojos. Lo único que mermaba su felicidad era que, en ese momento, su Julie se entregaba a un ardiente abrazo con el susodicho Omar. Y cuando sonó el teléfono de la mesa del salón y él fue a cogerlo, su mujer pulsó el botón de pausa de manera que aquel momento, maravilloso a la par que insoportable, de su película favorita, *Doctor Zhivago*, se quedó fijo en el televisor.

—Vaya, buenas noches, Hole —dijo Müller-Nilsen después de que el comisario se presentara—. Sí, me imagino que tenéis trabajo de sobra.

—¿Tienes un minuto? —preguntó al otro lado la voz ronca pero suave.

Müller-Nilsen observó los labios rojos y temblorosos de Julie y cómo levantaba la vista empañada.

—Los que necesites, Hole.

—Cuando estuve en tu despacho me enseñaste una foto de Gert Rafto. Y vi algo en su cara que me resultó familiar.

—¿Ajá?

—Y también hubo algo que dijiste sobre su hija. Que se las había arreglado muy bien, al fin y al cabo. Te llamaba por ese «al fin y al cabo». Lo dijiste

como si se tratara de algo que yo ya supiera.

—Sí, pero le va muy bien, ¿no? —dijo Müller-Nilsen.

—Depende de cómo se mire —dijo Harry.

Día 19

Toowoomba

Un murmullo expectante se extendía bajo las arañas de la sala «Sonia Henie» del Hotel Plaza. Arve Støp recibía a sus invitados en el umbral. Tenía las mandíbulas doloridas de tanto sonreír y el codo empezaba a resentírsele de estrechar tantas manos. Una mujer joven de la empresa de eventos encargada de la realización técnica se le acercó y le dijo sonriendo que los invitados ya estaban acomodados en las mesas. Su atuendo negro y neutro, y los auriculares con un micrófono prácticamente invisible lo hicieron pensar en una agente femenina de *Misión: Imposible*.

—Entremos —dijo, ajustándole la pajarita del esmoquin con un movimiento amable, casi cariñoso.

Llevaba alianza. Se dirigió a la sala contoneando las caderas delante de él. ¿Habrían dado a luz algún hijo esas caderas? Llevaba unos pantalones negros ajustados a un trasero bien entrenado, y Arve Støp se imaginó ese mismo trasero sin pantalones delante de él en la cama de su piso de Aker Brygge. Pero daba la impresión de ser demasiado profesional. Sería demasiado complicado. Demasiados esfuerzos para convencerla. Sus miradas se cruzaron en el gran espejo junto a la puerta, él comprendió que lo había descubierto, sonrió ampliamente pidiendo perdón. Ella se rio al mismo tiempo que un ligero rubor no muy profesional le encendía las mejillas. ¿Misión imposible? Seguro que no. Pero tendría que ser otra noche.

Todos los que estaban en su mesa de ocho comensales se levantaron al verlo llegar. Su pareja de mesa era su propia redactora. Una elección aburrida, pero necesaria. Estaba casada, tenía hijos y la cara ajada de una mujer que se pasa de doce a catorce horas trabajando cada día. Pobres niños. Y pobre de él, el día que ella descubriera que había vida más allá de la revista *Liberal*. Los ocupantes de la mesa brindaron por él, mientras la mirada de Støp daba una vuelta por la sala. Las lentejuelas, las joyas y los ojos risueños relucían debajo de las arañas. Y los vestidos. Sin tirantes, sin hombros, sin espaldas, sin vergüenza.

Y comenzó. Los acordes de *Así habló Zaratustra* surgían majestuosos de los altavoces. En una reunión previa con la empresa de eventos, Arve Støp ya dijo que no le parecía una apertura muy original, que era pomposa y que le hacía pensar en el origen de la Humanidad. Y le contestaron que esa era exactamente la intención.

Sobre el gran escenario apareció, rodeado de humo y de luces, un famoso de la televisión que había exigido y recibido una suma de seis cifras por hacer de

presentador.

—¡Señoras y señores! —gritó a un micrófono grande e inalámbrico cuya forma hizo pensar a Støp en un pene robusto y erguido.

—¡Bienvenidos! —Los labios del famoso casi tocaban la cabeza negra de aquella polla—. ¡Bienvenidos a una noche que prometo que será muy especial!

Arve Støp ya estaba deseando que terminase.

Harry miraba las fotos de la librería del despacho, el Club de los Policías Muertos. Intentaba pensar, pero los pensamientos le daban vueltas en la cabeza sin terminar de fijarse, sin componer una imagen completa. Había tenido todo el tiempo la sensación de que alguien se le había colado dentro, que alguien sabía lo que él iba a hacer cada minuto. Pero no así. Era tan increíblemente sencillo... Y al mismo tiempo tan incomprensiblemente complicado.

Knut Müller-Nilsen le había contado que tenían a Katrine por una de las agentes más prometedoras de la sección de Personas Desaparecidas y Delitos Violentos de la comisaría de Bergen, una nueva estrella. Nunca hubo ningún problema. Aunque claro, estaba esa única vez, por supuesto, que la llevó a pedir el traslado a Delitos Sexuales. Un testigo de un caso antiguo y archivado había llamado quejándose de que Katrine Bratt lo visitaba con frecuencia, le hacía nuevas preguntas y no lo dejaba en paz, a pesar de que le había dicho claramente que la policía ya le había tomado declaración. Entonces se supo que Katrine llevaba bastante tiempo investigando ese caso por su cuenta sin informar a la dirección. Como lo había hecho en su tiempo libre, en condiciones normales no habría habido ningún problema pero, lógicamente, no tenían ningún interés en que Katrine Bratt hurgara precisamente aquel caso. Y la informaron de ello cabalmente. Ella reaccionó mencionando varios errores en la investigación anterior, pero no le hicieron el menor caso y, presa de la mayor frustración solicitó el traslado al grupo de Delitos Sexuales.

—Creo que ese asunto se convirtió para ella en una obsesión —fue lo último que dijo Müller-Nilsen—. Según recuerdo, fue justo en la época en que su marido la dejó.

Harry se levantó, salió al pasillo y se acercó a la puerta del despacho de Katrine. Estaba cerrada, como ordenaban las directrices relativas a los despachos. Siguió por el pasillo hasta el cuarto de la fotocopidora. Del estante inferior, junto a los paquetes de folios, sacó la guillotina, una placa grande y pesada de hierro con una cuchilla. Era incapaz de recordar la última vez que habían utilizado aquel armatoste, pero allí iba él por el pasillo, con ella en las manos, de vuelta a la puerta de Katrine.

Levantó la guillotina por encima de la cabeza y apuntó. Dejó caer los brazos.

La guillotina fue a dar en el picaporte y desplazó la caja de la cerradura en el

interior del marco, que se rajó con un golpe seco.

Tuvo el tiempo justo de retirar los pies antes de que la guillotina aterrizase en el suelo de un mazazo.

El despacho de Katrine Bratt era idéntico al que en su día había compartido con el policía Jack Halvorsen. Recogido, desnudo, sin fotos ni otros objetos personales. El escritorio tenía en la parte superior una cerradura sencilla que abría todos los cajones. Después de dos golpes de guillotina, tanto el primer cajón como la cerradura estaban machacados. Harry buscó con rapidez, apartando papeles, mirando entre carpetas de plástico, perforadoras de papel y otro material de oficina, hasta que encontró la funda de una navaja. La sacó. La parte superior tenía ranuras. Desde luego, no era la navaja de un *scout*. Harry pasó el filo por el montón de documentos donde estaba y la hoja se hundió profundamente y sin fricción en la masa de papel.

En el cajón de debajo había dos cajas sin abrir de cartuchos para el arma reglamentaria. Los únicos objetos personales que encontró fueron dos anillos. Uno tenía unas piedras que brillaban con intensidad a la luz de la lámpara del escritorio. Lo había visto antes. Harry cerró los ojos intentando visualizar dónde fue. Un anillo grande y chillón. Excesivo. Las Vegas. Katrine nunca llevaría un anillo como ese. Y en ese mismo momento, supo dónde lo había visto. Notó cómo le latía el pulso, fuerte pero regularmente. Lo había visto en un dormitorio. En el dormitorio de Becker.

En la sala «Sonia Henie» la cena había terminado y las mesas ya estaban recogidas. Arve Støp se apoyaba en la pared del fondo mientras contemplaba el escenario, donde los invitados se apiñaban y miraban extasiados a la banda. Sonaba poderosa. Sonaba cara. Sonaba a megalomanía. Arve Støp se había mostrado indeciso, pero la empresa de eventos lo convenció al final de que invertir en experiencias significaba comprar la lealtad, el orgullo y el entusiasmo de los empleados por su lugar de trabajo. Y al comprar una porción de un éxito internacional, él acentuaba el éxito de la revista y construía el producto de la marca *Liberal*, un producto con el que los anunciantes querrían asociarse.

El vocalista se llevó el dedo al pinganillo al mismo tiempo que atacaba el tono más alto de su éxito internacional de los años ochenta.

—Nadie desafina tan bien como Morten Harket —dijo una voz al lado de Støp.

Se dio la vuelta. Y supo enseguida que la había visto antes, porque nunca olvidaba a una mujer guapa. Lo que olvidaba cada vez con mayor frecuencia era el quién, el dónde y el cuándo. Era delgada, llevaba un vestido negro sencillo con un corte que le recordó a alguien. A Birte. Birte tenía un vestido como ese.

—Es escandaloso —dijo.

—Es un tono difícil de alcanzar —dijo ella sin apartar los ojos del cantante.

—Es escandaloso que no me acuerde de tu nombre. Solo sé que nos hemos visto antes.

—No nos hemos visto —dijo ella—. Tú me clavaste la mirada —dijo, apartándose el pelo de la cara. Era guapa de una manera clásica y algo estricta. Guapa a lo Kate Moss. Birte era guapa a lo Pamela Anderson.

—Eso, precisamente, creo que se puede perdonar —dijo él, notando cómo se despertaba, que la sangre empezaba a fluirle por el cuerpo, transportando el champán hasta esas partes del cerebro que lo despabilaban sin amodorrarlo.

—¿Quién eres?

—Me llamo Katrine Bratt —dijo ella.

—De acuerdo. ¿Eres uno de nuestros anunciantes? ¿De relaciones bancarias? ¿Arrendadora? ¿Fotógrafa independiente?

Katrine negó con la cabeza a cada pregunta sin dejar de sonreír.

—Soy una *partycrasher* —dijo—. Una de tus periodistas es amiga mía. Ella me contó quién iba a tocar después de la cena, y que me podía poner un vestido y colarme. ¿Estás pensando en echarme?

Katrine se llevó a los labios la copa de champán. No eran tan rellenitos como a él le gustaban, pero brillaban húmedos en un tono rojo oscuro. Ella seguía mirando al escenario, de modo que podía estudiar su perfil libremente. Todo su perfil. La espalda arqueada, la forma redondeada y perfecta de los pechos. No necesariamente silicona, a lo mejor un sujetador bueno. Pero ¿habrían amamantado a un niño?

—Lo estoy sopesando —dijo él—. ¿Algún argumento a tu favor?

—¿Te basta con una amenaza?

—Puede ser.

—He visto a los *paparazzi* fuera, esperando a que tus invitados famosos salgan con la caza de esta noche. ¿Qué te parece si les hablo de mi amiga periodista? ¿Que le dijeron que sus perspectivas de futuro en la revista *Liberal* no eran nada halagüeñas después de haber rechazado tus insinuaciones?

Arve Støp se rio alto y con ganas. Constató que habían atraído las miradas curiosas de otros invitados. Cuando se inclinó hacia ella, se dio cuenta de que el olor de su perfume no era muy diferente al que él mismo usaba.

—En primer lugar, no me preocupa lo más mínimo la mala reputación, sobre todo entre mis colegas de la prensa rosa. En segundo lugar, tu amiga es un imposible como periodista, y en tercer lugar, miente. Me la he follado tres veces. Y eso se lo puedes contar a los *paparazzi*. ¿Estás casada?

—Sí —dijo la desconocida, se volvió hacia el escenario y cambió de pierna, cruzándola del lado de la raja del vestido, de modo que él pudo ver el dibujo del ligero. Arve Støp sintió la boca reseca y tomó otro sorbo de champán. Miró al grupo de mujeres que estaban dando pataditas delante del borde del escenario.



Aspiró por la nariz. Podía notar el olor a coño desde allí.

—¿Tienes hijos, Katrine?

—¿Quieres que tenga hijos?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque las madres, al engendrar, han experimentado el sometimiento a la naturaleza, y eso les da una visión de la vida más profunda que a las demás mujeres. Y que a los hombres.

—*Bullshit*.

—Sí. Hace que no busquéis tan desesperadamente a un padre potencial. Solo queréis participar en el juego.

—De acuerdo —dijo ella riéndose—. Entonces, tengo hijos. ¿A qué quieres jugar?

—Vaya —dijo Støp mirando el reloj—. Estamos avanzando a muy buen ritmo.

—¿A qué te gusta jugar?

—A todo.

—Bien.

El cantante cerró los ojos, agarró el micro con ambas manos y atacó el *crescendo* de la canción.

—Esta fiesta es muy aburrida, me voy a casa. —Støp dejó la copa vacía en una bandeja que pasó volando—. Vivo en Aker Brygge. La misma entrada de *Liberal*, en el último piso. El timbre de más arriba.

Ella sonrió.

—Sé dónde es. ¿Cuánta ventaja quieres?

—Dame veinte minutos. Y prométeme que no hablarás con nadie antes de marcharte. Ni siquiera con tu amiga. ¿Estamos de acuerdo, Katrine Bratt?

La miró con la esperanza de haber dicho el nombre correcto.

—Créeme —dijo ella, y él se dio cuenta de que tenía en la mirada un brillo extraño, como el resplandor de un incendio forestal en el cielo—. Estoy tan interesada como tú en que esto quede entre nosotros dos. —Levantó el vaso—. Y por cierto, te la has follado cuatro veces, no tres.

Støp la miró una vez más antes de dirigirse a la salida. Detrás, bajo las arañas, vibraba casi imperceptible el falsete del vocalista.

Se oyó el ruido de una puerta y de gritos entusiastas que retumbaban por la calle Seilduksgata. Cuatro jóvenes volvían de una fiesta camino de uno de los bares de Grünerløkka. Pasaron al lado del coche aparcado junto a la acera sin fijarse en el hombre que estaba dentro. Luego dieron la vuelta a la esquina y la tranquilidad volvió a la calle. Harry se inclinó hacia el parabrisas y miró a las ventanas del

apartamento de Katrine Bratt.

Podía haber llamado a Hagen, podía haber dado la alarma, haberse llevado a Skarre y un coche patrulla. Pero también podía estar equivocado. Y antes tenía que cerciorarse, tenían demasiado que perder, tanto él como ella.

Salió del coche, fue hasta la puerta y tocó el timbre del tercer piso, que no tenía nombre. Esperó. Volvió a llamar. Volvió al coche, sacó el pie de cabra del maletero, volvió a la puerta de entrada y llamó al primer piso. Una voz de hombre le contestó un «sí» adormilado y con el sonido de la televisión de fondo. Quince segundos más tarde, el hombre bajó y abrió. Harry le enseñó la tarjeta de identificación.

—No he oído nada de jaleo —dijo el hombre—. ¿Quién os ha llamado?

—Saldré por mi cuenta —dijo Harry—, gracias.

La puerta del tercer piso tampoco tenía ninguna placa con el nombre. Harry dio unos golpecitos con la mano, acercó la cara a la madera fría y aguzó el oído. Luego metió el extremo del pie de cabra entre la puerta y el marco, justo por encima de la cerradura. Dado que los edificios de Grünerløkka se construyeron en su día para los obreros de las fábricas que había a orillas del río Akerselva y, por lo tanto, con el material más barato posible, el segundo allanamiento de morada que cometía Harry se llevó a cabo en menos de una hora.

Se quedó unos segundos en la oscuridad del pasillo escuchando antes de encender la luz. Miró el zapatero que tenía delante. Seis pares de zapatos. Ninguno de ellos lo bastante grandes como para pertenecer a un hombre. Levantó uno de los pares, las botas que Katrine había utilizado esa mañana. Las suelas aún estaban mojadas.

Entró en la sala de estar. Encendió la linterna en vez de la lámpara del techo para que ella no viese desde la calle que tenía visita.

Pasó el haz de luz por el suelo de pino pulido, que tenía grandes ranuras entre las tablas, un sofá blanco y sencillo, estanterías bajas para libros y un amplificador de la marca Linn. En la pared contigua había una cama estrecha sin deshacer y una cocina esquinera con los fogones y un frigorífico. Todo tenía un aspecto de severidad, austeridad y orden. Como en su propia casa. La linterna iluminó una cara que lo miraba fijamente. Y otra cara. Y otra más. Máscaras negras de madera, talladas y con dibujos.

Miró el reloj. Las once. Siguió moviendo el haz de luz.

Encima de la única mesa de la habitación había clavadas páginas de periódicos. Cubrían la pared desde el suelo hasta el techo. Se acercó. Paseó la mirada por los recortes mientras notaba que el pulso empezaba a hacerle tictac como un contador Geiger.

Eran casos de asesinato.

Muchos casos de asesinato, diez o doce, algunos tan antiguos que el papel de periódico amarilleaba. Pero Harry los recordaba todos muy bien. Los recordaba

porque todos tenían una cosa en común: que era él quien había dirigido la investigación.

Encima de la mesa, junto al ordenador y una impresora, había un montón de carpetas. Informes de investigación. Abrió una de ellas. No era ninguno de sus casos, sino el caso del asesinato de Laila Aasen en Ulriken. La otra era de la desaparición de Onny Hetland en Fjellsiden. La tercera carpeta trataba de un caso de violencia policial en Bergen, de las acusaciones contra Gert Rafto. Harry pasó las páginas. Descubrió la misma foto de Rafto que había visto en el despacho de Müller-Nilsen. Al verlo en ese momento se le hizo totalmente evidente.

Al lado de la impresora había un montón de hojas. La de arriba tenía un dibujo. Un boceto fugaz hecho a lápiz, de aficionado, pero el motivo era suficientemente claro. Un muñeco de nieve. Con la cara ovalada, como si se estuviera derritiendo, los ojos de carbón, muertos, y la zanahoria, larga y delgada, apuntando hacia abajo. Harry pasó las hojas. Había varios dibujos. Todos de muñecos de nieve, la mayoría solo de la cara. Máscaras, pensó Harry. Máscaras de muerte. Una de las caras tenía un pico de pájaro, pequeños brazos de persona a los lados y patas de pájaro. Otra tenía nariz de cerdo y chistera.

Harry empezó el registro por un lado de la habitación. Y se repitió lo que le dijo a Katrine en la isla de Finnøy: «Vacía el cerebro de expectativas. Y mira, no busques». Repasó todos los armarios y cajones, miró entre los utensilios de cocina y los detergentes, entre la ropa, entre los champús exóticos y las cremas extrañas del baño, donde aún flotaba en el aire el olor intenso a su perfume. El suelo de la ducha estaba mojado y en el lavabo había un bastoncillo con marcas de rímel. Volvió a salir. No sabía qué era lo que buscaba, solo que no estaba allí. Se irguió y miró a su alrededor.

Error.

Estaba allí. Solo que todavía no lo había encontrado.

Sacó los libros de las estanterías, abrió la cisterna del inodoro, comprobó si los suelos o las paredes tenían tablas sueltas, dio la vuelta al colchón. Y eso era todo. Había repasado todo el apartamento. Sin resultado. De no ser por el dogma más importante del registro domiciliario: se trata tanto de lo que encuentras como de lo que no encuentras. Y él sabía lo que no había encontrado. Harry miró el reloj. Y empezó a recoger.

Y hasta que no puso los dibujos en su sitio no cayó en la cuenta de que le faltaba por mirar la impresora. Sacó la bandeja de los folios. La primera hoja estaba amarillenta y era un poco más gruesa que un folio normal de impresora. La levantó. Tenía un olor especial, como si estuviese ligeramente perfumada o quemada. La contempló al trasluz ante la lámpara del escritorio en busca de la marca. Y la encontró. Abajo, en la esquina derecha, una especie de marca de agua entre las fibras finas del papel, que se veía al ponerla cerca de la bombilla.

Fue como si las venas del cuello se le dilataran, como si la sangre de repente tuviera prisa, como si el cerebro gritara pidiendo más oxígeno.

Harry encendió el ordenador. Volvió a mirar el reloj y se pasó una eternidad oyendo el ronroneo del equipo mientras se ponían en marcha el sistema operativo y los programas. Fue directamente a la función de búsqueda y tecleó una sola palabra. Golpeó suavemente con el ratón en «Buscar». Apareció un perro contento y entusiasmado, saltando con ladridos mudos, un intento de hacer más breve la espera. Harry no apartaba la vista del texto, que cambiaba febrilmente según se iban mostrando los documentos. Se concentró en la casilla donde, por ahora, ponía «El texto de búsqueda se ha encontrado en cero documentos». Comprobó que la palabra estuviese correctamente escrita. Toowoomba. Cerró los ojos. Oía el profundo ronroneo de la máquina, como un gato cariñoso. Y se detuvo. Harry abrió los ojos. «El texto de búsqueda se ha encontrado en 1 documento».

Puso el cursor encima del icono del documento de Word. En un rectángulo amarillo apareció una información. «Última modificación el 9 de septiembre». Sintió que el dedo le temblaba ligeramente al hacer doble clic. El fondo blanco resplandecía bajo un texto breve. No había duda. Eran las mismas palabras, idénticas a las de la carta del Muñeco de Nieve.

Arve Støp estaba tumbado en una cama hecha a mano, según unas medidas y un peso concretos, en la fábrica Misuku de Osaka, y enviada por barco ya montada a una curtiduría de Chennai, en la India, porque las leyes del estado federado de Tamil Nadu no permitían la exportación directa de ese tipo de piel animal. Había transcurrido medio año desde que hizo el encargo hasta que le entregaron la cama, pero la espera valió la pena. Igual que una geisha, se amoldaba perfectamente a su cuerpo, le proporcionaba apoyo allí donde hacía falta y podía regularla en todos los planos y direcciones imaginables.

Observó la lenta rotación de las hojas de teca del ventilador del techo.

Ella estaba en el ascensor, subiendo para verlo a él. Le había explicado por el interfono que la esperaría en el dormitorio, y había dejado la puerta del piso abierta. La seda fresca de los bóxers se le pegaba a la piel entibiada por el alcohol. Del equipo Bose, que tenía unos altavoces diminutos escondidos por todas las habitaciones del piso, salía la música de uno de los cedés de Café del Mar.

Oyó los tacones golpear el parqué del salón. Pasos lentos pero decididos. Solo el sonido se la ponía dura. Ella ni se imaginaba lo que le esperaba...

Tanteó con la mano debajo de la cama y los dedos encontraron lo que buscaban.

Y ella apareció en el umbral, como una silueta a la luz de la luna sobre el fiordo, sonriéndole a medias. Se soltó el cinturón del abrigo de cuero negro y largo, y lo dejó caer. Él exhaló un suspiro, pero ella aún llevaba el vestido debajo. Se acercó a la cama y le tendió un objeto de goma. Era una máscara. Una máscara de animal de color rosa claro.

—Ponte esto —dijo ella con una voz neutral y bien modulada.

—Vaya —dijo él—, una máscara de cerdo.

—Haz lo que te digo.

Otra vez ese brillo extraño y amarillo en la mirada.

—*Mais oui, madame.*

Arve Støp se la colocó. Le cubría toda la cara, olía como a guantes de goma, y apenas podía ver a Katrine a través de los agujeritos de botón que eran los ojos.

—Y quiero que... —empezó a decir él, y oyó su propia voz como encerrada y extraña. No llegó a decir nada más antes de sentir un dolor abrasador encima de la oreja izquierda.

—¡Y te callas! —gritó ella.

Poco a poco se dio cuenta de que le había pegado. Sabía que no debía, que

eso malograría el papel de ella, pero no pudo hacer nada. Era demasiado cómico. ¡Una máscara de cerdo! Una cosa rosa de goma húmeda y pegajosa con orejas de cerdo, nariz de cerdo y boca de cerdo. Se rio entre dientes. El siguiente golpe le dio en el estómago con una fuerza sorprendente. Se dobló por la cintura y cayó hacia atrás en la cama con un jadeo. No se dio cuenta de que había dejado de respirar hasta que empezó a verlo todo negro. Mientras ella le sujetaba las manos a la espalda él se esforzaba denodadamente por tomar aire. El cerebro logró por fin obtener oxígeno y, en ese momento, llegó el dolor. Y la ira. ¡Pedazo de puta! ¿Qué creía que estaba haciendo? Se liberó de un tirón, fue a cogerla pero no pudo soltar las manos, las tenía sujetas a la espalda. Tironeó y sintió que algo cortante le penetraba la piel de las muñecas. ¿Esposas? ¡Menuda puta perversa!

Ella lo sentó de un empujón.

—¿Ves lo que es esto? —la oyó susurrar.

Pero la máscara se le había ladeado y no veía nada.

—No tengo que verlo —dijo él—. Puedo oler que es tu coño.

El golpe le dio en la sien, fue como un pequeño salto en un cedé, y cuando volvió el sonido, seguía sentado en la cama. Algo fluía entre la mejilla y el interior de la máscara.

—¿Con qué coño me estás pegando? —gritó—. ¡Estoy sangrando, chalada!

—Con esto.

Arve Støp notó que le apretaba la nariz y la boca con algo duro.

—Huele —dijo ella—. ¿No te gusta? Es acero y lubricante para armas de fuego. Smith & Wesson. Es un olor que no se parece a ningún otro, ¿verdad? El de la pólvora y la cordita es todavía mejor. Si te da tiempo a olerlo, claro.

«Solo es un juego violento —se dijo Arve Støp—. Un juego de rol». Pero había algo más, en su voz, en toda la situación. Algo que, de repente, le hizo ver todo lo ocurrido desde otro ángulo. Por primera vez en mucho tiempo. Tanto que tuvo que retrotraerse a la infancia; tanto que al principio no reconoció la sensación. Arve Støp se dio cuenta. Tenía miedo.

—¿Estás seguro de que no deberíamos subir un poco la temperatura? —dijo Bjørn Holm tiritando y arrebujándose en la chaqueta de cuero—. Cuando salió el Amazon, se hizo famoso porque tenía una calefacción cojonuda.

Harry negó con la cabeza y miró el reloj. La una y media. Llevaban más de una hora sentados en el coche de Bjørn Holm, delante del apartamento de Katrine. La noche era de un azul grisáceo y las calles estaban vacías.

—Originalmente, era blanco California —dijo Bjørn Holm— Color Volvo número 42. El anterior propietario lo pintó de negro. Ahora se considera un clásico y esas cosas. Solo pago 365 coronas de impuestos de circulación anual.

Una corona al día...

Bjørn Holm se calló cuando vio la mirada de advertencia de Harry y subió el volumen de David Rawlings y Gillian Welch, que era la única música moderna que tenía ganas de oír. La había pasado de un cedé a una casete, no solo para poder reproducirla en el radiocasete que había instalado en el coche, sino porque pertenecía al reducidísimo pero perseverante grupo de melómanos que opinaban que el cedé nunca había logrado reproducir ese sonido único y cálido.

Bjørn Holm sabía que hablaba demasiado porque estaba nervioso. Harry no le había dicho nada, aparte de que iban a comprobar qué tenía que ver Katrine Bratt con un asunto. Y que el día a día de Bjørn Holm sería más fácil si no se enteraba de qué asunto se trataba. Y como la persona pacífica, de talante tranquilo e inteligente que era, Bjørn Holm había intentado no dar la tabarra y buscarse problemas. Pero eso no significaba que le gustara la situación. Miró el reloj.

—Se ha ido a casa de algún tío.

Harry se sobresaltó.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Resulta que no está casada después de todo ¿no es lo que dijiste? Hoy en día, las solteras son como los solteros.

—¿Y eso qué significa?

—Los cuatro pasos. Sal, observa la manada, aisla la presa más débil, abátela.

—Ya. ¿Y tú sigues esos cuatro pasos?

—Los tres primeros —dijo Bjørn Holm, ajustando el espejo retrovisor y atusándose el pelo rojizo—. Esta ciudad está llena de estrechas. —Bjørn Holm había pensado en ponerse gomina, pero le pareció demasiado radical. Por otro lado, quizá fuera necesario. Ir hasta las últimas consecuencias. Ir hasta el final.

—Joder —exclamó Harry—. ¡Joder, joder!

—¿Qué?

—Ducha mojada. Perfume. Rímel. Tienes razón. —El comisario sacó el móvil, marcó rápidamente y obtuvo respuesta de forma casi inmediata.

—¿Gerda Nelvik? Soy Harry Hole. ¿Estáis todavía procesando las pruebas? De acuerdo. ¿Y qué dicen los resultados provisionales?

Bjørn Holm miraba mientras Harry murmuraba dos «ya» y tres «entiendo».

—Gracias —dijo Harry—. Ah, me preguntaba si alguien más de la policía ha llamado antes esta noche preguntando lo mismo. ¿Cómo? Entiendo. Sí, por favor, llámame cuando hayáis terminado del todo.

Harry colgó.

—Ya puedes arrancar —dijo.

Bjørn Holm giró la llave de encendido.

—¿Qué pasa?

—Vamos al Plaza. Katrine Bratt ha llamado antes al Anatómico Forense para saber el resultado de las pruebas de paternidad.

—¿Tan pronto? —Bjørn Holm aceleró y giró a la derecha en dirección a la plaza Schou.

—Toman muestras preliminares que constatan la paternidad con una seguridad del noventa y cinco por ciento. Luego siguen analizando para aumentar la probabilidad hasta un noventa y nueve coma nueve.

—¿Y?

—Hay una certeza del noventa y cinco por ciento de que el padre de las gemelas Ottersen y de Jonas Becker sea Arve Støp.

—¡Coño!

—Y yo creo que Katrine ha seguido tus pasos para las noches de sábado. Y que la presa es Arve Støp.

Harry llamó a la central de operaciones y solicitó refuerzos mientras el viejo motor aullaba en el silencio nocturno de las calles de Grünerløkka. Y cuando pasaron por urgencias, al lado del río Akerselva, y se deslizaron por las vías del tranvía de la calle Storgata, la calefacción despedía un aire muy caliente.

Odin Nakken, periodista del periódico *VG*, pasaba frío en la acera de delante del Plaza y maldecía al mundo entero, a la gente en general y el trabajo en particular. Según constató, los últimos invitados estaban a punto de dejar la fiesta de *Liberal*. Y los últimos eran normalmente los más interesantes, los que podían dar los titulares del día siguiente. Pero se acercaba el *deadline*, el cierre, tenía que irse dentro de cinco minutos. Tenía que ir a la oficina de la calle Akersgata, que se encontraba a una distancia de unos cien metros, y escribir. Hacer la tarea de un redactor adulto, que no tenía ganas de estar a la entrada de una fiesta con la nariz pegada al cristal de la ventana, como un adolescente de catorce años, mirando y esperando a que saliera alguien que le pudiera contar quién había bailado con quién, quién se había liado con quién. Escribir que presentaba su renuncia.

Había oído un par de rumores demasiado fantásticos para no ser verdad, pero naturalmente, no los podían publicar. Existía un límite, y había unas normas no escritas. Unas normas que los periodistas acataban, por lo menos, los de su generación. Total, como si importara.

Odin Nakken miró a su alrededor. Solo unos pocos periodistas y fotógrafos seguían aguantando. Quizá porque su hora de cierre para el material de los famosos era tan tardía como la de su periódico. Un Volvo Amazon se dirigía hacia ellos a gran velocidad, se acercó a la acera y frenó. Un hombre saltó del asiento del copiloto, y Odin Nakken lo reconoció enseguida. Hizo una señal al fotógrafo y fueron corriendo detrás del agente que se encaminaba a la puerta.



—Harry Hole. —Nakken jadeaba cuando lo alcanzó—. ¿Qué hace la policía aquí?

El agente de policía se volvió hacia él con los ojos enrojecidos.

—Voy de fiesta, Nakken. ¿Dónde está la juerga?

—En la sala « Sonia Henie », en el segundo piso. Pero me temo que ya ha terminado.

—Ya. ¿Has visto a Arve Støp?

—Støp se fue pronto a casa. ¿Puedo preguntar qué quieres de él?

—No. ¿Se fue solo?

—Aparentemente.

El comisario se detuvo de pronto y se volvió hacia él.

—¿Qué quieres decir?

Odin Nakken ladeó la cabeza. No tenía ni idea de lo que pasaba, pero no dudaba de que se estaba cociendo algo.

—Corre el rumor de que estaba negociando con una tía bastante buena. Con el coño en los ojos. Nada que podamos imprimir, por desgracia.

—¿Y qué más? —gruñó el comisario.

—Una mujer que se correspondía con esa descripción dejó la fiesta veinte minutos después que Støp. Cogió un taxi.

Hole empezó a volver sobre sus pasos enseguida. Odin lo iba siguiendo.

—¿Y no la seguiste, Nakken?

Odin Nakken obvió el sarcasmo, no le preocupaba. Ya no.

—No era ninguna famosa, Hole. Un famoso que se folla a una que no es famosa no es noticia, a ver si me explico. A no ser que la tía quiera hablar, por supuesto. Y esta simplemente desapareció.

—¿Qué pinta tenía?

—Delgada, morena. Guapa.

—¿Cómo iba vestida?

—Con un abrigo largo de cuero negro.

—Gracias. —Hole saltó al asiento del copiloto del Amazon.

—Oye —gritó Nakken—, ¿qué me das a cambio?

—Que vas a dormir mejor sabiendo que has contribuido a hacer la ciudad más segura.

Odin Nakken contempló con gesto airado cómo el viejo coche pintado como los de carreras desaparecía con una ronca carcajada. Era hora de seguir. Hora de redactar esa renuncia. Era hora de ser adulto.

—*Deadline* —dijo el fotógrafo—. Tenemos que irnos a hacer esa mierda de trabajo.

Odin Nakken suspiró resignado.

Arve Støp miraba a la oscuridad del interior de la máscara y se preguntaba qué estaría haciendo ella. Lo había arrastrado hasta el baño por las esposas, apuntándole en las costillas con lo que según ella era un revólver, y le había ordenado que se metiese en la bañera. ¿Dónde estaba? Contuvo la respiración y oyó latir su propio corazón y un zumbido chisporroteante y eléctrico. ¿Serían los tubos fluorescentes que se estaban fundiendo? La sangre de la sien le había llegado hasta la comisura de los labios, notaba el sabor metálico y dulce en la punta de la lengua.

—¿Dónde estuviste la noche que Birte Becker desapareció? —La voz venía de la ducha.

—Aquí, en el piso —contestó Støp mientras intentaba pensar. Había dicho que trabajaba en la policía, y en ese momento recordó dónde la había visto antes, en la pista de *curling*.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Y la noche que asesinaron a Sylvia Ottersen?

—Lo mismo.

—¿Solo toda la noche sin hablar con nadie?

—Sí.

—¿Así que no tienes ninguna coartada?

—Te digo que estuve aquí.

—Bien.

« ¡¿Bien?! » , pensó Arve Støp. ¿Por qué estaba bien no tener coartada? ¿Qué quería? ¿Forzarlo a confesar? ¿Y por qué parecía que el zumbido eléctrico sonara más fuerte y más cerca?

—Túmbate —dijo ella.

Hizo lo que le ordenaba y sintió el escozor del esmalte helado de la bañera en la piel de la espalda y los muslos. Se le había condensado el aliento dentro de la máscara, que se había mojado, y le dificultaba aún más la respiración. Allí estaba la voz otra vez, ahora muy cerca:

—¿Cómo quieres morir?

—¿Morir? —Estaba loca. Loca de remate. ¿O no lo estaba? Se dijo a sí mismo que debía mantener la cabeza fría, que ella solo intentaba asustarlo. ¿Estaría Harry Hole detrás de esto, habría subestimado a aquel policía alcohólico? Pero ahora estaba tiritando, le temblaba tanto todo el cuerpo que podía oír el reloj Tag Heuer tintinear contra el esmalte, como si el cuerpo hubiese entendido lo que el cerebro se resistía a aceptar. Frotó el codo con el fondo de la bañera. Intentó enderezar la máscara de cerdo para poder ver a través de los pequeños agujeros. Iba a morir.

Por eso lo había colocado en la bañera. Para que no hubiese tanta suciedad, para poder eliminar todos los rastros rápidamente. « ¡Tonterías! Eres Arve Støp y ella es de la policía. No saben nada» .

—Bueno —dijo ella—. Levanta la cabeza.

La máscara. Por fin. Hizo lo que le mandaba, notó cómo le tocaba la frente y el cogote, pero sin soltar la máscara. Y las manos desaparecieron. Algo delgado y duro le apretaba el cuello. ¿Qué coño? ¡Un lazo!

—No... —empezó a decir, pero se le cortó la voz cuando el lazo le presionó la tráquea. Las esposas tintineaban y arañaban el fondo de la bañera.

—Las mataste a todas —dijo ella, y tensó el lazo un poco más—. Eres el Muñeco de Nieve, Arve Støp.

Ya estaba. Lo había dicho en voz alta. La falta de riego en el cerebro le hacía sentirse mareado. Negó enérgicamente con la cabeza.

—Sí —dijo ella, y le pareció que le iba a cortar la cabeza cuando dio un tirón —. Acabas de recibir el título.

La oscuridad no tardó en llegar. Levantó el pie y lo dejó caer, dio un golpe con el talón en la bañera. Se produjo un estruendo hueco.

—¿Has notado esa sensación efervescente, Støp? Es el cerebro, que no recibe oxígeno suficiente. Bastante agradable, ¿verdad? El que fue mi marido solía hacerse una paja mientras yo fingía estrangularlo.

Intentó gritar, intentó que el poco aire que le quedaba en el cuerpo se abriese camino quebrantando la fuerte resistencia del lazo, pero era imposible. Dios mío, ¿ni siquiera quería que confesara? Y lo notó. Un ligero zumbido en el cerebro, como burbujas chispeantes de champán. ¿Así iba a ser, tan sencillo? Él no quería que fuese sencillo.

—Te voy a colgar en el salón —le dijo la voz al oído mientras una mano le acariciaba la cabeza—. Con la cara mirando al fiordo. Para que tengas vistas.

Oyó un pitido débil, como la alarma de los monitores cardíacos de las películas, pensó. Cuando los picos se aplanan del todo y el corazón ha dejado de latir.

Día 19

El silencio

Harry tocó el timbre de Arve Støp otra vez.

Un cazador nocturno sin presa cruzaba el puente del canal y miraba el Amazon negro que estaba en medio de la plaza de Aker Brygge, donde estaba prohibido aparcar.

—Me imagino que no abrirá si tiene visita femenina —dijo Bjørn Holm y miró hacia arriba, a la puerta de tres metros de altura.

Harry llamó a los otros timbres.

—Esos son todos de oficinas —dijo Bjørn Holm—. Støp vive solo en el último piso, lo he leído.

Harry miró a su alrededor.

—No —dijo Holm, que comprendió lo que estaba pensando—. Una palanqueta no sirve. Y ese cristal es irrompible. Tendremos que esperar a que el portero...

Harry volvió al coche. Y esta vez Holm no logró seguir los pensamientos del comisario. Hasta que lo vio sentarse al volante y recordó que las llaves todavía estaban puestas.

—¡No, Harry! ¡No! No...

El rugido del motor ahogó el resto de sus palabras. Las ruedas patinaron en las losas, resbaladizas por la lluvia, antes de conseguir agarrarse. Bjørn Holm se puso en medio de la calle agitando los brazos, pero alcanzó a captar la mirada del comisario detrás del volante y se echó a un lado. El parachoques del Amazon se estrelló contra la puerta produciendo un ruido sordo. El cristal se hizo añicos blancos que quedaron colgando silenciosamente en el aire para caer enseguida al suelo tintineando. Y antes de que Bjørn pudiera hacerse una idea de los daños, Harry había salido del coche y entraba por la puerta, ahora sin cristal.

Bjørn corrió detrás maldiciendo desesperado. Harry cogió una de las grandes macetas con palmeras tan altas como un hombre, la arrastró hasta el ascensor y lo llamó. Cuando las puertas de acero reluciente se separaron, puso la maceta entre ellas y señaló una puerta blanca con el letrero de « Salida ».

—Si subes por esa escalera mientras yo voy por la principal, cubriremos todas las posibilidades de retirada. Nos vemos en el séptimo piso, Holm.

Bjørn Holm no había llegado al tercer piso de la estrecha escalera de hierro cuando ya iba empapado de sudor. No tenía ni el cuerpo ni la cabeza preparados para aquello. ¡Joder, él era técnico criminalista! Le gustaba reconstruir el drama, no constituirlo.

Se detuvo un momento. Pero el eco moribundo de sus pasos y su propio jadeo era cuanto se oía. ¿Qué debía hacer si se encontraba con alguien? Cuando se vieron en la calle Seilduksgata, Harry le dijo que cogiera el arma, pero ¿debía usarla? ¿Era eso lo que quería decir? Bjørn se agarró a la barandilla y empezó a correr otra vez. ¿Qué habría hecho Hank Williams? Enterrar la cabeza en una copa. ¿Y Sid Vicious? Hacerle un corte de mangas y salir corriendo. ¿Y Elvis? Elvis. Elvis Presley. Eso es. Bjørn Holm buscó el revólver.

La escalera se acabó. Abrió la puerta y allí, al final del pasillo, estaba Harry con la espalda apoyada en la pared, junto a una puerta marrón. Tenía el revólver en una mano y la otra en alto. Se llevó el dedo índice a los labios mirando a Bjørn, y señaló la puerta. Estaba entreabierta.

—Iremos habitación por habitación —susurró Harry cuando Bjørn llegó hasta donde él estaba—. Tú las de la izquierda. Yo las de la derecha. A la misma velocidad, espalda contra espalda. Acuérdate de respirar.

—¡Espera! —susurró Bjørn—. ¿Y si está Katrine?

Harry lo miró y esperó.

—Quiero decir... —prosiguió Bjørn, intentando averiguar lo que pensaba—. En el peor de los casos, ¿le pego un tiro a... una colega?

—En el peor de los casos... —dijo Harry—... una colega te pegará un tiro a ti. ¿Listo?

El joven técnico criminalista de Skreia asintió y se prometió que aquello saldría bien, y que también probaría la gomina para el pelo, qué coño. Harry abrió la puerta silenciosamente con el pie y entró. Enseguida notó la corriente de aire. La primera puerta de la derecha estaba en un extremo del pasillo. Sujetó el picaporte con la mano izquierda mientras apuntaba con el revólver. Abrió la puerta y entró. Era un despacho. Vacío. Encima del escritorio colgaba un mapa grande de Noruega claveteado con chinchetas.

Harry salió al pasillo, donde lo esperaba Holm, y le indicó con gestos que mantuviese el revólver levantado todo el tiempo.

Siguieron avanzando hacia el interior del piso.

La cocina, la biblioteca, el cuarto de gimnasia, el comedor, el jardín interior, el cuarto de invitados. Todo vacío.

Harry notó cómo bajaba la temperatura. Y cuando llegaron al salón, vio por qué. La puerta corredera que daba a la terraza y la piscina estaba abierta, y las cortinas se movían inquietas al soplo del aire. A cada lado del salón había un pequeño pasillo que conducía a una serie de puertas. Le indicó a Holm que se hiciese cargo de la puerta de la derecha, mientras que él se colocaba delante de la otra.

Harry tomó aire, se encogió para convertirse en un blanco lo más pequeño posible, y abrió.

En la oscuridad vislumbró una cama, sábanas blancas y algo que podía ser un

cuerpo. Con la mano izquierda buscó a tientas el interruptor de la luz en la pared.

—¡Harry!

Era Holm.

—¡Ven aquí, Harry!

La voz de Holm sonaba alteradísima, pero Harry no le hizo caso y se concentró en la oscuridad que tenía delante. Dio con el interruptor y la luz de los focos bañó el dormitorio al instante. Estaba vacío. Harry comprobó los armarios antes de salir. Holm estaba delante de la puerta con el revólver apuntando al interior de la habitación. Harry se le acercó.

—No se mueve —susurró Holm—. Está muerto. Está...

—Entonces no hacía falta que gritaras —dijo Harry, y fue hacia la bañera, se inclinó sobre el hombre desnudo y le quitó la máscara de cerdo. Una fina raya roja le rodeaba el cuello, tenía la cara pálida e hinchada y los ojos desorbitados. Arve Støp estaba irreconocible.

—Llamaré a la Científica —dijo Holm.

—Espera. —Harry puso la mano delante de la boca de Støp. Cogió al redactor por el hombro y lo zarandó.

—¿Qué haces?

Harry lo zarandó más fuerte.

Bjørn le puso a Harry la mano en el hombro.

—Pero, Harry, no ves...

Holm se sobresaltó. Støp había abierto los ojos. Y empezó a respirar profunda y dolorosamente, entre estertores, como un buzo cuando rompe la superficie del agua.

—¿Dónde está? —dijo Harry.

Støp meneó la cabeza mientras miraba fijamente a Harry con las pupilas negras y dilatadas por el pánico.

—¿Dónde está? —repitió Harry.

Støp era incapaz de enfocar la vista y de su boca entreabierta solo surgían jadeos entrecortados.

—Espera aquí, Holm.

Holm asintió con la cabeza mientras veía a su colega entrar en el baño.

Harry estaba junto a la baranda de la terraza de Arve Støp. Veinticinco metros por debajo de él brillaba el agua negra del canal. A la luz de la luna pudo ver la escultura de la mujer con los zancos en el agua y el puente vacío. Y allí... Algo reluciente que flotaba en la superficie, como el vientre de un pez muerto. La espalda de un abrigo de piel negro. Había saltado. Desde el séptimo piso.

Harry se subió al borde de la terraza, se quedó de pie entre dos jardineras vacías. Una imagen le pasó fugaz por la cabeza. Fue en Østmarka, y Øystein, que

se tiró de cabeza al lago de Hauktjern desde la ladera de la montaña. Harry y Tresko, que lo arrastraron hasta tierra firme. Øystein en la cama del Rikshospitalet con algo parecido a un andamio alrededor del cuello. De aquello aprendió Harry que, desde una gran altura había que saltar, no tirarse de cabeza. Y acordarse de pegar los brazos al cuerpo para no fracturarse la clavícula. Pero más que nada, había que decidirse sin mirar abajo y saltar antes de que el miedo atendiese a los argumentos de la razón. Por eso, la chaqueta de Harry cayó al suelo de la terraza con un ruido suave mientras él ya se encontraba en el aire y notaba cómo le pitaban los oídos. La superficie negra del agua se acercaba vertiginosamente. Negra como el asfalto.

Juntó los talones y al momento siguiente sintió como si le sacasen el aire y una mano grande intentara arrancarle la ropa, y desaparecieron todos los sonidos. Luego llegó el frío paralizador. Pataleó y subió a la superficie. Se orientó, puso rumbo al abrigo y empezó a nadar. Ya había empezado a perder la sensibilidad en los pies y sabía que solo tenía un par de minutos antes de que el cuerpo dejara de responderle a esa temperatura. Pero también sabía que si el acto reflejo de la laringe de Katrine funcionaba y se cerraba al entrar en contacto con el agua, ese enfriamiento repentino sería lo que la salvaría, lo que pararía de golpe el metabolismo y pondría células y órganos en modo de hibernación, consiguiendo que las funciones vitales continuaran haciendo su trabajo con un mínimo de oxígeno.

Harry dio una patada y se deslizó a través del agua gruesa y pesada hacia el cuero brillante.

La alcanzó y la agarró.

Lo primero que pensó inconscientemente fue que Katrine ya se había ido al otro mundo, devorada por los demonios. Porque solo quedaba el abrigo.

Harry soltó una maldición y dio la vuelta en el agua, miró hacia la terraza. Siguió el borde hacia el alero, las chimeneas de metal y los techos inclinados que llevaban hacia el otro lado del edificio, hacia otros edificios, otras terrazas y multitud de escaleras de incendios y salidas de emergencia a lo largo del laberinto de fachadas de Aker Brygge. Iba hendiendo el agua con las pantorrillas y ya insensibles, mientras constataba que Katrine ni siquiera lo había subestimado, que él se había dejado engañar por uno de los trucos más baratos del manual. Y durante un momento de locura valoró la muerte por ahogamiento, que, según decían, es agradable.

Eran las cuatro de la madrugada y sobre la cama, delante de Harry, tiritaba Arve Støp en albornoz. Se diría que le hubieran absorbido el bronceado de la cara, y se lo veía tan encogido que parecía un anciano. Sin embargo, las pupilas habían recuperado el tamaño normal.

Harry se había dado una ducha caliente y estaba sentado en una silla vestido con un jersey de Holm y un pantalón de chándal que le había prestado Støp. En el salón oían a Bjørn Holm, que trataba de organizar por el móvil la búsqueda de Katrine Bratt. Harry le dijo que se pusiera en contacto con la central de operaciones para que cursaran la orden de búsqueda protocolaria a la policía del aeropuerto de Gardermoen, por si intentaba coger uno de los vuelos de la mañana, y al grupo de operaciones especiales Delta para que se ocupase de ir a su apartamento, aunque Harry estaba bastante seguro de que no la encontrarían allí.

—Así que no crees que esto haya sido un juego sexual, sino que Katrine Bratt intentó matarte, ¿no es eso? —dijo Harry.

—¿Que si lo creo? —dijo Støp castañeteando los dientes—. ¡Ha estado a punto de estrangularme!

—Humm. ¿Y te preguntó si tenías coartada para las horas en que se cometieron los homicidios?

—Por tercera vez, ¡sí!

—¿Así que ella cree que eres el Muñeco de Nieve?

—Quién coño sabe lo que ella cree, es obvio que esa tía está loca de remate.

—Puede ser —dijo Harry—. Pero eso no resta interés a la idea.

—¿Y qué idea es esa, si puede saberse? —Støp miró el reloj.

Harry sabía que Krohn, el abogado, estaba en camino, y que le prohibiría que hablara con Støp en cuanto llegase. Harry tomó una decisión y se inclinó hacia delante:

—Sabemos que eres el padre de Jonas Becker y de las gemelas de Sylvia Ottersen.

Støp levantó la cabeza. Harry sabía que tenía que arriesgarse.

—Idar Vetlesen era la única persona que estaba al corriente. Tú lo enviaste a Suiza para que asistiera a un curso sobre el síndrome de Fahr, ¿verdad? Una enfermedad que tú has heredado.

Harry comprendió que había dado en el blanco en cuanto vio que a Støp volían a dilatársele las pupilas.

—Apuesto a que Vetlesen te habló de la presión a que lo sometimos —siguió Harry—. Tal vez temías que se fuera de la lengua. O quizá se aprovechó de la situación y te estaba pidiendo algún favor a cambio. Dinero, por ejemplo.

El editor de *Liberal* miró incrédulo a Harry y negó con la cabeza.

—En cualquier caso, Støp, es obvio que te diste cuenta de que tenías mucho que perder si salía a la luz quién era el verdadero padre de esos niños. Lo cual te da un móvil suficiente para matar a las únicas personas que podían desvelarlo todo: las madres de esos niños e Idar Vetlesen. Es correcto, ¿verdad?

—Yo... —Støp tenía la mirada perdida.

—¿Sí...?



—Yo... no tengo nada más que decir. —Støp se inclinó hacia delante y se cubrió la cara con las manos—. Habla con Krohn.

—De acuerdo —dijo Harry. No disponía de mucho tiempo. Pero tenía una última carta. Una muy buena—. Se lo contaré a ellos.

Harry esperó. Støp seguía inclinado e inmóvil. Al final, levantó la cabeza.

—¿A quiénes?

—A la prensa, por supuesto —dijo Harry sin darle importancia—. Tengo motivos para sospechar que nos harán muchas preguntas, ¿no crees? Esto es lo que vosotros llamáis una noticia bomba, ¿no?

A juzgar por su mirada, Støp iba comprendiendo la situación.

—¿Cómo? —preguntó, aunque por el tono de voz, cabía suponer que ya conocía la respuesta.

—Un famoso cree haber seducido a una mujer joven para que vaya a su casa, cuando en realidad es al revés —dijo Harry, estudiando el cuadro de la pared que había detrás de Støp. Parecía representar una mujer desnuda que hacía equilibrios en una cuerda—. Lo convence de que se ponga una máscara de cerdo creyendo que se trata de un juego sexual, y así lo encuentra la policía, desnudo y llorando en la bañera.

—¡No puedes contar eso! —exclamó Støp—. Eso... eso es quebrantar el secreto profesional.

—Bueno —dijo Harry—. Puede que rompa la imagen que tú has construido, Støp. Pero no va contra ninguna forma de secreto profesional. Más bien todo lo contrario.

—¿Todo lo contrario? —Støp preguntó casi a gritos. Ya no le castañeteaban los dientes y estaba recuperando el color de las mejillas.

Harry carraspeó.

—«El único capital de la revista y su medio de producción es mi integridad personal». —Harry guardó silencio hasta que comprobó que Støp reconocía sus propias palabras—. Y como policía eso significa, entre otras cosas, mantener al público informado en la medida en que dicha información no perjudique la investigación. Y en este caso, no la perjudica en absoluto.

—No puedes hacer eso —dijo Støp.

—Sí que puedo, y pienso hacerlo.

—Eso... eso me hundirá.

—¿Más o menos de la misma manera que *Liberal* hunde a una persona por semana en su página principal?

Støp abrió y cerró la boca como un pez de acuario.

—Pero, por supuesto —dijo Harry—, incluso para los hombres con integridad personal existen los términos medios.

Støp se quedó mirando a Harry un buen rato.

—Espero que comprendas —dijo Harry chasqueando los labios, como

queriendo recordar las palabras exactas— que yo, como policía, tengo el deber de aprovechar la situación.

Støp asintió lentamente con la cabeza.

—Empezaremos por Birte Becker —dijo Harry—. ¿Cómo la conociste?

—Creo que esto se acaba aquí —dijo una voz.

Se volvieron hacia la puerta. Al parecer, a Johan Krohn le había dado tiempo de ducharse, afeitarse y plancharse la camisa.

—De acuerdo —dijo Harry encogiéndose de hombros—. ¡Holm!

La cara pecosa de Bjørn Holm apareció en el umbral de la puerta detrás de Krohn.

—Llama a Odin Nakken, del periódico *VG* —dijo Harry dirigiéndose a Støp—. ¿Te parece bien si te traigo la ropa más tarde?

—Espera —dijo Støp.

Todo quedó en silencio mientras Arve Støp levantaba ambas manos y se frotaba la frente, como para poner en funcionamiento la circulación sanguínea.

—Johan —dijo al final—. Será mejor que te vayas. Me encargo de esto yo solo.

—Arve —dijo el abogado—, no creo que debas...

—Vete a casa a dormir, Johan. Te llamo después.

—Como abogado tuyo, tengo que...

—Como abogado mío, lo que tienes que hacer es callarte e irte, Johan. ¿Entendido?

Johan Krohn se irguió, movilizó las reliquias de su dignidad profesional herida, pero cambió de idea al ver la expresión en la cara de Støp. Hizo un gesto de asentimiento rápido, se dio la vuelta y se fue.

—¿Dónde estábamos? —dijo Støp.

—Al principio —dijo Harry.

Día 20

El principio

Arve Støp vio a Birte Becker por primera vez en Oslo un frío día de invierno, durante una conferencia que una empresa de eventos le había encargado que dictara en el Sentrum Auditorium. Era un seminario de motivación al que las empresas enviaban a los trabajadores más quemados para que recargaran las baterías, lo que implicaba la asistencia a ponencias que los motivaran para trabajar todavía más. La experiencia le decía a Arve Støp que la mayoría de los conferenciantes de ese tipo de seminarios era gente de negocios que había tenido cierto éxito con una idea no particularmente original. Deportistas con una medalla de oro de un campeonato muy importante en un deporte minoritario o escaladores que habían convertido en su medio de vida el hecho de subir montañas y luego bajar para contarlo. Lo que tenían en común era la convicción de que su éxito se basaba en que poseían una voluntad y una moral muy singulares. Estaban motivados. Se suponía que eso tenía que ser motivación.

Arve Støp era el último del programa, ese era siempre su requisito para participar. De manera que podía empezar poniendo verdes a los otros conferenciantes tachándolos de narcisistas codiciosos, y dividirlos en tres categorías para terminar afirmando que él pertenecía a la primera: había alcanzado el éxito con una idea de negocio no demasiado original. El dinero empleado en aquel día de motivación era dinero perdido, la mayoría de los que estaban en la sala no llegarían nunca muy lejos porque eran tan afortunados que no sentían la misma necesidad patológica de reconocimiento que los que se encontraban en el estrado. Incluido él mismo. Una condición que, según dijo, se debía a que su padre no se preocupaba mucho por él cuando era niño. Así que tuvo que buscar el amor y la admiración de otras personas y, por tanto, debería haber sido actor o músico, si hubiera tenido algún talento para ello.

A esas alturas del discurso, la incredulidad del público se había transformado en risas. Y en simpatía. Y Støp sabía que terminaría por convertirse en admiración. Porque allí estaba, rutilando. Y rutilaba porque tanto él como todos los demás sabían que podían decir cualquier cosa, que sería un éxito de todos modos, y contra el éxito no se puede argumentar, ni siquiera contra el propio. Subrayó la suerte como el factor más importante del éxito, trivializó su propio talento e insistió en que la incompetencia general y la pereza reinantes en la vida económica noruega contribuían a que incluso los mediocres tuvieran éxito.

El público se puso en pie para aplaudirle.

Y él sonrió mientras clavaba la mirada en la belleza morena de la primera

fila, que resultaría ser Birte. Se había fijado en ella nada más entrar. Era consciente de que la combinación de piernas largas y pechos grandes a menudo significaba implantes de silicona, pero Støp no era contrario al embellecimiento artificial del cuerpo femenino. Esmalte de uñas, silicona, ¿cuál era la diferencia? Mientras aún resonaban los aplausos, sencillamente, bajó del escenario y recorrió las butacas de la primera fila y empezó a estrechar las manos de los oyentes. Era un gesto bastante idiota, algo que podía permitirse un presidente norteamericano, pero a él le importaba una mierda, una verdadera mierda, le encantaba escandalizar, tan ricamente. Se paró delante de la mujer morena, que lo miró con las mejillas vivamente encendidas. Cuando le dio la mano, ella inclinó la cabeza, como si fuera la Familia Real, y él notó las esquinas duras de su tarjeta de visita en la palma de la mano que le estaba estrechando. Ella se fijó en si llevaba alianza.

Llevaba un anillo desgastado. Y tenía la mano delgada y pálida, pero sujetó la suya con una fuerza sorprendente.

—Sylvia Ottersen —dijo con una sonrisa ridícula—. Soy una gran admiradora tuya, por eso quería saludarte.

Fue así como conoció a Sylvia Ottersen, en la tienda Taste of Africa, en Oslo, un caluroso día de verano. Tenía un aspecto corriente, pero estaba casada.

Arve Støp levantó la vista, miró las máscaras africanas y preguntó algo para no hacer la situación más embarazosa. No es que a él se lo pareciera, pero se dio cuenta de que la mujer que estaba a su lado se había puesto rígida cuando Sylvia Ottersen le dio la mano. Se llamaba Marita. No, era Marite. Era ella quien había insistido en llevarlo allí para enseñarle unos cojines de piel de cebra que Marite, ¿o era Marita?, se empeñaba en que debía comprar para la cama de la que acababan de levantarse y cuyas sábanas ahora estaban llenas de pelos largos y rubios. Støp se recordó a sí mismo que tenía que acordarse de eliminarlos.

—De cebra no nos quedan —dijo Sylvia Ottersen—. ¿Pero qué os parecen estos?

Se dirigió a una repisa que había junto a la ventana, la luz diurna se vertía sobre la espalda y el trasero, y él pensó que no estaba nada mal. Pero tenía el pelo de color castaño corriente, ralo y muerto.

—¿Qué es? —preguntó la mujer cuyo nombre empezaba por «M».

—Una imitación de piel de ñu.

—¿Imitación de ñu? —M resopló apartándose el brillante pelo rubio que le caía por encima del hombro—. Entonces esperaremos a que os lleguen las de cebra.

—La de cebra también es de imitación —dijo Sylvia, y sonrió como se sonríe a los niños cuando hay que explicarles que la luna, después de todo, no está hecha

de queso.

—Bueno —dijo M sonriendo ariscamente con la boca pintada de rojo, y se cogió del brazo de Arve—. Gracias de todos modos.

A él no le había gustado la idea de M de salir y que los vieran juntos en público, y menos aún le gustaba cómo lo agarraba del brazo. Y puede que ella se diera cuenta de su malestar porque, una vez fuera, lo soltó. Él miró el reloj.

—Vaya —dijo—. Tengo una reunión.

—¿No almorzamos? —Ella lo miró con una expresión de sorpresa con la que logró disimular lo herida que se sentía.

—Ya te llamaré —dijo él.

Lo llamó ella. Solo habían transcurrido treinta minutos desde que salió del Sentrum e iba en un taxi, detrás de una quitanieves que retiraba la nieve sucia amontonándola a ambos lados de la calle.

—Estaba sentada justo enfrente de ti —dijo ella—. Solo quería darte las gracias por la conferencia.

—Espero que no se notara demasiado que te estaba mirando —gritó encantado por encima del ruido chirriante del hierro en el asfalto.

Ella rio bajito.

—¿Tienes planes para esta noche? —preguntó él.

—Bueno —dijo ella—, nada que no se pueda cambiar...

Una voz maravillosa. Palabras maravillosas.

Durante el resto de la tarde estuvo pensando en ella, fantaseando con follársela encima de la cómoda de la entrada, de verla dar con la nuca en la pintura de Gerhard Richter que había comprado en Berlín. Y pensó que eso siempre era lo mejor: la espera.

Ella llamó al interfono a las ocho. Él la esperaba en la puerta. Oyó los ecos del chasquido mecánico del ascensor, como los que hace un arma cuando se carga. Un zumbido que ascendía. La sangre le latía en la polla.

Y allí estaba. Se quedó como si le hubieran dado una bofetada.

—¿Y tú quién eres? —preguntó.

—Stine —dijo la mujer, con la turbación plasmada en su cara rolliza—. He llamado...

La miró de arriba abajo y consideró por un momento la posibilidad, porque de vez en cuando lo ordinario y poco atractivo lo ponía cachondo. Pero notó que se le bajaba la erección y desechó la idea.

—Siento no haber tenido tiempo de avisarte —dijo él—. Me han llamado para asistir a una reunión.

—¿Una reunión? —dijo ella sin poder ocultar lo ofendida que se sentía.

—Una reunión de urgencia. Ya te llamaré.

Él se quedó de pie en la entrada y oyó cerrarse y abrirse las puertas del ascensor. Luego se echó a reír. Siguió riendo hasta que se dio cuenta de que, probablemente, no volvería a ver nunca a la belleza morena de la primera fila.

La volvió a ver una hora más tarde. Había almorzado solo en Bar og Restaurant, se había comprado un traje en Kamikaze, que se puso allí mismo, y había pasado dos veces por Taste of Africa, que estaba a la sombra, resguardada del intenso calor del sol. La tercera vez entró.

—¿Ya de vuelta? —dijo Sylvia Ottersen sonriendo.

Igual que una hora antes, estaba sola en la tienda fresca y penumbrosa.

—Me gustaban los cojines —dijo él.

—Sí, están muy bien —dijo ella, pasando la mano sobre la imitación de piel de ñu.

—¿Tienes algo más que enseñarme? —preguntó él.

Ella se puso una mano en la cadera yladeó un poco la cabeza. « Lo sabe — pensó él—. Lo huele» .

—Depende de lo que quieras ver —dijo ella.

Notó cómo le temblaba la voz al contestar:

—Me gustaría verte el coño.

Dejó que se la follara en la trastienda, y ni siquiera se molestó en cerrar la puerta con llave.

Arve Støp se corrió casi enseguida. A veces lo ordinario y poco atractivo lo ponía condenadamente cachondo.

—Mi marido trabaja en la tienda los martes y los miércoles —dijo ella cuando él ya se iba—. ¿El jueves?

—A lo mejor —dijo él y vio que el traje de Kamikaze tenía una mancha.

La nieve se arremolinaba con desesperación entre los edificios de oficinas de Aker Brygge cuando Birte llamó.

Dijo que suponía que le había dado la tarjeta de visita para que se pusiese en contacto con él.

Arve Støp se preguntaba a veces por qué necesitaba a esas mujeres, esa clase de chutes, esos polvos que, en realidad, no eran otra cosa que ceremoniosos rituales de rendición. ¿No había logrado suficientes conquistas a lo largo de su vida? ¿Sería el miedo a envejecer? ¿Acaso creía que al bañarse en las aguas de aquellas mujeres podía robarles algo de su juventud? ¿Y por qué esa prisa, esa velocidad frenética? ¿Sería tal vez porque era consciente de su enfermedad, y de que pronto dejaría de ser el que aún era? Él no conocía las respuestas, y además, ¿de qué le valdrían? Esa misma noche oyó los gemidos de Birte, profundos como

los de un hombre, mientras daba con la nuca en el cuadro de Gerhard Richter que había comprado en Berlín.

Arve Støp eyaculó su semen infectado en el momento en que la campanilla de la puerta de entrada avisaba irritante de que alguien acababa de entrar en Taste of Africa. Intentó liberarse, pero Sylvia Ottersen se rio burlonamente y le agarró las nalgas con más fuerza. Se soltó y se subió los pantalones. Sylvia se bajó del mostrador, se ajustó la falda veraniega y dobló la esquina para atender al cliente. Arve Støp se fue rápidamente hacia las estanterías llenas de objetos, y allí se abotonó el pantalón de espaldas al local. Oyó una voz de hombre que se disculpaba por llegar un poco tarde, que había sido difícil encontrar aparcamiento. Y a Sylvia decir en tono seco que podría habérselo imaginado, al fin y al cabo, se habían acabado las vacaciones. Que ella llegaba tarde a la cita con su hermana y que él tendría que hacerse cargo del cliente.

Arve Støp oyó una voz de hombre a su espalda:

—¿En qué puedo ayudarte?

Se volvió y vio a un hombre muy delgado con unos ojos más grandes de lo normal detrás de unas gafas redondas, camisa de franela y un cuello que le hizo pensar en una cigüeña.

Miró por encima del hombro del hombre y tuvo tiempo de ver a Sylvia salir por la puerta, el borde de la falda subido, un hilillo de fluidos bajándole por la corva. Y se dio cuenta de que ella sabía que aquel espantapájaros que, supuso, era su marido, llegaría a esa hora más o menos. Que ella quería que los sorprendiera.

—Gracias, ya tengo lo que quería —dijo dirigiéndose a la puerta.

Arve Støp había intentado imaginarse alguna vez cómo reaccionaría si alguna le dijera que la había dejado embarazada. Si insistiría en que abortase o en que tuviese el niño. Lo único que sabía seguro era que insistiría en alguna de las dos opciones, dejar que otros decidieran no iba con su carácter.

Birte Becker le dijo que no era preciso que usaran anticonceptivos ya que ella no podía tener hijos. Cuando, tres meses y seis polvos después, le comunicó radiante de alegría que, a pesar de todo, sí que podía tener hijos, comprendió enseguida que ella tendría el niño. Y él reaccionó con pánico, insistiendo en todo lo contrario.

—Tengo los mejores contactos —dijo—. En Suiza. Nadie sabrá nada.

—Esta es mi oportunidad de ser madre, Arve. El médico dice que es un milagro que, seguramente, no volverá a repetirse.

—En ese caso no quiero volver a verte, ni a ti ni al niño. ¿Entiendes?

—El niño necesita un padre, Arve. Y un hogar estable.

—Pues aquí no encontrarás ninguna de las dos cosas. Soy portador de una enfermedad hereditaria horrible. ¿Comprendes?

Birte Becker lo comprendió. Y como era una chica sencilla, pero lista, con un padre alcohólico y una madre neurótica, y hacía mucho que estaba acostumbrada a cuidar de sí misma, hizo lo que tenía que hacer. Procurarse un padre y un hogar estable para su hijo.

Filip Becker no podía creer que aquella mujer tan guapa, a la que había cortejado de forma tan persistente como infructuosa, cediera de pronto y quisiera estar con él. Y como no se lo podía creer, ya estaba sembrada la semilla de la sospecha. Pero cuando ella le comunicó que se había quedado embarazada tan solo una semana después de haberse entregado a él, la semilla quedó sepultada para siempre.

Cuando Birte llamó a Arve Støp para contarle que Jonas había nacido y que se parecía mucho a él, Arve se quedó de pie con el auricular pegado a la oreja mirando al vacío. Luego le pidió una foto. La recibió por correo. Dos semanas después, tal y como habían acordado, ella se sentó en una cafetería con Jonas en el regazo y el anillo de casada en el dedo, mientras Arve fingía leer el periódico en la mesa de al lado.

Arve se pasó la noche dando vueltas en la cama sin poder dormir pensando en su enfermedad.

Tendría que comentarlo discretamente con un médico en el que pudiera confiar, con uno que mantuviera la boca cerrada. Tendría que ser ese cobista pusilánime y necio, Idar Vetlesen, el cirujano del club de *curling*.

Se puso en contacto con Vetlesen, que trabajaba en la Clínica Marienlyst. El pusilánime aceptó el encargo y el dinero, y se fue a un seminario pagado por Støp en Ginebra, donde los mejores expertos de Europa en el síndrome de Fahr se reunían anualmente para asistir a un curso y presentar los deprimentes resultados de sus últimas investigaciones.

El primer análisis de Jonas no indicó nada anormal pero, pese a la insistencia de Vetlesen en que los síntomas no aparecían normalmente hasta bien entrada la edad adulta —el propio Arve Støp no había advertido ningún síntoma hasta que cumplió los cuarenta— Støp se empeñó en que le hiciera pruebas al niño una vez al año.

Habían pasado dos años desde que vio chorrear su semen por la pierna de Sylvia Ottersen, poco antes de que ella saliera de la tienda y de la vida de Arve Støp. Simplemente, no había vuelto a llamarla, ni ella lo llamó a él. Hasta mucho después. Cuando lo llamó, él se apresuró a excusarse diciendo que estaba a punto de entrar en una reunión urgente, pero ella se expresó con brevedad. En cuatro



frases logró contarle que, obviamente, aquel día no se le había ido por las piernas todo el semen, que fueron gemelas, que su marido creía que eran suyas y que necesitaban un inversor benévolo para poder continuar con Taste of Africa.

—Creo que ya he metido suficiente en el negocio —dijo Arve Støp, que a menudo reaccionaba a las malas noticias con un chiste.

—La otra opción es conseguir el dinero dirigiéndome a la revista *Se og Hør*. A ellos les encanta eso de el-padre-de-mis-hijas-es-el-famoso-tal-y-tal.

—Un farol poco convincente —dijo él—. Tienes demasiado que perder si lo haces.

—Las cosas han cambiado —dijo ella—. Tengo pensado dejar a Rolf, si reúno el dinero suficiente para comprarle su parte del negocio. El problema es la ubicación del local, así que pondré como condición que *Se og Hør* haga un reportaje con fotos de la tienda, será una buena publicidad. ¿Tú sabes cuánta gente lee esa revista?

Arve Støp lo sabía. Uno de cada seis noruegos adultos. Nunca había tenido nada en contra de protagonizar un escándalo con *glamour* de vez en cuando. Pero ¿aparecer como un caradura que se había aprovechado de su posición de famoso con una mujer casada e ingenua para luego eludir responsabilidades? La imagen de rectitud e intrepidez que el público tenía de Arve Støp se haría añicos, y las airadas opiniones de *Liberal* sonarían hipócritas. Y ni siquiera era guapa. Eso no era bueno. No era bueno en absoluto.

—¿De qué suma estamos hablando? —preguntó.

Después de llegar a un acuerdo, él llamó a Idar Vetlesen a la Clínica Marienlyst y le explicó que tenía dos pacientes nuevos. Acordaron proceder como con Jonas, primero tomar muestras de las gemelas, enviarlas al Anatómico Forense para confirmar la paternidad y luego empezar a buscar síntomas de la enfermedad cuyo nombre no había que pronunciar.

Después de colgar, recostado en la silla de cuero de respaldo alto, viendo cómo brillaba el sol sobre las copas de los árboles de Bygdøy y Snarøya, Arve Støp era consciente de que debería sentirse muy deprimido. Pero no era ese el caso. Se sentía animado. Sí, casi feliz.

El lejano recuerdo de esa sensación de felicidad fue lo primero en lo que pensó Arve Støp cuando Idar Vetlesen lo llamó y le contó que, al parecer, la mujer decapitada de Sollihøgda era Sylvia Ottersen.

—Primero desaparece la madre de Jonas Becker —dijo Vetlesen—. Y luego encuentran a la madre de las gemelas asesinada. No soy ningún fenómeno en cálculo de probabilidades, pero tenemos que ponernos en contacto con la policía, Arve. Están buscando la conexión.

A lo largo de los últimos años, Vetlesen había ganado un buen dinero

arreglando el aspecto de los famosos, pero a los ojos de Arve Støp seguía siendo, quizá justo por eso, un necio.

—No, no vamos a ponernos en contacto con la policía —dijo Arve.

—¿Y eso? Creo que me tendrás que dar una buena razón para no hacerlo.

—De acuerdo. ¿De qué suma estamos hablando?

—Pero por Dios, no te llamo para extorsionarte, Arve. Es solo que no puedo...

—¿Cuánto?

—Déjalo. ¿Tienes coartada o no?

—No tengo coartada, pero sí la hostia de dinero. Basta con que digas el número de ceros y lo pensaré.

—Arve, si no tienes nada que ocultar...

—¡Por supuesto que tengo algo que ocultar, idiota! ¿Crees que me interesa que me acusen de follar con casadas y de ser sospechoso de asesinato? Tenemos que vernos y hablar.

—¿Y os visteis? —preguntó Harry Hole.

Arve Støp negó con un gesto. Por la ventana del dormitorio pudo ver un amago de amanecer, pero el fiordo seguía en tinieblas.

—No nos dio tiempo antes de que él muriese.

—¿Por qué no me contaste nada de esto la primera vez que estuve aquí?

—¿No es obvio? Yo no sé nada que pueda seros útil así que, ¿por qué iba a dejarme involucrar? Recuerda que tengo que preservar un producto de marca que es mi propio nombre. Ese producto de marca es, en realidad, el único capital de la revista.

—Creo recordar que dijiste que el único capital era tu integridad personal, ¿no?

Støp se encogió de hombros, abatido.

—Integridad. Producto de marca. Es lo mismo.

—O sea, que si parece integridad, es integridad, ¿no es eso?

Støp miró a Harry sin verlo.

—Es lo que vende *Liberal*. Si la gente siente que se le ha dicho la verdad, se queda contenta.

—Ya. —Harry miró el reloj—. ¿Y crees que yo me he quedado contento ahora?

Arve Støp no contestó.

Día 20  
Enfermedad

Bjørn Holm llevó a Harry desde Aker Brygge hasta la Comisaría General. El comisario se había puesto su ropa, aún mojada, y la tapicería de piel sintética emitía un sonido como de gárgaras cuando se movía en el asiento.

—El grupo Delta irrumpió en su apartamento hace veinte minutos —dijo Bjørn—. Estaba vacío. Han puesto a tres agentes de guardia.

—No va a aparecer —dijo Harry.

Ya en su despacho de la sexta planta, Harry se puso el uniforme que tenía colgado en el perchero y que no había usado desde el entierro de Jack Halvorsen. Se vio en el reflejo de la ventana. La chaqueta le quedaba ancha.

Habían despertado a Gunnar Hagen, que acudió enseguida al despacho. Estaba sentado detrás de su escritorio oyendo a Harry informar de lo ocurrido. Lo cual era lo suficientemente sensacional como para que se le olvidara irritarse al ver lo arrugado que el comisario tenía el uniforme.

—El Muñeco de Nieve es Katrine Bratt —repitió Hagen despacio, como si decirlo en voz alta lo hiciese más comprensible.

Harry asintió.

—¿Y crees a Støp?

—Sí —dijo Harry.

—¿Alguien puede confirmar su historia?

—Todos están muertos. Birte, Sylvia, Idar Vetlesen. Él podría haber sido el Muñeco de Nieve. Eso era lo que Katrine Bratt quería averiguar.

—¿Katrine? ¡Pero si dices que ella es el Muñeco de Nieve! ¿Por qué iba ella a...?

—Digo que quería averiguar si él podía ser el Muñeco de Nieve. Quería procurarse un chivo expiatorio. Støp dice que, cuando le dijo que no tenía coartada para las fechas de los asesinatos, ella contestó «bien», y le aseguró que acababa de recibir el título de Muñeco de Nieve. Y empezó a estrangularlo hasta que oyó el impacto del coche contra la puerta, entonces comprendió que habíamos llegado y se largó. Supongo que su plan era que encontrásemos a Støp muerto en el piso y que pareciera que se había ahorcado. Y que nosotros pensáramos que habíamos encontrado al culpable. Igual que cuando mató a Idar Vetlesen, y cuando intentó pegarle un tiro a Filip Becker durante su detención.

—¿Cómo? ¿Intentó...?

—Tenía el revólver apuntándole con el gatillo amartillado. Oí el sonido que se produce al volver a bajarlo cuando me puse en la línea de tiro.

Gunnar Hagen cerró los ojos y se frotó las sienes con las yemas de los dedos.

—Tomo nota, pero de momento, todo esto no son más que especulaciones.

—Y luego está lo de la carta.

—¿La carta?

—Del Muñeco de Nieve. Encontré el texto en el ordenador de su casa, fechada antes de que ninguno de nosotros conociéramos el contenido. Y, al lado de la carta, el mismo tipo de papel.

—¡Dios mío! —Hagen hincó los codos encima de la mesa y se tapó la cara con las manos—. ¡Y nosotros contratamos a esa tía! ¿Sabes lo que significa eso, Harry?

—Bueno. El escándalo del siglo. Desconfianza hacia todo el Cuerpo de Policía. Escabechina en las altas esferas policiales.

Hagen miró a Harry por un hueco entre los dedos.

—Gracias por esa respuesta tan precisa.

—De nada.

—Voy a convocar al comisario jefe de la Judicial y al comisario principal. Mientras tanto quiero que tú y Bjorn mantengáis la boca cerrada. Y qué pasa con Arve Støp..., ¿lo va a publicar?

—Lo dudo, jefe —Harry sonrió—. Ya no le queda.

—¿No le queda qué?

—Integridad.

Habían dado las diez y, desde la ventana de su despacho, Harry vio la pálida luz diurna posarse casi vacilante sobre la paz dominical de los tejados y el barrio de Grønland. Habían pasado más de seis horas desde que Katrine Bratt desapareciera del piso de Støp, y de momento, la búsqueda había sido infructuosa. Por supuesto, cabía la posibilidad de que todavía se encontrara en Oslo, pero si había preparado la huida, ya podía estar muy lejos. Y Harry no dudaba de que estuviese preparada.

Igual que tampoco dudaba de que Katrine fuera el Muñeco de Nieve.

En primer lugar estaban, por supuesto, las pruebas; la carta y los intentos de homicidio. Pero era igualmente importante el hecho de que con Katrine Bratt se confirmaba todo. La sensación de que lo vigilaban, de que alguien se había metido en su día a día. Los recortes de periódico en las paredes, los informes. Había llegado a conocerlo tan bien que podía prever su próximo movimiento, utilizarlo en su juego; y ahora se había convertido en un virus que él llevaba en la sangre, una espía que se le había metido en la cabeza.

Oyó a alguien entrar por la puerta, pero no se volvió a mirar.

—Hemos rastreado su teléfono móvil —dijo la voz de Skarre—. Ha conseguido llegar a Suecia.

—¿Y?

—La central de operaciones de Telenor dice que las señales se desplazan hacia el sur. La localización y la velocidad se corresponden con el tren con destino a Copenhague, que salió de la estación de Oslo S a las siete y cinco. He hablado con la policía de Heisingborg, necesitan una solicitud formal de detención. El tren llegará allí dentro de media hora. ¿Qué hacemos?

Harry asintió despacio como para sí mismo. Una gaviota pasó planeando con las alas desplegadas, antes de cambiar de dirección y bajar hacia los árboles del parque. Igual había visto algo. O solo había cambiado de idea. Como hacen los humanos. Oslo S a las siete de la mañana.

—¿Harry? Puede que consiga llegar a Dinamarca si no nos damos prisa en...

—Pídele a Hagen que hable con Helsingborg —dijo Harry, se volvió rápidamente y cogió la chaqueta que tenía colgada en el perchero.

Skarre se quedó mirando sorprendido al comisario, que iba dando grandes zancadas por el pasillo.

El policía Orø del depósito de armas de la Comisaría General miró al comisario rapado con auténtica sorpresa y repitió:

—¿CS? Es gas, ¿verdad?

—Dos botes —dijo Harry—. Y una caja de munición para el revólver.

El policía se dirigió al almacén cojeando y maldiciendo. Ese Hole estaba totalmente pirado, todo el mundo lo sabía, pero ¿gas lacrimógeno? Si se hubiese tratado de alguna otra persona de la Comisaría pensaría que era para una despedida de soltero con los amigos, pero por lo que él había oído, Hole no tenía amigos, al menos no entre sus colegas.

El comisario carraspeó cuando vio llegar a Orø.

—¿Se le ha entregado algún arma a Katrine Bratt, de Delitos Violentos?

—¿La tía de la comisaría de Bergen? Solo lo que le corresponde según las normas.

—¿Y qué dicen las normas?

—Que hay que entregar todas las armas y la munición sin utilizar en la comisaría que dejas, y que recibes un revólver nuevo y dos cajas de munición en la comisaría nueva.

—Así que no tiene ningún arma más potente que un revólver, ¿no?

Orø negó sorprendido con la cabeza.

—Gracias —dijo Hole, y metió las cajas de cartuchos en la bolsa negra junto con los botes de color verde del gas lacrimógeno, esa mezcla que Corso y Stoughton consiguieron en 1928 y que apestaba a pimienta.

El policía no contestó, y hasta que no tuvo la firma de Hole en el recibo, no murmuró « que tengas un domingo pacífico » .

Harry se sentó en la sala de espera del hospital Ullevål con la bolsa negra a su lado. Había un olor dulzón a alcohol, a personas mayores y a muerte lenta. Una paciente se había sentado en la silla de enfrente y le clavó la mirada, como si intentara encontrar algo que no estaba allí: una persona a la que había conocido, un ser querido que nunca vino, un hijo al que creía reconocer.

Harry suspiró, miró el reloj y se imaginó el asalto al tren de Helsingborg. Al conductor, a quien el jefe de estación dio orden de detenerse un kilómetro antes de llegar a su destino. A los policías armados, listos con los perros a ambos lados de las vías. La búsqueda eficaz en los vagones, los compartimentos, los aseos. Los pasajeros, asustados al ver a la policía portando armas, algo que seguía siendo poco habitual en medio de la felicidad de los países nórdicos. Las manos temblorosas de las mujeres que buscaban la identificación que les pedían. Los hombros erguidos de los policías, nerviosismo, pero también expectación. Su impaciencia, su duda, su irritación y, por último, una decepción resignada al no encontrar lo que estaban buscando. Y, al final, si tenían suerte y eran competentes, los gritos e insultos cuando encontraran la fuente de las señales que habían captado las estaciones base; el teléfono móvil de Katrine Bratt en una papelera en el aseo.

Una cara sonriente apareció delante de él.

—Ya puedes verlo.

Harry siguió el repiqueteo de los zuecos y el bamboleo enérgico de aquellas caderas anchas enfundadas en unos pantalones blancos. La enfermera le abrió la puerta:

—Pero no te quedes mucho rato, tiene que descansar.

Ståle Aune estaba en una habitación sencilla. Tenía la cara redonda y rubicunda tan consumida y tan pálida que casi no se distinguía de la funda de la almohada. Sobre la frente del hombre sesentón y regordete caía un pelo fino como el de un niño. Si no fuera porque seguía teniendo la mirada aguda y vivaracha, Harry habría creído que estaba viendo el cadáver del psicólogo de Delitos Violentos, de su pastor de almas personal.

—Dios mío, Harry —dijo Ståle Aune—. Pareces un esqueleto. ¿Estás enfermo?

Harry no pudo por menos de sonreír. Aune se sentó al mismo tiempo que hacía una mueca.

—Siento no haber venido a verte antes —dijo Harry, arañando el suelo al arrastrar la silla hacia la cama—. Es solo que lo de los hospitales me... no sé...

—El hospital te recuerda a tu madre cuando eras pequeño. No pasa nada.

Harry asintió con la cabeza, mirándose las manos.

—¿Te tratan bien?

—Eso es lo que uno pregunta cuando visita a alguien en la cárcel, Harry, no

en el hospital.

Harry volvió a asentir.

Ståle Aune lanzó un suspiro.

—Te conozco demasiado bien, Harry, sé que esto no es una visita de cortesía. Y sé que te preocupas por mí de todas formas. Así que desembucha.

—Eso puede esperar. Me han dicho que no estabas en muy buena forma.

—Estar en forma es algo relativo y, relativamente, estoy en buenísima forma. Tendrías que haberme visto ayer. Es decir, mejor que no me vieras ayer.

Harry sonrió mirándose las manos.

—¿Se trata del Muñeco de Nieve? —preguntó Aune.

Harry asintió.

—Por fin —dijo Aune—. Aquí me estoy muriendo de aburrimiento. Cuéntame.

Harry tomó aire e hizo un resumen de todo lo ocurrido. Intentó omitir información innecesaria y fastidiosa sin pasar por alto los principales detalles. Aune lo interrumpió un par de veces con alguna pregunta; por lo demás, escuchaba en silencio con una expresión concentrada, casi de embeleso. Y cuando Harry terminó, el enfermo parecía más animado, el color le había vuelto a las mejillas y se había incorporado un poco más en la cama.

—Interesante —dijo—. Pero tú ya sabes quién es el culpable, ¿así que por qué vienes a preguntarme a mí?

—Esa mujer está loca, ¿verdad?

—Las personas que cometen este tipo de delitos están locas, sin excepciones. Pero no necesariamente según el derecho penal.

—Aun así, hay un par de cosas que no comprendo de ella —dijo Harry.

—Vaya. En mi caso solo hay un par de cosas que entiendo de la gente, así que eres mejor psicólogo que yo.

—Solo tenía diecinueve años cuando mató a las dos mujeres en Bergen y a Gert Rafto. ¿Cómo puede una persona que está tan loca pasar las pruebas psicológicas de la Escuela Superior de Policía y funcionar en un trabajo durante todos estos años sin que nadie se dé cuenta de nada?

—Buena pregunta. A lo mejor es un caso de cóctel clínico.

—¿De cóctel clínico?

—Una persona con un poco de todo. Lo suficientemente esquizofrénica como para oír voces, pero que consigue ocultar la enfermedad a su entorno. Un trastorno de la personalidad de carácter obsesivo combinado con un poquito de paranoia, fuente de ilusiones erróneas en cuanto a la situación en que se encuentra y a lo que debe hacer para escapar de ella, pero que el entorno solo interpreta como cierto grado de insociabilidad. La bestialidad y la ira que aparecen en los homicidios que describes concuerdan con un caso límite de trastorno de la personalidad, pero se trata de una persona capaz de controlar esa

ira.

—Ya. Es decir, que no tienes ni idea, ¿no?

Aune se rio. La risa se transformó en tos.

—Lo siento Harry —dijo con voz bronca—. La mayoría de los casos son así. En el campo de la psicología, los estudiosos nos hemos fabricado una serie de compartimentos en los que nuestro ganado se niega a entrar. Sencillamente, son unos quisquillosos, maleducados e ingratos. ¡Con todo lo que hemos investigado sobre ellos!

—Hay algo más. Cuando encontramos el cadáver de Gert Rafto, se asustó de verdad. Quiero decir que se quedó paralizada. Le vi el miedo en los ojos, seguía teniendo las pupilas dilatadas y negras incluso cuando le enfoqué la cara directamente con la linterna.

—¡Vaya! Eso es interesante —Aune se incorporó aún más en la cama—. ¿Por qué le enfocaste la cara con la linterna? ¿Ya sospechabas de ella?

Harry no contestó.

—Puede que tengas razón —dijo Aune—. Puede que haya reprimido el recuerdo de los homicidios, es bastante normal. Cuentas también que ha sido de gran ayuda en la investigación, sin sabotearla. Eso puede indicar que ha sospechado de sí misma y tiene un deseo real de averiguar la verdad. ¿Qué sabes del sonambulismo, es decir, de andar dormido?

—Sé que hay personas que andan dormidas, hablan dormidas, comen y se visten y hasta salen y conducen dormidas.

—Exacto. El director de orquesta Harry Rosenthal dirigía y tocaba los instrumentos de sinfonías enteras estando dormido. Y ha habido por lo menos cinco casos de asesinato en los que han absuelto al autor porque el tribunal ha llegado a la conclusión de que era sonámbulo, es decir, que sufría trastornos del sueño. Hace unos años hubo un hombre en Canadá que se levantó, recorrió en coche más de veinte kilómetros, aparcó, mató a su suegra, con la que en realidad se llevaba muy bien, estuvo a punto de estrangular a su suegro, condujo de vuelta a su casa y se echó a dormir. Lo declararon inocente.

—¿Crees que pudo cometer los asesinatos dormida? ¿Que es sonámbula?

—Es un diagnóstico muy discutido, pero imagínate a una persona que, con intervalos regulares, entra en una especie de letargo y después no se acuerda bien de lo que ha pasado, *como* un sueño.

—Ya.

—Y supón que, a lo largo de la investigación, esa mujer ha empezado a comprender lo que ha hecho.

Harry asintió despacio.

—Y que se da cuenta de que, para que no la descubran, tiene que buscarse un chivo expiatorio.

—Puede ser. —Ståle Aune hizo una mueca—. Pero claro, de la psique



humana se puede uno imaginar casi cualquier cosa. El problema es que no podemos apreciar con los sentidos las enfermedades de las que hablamos, solo suponer que existen por los síntomas.

—Como el hongo.

—¿Cómo?

—¿Qué puede provocar una enfermedad mental tan grave como la de esta mujer?

Aune suspiró.

—¡Todo! ¡Nada! Genes, el ambiente en el que crece...

—¿Un padre alcohólico y violento?

—¡Sí, sí! Eso son noventa puntos. Añade una madre con un historial psiquiátrico, un par de vivencias traumáticas durante la infancia y la juventud, y habrás acertado plenamente.

—¿Y suena plausible la hipótesis de que, cuando se vuelve más fuerte que su padre alcohólico, intente hacerle daño? ¿Incluso matarlo?

—No es en absoluto imposible. Recuerdo un caso. —Ståle Aune se calló de repente. Clavó la mirada en Harry. Luego se inclinó y susurró con ojos chispeantes de entusiasmo—: ¿Insinúas lo que me estoy figurando, Harry?

Harry Hole se inspeccionó las uñas.

—Vi la foto de un hombre en la comisaría de Bergen. Pensé que tenía en la cara algo extrañamente familiar, como si lo conociera. Hasta ahora no había comprendido por qué. Era el parecido. Antes de casarse, Katrine Bratt se llamaba Rafto. Gert Rafto era su padre.

Harry recibió una llamada de Skarre de camino al tren del aeropuerto. Harry se había equivocado, no habían encontrado el móvil en el aseo. Estaba en la repisa del equipaje, en uno de los compartimentos.

Ochenta minutos más tarde, lo rodeó la grisura. El capitán anunciaba nubes bajas y lluvia en Bergen. «Visibilidad nula», pensó Harry. Volaban con el piloto automático.

La puerta del chalé se abrió de golpe solo unos segundos después de que Thomas Helle, policía del grupo de Personas Desaparecidas, tocara el timbre que había sobre la placa de Andreas, Eli y Trygve Kvale.

—Gracias a Dios que habéis venido tan rápido. —El hombre que estaba delante de Helle miró detrás de ellos—. ¿Dónde están los demás?

—Vengo solo. ¿Todavía no sabes nada de tu mujer?

El hombre que, según Helle suponía, debía de ser el Andreas Kvale que había llamado a la Judicial de guardia, lo miró incrédulo:

—Pero si dije que había desaparecido.

—Lo sabemos, pero suelen volver.

—¿Quiénes suelen volver?

Thomas Helle suspiró.

—¿Puedo entrar, Kvale? Esta lluvia...

—Claro, perdona. Adelante. —El hombre, de unos cincuenta años, se hizo a un lado y en la penumbra, detrás de él, Helle vio a un veinteañero moreno.

Thomas Helle decidió hacerlo así, de pie, en la entrada. Ese día apenas tenían personal para atender el teléfono, era domingo y los que estaban de guardia buscaban a Katrine Bratt. Una de los suyos. Todo era secreto, pero circulaban rumores de que podía estar implicada en el asunto del Muñeco de Nieve.

—¿Cómo os disteis cuenta de que había desaparecido? —preguntó Helle, preparado para tomar nota.

—Trygve y yo hemos vuelto hoy de una acampada en el bosque de Nordmarka. Hemos estado fuera dos días. Sin móvil, solo con la caña de pescar. Ella no estaba aquí, no había ningún mensaje y, como dije por teléfono, la puerta no tenía la llave echada. Siempre está cerrada con llave, incluso cuando ella está en casa. Mi mujer es una persona muy miedosa. Y no falta ninguna de sus prendas de abrigo. Ni zapatos. Solo las zapatillas. Con este tiempo...

—¿Habéis llamado a todos sus conocidos? ¿Incluidos los vecinos?

—Naturalmente. Nadie ha tenido noticias de ella.

Thomas Helle iba escribiendo. Empezaba a tener la sensación de que aquello le resultaba familiar. Esposa y madre desaparecida.

—Has dicho que tu mujer es miedosa —dijo suavemente—. Entonces, ¿a quién le abriría la puerta? ¿Y a quién dejaría entrar?

Vio que padre e hijo intercambiaban una mirada.

—No a mucha gente —dijo el padre con tono decidido—. Tendría que ser alguien a quien conociera.

—O alguien por quien no se sintiera amenazada, quizá —dijo Helle—. ¿Como un niño o una mujer?

Andreas Kvale asintió con la cabeza.

—O alguien que tuviera una razón verosímil para querer entrar. Un operario de la compañía eléctrica, para comprobar el contador, por ejemplo.

El marido dudó un instante.

—Puede ser.

—¿Habéis visto algo inusual cerca de la casa últimamente?

—¿Inusual? ¿Qué quieres decir?

Halle se mordió el labio. Tomó impulso.

—¿Algo que pueda parecerse a un... muñeco de nieve?

Andreas Kvale miró a su hijo, que negó enérgicamente y casi aterrorizado con la cabeza.

—Solo por descartarlo —dijo Helle tranquilizador.

El hijo dijo algo. En voz baja, en un susurro.

—¿Cómo? —dijo Helle.

—Dice que ya no hay nieve —dijo el padre.

—Ya, es verdad. —Helle se guardó el bloc de notas en el bolsillo de la chaqueta—. Enviaremos un aviso de búsqueda a los coches patrulla. Si no ha vuelto para esta noche, intensificaremos las pesquisas. En el noventa y nueve por ciento de los casos vuelven después de ese plazo más o menos. Aquí tienes mi tarjeta con...

Kvale le puso la mano en el brazo.

—Tengo que enseñarte algo, agente.

Thomas Helle lo siguió por una puerta que había al final del pasillo y bajó con él la escalera del sótano. Kvale abrió la puerta de una habitación en la que olía a jabón y a ropa puesta a secar. En la esquina había un rodillo antiguo de planchado junto a una lavadora Electrolux ya entrada en años. El suelo de cemento descendía ligeramente inclinado hacia el desagüe del centro de la habitación. El suelo estaba mojado y había agua junto a la pared, como si lo hubiesen regado recientemente con la manguera verde que tenían allí dentro. Pero no fue eso lo que llamó la atención de Thomas Helle en primer lugar, sino el vestido que había tendido en la cuerda, sujeto por los hombros con dos pinzas. O mejor dicho, lo que quedaba del vestido. Lo habían cortado justo por debajo del pecho. El borde del corte se veía enrollado y ennegrecido, las hebras de algodón, rizadas y quemadas.

Día 20

Gas lacrimógeno

La lluvia se colaba por el cedazo del cielo y caía sobre la ciudad de Bergen, inmersa en el azul crepuscular de la tarde. El barco que había contratado ya estaba listo en el muelle, al pie del puente de Puddefjord, cuando el taxi de Harry paró delante de la empresa de alquiler.

Era un yate finlandés de ocho metros, bastante usado.

—Voy a pescar —dijo Harry señalando la carta náutica—. ¿Hay algún escollo o algo que deba saber si quiero llegar aquí?

—¿A la isla de Finnøy? —dijo el empleado—. Llévate una caña con plomos y cucharilla, aunque allí no hay mucha pesca.

—Ya veremos. ¿Cómo se pone en marcha este cacharro?

Cuando Harry pasó junto al cabo de Nordneset, entrevió en la penumbra del anochecer el tótem rodeado de los árboles desnudos del parque. El mar se había rendido calmándose bajo la lluvia, que le arrancaba rizos de espuma a la superficie. Harry empujó hacia delante la palanca que había junto al timón, la proa se levantó, tuvo que dar un paso para apoyarse y el barco cobró velocidad. Un cuarto de hora después, tiró de la palanca hacia atrás y viró hacia un muelle del otro extremo de la isla de Finnøy, donde no podrían verlo desde la cabaña de Rafto. Amarró el barco, sacó la caña y se quedó oyendo la lluvia. La pesca no era lo suyo. La cucharilla pesaba, el anzuelo se había enganchado en el fondo y, al sacarlo, vio que había pescado unas algas enredadas. Soltó el anzuelo y lo limpió. Luego intentó volver a lanzar al agua la cucharilla, pero algo se bloqueó en el carrete y se quedó colgando veinte centímetros por debajo del extremo de la caña, sin querer subir ni bajar. Harry miró el reloj. Si el ruido del motor hubiera alarmado a alguien, ya se habría tranquilizado, y él tenía que hacerlo antes de que se hiciese de noche. Dejó la caña en el asiento, sacó el revólver de la bolsa, abrió una caja de cartuchos y los metió en el tambor. Se guardó en los bolsillos los botes de gas, que parecían termos, y bajó a tierra.

Tardó cinco minutos en subir a la cima deshabitada de la isla y bajar hasta el otro lado, donde se encontraban las cabañas, cerradas durante el invierno. Enfrente de donde estaba él se hallaba la de Rafto, oscura e inaccesible. Encontró un sitio en la roca pelada, a veinte metros de la cabaña, desde donde podía ver todas las puertas y ventanas. Hacía rato que la lluvia le había calado los hombros de la chaqueta verde militar. Sacó uno de los botes de CS y retiró la anilla. A los

cinco segundos saltaría el muelle y el gas empezaría a salir. Fue corriendo hacia la cabaña sosteniendo el bote con el brazo en alto y lo arrojó contra la ventana. El vidrio se rompió con un sonido claro y débil. Harry se retiró tras la roca y levantó el revólver. A pesar de la lluvia pudo oír el ruido del bote de gas lacrimógeno al caer y vio que la cara interior de las ventanas se teñía de gris.

Si ella estaba allí dentro, no aguantaría más de unos segundos.

Apuntó. Esperó y apuntó.

Dos minutos después, seguía sin pasar nada.

Harry esperó otros dos.

Preparó el otro bote, fue hacia la puerta con el revólver levantado y la comprobó. Cerrada. Pero endeble. Dio cuatro pasos atrás para tomar impulso.

La puerta cedió y Harry se precipitó a la habitación llena de humo con el hombro derecho por delante. El gas le atacó inmediatamente a los ojos. Harry contuvo la respiración mientras caminaba a tientas hasta la trampilla del sótano, la levantó, quitó el pasador del otro bote y lo soltó dentro. Y salió corriendo. Encontró un charco, se arrodilló con la nariz goteándole y los ojos llorosos, y metió la cabeza en el agua con los ojos abiertos lo más profundo que pudo, hasta que tocó la grava con la nariz. Dos veces repitió esa inmersión superficial. Le seguían escociendo horriblemente la nariz y el paladar, pero la visión se le había despejado. Apuntó otra vez con el revólver hacia la casa. Y esperó.

—¡Fuera! ¡Ven de una vez, coño!

Pero no apareció nadie.

Al cabo de un cuarto de hora había dejado de salir humo por el agujero del cristal de la ventana.

Harry fue hasta la casa y dio una patada a la puerta, tosió y echó una última ojeada al interior. Tierra baldía cubierta de neblina. Vuelo con piloto automático. ¡Joder, joder!

Cuando volvió al barco, estaba tan oscuro que sabía que tendría problemas. Soltó el amarre, subió al barco y se disponía a arrancar cuando se le pasó una idea por la cabeza: llevaba treinta y seis horas sin dormir, no había comido desde esa mañana, estaba calado hasta los huesos y había hecho un viaje en balde al puto Bergen. Si el motor no arrancaba al primer intento, llenaría el casco de plomo de 38 milímetros e iría nadando a tierra. El motor arrancó con un rugido. A Harry casi le dio pena. Se disponía a empujar la palanca hacia delante cuando la vio.

Estaba justo delante de él, en la escalerilla que descendía a la cabina, apoyada en el marco con gesto desenfadado, con un jersey gris encima de un vestido negro.

—Arriba las manos —dijo.

Sonaba tan infantil que casi parecía una broma. No podía decirse lo mismo del revólver negro con el que le apuntaba. O la promesa que siguió:

—Si no haces lo que te diga, te pego un tiro en el estómago, Harry. Que se lleve por delante la médula espinal y te paralice. Y luego otro en la cabeza. Pero empezaremos por el estómago...

El cañón del revólver apuntaba más abajo.

Harry soltó el timón y la palanca, y levantó los brazos por encima de la cabeza.

—Retrocede, por favor —dijo ella.

Subió la escalerilla y Harry vio el brillo de sus ojos, el mismo que advirtió cuando detuvieron a Filip Becker, el mismo que advirtió en el Fenris. Solo que ahora echaban chispas y se le contraía y le temblaba el cristalino. Harry retrocedió hasta que se dio en las corvas con el último asiento del barco.

—Siéntate —dijo Katrine, y apagó el motor.

Harry obedeció, se sentó encima de la caña de pescar y notó que los pantalones absorbían el agua del asiento de plástico.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó ella.

Harry se encogió de hombros.

—Cuéntamelo —dijo ella levantando la pistola—. Sacia mi curiosidad, Harry.

—Bueno —dijo Harry, intentando leer su rostro pálido y cansado. Pero era un terreno desconocido, la cara de esa mujer no pertenecía a la Katrine Bratt que él conocía. O que creía conocer.

—Todo el mundo tiene un patrón —se oyó decir a sí mismo—. Una forma de jugar.

—De acuerdo. ¿Y cuál es la mía?

—Señalar en una dirección y correr en la otra.

—¿Ah, sí?

Harry notaba el peso del revólver en el bolsillo derecho de la chaqueta. Se levantó un poco, movió la caña de pescar y dejó la mano derecha encima del asiento.

—Escribes una carta que firmas como el Muñeco de Nieve, me la envías a mí y unas semanas después te presentas en la Comisaría General. Lo primero que haces es contarme que Hagen ha dicho que me haga cargo de ti. Hagen nunca dijo tal cosa.

—Todo correcto hasta ahora. ¿Algo más?

—Tiraste el abrigo al agua delante del piso de Stop y te escapaste en la dirección contraria. Por lo tanto, el patrón es que cuando dejas el móvil en un tren que va hacia el este, tú te fugas hacia el oeste.

—Bravo. ¿Y cómo me fugo?

—Por supuesto, no en avión, sabías que el aeropuerto de Gardermoen estaría bajo vigilancia. Apuesto a que dejaste el móvil en Oslo S mucho antes de la salida del tren, te fuiste a la estación de autobuses y cogiste uno que salía pronto hacia el oeste. Y apuesto a que dividiste el viaje en etapas. Cambiaste de autobús.

—Autobús Timeekspresen hasta Notodden —dijo Katrine—. Desde allí, otro hacia Bergen. Me bajé en Voss y compré ropa. Autobús hasta Ytre Arna. Autobús local a Bergen. Le pagué a un pescador en el muelle de Zachariasbryggen para que me trajera hasta aquí. No está mal pensado, Harry.

—No era tan difícil, somos bastante parecidos tú y yo.

Katrine ladeó la cabeza:

—Si estabas tan seguro, ¿por qué has venido solo?

—No estoy solo. Müller-Nilsen y su gente vienen de camino en barco.

Katrine se rio. Harry acercó la mano al bolsillo de la chaqueta.

—Estoy de acuerdo en que nos parecemos, Harry. Pero a la hora de mentir, soy mejor que tú.

Harry tragó saliva. Tenía la mano fría. Los dedos tenían que obedecer.

—Sí, parece que a ti te resulta más fácil —dijo Harry—. Igual que matar.

—¿Ah, sí? Pues tú ahora mismo tienes cara de querer matarme. Y estás acercando la mano al bolsillo peligrosamente. Levántate y quítate la chaqueta, despacio. Y tíramela.

Harry maldijo para sus adentros, pero hizo lo que le decía. La chaqueta aterrizó con un golpe seco en la cubierta, delante de Katrine. Sin apartar la vista de Harry, la cogió y la tiró por la borda.

—Ya era hora de que te comprases una nueva de todas formas —dijo ella.

—Ya —dijo Harry—. ¿Te refieres a una que haga juego con la zanahoria que piensas ponerme en la cara?

Katrine parpadeó y Harry advirtió en su expresión algo que podría ser desconcierto.

—Escucha, Katrine. He venido para ayudarte. Necesitas ayuda. Estás enferma. Ha sido la enfermedad lo que te movió a matarlos.

Katrine empezó a hacer un gesto lento de negación con la cabeza. Señaló hacia tierra.

—Me he pasado dos horas esperándote en el cobertizo. Porque sabía que ibas a venir. He estado estudiándote, Harry. Siempre encuentras lo que buscas. Por eso te escogí.

—¿Que me escogiste?

—Te escogí para que encontrases al Muñeco de Nieve por mí. Por eso recibiste la carta.

—¿Por qué no podías encontrar al Muñeco de Nieve tú misma? No es que tuvieras que buscar muy lejos.

Ella negó con la cabeza.

—Lo he intentado, Harry. Llevo muchos años intentándolo. Sabía que no lo lograría sola. Tenías que ser tú, eres el único que ha logrado atrapar a un asesino en serie. Necesitaba a Harry Hole. —Sonrió con tristeza—. Una última pregunta, Harry. ¿Cómo se te ocurrió que yo te había engañado?

Harry se preguntaba cómo ocurriría. ¿Un tiro en la frente? ¿El hilo candente? ¿Le daría un paseo en barco y lo ahogaría? Tragó saliva. Debería tener miedo. Tanto que no fuese capaz de pensar, tanto como para caer lloriqueando en la cubierta, suplicándole que lo dejase vivir. ¿Por qué no lo hacía? No podía ser el orgullo, se lo había tragado con el *whisky* y lo había vomitado demasiadas veces. Naturalmente, podía ser que fuese el cerebro, que sabía que aquello no solo no cambiaría la situación, sino todo lo contrario, acortaría más su vida. Pero llegó a la conclusión de que era el cansancio. Un cansancio profundo que lo impregnaba todo, que lo hacía abrigar un único deseo, que aquello terminase de una vez.

—En el fondo siempre he sabido que esto empezó hace mucho tiempo —dijo Harry, y se dio cuenta de que ya no notaba el frío—. Que todo estaba planeado y que la persona que estaba detrás había logrado meterse dentro de mi vida. No hay tantos entre los que elegir. Cuando vi los recortes de periódico en tu apartamento, supe que eras tú.

Harry la vio parpadear como desorientada. Y notó que una sombra de duda se abría paso en su forma de razonar, en la lógica que antes se le había antojado tan obvia. ¿Seguro? ¿No habría estado presente la duda en todo momento? Un chaparrón vino a sustituir al goteo constante, el agua azotaba la cubierta. Vio que Katrine abría la boca y doblaba el dedo alrededor del gatillo. Cogió la caña de pescar que tenía a su lado y miró fijamente el cañón del revólver. De modo que iba a terminar así, en un barco en Vestlandet, sin testigos, sin pistas. Se le vino a la cabeza una imagen. De Oleg. Solo.

Agitó la caña de pescar hacia Katrine. Fue un último ataque desesperado, un intento patético de cambiar el curso del juego, de distraer al destino. El extremo blando de la caña le dio a Katrine suavemente en la mejilla, casi era imposible que lo notara y el golpe ni la lastimó ni le hizo perder el equilibrio. Más tarde, Harry no recordaría si lo que ocurrió respondía a un plan, si solo lo había pensado a medias o si se trató de pura y simple suerte. La velocidad de la cucharilla hizo que la distensión de veinte centímetros del sedal se le enredara alrededor del cuello, de forma que la cucharilla giró rodeándole la cabeza y le golpeó los incisivos, que tenía al descubierto. Y cuando Harry tiró con fuerza de la caña hacia sí, la punta del anzuelo hizo el trabajo para el que la habían diseñado: encontró carne. Se enganchó en la comisura derecha de Katrine Bratt. Harry dio un tirón tan desesperado y tan violento, y Katrine volvió la cabeza hacia atrás y hacia la derecha con tanta fuerza que, por un instante, tuvo la sensación de que se le iba a desatornillar del cuerpo. Con algo de retraso, el cuerpo siguió la rotación de la cabeza, primero hacia la derecha y luego directamente hacia Harry. Seguía girando cuando cayó en cubierta, delante de él.

Harry se levantó y se dejó caer encima de ella con las rodillas primero, a ambos lados del cuello y a la altura de la clavícula. Sabía que eso le paralizaría los brazos.



Le quitó el revólver de la mano sin fuerza y apretó el cañón contra uno de los ojos abiertos de par en par. El arma parecía muy ligera y Harry apreció la presión del metal en el blando globo ocular, pero ella no parpadeó. Todo lo contrario. Sonreía burlonamente. Ampliamente. Con una comisura rajada bajo la lluvia, que trataba de limpiarle la sangre de los dientes.

Día 20

Chivo expiatorio

Knut Müller-Nilsen ya se había personado en el muelle que había bajo el puente de Puddefjord cuando Harry llegó en yate. Él, dos policías y el psiquiatra al que habían llamado lo acompañaron bajo cubierta, donde tenía a Katrine Bratt esposada a la cama. Le pusieron una inyección con una sustancia antipsicótica y tranquilizante y la llevaron arriba, al coche que esperaba.

Müller-Nilsen le dio las gracias a Harry por haber accedido a hacerlo tan discretamente.

—Vamos a intentar seguir con la boca cerrada —dijo Harry mirando al cielo mientras caía la lluvia—. Oslo querrá llevar la batuta cuando esto se haga público.

—Naturalmente —asintió Müller-Nilsen.

—Kjerti Rødsmoen —dijo una voz, y todos se volvieron—. La psiquiatra.

La mujer, que alzó la vista para mirar a Harry a la cara, tendría unos cuarenta y tantos años, el pelo rubio y despeinado, y un anorak grande de color rojo chillón. Tenía un cigarro en la mano y no parecía importarle que se le mojara ni mojarse ella bajo la lluvia.

—¿Ha sido peligroso? —preguntó.

—No —dijo Harry, mientras sentía el revólver de Katrine presionándole la cintura—. Se entregó sin resistencia.

—¿Qué dijo?

—Nada.

—¿Nada?

—Ni una palabra. ¿Cuál es tu diagnóstico?

—Obviamente, una psicosis —dijo Rødsmoen sin vacilar—. Lo cual no quiere decir en absoluto que sea una enferma mental. Solo es la forma que tiene el cerebro de manejar una situación inmanejable. Más o menos como cuando decide desmayarse si el dolor es demasiado intenso. Seguro que ha pasado mucho tiempo sometida a una situación de estrés extremo. ¿Estoy en lo cierto?

Harry asintió.

—¿Volverá a hablar?

—Sí —dijo Kjersti Rødsmoen, y miró con disgusto el cigarrillo mojado y a punto de apagarse—. Pero no sé cuándo. Ahora mismo necesita descansar.

—Descansar —resopló Müller-Nilsen—. Es una asesina en serie.

—Y yo psiquiatra —dijo Rødsmoen, tiró el cigarro y se dirigió a un pequeño Honda rojo que incluso con la lluvia, parecía lleno de polvo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Müller-Nilsen.

—Vuelvo a casa en el último vuelo —dijo Harry.

—No seas tonto, pareces un cadáver. La comisaría tiene un acuerdo con el Hotel Rica Travel. Te llevamos allí y te enviaremos ropa seca. También tienen restaurante.

Harry se registró. Delante del espejo, en el baño de la habitación, estrecha y sencilla, pensó en lo que había dicho Müller-Nilsen. Que parecía un cadáver. Y lo cerca que había estado de serlo. Pero ¿seguro que había estado tan cerca? Después de ducharse y de comer en el restaurante vacío, volvió a su habitación e intentó dormir. No lo logró y encendió la tele. Mierda en todos los canales, excepto el NRK2, donde ponían *Memento*. Había visto esa película anteriormente. Contaba la historia desde el punto de vista de un hombre que ha sufrido un trauma cerebral y tiene memoria de pez. Habían asesinado a una mujer. El protagonista había anotado en una foto quién era el culpable, ya que sabía que lo iba a olvidar. La cuestión era si se podía fiar de lo que él mismo había escrito. Harry apartó el edredón de una patada. El minibar que había debajo de la tele tenía la puerta marrón y ninguna cerradura.

Debería haber cogido ese avión a casa.

Estaba saliendo de la cama cuando sonó el móvil en algún lugar de la habitación. Metió la mano en el bolsillo de los pantalones mojados que colgaban de una silla cerca del radiador. Era Rakel. Le preguntó dónde estaba. Y le dijo que tenían que hablar. No en su apartamento, sino en un sitio público.

Harry se dejó caer en la cama boca arriba, con los ojos cerrados.

—¿Para decirme que no podemos vernos más? —preguntó él.

—Para decirte que no podemos vernos más —dijo ella—. No puedo.

—Me vale con que me lo digas por teléfono, Rakel.

—No, no vale. Entonces no duele lo suficiente.

Harry suspiró. Ella tenía razón.

Acordaron verse a las once de la mañana siguiente junto al Museo Fram en Bygdøy, una atracción turística, un lugar donde perderse entre alemanes y japoneses. Ella le preguntó qué estaba haciendo en Bergen. Él se lo contó y le pidió que no se lo dijese a nadie hasta que lo leyera en los periódicos dentro de unos días.

Colgaron y Harry se quedó tumbado con la vista clavada en el minibar mientras *Memento* continuaba con su desarrollo inverso. Habían intentado matarlo, el amor de su vida ya no quería verlo más y acababa de concluir el peor caso de su carrera. Pero ¿había concluido de verdad? No había contestado a la pregunta de Müller-Nilsen de por qué había decidido ir en busca de Bratt él solo, pero ahora lo sabía. Era la duda. O la esperanza. Esa esperanza desesperada de que las cosas no fueran así, después de todo. Y que seguía allí. Pero ahora había que hacer que se extinguiera la esperanza, había que ahogarla. Y sí, tenía

tres buenas razones y una jauría de perros en el estómago ladrando como posesos. Así que, ¿por qué no abrir ese bar cuanto antes?

Harry se levantó y fue al baño, abrió el grifo y bebió mientras el chorro le salpicaba toda la cara. Se enderezó y se miró al espejo. Como un cadáver. ¿Por qué no quería beber aquel cadáver? Le escupió la respuesta en voz alta a su propia cara:

—Porque entonces no dolerá lo suficiente.

Gunnar Hagen estaba cansado. Cansado hasta lo más hondo de su ser. Miró a su alrededor. Era casi medianoche y se encontraba en un establecimiento del último piso de un edificio del centro. Todo lo que había en la sala era de color marrón brillante: el suelo, como el de un barco; el techo, con los focos empotrados; las paredes, decoradas con cuadros de los anteriores presidentes del club, la mesa de caoba de diez metros cuadrados y los cartapacios de piel que cada uno de los doce hombres que había en la sala tenía delante. Hagen había recibido una hora antes una llamada del comisario jefe de la Policía Judicial, que lo convocó para que acudiera a esa dirección. A algunas de las personas de la sala sí las conocía, como al comisario principal; de otras solo había visto fotos en los periódicos, pero la mayoría le eran desconocidas. El comisario jefe de la Policía Judicial los informó del asunto. Que el Muñeco de Nieve era una agente de policía de Bergen que había operado en parte desde su puesto en Delitos Violentos, en la comisaría de Grønland. Que había engañado a la policía de Oslo y que, ahora que la habían detenido, tendrían que hacer público el escándalo.

Cuando acabó se hizo un silencio tan denso como el humo de un habano.

El humo subía desde el extremo de la mesa, que ocupaba un hombre de cabello ceniciento retrepado en un sillón de respaldo alto, de forma que la cara le quedaba en la sombra. Por primera vez, el hombre emitió un sonido. Solo un leve suspiro. Y Gunnar Hagen se dio cuenta de que todos los que habían hablado hasta el momento se dirigían a él.

—Muy vergonzoso, Torleif —dijo el hombre del cabello ceniciento con una voz sorprendentemente clara, casi femenina—. Extremadamente perjudicial. Para la confianza en el sistema. Nos encontramos en ese nivel. Y eso significa... —Parecía que toda la sala contenía la respiración mientras el hombre del cabello ceniciento daba una calada al puro—. ... Que tienen que rodar cabezas. La cuestión es solo cuáles.

El comisario principal carraspeó.

—¿Tienes alguna sugerencia?

—Todavía no —dijo el hombre del cabello ceniciento—. Pero creo que tú y Torleif sí. Cuéntame.

El comisario principal miró al comisario jefe de la Policía Judicial, que tomó

la palabra.

—Según lo entendemos nosotros se han cometido negligencias profesionales específicas relacionadas con la contratación y su seguimiento. Errores humanos, no errores del sistema. Y por lo tanto, no es un problema directamente de la jefatura. Proponemos hacer una distinción entre responsabilidad y culpabilidad. La jefatura asume humildemente la responsabilidad y...

—Omítele lo elemental —dijo el hombre del cabello ceniciento—. ¿Quién es tu chivo expiatorio?

El comisario jefe de la Policía Judicial se ajustó el cuello de la camisa. Gunnar Hagen se dio cuenta de que no se sentía a disgusto.

—El comisario Harry Hole —dijo el comisario jefe de la Policía Judicial.

Se hizo otra vez el silencio mientras el hombre del cabello ceniciento volvía a encender el puro. Se oyó varias veces el chasquido del encendedor. Y las caladas que el hombre daba entre las sombras, antes de que volvieran a subir las vaharadas.

—No está mal pensado —dijo la voz clara—. Si no fuese Hole, habría dicho que buscaras a tu chivo expiatorio en una esfera superior del sistema, que un comisario no es lo bastante gordo como para ser carne de cañón. Sí, seguramente te habría pedido que contemplases la posibilidad de ser candidato, Torleif. Pero Hole es un agente de policía conocido, ha participado en ese programa de tertulias de la tele. Una figura popular con cierto renombre como investigador. Sí, se puede considerar. ¿Pero estará dispuesto a colaborar?

—Déjalo en nuestras manos —dijo el comisario jefe de la Policía Judicial—. ¿O qué dices tú, Gunnar?

Gunnar Hagen tragó saliva. De entre todas las cosas posibles en aquel momento, él pensaba en su mujer. En todo lo que ella había sacrificado para que él pudiese hacer carrera. Cuando se casaron, ella dejó de estudiar y se mudó con él a todos los destinos que le asignaron en el Ejército y, después, en la Policía. Era una mujer inteligente y sabia, y era su igual, incluso superior en muchos ámbitos. Comentaba con ella tanto asuntos de su carrera como los de carácter moral. Y ella siempre le daba buenos consejos. Aun así, no había conseguido hacer la brillante carrera que ambos esperaban. Sin embargo, ahora las cosas tenían mejor pinta, por fin. Estaba escrito en las cartas que el puesto de jefe de Delitos Violentos podría impulsarlo hacia delante, más arriba; que así sería, de hecho. Solo era cuestión de no pisar en falso. No tenía por qué ser difícil.

—¿O qué, Gunnar? —repitió el comisario jefe de la Policía Judicial.

Pero es que estaba tan cansado. Cansado hasta lo más hondo de su ser. « Esto es por ti —pensaba—. Esto es lo que habrías hecho tú, querida ».

Día 21

El Polo Sur

Harry y Rakel estaban en la proa del Fram, dentro del museo, contemplando cómo un grupo de japoneses tomaban fotos de jarcias y mástiles al tiempo que, asintiendo sonrientes, hacían caso omiso del guía que les explicaba que en aquella sencilla embarcación viajó Fridtjof Nansen en su intento fallido de ser el primero en llegar al Polo Norte en 1893 y también Roald Amundsen cuando en 1911 venció a Scott en la carrera hacia el Polo Sur.

—Se me olvidó el reloj en tu mesilla de noche —dijo Rakel.

—Eso es un truco muy viejo —dijo Harry—. Significa que tienes que volver.

Ella puso la mano encima de la suya y negó con la cabeza.

—Me lo regaló Mathias por mi cumpleaños.

«Que yo olvidé», pensó Harry.

—Vamos a salir mañana y me va a preguntar por él si no lo llevo puesto. Y tú sabes cómo soy mintiendo. Podrías...

—Te lo llevaré antes de las cuatro —dijo él.

—Gracias. Estaré trabajando, pero déjalo en la pajarera que hay en la pared, al lado de la puerta. Allí...

No tenía que decir nada más. Allí es donde solía dejar la llave de la casa cuando él iba a verla tarde y ella ya estaba en la cama. Harry golpeó la borda con la mano.

—Según Arve Støp, lo que le pasó a Roald Amundsen fue que ganó. En su opinión las mejores historias tratan de personas que pierden.

Rakel no contestó.

—Supongo que es una especie de consuelo —dijo Harry—. ¿Nos vamos?

Fuera nevaba copiosamente.

—¿Así que se ha terminado? —dijo ella—. ¿Hasta la próxima vez?

Harry le echó una mirada rápida para asegurarse de que se refería al Muñeco de Nieve, y no a ellos.

—No sabemos dónde están los cadáveres —dijo él—. He estado con ella en el calabozo esta mañana antes de irme al aeropuerto, pero no dice nada. Tenía la mirada fija y perdida, como si no hubiera nadie allí.

—¿Le contaste a alguien que te ibas a Bergen solo? —preguntó ella de repente.

Harry negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

—Bueno —dijo Harry—. Podía haberme equivocado. En ese caso me habría

vuelto en silencio sin que nadie supiese nada.

—No fue por eso —dijo ella.

Harry la miró. Parecía más afligida que él.

—Sinceramente, no lo sé —dijo él—. Supongo que esperaba que, a pesar de todo, no fuera ella.

—¿Porque es como tú? ¿Porque tú podrías haber sido ella?

Harry ni siquiera conseguía recordar que le hubiera contado que se parecían.

—Estaba tan sola y asustada... —dijo Harry, y notó que los copos de nieve le escocían en los ojos—. Como si se hubiese perdido en el crepúsculo.

Joder, joder. Parpadeó y notó el llanto como un puño luchando por abrirse paso y subirle por la tráquea. ¿Estaría a punto de sufrir un colapso también? Sintió un escalofrío al notar la mano caliente de Rakel en la nuca.

—Tú no eres ella, Harry. Tú eres diferente.

—¿Tú crees? —Sonrió y le apartó la mano.

—Tú no matas a personas inocentes, Harry.

Rechazó la oferta de Rakel de llevarlo y cogió el autobús. Iba viendo caer los copos de nieve, y el fiordo al otro lado de la ventanilla del autobús y pensó en cómo Rakel, en el último momento, había logrado introducir la palabra «inocentes».

Harry estaba a punto de abrir el portal de la calle Sofie cuando se acordó de que no tenía café soluble y caminó los cincuenta metros que lo separaban de la tienda Niazi.

—No es normal verte a esta hora —dijo Ali mientras cogía el dinero.

—Tengo unas horas libres —dijo Harry.

—Qué tiempo más desapacible, ¿verdad? Dicen que va a caer metro y medio de nieve en las próximas veinticuatro horas.

Harry estaba manoseando el tarro de café.

—Creo que asusté a Salma y Muhammed en el patio interior el otro día.

—Eso he oído.

—Lo siento. Estaba algo nervioso, eso es todo.

—No pasa nada. Solo me preocupaba que hubieses vuelto a beber.

Harry negó con la cabeza y sonrió débilmente. Le gustaba aquella forma de ser tan directa del paquistaní.

—Bien —dijo Ali, contando las monedas del cambio—. ¿Qué tal va la rehabilitación?

—¿La rehabilitación? —Harry cogió la vuelta—. ¿Te refieres al hombre de los hongos?

—¿El hombre de los hongos?

—Sí, el tío que comprobó si el sótano tenía hongos. Stormann no sé qué.

—¿Hongos en el sótano? —Ali miró a Harry preocupado.

—¿No lo sabías? —dijo Harry—. Si eres el presidente de la comunidad,

suponía que habría hablado contigo.

Ali negó lentamente con la cabeza.

—A lo mejor ha hablado con Bjørn.

—¿Quién es Bjørn?

—Bjørn Asbjørnsen, el que lleva trece años viviendo en el primer piso —dijo Ali, reprendiendo a Harry con la mirada—. El mismo tiempo que lleva siendo vicepresidente.

—Así que Bjørn —dijo Harry, y puso cara de haber tomado nota del nombre.

—Lo comprobaré —dijo Ali.

Ya en el apartamento, Harry se quitó las botas, se fue directamente al dormitorio y se acostó. En la habitación del hotel de Bergen apenas había logrado dormir un poco. Cuando se despertó tenía la boca seca y dolor de estómago. Se levantó, fue a beber agua y se puso rígido cuando llegó al pasillo.

No lo había visto cuando entró, pero las paredes estaban otra vez en su sitio.

Fue de habitación en habitación. Magia. Estaba hecho con tal perfección que casi podría jurar que nunca lo habían tocado. No había ni indicios de agujeros de clavos ni un solo listón torcido. Tocó la pared del salón para asegurarse de que no eran alucinaciones.

En la mesa, delante del sillón de orejas, había una hoja amarilla. Era un mensaje escrito a mano. La letra era clara y de una extraña elegancia.

Están erradicados. No me volverás a ver. Stormann.

PS. Tuve que darle la vuelta a una de las tablas de la pared porque me corté y se manchó de sangre. La sangre que absorbe la madera sin tratar no se quita. La alternativa es pintar la pared de rojo.

Harry se desplomó en el sillón y observó las paredes lisas.

Hasta que no llegó a la cocina no se percató de que no había sido un milagro perfecto. El almanaque de Rakel y Oleg había desaparecido. El vestido azul cielo. Soltó un taco en voz alta y buscó febrilmente en los cubos de basura e incluso en el contenedor de plástico del patio, y al final tuvo que reconocer que, junto con los hongos, habían exterminado los doce meses más felices de su vida.

Definitivamente, era un día de trabajo diferente para la psiquiatra Kjersti Rødsmoen. Y no solo porque el sol hubiera hecho una de sus escasas apariciones en el cielo de Bergen. En ese momento el brillo entraba por las ventanas del pasillo de la unidad de psiquiatría del Hospital Haukeland de Sandviken, por donde Kjersti Rødsmoen caminaba rápidamente. La unidad había cambiado de nombre tantas veces que muy pocos ciudadanos de Bergen la conocían por su nombre



oficial, que era a la sazón Hospital Sandviken. Pero la Unidad Cerrada se llamaba de momento Unidad Cerrada, a la espera de que alguien lo encontrara erróneo o, en todo caso, discriminante.

Temía y anhelaba al mismo tiempo la próxima reunión con la paciente que tenían encerrada bajo las medidas de seguridad más férreas que pudiera recordar. Había consensuado tanto los límites éticos como el procedimiento con Espen Lepsvik, de KRIPOS, y Knut Müller-Nilsen, de la comisaría de Bergen. La paciente era psicótica y, por lo tanto, no podía presentarse a un interrogatorio con la policía. Ella era psiquiatra y podía conversar con la paciente, pero por su bien y con los mismos fines que en un interrogatorio. Y además, estaba también la cuestión del secreto profesional. Solo a Kjersti Rødsmoen competía sopesar si la información a que tuviera acceso durante la charla revestía para la investigación la importancia suficiente como para tener que remitirla a la policía. Y, de todos modos, dicha información no podría utilizarse en un juicio, ya que se trataba de una persona psicótica. En pocas palabras, se movían en un campo de minas jurídico y ético, donde incluso el menor paso en falso podía tener consecuencias catastróficas, dado que todo estaría bajo la supervisión de la justicia y de los medios de comunicación.

Ante la puerta blanca de la sala de terapia había un enfermero y un agente de policía uniformado. Kjersti señaló la tarjeta de identificación que llevaba sujeta a la bata blanca y el agente abrió la puerta, que estaba cerrada con llave.

El trato era que el enfermero estaría al tanto de lo que pasaba en la sala y daría la alarma si ocurría algo.

Kjersti Rødsmoen se sentó en la silla y miró a la paciente. Resultaba difícil imaginar que aquella mujer delgada, con la cara medio oculta detrás de la melena, con los puntos negros de sutura en la comisura de los labios y unos ojos muy abiertos que parecían mirar con un miedo abismal algo que Kjersti Rødsmoen no podía ver, pudiera representar algún peligro. Al contrario, parecía tan paralizada que uno tenía la sensación de que podría tumbarla solo con echarle el aliento. El hecho de que hubiera asesinado a varias personas a sangre fría era simplemente incomprensible. Pero así sucedía siempre, claro.

—Buenos días —dijo la psiquiatra—. Me llamo Kjersti.

No obtuvo respuesta.

—¿Cuál crees que es tu problema? —preguntó.

La pregunta estaba sacada directamente del manual de conversaciones con pacientes psicóticos. La alternativa era: «¿Cómo crees que puedo ayudarte?».

Seguía sin haber respuesta.

—En esta sala estás totalmente a salvo. Aquí no hay nadie que quiera hacerte daño. Estás completamente a salvo aquí dentro.

Este mensaje fijo iba dirigido, según el manual, a tranquilizar a la persona psicótica. Porque la psicosis consiste, ante todo, en un miedo abismal. Kjersti

Rødsmoen se sentía como una azafata repasando las instrucciones de seguridad antes del despegue. Mecánico y rutinario. Incluso en los aviones que sobrevuelan el más seco de los desiertos se hace una demostración del uso del chaleco salvavidas. Porque el mensaje dice lo que uno quiere oír: «Puede que tengas miedo, pero nosotros te cuidamos».

Luego llegaba el momento de comprobar el conocimiento de la realidad.

—¿Sabes qué día es hoy?

Silencio.

—Mira el reloj de la pared. ¿Puedes decirme la hora que es?

Solo recibió una mirada penetrante y huidiza como respuesta.

Kjersti Rødsmoen esperó. Y esperó. El minuterero del reloj se movía temblando a paso de ganso.

Era inútil.

—Me voy —dijo Kjersti y se levantó—. Vendrán a buscarte. Aquí estás totalmente a salvo.

Se fue hacia la puerta.

—Tengo que hablar con Harry —la oyó decir con voz profunda, casi masculina.

Kjersti se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Quién es Harry?

—Harry Hole. Es urgente.

Kjersti intentó establecer contacto visual, pero la mujer seguía mirando fijamente a su propio bosque de Winnie Pooh.

—Por favor, dime quién es Harry Hole, Katrine.

—Comisario de Delitos Violentos de la comisaría de Oslo. Y usa el apellido si tienes que decir mi nombre, Kjersti.

—¿Bratt?

—Rafto.

—De acuerdo. Pero ¿no puedes contarme de qué quieres hablar con Harry Hole, para que pueda transmitir lo que...?

—No lo comprendes. Todos van a morir.

Kjersti se dejó caer lentamente en la silla, otra vez.

—Comprendo. ¿Y por qué crees que van a morir, Katrine?

Y finalmente se produjo el contacto visual. Y lo que Kjersti Rødsmoen vio la hizo pensar en una de las cartas rojas del juego del Monopoly: «Sus casas y hoteles están ardiendo».

—No comprendéis nada —dijo la voz baja y masculina—. No soy yo.

Harry paró a las dos de la tarde en la carretera, al pie del chalé de madera de Rakel, en la calle Holmenkollveien. Había dejado de nevar, y pensó que era

mejor no dejar huellas de neumáticos hasta la entrada. La nieve emitió un leve lamento prolongado bajo sus botas y la penetrante luz diurna se reflejaba en las ventanas de color negro como de gafas de sol mientras él se acercaba.

Subió los peldaños hasta la puerta de entrada, abrió la pajarera, dejó el reloj de Rakel dentro y volvió a cerrar. Se había dado la vuelta para irse cuando la puerta se abrió de golpe a su espalda.

—¡Harry!

Harry se volvió, tragó saliva e intentó sonreír. Delante de él había un hombre desnudo, con una toalla alrededor de la cintura.

—Mathias —dijo indeciso, mirando el torso del otro—. Casi me has asustado. Creía que a estas horas estarías trabajando.

—Lo siento —dijo Mathias riendo y cruzando rápidamente los brazos—. Anoche trabajé hasta tarde. Libro hoy. Iba a la ducha y he oído a alguien trajinar en la puerta. Creía que era Oleg, ya sabes que su llave se atasca un poco.

«Se atasca —pensó Harry—. Eso significa que Oleg ahora tenía la llave que una vez fue suya. Y que Mathias tiene la de Oleg. La mente femenina».

—¿Querías algo, Harry? —Harry se dio cuenta de que tenía los brazos cruzados a una altura anormal del pecho, como si intentara esconder algo.

—No —dijo Harry en voz baja—. Pasaba por aquí con el coche y le he traído una cosa a Oleg.

—¿Por qué no has llamado al timbre?

Harry tragó saliva.

—De repente me he dado cuenta de que no habría venido del colegio todavía.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo has sabido?

Harry hizo un gesto de asentimiento como para decir que esa era una pregunta pertinente. No había el menor indicio de sospecha en el rostro abierto y amable de Mathias, solo un deseo genuino de aclarar algo que no había comprendido bien.

—La nieve —dijo Harry.

—¿La nieve?

—Sí. Dejó de nevar hace dos horas, y no hay ninguna huella en la escalera.

—¡Demonios, Harry! —exclamó Mathias entusiasmado—. A eso lo llamo yo deducción aplicada a la vida cotidiana. No hay duda de que eres investigador.

Harry se esforzó por reír. Mathias había bajado un poco los brazos cruzados, y Harry vio la peculiaridad física a la que Rakel debió de referirse. Donde uno cuenta con ver dos tetillas, la piel continuaba blanca y sin interrupción.

—Es hereditario —dijo Mathias, que obviamente había seguido la mirada de Harry—. Mi padre tampoco tenía. Raro, pero totalmente inofensivo. ¿Y para qué las queremos los hombres?

—Sí, claro, ¿para qué? —dijo Harry, notando el calor en los lóbulos de las orejas.

—¿Quieres que le dé eso a Oleg?

Harry movió la mirada. Aterrizó automáticamente en la pajarera y la apartó enseguida.

—Se lo daré en otra ocasión —dijo Harry e hizo una mueca que esperaba que pareciese de confianza—. Más vale que te des esa ducha.

—De acuerdo.

—Adiós.

Lo primero que hizo Harry cuando se volvió a sentar en el coche fue coger el volante con las dos manos y soltar un taco en voz alta. Se había comportado como un ratero de doce años cogido con las manos en la masa. Le había mentido a Mathias en su cara. Había mentido y se había arrastrado y había sido un tío ruin.

Aceleró el motor y soltó el embrague bruscamente para castigar al coche. No tenía ganas de pensar en eso ahora. Tenía que pensar en otra cosa. Pero no lo lograba, y los pensamientos le daban vueltas en la cabeza como una serie desorganizada de asociaciones mientras conducía rumbo a la ciudad. Pensó en esa imperfección, en las tetillas rojas y planas, que parecían manchas de sangre en aquella piel desnuda. En manchas de sangre en la madera sin tratar. Y por alguna razón, las palabras del hombre de los hongos le vinieron a la mente: «La alternativa es pintar la pared de rojo».

El hombre de los hongos había sangrado. Harry entrecerró los ojos y se imaginó la herida. Tenía que haber sido una herida profunda para haber sangrado tanto como para que la alternativa fuera pintar la pared de rojo.

Harry frenó de golpe. Oyó un claxon, miró en el retrovisor y vio un Hiace que se deslizaba por la nieve reciente hasta que los neumáticos lograron agarrarse y derrapar hacia su lado antes de continuar.

Harry abrió la puerta de una patada, salió del coche de un salto y vio que se encontraba en Gressbanen. Tomó aire y deshizo su construcción mental, la desmontó para ver si era posible volverla a construir. La volvió a montar, rápido y sin forzar las piezas que tenía que encajar. Porque encajaban solas. Se le aceleró el pulso. Si aquella hipótesis no hacía aguas, lo ponía todo patas arriba. Y encajaba, encajaba perfectamente con que el Muñeco de Nieve hubiera planeado cómo meterse dentro de él, y desde luego, había entrado y se había instalado. Y los cadáveres, eso explicaría también lo que había pasado con ellos. Harry estaba temblando, encendió un cigarrillo y se puso a reconstruir lo que había vislumbrado. Las plumas de gallina con el borde chamuscado.

Harry no creía en la inspiración, en la clarividencia divina ni en la telepatía. Pero creía en la suerte. No en esa suerte con la que uno nace, sino en la suerte sistemática de la que te hacías merecedor trabajando duro y entretejiendo una tela de malla tan fina que las casualidades, antes o después, se presentaban a tu favor. Sin embargo, aquello tampoco pertenecía a ese tipo de suerte. Aquello era

suerte sin más. Una suerte atípica.

Siempre y cuando tuviera razón de verdad. Miró al suelo y se dio cuenta de que estaba andando por la nieve. Que, literalmente, tenía los pies en la tierra.

Volvió al coche, sacó el móvil y marcó el número de Bjørn Holm.

—Dime, Harry —contestó una voz nasal, somnolienta y casi irreconocible.

—Suenas como si tuvieses resaca —dijo Harry con desconfianza.

—Ya me gustaría —dijo Holm moqueando—. Tengo un catarro horrible. Estoy helado, y eso que tengo dos edredones. Me duele todo...

—Escucha —lo interrumpió Harry—. ¿Te acuerdas de que te pedí que le tomaras la temperatura a esas gallinas para averiguar cuánto tiempo hacía desde que Sylvia estuvo en el granero y las mató?

—¿Sí?

—Y luego dijiste que una estaba más caliente que las otras dos.

Bjørn Holm seguía moqueando.

—Sí. Skarre sugirió que tendría fiebre. Y, teóricamente, es muy posible.

—Creo que estaba más caliente porque la mataron después de que Sylvia fuera asesinada, es decir, como mínimo una hora más tarde.

—Ajá, ¿y quién la mató?

—El Muñeco de Nieve.

Harry oyó cómo Holm se sorbía los mocos con fuerza, y tardó bastante rato en contestar.

—Quieres decir que ella cogió el hacha de Sylvia, volvió y...

—No, el hacha estaba en el bosque. Debí haber reaccionado cuando lo vi, pero todavía no había oído hablar del cauterizador de lazo cuando descubrimos los cadáveres de las gallinas en el granero.

—¿Qué es lo que viste?

—Una pluma cortada de gallina que tenía los bordes negros. Creo que el Muñeco de Nieve utilizó el cauterizador de lazo.

—De acuerdo —dijo Holm—. ¿Pero por qué demonios iba ella a matar a una gallina?

—Para pintar la pared de rojo.

—¿Cómo?

—Tengo una idea —dijo Harry.

—Mierda —murmuró Bjørn Holm—. Supongo que esa idea significa que tengo que levantarme, ¿no?

—Bueno...

Parecía que la nieve hubiera terminado su descanso, porque a las tres empezaron a caer otra vez copos abundantes y esponjosos sobre Østlandet. Una capa gris de aguanieve cubría la E16, que subía serpenteando desde Bærum.

En Sollihøgda, el punto más alto de la carretera, Harry y Holm torcieron y siguieron por el camino del bosque.

Cinco minutos después, Rolf Ottersen les abrió la puerta. Detrás de él, en la sala de estar, Harry vio a Ane Pedersen sentada en el sofá.

—Solo queríamos echar un vistazo al suelo del granero —dijo Harry.

Rolf Ottersen se subió las gafas. Bjørn Holm tuvo un ataque de tos acompañado de un burbujeo.

—Adelante —dijo Ottersen.

Mientras se dirigían al granero, Harry se percató de que el viudo se había quedado observándolos en el umbral de la puerta.

El tajo estaba en el mismo sitio, pero no había rastro de gallinas, ni vivas ni muertas. Apoyada en la pared había una pala puntiaguda. Para cavar tierra, no nieve. Harry se acercó al tablero de herramientas. Asoció la silueta del hacha que faltaba con los dibujos de tiza de los cadáveres cuando se han retirado de la escena del crimen.

—O sea, yo creo que el Muñeco de Nieve vino aquí y mató a la tercera gallina para salpicar de sangre los tablones del suelo. No podía darles la vuelta y la alternativa era pintarlos de rojo.

—Sí, eso has dicho en el coche, pero yo sigo sin entender nada de nada.

—Si quieres eliminar unas manchas rojas, puedes o bien limpiarlas, o bien pintarlo todo de rojo. Creo que el Muñeco de Nieve trataba de tapar algo. Un rastro.

—¿Qué tipo de rastro?

—Algo rojo que es imposible de quitar porque lo absorbe la madera sin tratar.

—¿Sangre? ¿Intentaba tapar sangre con sangre? ¿Eso es lo que crees?

Harry cogió una escoba y quitó el serrín de alrededor del tajo. Se puso en cuclillas y notó la presión del revólver de Katrine que llevaba debajo del cinturón. Recorrió el suelo con la mirada. Todavía tenía aquel brillo rosado.

—¿Tienes las fotos que tomamos aquí? —preguntó Harry—. Empieza por el lugar donde había más sangre. Estaba un poco apartado del tajo, más o menos aquí.

Holm sacó las fotos de la cartera.

—Sabemos que lo que había encima era sangre de gallina —dijo Harry—. Pero imagínate que dio tiempo de que la madera absorbiera la primera sangre que cayó, y que esta se saturó de forma que no se mezcló con la nueva sangre, la que vertieron encima un rato más tarde. Lo que me pregunto es si todavía puedes sacar muestras de la primera sangre, es decir, la que fue absorbida por la madera.

Bjørn Holm parpadeó incrédulo.

—¿Qué coño quieres que conteste a eso?

—Bueno —dijo Harry—. La única respuesta que te admito es « sí ».

Holm contestó con un ataque de tos prolongado.

Harry fue andando hasta la casa. Llamó a la puerta y Rolf Ottersen salió.

—Mi colega se quedará un rato —dijo Harry—. ¿Podría entrar a calentarse de vez en cuando?

—Por supuesto —dijo Ottersen displicente—. ¿Qué es lo que estáis buscando ahora?

—Yo te iba a preguntar lo mismo —dijo Harry—. He visto que hay tierra en la pala que tienes ahí dentro.

—Ah, eso. He estado cavando para instalar una cerca.

Harry paseó la mirada por el campo cubierto de nieve que se prolongaba hasta el bosque oscuro y tupido. Se preguntaba qué era lo que Ottersen pensaba cercar y de qué quería protegerse. Porque lo había visto, había advertido el miedo en los ojos de Rolf Ottersen. Harry señaló hacia la sala de estar con la cabeza.

—¿Visita de...? —Lo interrumpió el sonido de un móvil.

Era Skarre.

—Hemos encontrado otro —dijo.

Harry miró fijamente hacia el bosque y notó cómo los grandes copos de nieve se le derretían en las mejillas y la frente.

—¿Otro qué? —preguntó en voz baja a pesar de que ya lo había adivinado en la voz de Skarre.

—Otro muñeco de nieve.

La psiquiatra Kjersti Rødsmoen consiguió localizar al comisario Knut Müller-Nilsen cuando él y Espen Lepsvik, de KRIPOS, estaban a punto de dejar el despacho.

—Katrine Bratt ha hablado —dijo ella—. Y creo que debéis venir al hospital y oír lo que tiene que contar.

Día 21  
Tanques

Skarre iba por la nieve delante de Harry, pisando las huellas que los conducían por entre los árboles. La forma súbita en que caía la oscuridad de la tarde anunciaba que estaban a las puertas del invierno. Encima de ellos centelleaba la Torre Tryvannstårnet y debajo, Oslo. Harry había conducido directamente desde Sollihøgda y dejó el coche en el aparcamiento grande y vacío donde los bachilleres, como una manada de roedores, se reúnen cada año para la realización obligatoria de los rituales adultos de la especie: bailar alrededor de la hoguera, beber hasta anestesiarse, circuncidarse y follar. La época de bachiller de Harry había transcurrido sin coche. Y solo con dos amigos vociferantes, Bruce Springsteen e *Independence Day* en el radio-casete portátil, en lo alto de un búnker alemán en Nordstrand.

—Fue un senderista quien lo descubrió —dijo Skarre.

—¿Y creyó necesario avisar a la policía de que había un muñeco de nieve en el bosque?

—Tenía un perro. Fue el animal el que... en fin... Mejor lo ves tú mismo.

Salieron a campo abierto. El joven que custodiaba el lugar se irguió al verlos y se dirigió hacia ellos.

—Thomas Helle, de Personas Desaparecidas —dijo—. Nos alegra que estés aquí, Hole.

Harry miró sorprendido al joven policía, pero vio que lo decía en serio.

Vio a los técnicos en la cima de la colina que tenía enfrente.

Skarre se agachó por debajo del cordón policial de color naranja y Harry pasó por encima. Un sendero marcaba por dónde debían pisar para no destruir los rastros que se hubieran conservado. Los técnicos se dieron cuenta de la presencia de Harry y Skarre, y se retiraron silenciosos a un lado mientras miraban atentos a los recién llegados. Como si hubieran estado esperando el momento de mostrarles aquello. De ver sus reacciones.

—Joder —dijo Skarre y dio un paso atrás.

Harry notó que se le quedaba la cabeza fría, como si toda la sangre se le retirara de pronto del cerebro dejando una sensación de nada, entumecida y muerta.

No fueron los detalles, porque a primera vista no parecía que el cadáver de aquella mujer desnuda estuviese maltrecho. Por lo menos no como Sylvia Ottersen o Gert Rafto. Lo horrorizó la construcción, la disposición, la premeditación, la sangre fría del arreglo. El cuerpo estaba sentado encima de dos



grandes bolas de nieve que habían llevado rodando hasta un tronco y estaban colocadas una sobre la otra, como un muñeco de nieve a medio hacer. El cadáver se balanceaba chocando contra el tronco, pero si se deslizaba hacia un lado, lo atraparía un alambre que estaba sujeto en la rama gruesa, justo encima de la cabeza. El alambre enrollado terminaba en un lazo tieso alrededor del cuello del cadáver, doblado de forma que no tocaba los hombros ni el cuello, como un lazo congelado en el momento en que baja perfecto alrededor de la presa. Tenía los brazos juntos, atados a la espalda. La mujer tenía los ojos y la boca cerrados, lo que le otorgaba al rostro una expresión de paz, casi como si estuviera dormida.

Podría incluso parecer que habían tratado bien el cadáver. Hasta que uno descubría los puntos de sutura en la piel pálida y desnuda. Los bordes de piel debajo del hilo casi invisible estaban separados por una hebra fina y lisa de sangre negra. Una de las hileras de puntos le cruzaba el estómago justo debajo del pecho. La otra le rodeaba el cuello. Un trabajo perfecto, pensó Harry. No había ni un agujero de clavo vacío, ni un listón torcido.

—Se parece a esa mierda de arte abstracto —dijo Skarre—. ¿Cómo lo llaman?

—Instalación —dijo una voz detrás de ellos.

Harry ladeó la cabeza. Tenían razón. Pero había algo que rompía la impresión de la cirugía perfecta.

—Él la ha cortado en trozos —dijo con la voz ronca, como si estuvieran intentando estrangularlo—. Y la ha vuelto a recomponer.

—¿Él? —dijo Skarre.

—A lo mejor para facilitar el transporte —dijo Helle—. Yo creo que sé quién es. El marido denunció ayer la desaparición. Está en camino.

—¿Por qué crees que es ella?

—El marido encontró un vestido con marcas de quemaduras. —Helle señaló el cuerpo—. Más o menos donde están los puntos.

Harry se concentró en respirar. Acababa de comprender qué era lo que no encajaba. Era un muñeco de nieve sin terminar. Y los nudos apretados y los ángulos imperfectos del alambre retorcido. Parecían recios, fortuitos e inquietos. Como si fuese un boceto, un ejercicio. Un primer esbozo para una obra todavía incompleta. ¿Y por qué le había atado los brazos a la espalda? ¿Estaría muerta mucho antes de llegar aquí? ¿Era eso una parte del esbozo? Carraspeó.

—¿Por qué no me han informado de esto antes?

—He informado a mi jefe, que a su vez ha informado al comisario jefe de la Policía Judicial —dijo Helle—. Lo único que nos han dicho es que no hablemos de ello, de momento. Supongo que tendrá algo que ver con... —echó una mirada rápida a los técnicos... esa persona anónima que buscan.

—¿Katrine Bratt? —preguntó Skarre.

—No he oído ese nombre —dijo una voz detrás de ellos.

Se volvieron. El comisario jefe de la Policía Judicial estaba en la nieve, con las piernas separadas y con las manos en los bolsillos de la gabardina. Contemplaba el cadáver con unos ojos de un azul frío.

—Eso de ahí debería participar en la Exposición de Otoño de Arte Contemporáneo.

Los policías más jóvenes miraron perplejos al comisario jefe de la Policía Judicial que, sin darse por aludido, se volvió hacia Harry.

—¿Podemos intercambiar unas palabras, comisario?

Se fueron hacia el cordón policial.

—Vaya putada, menudo aprieto —dijo el comisario jefe de la Policía Judicial. Estaba delante de Harry, pero vagaba con la mirada hasta la manta de luz que se extendía debajo—. Hemos tenido una reunión. Por eso tenía que hablar contigo a solas ahora.

—¿Quiénes habéis tenido una reunión?

—Eso no es lo importante, Harry. Lo importante es que hemos tomado una decisión.

—Ya.

El comisario jefe de la Policía Judicial daba pataditas en la nieve y, por un momento, Harry se preguntó si debía avisarle de que estaba contaminando la escena del crimen.

—Había pensado hablarlo contigo esta noche, Harry. En un entorno más silencioso y tranquilo. Pero ahora, con este nuevo cadáver, la cosa urge. Dentro de tan solo un par de horas, la prensa sabrá del asunto. Y dado que no contamos con tanto tiempo como creíamos, debemos informar de quién es el Muñeco de Nieve. De que Katrine Bratt consiguió ocupar un puesto en la policía y actuar desde ahí sin que lo descubriéramos. Como es natural, la jefatura tendrá que asumir la responsabilidad. Para eso está la jefatura, es evidente.

—¿Y de qué va esto en realidad, jefe?

—De la credibilidad de la policía de Oslo. La mierda se está desbordando, Harry. Cuanto más alto sea el nivel desde el que empiece a chorrear, más manchará a todo el cuerpo. Que algunas personas a un nivel más bajo metan la pata, se puede perdonar. Pero si perdemos la confianza de la gente y empieza a dudar de que el Cuerpo esté dirigido con un mínimo de competencia, de que exista cierto control, estamos perdidos. Cuento con que comprenderás lo que hay en juego, Harry.

—Ando mal de tiempo, jefe.

El comisario jefe de la Policía Judicial dejó de pasear la mirada por la ciudad y clavó la vista en el comisario.

—¿Sabes lo que significa kamikaze?

Harry cambió el peso del cuerpo al otro pie.

—¿Ser japonés, que te hayan lavado el cerebro y estrellar un avión contra un portaaviones americano?

—Eso creía yo también. Pero Gunnar Hagen dice que los propios japoneses nunca utilizaban esa palabra, que fue algo que los intérpretes norteamericanos entendieron mal. Kamikaze es el nombre de un tifón que salvó a los japoneses en una batalla contra los mongoles en algún momento del siglo XIII. Traducido literalmente significa «aire divino». ¿Curioso, no?

Harry no contestó.

—Ahora necesitamos esa clase de viento —dijo el comisario jefe de la Policía Judicial.

Harry asintió lentamente con la cabeza. Lo había comprendido.

—¿Queréis que alguien cargue con toda la culpa de la contratación de Katrine Bratt? ¿Y de que no la descubriera nadie? ¿De toda la mierda en general?

—Pedirle a alguien que se sacrifique de esa manera no es agradable. Especialmente cuando, con ese sacrificio, uno también salva su pellejo. Entonces hay que tener presente que es por algo que está por encima del individuo. —El comisario jefe de la Policía Judicial volvió a pasear la mirada por la ciudad—. El hormiguero, Harry. Siempre se trata del hormiguero. El trabajo duro, la lealtad, la abnegación a veces sin sentido..., lo que hace que merezca la pena es el hormiguero.

Harry se pasó la mano por la cara. Traición. Apuñalamiento. Cobardía. Intentó tragarse el cabreo. Decirse a sí mismo que el comisario jefe tenía razón. Había que sacrificar a alguien y la culpa debía recaer lo más bajo posible en la jerarquía. Era justo. En realidad, debería haber desenmascarado a Katrine Bratt mucho antes.

Harry se irguió. Por extraño que pudiera parecer, le resultaba un alivio. Hacía mucho que tenía la sensación de que su historia terminaría así; tanto que, en realidad, había llegado a aceptarlo. Como los colegas del Club de los Policías Muertos habían hecho su salida: sin fanfarrias ni medallas, sin otra cosa que el respeto propio y el de aquellos que habían sido partícipes, de los pocos que sabían de qué se trataba. El hormiguero.

—Comprendo —dijo Harry—. Y lo acepto. Tendréis que instruirme sobre cómo queréis que se haga. Pero, de todos modos, creo que tenemos que aplazar esa conferencia de prensa unas horas hasta que sepamos algo más.

El comisario jefe de la Policía Judicial negó con la cabeza.

—No lo entiendes, Harry.

—Es posible que haya nuevas circunstancias en el asunto.

—No eres tú quien va a sufrir las consecuencias.

—Estamos comprobando si... —Harry se calló—. ¿Qué has dicho, jefe?

—Esa era la propuesta inicial, pero Gunnar Hagen no estaba de acuerdo. Así que será él quien asuma la culpa. Y ahora está en el despacho redactando su

dimisión. Yo solo quería informarte, para que lo sepas cuando empiece la conferencia de prensa.

—¿Hagen? —dijo Harry.

—Un buen soldado —dijo el comisario jefe de la Policía Judicial dándole a Harry unas palmaditas en el hombro—. Me voy. La conferencia de prensa es a las ocho en la sala grande, ¿de acuerdo?

Harry veía alejarse la espalda del comisario jefe de la Policía Judicial cuando notó que el móvil le vibraba en el bolsillo de la chaqueta. Miró la pantalla antes de decidirse a contestar.

—*Love me tender* —dijo Bjørn Holm—. Estoy en el Anatómico Forense.

—¿Qué tienes?

—Había sangre humana en la madera. La señora del laboratorio dice que, por desgracia, la sangre está terriblemente sobrevalorada como fuente de ADN, así que duda de que encontremos material celular para obtener un perfil. Pero ha sacado el grupo sanguíneo, y adivina lo que hemos encontrado.

Bjørn Holm hizo una pausa, hasta que se dio cuenta de que Harry no pensaba jugar a *¿Quién quiere ser millonario?* y continuó.

—Es un grupo que excluye a la mayoría, por decirlo así. Lo tienen dos de cada cien personas y en todo el registro policial, solo hay ciento veintitrés. Si Katrine Bratt es de ese grupo sanguíneo, será un indicio cojonudo de que sangró en el granero de Ottersen.

—Compruébalo con la central de operaciones, tienen una lista del grupo sanguíneo de todos los agentes de la Comisaría General.

—¿Sí? Joder, voy a cotejarlo ahora mismo.

—Pero no te desilusiones demasiado cuando averigües que ella no es B negativo.

Harry esperó mientras oía la sorpresa muda del colega. Llegó la pregunta:

—¿Cómo coño sabes que era B negativo?

—¿Cuánto tardarás en reunirte conmigo en el Instituto Forense?

Eran ya las seis y los empleados del Hospital Sandviken que tenían horario fijo se habían ido a sus casas hacía mucho. Pero en el despacho de Kjersti Rødsmoen la luz seguía encendida. La psiquiatra se cercioró de que Knut Müller-Nilsen y Espen Lepsvik tenían preparado el bloc de notas antes de mirar el suyo y empezar:

—Katrine Rafto cuenta que quería muchísimo a su padre. —Miró a los otros dos—. Era solo una niña cuando los periódicos lo acusaron de ser un hombre violento. Katrine se sentía herida, tenía miedo y estaba muy confundida. En el colegio la acosaban por lo que publicaron los periódicos. Al poco tiempo sus padres se divorciaron. Cuando Katrine tenía diecinueve años, el padre

desapareció al mismo tiempo que dos mujeres aparecían asesinadas en Bergen. La investigación se archivó pero, tanto dentro como fuera de la policía, todos creían que su padre había sido el asesino y que se había suicidado al comprender que no tenía escapatoria. En ese momento, Katrine decidió que ingresaría en la policía, esclarecería los homicidios y limpiaría el nombre de su padre.

Kjersti Rødsmoen levantó la vista. Ninguno de los dos estaba tomando notas, solo la observaban.

—Así que solicitó el ingreso en la Escuela Superior de Policía —continuó Rødsmoen—. Cuando acabó, la contrataron en la unidad de Delitos Violentos y Personas Desaparecidas de Bergen, donde pronto empezó a repasar el caso de su padre en sus horas libres. Hasta que la descubrieron y le impidieron seguir haciéndolo, y Katrine solicitó el traslado a la unidad de Delitos Sexuales. ¿Es correcto?

—Confirmado —dijo Müller-Nilsen.

—Procuraron que no se acercara al asunto de su padre, así que empezó a investigar casos similares. Y, mientras repasaba informes de desaparecidos de todo el país, hizo un descubrimiento interesante. A saber, que había informes de años posteriores que denunciaban la desaparición de varias mujeres en circunstancias muy similares a las de Onny Hetland y su padre. —Kjersti Rødsmoen pasó la página—. Pero para poder seguir, Katrine necesitaba ayuda y sabía que no la conseguiría en Bergen. Por eso decidió involucrar en el caso a alguien con experiencia en asesinatos en serie. Pero naturalmente, ese paso debía producirse sin que nadie supiera que era ella, la hija de Rafto, quien estaba detrás.

El hombre de KRIPOS, Espen Lepsvik, meneaba lentamente la cabeza y Kjersti retomó la exposición:

—Después de una preparación exhaustiva, eligió al comisario Harry Hole de Delitos Violentos de Oslo. Le escribió una carta y la firmó con el misterioso nombre de Muñeco de Nieve, para despertar su curiosidad y porque habían mencionado la presencia de muñecos de nieve en varias de las declaraciones de testigos en relación con las desapariciones. También se mencionaba un muñeco de nieve en las anotaciones de su padre sobre el homicidio en la cima de la colina de Ulriken. Cuando el grupo de Delitos Violentos anunció una vacante, pidiendo específicamente una mujer, ella la solicitó y la llamaron para una entrevista. Ha contado que le ofrecieron el puesto casi antes de que se hubiese sentado.

Rødsmoen levantó la vista, pero dado que los otros dos no decían nada, continuó:

—Desde el primer día, Katrine intentó ponerse en contacto con Harry Hole para que la dejase participar en la investigación. Con todo lo que ella ya sabía sobre Hole y el caso, le fue fácil manipularlo y dirigirlo hacia Bergen y la desaparición de Gert Rafto. Y con la ayuda de Hole, encontró a su padre, por fin.

En una nevera en la isla de Finnøy.

Kjersti se quitó las gafas.

—No hace falta mucha imaginación para comprender que una experiencia así puede constituir el detonante de una reacción psicótica. Naturalmente, el estrés no hizo más que empeorarlo, al creer, en tres ocasiones, que habían desenmascarado al asesino. Primero, Idar Vetlesen, luego un tal... —Miró las notas entornando los ojos—... Filip Becker. Y finalmente, Arve Støp. Todo para descubrir que se trataba de la persona equivocada las tres veces. Ella misma intentó sacarle una confesión a la fuerza a Støp, pero se dio por vencida cuando comprendió que él tampoco era el hombre que buscaba. Escapó del lugar cuando oyó venir a la policía. Dice que no podía dejarse atrapar antes de haber terminado su trabajo. Que consistía en desenmascarar al culpable. En ese momento, creo que podemos afirmar sin reservas que estaba profundamente inmersa en la psicosis. Volvió a Finnøy, donde contaba con que Hole la encontraría. Y resultó que tenía razón. Cuando él se presentó en la isla, lo desarmó y quiso obligarlo a oír qué debía hacer para continuar con la investigación.

—¿Que lo desarmó? —dijo Müller-Nilsen—. Teníamos entendido que se entregó sin oponer resistencia.

—Dice que la herida de la comisura se la causó Harry Hole cuando la redujo por sorpresa —dijo Kjersti Rødsmoen.

—¿Debemos creer a una persona psicótica? —dijo Lepsvik

—Ya ha salido del estado psicótico —dijo Rødsmoen con firmeza—. Tendremos que mantenerla en observación un par de días más, pero después deberéis haceros cargo de ella. En el caso de que sigáis considerándola sospechosa, claro está.

Esto último quedó flotando en el aire hasta que Espen Lepsvik se inclinó sobre la mesa.

—¿Quieres decir que crees que Katrine dice la verdad?

—No es competencia mía expresar una opinión al respecto —dijo Rødsmoen, y cerró sus notas.

—¿Y si te pregunto tu opinión al margen de lo profesional?

Rødsmoen esbozó una sonrisa.

—Entonces creo que debes seguir creyendo lo que ya opinas al respecto, comisario.

Bjørn Holm recorrió la escasa distancia desde el Anatómico Forense hasta el vecino Instituto Anatómico y esperó en el garaje a Harry, que venía en coche desde Tryvann.

Junto a Holm estaba el técnico de autopsias plagado de *piercings*, con el

uniforme hospitalario de color verde, el mismo que llevaba un cadáver en la camilla la última vez que Harry estuvo allí.

—Lund-Helgesen no está aquí hoy —informó Holm.

—Pero a lo mejor nos puedes llevar a dar una vuelta —le dijo Harry al técnico.

—No se nos permite enseñar... —empezó a decir el del uniforme verde, pero Harry lo interrumpió.

—¿Cómo te llamas?

—Kai Robøle.

—De acuerdo, Robøle —dijo Harry enseñándole la tarjeta de identificación policial—. Yo te doy permiso.

Robøle se encogió de hombros y abrió la puerta.

—Habéis tenido suerte de que estuviera yo. Después de las cinco esto siempre está vacío.

—Yo tenía la impresión de que hacíais muchas horas extra —dijo Harry.

Robøle negó con la cabeza.

—¿Aquí, en el sótano, con los muertos? Ni hablar. Aquí nos gusta más la luz diurna —sonrió, aunque dio la impresión de que no le parecía divertido—. ¿Qué es lo que queréis ver?

—Los cadáveres más recientes —dijo Harry.

El técnico abrió la puerta con una llave y los condujo a través de otras dos puertas hasta una habitación alicatada con ocho tanques, cuatro a cada lado, separados por un pasillo estrecho. La base de los tanques estaba cubierta por una tapa de metal.

—Están ahí —dijo Robøle—. Cuatro en cada tanque. Los tanques están llenos de alcohol.

—Muy fuerte —dijo Holm en voz baja.

Era imposible saber si el técnico lo malinterpretó a propósito, pero contestó:

—Cuarenta grados.

—Es decir, veinticuatro cadáveres —dijo Harry—. ¿Eso es todo?

—Tenemos alrededor de cuarenta cadáveres, pero estos son los más recientes. Suelen conservarlos aquí un año antes de que empecemos a utilizarlos.

—¿Y cómo llegan aquí?

—En el coche de la funeraria. Algunos los recogemos nosotros mismos.

—¿Y los metéis por el garaje?

—Sí.

—¿Qué pasa después?

—¿Qué pasa? Bueno, los arreglamos, les hacemos un agujero en la parte superior del muslo e inyectamos la mezcla de fijación. Eso hace que se conserven mejor. Luego preparamos unas placas de metal con el número que aparece en los documentos.

—¿Qué documentos?

—Los que identifican al cadáver. Se archivan arriba, en la oficina. Les ponemos una chapa metálica en el dedo gordo del pie, otra en un dedo de la mano y otra en la oreja. Intentamos mantener registradas también las partes del cadáver, según se vayan seccionando para poder incinerar el cuerpo todo junto cuando llegue la hora.

—¿Cotejáis regularmente los cadáveres con los documentos?

—¿Que si los cotejamos? —Se rascó la cabeza—. Solo cuando tenemos que enviar cadáveres. Aquí en Oslo es donde se donan más cuerpos, así que se los suministramos a las universidades de Tromsø, Trondheim y Bergen cuando no tienen suficientes.

—O sea, que puede ocurrir que haya cuerpos que no debieran estar aquí, ¿no?

—De ninguna manera. Todos los que están aquí han donado su cuerpo al Instituto mediante testamento.

—Eso es lo que me preguntaba —dijo Harry, y se puso en cuclillas al lado de uno de los tanques.

—¿Cómo?

—Escucha, Robøle. Voy a hacerte una pregunta hipotética. Y quiero que lo pienses bien antes de contestar. ¿De acuerdo?

El técnico asintió brevemente con la cabeza.

Harry se puso de pie todo lo largo que era.

—¿Alguien que tenga acceso a estas instalaciones podría transportar cadáveres hasta aquí por la noche, por el garaje, ponerles una chapa con un número ficticio, dejar el cadáver en uno de estos tanques y contar con que sea relativamente probable que nunca se descubra?

Kai Robøle reflexionó un instante. Se rascó un poco más la cabeza. Se pasó un dedo por la hilera de *piercings*.

Harry aguardaba. Holm tenía la boca entreabierta.

—En teoría —dijo Robøle—, no hay nada que lo impida.

—¿Nada que lo impida?

Robøle negó con la cabeza y soltó una risa nerviosa.

—No, coño. Es absolutamente posible.

—En ese caso quiero ver esos cadáveres ahora.

Robøle se quedó mirando a aquel policía gigantón.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—Puedes empezar desde el fondo hacia la izquierda.

—Entonces, creo que tengo que llamar a alguien con autorización.

—Si quieres obstruir nuestra investigación de homicidio, adelante.

—¿Homicidio? —Robøle guiñó un ojo.

—¿Has oído hablar del Muñeco de Nieve?

Robøle se quedó perplejo. Se dio la vuelta y se dirigió a las cadenas que



colgaban de una polea a motor que había en el techo. Tiró de ellas hacia el tanque, se oyó un chirrido. Luego sujetó los dos ganchos a la placa metálica del tanque. Cogió el mando y lo pulsó. La polea empezó a zumbiar rebobinando la cadena. La tapa del tanque empezó a levantarse despacio mientras Harry y Holm la seguían expectantes con la mirada. Sujetas a la parte inferior de la tapa había dos placas horizontales, una debajo de la otra, divididas por una vertical. Encima de las placas, a cada lado de la separación, había un cadáver blanco y desnudo. Parecían muñecas pálidas, y reforzaban esa impresión los agujeros negros y rectangulares de los muslos. Cuando tenían los cadáveres a la altura de las caderas, el técnico pulsó el botón de parada. En el silencio que siguió se oía el rumor grave del alcohol goteando y retumbando en la blanca superficie alicatada.

—¿Vale? —dijo Robøle.

—No —dijo Harry—. El siguiente.

El técnico repitió el procedimiento. Cuatro nuevos cadáveres subieron del tanque siguiente.

Harry negó con la cabeza.

Al llegar al tercer cuarteto, Harry se sobresaltó. Kai Robøle, que malinterpretó su reacción y creyó que se había asustado, sonrió satisfecho.

—¿Qué es eso? —preguntó Harry señalando a la mujer sin cabeza.

—Probablemente, una devolución de una de las otras universidades —dijo Robøle—. Los nuestros suelen estar enteros.

Harry se inclinó y tocó el cadáver. Estaba frío y la consistencia era anómalamente dura debido a la fijación. Pasó un dedo por el borde del corte del cuello. Estaba liso; y la carne, pálida.

—Utilizamos un bisturí para el exterior y después una sierra fina —explicó el técnico.

—Ya. —Harry se inclinó por encima del cadáver, agarró el brazo de la mujer y tiró de él bruscamente de manera que el torso se quedó de costado.

—¿Qué haces? —exclamó Robøle.

—¿Ves algo en la espalda? —le preguntó Harry a Holm, que estaba al otro lado del cadáver.

Holm asintió con la cabeza.

—Un tatuaje. Parece una bandera.

—¿Cuál?

—Ni idea. Verde, amarillo y rojo. Con una estrella de cinco puntas en el centro.

—Etiopía —dijo Harry y soltó a la mujer, que volvió a caer en su sitio—. Esta muchacha no ha donado su cuerpo, sino que la han donado, por decirlo de alguna manera. Es Sylvia Ottersen.

Kai Robøle parpadeaba nervioso sin parar, como convencido de que, la

próxima vez que parpadease, habría desaparecido algo en la habitación.

Harry le puso una mano en el hombro.

—Busca a quien tenga acceso a la documentación de los cadáveres y repasa todos los que tengáis. Ahora. Tengo que irme.

—¿Qué pasa? —preguntó Holm—. De verdad, me he perdido.

—Inténtalo —dijo Harry—. Olvida todo lo que creías saber e inténtalo.

—De acuerdo, ¿pero qué pasa?

—Hay dos respuestas a eso —dijo Harry—. Una es que tenemos al Muñeco de Nieve.

—¿Y la otra?

—Que no sé lo que pasa.

## QUINTA PARTE

Miércoles 5. Noviembre de 1980

### El muñeco de nieve

Fue el día que llegó la nieve. A las once de la mañana empezaron a caer los copos densamente y sin previo aviso desde un cielo incoloro, y como un ejército espacial conquistaron los campos, los jardines y los prados de Romerike.

Mathias estaba sentado solo en el Toyota Corolla de su madre, delante de un chalé de la calle Kolloveien. No tenía ni idea de lo que hacía su madre en esa casa. Le había dicho que no tardaría mucho. Había dejado la llave de contacto puesta y en la radio sonaba «Bajo la nieve» de ese nuevo grupo de chicas, Dollie. Abrió la puerta del coche de una patada y salió. La nieve generaba un silencio compacto, casi anormal entre los chalés. Se agachó, recogió un puñado de la materia blanca y prieta e hizo una bola de nieve.

Ese día, sus compañeros de la clase de séptimo A le habían tirado bolas de nieve en el recreo y lo habían llamado Mathias el Tetas. Odiaba empezar la secundaria, odiaba tener trece años. Todo comenzó después de la primera clase de educación física, cuando descubrieron que no tenía pezones. Según el médico, podía ser hereditario, y le hicieron pruebas de otras enfermedades. Su madre le había contado a Mathias y a su padre que el abuelo materno, que murió cuando ella era pequeña, tampoco tenía pezones. Pero en uno de los álbumes de fotos de la abuela, Mathias había encontrado una foto del abuelo en la siega del heno, en la que llevaba pantalones con tirantes y el torso desnudo. Y ahí sí tenía.

Mathias golpeó la bola de nieve entre las manos para endurecerla. Quería arrojársela a alguien. Fuerte. Tan fuerte que doliera. Pero no había nadie. Podría hacer un muñeco para bombardearlo. Puso la bola de nieve dura sobre el montón que había al lado del garaje. Empezó a hacerla rodar. Los cristales de nieve se iban adhiriendo unos a otros. Después de dar una vuelta al jardín con la bola, le llegaba por la barriga e iba abriendo un surco que dejaba al descubierto la hierba marrón bajo la nieve. Siguió empujando. Cuando no pudo hacerla rodar más, empezó una nueva. Esa también se hizo grande. Logró subirla encima de la primera, con dificultad. Hizo una cabeza, trepó por el muñeco de nieve y la colocó arriba del todo. El muñeco de nieve estaba al lado de una de las ventanas de la casa. Se oía ruido dentro. Partió dos ramas de un manzano y las introdujo en los costados del muñeco. Buscó piedrecillas delante de la escalera, trepó otra vez por el muñeco y le dibujó con ellas los ojos y la sonrisa. Se subió a los hombros del muñeco apretando los muslos alrededor de la cabeza y se quedó sentado mirando por la ventana.

En la habitación iluminada había un hombre con el torso desnudo moviendo

las caderas hacia delante y hacia atrás mientras cerraba los ojos, como si estuviese bailando. De la cama sobresalían unas piernas separadas. Mathias no podía verlo, pero sabía que era Sara. Que era su mamá. Que estaban follando.

Mathias apretó los muslos con fuerza alrededor de la cabeza de nieve y notó el frío en la entrepierna. No podía respirar, era como si le hubiesen tensado un alambre alrededor del cuello.

Las caderas del hombre golpeaban una y otra vez contra su madre. Mathias no podía apartar la vista del pecho del hombre mientras el frío le entumecía la entrepierna, el estómago y más allá, hasta que le llegó a la cabeza. El hombre le estaba metiendo el pito dentro. Como hacían en las revistas. Iba a inyectar el semen dentro de su madre. Y no tenía pezones.

El hombre se paró de repente. Tenía los ojos abiertos. Y los clavó en Mathias.

Mathias aflojó los muslos, se deslizó por detrás del muñeco de nieve, se agachó y se quedó sentado, quietecito, esperando. Tenía la cabeza hecha un lío. Era un chico listo, inteligente, siempre se lo habían dicho. Un poco distinto, pero de altas capacidades decían los profesores. Por eso, todos sus pensamientos encontraron su sitio, como piezas de un rompecabezas que llevara tiempo intentando resolver. Pero aun así, no podía entender la imagen reconstruida, no la podía soportar. No podía ser así. Tenía que ser así.

Oía su propia respiración jadeante.

Era así. Lo sabía. Todo encajaba. La frialdad de su madre hacia papá. Las conversaciones cuando creían que él no los oía, las plegarias y amenazas desesperadas de papá para que ella se quedara no solo por él, sino por Mathias, Dios mío, ¡tenían un hijo en común! Y la risa amarga de su madre. La foto del abuelo en el álbum y la mentira de su madre. Por supuesto que Mathias no se lo había creído cuando Stian, el de su clase, dijo que la madre de Mathias el Tetas tenía un novio que vivía arriba, en el páramo, que se lo había oído decir a su tía. Porque Stian era igual de tonto que todos los demás pelmazos, no entendía nada. Ni siquiera entendió nada dos días después, cuando encontró a su gato colgado en la punta del mástil de la bandera del colegio.

Papá no lo sabía. Mathias notaba en todo el cuerpo que papá creía que Mathias era... suyo. Y no debía saber que no era cierto. Nunca. Se moriría. Mathias preferiría morir él mismo. Sí, eso era justo lo que quería. Quería morir, desaparecer, alejarse de su madre y del colegio y de Stian y de... todo. Se levantó, dio una patada al muñeco de nieve y corrió hacia el coche.

Se la llevaría consigo. Ella también iba a morir.

Cuando su madre salió y él le abrió la puerta del coche, habían pasado casi cuarenta minutos desde que entró en la casa.

—¿Te ha pasado algo? —preguntó.

—Sí —dijo Mathias, y se cambió de sitio en el asiento trasero de forma que ella no lo pudiese ver en el retrovisor—. Lo he visto.

—¿Qué quieres decir? —dijo la madre, metió la llave en el contacto y la giró.

—El muñeco de nieve...

—¿Y cómo era ese muñeco de nieve? —El coche arrancó con un chirrido y ella soltó el embrague con tanta fuerza que él casi soltó el gato del coche, que tenía en la mano.

—Papá nos está esperando —dijo ella—. Tenemos que darnos prisa.

Puso la radio. No era más que un locutor que recitaba las noticias sobre las elecciones en Estados Unidos y Ronald Reagan. Y aun así, ella subió el volumen. Pasaron la cima y bajaron hacia la carretera general y el río. En el campo que se extendía ante ellos asomaban briznas amarillas y tiesas saliendo de entre la nieve.

—Vamos a morir —dijo Mathias.

—¿Qué has dicho?

—Vamos a morir.

Ella bajó la voz de la radio. Él se preparó. Se inclinó hacia delante entre los asientos, levantó el brazo.

—Vamos a morir —susurró.

Y golpeó.

El golpe le dio en la nuca con un crujido. Y su madre apenas reaccionó, solo se quedó rígida en el asiento. Volvió a golpearla. Y otra vez más. El coche dio un salto cuando el pie se deslizó del embrague, pero ella seguía sin emitir ningún sonido. A lo mejor se le había roto la parte del cerebro que servía para hablar, pensó Mathias. Al cuarto golpe notó que algo cedía, que la cabeza se había vuelto blanda. El coche rodó recto y a velocidad constante, pero él comprendió que ella ya no estaba consciente. El Corolla Toyota cruzó la carretera general sin desviarse y continuó bajando por los campos del otro lado. La nieve frenaba la velocidad, pero no lo suficiente como para detener el coche. Alcanzó el ancho río y se deslizó dentro de las aguas negras y frías. Se quedó un rato atravesado antes de que la corriente lo volcara. El agua entraba poco a poco por las puertas y la carrocería, a través de las manillas y por las juntas de las ventanillas mientras el coche flotaba lentamente río abajo. Mathias miró por la ventanilla e hizo señas con la mano a un coche que iba por la carretera general, pero no lo vieron. El nivel del agua subía dentro del coche. Y de repente oyó a su madre murmurar algo. La miró, le miró la nuca, las profundas heridas bajo el cabello ensangrentado. Se movía con el cinturón de seguridad aún puesto. El nivel del agua subía rápidamente, a Mathias le llegaba ya por las rodillas. Notaba que lo invadía el pánico. No quería morir. Ni en ese momento ni de aquella manera. Golpeó la ventanilla lateral con el gato. El cristal se rompió y el agua entró a raudales. Se puso de pie en el asiento y logró salir por la parte superior de la ventanilla mientras entraba el agua. Notó que se le enganchaba una de las botas al marco de la ventanilla, estiró el empeine y se dio cuenta de que se le escapaba

la bota. Estaba libre y empezó a nadar hacia la orilla. Vio que un coche se había parado en la carretera, de él salieron dos personas que ahora caminaban por la nieve en dirección al río.

Mathias era un buen nadador. Se le daban bien muchas cosas. Así que, ¿por qué no les caía bien? Un hombre vadeó el río hasta que lo alcanzó y lo sacó del agua cuando él ya estaba cerca de la orilla. Mathias se dejó caer en el suelo. No porque no pudiera tenerse de pie, sino porque sabía por instinto que era lo más inteligente que podía hacer. Cerró los ojos y oyó que una voz nerviosa le preguntaba al oído si había alguien más en el coche, que quizá todavía pudieran salvarlo. Mathias negó lentamente con la cabeza. La voz le preguntó si estaba seguro.

Más tarde, la policía explicó el accidente aludiendo a la carretera helada y atribuyendo las heridas que la mujer presentaba en la cabeza al hecho de que el coche se hubiera salido de la carretera y al choque con el agua. En realidad, el coche no tenía grandes daños pero, al fin al cabo, aquella era la única explicación plausible. Igual que la conmoción era la única explicación posible a la respuesta del chico cuando los primeros en llegar le preguntaron varias veces si había alguien más en el coche y él contestó:

—Solo soy yo. Estoy solo.

—Solo soy yo —repitió Mathias seis años más tarde—. Estoy solo.

—Gracias —dijo el chico que tenía delante, dejando la bandeja de comida en la mesa de la cantina cuyo único ocupante hasta el momento había sido Mathias. Fuera, la lluvia tamborileaba su habitual marcha de bienvenida a los estudiantes de medicina de Bergen, una marcha acompasada que continuaría hasta la primavera.

—¿Tú también eres nuevo en medicina? —preguntó el chico, y Mathias se quedó mirando cómo hendía el filete empanado con el cuchillo.

Asintió con la cabeza.

—Hablas con acento del este del país —dijo el chico—. ¿No te admitieron en Oslo?

—No quería estudiar en Oslo —dijo Mathias.

—¿Por qué no?

—No conozco a nadie allí.

—¿Y a quién conoces aquí?

—A nadie.

—Yo tampoco. ¿Cómo te llamas?

—Mathias Lund-Helgesen. ¿Y tú?

—Idar Vetlesen. ¿Has estado en Ulriken?

—No.

Pero Mathias había estado en Ulriken. Y en Fløyen y en la montaña de Sandviksfjellet. Había paseado por las típicas calles estrechas, por las plazas de Fisketorget y Torgalmenningen, había visto los pingüinos y los leones marinos en el acuario, había bebido cerveza en Wesselstuen, había oído a una banda nueva y sobrevalorada en Garage, y había visto al equipo del Brann perder en el Brann Stadion de Bergen. Todo aquello que se supone que hay que hacer con los compañeros de estudios, él ya lo había hecho. Solo.

Repitió la ronda con Idar, y fingió que era la primera vez.

Pronto se dio cuenta de que Idar era un animal social y, pegándose a él como una lapa, consiguió estar donde ocurrían las cosas.

—¿Por qué estudias medicina? —le preguntó Idar un día, tomando unas copas en casa de un compañero cuyo apellido tenía abolengo en Bergen. Era la noche del tradicional baile de otoño de los estudiantes de medicina, e Idar había invitado a dos chicas de Bergen *muy* guapas que, vestidas de negro y con el cabello recogido, se inclinaban para oír de lo que hablaban.

—Para hacer del mundo un lugar algo mejor —dijo Mathias, y apuró la cerveza tibia de Hansa—. ¿Y tú?

—Para ganar dinero, por supuesto —dijo Idar, guiñándole el ojo a las chicas.

Una de ellas se sentó al lado de Mathias.

—Tienes una placa de donante de sangre —dijo ella—. ¿De qué grupo sanguíneo eres?

—B negativo. ¿Y tú, a qué te dedicas?

—No tenemos por qué hablar de eso. B negativo es un grupo poco frecuente, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Estoy estudiando enfermería.

—Bien —dijo Mathias—. ¿En qué curso estás?

—En tercero.

—¿Has pensado en hacer alguna especiali...?

—Mejor no hablemos de eso —dijo ella y le puso en el muslo una mano menuda y cálida.

La chica repitió la misma frase cinco horas después, desnuda debajo de él en su cama.

—Nunca me había pasado esto antes —dijo él.

Ella le sonrió y le acarició la mejilla.

—Ah, ¿entonces no es a mí a quien le pasa algo?

—¿Cómo? —balbució—. No.

Ella se rio.

—Eres muy majo. Eres bueno y considerado. Y por cierto, ¿qué ha sido de estas?

Le estaba tirando de la piel del pecho.



Mathias notaba algo negro. Algo feo, negro y muy agradable.

—Es de nacimiento —dijo.

—¿Es una enfermedad?

—Es una alteración de la mama que puede aparecer en ciertas patologías, como la enfermedad de Raynaud y la esclerodermia.

—¿Eso qué es?

—Un síndrome hereditario que hace que todo el tejido se convierta en tejido conjuntivo.

—¿Es peligroso? —Ella le pasó los dedos por el pecho cuidadosamente.

Mathias sonrió y notó una erección incipiente.

—La enfermedad de Raynaud implica que los dedos de pies y manos se vuelven fríos y blancos. La esclerodermia es peor...

—¿Ah, sí?

—Todo el tejido conjuntivo se tensa. Se alisa, las arrugas desaparecen.

—¿Eso no es bueno?

Mathias notó que la mano iba bajando.

—Llega un momento en que la tersura de la piel dificulta los gestos, reduce el repertorio de expresiones faciales, es como si la cara se endureciese hasta convertirse en una máscara.

La mano menuda y caliente le agarró la polla.

—Las manos y, con el tiempo, también los brazos se encogen y no consigues extenderlos. Al final te quedas totalmente inmóvil mientras la piel simplemente te asfixia.

Ella susurró jadeante:

—Parece una muerte horrible...

—El mejor consejo es suicidarse antes de que los dolores te vuelvan loco. ¿Tienes algo en contra de tumbarte a los pies de la cama? Me gustaría hacerlo de pie.

—Por eso estudias medicina, ¿verdad? —dijo ella—. Para saber en qué consiste. Para encontrar una manera de vivir con esa enfermedad.

—Solo quiero una cosa —dijo él, levantándose y poniéndose a los pies de la cama con la polla erecta oscilando en el aire—. Saber cuándo es hora de morir.

El médico recién licenciado Mathias Lund-Helgesen era un hombre muy conocido en la sección de Neurología del Hospital Haukeland de Bergen. Tanto los colegas como los pacientes lo describían como una persona competente, considerada, que sabía escuchar. Esto último resultaba de lo más idóneo, dado que a menudo veían pacientes con síndromes diversos, muchos de ellos hereditarios y por lo general sin perspectivas de cura, solo de alivio. Y en las escasas ocasiones en que llegaba un paciente con esclerodermia, una

enfermedad terrible, se los remitían al amable y joven doctor, que tenía planes de hacer un doctorado sobre inmunobiología. Fue a principios de otoño cuando Laila Aasen y su marido acudieron allí con su hija. La niña presentaba rigidez articular y sufría fuertes dolores, y el primer pensamiento de Mathias fue que podía tratarse del síndrome de Bechterev. Tanto Laila Aasen como su marido contestaron afirmativamente a la pregunta de si había habido casos de enfermedades reumáticas en la familia, de modo que Mathias tomó una muestra de sangre de los padres y de la niña, para analizarlas.

Mathias estaba ante su escritorio cuando llegaron los resultados, y tuvo que leerlos tres veces. Notó que aquella sensación fea, negra y agradable volvía a crecer dentro de él. Los resultados eran negativos. Tanto en sentido clínico, dado que podía descartar que la razón de las molestias fuera el síndrome de Bechterev, como en sentido familiar, ya que se podía descartar al señor Aasen como padre biológico de la niña. Y Mathias sabía que él no lo sabía, pero que ella sí, que Laila Aasen lo sabía. Advirtió en ella un pequeño tic cuando pidió muestras de sangre de los tres. ¿Seguiría follándose al otro? ¿Qué aspecto tendría? ¿Viviría en un chalé con una parcela de césped? ¿Qué defectos secretos tendría? ¿Y cómo y cuándo se enteraría la hija de que esa puta mentirosa la había estado engañando toda la vida?

Mathias miró hacia abajo y descubrió que había volcado el vaso de agua. Una gran mancha se extendía por la entrepierna del pantalón, y sintió que el frío se extendía hacia el estómago y hacia arriba, hasta la cabeza.

Llamó a Laila Aasen y la informó del resultado. El médico. Ella le dio las gracias, claramente aliviada, y colgaron. Mathias se quedó mirando el teléfono un buen rato. Dios mío, cómo la odiaba. Se pasó la noche en vela en la estrecha cama de la habitación de estudiante que conservó después de terminar los estudios. Intentó leer, pero le bailaban las letras. Intentó masturbarse, algo que por lo general le producía el cansancio físico suficiente como para poder conciliar el sueño, pero no lograba concentrarse. Se pinchó con una aguja en el dedo gordo del pie, que otra vez tenía totalmente blanco, solo para notar si tenía sensibilidad. Finalmente, se acurrucó bajo el edredón hasta que el amanecer tiñó de color la noche gris.

Mathias también se ocupaba de casos neurológicos más generales, y uno de ellos era un policía de la comisaría de Bergen, un hombre de mediana edad. Un día, después de la exploración, cuando el agente se estaba vistiendo, Mathias notó que la combinación del olor corporal y el aliento a alcohol era casi anestésica.

—Entonces, ¿qué? —dijo el agente de policía con voz estentórea, como si Mathias fuese uno de sus subordinados.

—Neuropatía en estado inicial —dijo Mathias—. Se te han descompensado

los nervios de las plantas de los pies. Tienes la sensibilidad reducida.

—¿Quieres decir que por eso he empezado a andar como un puto borracho?

—¿Eres un borracho, Rafto?

El agente de policía dejó de abrocharse la camisa y el cuello se le fue poniendo rojo como cuando el mercurio sube en un termómetro.

—¿Qué coño estás diciendo, jovencito?

—Normalmente, es el exceso de alcohol lo que provoca la polineuropatía. Si se prolonga, te expones a sufrir daños cerebrales permanentes. ¿Has oído hablar de Korsakoff, Rafto? ¿No? Esperemos que no tengas que oírlo, porque dio nombre a un síndrome sumamente perjudicial. No sé lo que te contestas cuando te miras en el espejo y te preguntas si eres un borracho, pero sugiero que la próxima vez te hagas una pregunta adicional. ¿Quiero morir ahora, o un poco más tarde?

Gert Rafto se quedó mirando al joven médico. Masculló un taco, salió y cerró la puerta de golpe.

Cuatro semanas más tarde, Rafto lo llamó y le preguntó si podía ir a que lo visitara.

—Ven mañana —dijo Mathias.

—No puedo. Es urgente.

—Entonces vete a Urgencias.

—Escúchame, Lund-Helgesen. Llevo tres días en la cama sin poder moverme. Tú eres la única persona que me ha preguntado a la cara si soy alcohólico. Sí, soy alcohólico. Y no, no quiero morir. Todavía no.

El apartamento de Gert Rafto apestaba a basura, botellas de cerveza vacías y al propio Rafto. Sin embargo, no había restos de alimentos, pues en aquella casa nunca había comida.

—Esto es un complemento de vitamina B1 —dijo Mathias y sostuvo la jeringa hacia la luz—. Te recuperarás.

—Gracias —dijo Gert Rafto. Cinco minutos después, se había dormido.

Mathias echó un vistazo por el apartamento. En el escritorio había una foto de Rafto con una niña morena sobre los hombros. De la pared colgaban fotos de lo que se figuró que serían escenarios de diversos delitos. Muchas fotografías. Mathias las observó. Cogió un par de ellas y estudió los detalles. Dios mío, qué chapuceros habían sido los asesinos. La falta de pericia se veía sobre todo en los cadáveres con lesiones, cortes o golpes. Abrió los cajones en busca de más fotos. Encontró informes, anotaciones, algunos objetos de valor: anillos, relojes de mujer, collares. Y recortes de periódico. Los leyó. El nombre de Gert Rafto se repetía, a menudo en citas de conferencias de prensa donde se pronunciaba acerca de la estupidez de los asesinos y de cómo había conseguido desenmascararlos. Parecía que él los hubiese descubierto a todos.

Cuando Gert Rafto se despertó seis horas más tarde, Mathias seguía allí. Estaba sentado junto a la cama con dos informes de asesinato en el regazo.

—Cuéntame —dijo Mathias—. ¿Cómo cometerías un asesinato para que no te cogiesen nunca?

—Evitando mi propio distrito policial —dijo Rafto mirando a su alrededor en busca de algo de beber—. Si el investigador es bueno, no tienes escapatoria de todas formas.

—¿Y si, a pesar de todo, quisiera hacerlo en el distrito de un buen investigador?

—Entonces intentaría hacerme amigo del investigador antes de cometer el asesinato —dijo Gert Rafto—. Y luego, una vez perpetrado el asesinato, lo mataría a él también.

—Curioso —dijo Mathias—. Yo había pensado exactamente lo mismo.

Durante las semanas siguientes, Mathias visitó a Gert Rafto varias veces en su domicilio. El paciente no tardó en mejorar y los dos tuvieron ocasión de hablar largo y tendido de enfermedades, de estilos de vida, de la muerte y de las dos únicas cosas que Gert Rafto quería en el mundo. Su hija Katrine, que, por razones incomprensibles, también lo quería a él. Y la cabaña de la isla de Finnøy, el único lugar donde sabía a ciencia cierta que nadie lo molestaría. Pero más que nada, hablaron de los casos de asesinato que Gert Rafto había resuelto. De sus éxitos. Y Mathias lo animaba, le decía que también podía vencer en la lucha contra el alcoholismo, que podría celebrar nuevos triunfos en la policía si conseguía apartarse de la botella.

Para cuando llegó a Bergen el final del otoño, con días aún más cortos y rachas de lluvia más prolongadas, Mathias ya tenía listo un plan.

Llamó a Laila Aasen a su casa a media mañana.

Le dijo quién era, y ella lo escuchó en silencio mientras le exponía el motivo de su llamada. Que habían encontrado algo nuevo en la muestra de sangre de su hija y que él estaba al tanto de que Bastian Aasen no era el padre biológico de la niña. Era de vital importancia que le facilitasen una muestra de sangre del verdadero padre. Lo que implicaría informar de la situación tanto al marido como a la hija. ¿Estaba ella de acuerdo con eso?

Mathias le dio tiempo de que se hiciera cargo de la situación.

Luego le dijo que si consideraba importante que eso se mantuviese en secreto, él le ayudaría con mucho gusto, pero en ese caso lo tendrían que hacer *off the record*.

—¿*Off the record*? —repitió ella con la apatía de quien acaba de sufrir una conmoción.

—Como médico, tengo un compromiso ético y debo ser sincero para con tu hija. Pero investigo síndromes y, por lo tanto, me interesa mucho poder seguir su evolución. Podrías encontrarte conmigo esta tarde, con la mayor discreción...

—Sí —susurró ella con voz temblorosa—. Sí, por favor.

—Bien. Coge el último funicular hasta la cima de Ulriken. Allí no nos molestará nadie y podemos bajar andando. Espero que comprendas a lo que me expongo y que no hables de este encuentro con nadie.

—¡Por supuesto que no! Confía en mí.

Él seguía sujetando el auricular después de que ella colgara. Con los labios pegados al plástico gris, susurró:

—¿Y por qué me iba a fiar de ti, puta de mierda?

Laila Aasen no confesó que le había hablado a una amiga de su cita con él hasta que no se vio tumbada en la nieve con el bisturí en la garganta. Porque habían quedado para cenar juntas. Pero solo le había dicho su nombre de pila, ni siquiera dónde iban a verse.

—Entonces, ¿para qué se lo contaste?

—Para tomarle el pelo —gritó Laila—. Es una curiosa.

Él apretó más el fino acero contra la piel y Laila sollozó el nombre y la dirección de la amiga. Después, ya no dijo nada más.

Dos días más tarde, Mathias experimentó un cúmulo de sentimientos encontrados mientras leía lo que decía el periódico sobre el homicidio de Laila Aasen y la desaparición de Onny Hetland y de Gert Rafto. En primer lugar, estaba descontento con el asesinato de Laila Aasen. No había resultado como él esperaba, había perdido el control por una mezcla de ira y pánico. De ahí la cantidad de porquería, demasiado que recoger, demasiados detalles como los que recordaba de las fotos que vio en casa de Rafto. Y demasiado poco tiempo para disfrutar de la venganza, la justicia.

El de Onny Hetland fue peor aún, casi una catástrofe. Por dos veces estuvo a punto de llamar a su puerta y otras tantas le faltó valor y se marchó. La tercera vez se dio cuenta de que había llegado tarde. Ya había alguien llamando a la puerta. Gert Rafto. Cuando Rafto se fue, llamó él y se presentó como el ayudante de Rafto, y ella lo dejó entrar. Pero Onny le dijo que no le quería contar lo que le había contado a Rafto, que le había prometido que quedaría entre ellos dos. Y solo se avino a hablar cuando le cortó las palmas de la mano con el bisturí.

A juzgar por lo que le dijo, Mathias comprendió que Gert Rafto había decidido resolver el caso personalmente. ¡El muy idiota pensaba restablecer su buen nombre!

Matar a Onny Hetland no le supuso ningún problema. Poco trajín, poca sangre. Y el descuartizamiento en la ducha resultó eficaz y rápido. Envolvió en plástico todas las partes del cuerpo y las repartió entre la mochila grande y la bolsa que llevaba a tal efecto. Durante las visitas a Rafto, este le había explicado que lo primero que investiga la policía en casos de homicidio es el tráfico de

vehículos por la zona y los viajes en taxi registrados. Así que se fue andando todo el camino de vuelta a su apartamento.

Ahora faltaba la última parte de las instrucciones de uso de Gert Rafto sobre el asesinato perfecto: matar al investigador.

Curiosamente, ese fue el mejor de los tres homicidios. Curioso porque Mathias no sentía nada por Rafto, nada del odio que le inspiraba Laila Aasen. Se trataba más bien de que, por primera vez, se había aproximado a la estética que imaginaba, la idea del asesinato en sí. En primer lugar, la vivencia misma del acto era tan atroz y desgarradora como esperaba. Aún podía oír el eco de los gritos de Rafto propagándose por la isla despoblada. Y lo más curioso, a la vuelta se dio cuenta de que ya no tenía los dedos de los pies blancos insensibles, como si la congelación gradual se hubiera detenido por un instante, como si se hubiera descongelado.

Cuatro años más tarde, después de haber matado a otras cuatro mujeres, se dio cuenta de que todos los asesinatos eran intentos de reconstruir el homicidio de su madre, y concluyó que estaba loco.

O mejor dicho, que sufría un trastorno grave de la personalidad. Toda la literatura que había leído sobre el tema así lo indicaba. El ritual, que consistía en que el crimen debía cometerse el mismo día en que caía la primera nieve del año, preferiblemente. Que había que hacer un muñeco de nieve. Y sobre todo, el sadismo creciente.

Pero comprender aquello no le impedía continuar, de ninguna manera. Porque el tiempo apremiaba. Los síntomas de la enfermedad de Raynaud se manifestaban con más frecuencia, y creía notar los primeros indicios de esclerodermia: esa rigidez de las facciones que, con el tiempo, culminaría en la nariz puntiaguda y repugnante, y la boca fruncida como la de una carpa con la que terminaban quienes sufrían un estadio avanzado de esa patología.

Se mudó a Oslo para escribir la tesis doctoral sobre inmunobiología y los canales de agua del cerebro, ya que los estudios de investigación de esa especialidad se impartían en el Instituto Anatómico de Gaustad. Paralelamente a la investigación, ejercía en la Clínica Marienlyst, donde lo había recomendado Idar, que ya trabajaba allí. Mathias también hacía guardias de noche en urgencias, puesto que le costaba dormir de todos modos.

No era difícil encontrar a las víctimas. En primer lugar, contaba con los análisis de sangre que, en algunos casos, ayudaban a excluir la paternidad, y además tenía las pruebas de ADN de la sección de Pruebas de Paternidad que utilizaban en el Instituto Forense. Idar, cuya competencia era bastante limitada incluso para un médico de medicina general, utilizaba a escondidas a Mathias como consejero en todos los casos relacionados con enfermedades y síndromes

hereditarios. Y si se trataba de personas jóvenes, el consejo de Mathias casi siempre era el mismo:

—Procura que los padres vayan a la primera consulta, toma muestras de la cavidad bucal de todos, di que solo es para comprobar la flora bacteriana y envía las muestras a la sección de Pruebas de Paternidad, así al menos sabrás que el punto de partida es el correcto.

Y el idiota de Idar hacía lo que le mandaban. De modo que, andando el tiempo, Mathias se había hecho con un pequeño registro de mujeres con hijos que, por decirlo de alguna manera, navegaban bajo bandera falsa. Y lo mejor: no había ninguna relación entre su nombre y esas mujeres, ya que las muestras bucales figuraban, sin excepción, a nombre de Idar.

Para que cayesen en la trampa utilizaba la misma fórmula a la que ya recurrió con éxito en el caso de Laila Aasen. Un teléfono y una cita en un lugar secreto sin que nadie lo supiese. Solo en una ocasión, la víctima elegida sucumbió durante la conversación misma y fue a contárselo todo a su marido. Lo cual terminó con la disolución de la familia, así que ella recibió su castigo de todas formas. Mathias llevaba mucho tiempo pensando en un modo más eficaz de deshacerse de los cadáveres. Era evidente que el método utilizado con Onny Hetland no funcionaba a la larga. Lo destruyó trozo a trozo en una solución de ácido clorhídrico, en la bañera de su apartamento. Era un proceso complicado, nocivo y arriesgado, que duró casi tres semanas. Así que se llevó una alegría inmensa cuando, de repente, se le ocurrió la solución. Los tanques del Instituto Anatómico. Era tan genial como sencilla. Igual que el cauterizador de lazo.

Había leído sobre el cauterizador en un artículo de una revista de anatomía, donde un especialista francés recomendaba este invento veterinario para el uso en cadáveres en los que había empezado el proceso de descomposición. Porque el lazo incandescente cortaba con eficacia y cuidado tanto la carne suave y medio descompuesta como el hueso, y porque se podía utilizar en varios cadáveres al mismo tiempo sin peligro de transferir bacterias. Muy pronto comprendió que con un lazo incandescente para trocear a las víctimas, el transporte se simplificaría radicalmente. Por lo tanto, se puso en contacto con el fabricante, voló a Rouen y, una mañana nublada y en un inglés torpe, le hicieron una demostración del artefacto en un estable encalado del norte de Francia. El cauterizador de hilo incandescente era un asa sencilla con la forma y el tamaño de un plátano, y una funda de metal que protegía la mano de posibles quemaduras. El hilo incandescente era tan fino como el de pescar y se introducía en cada extremo del plátano, donde se podía tensar o aflojar con el interruptor que había en el asa. Allí estaba también el botón de encendido y apagado, que funcionaba a pilas y activaba la fuente de calor gracias a la cual el hilo metálico, parecido al garrote, se ponía al rojo vivo en cuestión de segundos. Mathias estaba entusiasmado, aquel instrumento no solo servía para despiezar cadáveres, podría

darle otros usos. Cuando le dijeron el precio, casi se echó a reír. El cauterizador le costó menos que el billete de avión. Incluidas las pilas.

Al publicarse una investigación sueca según la cual entre el quince y el veinte por ciento de los niños tienen un padre biológico distinto al que creen, Mathias comprobó que aquellos datos concordaban bien con sus estadísticas personales. No era el único. Y tampoco era el único que se veía abocado a una muerte precoz y horrible porque su madre hubiera fornicado con un tío con los genes defectuosos. Pero aquello sí lo tenía que soportar él solo: ese miedo, esa lucha contra la enfermedad, esa cruzada. Dudaba de que alguien le diera nunca las gracias, de que lo honraran. Pero había algo de lo que sí estaba seguro: todos se acordarían de él mucho tiempo después de su muerte. Porque por fin había encontrado el camino a la fama postuma. La obra maestra, la última estocada.

Empezó por una casualidad.

Lo vio en la tele. El comisario. Harry Hole. A Hole lo entrevistaron porque había atrapado a un asesino en serie en Australia. Y Mathias se acordó enseguida del consejo de Gert Rafto: «Evitando mi distrito policial». Pero también se acordó de lo gratificante que había sido matar al cazador. La sensación de dominación. La sensación de poder. Nada podría comparársele nunca. Y ese Eróstrato, Harry Hole, parecía tener algo de Rafto, la misma ira, la misma actitud de desapego de todo.

Aun así, puede que se hubiese olvidado de él de no ser porque uno de los ginecólogos de la Clínica Marienlyst mencionó que aquel policía fornido que vieron en la tele el día anterior era alcohólico y estaba loco de remate. Gabriella, una pediatra, añadió que el hijo de la pareja de Hole había sido paciente suyo. Oleg, un niño muy agradable.

—Seguramente, se volverá alcohólico él también —dijo el ginecólogo—. Ya sabes que es muy hereditario.

—Hole no es el padre —dijo Gabriella—. Pero lo interesante es que quien aparece registrado como padre biológico, un profesor o algo así, de Moscú, también es alcohólico.

—¡Eh, no he oído nada de esto! —gritó Idar Vetlesen por encima de las risas—. Acordaos del secreto profesional, chicos.

El almuerzo continuó, pero Mathias no podía olvidar lo que había dicho Gabriella. O más bien, la forma en que se había expresado: «quien aparece registrado como padre».

Después del almuerzo, Mathias acompañó a la pediatra hasta su consulta, entró con ella y cerró la puerta.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Gabriella?

—Ah, hola —dijo ella con un rubor expectante tiñéndole las mejillas. Mathias sabía que él le gustaba, que probablemente pensaba que era guapo, amable, divertido y que sabía escuchar. Hasta lo había invitado a salir más de una vez con



alguna indirecta, pero él había rehusado amablemente.

—Como sabrás, tengo permiso para utilizar algunas de las muestras de sangre de la clínica para mi doctorado —dijo él—. Y he encontrado algún indicio en la muestra de sangre del chico del que hablaste. El hijo de la novia de Hole.

—Bueno, tengo entendido que ya no son novios.

—¿De verdad? Verás, lo de Oleg es hereditario, así que quería preguntarte sobre las relaciones de parentesco...

Mathias creyó advertir cierta decepción.

A él, en cambio, no lo decepcionó en absoluto lo que ella le contó.

—Gracias —dijo, se levantó y salió. Sintió que el corazón le bombeaba vivificante y animosamente, que los pies lo empujaban hacia delante sin que él tuviese que esforzarse, y la alegría lo iluminó entero como un cauterizador de hilo incandescente. Porque sabía que ese era el principio. El principio del fin.

La asociación de vecinos de Holmenkollen organizó su fiesta de verano un día de agosto muy caluroso. Los adultos bebían vino blanco bajo las sombrillas del césped, delante del local de la comunidad, mientras los niños corrían entre las mesas o jugaban al fútbol en el campo de grava. A pesar de las enormes gafas de sol que casi le ocultaban la cara, Mathias la reconoció por la foto que había descargado de la página web del trabajo, que contenía una lista de todos los empleados. Estaba sola, se le acercó y le preguntó con media sonrisa si podía quedarse a su lado y fingir que la conocía. Ahora ya sabía cómo se hacían esas cosas. Había aprendido tanto... Ya no era Mathias el Tetas.

Ella se bajó las gafas, lo miró extrañada; y él pudo confirmar que la foto mentía: era mucho más guapa. Tan guapa que pensó que el plan A tenía un punto débil: que en ninguna parte estaba escrito que ella fuera a interesarse por él, que una mujer como Rakel, madre soltera o no, tenía posibilidades. Era verdad que el plan B tenía el mismo fin que el plan A, pero no sería ni de lejos igual de satisfactorio.

—Padezco timidez social —dijo él, y levantó el vaso de plástico fingiendo estar angustiado—. Me ha invitado un amigo que vive aquí, y él no ha llegado todavía. Prometo alejarme en cuanto aparezca.

Ella se rio. Le gustaba su risa. Y sabía que los primeros tres segundos críticos habían contado a su favor.

—He visto a un chico que acaba de meter un golazo —dijo Mathias—. Apuesto a que estás estrechamente emparentada con él.

—¿Ah, sí? A lo mejor era Oleg, mi hijo.

Logró disimularlo, pero Mathias sabía por las innumerables consultas de los pacientes que ninguna madre puede resistirse a presumir de sus hijos.

—Una fiesta estupenda —dijo—. Unos vecinos estupendos.

—¿Te gusta ir a las fiestas de los vecinos de otros?

—Creo que mis amigos tienen miedo de que esté un poco solo estos días —dijo él—. Así que intentan animarme. Por ejemplo, con el buen ambiente que reina entre sus vecinos. —Tomó un sorbo del vaso de plástico e hizo una mueca—. Y con el vino blanco dulzón de la casa. ¿Cómo te llamas?

—Rakel. Fauke.

—Hola, Rakel. Mathias.

Le cogió la mano. Menuda, caliente.

—No tienes nada de beber —dijo él—. Espera que te traiga algo. ¿El dulce de la casa?

Cuando volvió y le dio el vaso, había sacado el busca y lo miraba con expresión preocupada.

—¿Sabes qué, Rakel? Me habría gustado quedarme aquí y conocerte mejor, pero ha habido alguna baja en urgencias y necesitan un hombre extra rápidamente. Así que tengo que ponerme el traje de Superman y salir para el centro.

—Lástima —dijo ella.

—¿Eso crees? A lo mejor se trata solo de unas horas. ¿Piensas quedarte aquí mucho rato?

—No lo sé. Depende de Oleg.

—Comprendo. Ya veremos. De todas formas, ha sido un placer conocerte.

Le estrechó la mano otra vez. Se fue, y supo que había ganado la primera vuelta.

Fue a su apartamento en Torshov y leyó un artículo interesante sobre una investigación relativa a los canales de agua en el cerebro. Cuando volvió sobre las ocho, ella estaba sentada debajo de una de las sombrillas con un sombrero blanco de ala ancha y sonrió cuando él se sentó a su lado.

—¿Has salvado alguna vida? —preguntó ella.

—Más que nada, arañazos —dijo Mathias—. Una apendicitis. El apogeo ha sido un niño que venía con una botella de refresco atascada en uno de los orificios de la nariz. Le he dicho a la madre que era demasiado joven para esnifar cola. Desgraciadamente, la gente no tiene sentido del humor en este tipo de situaciones...

Ella se rio. Una risa cristalina y agradable que casi le hizo desear que aquello fuese de verdad.

Hacía mucho que Mathias venía observando callosidades en algunas zonas de la piel, pero en otoño de 2004 vio las primeras señales de que la enfermedad estaba entrando en su siguiente fase. La fase en la que él no quería participar. La tirantez en la cara. Su plan era que Eli Kvale fuese la víctima del año, después de las

putas de Birte Becker y Sylvia Ottersen. Lo interesante sería que la policía encontrara la conexión entre esas dos víctimas, el putaño de Arve Støp. Pero según estaban las cosas, tendría que adelantar los planes. Se había prometido en todo momento que le pondría punto final cuando llegasen los dolores, que no esperaría. Y ahí estaban. Decidió matarlas a las tres. Además de la gran final: Raket y el comisario.

Hasta aquel momento había trabajado a escondidas, y ya era hora de exhibir su obra. Para hacerlo tendría que dejar huellas más claras, enseñarles las conexiones, darles la imagen completa.

Empezó con Birte. Quedaron en hablar de la enfermedad de Jonas aquella noche, en su casa, cuando su marido se hubiese ido a Bergen. Mathias llegó a la hora convenida, ella cogió el abrigo y se dio la vuelta para colgarlo en el armario de la entrada. Improvisaba muy pocas veces, pero había una bufanda rosa colgada de un gancho y la cogió casi por instinto. La retorció dos veces antes de acercarse a ella por detrás y ponérsela alrededor del cuello. La levantó, no pesaba mucho, y la colocó delante del espejo para poder verle los ojos. Se le salían de las órbitas, como los de un pez al que hubieran subido rápidamente de las profundidades.

Después de dejarla en el coche, entró en el jardín y se acercó al muñeco de nieve que había hecho la noche anterior. Le metió el móvil en el pecho, tapó el agujero y le anudó la bufanda al cuello. Era pasada la media noche cuando llegó al garaje del Instituto Anatómico, le puso la fijación al cadáver de Birte, lo registró, le colocó las chapas con la numeración y la metió en una plaza vacía de uno de los tanques.

Luego le tocó el turno a Sylvia. La llamó, fue con el mismo cuento y acordaron verse en el bosque, detrás del Salto de Holmenkollen, un lugar que ya había utilizado anteriormente. Pero esta vez había gente cerca y no quería correr ningún riesgo. Le explicó que Idar Vetlesen, al contrario que él, no era exactamente especialista en la enfermedad de Fahr, y que tenían que volver a verse. Ella sugirió que la llamase al día siguiente por la noche mientras estaba sola en casa.

La noche siguiente fue allí en coche, la encontró en el granero y liquidó el asunto de inmediato.

Pero estuvo a punto de salir mal.

La muy chiflada se le abalanzó blandiendo el hacha, le dio un tajo en el costado, le rajó la chaqueta y la camisa, y le sajó una vena, de modo que salpicó de sangre el suelo del granero. Sangre del tipo B negativo, un tipo que tenía una de cada cien personas. Así que después de matarla en el bosque y de dejar la cabeza encima del muñeco de nieve, volvió para camuflar su propia sangre matando una gallina y vertiendo por el suelo la sangre del animal.

Fueron veinticuatro horas muy estresantes pero, curiosamente, esa noche apenas notó los dolores. Y los días posteriores continuaron hablando del asunto en los periódicos, para regocijo suyo. El Muñeco de Nieve. Así lo llamaban. Un nombre que todos recordarían. No sabía que unas letras impresas en papel producido por medios mecánicos pudieran dar esa sensación de poder e importancia. Casi se arrepintió de haber actuado tantos años a escondidas. ¡Y lo fácil que era! Él, que se había creído lo que le decía Gert Rafto, que un buen investigador siempre encuentra al asesino. Pero había visto a Harry Hole, le había visto la frustración y el cansancio en la cara. Era la cara de alguien que no entendía nada.

Y entonces, mientras Mathias estaba preparando sus últimos movimientos, pasó aquello, como un rayo fulminante en un cielo claro. Idar Vetlesen. Lo llamó para decirle que Harry Hole había ido a verlo y le había preguntado por Arve Støp, que lo presionó para que le hablara de la conexión. Pero Idar también se preguntaba qué estaba pasando, era poco probable que la elección de víctimas fuese casual. Y aparte de él mismo y de Støp, el único que conocía la filiación de esos dos casos era Mathias que, como siempre, le había ayudado con el diagnóstico.

Idar estaba preocupado, naturalmente, pero por suerte él logró mantener la cabeza fría. Le pidió a Idar que no dijese nada a nadie y se citó con él en un lugar donde nadie lo vería.

Mathias estuvo a punto de echarse a reír mientras hablaban, le dijo casi literalmente lo mismo que les decía a sus víctimas femeninas. Seguramente debido a lo nervioso que estaba.

Idar propuso el club de *curling*. Mathias colgó y empezó a pensar.

Y se dio cuenta de que podía amañarlo para que pareciera que Idar era el Muñeco de Nieve y, al mismo tiempo, procurarse algo de tranquilidad para trabajar.

Invirtió los sesenta minutos siguientes en organizar los detalles de cómo debería ser el suicidio de Idar. Y a pesar de que le tenía cierto aprecio a su amigo, era un trabajo mental extrañamente emocionante e inspirador. Como también lo fue la planificación del gran proyecto. El último muñeco de nieve. Ella, como él mismo hizo en la primera nevada de hacia ya tantos años, se sentaría en los hombros del muñeco, notaría el frío entre los muslos, miraría por la ventana y vería la traición, el hombre que iba a ser su muerte: Harry Hole. Cerró los ojos y se imaginó el lazo sobre su cabeza. Ardiendo y brillando. Como una falsa aureola.

Harry se sentó en el coche, en el garaje del Instituto Anatómico. Cerró la puerta, cerró los ojos e intentó pensar con claridad. Lo primero que tenía que hacer era localizar a Mathias.

Lo había borrado del móvil y llamó al 1881, donde le dieron el número y la dirección. Tacleó los números y, mientras esperaba, notó que respiraba aceleradamente y con dificultad e intentó calmarse.

—Hola, Harry. —Mathias hablaba en voz baja, pero con el tono habitual de grata sorpresa.

—Perdona que te dé tanto la lata —dijo Harry.

—No pasa nada, Harry.

—Vale. ¿Dónde estás ahora?

—Estoy en casa. Ahora voy a bajar a ver a Rakel y Oleg.

—Estupendo. Porque me preguntaba si podrías darle a Oleg eso de mi parte.

Hubo una pausa. Harry apretó tanto las mandíbulas que le crujieron los dientes.

—Por supuesto —dijo Mathias—. Pero Oleg está ahora en casa así que tú mismo...

—Por Rakel —dijo Harry rápidamente—. Nosotros... no tengo ganas de verla hoy. ¿Puedo pasar por tu casa un momento?

Otra pausa. Harry apretó la oreja al auricular, escuchando intensamente, como si quisiera oír los pensamientos del otro. Pero todo lo que oyó fue su respiración y una suave música de fondo, un carillón japonés minimalista, o algo así. Se imaginaba a Mathias en un apartamento con unos muebles igual de minimalistas. Quizá no muy grande, pero naturalmente, ordenado, nada dejado al azar. Y ahora se había puesto una camisa poco llamativa de color azul claro y una venda nueva en la herida del costado. Porque no mantuvo los brazos cruzados tan alto mientras hablaba con Harry en la escalera para ocultar que no tenía pezones. Sino para esconder la herida causada por el hacha.

—Por supuesto —dijo Mathias.

Harry era incapaz de decir si la voz sonaba natural. Había cesado la música de fondo.

—Gracias —dijo Harry—. Seré breve, pero me tienes que prometer que esperarás.

—Lo prometo —dijo Mathias—. ¿Pero Harry...?

—¿Sí? —Harry respiró hondo.

—¿Sabes mi dirección?

—Me la ha dado Rakel.

Harry soltó un taco para sus adentros. ¿Por qué no le había dicho simplemente que se la habían dado en información? En eso no había nada sospechoso.

—¿Ah, sí? —dijo Mathias.

—Sí.

—De acuerdo —dijo Mathias—. Entra directamente, estará abierto.

Harry colgó y se quedó mirando el teléfono. No encontró ninguna explicación racional de por qué sentía que el tiempo apremiaba, que tenía que correr todo lo que pudiera antes de que estuviera demasiado oscuro. Así que decidió que era su imaginación. Que era ese tipo de miedo que no ayuda, el miedo a la noche, cuando uno no ve la granja de la abuela.

Marcó otro número.

—¿Sí? —contestó Hagen. Una voz sin tono, sin vida. La voz de la renuncia, supuso Harry.

—Deja el papeleo —dijo Harry—. Tienes que llamar al comisario que esté de guardia, necesito una autorización para emplear armas. Detención de un presunto asesino en la calle Åsengata, 12, en Torshov.

—Harry...

—Mira. Los restos de Sylvia Ottersen están en un tanque para la conservación de cadáveres en el Instituto Anatómico. Katrine no es el Muñeco de Nieve. ¿Comprendes?

Pausa.

—No —dijo Hagen—, sinceramente.

—El Muñeco de Nieve es un profesor del Anatómico. Mathias Lund-Helgesen.

—¿Lund-Helgesen? Hostia. Quieres decir el que...

—Sí, el médico que nos ayudó a fijarnos en Idar Vetlesen.

La voz de Hagen había vuelto a la vida.

—El que esté de guardia preguntará si es probable que el hombre esté armado.

—Bueno —dijo Harry—. Por lo que sabemos, no ha utilizado armas de fuego con ninguna de las diez o doce personas a las que ha matado.

Pasaron unos segundos hasta que Hagen se percató del sarcasmo.

—Ahora mismo te llamo —dijo.

Harry colgó y giró la llave de contacto mientras llamaba a Magnus Skarre con la otra mano. Skarre y el motor respondieron al mismo tiempo.

—¿Sigues en Tryvann? —gritó Harry por encima del rugido.

—Sí.

—Deja todo lo que estés haciendo y métete en un coche. Para en el cruce de

las calles Åsengata y Vogst. Detención.

—¿Se está armando la de Dios o qué?

—Sí —dijo Harry. Se oyó el chillido del caucho en el hormigón cuando soltó el embrague.

Pensó en Jonas. Por alguna razón, pensó en Jonas.

Uno de los seis coches patrulla que Harry había pedido a la central de operaciones ya estaba en el cruce de Åsengata cuando Harry bajó por la calle Vogst desde el lado de Storoenteret. Subió el coche a la acera, salió y fue hacia ellos. Bajaron la ventanilla y le dieron el *walkie-talkie* que había pedido.

—Apaga la batidora —dijo Harry señalando la luz azul giratoria. Pulsó el botón del *walkie-talkie* y ordenó a los coches patrulla que apagasen las sirenas un rato antes de llegar.

Cuatro minutos más tarde había seis coches en el cruce. Los agentes de policía, entre ellos Skarre y Ola Li, de Delitos Violentos, se habían reunido alrededor del coche de Harry, que estaba sentado con la puerta abierta señalando en un callejero que tenía en el regazo.

—Li, tienes tres coches para cerrar las posibles rutas de fuga. Aquí, aquí y aquí.

Li se inclinó sobre el mapa y asintió.

Harry se volvió hacia Skarre.

—¿El portero?

Skarre levantó el teléfono.

—Estoy hablando con él ahora mismo. Va con las llaves camino de la puerta principal.

—De acuerdo. Contarás con seis hombres, los colocas en entradas, escaleras de servicio y si es posible, en el tejado. Y además formarás parte de la retaguardia conmigo. ¿Ha llegado el coche del grupo Delta?

—Aquí. —Dos de los agentes, que podían confundirse con los demás, indicaron que ellos conducirían el coche patrulla Delta, el grupo de operaciones especiales entrenado para ese tipo de misiones.

—De acuerdo, quiero que os coloquéis delante de la entrada enseguida. ¿Todo el mundo va armado? —Los agentes asintieron, algunos de ellos con ametralladoras MP-5 que ya habían sacado de los maleteros. Los demás solo tenían el revólver reglamentario. Era una cuestión de presupuestos, según explicó en su día el comisario principal.

—El portero dice que Lund-Helgesen vive en el tercer piso —dijo Skarre, y deslizó el móvil en el bolsillo de la chaqueta—. Solo hay un piso por planta. Ninguna salida al tejado. Para llegar a las escaleras de servicio tiene que subir a la cuarta planta y pasar por un desván cerrado con llave.

—Bien —dijo Harry—. Envía a dos hombres por la escalera de servicio y diles que esperen en el desván.

—De acuerdo.

Harry se llevó a los dos policías de uniforme del primer coche que había llegado. Uno algo mayor y otro jovencito, con la cara llena de granos, que ya habían trabajado con Skarre en otra ocasión. En lugar de entrar en Åsengata, 12, cruzaron la calle y entraron en el edificio de enfrente.

Los dos hijos de la familia Stigson, que vivía en la tercera planta, miraban a los hombres uniformados con los ojos como platos mientras el padre hablaba con Harry, que le explicaba por qué tenían que utilizar el piso. Harry entró en la sala de estar, empujó el sofá para quitarlo de delante de la ventana y miró con detenimiento el piso de enfrente.

—La luz de la sala de estar está encendida —dijo.

—Hay alguien sentado —dijo el policía mayor, que se había colocado justo detrás de él.

—Tengo entendido que la visión disminuye un treinta por ciento al cumplir los cincuenta —dijo Harry.

—No estoy ciego. En el sillón que hay de espaldas. Puedes ver la parte superior del codo y la mano en el reposabrazos.

Harry entrecerró los ojos. Mierda, ¿necesitaría gafas? Bueno, si el viejo pensaba que lo estaba viendo, sería que lo estaba viendo.

—Entonces, quédate aquí y avísame si ves que se mueve. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo el viejo sonriendo.

Harry se llevó al jovencito.

—¿Quién es el que está sentado ahí dentro? —gritó el joven para hacerse oír pese al estruendo de pisadas que bajaban corriendo las escaleras.

—¿Has oído hablar del Muñeco de Nieve?

—Joder.

—Pues eso.

Cruzaron la calle corriendo hasta el otro edificio. El portero, Skarre y cinco agentes uniformados ya estaban listos al lado de la puerta.

—No tengo llave de los pisos —dijo el portero—. Solo de esta puerta.

—Está bien —dijo Harry—. Llamaremos primero. Y si no abre, entraremos a patadas. Que todo el mundo tenga las armas listas y haga el menor ruido posible. ¿De acuerdo? Delta, vosotros venís conmigo.

Harry sacó el Smith & Wesson de Katrine e hizo una señal al portero, que giró la llave en la cerradura.

Harry y los dos Delta, ambos armados con las MP-5, subieron las escaleras, tres peldaños por zancada.

Pararon en la tercera planta frente a una puerta azul sin placa. Uno de los policías pegó la oreja a la puerta, se volvió hacia Harry y negó con la cabeza.



Harry había bajado el volumen del *walkie-talkie* al mínimo y se lo llevó a la boca.

—Alfa a... —no había asignado ningún apodo, y no se acordaba de los nombres—... a alféizar detrás del sofá. ¿Se ha movido el objetivo? Cambio.

Soltó el botón y hubo un discreto chisporroteo. Y entró el sonido.

—Sigue sentado en el sillón.

—Recibido. Entramos. Cambio y corto.

Uno de los policías asintió y sacó una palanqueta, mientras el otro retrocedía y se preparaba.

Harry ya había visto la técnica antes: uno apalanca la puerta para que el otro pueda abrirla fácilmente embistiéndola. No porque fuera imposible forzarla con la palanqueta, sino porque es el efecto del estruendo, la fuerza y la rapidez lo que paraliza al objetivo, que, en nueve de diez casos, se queda petrificado en el sillón, el sofá o la cama.

Pero Harry levantó una mano para indicar que fuesen precavidos. Bajó el picaporte y empujó.

Mathias no había mentido, no estaba cerrada con llave.

La puerta se abrió silenciosamente. Harry se señaló a sí mismo para mostrar que quería entrar el primero.

El apartamento no estaba amueblado con estilo minimalista, tal y como se había figurado.

Es decir, era minimalista en el sentido de que no había nada; nada de ropa en la entrada, nada de muebles, nada de cuadros. Solo paredes desnudas que pedían a gritos papel nuevo o una mano de pintura. Daba la impresión de estar abandonado desde hacía tiempo.

La puerta de la sala de estar estaba entornada y Harry pudo ver por la rendija el reposabrazos del sillón y una mano allí apoyada. Una mano delgada, con un reloj. Contuvo la respiración, dio dos zancadas sujetando el revólver con ambas manos y empujó la puerta con el pie.

Se dio cuenta de que los otros dos, que se habían desplazado casi fuera de su campo de visión, se quedaron de piedra.

Y un susurro casi inaudible.

—Jesucristo...

Una gran araña de cristal colgaba encendida encima del sillón iluminando a la persona que estaba sentada; tenía la cara pálida y hermosa, el pelo negro y un vestido azul cielo con pequeñas flores blancas. El mismo vestido de la foto del almanaque de su cocina. Harry notó que se le rompía el corazón en mil pedazos, aunque tenía el resto del cuerpo como petrificado. Trató de moverse, pero no consiguió desprenderse de aquella mirada rota. Una mirada rota y acusadora. Que lo acusaba de no haber hecho algo, y aunque él no sabía qué, sí sabía que debería haber podido averiguarlo, debería haber podido pararlo, debería haber

podido salvarla.

Estaba igual de pálida que su madre cuando yacía muerta en la cama del hospital.

—Comprobad el resto del apartamento —dijo Harry con la voz empañada, y bajó el revólver.

Dio unos pasos vacilantes hacia el cadáver y le puso la mano en la muñeca. Estaba helada e inerte como el mármol. Aun así, notó un tictac, un pulso débil, y durante un instante absurdo pensó que solo la había maquillado para que pareciera que estaba muerta. Miró hacia abajo y comprendió que el tictac procedía del reloj.

—No hay nadie más —oyó que decía uno de los policías a su espalda. Luego un carraspeo—. ¿Sabes quién es?

—Sí —dijo Harry, y pasó un dedo por el cristal del reloj. El mismo reloj que había tenido él en sus manos unas horas atrás. El reloj que ella se había dejado en su dormitorio. Y que él le dejó en la pajarera, porque Rakel iba a salir con su novio esa noche. A pasarlo bien. A celebrar que ellos dos, a partir de entonces, eran pareja.

Harry observó su mirada otra vez, una mirada acusadora.

« Sí —pensó—. Culpable de todos los cargos» .

Skarre había entrado en el apartamento y estaba detrás de Harry, mirando por encima de su hombro a la mujer muerta del sillón. A su lado estaban los dos policías del Delta.

—¿Estrangulada? —preguntó.

Harry ni contestó ni se movió. Uno de los tirantes del vestido azul se había caído del hombro, deslizándose hacia abajo.

—No es normal llevar un vestido de verano en diciembre —dijo Skarre, más que nada por decir algo.

—No suele hacerlo —dijo Harry con una voz que parecía venir de muy lejos.

—¿Quién? —preguntó Skarre.

—Rakel.

El agente se encogió. Había visto a la antigua novia de Harry cuando trabajaba con la policía.

—¿Es... es... Rakel? Pero...

—Es su vestido —dijo Harry—. Y su reloj. La ha vestido como Rakel. Pero la mujer que está ahí sentada es Birte Becker.

Skarre miró el cadáver en silencio. No se parecía a ningún otro cadáver que hubiera visto, este era muy blanco y estaba como hinchado.

—Venid conmigo —dijo Harry dirigiéndose a los dos del Delta, antes de

volverse hacia Skarre—. Tú quédate aquí y acordona el apartamento. Llama a los técnicos del escenario del crimen de Tryvann y cuéntales que les espera un trabajo nuevo.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Bailar —dijo Harry.

Cuando se extinguieron los pasos de los tres alejándose escaleras abajo, se produjo un silencio total en el apartamento. Pero unos segundos más tarde, Skarre oyó el coche de Harry al arrancar, las llantas chirriaron al rozar el asfalto de la calle Vogst.

La luz azul barría las calles. Harry iba sentado en el asiento del copiloto y oyó sonar el teléfono al otro lado. Dos mujeres diminutas en bikini bailaban en el retrovisor al ritmo de los lamentos desesperados de las sirenas mientras el coche de policía hacía un eslabón entre los vehículos de la autopista Ring 3.

«Por favor —rogaba para sus adentros—. Por favor, Rakel, cógelo».

Miró las bailarinas de debajo del retrovisor, y pensó que era como ellas: alguien que le bailaba el agua a otro apáticamente, una figura cómica en una farsa en la que siempre iba dos pasos por detrás de los acontecimientos, en la que siempre cruzaba las puertas corriendo y a destiempo y en la que el público siempre lo recibía con risas.

Harry ya no podía más.

—¡Joder, joder! —gritó, y estrelló el móvil contra el parabrisas. Cayó desde el salpicadero al suelo.

El policía que conducía intercambió una mirada con el otro policía por el retrovisor.

—Apaga la sirena —dijo Harry.

Se hizo el silencio.

Y Harry percibió un sonido que venía del suelo.

Cogió el teléfono.

—¡Diga! —gritó—. ¡Diga! ¿Estás en casa, Rakel?

—Por supuesto, estás llamando al fijo. —Era su voz. Suave y tranquila, risueña—. ¿Pasa algo?

—Y Oleg, ¿está en casa?

—Sí —dijo ella—. Está aquí en la cocina, cenando. Estamos esperando a Mathias. ¿Qué pasa, Harry?

—Escúchame muy atentamente, Rakel. ¿Me oyes?

—Me estás asustando, Harry. ¿Qué pasa?

—Pon la cadena de seguridad a la puerta.

—¿Por qué? Está cerrada con llave y...

—¡Pon la cadena de seguridad, Rakel! —gritó Harry.

—¡De acuerdo, de acuerdo!

Oyó que ella le decía algo a Oleg, el arrastrar de una silla y unos pasos rápidos. Cuando volvió al teléfono, advirtió un ligero temblor en su voz.

—Cuéntame lo que pasa, Harry.

—Ahora. Primero me tienes que prometer que bajo ninguna circunstancia vas a dejar entrar a Mathias en la casa.

—¿Mathias? ¿Estás borracho, Harry? No tienes derecho...

—Mathias es peligroso, Rakel. Voy en un coche de la policía con otros dos agentes camino de tu casa. Te explicaré el resto después, ahora quiero que mires por la ventana. ¿Ves algo?

Oyó que ella vacilaba. Pero no dijo nada más, solo esperó. Porque supo con una certeza repentina que ella se fiaba de él, que la creía, que siempre lo había hecho. Estaban llegando al túnel cerca de Nydalen. La nieve era un ribete de lana gris junto a la carretera. Y volvió a oír su voz.

—No veo nada. Pero tampoco sé lo que busco.

—¿No has visto un muñeco de nieve? —dijo Harry en voz baja.

El silencio le dijo que Rakel estaba a punto de darse cuenta de lo que ocurría.

—Dime que no es verdad, Harry —susurró—. Dime que esto solo es un sueño.

Él cerró los ojos y sopesó si ella podría tener razón. Vio en su cabeza la imagen de Birte Becker en el sillón. De verdad que era un sueño.

—Dejé tu reloj en la pajarera —dijo él.

—Pues no estaba allí —respondió Rakel. Guardó silencio, y se oyó un lamento—: ¡Dios mío!

Día 21  
Monstruo

Desde la cocina, Rake! podía ver las tres direcciones por las que podían acercarse a la casa. En la parte trasera había un repecho rocoso poco extenso pero muy empinado, por el que resultaba imposible bajar, sobre todo ahora que estaba nevado. Fue de ventana en ventana. Mirando al exterior y comprobando que estaban bien cerradas. Cuando su padre mandó construir la casa después de la guerra, pidió que hicieran las ventanas en la parte superior de las paredes y con rejas de hierro. Sabía que era por la guerra y por un ruso que se había colado una noche en su búnker, en Leningrado, y que mató a tiros a todos sus amigos mientras dormían. A todos menos a él, que dormía más cerca de la puerta y estaba tan cansado que no se despertó hasta que sonó la alarma y descubrió que tenía la manta llena de cartuchos vacíos. Siempre decía que fue la última noche que durmió bien en toda su vida. Pero a ella nunca le habían gustado las rejas. Hasta ahora.

—¿No puedo ir a mi habitación? —dijo Oleg dando un puntapié a la pata de la gran mesa de la cocina.

—No —dijo Rake!—. Tienes que quedarte aquí.

—¿Qué es lo que ha hecho Mathias?

—Harry nos lo explicará todo cuando llegue. ¿Estás seguro de que sujetaste bien la cadena de seguridad?

—Sí, mamá. Ojalá estuviese aquí papá.

—¿Papá? —No lo había oído utilizar esa palabra antes. Aparte de con Harry, pero de eso hacía varios años—. ¿Te refieres a tu padre ruso?

—Él no es mi padre.

Lo dijo con una seguridad que la hizo estremecerse.

—¡La puerta del sótano! —exclamó.

—¿Qué?

—Mathias también tiene llave de la puerta del sótano. ¿Qué hacemos?

—Muy sencillo —dijo Oleg, y se bebió el resto del agua—. Pon una de las sillas del jardín debajo del picaporte, por dentro. Tienen la altura necesaria, no podrá entrar.

—¿Ya lo has probado? —preguntó ella sorprendida.

—Harry lo hizo una vez que jugamos a los vaqueros.

—Quédate aquí —dijo ella, y fue hacia el pasillo y la puerta del sótano.

—Espera.

Ella se paró.

—Yo vi cómo lo hacía —dijo Oleg, que se había levantado—. Quédate aquí, mamá.

Ella lo miró. Dios, cómo había crecido ese último año, pronto la sobrepasaría en estatura. Y en aquella mirada oscura vio que la niñez estaba a punto de dar paso a lo que de momento era, sobre todo, terquedad juvenil, pero que ella ya podía imaginar que con el tiempo se convertiría en la determinación de un adulto.

Vaciló un instante.

—Deja que lo haga yo —insistió Oleg.

Había un tono de súplica en la voz. Y Rakel comprendió que para él era importante, que había mucho en juego. Rebelión contra los miedos infantiles. Y un ritual adulto. Para ser como su padre. Quienquiera que él creyese que era.

—Date prisa —susurró ella.

Oleg bajó corriendo.

Ella se quedó mirando por la ventana. Con la esperanza de oír el motor de un coche en la entrada. Rezando para que Harry llegara primero. Pensó en lo silencioso que estaba todo. Y, sin saber de dónde le vino la idea, pensó en cuánto silencio iba a reinar.

Pero entonces percibió un sonido. Un sonido insignificante. Primero pensó que venía de fuera. Pero luego oyó que venía de atrás. Se volvió. No vio nada, la cocina estaba vacía. Pero el sonido volvió. Como el moroso tictac de un reloj. O de un dedo que golpeteara una mesa. La mesa. Ella fijó la vista. Allí estaba el sonido. Y allí lo vio. Una gota había alcanzado la mesa. Miró hacia arriba despacio. En medio del techo pintado de blanco se había formado un círculo oscuro, y del centro del círculo colgaba una gota brillante. Se desprendió y cayó sobre la mesa. Rakel vio cómo ocurría y, aun así, dio un respingo, como si hubiera sido una bofetada inesperada.

¡Dios mío, debía de venir del baño! ¿De verdad que se había olvidado de cerrar la ducha? No había subido al segundo piso desde que llegó a casa, entró y se puso a preparar la cena enseguida, de modo que llevaría así desde la mañana. Y naturalmente, tenía que suceder justo ahora, en medio de todo aquello.

Fue al pasillo, subió la escalera apresuradamente y se dirigió al baño. No se oía la ducha. Abrió. El suelo estaba seco. Nada de agua. Cerró y se quedó delante de la puerta del baño un par de segundos. Miró a un lado, a la puerta del dormitorio. Se encaminó hacia ella despacio. Puso la mano en el picaporte. Vaciló. Prestó atención por si oía algún coche acercándose. Abrió. Se quedó de pie mirando la habitación. Le entraron ganas de gritar. Pero supo instintivamente que no debía gritar, que debía quedarse quieta. Muy quieta.

—¡Joder, joder! —gritó Harry dando puñetazos y haciendo vibrar el salpicadero—. ¿Qué pasa?

Los coches no circulaban, había un atasco delante de ellos, en el túnel. Así llevaban los dos últimos minutos.

La respuesta llegó en ese mismo segundo por la radio de la policía.

—Ha habido una colisión en la autovía Ring 3, cerca de la salida del túnel de Tassen. No hay heridos. La grúa está en camino.

Harry tuvo una corazonada y cogió el micrófono.

—¿Sabéis quién es?

—Solo que son dos coches, ambos con neumáticos de verano —contestó lacónicamente una voz nasal por la radio.

—Cuando nieva en noviembre, siempre es un caos —dijo el policía del asiento trasero.

Harry no contestó, se quedó tamborileando con los dedos en el salpicadero. Estaba sopesando las distintas opciones. Había un muro de coches delante y otro detrás, ni todas las luces azules ni todas las sirenas del mundo podrían sacarlos de allí.

Podría salir del coche y cubrir corriendo la distancia hasta el final del túnel, y que un coche policial lo recogiera allí, pero había casi dos kilómetros.

Dentro del coche todo estaba en silencio, solo se oía el zumbido sordo de los motores en ralentí. La furgoneta que iba delante se desplazó un metro, y el policía la siguió. No frenó hasta que no estuvo casi encima del parachoques, como si temiese que cualquier cosa —excepto la conducción agresiva— pudiera hacer que el comisario explotara otra vez. El frenazo hizo tintinear alegremente en el silencio posterior a las dos mujeres metálicas en bikini.

Harry volvió a pensar en Jonas. ¿Por qué? ¿Por qué había pensado en Jonas cuando habló con Mathias por teléfono? Había algo en el sonido de fondo.

Harry miró a las dos bailarinas del retrovisor. Y de pronto, cayó en la cuenta.

Supo por qué se le había venido Jonas a la cabeza. Sabía a qué correspondía el sonido. Pero intentó ahuyentar la idea, dado que no era urgente. Ya era demasiado tarde.

Oleg pasó raudo por el pasillo oscuro del sótano sin mirar ni a derecha ni a izquierda, donde sabía que las manchas de sal dibujaban fantasmas blanquecinos en las paredes de cemento. Intentó concentrarse en lo que tenía que hacer y no pensar en otra cosa. Impedir el acceso a los pensamientos equivocados. Eso es lo que le decía Harry. Que era posible vencer a los únicos monstruos que existían, los que uno tenía dentro de la cabeza. Pero requería entrenamiento. Tenías que acercarte y pelear con ellos tan a menudo como fuera posible. En pequeñas batallas que pudieras ganar, y luego irte a casa y curarte las heridas antes de volver. Él lo había hecho, había estado solo varias veces en el sótano. Tenía que hacerlo porque los patines necesitaban un ambiente frío.

Cogió la silla de jardín, la arrastró tras de sí para que el sonido ahogara el silencio. Comprobó que la puerta del sótano, efectivamente, estaba cerrada. Metió la silla debajo del picaporte y constató que no se podía mover. Así. Y se quedó de piedra. ¿Eso había sido un ruido? Miró el ventanuco de cristal de la puerta del sótano. Ya no conseguía mantener a raya los pensamientos, ya acudían. Algunos estaban justo ahí fuera. Quería volver arriba corriendo, pero se obligó a quedarse. Combatió con otros aquellos pensamientos aterradores. «Estoy dentro —pensó—. Estoy tan seguro aquí como allí arriba». Tomó aire, sintió que el corazón le latía desbocado en el pecho, como un tambor ominoso. Se inclinó hacia delante y miró por el ventanuco. Vio su reflejo. Pero por encima había otra cara, una cara torcida que no era la suya. Y vio unas manos, unas manos monstruosas que se levantaron. Oleg retrocedió asustado hacia atrás. Tropezó con algo y notó que las manos se le cerraban alrededor de la cara y la boca. No podía gritar. Porque quería gritar. Quería gritar que no eran sus pensamientos, que era el monstruo, que el monstruo estaba allí, que el monstruo estaba dentro. Y que todos iban a morir.

—Está dentro de la casa —dijo Harry.

Los otros agentes lo miraron sin entender nada, mientras Harry pulsaba el botón de rellamada del teléfono.

—Creía que era música japonesa pero era un carillón de metal. Como el que Jonas tiene en su cuarto. Oleg también tiene uno. Mathias ha estado allí todo el tiempo. Lo dijo...

—¿Qué quieres decir? —se atrevió a preguntar el agente del asiento trasero.

—Dijo que estaba en casa. Y ahora eso significa la calle Holmenkollveien. Incluso dijo que iba a bajar a ver a Rakel y Oleg. Debí haberlo comprendido. Holmenkollen está más alto que Torshov. Estaba en el segundo piso de la casa de la calle Holmenkollveien. Iba a bajar. Tenemos que sacarlos de la casa, ya. ¡Contesta, coño!

—A lo mejor no está cerca del...

—Hay cuatro teléfonos en la casa. Ha cortado la conexión. Tengo que llegar allí cuanto antes.

—Enviaremos otro coche patrulla —dijo el conductor.

—¡No! —dijo Harry—. Es demasiado tarde de todas formas, él ya los tiene. Y esta es nuestra única oportunidad, es la última pieza. Yo.

—¿Tú?

—Sí. Yo soy parte de su plan.

—Querrás decir que no eres parte del plan.

—Sí, sí lo soy. Me está esperando.

Los otros dos agentes intercambiaron unas miradas mientras oían los balidos



de una moto que avanzaba lentamente entre los coches detenidos detrás de ellos.

—¿Y de verdad crees que te está esperando?

—Sí —dijo Harry, miró en el espejo lateral y vio la moto. Y pensó que esa era la única respuesta que podía dar. Porque era la única respuesta que daba un poco de esperanza.

Oleg peleó todo lo que pudo, pero se quedó rígido ante la tenaza implacable del monstruo cuando notó el frío acero en la garganta.

—Esto es un bisturí, Oleg. —El monstruo tenía la voz de Mathias—. Lo usamos para trocear seres humanos. Y no te imaginas lo fácil que es.

El monstruo le pidió que abriese la boca, le metió un trapo sucio dentro y le ordenó que se tumbara boca abajo, con los brazos a la espalda. Oleg se negó, el monstruo lo presionó con el acero por debajo de la oreja y él notó la sangre caliente corriéndole como un escalofrío por encima del hombro y hacia abajo, por el costado, por dentro de la camiseta. Se tumbó en el suelo helado de cemento y el monstruo se le sentó encima. Una caja roja le cayó al lado de la cara. Leyó lo que ponía. Eran bridas, esas tiras finas de plástico que sujetan los cables eléctricos y el embalaje de los juguetes, y que eran tan molestas porque solo se podían tensar y no aflojar, y no se podían romper, a pesar de ser tan finas. Sintió el plástico incisivo cortándole la piel de las muñecas y los tobillos.

Lo levantó y lo volvió a soltar, cayó y no le dio tiempo a sentir los dolores antes de aterrizar como un fardo blando y crujiente. Miró hacia arriba. Estaba tumbado en el congelador, notaba en la piel de los antebrazos y la cara el escozor de las partículas de hielo que se habían desprendido de las paredes. Encima de él estaba el monstruo, con la cabeza un poco ladeada.

—Adiós —dijo—. Nos veremos al otro lado dentro de poco.

La tapa se cerró y se produjo una oscuridad total. Oleg oyó que giraba la llave en la cerradura y unos pasos rápidos que se alejaban. Intentó levantar la lengua, meterla detrás del trapo, tenía que sacárselo. Tenía que respirar. Necesitaba aire.

Rakel no podía respirar. Estaba en el umbral de la puerta del dormitorio y sabía que lo que estaba viendo era una locura. Una locura que le encogía la piel, que hacía que se le abriera la boca, que se le salieran los ojos de las órbitas.

Habían empujado la cama y los demás muebles hacia las paredes, el parque tenía una capa de agua casi invisible que solo se quebraba cada vez que caía una gota nueva. Pero Rakel no se dio cuenta, lo único que veía era el enorme muñeco de nieve que se erguía en medio de la habitación.

El bombín que llevaba en la cabeza de cara sonriente llegaba casi hasta el

techo.

Cuando por fin volvió a respirar y le llegó el oxígeno al cerebro, notó el olor a lana y madera mojada, y oyó el goteo del agua derretida. De la nieve salía una ola de frío, pero no fue eso lo que le puso la carne de gallina. Fue el calor corporal de él a su espalda.

—¿No es hermoso? —dijo Mathias—. Lo he hecho exclusivamente para ti.

—Mathias...

—¡Calla! —Le puso un brazo alrededor del cuello, como para protegerla. Ella miró hacia abajo. Tenía un bisturí en la mano—. No vamos a hablar, cariño. Hay tanto que hacer y tan poco tiempo.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—Este es nuestro día, Rakel. El resto de la vida es tan incomprensiblemente corto..., así que deja que lo celebremos sin explicaciones. Por favor, pon los brazos a la espalda.

Rakel hizo lo que le decía. No había oído a Oleg subir del sótano. A lo mejor todavía seguía allí, a lo mejor conseguía salir si ella entretenía a Mathias.

—Quiero saber... —dijo ella, y oyó que el llanto le atenazaba las cuerdas vocales.

—Porque eres una puta.

Ella notó que le tensaba algo fino y duro alrededor de las muñecas. Sintió el calor de su respiración en la nuca. Los labios. Y luego la lengua. Apretó los dientes, sabía que si gritaba podría parar y ella quería que continuase, que se demorase. La lengua iba ascendiendo por el cuello hasta la oreja. Mordió ligeramente.

—Y tu hijo de puta está en el congelador —susurró.

—¿Oleg? —dijo ella, y notó que perdía el control.

—Tranquilízate cariño, no va morir de frío.

—¿No...?

—Mucho antes de que el cuerpo se enfríe hasta ese punto, ese hijo de puta habrá muerto por falta de oxígeno. Son simples matemáticas.

—Matemá...

—Lo calculé hace mucho. Lo he calculado todo.

Una moto de alta cilindrada derrapaba en la oscuridad subiendo las cuestas sinuosas de Holmenkollen. El sonido retumbaba entre las casas y los que la veían pasar pensaban que era una locura, con el firme lleno de nieve, que deberían quitarle el carné de moto al conductor. Pero el conductor no tenía carné.

Harry aceleró en la subida hasta la casa negra de madera, derrapó en la nieve reciente de la curva cerrada y notó que la moto perdía velocidad. No intentó enderezarla, sino que cogió impulso y saltó de la moto, que rodó cuesta

abajo, atravesó unas ramas de abeto que colgaban cerca del suelo antes de chocar con un tronco, terminó volcando, y la rueda trasera siguió girando y esparciendo nieve hasta que se paró.

Para entonces Harry ya estaba a mitad de la escalinata.

No había ninguna huella en la nieve, ni hacia la casa ni desde la casa. Sacó el revólver mientras subía los escalones dando zancadas hasta la puerta.

La llave estaba sin echar, tal y como le había prometido.

Entró, y lo primero que vio fue que la puerta de la escalera del sótano estaba abierta de par en par.

Harry se detuvo y aguzó el oído. Se oía como un tamborileo. Parecía venir de la cocina. Titubeó. Decidió ir al sótano.

De lado, con el revólver por delante, empezó a bajar. Se detuvo al final de la escalera para que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad, mientras escuchaba. Le pareció que todo estuviera conteniendo la respiración. Vio la silla de jardín debajo del picaporte. Oleg. Su mirada siguió inspeccionando. Ya había decidido subir cuando vio la mancha oscura en el suelo de cemento, delante del congelador. ¿Agua? Dio un paso hacia delante. Sería de debajo del congelador. Trató de controlar sus pensamientos, de impedir que fueran en la dirección que ellos querían, y tiró de la tapa. Cerrada. La llave estaba puesta, pero Rakel no solía cerrar el congelador con llave. Le vinieron a la mente las imágenes de la isla de Finnøy, pero se dio prisa, giró la llave y levantó la tapa.

Harry tuvo tiempo de ver un destello en el interior a oscuras antes de que un dolor intenso en la cara lo obligara a retroceder. ¿Un cuchillo? Cayó de espaldas entre dos cestas de ropa sucia y una figura rápida y ágil, que había salido del congelador, se inclinó sobre él.

—¡Policía! —gritó Harry levantando el revólver—. ¡No te muevas!

La figura se detuvo con la mano levantada por encima de la cabeza.

—¿Ha... Harry?

—¿Oleg?

Harry bajó el revólver y vio lo que el chico tenía en la mano. Un patín de carreras.

—Yo... creía que era Mathias, que había vuelto —susurró.

Harry se levantó.

—¿Está Mathias aquí?

—No lo sé. Dijo que pronto nos volveríamos a ver, así que creí...

—¿De dónde has sacado el patín? —Harry notó el sabor metálico de la sangre en la boca y encontró con el dedo el corte sangrante de la mejilla.

—Estaba en el congelador —dijo sonriendo a medias—. Era bastante complicado tenerlos fuera, así que los dejo debajo de los guisantes para que mamá no los vea. Nunca comemos guisantes.

Siguió a Harry, que ya iba escaleras arriba.

—Menos mal que estaban recién afilados y pude cortar las bridas. La cerradura era imposible, pero pude hacer un par de cortes en la placa del fondo para tener aire. Y también rompí la bombilla para que no se encendiese la luz si él abría.

—Y el hielo derretido por el calor de tu cuerpo salía por los agujeros —dijo Harry.

Llegaron al pasillo y Harry llevó a Oleg hasta la puerta principal, la abrió y señaló.

—¿Ves las luces del vecino? Corre hasta allí y quédate con ellos. ¿De acuerdo?

—¡No! —dijo Oleg muy decidido—. Mamá...

—¡Escucha! Lo mejor que puedes hacer ahora por mamá es salir de aquí.

—¡Quiero encontrarla!

Harry cogió a Oleg por los hombros y apretó tanto que unas lágrimas de dolor asomaron a los ojos del chico.

—Cuando te digo que corras, corre, joder.

Lo dijo en voz baja, pero con tanta ira contenida que Oleg parpadeó perplejo y una lágrima solitaria se le deslizó por las pestañas y le cayó en la mejilla. El chico se volvió sobre los talones, salió corriendo por la puerta y se perdió fundiéndose con la oscuridad y la ventisca.

Harry cogió el *walkie-talkie* y apretó el botón.

—Aquí Harry, ¿estáis muy lejos?

—Estamos cerca de Gressbanen, cambio. —Harry reconoció la voz de Gunnar Hagen.

—Estoy dentro —dijo Harry—. Conduce hasta la casa, pero no entréis hasta que yo lo diga, cambio.

—Recibido.

—Cambio y corto.

Harry se dirigió hacia el sonido, que seguía viniendo de la cocina. Se quedó en el umbral, observando el fino hilo de agua que colgaba del techo. El yeso la había teñido de gris y golpeteaba persistente en la mesa.

Harry subió la escalera hasta el segundo piso de cuatro zancadas. Se acercó de puntillas hasta la puerta del dormitorio. Tragó saliva. Miró el picaporte. Fuera se oía el lamento lejano de una sirena de policía acercándose. Una gota de sangre de la herida resonó blandamente al caer sobre el parqué.

Ya empezaba a intuir, como una presión en la sien, que allí terminaba todo. Y que tenía cierta lógica que así fuera. Cuántas veces se había visto así de madrugada, delante de la puerta, al final de una noche que le había prometido que pasaría con ella; cuántas se había visto allí de pie, lleno de remordimientos, sabiendo que ella ya estaba dormida. Bajaba cuidadosamente el picaporte que, como él sabía, emitía un pequeño chirrido justo a mitad del giro. Y sabiendo que

ella se despertaría, lo miraría con los ojos empañados de sueño, como para castigarlo, hasta que él se deslizara debajo del edredón, se le pegara al cuerpo, y ella abandonara la rigidez de la resistencia inicial. Y gruñiría contenta, pero no demasiado. Y él la acariciaría más, la besaría y le mordería el cuello, estaría a su servicio hasta que la tuviera sentada encima y hubiera abandonado la condición de reina somnolienta y empezara a ronronear y a gemir, excitada y ofendida a la vez.

Sujetó el picaporte, la mano reconoció la forma plana y angulosa. Empujó hacia abajo, con muchísimo cuidado. A la espera del chirrido familiar. Pero no se produjo. Algo había cambiado. ¿Habría ajustado alguien el resorte? Soltó el picaporte con cuidado. Se agachó para mirar por el ojo de la cerradura. Oscuridad. Habían metido algo en el agujero.

—¡Rakel! —gritó—. ¿Estás ahí?

No obtuvo respuesta. Pegó la oreja a la puerta. Le pareció oír que alguien rascaba, pero no estaba seguro. Cogió otra vez el picaporte. Dudó un instante. Cambió de idea y fue rápidamente al baño que había junto al dormitorio. Empujó la pequeña ventana abatible, encogió el cuerpo para que cupiera y poder asomarse a mirar. Salía luz por los barrotes negros de la ventana del dormitorio. Apretó los talones contra el interior del marco contrayendo los músculos de la pantorrilla y se estiró por fuera de la ventana del baño y a lo largo de la pared exterior. Trató inútilmente de encontrar dónde agarrarse con los dedos entre los ásperos tablones, mientras la nieve se le adhería a la cara y se derretía mezclada con la sangre que le corría por la mejilla. Aumentó la fuerza, el marco le presionaba tanto en la pantorrilla que parecía que iba a partirse en dos. Arrastró las manos a lo largo de la pared como arañas de cinco patas que la recorrieran febriles. Le dolían los músculos del abdomen. Pero estaba demasiado lejos, no lo conseguiría. Miró al suelo, sabía que la fina capa de nieve ocultaba otra de asfalto.

Notó algo frío en los dedos.

El barrote de la reja.

Consiguió rodearlo con dos dedos. Tres. Y luego con la otra mano. Relajó las pantorrillas doloridas, se balanceó un poco y se apresuró a poner las suelas de las botas contra la pared para descargar los brazos. Finalmente, pudo ver el interior del dormitorio. Y lo vio. El cerebro luchaba por comprender, pero al mismo tiempo, supo enseguida lo que tenía delante. La obra de arte cuyo boceto ya había visto.

Rakel tenía los ojos oscuros muy abiertos. Llevaba un vestido. Rojo oscuro. Como el Campari. Cochinilla. Tenía el cuello estirado hacia el techo, como si estuviese al lado de una verja intentado mirar por encima y, en esa postura, miraba hacia abajo y hacia fuera, hacia donde él se encontraba. Tenía los hombros hacia atrás y no se le veían los brazos. Harry supuso que los tenía atados

a la espalda. Se le habían hinchado los carrillos, como si llevase un calcetín o un trapo en la boca. Estaba a horcajadas sobre los hombros de un muñeco de nieve enorme. Con las pantorrillas desnudas y entrelazadas, rodeaba el pecho del muñeco, y Harry vio que le temblaban los músculos por los calambres. No podía caerse. No podía. Porque alrededor del cuello tenía no un hilo de acero gris y muerto como el de Eli Kvale, sino un círculo rojo incandescente, como una imitación absurda de un anuncio antiguo de pasta de dientes que prometía una aureola de confianza, suerte en el amor y una vida larga y feliz. Desde el asa de plástico negro del cauterizador incandescente salía un hilo que iba hasta un gancho clavado en el techo, justo encima de la cabeza de Rakel. Desde allí, el hilo continuaba hacia el otro lado de la habitación, hasta la puerta. Y hasta el picaporte. No era un hilo grueso, pero sí lo bastante largo como para ofrecer una resistencia notable cuando Harry empezó a bajar el picaporte. Si hubiese abierto la puerta, si lo hubiese bajado hasta el fondo, el metal incandescente la habría atravesado desde la barbilla y hacia arriba.

Rakel le devolvió la mirada a Harry sin pestañear. Movía los músculos de la cara alternando entre la ira y el miedo más genuino. El lazo era demasiado estrecho como para poder sacar la cabeza por él sin hacerse daño. Al contrario, la obligaba a presionar hacia abajo para que no entrase en contacto con el aro mortal, que colgaba casi verticalmente alrededor del cuello.

Miró a Harry, hacia el suelo y luego otra vez a Harry. Y Harry lo comprendió.

Ya había trozos grises de nieve en el agua que cubría el suelo. El muñeco de nieve se estaba derritiendo. Rápidamente.

Harry tomó impulso y tiró con todas sus fuerzas de los barrotes. No se movieron, ni siquiera emitieron un chirrido alentador. Eran finos, pero estaban anclados a la cara interior de los tablones.

La figura de Rakel se arqueaba.

—¡Aguanta! —gritó Harry—. ¡Ya no tardo!

Mentira. No sería capaz de doblar los barrotes ni con una palanqueta. Y no tenía tiempo de cortarlos con una sierra. ¡Joder con su padre, ese idiota pirado! Empezaban a dolerle los brazos. Oyó la sirena estridente del primer coche policial que entraba en el patio. Se volvió. Era uno de los coches especiales del grupo Delta, una bestia blindada con forma de todo terreno. Un hombre vestido con una chaqueta verde de camuflaje saltó del asiento del copiloto, se puso a cubierto detrás del coche y cogió un *walkie-talkie*. El de Harry chisporroteó.

—¡Hola! —gritó Harry.

El hombre miró desconcertado a su alrededor.

—Aquí arriba, jefe.

Gunnar Hagen asomó de detrás del vehículo en el momento en que entraba un coche patrulla con la luz de emergencia puesta.

—¿Asaltamos la casa? —gritó Hagen.

—¡No! —respondió Harry—. La ha preparado ahí dentro. Solo...

—¿Solo...?

Harry levantó la vista, miró fijamente. No hacia la ciudad, sino a las alturas, al salto de esquí de Holmenkollen, que se veía iluminado más arriba, en la colina.

—¿Solo qué, Harry?

—Tú espera, solo eso.

—¿Que espere?

—Tengo que pensar.

Harry apoyó la frente en los fríos barrotes, le dolían los brazos y dobló las rodillas para tener la mayor parte del peso del cuerpo sobre las piernas. El cauterizador de hilo incandescente debía tener un botón de apagado. En el asa de plástico, probablemente. Podrían romper la ventana e introducir un palo muy largo con un espejo montado y entonces a lo mejor conseguirían... ¿Pero cómo coño iban a apretar el botón de apagado sin que todo el artilugio se pusiese en movimiento y... y...? Harry se obligó a apartar la imagen de la capa de piel ridículamente fina y de tejido celular blando que protegían la arteria carótida. Intentó pensar de forma constructiva sin atender al pánico que le gritaba al oído, queriendo hacerse con él y tomar el control.

Podrían entrar por la puerta. Sin abrirla. Solo había que serrar a un lado del picaporte y sacar la hoja. Necesitaban una motosierra. ¿Pero quién tendría una? Cualquier vecino del puto Holmenkollen, todos tenían un bosque de abetos en el jardín.

—Consigue una motosierra en casa del vecino —gritó Harry.

Oyó carreras abajo. Y un suave chasquido en el dormitorio. A Harry se le paró el corazón y miró fijamente hacia el interior. Todo el costado izquierdo del muñeco había desaparecido. Se había ido deslizando y había caído al charco de agua. El muñeco de nieve estaba a punto de derrumbarse. Vio cómo a Rakel le temblaba todo el cuerpo, pero luchaba por mantener el equilibrio para evitar la horca de aquel lazo blanco en forma de lágrima. No les daría tiempo a volver con la motosierra, y mucho menos a serrar la puerta con ella.

—¡Hagen! —Harry oyó la histeria estridente de su propia voz—. Los coches patrulla tienen cuerdas de remolque. Tirame una y dale marcha atrás al todoterreno.

Harry oyó voces nerviosas, el motor del Land Rover que aceleraba marcha atrás y un maletero que se abría.

—¡Cógela!

Harry soltó una mano del barrote y se volvió a tiempo de ver el rollo de cuerda que venía hacia él. Extendió la mano en la oscuridad, logró atraparlo y lo sujetó mientras el resto de la cuerda se desenrollaba y volvía a caer pesadamente en el suelo.

—Sujeta ese extremo al enganche del remolque.

Bajó por la cuerda a toda velocidad hasta que llegó al otro extremo. Estaba sujeta a un mosquetón grande. Lo lanzó hacia un punto donde se cruzaban dos barrotes, en el centro de la ventana, y lo cerró. *Speedcuffing*.

Otro chasquido desde el dormitorio. Harry no miró para comprobarlo. No tenía sentido.

—¡Arranca! —gritó.

Se sujetó al borde del canalón con ambas manos, utilizó los barrotes como escalera y oyó cómo el todoterreno aceleraba cada vez más mientras él se subía al tejado. Con el pecho contra las tejas y los ojos cerrados, oyó que el motor empezaba a funcionar, las revoluciones disminuyeron y los barrotes de hierro empezaron a crujir. Más crujidos. Y más. ¡Venga! Harry sabía que el tiempo pasaba más lento de lo que a él le parecía. Pero no lo suficiente. Entonces, cuando esperaba el golpe seco de la salvación, las revoluciones aumentaron de repente con un chirrido demencial. ¡Joder! Harry comprendió que los neumáticos del Land Rover patinaban impotentes en la nieve.

Un pensamiento le cruzó la cabeza volando: podía rezar. Pero sabía que Dios ya había tomado una decisión, que al destino se le habían agotado las existencias, que ese billete había que comprarlo en el mercado negro. De todos modos, su alma no tendría mucho valor sin ella. En ese mismo instante, todo ese pensamiento se esfumó, interrumpido por el ruido de la goma en el asfalto, las revoluciones que disminuían y el crujido que volvía a aumentar.

Los neumáticos grandes y pesados del vehículo atravesaron la nieve patinando hasta llegar al asfalto.

Y entonces se produjo el estruendo. Las revoluciones subieron de volumen y después se extinguieron por completo. Siguió un segundo de silencio total. Y luego un estrépito sordo, que señalaba que los barrotes habían golpeado el techo del coche.

Harry se levantó en el tejado. Estaba al borde del canalón, de espaldas al patio, y ya notaba cómo iba cediendo. Se agachó con rapidez, agarró el canalón con ambas manos y dio una patada para impulsarse. Estiró el cuerpo y osciló como un péndulo hacia la ventana. Dobló la cintura y subió los pies a la altura de las caderas. En el mismo momento en que el cristal viejo y delgado de la ventana cedía con un ruido quebradizo bajo las suelas de sus botas, Harry se soltó. Y durante unas décimas de segundo no supo dónde iba a aterrizar, si en el patio, encima de los dientes de cristal del borde de la ventana o dentro del dormitorio.

Se oyó un estallido, se fundió un fusible y se hizo la oscuridad.

Harry volaba a través de un espacio vacío, no notaba nada, no recordaba nada, no era nadie.

Cuando volvió la luz solo pensaba que quería regresar a ese lugar. Los dolores



irradiaban todo el cuerpo. Yacía de espaldas en un charco de agua helada. Pero estaba muerto, seguro. Alzó la vista y pudo contemplar a un ángel vestido de rojo sangre, vio resplandecer su aureola roja en la oscuridad. Los sonidos fueron regresando poco a poco. Rascaduras. Suspiros. Y vio la cara contraída, el pánico, la bola amarilla dentro de la boca abierta, los pies que trataban de subir resbalando por la nieve. Solo quería cerrar los ojos. Un sonido, como un gemido. Nieve mojada que cedía.

Posteriormente, Harry no pudo explicar con exactitud lo que pasó, solo recordaba el olor nauseabundo del hilo incandescente quemando la carne al atravesar el cuerpo.

Harry se incorporó en el mismo instante en que el muñeco de nieve se derrumbaba. Rakel cayó hacia delante. Harry levantó la mano derecha a la vez que le rodeaba los muslos con el brazo izquierdo para mantenerla izada. Sabía que era demasiado tarde. Oyó el chisporroteo de la carne quemada, un olor graso y dulce le inundó las fosas nasales y la sangre le llegó a la cara. Miró hacia arriba. Tenía la mano derecha entre el hilo incandescente y el cuello de Rakel. El peso del cuello presionaba la mano contra el hilo, que atravesó la carne de los dedos como un cortador de huevos atraviesa un huevo cocido. Y cuando los traspasara, le sajaría el cuello. El dolor llegó, diferido y sordo, como el martillo de acero contra las campanas de un despertador, reticente primero, luego insistente. Luchó por mantenerse de pie. Tenía que soltar la mano izquierda. Cegado por la sangre, logró sentarse a Rakel en los hombros y extendió la mano libre por encima de la cabeza. Notó su piel en las yemas de los dedos, la espesa cabellera de Rakel y el hilo incandescente que le mordía la piel antes de dar con el plástico duro, el asa. Notó al tacto el interruptor. Lo empujó hacia la derecha. Pero lo soltó en el acto porque el lazo empezó a tensarse. Los dedos encontraron otro botón y Harry lo apretó. Cesaron los ruidos, la luz parpadeó y Harry presintió que estaba a punto de perderla otra vez. «Respira —pensó—, se trata de que llegue oxígeno al cerebro». Pero aun así, las rodillas empezaban a flaquearle. El aro incandescente cambió de color al rojo. Y luego, poco a poco, al negro.

Oyó a su espalda el sonido del cristal que se rompe bajo unas botas.

—La tenemos —dijo una voz.

Harry se puso de rodillas en la agua coloreada por la sangre en la que flotaban trozos de nieve y bridas sin utilizar. El cerebro se conectaba y se desconectaba, como si le fallase el suministro eléctrico interior.

Alguien dijo algo. Solo entendió algunos retazos, tomó aire y suspiró un «¿qué?».

—Está viva —repitió la voz.

Se le estabilizó el oído. Y la vista. Se volvió. Los dos hombres vestidos de negro habían sentado a Rakel en la cama y ahora estaban cortándole las bridas.

El contenido del estómago de Harry subió sin previo aviso. Dos arcadas, y se quedó vacío. Miró el vómito que flotaba en el agua y sintió unas ganas histéricas de reír. Porque parecía que lo había vomitado junto con todo lo demás. Levantó la mano derecha y observó el muñón sangriento en que se había convertido el dedo corazón. Era su propio dedo lo que flotaba en el agua.

—Oleg... —era la voz de Rakel.

Harry cogió una brida, se la puso alrededor del dedo y la tensó lo más fuerte que pudo. Hizo lo mismo con el dedo índice, que estaba cortado hasta el hueso, pero que seguía unido por la piel.

Luego fue hasta la cama, apartó a los policías, tapó a Rakel con el edredón y se sentó a su lado. Tenía los ojos desorbitados y oscuros por la conmoción y le sangraban las heridas que le había causado el cauterizador al rozarla a ambos lados del cuello. Con la mano que tenía ilesa, cogió la de Rakel.

—Oleg... —repitió.

—Está bien —dijo Harry, y respondió a su apretón—. Está en casa del vecino. Se ha acabado todo.

Vio que trataba de enfocar la mirada.

—¿Lo prometes? —preguntó en un susurro casi inaudible.

—Lo prometo.

—Gracias a Dios.

Dejó escapar un lamento, se tapó la cara con las manos y empezó a llorar.

Harry se miró la mano herida. O las bridas habían detenido las hemorragias, o él estaba vacío.

—¿Dónde está Mathias? —dijo en voz baja.

Levantó un poco la cabeza y le clavó la mirada.

—Acabas de prometer...

—¿Adónde ha ido, Rakel?

—No lo sé.

—¿No dijo nada?

Le apretó la mano.

—No te vayas ahora, Harry. Alguien más podrá...

—¿Qué dijo?

Comprendió que había levantado la voz al notar que ella se estremecía.

—Dijo que lo había completado todo, que iba a culminarlo —dijo ella mientras le afloraban de nuevo las lágrimas a los ojos—. Y que el final sería un homenaje a la vida.

—¿Un homenaje a la vida? ¿Utilizó exactamente esas palabras?

Ella asintió. Harry le soltó la mano, se levantó y se acercó a la ventana. Contempló la noche. Había dejado de nevar. Miró hacia el monumento iluminado que se podía ver casi desde cualquier sitio de Oslo. El salto de esquí. Como una coma blanca sobre el fondo negro de la colina. O un punto.

Harry volvió a la cama, se inclinó y la besó en la frente.

—¿Adónde vas? —murmuró ella.

Harry levantó la mano ensangrentada y sonrió.

—Al médico.

Abandonó la habitación. Estuvo a punto de tropezar en la escalera. Salió a la oscuridad fría y blanca del patio, pero las náuseas y el mareo no querían abandonarlo.

Hagen estaba hablando por el móvil al lado del todoterreno.

Interrumpió la conversación y asintió cuando Harry preguntó si podían llevarlo.

Harry se sentó en el asiento trasero. Pensó en que Rakel le había dado las gracias a Dios. Ella no podía saber que no era a Dios a quien debía dar las gracias. Que el comprador había aceptado la oferta. Y la amortización había empezado.

—¿A la ciudad? —preguntó el conductor.

Harry negó con la cabeza y señaló hacia arriba. El dedo índice se veía extrañamente solitario entre el pulgar y el anular.

Día 21  
La torre

Tardaron tres minutos en ir desde la casa de Rakel hasta el Salto de Holmenkollen. Cruzaron el túnel y aparcaron en el mirador, entre las tiendas de *souvenirs*. La zona de aterrizaje parecía una catarata helada que fluía entre las tribunas y que se abría para formar un llano cien metros por debajo de ellos.

—¿Cómo sabes que está aquí? —preguntó Hagen.

—Porque me lo dijo él —dijo Harry—. Estábamos en una pista de patinaje y él dijo que el día que la obra de su vida se hubiera acabado y estuviera tan enfermo que fuese a morir, saltaría desde aquí. Como un homenaje a la vida. —Harry señaló la torre iluminada y la rampa superior, que se elevaba hacia el cielo negro encima de ellos—. Y él sabía que yo me acordaría.

—De locos —susurró Gunnar Hagen y miró hacia la oscura jaula de cristal que coronaba la torre.

—¿Me prestas tus esposas? —dijo Harry dirigiéndose al conductor.

—Pero si ya tienes unas —dijo Hagen señalándole con la cabeza la muñeca derecha, donde Harry llevaba uno de los dos grilletes de las esposas. El otro colgaba semiabierto.

—Me gustaría tener dos —dijo Harry, y cogió la bolsa de piel que le daba el conductor—. ¿Puedes ayudarme? Me faltan un par de dedos...

Hagen meneó la cabeza mientras le colocaba a Harry el extremo de las esposas del conductor en la otra muñeca.

—No me gusta que vayas solo. Me da miedo.

—Hay poco sitio allí arriba, y yo puedo hablar con él. —Harry le enseñó el revólver de Katrine—. Y tengo esto.

—Eso es lo que me da miedo, Harry.

El comisario Hole le echó una mirada rápida a su jefe antes de volverse y abrir la puerta del coche con la mano izquierda, que no tenía lesionada.

El policía acompañó a Harry a la entrada del Museo del Esquí, que tenía que cruzar para coger el ascensor hasta la torre. Llevaban una palanqueta para romper el cristal de la puerta. Pero cuando se acercaron, la luz de la linterna atrapó unos trozos de cristal que brillaban en el suelo, de camino a la taquilla. Una alarma aullaba sin cesar en algún rincón del museo.

—De acuerdo, ya sabemos que nuestro hombre ha llegado —dijo Harry, y comprobó que llevaba el revólver bien sujeto a la espalda, debajo de la cinturilla—. Pon dos hombres en la salida trasera en cuanto llegue el próximo coche.

Harry cogió la linterna, entró en la oscuridad de las instalaciones y pasó

rápidamente las fotos y los carteles de los héroes noruegos del esquí, las banderas noruegas, las ceras noruegas para esquís, los reyes noruegos y las princesas herederas noruegas y los textos que proclamaban brevemente que Noruega era una nación cojonuda, y recordó por qué nunca le había gustado aquel museo.

El ascensor estaba al fondo. Un ascensor estrecho y agobiante. Harry se fijó en la puerta. Sintió un sudor frío. Al lado había unas escaleras de acero.

Ocho peldaños después se había arrepentido. Volvía a sentirse mareado, tenía náuseas y le dieron arcadas. Sus pasos en el metal resonaban en el hueco de la escalera, las esposas interpretaban una música de carillón al dar en la barandilla. El corazón debería haber bombeado adrenalina y ponerle el cuerpo en estado de alerta. Pero estaría demasiado cansado, demasiado agotado. O quizá, simplemente, sabía que todo acababa allí. Se había realizado la compraventa, el desenlace se daba por sentado.

Harry continuó. Puso los pies en los peldaños, ni siquiera tenía fuerzas para ser silencioso, sabía que el otro lo había oído hacia mucho.

La escalera llevaba directamente hasta la oscura jaula de cristal. Harry apagó la linterna y notó una corriente de aire frío en cuanto tuvo la cabeza por encima del borde. Había dejado de nevar y la pálida luz de la luna entraba en el habitáculo acristalado de cuatro metros de superficie rodeado de una barandilla de acero a la que los turistas probablemente se agarraban con fuerza mientras, con una mezcla de miedo y deleite, disfrutaban de las vistas de Oslo y alrededores, o imaginaban cómo sería tirarse por la rampa superior con los esquís. O caer de la torre, bajar flotando en vertical hacia las casas y estrellarse al fondo, entre los árboles.

Harry subió, mirando hacia la silueta que se perfilaba en el manto de luz de la ciudad a sus pies. La figura estaba sentada con las piernas por fuera de la barandilla, en el alféizar de la gran ventana abierta por la que entraba la corriente de aire.

—Hermoso, ¿verdad? —La voz de Mathias sonaba leve, casi alegre.

—Si te refieres a las vistas, estoy de acuerdo.

—No son las vistas, Harry.

Uno de los pies de Mathias colgaba por la ventana y Harry se quedó cerca de la escalera.

—¿Fuiste tú o el muñeco de nieve quien la mató, Harry?

—¿Tú qué crees?

—Creo que fuiste tú. Eres un tío listo. Contaba contigo. Se siente uno muy mal, ¿verdad? Y entonces no es tan fácil apreciar la belleza. Cuando uno acaba de matar a la persona que más quiere por encima de todo.

—Bueno —dijo Harry, y dio un paso adelante—. Tú no sabes mucho al respecto, ¿no?

—¿No? —Mathias inclinó la cabeza hacia atrás, la apoyó en el borde del

alféizar, y se rio—. La primera mujer a la que maté era la persona que más quería en el mundo.

—Entonces, ¿por qué la mataste? —Harry sintió que le volvían los dolores cuando se llevó la mano derecha a la espalda, por encima del revólver.

—Porque mi madre era una mentirosa y una puta —dijo Mathias.

Harry sacó la mano y levantó el revólver.

—Baja de ahí, Mathias. Con las manos arriba.

Mathias miró a Harry con curiosidad.

—¿Sabes que hay casi un veinte por ciento de probabilidades de que tu madre también lo fuera, Harry? Veinte por ciento de probabilidades de que tú seas un hijo de puta. ¿Qué me dices a eso?

—Ya me has oído, Mathias.

—Déjame que te facilite las cosas, Harry. En primer lugar, me niego a obedecer. En segundo lugar, puedes decir que no podías verme las manos, así que podía ir armado. Eso es. Dispara, Harry.

—Baja.

—Oleg es hijo de una puta, Harry. Y Rakel es una puta. Deberías darme las gracias por dejarte matarla.

Harry se cambió el revólver a la mano izquierda. Los grilletes sueltos de las esposas entrechocaron.

—Piensa, Harry. Si me detienes, me van a declarar demente, me cuidaran en la unidad de psiquiatría durante unos años antes de que me den el alta. Dispárame ahora.

—Quieres morir —dijo Harry acercándose—. Porque de todas formas te estás muriendo de esclerodermia.

Mathias dio un golpe fuerte con la mano en el marco de la ventana.

—Bien hecho, Harry. Comprobaste lo que te dije de mis anticuerpos.

—Le pregunté a Idar. Y después busqué lo que era la esclerodermia. Cuando sufres esa enfermedad, es fácil elegir otra forma de morir. Por ejemplo, una muerte espectacular que de alguna manera coronará la supuesta obra de tu vida.

—Oigo tu desprecio, Harry. Pero algún día tú también lo comprenderás.

—¿Comprender el qué?

—Que estamos en el mismo gremio. Que se trata de la lucha contra la enfermedad. Y que las enfermedades contra las que tú y yo luchamos no se pueden erradicar, que todas las victorias son provisionales. Así que nuestro cometido solo es la lucha. Y el mío termina aquí. ¿No quieres pegarme un tiro, Harry?

La mirada de Harry se encontró con la de Mathias. Dio la vuelta al revólver. Se lo ofreció a Mathias por la empuñadura.

—Hazlo tú mismo, cabrón.

Mathias enarcó una ceja. Harry vio el titubeo, la desconfianza. Que poco a

poco dejó sitio a una sonrisa.

—Como quieras. —Mathias alargó la mano por encima de la barandilla de acero y cogió el arma. Acarició el acero lacado en negro.

—Esto ha sido un gran error por tu parte, querido amigo —dijo, y le apuntó con el revólver—. Serás un estupendo punto final, Harry. La garantía de que recordarán mi obra.

Harry clavó la mirada en el cañón negro mientras veía levantarse el gatillo. Fue como si todo ocurriera más lentamente y la habitación hubiese empezado a dar vueltas. Mathias apuntaba. Harry apuntaba. Y giró el brazo derecho. Las esposas hicieron un ruido en el aire, como un chillido atenuado, en el momento en que Mathias disparó. Al clic seco siguió un chasquido blando cuando el puño de metal le alcanzó la muñeca.

—Rakel ha sobrevivido —dijo Harry—. Has fracasado, hijo de puta.

Harry vio cómo se le dilataban los ojos. Y luego se estrechaban. Vio cómo se fijaba en el revólver, que no se había disparado, en el grillete que le rodeaba la muñeca y que lo encadenaba a Harry.

—Tú... has sacado los cartuchos —tartamudeó Mathias.

Harry negó con la cabeza.

—Katrine Bratt nunca llevaba cartuchos en el revólver.

Mathias levantó la vista, miró a Harry y se inclinó hacia atrás.

—Vamos.

Y saltó.

Tiró de Harry y este perdió el equilibrio. Intentó agarrarse, pero Mathias pesaba demasiado y Harry era un gigante encogido, despojado de carne y sangre. El comisario gritó cuando se vio arrastrado por encima de la barandilla de acero y atraído hacia la ventana y hacia el abismo. Y cuando echó el brazo izquierdo libre hacia atrás por encima de la cabeza, imaginó la pata de una silla en la que él estaba sentado, completamente solo, en una sucia habitación sin ventana de Cabrini Green en Chicago. Oyó el sonido de metal contra metal, y empezó la caída libre a través de la noche. Se había realizado la transacción.

Gunnar Hagen miraba hacia la torre, pero habían empezado a caer copos de nieve que le dificultaban la visión.

—¡Harry! —repitió por el *walkie-talkie*—. ¿Estás ahí?

Soltó el botón, pero la única respuesta que obtuvo fue un intenso zumbido de silencio, una vez más.

Habían llegado cuatro coches patrulla hasta la plaza, junto al salto de esquí; y cuando, hacía unos segundos, oyeron el grito desde la torre, se produjo una confusión total.

—Han caído —dijo el policía que estaba a su lado—. Estoy seguro de que he

visto caer de la jaula de cristal a dos personas.

Gunnar Hagen bajó la cabeza resignado. No sabía exactamente cómo o por qué, pero por un momento se le antojó que existía una lógica absurda en el hecho de que terminase así, como si le otorgara una especie de equilibrio cósmico.

Tonterías. Una verdadera gilipollez.

La nevada le impedía ver los coches policiales, pero oía los lamentos de las sirenas, como plañideras que ya estaban en camino. Y él sabía que el sonido atraería a los carroñeros: los buitres de las noticias, los vecinos curiosos, los jefes sanguinarios. Vendrían para coger su pieza favorita del cadáver, su manjar preferido. Y los dos platos de la cena, el abominable Muñeco de Nieve y el abominable agente de policía, complacerían a todos. No había ninguna lógica, ningún equilibrio, solo hambre y comida. El *walkie-talkie* de Hagen chisporroteaba.

—¡No los encontramos! Cambio.

—Tienen que estar ahí —gritó Hagen—. ¿Habéis mirado en los tejados de los edificios? Cambio.

Hagen esperó mientras se preguntaba cómo iba a contarles a sus superiores que había permitido que Harry fuera solo. Cómo iba a explicarles que solo era el superior de Harry, no su jefe, y que nunca lo había sido. Y que también eso tenía su lógica, y en realidad le importaba una mierda si lo entendían o no.

—¿Qué pasa?

Hagen se volvió. Era Magnus Skarre.

—Harry ha caído —dijo Hagen señalando hacia la torre con la cabeza—. Están buscando el cadáver.

—¿Cadáver? ¿De Harry? Ni hablar.

—¿Ni hablar?

Hagen se dirigió a Skarre, que miraba hacia la torre.

—Creía que conocías a ese tío, Hagen.

Hagen pensó que envidiaba la convicción del joven policía.

El *walkie-talkie* volvió a chisporrotear.

—¡Aquí no están!

Skarre se volvió hacia él, sus miradas se encontraron y Skarre se encogió de hombros como diciendo: «¿Qué te había dicho?».

—¡Eh! —Hagen le gritó al conductor del Land Rover y señaló los faros del techo—. Ilumina la jaula. Y consígueme unos prismáticos.

Unos segundos después, un rayo de luz atravesaba la noche.

—¿Ves algo? —preguntó Skarre.

—Nieve —dijo Hagen, y se pegó los prismáticos a la cara—. Ilumina más arriba. ¡Para! Espera... ¡Dios mío!

—¿Qué pasa?

—No puede ser verdad.



En ese mismo momento, la nevada pasó como un telón que se abría hacia un lado. Hagen oyó varias exclamaciones de los agentes de policía. Parecían dos figuras encadenadas, colgadas de un espejo retrovisor, la de abajo con una mano como triunfante por encima de la cabeza, la otra con ambos brazos extendidos en vertical, como si estuviese crucificado lateralmente. Y ambos inmóviles, dando vueltas despacio en el aire con las cabezas ladeadas.

Hagen pudo ver a través de los prismáticos el grillete que anclaba la mano izquierda de Harry a la barandilla de la jaula.

—No puede ser verdad —repitió Hagen.

Casualmente, fue Thomas Helle, el joven policía del grupo de Personas Desaparecidas, quien se encontraba en cuclillas al lado de Harry Hole cuando este recobró el conocimiento. Cuatro agentes de policía los habían izado a él y a Mathias Lund-Helgesen otra vez hasta la jaula de cristal. En los años siguientes, Helle contaría una y otra vez la primera reacción:

—¡Con una expresión de loco, lo primero que preguntó fue si Lund-Helgesen estaba vivo! Como si tuviera miedo de que el tío hubiese muerto, como si eso fuera lo peor que podía haber pasado. Y cuando le dije que sí y que estaba en la ambulancia, gritó que teníamos que quitarle los cordones de los zapatos y el cinturón, que teníamos que procurar que no se suicidara. ¿Has oído semejante consideración hacia un tío que acaba de intentar cargarse a tu ex?

Día 22

Papá

Jonas creyó oír el tintineo de los tubos metálicos del carillón, pero volvió a dormirse. No abrió los ojos hasta que no oyó unos sonidos medio ahogados. Había alguien en la habitación. Era su padre, sentado en el borde de la cama.

Y los sonidos medio ahogados eran sus sollozos.

Jonas se sentó en la cama. Le puso a su padre la mano en el hombro. Notó que se agitaba. Era extraño, nunca se había fijado en lo estrechos que tenía los hombros.

—Ellos... la han encontrado —sollozó—. Mamá está...

—Lo sé —dijo Jonas—. Lo he soñado.

El padre se volvió hacia él sorprendido. Y a la luz de la luna que se filtraba por las cortinas, Jonas pudo verle las mejillas llenas de lágrimas.

—Ahora estamos solos, papá —dijo Jonas.

El padre abrió la boca. Una vez. Dos veces. Pero no pudo decir nada. Alargó los brazos, rodeó a Jonas y lo atrajo hacia sí. Lo abrazó con fuerza. Jonas apoyó la cabeza en su pecho, notó el calor húmedo de las lágrimas al mojarle el cuero cabelludo.

—¿Sabes qué, Jonas? —susurró lloroso—. Te quiero mucho. Eres lo más precioso que tengo. Eres mi niño. ¿Me oyes? Mi niño. Y siempre lo serás. Vamos a salir adelante, ¿verdad?

—Sí, papá —le respondió Jonas en un susurro—. Vamos a salir adelante. Tú y yo.

Diciembre de 2004

Los cisnes

Llegó diciembre y los campos se extendían desnudos y parduzcos bajo un cielo gris acero al otro lado de la ventana del hospital. Los neumáticos con clavos crujían sobre el asfalto seco de la autopista y los transeúntes se apresuraban a cruzar el puente peatonal con los cuellos de los abrigos alzados en torno a unas caras inexpressivas. En el interior de las casas, las personas se acercaban más unas a otras. Y una vela solitaria en la mesa del comedor del hospital anunciaba el primer domingo de Adviento.

Harry se detuvo en la puerta. Ståle Aune estaba sentado en la cama y, obviamente, acababa de decir algo divertido, porque Beate Lønn, la jefa de la Científica, aún se estaba riendo. Tenía en brazos a un niño sonrosado que miraba a Harry con los ojos redondos y la boca entreabierta.

—¡Amigo mío! —gruñó Ståle cuando vio al comisario.

Harry entró, se inclinó, le dio un abrazo a Beate y le estrechó la mano a Ståle Aune.

—Tienes mejor aspecto que la última vez —dijo Harry.

—Dicen que me van a dar el alta antes de Navidades —dijo Aune, y miró la mano de Harry—. Vaya garra diabólica. ¿Qué te ha pasado?

Harry dejó que el otro le estudiase a fondo la mano.

—No han podido salvarme el dedo corazón y tuvieron que cortarlo. Me han cosido los tendones del dedo anular y los extremos de los nervios, que crecen un milímetro al mes, intentando encontrarse. Pero los médicos dicen que tengo que contar con una parálisis permanente en la cara interior.

—Un precio alto.

—No —dijo Harry—. Calderilla.

Aune asintió.

—¿Alguna novedad sobre cuándo llegará el caso a los tribunales? —dijo Beate, que se había levantado para dejar al niño en el moisés.

—No —dijo Harry, observando la eficacia de los movimientos de la criminalista.

—La defensa intentará que se declare a Lund-Helgesen enfermo mental —dijo Aune, que seguía prefiriendo la expresión común «enfermo mental», que en su opinión no solo era apropiada, sino hasta poética—. Y para conseguirlo hará falta un psicólogo peor que yo si cabe.

—Sí, sí, de todas maneras le caerá la perpetua —dijo Beate, ladeó la cabeza y alisó la manta del pequeño.

—Solo que es una pena que la perpetua no sea perpetua —gruñó Aune, y alargó el brazo para coger el vaso de la mesilla de noche—. Cuanto más viejo soy, más me inclino a pensar que la maldad es maldad, con o sin enfermedad mental. Todos somos más o menos propensos a cometer actos malvados, pero nuestras predisposiciones no pueden librarnos de la culpa. Por Dios, todos estamos enfermos y tenemos trastornos de personalidad. Y precisamente nuestros actos determinan lo enfermos que estamos. Igualdad ante la ley se llama eso, pero no tiene sentido dado que nadie es igual que nadie. Durante la peste negra tiraban al mar a los marineros en cuanto tosían. Claro que los tiraban. Porque la justicia, como filosofía y como juez, es un cuchillo sin afilar. Todo lo que tenemos son síntomas clínicos más o menos afortunados, amigos míos.

—Da igual —dijo Harry mirando la mutilación del dedo aún vendado—. En este caso es perpetuo.

—¿Ah, sí?

—Síntomas clínicos desafortunados.

Se hizo un largo silencio en la habitación.

—¿Os he contado que me ofrecieron una prótesis para el dedo? —dijo Harry moviendo la mano derecha—. Pero en realidad, me gusta como está. Cuatro dedos. Mano de personaje de tebeo.

—¿Qué has hecho con la otra parte?

—Intenté donarla al Instituto Anatómico, pero me dijeron que gracias, pero no. Así que lo voy a disecar y lo voy a poner en mi escritorio, igual que Hagen con el meñique japonés. He pensado que un dedo corazón tieso podría ser un saludo adecuado de bienvenida a casa de Hole.

Los otros dos se rieron.

—¿Qué tal van Oleg y Rakel? —preguntó Beate.

—Sorprendentemente bien —dijo Harry—. Son fuertes.

—¿Y Katrine Bratt?

—Mejor. Fui a visitarla la semana pasada. Empezará a trabajar en febrero. Volverá al grupo de Delitos Sexuales de Bergen.

—¿De verdad? ¿No estuvo a punto de dispararle a alguien en una situación crítica?

—Falso. Resulta que llevaba siempre el revólver sin cargar. Por eso se atrevía a presionar el gatillo tan a fondo hasta que se levantaba el martillo. Y yo debería haberlo comprendido antes.

—¿Ah, sí?

—Cuando te trasladas de una comisaría a otra, entregas el arma reglamentaria y te dan una nueva y dos cajas de cartuchos. Había dos cajas sin abrir en el cajón de su escritorio.

Siguió un momento de silencio.

—Me alegro de que esté bien —dijo Beate acariciando la cabeza del

pequeño.

—Sí —dijo Harry ausente, y pensó que era verdad, que parecía que iba mejor. Cuando fue a visitar a Katrine en el piso de su madre en Bergen, acababa de ducharse después de correr por la montaña Sandviksfjellet. Aún tenía el flequillo mojado y las mejillas enrojecidas. Su madre estaba sirviendo el té y Katrine le contaba cómo el caso de su padre llegó a convertirse en una obsesión. Y le pidió que la perdonase por haberlo mezclado en el asunto. Pero él no vio ninguna intención de disculpa en la mirada.

—Mi psiquiatra dice que solo soy unos puntos más extrema que la gente en general —dijo riendo y encogiéndose de hombros—. Pero ya lo he dejado atrás. Me ha perseguido desde la infancia, pero por fin han rehabilitado a mi padre y yo puedo seguir con mi vida.

—¿Moviendo papeles en el grupo de Delitos Sexuales?

—Empezaremos por ahí, luego ya veremos. Hasta un primer ministro puede hacer *comeback*.

Dirigió la vista a la ventana y se quedó con la mirada perdida en el fiordo. Quizá en dirección a la isla de Finnøy. Y cuando se fue, Harry sabía que el daño estaba hecho, y que allí seguiría.

Se miró la mano. Aune tenía razón, cualquier recién nacido era un milagro perfecto, pero la vida era en realidad solamente un proceso de destrucción.

Una enfermera carraspeó en la puerta.

—Es hora de unas cuantas inyecciones, Aune.

—Ay, deja que me libre hoy.

—Aquí no se libra nadie.

Ståle Aune suspiró.

—Enfermera, ¿qué es más malvado? ¿Quitarle la vida a una persona que quiere vivir, o la muerte a una persona que quiere morir?

Beate, la enfermera y Ståle se echaron a reír, pero nadie se dio cuenta de que Harry se estremeció en la silla.

Harry subió las escarpadas pendientes que conducían desde el hospital hasta Sognsvann. No había mucha gente, solo la banda de fieles senderistas domingueros que hacían la ronda fija alrededor del lago. Rakel lo esperaba al lado de la baranda.

Se abrazaron y empezaron a andar en silencio. Hacia fresco y el sol brillaba débilmente desde un cielo azul pálido. Las hojas secas crujían y se deshacían bajo sus pies.

—He ido sonámbulo —dijo Harry.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y lo más seguro es que lleve haciéndolo un tiempo.

—No es tan fácil estar siempre con los cinco sentidos —dijo ella.

—No, no. —Negó con la cabeza—. Literalmente. Creo que me he levantado y he estado dando vueltas por el apartamento de noche. No tengo ni idea de lo que he estado haciendo.

—¿Cómo te has dado cuenta?

—La noche después de volver del hospital. Estaba en la cocina mirando al suelo. Unas huellas mojadas. Y entonces me di cuenta de que, salvo las botas de goma, no llevaba nada puesto, que era de noche y que tenía un martillo en la mano.

Rakel sonrió y bajó la vista. Empezó a dar pasos más largos, para caminar a su compás.

—Yo también fui sonámbula un tiempo. Justo después de quedarme embarazada.

—Aune me dijo que las personas adultas se vuelven sonámbulas durante periodos de estrés.

Se detuvieron en la orilla a contemplar a una pareja de cisnes que pasaron a su lado flotando inmóviles y silenciosos por la superficie gris.

—Yo supe desde el primer momento quién era el padre de Oleg —dijo ella—. Pero todavía no sabía que estábamos esperando un hijo cuando él se enteró de que su novia de Oslo estaba embarazada.

Harry se llenó los pulmones de aire fresco. Lo notaba como agujas. Sabía a invierno. Cerró los ojos dando la cara al sol y se preparó para escuchar.

—Cuando lo descubrí, él ya había elegido, se había marchado de Moscú y regresó a Oslo. Yo tenía dos alternativas. Darle al niño un padre en Moscú que lo quisiera y lo cuidara como si fuera suyo. Mientras creyese que era suyo. O no darle ningún padre. Era absurdo. Ya sabes lo que opino de las mentiras. Si alguien me hubiese dicho que yo, precisamente yo, elegiría un día vivir el resto de mi vida con una mentira, lo habría negado rotundamente. Cuando eres joven crees que todo es muy sencillo y apenas sabes nada de elecciones imposibles. Y yo solo habría tenido que preocuparme de mí misma, habría sido una elección fácil. Pero eran tantas cosas las que debía tener en cuenta... No solo si iba a herir a Fiodor y ofender a su familia, sino también si le fastidiaría las cosas al que se fue a Oslo y a la suya. Y además, qué era lo mejor para Oleg. Lo primero era Oleg.

—Comprendo —dijo Harry—. Lo comprendo todo.

—No —dijo ella—. No puedes comprender por qué no te lo había contado antes. Contigo no tuve la menor consideración. Pensarás que trataba de dar la impresión de ser mejor persona de lo que soy.

—No lo creo —dijo Harry—. No creo que seas mejor persona de lo que eres.

Ella ladeó la cabeza y le rozó el hombro.

—¿Crees que es verdad lo que dicen de los cisnes? —dijo ella—. ¿Que son

fieles hasta la muerte?

—Creo que son fieles a las promesas que han hecho —dijo Harry.

—¿Y qué promesas hacen los cisnes?

—Ninguna, supongo.

—¿Así que estás hablando de ti mismo? En realidad, me gustabas más cuando hacías promesas y las rompías.

—¿Quieres más promesas?

Rakel negó con la cabeza. Cuando echaron a andar otra vez, se cogió del brazo de Harry.

—Me gustaría que pudiésemos empezar de nuevo. —Rakel suspiró—. Fingir que no ha pasado nada.

—Lo sé.

—Pero también sabes que no puede ser.

Harry se dio cuenta de que había conseguido ajustar el tono de voz de modo que pareciese una constatación, pero también que la duda palpitase en el fondo.

—He pensado irme de viaje —dijo él.

—¿Ah, sí? ¿Adónde?

—No lo sé. No me busques. Y mucho menos en el norte de África.

—¿El norte de África?

—Es una frase de Marty Feldman en una película. Quiere huir, pero al mismo tiempo, quiere que lo encuentren.

—Comprendo.

Una sombra los sobrevoló y continuó por el sotobosque gris ambarino y deslavazado. Alzaron la vista. Eran los cisnes.

—¿Cómo termina la película? —preguntó Rakel—. ¿Se vuelven a encontrar?

—Por supuesto.

—¿Cuándo volverás?

—Nunca —dijo Harry—. No volveré nunca.

En un frío sótano de un edificio de Tøyen, dos representantes de la comunidad de vecinos miraban preocupados a un joven con un mono y unas gafas de cristales excepcionalmente gruesos. Cuando hablaba le salía el aliento por la boca como un polvo de cal blanco.

—Es lo que pasa con este hongo. No lo ves.

Hizo una pausa. Se pasó el dedo corazón por el flequillo que le cruzaba la frente.

—Pero está ahí.





[1] El apellido Fahr y la palabra noruega far, que significa «padre», suenan igual. (*N. de las T*) <<